

# TRUDI CANAVAN

## LA PROMESA DEL SUCESOR

4 MILLONES  
de ejemplares  
vendidos en todo  
el mundo

Lectulandia



## **Los mundos siguen en guerra; su vida, en peligro.**

Han pasado cinco años desde que los rebeldes se enfrentaron al Raen. Cinco años durante los que Qall, el chico que rescató Rielle, ha crecido entre los viajeros, sin recordar nada de su pasado.

Cinco años de caos, que Baluka y los restauradores han tratado de contener. Pero los mundos siguen en guerra, algunos invadidos por máquinas letales, otros gobernados por hechiceros enfermos de poder.

A medida que Qall se acerque a la mayoría de edad, la paz por la que tanto han luchado Rielle y Tyen se verá amenazada y la vida del propio Qall correrá peligro. Porque Dahli está decidido a devolverle a Valhan todo su poder y nada ni nadie podrá detenerle. ¿O sí?

**Lectulandia**

Trudi Canavan

# **La promesa del Sucesor**

**La Ley del Milenio - 3**

ePub r1.0

Titivillus 02.11.2018

Título original: *Successor's Promise*

Trudi Canavan, 2017

Traducción: Carlos Abreu Fetter

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

## Primera parte. Tyen

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

## Segunda parte. Rielle

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

## Tercera parte. Tyen

- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

## Cuarta parte. Rielle

- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

## Quinta parte. Tyen

- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18

Sexta parte. Rielle

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Séptima parte. Tyen

Capítulo 19

Capítulo 20

Octava parte. Rielle

Capítulo 18

Capítulo 19

Novena parte. Tyen

Capítulo 21

Décima parte

Rielle

Tyen

Rielle

Tyen

Undécima parte

Rielle

Duodécima parte. Epílogo

Tyen

Rielle

Agradecimientos

## PRIMERA PARTE

# Tyen

Más que oír el sonido, lo sintieron: un estremecimiento profundo que producía un temblor a través de los pies y una vibración en el pecho. Todos a una, los torneros alzaron la vista; luego, cuando la sensación pasó, se volvieron hacia Tyen.

Desplazó la mirada por sus preocupados rostros, en los que se reflejaba un temor creciente e impreciso. Como todos estaban muy quietos, un pequeño movimiento cerca de la puerta principal del taller captó la atención de Tyen al instante. Una sombra con forma humana había aparecido y se tornaba más definida y oscura por momentos. Era una mujer, con los labios apretados en un gesto adusto.

—Arcillarca Fursa —dijo él, y cuando los demás se volvieron hacia la hechicera, adoptaron una expresión respetuosa y se llevaron dos dedos al corazón para saludar a su líder. Tyen siguió su ejemplo.

—Tyen Tornero —dijo la mujer mientras emergía al mundo—. Han atacado el Gran Mercado. Necesitamos ayuda. —Miró alrededor—. De todos vosotros.

Tyen asintió.

—¿Y los atacantes?

—Se han ido. —Inspiró profundamente y exhaló, con un brillo de angustia en sus negros ojos—. Se ha hundido medio tejado. Muchos han quedado sepultados.

Los fabricantes de tornos intercambiaron miradas de espanto. Tyen recogió un trapo para limpiarse la grasa de las manos.

—Iremos para allá de inmediato.

Ella movió la cabeza afirmativamente antes de desvanecerse.

—Yo os llevo —se ofreció Tyen. Los otros torneros se apartaron de las máquinas con las que estaban trabajando y se unieron a él en el único espacio despejado de la habitación, la zona situada frente a la puerta principal. Cada artesano tocó al que tenía más cerca; hombres y mujeres unidos por el contacto—. ¿Listos?

Se oyó un murmullo de asentimiento, y todos respiraron hondo. Tyen absorbió la magia que había a gran altura, dejando la que envolvía la ciudad a disposición de los hechiceros más débiles con un alcance menor. Aunque Doum era un mundo rico en magia, y el hueco que él iba a dejar no tardaría en rellenarse cuando la energía que lo rodeaba fluyera para ocupar el vacío, Tyen no quería ser el culpable de que otros hechiceros no pudieran prestar ayuda en el lugar del desastre.

Cuando se impulsó para alejarse del mundo, el taller pareció palidecer hasta perder todo rastro de color, y todos los sonidos cesaron. Tyen percibió una hendidura reciente en la sustancia del espacio entre mundos que conducía a la sede del Consejo, con toda seguridad creada por la arcillarca Fursa cuando se había abierto paso hasta



ellos. Consciente de que sus empleados y él solo sobrevivirían en el espacio intermedio durante el rato que fueran capaces de aguantar sin aire, los impulsó con rapidez hacia arriba, a través del techo y la primera planta, hacia un cielo azul apagado. Una vez en lo alto, oteó Alba, la ciudad de alfareros más grande y célebre de Doum, buscando la conocida silueta arqueada del Gran Mercado.

Cuando la avistó, se quedó paralizado por la impresión. O Fursa había minimizado la magnitud de los daños, o se habían producido más desde que ella se había marchado. Solo quedaba en pie una cuarta parte del extraordinario tejado ondulado, formado por varias capas de azulejos unidas entre sí con cemento.

Se propulsó hacia allí.

El Gran Mercado había sido un edificio hermoso. Albergaba puestos donde se vendían los mejores artículos de la ciudad, de día y de noche. «¿Por qué iba alguien a intentar destruirlo?», se preguntó. ¿Procedía el ataque de una ciudad rival o del exterior del mundo? Un ataque contra el Gran Mercado constituía un ataque contra la principal fuente de ingresos de Alba. Y también contra el lugar que él se había esforzado en convertir en su nuevo hogar desde hacía cinco ciclos, un lugar que amaba más que su mundo natal. La rabia empezó a apoderarse de él.

Sin duda los arcillarcas, elegidos por los maestros artesanos de las ciudades de Doum, conocían más detalles de lo sucedido. Tyen podía leerles el pensamiento en busca de información, pero ellos, al igual que muchos pueblos de los mundos, prohibían la lectura mental sin permiso. Él se había habituado a obedecer dicha ley, entre otras cosas porque, si la transgredía, bastaría un desliz por su parte para delatarse y perder toda la aceptación que había conseguido granjearse. Quizá gozaba de cierto respeto como hechicero poderoso y como inventor de los primeros tornos que funcionaban con magia, pero como forastero aún despertaba recelos.

La ciudad se tornó borrosa al desplazarse a toda velocidad a sus pies. El edificio ruinoso se agrandó y cobró nitidez con la proximidad. Conforme se acercaban a las paredes derruidas e irregulares, un gran montón de escombros apareció en las sombras que se extendían en medio. Fragmentos de cristal relucían entre los cascotes. Unos pocos restos de los puestos sobresalían de aquel amasijo, pero tanto la mercancía como los ocupantes habían quedado totalmente sepultados. Había gente recogiendo y llevándose trozos. Otros yacían en el suelo entre los puestos que quedaban, con la ropa ensangrentada. Unos se movían, otros no.

Esta escena trajo consigo el recuerdo de una elevada construcción que se venía abajo y un profundo sentimiento de culpa. Tyen ahuyentó ambas cosas de su mente. Habían transcurrido diez ciclos desde el trágico derrumbamiento del Castillo de la Torre —los ciclos eran una medida de tiempo equivalente a los años utilizada por hechiceros y mercaderes intermundiales, pues no había dos mundos cuyos años coincidieran de forma exacta—, pero él aún lo recordaba con claridad. Su determinación de prestar auxilio se tornó más férrea. «Esta vez puedo hacer algo por estas personas —se dijo—. Si me dejan».

Hizo descender a sus artesanos, buscando un lugar seguro donde materializarse. Decidió no devolverlos al mundo en el interior del edificio, por temor a que la parte del tejado que quedaba se desplomara. «Fursa ha dicho que éramos los hechiceros más próximos, así que es posible que aún no hayan llegado muchos. Será mejor que proteja a todo el mundo con un escudo por si las paredes se derrumban hacia fuera». La plaza situada frente al edificio estaba repleta de curiosos. Los voluntarios salían corriendo del edificio y arrojaban escombros en montones que crecían con rapidez antes de volver a entrar a toda prisa. Como no había cerca un espacio despejado al que emerger, Tyen eligió una zona que se encontraba a veinte pasos de distancia y aguardó a que los que estaban allí de pie se dieran cuenta y se apartaran de su camino.

No tardaron mucho. Al vislumbrar a aquel grupo semitransparente, los mirones se apresuraron a hacerse a un lado. Una vez desalojado aquel espacio, Tyen devolvió a sus artesanos al mundo. Todos tomaron grandes bocanadas de aquel aire polvoriento y rompieron a toser. Algunos se llevaron las manos a la cara cuando recobraron de golpe la capacidad de manifestar físicamente las emociones, algo imposible entre los mundos. Sin embargo, tras respirar hondo para recuperarse del viaje, enderezaron la espalda, y las manos con que cada uno se aferraba a su vecino para que Tyen los transportara a todos pasaron a dar palmaditas y apretones de aliento.

—Veamos qué podemos hacer —dijo Tyen, y echó a andar hacia el edificio.

Cuando entraron, alzó la vista hacia lo que quedaba del techo. Solo se mantenía en pie una de las cinco altas columnas centrales. Absorbió magia e inmovilizó el aire por encima de sus artesanos para formar un escudo, tal vez con una fuerza excesiva, a juzgar por el helor que nubló el aire de inmediato.

—Eso no es necesario, Tyen Tornero —dijo una voz masculina desde algún lugar a su derecha—. Nosotros estamos sosteniendo el techo.

Tyen buscó con la mirada a la persona que había hablado. La figura conocida de un anciano apareció, serpenteando entre los artesanos.

—Maese vidriero Rayf —exhaló Tyen—. ¿Cómo podemos ayudar?

—¿Posee alguno de vosotros poderes de sanación? —preguntó Rayf.

Los artesanos se miraron entre sí, casi todos sacudiendo la cabeza.

—Yo tengo algunas nociones —respondió un joven—. No de sanar con magia; solo de hacer vendajes y suturas.

—Estuve formándome durante un tiempo en Faurio —dijo Tyen. «Hasta que un exrebelde me reconoció», añadió para sí. «Y tuve que elegir entre matarlo o marcharme»—. Allí adquirí algunos rudimentos.

Rayf posó la vista en Tyen y arqueó una ceja.

—¿Sabes sanar con magia?

Tyen negó con un gesto.

—Solo los inmarcesibles son capaces de hacer eso.

El anciano clavó en él unos ojos penetrantes al oír esta información. Sin duda se preguntaba si aquel poderoso hechicero de otro mundo podía envejecer... o, más bien, qué supondría para Doum que no pudiera. Lanzó una mirada fugaz por encima del hombro de Tyen y frunció el ceño. Se le acercó ligeramente.

—Explora mi mente —lo invitó en voz baja.

Tyen así lo hizo y, junto con una honda inquietud, percibió una imagen de los puestos que tenía detrás. Tras una fila de personas ocupadas en las labores de desescombros, entre las vasijas apiladas en una caseta intacta, había una sombra más profunda. En su interior resplandecían un par de ojos fijos en el gran montón de cascotes.

Rayf dirigió de nuevo la vista hacia el rostro de Tyen.

—No puedo leerle la mente. ¿Quién es? —susurró.

Tyen proyectó sus sentidos hacia atrás en busca del que estaba escondido. Puso mala cara cuando localizó su mente.

«Esto llevará horas —pensó el desconocido—. Cuanto más tiempo permanezca aquí, mayor será el riesgo de que alguien me descubra. ¿Por qué he de exponerme a que me apresen, si no fui yo quien ordenó el ataque contra este lugar? Si de verdad ha muerto un arcillarca, el emperador no negociará mi liberación. Me abandonará a mi suerte».

—Se llama Axavar —murmuró Tyen—. Es de Murai. Un mago de la Escuela de Hechicería.

—¿Es uno de los responsables de esto?

Tyen asintió.

—Lo han apostado aquí para que se asegure de que los atacantes no hayan matado a algún arcillarca. El emperador solo tomará medidas contra los que han ordenado el ataque si uno de nuestros líderes ha muerto.

Rayf entornó los párpados.

—¿Quiénes lo han ordenado?

—Él sospecha que los mercaderes muraianos.

Al viejo se le escapó un siseo.

—Pretenden castigarnos por fijar precios mínimos, sin duda. ¿Qué mercaderes?

—No está pensando en ninguno en particular. Es un subalterno. Demasiado joven para haber alcanzado una posición de autoridad.

Además, no parecía muy afligido por lo que su gente y él habían hecho allí. Tyen sacudió la cabeza. Era de una crueldad increíble matar a tantas personas por negarse a vender su mercancía a precios demasiado bajos. Si los pensamientos de Axavar eran correctos, los comerciantes de Murai habían concluido que su propia supervivencia dependía de su capacidad para vender el género de Doum con un margen de beneficios razonable..., aunque Tyen sospechaba que para ellos «supervivencia» no significaba evitar el hambre, sino solo la disminución de su inmensa fortuna.

—¿Qué queréis que haga yo? —preguntó Tyen.

Rayf vaciló, con las facciones tensas a causa de la indecisión; cuando alguien lo llamó, el semblante se le iluminó un poco. Al volverse, ambos vieron a varios hombres y mujeres con túnicas rojas que entraban en el edificio con andar resuelto. Uno de ellos se dirigió hacia Rayf mientras los demás se dispersaban para atender a los heridos.

—Ah, bien. Los sanadores de Payr han llegado. —El anciano se volvió de nuevo hacia Tyen—. Síguelo cuando se vaya. Averigua quién más es responsable, y si el emperador está detrás de esto.

Tyen hizo un gesto afirmativo. Tras respirar hondo, se impulsó para apartarse del mundo hasta que apenas era capaz de determinar su posición respecto al edificio. Solo alguien que se fijara muy bien habría detectado que él no había desaparecido. Describiendo una curva amplia, se acercó al muraiano por detrás.

En el último momento, este se dio la vuelta y vio a Tyen. Saltó al espacio intermedio como una centella y huyó a toda velocidad.

Tyen se lanzó en su persecución.

Las ruinas del Gran Mercado se desvanecieron de su vista. La sustancia del espacio intermedio se agitaba a los lados del camino que estaba abriendo Axavar. Cuando Tyen empezó a ganarle terreno, el hombre aceleró. Tyen habría podido alcanzarlo, pero se contuvo y dejó que aumentara la distancia entre ellos. Más valía que Axavar creyera que había conseguido burlarlo para que lo guiara directamente hasta su destino.

Allí, con toda seguridad, se hallaría el resto de los hechiceros que habían atacado el mercado. Tyen tendría que aproximarse con sigilo, asegurándose de que no lo vieran. Aunque era poco probable que un solo hechicero muraiano fuera lo bastante poderoso para representar una amenaza frente a él, no podía saber lo fuertes que serían juntos. Por otro lado, debía evitar darles la impresión de que era la vanguardia de un contraataque por parte de Doum, pues algunos de ellos podrían regresar a Alba para lanzar otra ofensiva.

Una vez rebasado el punto medio entre los mundos, donde nada resultaba visible, unas sombras emergieron lentamente de la blancura. Una ciudad se extendía debajo de ellos, tornándose más definida por momentos. Se asentaba al pie de un acantilado desde el que se precipitaba un gran salto de agua que envolvía la población en una nube de rocío. El río que discurría por la base dividía la ciudad en dos mitades cosidas entre sí por una serie de elegantes puentes.

Se trataba de Glaemar, la capital del país más poderoso de Murai y residencia del emperador, cuyos dominios lo abarcaban todo excepto un puñado de territorios lejanos demasiado pobres para que sintiera la tentación de conquistarlos. Tyen la había visitado en la época en que se había establecido en Doum, llevado por la curiosidad de conocer al vecino rico y poderoso, además de ser el principal comprador de los productos de los alfareros. Aunque el clima de Glaemar era mucho más fresco que el de Alba, poseía una cultura más refinada... y menos acogedora. La

riqueza y el poder se transmitían por línea hereditaria, y los pobres vivían sometidos a un estado de servidumbre perpetuo. Las habilidades mágicas solo conferían una libertad limitada respecto a las rígidas normas que establecían las clases sociales.

A Tyen todo aquello le recordaba mucho a su lugar de origen, el gran Imperio Ieraciano que había sojuzgado y colonizado casi todo su mundo, aunque la ciudad de Beltonia, con su avanzado sistema de alcantarillado, era bastante menos apesetosa que las cunetas cubiertas de Glaemar, por las que fluían con lentitud las aguas negras.

Axavar se lanzó en picado hacia su mundo y se frenó en el último momento para modificar su posición. Tyen lo siguió a cierta distancia, consciente de que su objetivo, debido a sus inferiores dotes mágicas, tenía menos facilidad para detectar otras presencias en el espacio intermedio. Por fin, Axavar descendió de golpe hacia un edificio grande con un patio interior cuadrado.

Tyen permaneció a tal altura por encima de la ciudad que sus habitantes apenas lo habrían distinguido de una mota en el cielo. Aun así, creó una esfera de aire inmóvil en torno a sí cuando emergió al mundo, tanto para mantenerse suspendido como para protegerse. Aguardó poco rato, hasta que la mente de Axavar se tornó legible.

Se había materializado en la Escuela de Hechicería. Se oyeron pisadas procedentes de todas direcciones cuando otros magos acudieron a su llamada. Imágenes de rostros de hombres y mujeres que se asomaban a los balcones afloraron a su mente. Otros salían a paso veloz de los pasajes abovedados que tenían debajo. Todos fijaron la vista en Axavar mientras este balbucía una explicación y una advertencia.

Era posible que un hechicero lo hubiera visto, les dijo. Tal vez lo había seguido. Podía aparecer allí de un momento a otro.

Axavar percibió que unas líneas radiales de oscuridad brotaban alrededor de los hechiceros mientras absorbían magia, preparándose para lidiar con un posible intruso. Pero Tyen no tenía la menor intención de enfrentarse a ellos. En vez de eso, les inspeccionó la mente. Descubrió que maese Rayf estaba en lo cierto. Cuando los arcillarcas de Doum habían establecido precios mínimos, los mercaderes muraianos habían decidido tomar represalias contratando a cinco graduados de la Escuela de Hechicería de Glaemar para que viajaran a Alba y destruyeran el Gran Mercado.

Sabían que el emperador los castigaría si moría algún líder de Doum. Los muraianos no concedían importancia a las muertes de los hombres, mujeres y niños que atendían los puestos, pues en su cultura los tenderos ocupaban un peldaño muy bajo en la escala social. Solo las personas con cierta autoridad importaban. En Doum, en cambio, el comercio estaba controlado por las familias de los alfareros, ladrilleros, azulejeros y otros productores, entre ellos varios parientes de los arcillarcas. Los familiares que carecían de talento artístico pero poseían habilidad para los números y la negociación eran tan valiosos como los creadores, pues los liberaban de estas tareas y les permitían concentrarse en su trabajo.

Los colegas de Axavar se encontraban frente a la directora de la Escuela de Hechicería, una mujer llamada Oerith, que no creía que un hechicero doumiano se atreviera a asaltar la escuela por su cuenta. Aun así, buscarían información y, en cuanto se enteraran de por qué habían atacado el Gran Mercado, quizá volvieran para vengarse de los mercaderes, o incluso arremeterían contra el mismo emperador. Culparían a Axavar por haber dejado que lo descubrieran. A menos que ella actuara con suficiente celeridad para advertir a todo el mundo. Los nombres de los mercaderes que estaban detrás del ataque no habían sido revelados a la escuela, pues se habían comunicado con ella a través de un intermediario, pero el emperador seguramente los conocía, o averiguaría quiénes eran cuando la noticia llegara a sus oídos. Tras ordenar a la escuela que apostara un guardia y se preparara para defenderse, Oerith se impulsó para apartarse del mundo y su mente quedó en silencio.

«¿Qué debo hacer?», se preguntó Tyen. Por un momento, esperó que la voz de Vella le respondiera, pero la había dejado oculta y a buen recaudo en su casa.

Rayf quería los nombres de los mercaderes. Tyen podía buscar sus mentes por la ciudad que se extendía a sus pies, pero dar con ellos le llevaría demasiado tiempo. Oerith creía que el emperador poseía esa información.

Tyen dirigió su atención hacia un edificio grande e irregular en la base del acantilado. Lo habían construido junto a la cascada, de modo que sus ocupantes disponían de acceso al agua más pura. Examinó las mentes de quienes se hallaban dentro. No tardó mucho en localizar a Oerith. Como había tantas personas desviviéndose por complacer al emperador, no le costó encontrarla. Ella ya estaba en la sala de audiencias. Después de informar de que un hechicero había seguido a Axavar, se volvió hacia los cinco hombres que se encontraban cerca, postrados de rodillas.

Los mercaderes, supuso ella. Tyen penetró en sus mentes y así lo confirmó. Había averiguado cómo se llamaban. Podía marcharse.

Pero entonces, a través de los oídos de los comerciantes, oyó que el emperador rompía a reír.

Cuando se centró en la mente del soberano, a Tyen se le heló la sangre. El hombre estaba encantado. No tenía la menor intención de disciplinar a los mercaderes. En vez de ello, estaba ponderando cuán complicado resultaría invadir Doum en toda regla.

La sensación de frío cedió el paso al acaloramiento cuando la ira se reavivó en el interior de Tyen, pero se obligó a permanecer inmóvil.

«Si interfiero, podría empeorar las cosas».

Por otro lado, si se quedaba de brazos cruzados, el lugar que se había esforzado en convertir en su hogar y que había llegado a amar más que a su propio mundo podía ser destruido.

Sin embargo, no sabía lo poderosos que eran los hechiceros que permanecían cerca del emperador para protegerlo. Sin duda componían una fuerza sustancial.



Explorando las mentes de los hombres y mujeres más próximos al líder, Tyen contó cuántos eran hechiceros. Ya se había enfrentado a un número similar en ocasiones anteriores y había sobrevivido. ¿Y su poder? Muchos estaban sopesando las probabilidades de que Murai venciera a Doum si aquello desembocaba en un conflicto, pero aunque se consideraban una fuerza superior, ninguno tenía experiencia en batallas intermundiales, y más de uno parecía tener un concepto inflado de su propia valía.

Hacer frente al emperador entrañaría riesgos, pero Tyen estaba dispuesto a asumirlos por su nuevo país. Respirando hondo, se impulsó hasta el espacio entre mundos y se deslizó hacia abajo.

Sin embargo, no irrumpió en la sala de audiencias atravesando el tejado. Eso habría resultado demasiado amenazador. Quería que el emperador se lo pensara dos veces antes de enemistarse con Doum, no que sacara la conclusión precipitada de que el mundo vecino estaba tomando represalias. Así que se materializó a cierta distancia de la sala y se acercó a un guardia.

El hombre —un capitán— se sobresaltó, pues no lo había visto llegar.

—Quisiera hablar con el emperador en nombre del pueblo de Doum.

El capitán lo miró con los ojos entornados, dudando que alguien hubiera enviado a un emisario tan desaliñado.

—¿Y usted es...?

—Tyen Tornero, de Alba —resopló—. Y me habría tomado la molestia de vestirme para la ocasión si no hubiera tenido prisa por evitar una guerra entre nuestros mundos. —Se apartó del mundo, pasó deslizándose al otro lado del guardia antes de emerger y lanzarle una mirada altiva por encima del hombro—. ¿Preferiría que encontrara al emperador por mí mismo?

El capitán se enderezó.

—No. Ya le llevo yo hasta él. —Le indicó con un gesto que lo siguiera y echó a andar por el palacio.

Durante la visita anterior de Tyen a Glaemar había observado el palacio por fuera, pero, al carecer de una razón oficial para entrar, no había tenido la oportunidad de ver el interior. No era como esperaba. En vez de la abundancia habitual de objetos valiosos combinada con una decoración lujosa en un abigarrado despliegue de riqueza, el espacio estaba despejado y diáfano. No había paredes sólidas que dividieran el edificio en habitaciones; solo hileras de columnas. Pasajes abovedados se abrían a unos atrios que dejaban entrar el sol y la humedad, adornados con plantas arregladas artísticamente en tiestos gigantescos. En los atrios más grandes se alzaban pérgolas. Esto producía el efecto de desdibujar el límite entre el interior y el exterior. Por otra parte, el agua nebulizada de la cascada, extendida por la suave brisa, mantenía el aire húmedo y fresco.

No obstante, el palacio no estaba del todo desprovisto de obras de arte. Aquí y allá se erguían esculturas elegantes entre las columnas, los tiestos procedían de una

de las mejores alfarerías de Domra, y en los suelos podían apreciarse mosaicos tan impresionantes como los que Tyen recordaba que bordeaban el paseo de acceso al palacio. Si los mosaicos cubrían la totalidad del complejo que había oteado desde lo alto, debían de ocupar un espacio similar al de una aldea grande, o tal vez incluso una ciudad pequeña.

Sin duda muchas de las familias más acaudaladas de Glaemar y de otras urbes muraianas decoraban de manera similar sus residencias. Todo lo que se consideraba lo bastante bueno para los gobernantes de un país o un mundo era deseable para quienes tenían ambición y la necesidad de ofrecer una imagen próspera y poderosa. Al estudiar las teselas con mayor detenimiento, Tyen advirtió que estaban vidriadas. Eran de cerámica, no de piedra.

«No me extraña que los mercaderes estén algo molestos por el control de precios por parte de los arcillarcas. Debe de haber una gran demanda de este producto en el mercado, por encima de la cerámica y las pipas que le compran a Doum».

Se cruzó con diplomáticos y cortesanos, burócratas y sirvientes. Advirtió que estos últimos eran todos jóvenes y atractivos, aunque llevaban una ropa sencilla y sin adornos confeccionada con la misma tela. «Supongo que en un espacio tan abierto no es posible ocultar a los criados, así que el emperador se asegura de que no resulten ofensivos a la vista».

Un par de personas con un uniforme diferente y más vistoso interrumpieron su conversación para mirarlo fijamente. Algunos empezaron a seguirlo; otros se alejaron a toda prisa. Eran hechiceros, según leyó en sus pensamientos, apostados allí para inspeccionar a todos los visitantes que recibiera el emperador. No les gustaba lo que veían en él: un habitante de otro mundo con atuendo doumiano y cuya mente era impenetrable.

A pesar de todo, nadie le cerró el paso, y al explorar sus mentes confirmó que, en efecto, se aproximaba a la sala de audiencias. Finalmente, llegaron ante unas paredes divisorias. Un par de puertas descomunales se interponían entre él y el soberano. Uno de los seis guardias que las custodiaban abrió una con un fuerte tirón. El capitán frenó sus pasos, sorprendido, y encogiéndose de hombros entró en la estancia, con Tyen a la zaga. Se hizo a un lado y le indicó que avanzara en cabeza.

En cuanto Tyen lo adelantó, se quedó de una pieza al ver lo oscura que estaba la sala. Era un espacio cerrado por los cuatro costados, a diferencia de gran parte del palacio, y la única iluminación procedía de las llamas que ardían en unas lámparas en forma de cuenco colocadas en nichos.

Un hombre maduro se hallaba de pie en el centro de la habitación. Llevaba una túnica sencilla de tela de oro y, encima, un jubón sin mangas de cuentas vidriadas. Su aspecto humilde sorprendió en un principio a Tyen, hasta que recordó que el mundo de Murai disponía de pocos yacimientos de arcilla. «Uno codicia aquello que no tiene —reflexionó—. Y eso ha supuesto una ventaja para Doum..., hasta ahora».

Lo flanqueaban dos de los hechiceros que los habían seguido, y Tyen descubrió a través de ellos que los hombres y mujeres que formaban una hilera a lo largo de la pared del fondo también eran magos. El emperador había sido informado de que no habían podido leerle la mente a Tyen. Desoyendo sus consejos, había decidido quedarse y recibir al mensajero de Doum.

Un movimiento atrajo la atención de Tyen hacia cinco hombres que estaban cerca, en cuclillas, con la mirada fija en el suelo. Iban bien vestidos; los más jóvenes tenían unos pocos ciclos de edad menos que el rey, y los mayores, cerca del doble. Eran los mercaderes. La directora de la Escuela de Hechicería se encontraba de pie detrás de ellos.

Cuando Tyen se volvió de nuevo hacia el emperador, este alzó las cejas y la barbilla ante aquella afrentosa falta de respeto por parte del mensajero. Consciente de que no quería que el encuentro acarreará más violencia, Tyen se postró en la misma posición que habían adoptado los mercaderes.

—¿Quién es? —preguntó el emperador en muraiano, y sus palabras retumbaron en la sala.

—Tyen Tornero —respondió el capitán detrás de Tyen.

—¿Los arcillarcas han enviado a un sirviente a negociar en su nombre? —La voz del emperador llenó la sala de escepticismo.

—No, emperador Izetala-Moraza —contestó Tyen. Acto seguido, puesto que había leído en la mente del soberano que este conocía el idioma de los viajeros, prosiguió en esta lengua—: Los arcillarcas me han enviado a descubrir quién ha atacado el Gran Mercado de Alba hace unos momentos y por qué. He seguido a un hechicero a quien han dejado atrás para que averiguara si había algún arcillarca entre los muertos...

—¿Y lo había? —inquirió el soberano, pasándose también a la lengua de los viajeros.

—Lo ignoro, emperador.

—Pues aquí tienes a los culpables. Puedes preguntarles cuáles eran sus intenciones.

—Ya he obtenido esa información, emperador.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

Tyen le sostuvo la mirada.

—Estos mercaderes han atacado Doum, emperador —afirmó, y dejó que cierta dureza se filtrara en su voz—. Eso podría interpretarse como una declaración de guerra. —Hizo una pausa y se irguió de nuevo—. Lo que quiero saber es qué pensáis hacer vos, emperador Izetala-Moraza. ¿Condenáis sus actos?

El soberano alzó de nuevo el mentón, pero guardó silencio mientras meditaba su respuesta. Cuando Tyen le leyó el pensamiento, el estómago le dio un vuelco.

—No los apruebo —dijo el emperador—. Se han expuesto a un grave peligro, y deberían haberme pedido autorización. —Lanzó una mirada severa a los mercaderes,

que se encogieron y empezaron a preguntarse si lo habían juzgado mal—. Pero tienen derecho a actuar ante la negativa de los arcillarcas a negociar.

—Así pues, ¿no los castigaréis?

El emperador clavó la vista en él.

—Solo si algún arcillarca ha resultado herido. —«Supongo que tendré que montar un número», refunfuñó para sus adentros. «Esos arcillarcas desempeñan una labor deleznable como gobernantes, un título que no merecen. No son más que unos criados de los artesanos a los que se ha concedido una autoridad temporal sobre el populacho revoltoso y arrogante al que llaman “ciudadanos”»—. Recuérdales que ellos se lo han buscado —continuó el emperador—, al negarse a respetar los acuerdos alcanzados y vender productos encargados por los muraianos a otros mundos. Eso no puede tolerarse.

Tyen arrugó el entrecejo.

—Si no estáis dispuestos a pagarles precios dignos de su tiempo y su pericia, ¿por qué no habrían de buscarse otros clientes que sí lo estén?

—Siempre han sido nuestros proveedores —aseveró el emperador—, en virtud de un acuerdo muy antiguo, suscrito por el Raen...

—El Raen ha muerto.

El emperador asumió una expresión pétrea, con los labios apretados en un gesto de desagrado. Se impuso un silencio incómodo y cargado de ira. Tyen había roto un tabú al expresar la verdad en voz alta. «Un tabú bastante reciente, desde una perspectiva histórica».

«¿Quién será este advenedizo? —pensaba el emperador—. Alguien poderoso, sin duda, lo bastante fuerte para no tener miedo de mí ni de mis hechiceros. Sin embargo, su acento no me resulta familiar, y aunque tiene un aspecto parecido a los habitantes de Alba, percibo algo extraño en él. ¿Podría provenir de otro mundo? Sí, creo que es posible».

—¿Qué importancia tiene eso para ti? —preguntó—. No perteneces a su mundo.

Tyen cruzó los brazos.

—Doum es mi hogar, y su gente es mi familia. Haré cuanto sea necesario para defenderlos.

—Pues defiéndelos. Convince a los arcillarcas de que abandonen su insensata política de precios abusivos.

—Jamás cometería la soberbia de decirles cómo deben vivir su vida o dirigir sus negocios —replicó Tyen—. Pero veo que no me será fácil convencerlos a vos de que sigáis su ejemplo. A menos que despoje a este mundo de magia por completo para que os quedéis aislados durante unos cientos de ciclos. Imagino que eso no sería bueno para el comercio.

El emperador lo observó con fijeza. Oerith dio un pequeño paso hacia el soberano, que le indicó con un ademán que se quedara donde estaba.

—Solo el Raen poseía tanto poder —dijo él.

—No, no era el único.

—Te habría matado si te hubiera encontrado.

Tyen se encogió de hombros.

—Pero no me encontró. Sin duda sabéis que este es un mundo pequeño. Sé de por lo menos dos personas con el alcance suficiente para arrebatarme toda su magia, y no me sorprendería que hubiera más. Incluso si absorber toda la magia de una vez estuviera más allá de mis capacidades, podría asegurarme de que Glaemar quedara rodeada de un vacío tan grande que tardara ciclos en desvanecerse. Puesto que quizá dudéis de la veracidad de mis palabras... —Tyen proyectó la mente, expandiendo sus sentidos hasta que calculó que abarcaban la ciudad entera, y atrajo hacia sí la mitad de la magia, en franjas radiales. La que quedaba no tardaría en expandirse hasta llenar los huecos, por lo que ningún hechicero que estuviera enfrascado en una tarea importante, como levantar un objeto pesado, se vería privado por completo de energía.

Una oleada de gritos ahogados recorrió la sala cuando los magos presentes percibieron lo que Tyen había hecho. Antes de que alguno de ellos entrara en pánico y lo atacara, él liberó la magia acumulada. Esta fluyó hacia fuera, ocasionando que, durante un rato, el palacio fuera rico en energía. La conmoción cedió el paso al asombro, y el miedo al alivio.

—Os dejo para que recapacitéis sobre vuestra postura, y sobre si estos hombres —Tyen dirigió la vista hacia los mercaderes— merecen castigo por matar a familiares de artesanos y arcillarcas de Doum. —Le complació comprobar que eso era justo lo que el gobernante estaba haciendo, de mala gana, pese a la rabia que le producían estas amenazas—. Gracias por escucharme, emperador. Os deseo que gocéis de salud y fortuna.

Sin esperar respuesta o permiso para retirarse, Tyen se adueñó de parte de la magia que sobraba en el palacio antes de apartarse del mundo.

Una vez en lo más profundo del espacio intermedio, la cálida satisfacción que lo embargaba se enfrió y la preocupación ocupó su lugar. ¿Cómo reaccionarían los arcillarcas cuando se enteraran de que había amenazado al emperador muraiano en nombre de ellos, sin consultárselo antes?

«¿Se mostrarán enfadados o agradecidos? ¿He mejorado o empeorado la situación?».

Deseó poder hablar de ello con Vella. Cuando pensó en ella, escondida en su casa, cayó en la cuenta de que, al desafiar al emperador de Murai, tal vez se había convertido en un objetivo. Aunque tenía una confianza razonable en su capacidad para defenderse, el emperador podía buscar una venganza menor que no provocara una reacción implacable por parte de los arcillarcas, como echar abajo la casa de Tyen. Decidió que, a partir de ese día, volvería a llevar siempre a Vella consigo.

Encontró el camino que había seguido de Doum a Murai en pos de Axavar, y lo recorrió en sentido inverso. El puesto que se alzaba entre los escombros del Gran

Mercado empezó a materializarse alrededor de él.

Y entonces percibió una sombra. Alguien lo seguía.

Alarmado, se deslizó por el mundo para alejar a sus perseguidores de las ruinas. Comprobó aliviado que continuaban detrás de él, sin desviarse. Los atrajo hacia el exterior de la ciudad y buscó un lugar despoblado donde pudiera enfrentarse a ellos sin arriesgarse a hacer daño a otros. Emergió al mundo en un lago seco, jadeando, pues su cuerpo, privado de aire, acusaba los efectos de viajar durante tanto rato en un medio en el que no podía respirar.

Una figura borrosa empezó a cobrar forma a pocos pasos de distancia. Una silueta femenina con un vestido suelto largo. ¿Oerith? ¿Una hechicera enviada por el emperador para desafiarlo? ¿O quizá para comunicarle un mensaje? ¿Una amenaza en respuesta a la que había lanzado él, tal vez?

Sin embargo, su rostro no parecía muraiano. Tenía la piel más morena, y el cabello negro y lacio. De pronto, estremeciéndose como si lo hubiera alcanzado un rayo, la reconoció. Cuando la mujer se materializó, tomó aliento para hablar, pero sin respirar afanosamente, señal inequívoca de que se trataba de una hechicera inmarcesible.

—Tyen, ¿verdad? —dijo la mujer que se había negado a resucitar al Raen—. ¿Te acuerdas de mí? O tal vez nunca te dije mi nombre. Me llamo Rielle.



—Me he enterado por los sirvientes de palacio de que algo no iba bien —explicó Rielle—, y poco después te he visto a través de los ojos de otros.

Tyen la notó cambiada. Mayor, aunque eso era de esperar. Más alta de lo que la recordaba, pero eso tal vez se debiese a que la primera impresión que se llevó de ella fue la de una joven desesperada y vulnerable. Estaba tan hermosa como la última vez, y cuando sonrió, él tuvo que bajar la vista para no quedarse mirándola.

—Y me has seguido —señaló, en parte como una observación y en parte como pregunta.

—Creía que te gustaría saber que el emperador ha empezado a planear tu asesinato en cuanto te has marchado.

—Ah —suspiró—. Como no podía ser de otra manera.

—Sus hechiceros han intentado disuadirlo, más por instinto de supervivencia que por discrepancia.

Él alzó la mirada.

—¿Crees que lo conseguirán?

Rielle frunció los labios.

—Las posibilidades están igualadas, en mi opinión. Al emperador no le gusta que lo amenacen, pero no ha podido evitar fijarse en tu poder. Tal vez intente castigarte de otro modo. Deberías asegurarte de que tus seres queridos y tú estaréis bien protegidos.

Él asintió, y pensó de inmediato en sus artesanos. Aunque los consideraba amigos además de empleados y detestaría que les ocurriera algo malo, se sentiría culpable si algún ciudadano de Doum sufriera por su causa. Y luego estaba Vella. Pero era imposible que el emperador supiera de su existencia.

Y, no obstante, allí estaba Rielle, ocultándole su mente, lo que significaba que era más poderosa que él y podía leerle el pensamiento si así lo deseaba. Resultaba desconcertante. Tyen solo había conocido a otra persona con poderes superiores a los suyos, el Raen, y había presupuesto que este era mucho más poderoso. Aunque no solía explorar la mente de los habitantes de Doum, siempre examinaba la del resto de la gente, y hacía mucho tiempo que no se topaba con alguien con quien no le fuera posible.

No pudo evitar preguntarse qué hacía Rielle en el palacio muraiano. Ya era mala suerte que, para una vez que él se había valido de su fuerza para impresionar a alguien, este resultara tener a su disposición a una hechicera más poderosa. Por otra

parte, si ella estuviera trabajando para el emperador no habría ido allí para advertirle de las intenciones del soberano de asesinarlo.

«La gente que te desea algún mal no te avisa de una amenaza contra tu vida. En nuestro último encuentro, yo la ayudé. Por lo que sé, no tiene motivos para odiarme».

A diferencia de la mayoría de los habitantes de los mundos. O, al menos, tendrían motivos si supieran la verdad sobre él.

Apartó ese tema de su cabeza antes de revelar más detalles de la cuenta, y le escudriñó el rostro a Rielle. Esta sonrió, cosa que difícilmente habría hecho si hubiera descubierto su secreto, a menos que fuera muy hábil para disimular. Él lamentó no poder asegurarse.

—Creo que no te he dado las gracias por ayudarme a huir de Dahli —dijo ella.

—No tienes por qué. —Se encogió de hombros—. Solo te eché una mano para que hicieras lo correcto. ¿Se recuperó el muchacho?

—En cierto modo, sí. —Frunció el ceño—. Recuperó la cordura, pero casi no conserva recuerdos de su época anterior.

—¿Está...? Espero que esté bien oculto. —Tal vez fuese mejor que Tyen desconociera el paradero del chico cuyo cuerpo el Raen pretendía habitar tras su resurrección. El silencio en la mente de Rielle parecía incrementar la posibilidad de que Tyen tropezara con otro hechicero más fuerte que él.

Ella le dirigió una mirada socarrona y llena de gratitud.

—Sí. Vive en un lugar seguro, en compañía de buena gente, muy lejos de mí. —Suspiró—. Temía que, si lo mantenía a mi lado, acabase arrastrándolo a nuevos conflictos, pero he conseguido no meterme en dificultades durante cinco ciclos, así que tal vez mis preocupaciones eran infundadas.

—Y durante todo ese tiempo hemos vivido en mundos vecinos.

Rielle alzó la mano con un gesto elegante y negativo.

—Oh, solo llevo unos meses en Murai. —Tendió la vista hacia las afueras de Alba—. Trabajo para una cuadrilla de mosaiquistas. El emperador les encargó un trabajo. Como les gusta el clima de Glaemar, aceptaron su invitación a alojarse en palacio hasta que concluyan la tarea.

—Así que trabajas para el emperador. —Tyen arqueó una ceja. ¿Los convertía eso en enemigos?

Rielle se volvió de nuevo hacia él.

—Trabajo para personas que están a su servicio. Aunque los mosaiquistas son gente decente, en el fondo no me consideran una más. Solo soy una forastera con un talento útil.

Tyen asintió.

—Sé lo que se siente. Aunque me he esforzado mucho por hacer de Doum mi hogar, a veces siguen tratándome como a un natural de otro mundo.

—¿Incluso después de cinco ciclos?

—Incluso después de cinco ciclos.

Rielle pareció entristecerse.

—No dejo de preguntarme cuánto tiempo tardaré en asimilarme. No puedo volver a mi mundo de origen. No quiero ser una forastera toda la vida.

—Para mí también es imposible regresar a mi mundo. —Arrugó el entrecejo—. ¿Te has enterado de por qué he visitado el palacio?

—Los mercaderes han atacado un mercado de aquí. Están molestos por los precios que los arcillarcas han fijado para sus artículos. —Hizo una pausa—. Y sin duda habrás leído en sus mentes lo que planean hacer si no se salen con la suya.

—No permitiré que invadan Doum —advirtió él. Acto seguido, torció el gesto—. Siempre y cuando los arcillarcas me dejen impedírsele. No ven con buenos ojos que me implique en nada que no sea la fabricación de tornos de alfarero, y no puedo dejar de preguntarme si preferirían que Murai los conquistara a que yo los defendiera.

Ella se mordisqueó el labio.

—Ser de otro mundo supone ciertas ventajas, a pesar de todo. Sospecho que el emperador estaría más dispuesto a ceder si no tuviera que hacerlo ante ellos. ¿Negociarías en nombre de los arcillarcas, si te autorizaran para ello?

Tyen reflexionó.

—Sí. Sí, lo haría. Pero si al emperador no le gusta que lo amenacen, ¿no se negará a escucharme después de lo que le he dicho?

—No, al contrario. Tal vez te odie por haberlo desafiado, pero te respetará por haber tenido la fuerza y el valor para hacerlo.

Tyen contrajo el rostro.

—No sé si me gusta la idea de negociar directamente con él. Quizá Murai necesite un delegado también. Aunque no conozco a ningún muraiano con quien preferiría tratar. —El corazón le dio un vuelco cuando cayó en la cuenta de a qué persona le gustaría tener como interlocutora—. ¿Podrías convencer al emperador de que te dejara negociar en su nombre?

Ella juntó las cejas.

—No lo sé —respondió con evidente renuencia—. No es que no quiera ayudarte, pero no tengo experiencia ni formación en esta clase de trabajo.

—Yo tampoco —dijo Tyen—. Pero si nos quedamos de brazos cruzados...

—... es posible que los dos mundos se declaren la guerra —concluyó ella—. Está bien. Consideraré la posibilidad de proponérselo.

Él sonrió.

—Gracias. Tengo que regresar a Alba para contarles lo que he averiguado y ayudar en lo que pueda en el Gran Mercado.

—Y yo debería regresar junto a los mosaiquistas. Los he dejado en medio de una reunión sobre diseños. ¿Te busco en Alba?

—Sí. Pregunta por Tyen Tornero. Cualquier vecino sabrá indicarte cómo llegar a mi taller.

Ella inclinó la cabeza.

—Hasta entonces, Tyen Tornero, espero que todo te vaya bien.

Él aguardó hasta que Rielle se desvaneciera del todo, pues no deseaba apartarse del mundo pisándole los talones, aunque después tomaran direcciones distintas. En cuanto ella desapareció, Tyen se trasladó al espacio intermedio y comenzó a deslizarse hacia la ciudad. Cuando emergió al Gran Mercado, se le aceleró el pulso, pero no por miedo o aprensión.

«¡Rielle! ¡Habiendo tanta gente en el mundo vecino, y me encuentro justo con ella!».

Su entusiasmo se apagó enseguida. Si Dahli descubría dónde estaba ella, se pondría aún más contento. En el peor de los casos, sin embargo, el que había sido el sirviente más leal del Raen querría castigarla por negarse a resucitar a Valhan. Y, en el mejor, intentaría obligarla a revelar el paradero del muchacho para completar la resurrección de su señor.

A Baluka, líder de los rebeldes —o restauradores, como se les conocía ahora—, le gustaría enterarse de que su antigua prometida estaba sana y salva. No obstante, tal vez prefiriese no conocer su ubicación, pues no era un hechicero poderoso y si alguien leía esa información en su mente podría llegar a conocimiento de Dahli.

El secreto de Rielle estaría a salvo con Tyen, que además lo guardaría de buen grado. Siempre había sentido curiosidad por ella. Sabía que había vivido en el palacio del Raen antes de que este muriera, y que Dahli le había enseñado a usar la magia y a alcanzar la inmarcesibilidad. La primera vez que Tyen la había visto, ella estaba a punto de resucitar al Raen, pero al descubrir que para ello era necesario sacrificar la mente de un joven inocente, lo había rescatado, exponiendo su propia vida a un riesgo considerable. Él la había seguido y la había ayudado a escapar de Dahli.

Esta decisión había despertado la admiración de Tyen. Era sin duda indicativa de unos principios firmes y de su valentía para aferrarse a ellos, aunque eso la convirtiera en una traidora. Quizá ella comprendía las decisiones que Tyen había tomado en la vida. En ocasiones, él fantaseaba con que volvían a encontrarse y se hacían aliados, amigos y —cuando daba rienda suelta a la imaginación— algo más.

«Lo primero acababa de suceder de verdad».

Esbozó una sonrisa, pero cuando salió del puesto del Gran Mercado su buen humor se esfumó. Se habían realizado pocos progresos desde que él se había marchado, aunque, por otro lado, no hacía tanto rato de eso. Unos hechiceros estaban retirando escombros del enorme montón, levantando los fragmentos uno a uno por medio de la magia para no hacer daño a quienes estuvieran sepultados debajo. Se enteró por ellos de que no habían detectado mente alguna bajo los cascotes, pero esperaban que algunos de los trabajadores del mercado que seguían enterrados estuvieran inconscientes. Se habían llevado a los heridos y los cadáveres que habían recuperado hasta el momento. Tyen buscó a maese Rayf y lo encontró junto a la puerta, hablando con la arcillarca Fursa.

El anciano fue el primero en ver que Tyen se acercaba y, cuando movió los labios, Fursa se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—Tyen Tornero —dijo Rayf—. ¿Has conseguido seguir al muraiano?

—Sí. —Tyen relató todo lo sucedido. La arruga en el entrecejo de la arcillarca Fursa se hizo más profunda al oírlo describir su amenaza de despojar el mundo de magia.

—Es un farol peligroso.

—No era un farol —replicó Tyen, sosteniéndole la mirada. Fursa entornó los ojos, y a él no le hizo falta leerle la mente para captar su incredulidad.

—Solo el Raen sería capaz de algo así —dijo ella con desdén.

—Eso era lo que quería que creyeran los mundos —repuso Tyen.

—Me han contado que mataba a todo aquel que se cruzaba en su camino cuyas fuerzas fuesen casi equiparables a las suyas, antes de que pudiese adquirir la experiencia y la habilidad suficientes para suponer una amenaza —dijo Rayf. Devolvió su atención a Tyen, evaluándolo con la mirada.

—A menos que los reclutara y los adiestrara para convertirlos en sus sirvientes —añadió Fursa, achicando los ojos.

—Muchos hechiceros poderosos nacieron durante los veinte ciclos de ausencia del Raen —le explicó Tyen—. No soy el único al que él no tuvo oportunidad de eliminar. —Se encogió de hombros—. Además, Murai es un mundo más pequeño de lo habitual. No hace falta que un hechicero sea capaz de absorber toda la magia para tener un enorme impacto sobre el nivel de energía de un mundo. Yo podría hacerle la vida imposible al emperador, si quisiera.

Fursa desvió la vista, apretando los labios.

—Aun así —alegó, sin mirarlo en ningún momento—, no deberías haberlo amenazado sin nuestro consentimiento.

Tyen asintió.

—Solo lo hice porque él estaba planteándose hacer algo aún peor que esto. —Señaló su entorno con un gesto—. Pero te aseguro que no volveré a actuar sin consultaros antes. —Les habló de la visita, el consejo y la oferta de Rielle, a quien solo se refirió como una hechicera de otro mundo a quien ya conocía y que trabajaba como diseñadora de mosaicos—. Es una persona íntegra.

—Ha puesto el dedo en la llaga —convino Rayf—. Es poco probable que el emperador transija en algo si habla directamente con nosotros, pues los muraianos lo considerarían una muestra de debilidad. Por otro lado, si tanto él como nosotros nombramos a intermediarios que negocien en nuestro nombre, podrá distanciarse de la decisión. —Le sonrió a Fursa—. Al igual que el Consejo.

Fursa cruzó los brazos.

—Sí, pero es el Consejo el que tiene que decidir quién debe representarnos. Es posible que haya candidatos más indicados para la misión.

Conteniendo un suspiro, Tyen volvió la vista hacia los hechiceros que escarbaban entre los escombros.

—Ahora mismo no puedo hacer más que ofrecer mi ayuda. Cuando toméis una decisión, comunicádmelo de un modo u otro. Ya sabéis dónde encontrarme. —Miró a Rayf—. Estoy seguro de que aquí puedo hacer cosas más útiles.

El anciano desplazó la vista por el edificio.

—No, ya nos estamos haciendo cargo nosotros.

Aunque no era la respuesta que Tyen esperaba, cuando se fijó mejor en lo que ocurría en el edificio se percató de que había llegado otro grupo numeroso de hechiceros mientras ellos hablaban, y la superficie entera del gran montón de ruinas bullía de actividad a la vez que retiraban los ladrillos con sumo cuidado. Había sanadores alrededor, esperando por si descubrían a una víctima viva, pero con la lúgubre certeza de que sus servicios no serían necesarios.

Tyen asintió.

—Ya lo veo. En ese caso, será mejor que me haga a un lado para no estorbar.

Tras volverse hacia Fursa llevándose dos dedos al corazón e inclinar la cabeza en señal de respeto hacia Rayf, tomó impulso para apartarse del mundo y se deslizó hacia arriba, a través de lo que quedaba de la cubierta del Gran Mercado. En cuanto localizó desde el cielo la forma familiar del tejado de su casa, se dirigió hacia ella. Atravesó el techo pero se detuvo en la planta superior, en lo alto de las escaleras, en vez de regresar al taller con sus tornos inacabados. En cuanto se vio rodeado de aire otra vez, exploró las mentes cercanas. El taller estaba vacío, pues sus artesanos continuaban echando una mano en el Gran Mercado. Los vecinos estaban concentrados en su trabajo, tareas domésticas y transacciones comerciales, o intercambiando información sobre el ataque. No había espías observándolo. Nadie le prestaba la menor atención.

«La única persona que podría estar vigilándome sin que la detectara es Rielle».

Desechó la idea, pero enseguida recapacitó y se obligó a replantearse esa posibilidad. A ella no le resultaría difícil encontrar su casa. Tyen era bastante conocido por sus tornos de alfarería, que funcionaban con magia, y bastaría con hacer un par de preguntas en la calle para dar con él.

Pero ¿por qué habría de vigilarlo?

¿Le había advertido que el emperador muraiano albergaba la intención de ordenar su asesinato para ganarse su confianza? Cuando le aconsejó que tuviera en cuenta la seguridad de sus seres queridos, ¿lo había hecho con el propósito de leer en su mente quiénes eran? Se le cayó el alma a los pies al recordar en quién había pensado en ese momento.

«En Vella».

Sin embargo, no había pensado en el lugar donde ella estaba escondida. Aun así, fue a toda prisa a la letrina, abrió la puerta de un empujón y entró. Constaba de una caja de madera con un agujero en la parte superior, en cuyo interior pendía un



embudo grande. Este vertía sus aguas en una de las cañerías de cerámica que, hasta hacía poco, los mercaderes muraianos compraban para venderlas en otros mundos. Tras levantar la caja, separando el embudo de la cañería, Tyen introdujo la mano bajo la base. El hedor a orina y heces que persistía pese a la limpieza frecuente se intensificó un poco, y él puso especial cuidado en evitar tocar el fondo del embudo. No había encontrado en ninguna parte retretes con un sistema de desagüe ni una ventilación tan buenos como los de su mundo y ciudad de origen.

Buscó a tientas por dentro de la base de madera. Cuando sus dedos toparon con un bulto que le resultaba familiar, exhaló un suspiro de alivio. Lo desenganchó, se lo puso bajo el brazo y colocó el asiento en su sitio. Acto seguido, se sentó en él. Al retirar el envoltorio, dejó a la vista una bolsa que contenía un objeto firme pero ligeramente flexible. A través de unos agujeros en la tela, Tyen entrevió la piel de la cubierta de Vella.

Nada más establecerse en Doum hablaba con ella por lo menos una vez al día, indeciso entre mantenerla oculta en un lugar seguro y la necesidad de conversar con alguien a quien conocía bien. Además, no quería abandonarla en el estado de inconsciencia en el que se sumía cuando no la tocaba un ser humano.

Pero desde que él había adoptado la indumentaria local para integrarse mejor, llevar a Vella consigo se había convertido en un problema. Como el clima era cálido, en Doum se estilaban las telas finas, en las que se marcaban las formas de los objetos que cubrían. Cuando la gente había empezado a preguntarle qué llevaba debajo de la camisa, él había tenido que encontrar otro escondrijo para Vella.

Cuanto más atareado estaba con su nueva iniciativa, menos tiempo le quedaba para charlar con ella. Pasaron a mantener sus diálogos cada dos días, luego cada tres, y poco a poco los intervalos se alargaron. Sin embargo, cuando dejaba pasar demasiado tiempo, se quedaba despierto toda la noche, temeroso de que ella tal vez ya no estuviese allí. De modo que sus conversaciones se convirtieron en irregulares, y tenían lugar en plena noche.

Ella estaba tibia, como de costumbre, cuando Tyen la sacó de la bolsa. Lo invadió una sensación de afecto matizada de culpa. Aunque consideraba amigos a sus empleados, no mantenía con ninguno de ellos una relación tan estrecha como la que lo unía a Vella. Lamentaba no haber dedicado más tiempo a hablar con ella. Reflexionó sobre su promesa de encontrar la manera de devolverle su forma humana, una empresa en la que no había tenido mucho éxito puesto que gran parte de las fuentes de información se encontraban en manos de personas que lo consideraban un espía y un traidor.

Como Vella le leería la mente al primer contacto de su piel, él no tendría que explicarle todo lo sucedido desde la última vez que había conversado con ella. Abrió las tapas y bajó la vista hacia aquellas páginas en blanco que tan bien conocía.

*—Hola, Tyen. Veo que hoy ha sido un día de malas noticias.*

«Sí, aunque creo que no todas han sido malas».

—No. Y sin embargo dudas de si debes confiar en Rielle.

«No tengo un motivo concreto para sospechar, pero no logro quitarme de encima la sensación de que no debo dar nada por sentado. Solo la había visto una vez con anterioridad. Todo lo que sé sobre Rielle se basa en lo que me contaron Dahli y Baluka, y en las ocasiones en que pensaron en ella. Además, si voy a negociar en nombre de Doum y el emperador la envía a ella como representante, debo tratarla como a cualquier otra persona que desempeñara esa función».

—Es una medida prudente.

«Se negó a destruir la mente de un joven para que resucitara el Raen, lo que demuestra su integridad, pero antes de eso había decidido unirse al Raen. No me cabe en la cabeza que alguien pueda hacer esto último sin aceptar ciertas renunciaciones morales».

—Dahli no podía leerle la mente. Tal vez ella solo fingía servirlo de forma voluntaria.

«De ser así, el Raen lo habría descubierto en sus pensamientos».

—¿Estás seguro? Leiste en la mente de Dahli que Valhan le había confesado que no siempre podía penetrar en la cabeza de Rielle.

Tyen inspiró con brusquedad ante este recordatorio. No era de extrañar, entonces, que ella pudiera leerle la mente a él. «Sin embargo, eso significa que el Raen podía leérsela en ocasiones. Cuesta creer que ella consiguiera ocultarle su deslealtad, teniendo en cuenta lo complicado que resulta apartar el pensamiento de lo que no quieres que otros vean».

—Tal vez le era leal y cambió de opinión respecto a él más tarde.

«O al Raen le daba igual, siempre y cuando ella hiciera lo que él quería. —Se mordió el interior de la mejilla—. Me pregunto qué me diría ella si se lo preguntara. —Frunció el ceño—. Aunque sería una indiscreción por mi parte. No quiero hacerla enfadar, tanto si acabamos negociando en nombre de nuestros respectivos mundos como si no».

—Si quieres informarte mejor, quizá Baluka pueda ofrecerte más detalles sobre su carácter.

«Eso implicaría revelarle que la he visto hace poco, y tal vez eso no le guste a ella».

—No tienes por qué decirle a Baluka que la has visto. Basta con que lo incites a hablar de Rielle.

Tyen asintió. «Eso no será difícil. La verdad es que le gusta recordar detalles sobre ella. —Tamborileó con los dedos sobre la cubierta de Vella—. Bien, le haré una visita a Baluka». Alzó la vista, y un plan empezó a cobrar forma mientras dirigía su

atención más allá de la puerta de la letrina. Para concertar un encuentro con Baluka debía dejar un mensaje en uno de los emplazamientos prefijados en otros mundos. Tendría que ponerse un atuendo menos típico de Doum para que nadie adivinara que estaba viviendo allí. Bajó de nuevo los ojos hacia la página. Más valía que se llevara a Vella consigo, por si el emperador o los mercaderes de Murai enviaban a alguien a saquear, revolver o destruir su casa.

Cerró el libro, lo guardó en la bolsa y se colocó la correa en torno al cuello. Tras salir de la letrina, entró en su dormitorio y abrió el baúl de ropa. Debajo de las camisas y pantalones de diario estaban las prendas que usaba siempre que viajaba entre los mundos. Las había seleccionado de forma meticulosa para que no llamaran la atención y le permitiesen confundirse entre la multitud... de plebeyos, claro está. Era imposible prever qué vestimentas estarían de moda entre los ricos y poderosos.

Eligió una camisa de manga larga, un pantalón de tela basta, calcetines gruesos, botas de piel y una chaqueta larga de lana. Una vez vestido, se hurgó en los bolsillos ocultos de la chaqueta. En uno de ellos encontró unas piedras preciosas, que continuaban siendo la moneda más utilizada en las transacciones entre los mundos, sobre todo desde que las alianzas y la paz forjadas por el Raen se habían desmoronado.

Se dirigió hacia la puerta y, tras titubear unos instantes, volvió la vista de nuevo hacia su escritorio.

—Bicho.

Oyó un zumbido amortiguado procedente del cajón superior, que se abrió como por voluntad propia y dejó escapar del interior un par de antenas. El insectoide mecánico asomó parte del cuerpo por la abertura.

—Sal de ahí. Cierra el cajón. Acércate.

El escarabajo trepó a la superficie del escritorio, se inclinó hacia abajo y dio un empujoncito al cajón para cerrarlo. Los protectores del lomo se abrieron como impulsados por un resorte y unas alas finas, agitándose tan deprisa que se volvieron borrosas, transportaron el pequeño artilugio hasta la mano extendida de Tyen. Este lo cogió y se lo guardó en un bolsillo interior del abrigo. Notó una vibración tenue a través de las capas de tela.

—Estate quieto —le indicó. La vibración cesó.

La principal función de Bicho consistía últimamente en custodiar los ahorros de su dueño. Tyen no lo había puesto a vigilar a Vella porque mucha gente sabía que lo utilizaba para proteger sus objetos de valor, por lo que deducirían que el libro era valioso para él. Ahora que existía la posibilidad de que alguien invadiera o destrozara su hogar, prefería garantizar la seguridad de Bicho llevandoselo consigo que sacrificarlo por un puñado de joyas y monedas.

Después de bajar las escaleras, dejó un mensaje por si regresaba alguno de los artesanos, indicándoles que se tomaran el resto del día libre. Desplazó la mirada por el taller y, al no ver nada que requiriese su atención inmediata, se apartó del mundo.

En vez de abrir un camino en el espacio intermedio que arrancara directamente desde el taller, se deslizó por la ciudad varias veces antes de atravesar la campiña hacia otra población. Tras regresar al mundo en un mercado concurrido para tomar unas bocanadas profundas de aire, se retiró de nuevo y se impulsó hacia abajo.

Una oscuridad grisácea lo envolvió. Pocos hechiceros se deslizarían bajo tierra por iniciativa propia. «Pocos hechiceros que no sean inmarcesibles», se corrigió. Para conseguirlo, tendría que moverse con la rapidez suficiente para emerger al otro lado del mundo antes de asfixiarse.

Esto no habría representado el menor peligro para un hechicero inmarcesible. El mismo conocimiento que aplicaban para dejar de envejecer podía emplearse para sanar, lo que les permitía recuperarse de los daños causados por la falta de aire cuando llegaban a un mundo. Sin embargo, incluso a los inmarcesibles se les rebelaba el instinto cuando se adentraban en las entrañas de la tierra. La sensación de peligro era demasiado intensa.

Tyen se propulsó cada vez más deprisa. Cuando llegó al extremo opuesto del mundo había alcanzado tal velocidad que salió despedido del suelo hacia el cielo nocturno antes de poder reaccionar y frenarse. Descendió recorriendo la trayectoria en sentido inverso casi hasta la superficie.

Como se encontraba encima de un océano, tuvo que crear una plataforma de aire inmóvil bajo sus pies cuando se materializó en el mundo para respirar. Una vez el mareo desapareció y la necesidad acuciante de aire remitió, respiró hondo unas cuantas veces más a fin de prepararse para el próximo trecho del viaje y, tras orientarse por las estrellas, regresó al espacio intermedio.

Había tierra firme no muy lejos: una península bordeada de aldeas de pescadores. En un templo construido en lo alto de un promontorio encontró lo que buscaba: un lugar de llegada oficial para viajeros intermundiales. Existían en casi todos los mundos como formas de localizar caminos seguros a través del espacio intermedio. La mayoría de los sacerdotes del templo dormía en aquel momento. Tyen se deslizó hasta el punto de partida, un sencillo círculo de piedra, y se impulsó para alejarse del mundo por una ruta conocida y bien establecida. La escena oscurecida por la noche se aclaró hasta fundirse en un blanco puro, luego cobró forma y aparecieron sombras cuando pasó el punto medio entre los mundos y se aproximó al siguiente.

Se materializó en otro templo, que estaba en ruinas y rodeado de montañas nevadas. Sus pulmones se llenaron de un aire frío. Se impulsó hacia otro mundo, llegó a una gruta pequeña con un altar y varios devotos, y se deslizó por la superficie hasta una enorme cueva vacía de una de cuyas paredes sobresalía una estatua desfigurada. Unas marcas en el suelo señalaban las rutas hacia cuatro mundos contiguos. Eligió una y se lanzó por ella hasta un mundo brumoso.

A partir de allí fue saltando de un mundo a otro, de un lugar de llegada a otro. De vez en cuando se cruzaba con algún viajero en el espacio intermedio. Todos lo rehuían. Los hechiceros aún se ponían algo nerviosos cuando se encontraban en el

blancor, pese a que habían transcurrido más de cinco ciclos desde que el Raen había impuesto restricciones sobre los viajes entre los mundos. Para algunos era imposible abandonar el hábito de espantarse cada vez que vislumbraban una sombra en la blanca, de temer una posible pena de muerte por infringir la ley del soberano de los mundos. Otros eran presa de un miedo más reciente, el de toparse con personas contra las que habían cometido alguna injusticia ahora que no contaban con la protección del Raen, o con hechiceros ladrones y bandas que asaltaban a los viajeros para robarles o algo peor.

Como solía decir Baluka, la abolición de las leyes del Raen había liberado no solo a los oprimidos, sino también a los poco escrupulosos. En muchas partes de los mundos, nuevos tiranos habían ocupado el lugar de los aliados del Raen. Mantenían ocupados a los restauradores administrando justicia e imponiendo nuevas leyes. La revolución no había traído consigo prosperidad o libertad para todos, e incluso quienes simplemente no se habían beneficiado tanto como esperaban de la muerte del Raen estaban descontentos o decepcionados. Exigían a los restauradores más de lo que estos podían ofrecer, y Tyen no envidiaba la responsabilidad de Baluka de mantener a todo el mundo si no satisfecho, al menos en calma.

Hizo una escala para recuperar el aliento en un jardín cubierto por el manto de la noche. «Baluka se alegraría mucho de saber que Rielle está sana y salva. Creo que sería injusto no decírselo. Podría preguntarle a ella si le importaría que se lo comunicara, pero tal vez sea mejor que él no se entere de que estoy en contacto con ella». Baluka era un hechicero de fuerza media, lo bastante poderoso para viajar entre mundos, pero no para volverse inmarcesible. Esto significaba que muchos hechiceros podían leerle la mente.

Tyen sabía que sus dudas derivaban de su costumbre de no revelar más que lo estrictamente necesario. Era un hábito nacido de su labor de espionaje. Aunque en ocasiones no estaba muy seguro de haberse ganado el sobrenombre de «Espía» que le pusieron cuando los aliados del Raen difundieron rumores sobre él para debilitar a los rebeldes. Él no recababa activamente información para nadie; Dahli y Baluka simplemente contaban con que los avisara cuando llegara a su conocimiento algo que pudiera concernirles. Y eso había hecho para ambos durante los últimos cinco ciclos. También proporcionaba a uno datos sobre el otro, a fin de que los dos creyeran que lo tenían de su parte.

«¿De parte de quién estoy? —Ya no lo sabía con certeza. Tal vez de nadie. Tal vez solo de sí mismo—. No, si fuera tan egoísta, ¿por qué me importaría la gente de Doum, o que haya violencia e injusticias en los mundos, o que Vella esté atrapada en un libro en contra de su voluntad?».

Si alguien se lo hubiera preguntado, le habría dicho que permanecía en contacto con Dahli para estar al corriente de qué se traía entre manos, y con Baluka a fin de tener una excusa para mantenerse en comunicación con Dahli. Pero había una razón más profunda.

Si Dahli encontraba la manera de resucitar a Valhan, todos los hechiceros tendrían que elegir entre aliarse con él o huir y esconderse..., si es que quedaba algún lugar libre de la influencia del Raen. Tyen sería uno de los primeros en enterarse. Podría poner sobre aviso a otros.

Fuera cual fuese el método que encontrara Dahli para devolver la vida a Valhan, quizá sirviera también para proporcionarle un cuerpo a Vella. Aunque Tyen no tenía la menor intención de sacrificar a otra persona por ella, tal vez Dahli descubriera un sistema en el que esto no fuera necesario. Dahli sabía que Tyen quería ayudar a Vella, pero este le había dejado claro que se negaba en redondo a participar en el asesinato de alguien para conseguirlo. De modo que, con el fin de tener otro pretexto para reunirse con Dahli, había reconocido que seguía en contacto con Baluka y que estaba dispuesto a transmitir información.

Baluka creía que Tyen fisgoneaba en los asuntos de Dahli por encargo de los restauradores. Aunque este no tenía reparo en espiar a Dahli, le incomodaba trabajar contra Baluka, lo más parecido a un amigo que tenía, aparte de Vella. Extremaba precauciones para no desvelar datos que pudieran perjudicarlo.

«Cuando Rielle lea todo esto en mi mente, lo comprenderá», se dijo.

Pasó por tres mundos más antes de detenerse en una habitación en penumbra. Por medio de la magia hizo vibrar una mota de polvo hasta que empezó a brillar. Se encontraba en un sótano que le resultaba conocido. La estantería de madera podrida estaba inclinada en un ángulo aún más precario que la última vez que él había visitado el lugar. Se agachó para pasar por debajo, subió por una escalera chirriante y abrió la puerta que había al final. Un ruido ensordecedor le castigó los oídos cuando se mezcló con el tráfico de una calle estrecha y concurrida. Los olores penetrantes de una ciudad bulliciosa invadieron su nariz. Aunque no tenía manera de saber la hora, su instinto le decía que era temprano por la mañana. Tampoco importaba mucho. Había estado allí a muchas horas distintas y nunca había visto que variara la cantidad de gente que iba y venía.

Dejó que aquella marea humana lo alejara de su lugar de llegada y, cuando se hallaba cerca de su destino, se abrió paso a empujones hacia las calles laterales, cruzó una pequeña plaza de mercado y enfiló una callejuela tan angosta que los viandantes tenían que caminar de lado para dejar pasar a quienes iban en sentido contrario. El flujo era tan incesante que le resultó más fácil llegar hasta el extremo de la callejuela y luego incorporarse a la fila que avanzaba en el sentido opuesto para llegar a la taberna a la que se dirigía, que intentar abrirse camino entre quienes venían de frente.

En el interior reinaba el silencio, pues solo había unos pocos parroquianos de pie ante las mesas. Les exploró la mente mientras se acercaba a la barra... y se quedó paralizado con la mano suspendida encima de la campanilla.

«¡Es él! —pensó uno, con el corazón latiéndole a toda prisa por el miedo y la sensación de triunfo—. Es el Espía. ¡Nuestro contacto estaba en lo cierto!».

Cuando el hombre se volvió para hacerle una seña a su amigo, que observaba desde el otro extremo de la sala, Tyen se apartó del mundo.

Tres sombras oscurecieron de inmediato el espacio intermedio. Tyen se deslizó hasta la ruta transitada más próxima que se alejaba del mundo, con sus perseguidores a poca distancia. Una vez en el camino, se propulsó con toda su potencia hasta el mundo contiguo, se desplazó al siguiente y continuó adelante.

Cuando llegó al segundo mundo, las sombras habían desaparecido. Aun así, Tyen no aminoró la velocidad. Aunque solo avanzaba por los caminos más utilizados, ellos podían recuperar su rastro si adivinaban la dirección que había tomado. Diez mundos más adelante, se detuvo y bajó de la plataforma de llegada adoquinada a un denso bosque. Se adentró con dificultad en la vegetación unos cien pasos. La época que había pasado eludiendo a los aliados le había enseñado que la mejor manera de burlar a un perseguidor era desplazarse por medios no mágicos. Pero en aquella espesura no llegaría muy lejos. Necesitaría una estratagema distinta.

Tras apartarse ligeramente del mundo, se detuvo y proyectó la conciencia alrededor. Absorbió un poco de sustancia del espacio intermedio y la usó para alisar el surco que había abierto al pasar. Se internó aún más en el espacio intermedio y volvió a cubrir su rastro. El resultado era una textura como la de la arena recién rastrillada, pero pronto se allanaría. Solo un hechicero que supiera que esto era posible se fijaría bien y descubriría los vestigios de un camino oculto.

Solo había conocido a un hechicero capaz de hacer esto: el Raen. Vella no conocía el truco. A Tyen le había llevado un ciclo entero de experimentos dominar la técnica, y aun así no era más que un aprendiz al lado del difunto soberano.

«Él dispuso de mucho más tiempo para practicar —se recordó Tyen—. Después de mil ciclos, a mí también se me daría bastante bien».

Hizo dos paradas más para tapar su rastro y se dirigió al mundo siguiente, donde llegó jadeando. Cuando se recuperó, reflexionó sobre la reacción del hechicero que lo había reconocido. Parecía sorprendido, pero solo porque Tyen había aparecido, tal como les habían avisado. Acto seguido, había experimentado una mezcla de miedo, odio y codicia. Este último sentimiento intrigaba a Tyen. Lo esperaban, no tanto para vengarse de él por haber espiado a los rebeldes como por la perspectiva de obtener algún provecho de él. Quizá pretendían hacerlo prisionero, tal vez solo como un trofeo. A lo mejor se habían enterado de que poseía un libro que contenía el secreto de la inmarcesibilidad y planeaban arrebatárselo.

Juntos, tal vez los emboscados fueran lo bastante fuertes para conseguir su objetivo.

Sin embargo, Tyen lo dudaba. No se los habría quitado de encima tan fácilmente si hubieran sido tan poderosos. Debería preocuparle más que alguien les hubiera informado del lugar donde era posible que él se presentara. Esa persona solo podía haber obtenido ese dato de Baluka. O le habían leído la mente al líder rebelde, o él mismo se lo había revelado.



Si conocían la ubicación de uno de los sitios donde Tyen dejaba mensajes, no era descartable que conocieran otras. Se planteó pasarse por dichos lugares para comprobar si había alguien vigilando, pero el mero hecho de acercarse podía resultar peligroso. Averiguar más cosas sobre Rielle le habría sido útil, pero no era imprescindible para ayudar a Doum. No valía la pena arriesgarse por ello.

No obstante, tarde o temprano tendría que llegar al fondo del asunto. En el futuro, tal vez se vería en la necesidad de comunicarle algo a Baluka. Debía encontrar otro medio de ponerse en contacto con su amigo. Frustrado y preocupado, Tyen se impulsó para apartarse del mundo y emprendió el largo y tortuoso viaje de regreso a Doum.

La arcilla estaba fresca y pegajosa. Olía a limpio, cosa insólita en algo que había sido desenterrado del suelo, aunque, por otro lado, había pasado por un minucioso proceso de refinado antes de llegar al taller de Tyen. La habían dejado limpia de piedras y de materia orgánica, así como de burbujas. Lo único que quedaba por hacer antes de trabajarla era amasarla ligeramente. Él la llevó hasta una robusta mesa y comenzó a hacerla rodar y a apretarla bajo la base de las manos.

Mientras amasaba, su mente se llenaba de preocupaciones sobre los acontecimientos recientes y las posibilidades futuras. Ya habían transcurrido tres días desde el ataque al Gran Mercado y aún no había tenido noticias del Consejo. Tres días. ¿Se habían tomado en serio la amenaza de Murai? En su imaginación, los pensamientos de los mercaderes muraianos rebosaban de avaricia y querían dar una lección a los artesanos de Doum, y además el emperador ardía en deseos de conquista.

Si el Consejo se había tomado en serio la amenaza, ¿era posible que no hubieran informado a Tyen porque no confiaban en que él, un forastero, negociara en su nombre? Si elegían a un representante doumiano, ¿se negaría a colaborar el emperador, tal como le había advertido Rielle?

Bajó la vista. La arcilla había adquirido una consistencia flexible pero firme. Tras despegarla de la mesa, se puso a hacerla rodar y a presionarla entre las palmas.

«¿Por qué no ha venido Rielle a verme?».

Quizá el emperador era tan reacio como el Consejo a permitir que una persona de otro mundo hablara en representación suya. Rielle había vacilado ante la idea y tal vez había decidido no proponérsela al soberano. En cualquier caso, Tyen esperaba que ella le diera la noticia en persona, fuera cual fuese. Quería verla de nuevo, aunque debía reconocer para sus adentros que esta perspectiva lo llenaba tanto de ansiedad como de ilusión.

«Hasta donde yo sé, es la hechicera más poderosa de los mundos. Más poderosa que yo. Lo que la convierte en un peligro potencial, entre otras cosas porque yo no puedo leerle la mente pese a que ella puede leérmela a mí. Debería evitarla. Guardo demasiados secretos. Sin duda acabará por descubrir que los rumores sobre mí son ciertos. En su mayor parte».

Por otro lado, si lo averiguaba explorándole la mente, también descubriría los motivos que lo habían llevado a obrar así. Comprendería que había actuado de ese modo porque no tenía alternativa, o movido por buenas intenciones.

Ella era la única persona que había conocido en los mundos que era como él. No solo porque ambos eran hechiceros poderosos, capaces de leerle el pensamiento a casi todo aquel que se cruzara en su camino. Tyen sabía que, al igual que él, Rielle procedía de un mundo tan débil que apenas contenía magia para que un hechicero pudiera salir de él. El Raen había despojado su mundo de la energía que le quedaba, y Tyen sospechaba que, entre Kilraker y él, habían agotado la única fuente de magia de su propio mundo cuando él se marchó y el Castillo de la Torre se vino abajo.

Al igual que él, ella era una fugitiva. A ambos los consideraban traidores fuera de sus mundos de origen. Los dos eran jóvenes e inexpertos en comparación con la mayoría de los hechiceros inmarcesibles de los mundos.

«Si los líderes de Murai y Doum se enteraran de todo esto, ni por asomo nos elegirían como negociadores».

Suspiró. ¿Qué harían en ese caso? ¿Tendría en cuenta el emperador la advertencia de Tyen, o la desoíría? ¿Le prohibiría el Consejo que cumpliera su amenaza de vaciar Murai de magia si el emperador lanzaba una invasión? ¿Preferirían la guerra a aceptar la ayuda de un forastero?

Había moldeado una esfera lisa y perfecta con la arcilla. La sopesó en la mano, calculando la distancia a la que se encontraba el torno. Le resultaba satisfactorio estamparla contra el plato giratorio, y más aún cuando demostraba una buena puntería, como en ese momento, en que acertó con la arcilla justo en el centro. Tras absorber un poco de magia, la aplicó a la caldera que había instalado debajo del suelo. Esto accionó los pistones y las ruedas dentadas, que transmitieron el movimiento al torno por medio de una biela. La arcilla comenzó a girar.

Después de mojarse las manos y empapar un trapo, exprimió una cantidad generosa de agua sobre el montón de barro, lo hizo de nuevo y luego una vez más, para no quedarse corto. Apoyando los codos en las rodillas, se inclinó hacia abajo y apretó la arcilla rotatoria entre las palmas.

«¿Qué derecho tengo a entrometerme? —se preguntó—. ¿Cinco ciclos de esfuerzos por forjarme una vida aquí justifican que perjudique a otro mundo solo para asegurarme de que este siga siendo tal como me gusta?».

Como no podía regresar a su hogar, no le quedaba más remedio que intentar echar raíces en algún otro sitio, pero siempre que viajaba a un mundo cuyas condiciones permitían a los humanos sobrevivir o prosperar, se encontraba con personas que lo reivindicaban como propio. Eso solo le dejaba dos opciones: o vivir de acuerdo con sus normas o infringirlas. Se había conformado con establecerse en un lugar cuyas normas le parecieran aceptables, con la esperanza de ganarse a la larga la confianza y la aceptación de los vecinos.

Cinco ciclos no eran nada en comparación con el tiempo que las incontables generaciones de artesanos locales habían dedicado a desarrollar sus habilidades y estilos. Sin duda aquellos hombres y mujeres preferirían que un hechicero amigo los

protegiere a sufrir una invasión de muraianos que los consideraban unos siervos insignificantes.

«Tal vez primero quieran intentar defenderse solos. A los doumianos no les gusta deber nada a nadie, ni dinero ni favores. Eso me parece admirable, aunque sea una fuente de contrariedades».

A lo mejor sería conveniente que les asegurara que lo único que pedía a cambio era que lo dejaran llevar una vida tranquila en su mundo. Por medio de una carta, quizá. ¿O sería mejor que se lo dijera en persona?

Sin dejar de rociar la arcilla con agua, la trabajó con suavidad pero con firmeza hasta darle la forma de una cúpula lisa. Una vez convencido de que estaba perfectamente centrada, se puso a estrujarla y alargarla, para luego aplastarla y compactarla de nuevo, y repitió el proceso una y otra vez. Al igual que el amasado, esto confería una mayor consistencia a la arcilla, pero a la vez le añadía más agua. Poco a poco, el material se tornó más elástico y moldeable.

«¿Y si el Consejo decide aceptarme como negociador, a pesar de todo?».

Sus manos sufrieron un leve espasmo, por lo que tuvo que recentrar la arcilla.

¿Qué había dicho Rielle? «No tengo experiencia ni formación en esta clase de trabajo». Él tampoco. Aunque había dirigido a los rebeldes durante una temporada, no había hecho mucha falta la negociación entre personas que tenían un único objetivo y poco margen para el acuerdo. Rielle, por su parte, había vivido mucho tiempo entre los viajeros, hábiles comerciantes. ¿Significaba en que ella era más apta que él para negociar? Quizá estaba marcándose un farol al declararse ignorante en estas cuestiones. Aunque su capacidad de leerle la mente a él constituía su mayor ventaja, con diferencia.

¿Qué podría averiguar que más tarde le sirviera como arma contra él? ¿Qué poseía un libro mágico que encerraba una sabiduría inmensa? Tanto Baluka como Dahli lo sabían. Puesto que era posible que un hechicero más fuerte que Baluka le leyera la mente y lo descubriera todo sobre Vella, Tyen no contaba con que su existencia permaneciera en secreto. En vez de ello, había confiado en mantenerse oculto y en su fuerza superior para impedir que alguien se la arrebatara. Rielle era lo bastante poderosa para robarle a Vella. A Tyen solo le quedaba esperar que ella no quisiera hacerlo.

Rielle podía revelar al emperador que Tyen había ejercido como espía para el Raen, pero puesto que el soberano se había beneficiado de sus acuerdos con Valhan, con eso solo conseguiría que viera a Tyen con mejores ojos. Podía contárselo a Baluka, pero para reparar el daño a Tyen le bastaría con explicarle a su amigo por qué lo había hecho. Estaba convencido de que Baluka lo comprendería. O al menos eso esperaba. Además, dudaba que Rielle se arriesgara a acercarse a Baluka, pues podía haber observadores de Dahli vigilando a los restauradores.

¿Qué ventajas tenía Tyen sobre ella? Podía desvelarle su paradero a Dahli. Podía informar al emperador de que ella había impedido la resurrección del Raen.

«En realidad, no puedo decírselo. Ella no volvería a dirigirme la palabra. Ni siquiera puedo amenazarla con decírselo». Nunca se aprovecharía de ella de ese modo.

Pero ¿y si era la única manera de proteger Doum? Aunque tal vez ella prefiriera encarrilar los dos mundos hacia la paz, el emperador contaría con que consiguiera el acuerdo más beneficioso posible para él. Mantener una buena relación con ella y salvaguardar Doum al mismo tiempo no le resultaría fácil a Tyen.

Encontraría la manera. Estaba decidido a conseguir ambos objetivos. Si los arcillarcas le brindaban la oportunidad.

La arcilla ya estaba lista. Suave y maleable. Posó la punta de los dedos sobre el montículo y presionó hacia abajo hasta crear un agujero que llegaba casi hasta la superficie del plato. Esparciendo agua sobre la arcilla recién expuesta para mantenerla húmeda, pero no tanta como para formar un charco, empezó a tirar de ella hacia fuera. La mano que tenía en el exterior contorneaba la cavidad y le indicaba el grado de regularidad de las paredes. Cuando las yemas de sus dedos alcanzaron la parte superior, los deslizó a lo largo del borde para redondearlo. A continuación se mojó las manos, las acercó de nuevo al centro del cuenco y las subió poco a poco hacia el borde, comprobando y ajustando la forma.

Después de una tercera pasada, se detuvo. Un cuenco sencillo reposaba sobre el torno, con la base aún adherida al plato. Se agachó y alargó el brazo hacia un gancho clavado en un costado del torno para desprender de él un alambre con dos palos sujetos a los extremos. Agarrando un palo con cada mano, estiró el alambre y, apretándolo contra la superficie del plato con los pulgares, lo deslizó por la base del cuenco, atravesando la arcilla. Cuando el cable llegó al lado más próximo a él, se quedó pegado a la vasija y la arrastró hasta la orilla del torno, pero Tyen paró antes de que cayera por el borde.

Cogió el cuenco y, tras llevarlo a un estante de secado cercano, retrocedió unos pasos para contemplar su obra.

Era un cuenco común y corriente fabricado por un alfarero común y corriente. O lo sería si sobrevivía a los procesos de cocción y vidriado. Si este último salía bien, la vasija tal vez superaría sus humildes orígenes, pero Tyen sabía que la pieza era apenas mejor que las que su maestra enviaba a la cuba de obras rechazadas, que se disolvían en una pasta para vaciar cerámica en moldes.

«Pero no llevo un famoso negocio de alfarería, así que me valdrá tal como está». Suspiró, se encogió de hombros y se puso a limpiar.

Cinco ciclos atrás, después de dejar a Baluka y los rebeldes, había buscado un lugar donde vivir en paz, lejos del caos desatado por la muerte del Raen. La vaga idea de hacer el bien para contrarrestar el mal lo había llevado hasta Faurio, el mundo de los sanadores, pero había tenido que marcharse cuando un exrebelde lo reconoció.

Tampoco tenía aptitudes para sanar. Mientras pugnaba por concentrarse en los estudios, fantaseaba con Doum, donde se había reunido con Baluka y el Raen en unas

cuantas ocasiones. Era un mundo en el que abundaban la arcilla y los ceramistas. Necesitaba encontrar un medio de ganarse la vida al margen de la hechicería y la magia mecánica. La alfarería lo atraía. Permitía al artesano ponerse literalmente en contacto con la tierra. Mantener los pies en el suelo. Ejercer una actividad humilde. Así que Tyen había encontrado un país en Doum cuyos habitantes tenían una estatura y una tez similar a la suya, y le había pagado a alguien para que le enseñara el oficio.

Pero las cosas no salieron tal como esperaba.

Incluso cuando ya había adquirido una destreza y unos conocimientos razonables sobre la arcilla, saltaba a la vista que carecía de talento para trabajarla. En un lugar donde los alfareros locales habían desarrollado sus habilidades hasta un grado no superado en la mayor parte de los mundos, nadie quería comprar los productos de un artesano mediocre y ordinario, y menos aún cuando se enteraban de que era un forastero. Una vasija fabricada en Doum por alguien de otro mundo no era una auténtica vasija doumiana.

Mientras Tyen aprendía y practicaba, su atención se desviaba hacia los utensilios de alfarería, en especial los tornos, y su mente se distraía pensando maneras de mejorarlos. Analizaba cada una de sus cualidades y defectos. Al final, Porla, su maestra, se hartó de sus quejas y le proporcionó un torno viejo para que lo modificara a su capricho. Él se puso manos a la obra con la intención de poner a prueba unas pocas ideas. Al cabo de unos días, había creado un torno movido por magia y no por agua, animales o personas.

Lo ocultó durante casi un ciclo entero, temeroso de que mercaderes forasteros lo vieran y hablaran de él en sus mundos, de modo que alguien acabara por ver en ello la mano del «inventor» de la magia mecánica y acudiera a Doum para encargarse del «Espía». Sin embargo, en el transcurso de los viajes intermundiales que realizaba para visitar a Baluka y a Dahli, Tyen observaba cada vez más casos de magia mecánica aplicada a las labores cotidianas, y pronto comprendió que sus tornos no serían más que un ejemplo entre muchos. Por consiguiente, le mostró su prototipo a su maestra.

Porla, aunque impresionada, reaccionó con prudencia. Le pidió que le construyera uno, además de una caldera, y que le enseñara a cada uno de los hechiceros que manejaban los hornos a calentar el agua. Unos meses después, Tyen contaba con taller propio y estaba formando empleados en la fabricación de tornos y calderas, así como para que instalaran su sistema por todo el mundo. Hacia el final de su quinto ciclo en Doum, había conseguido unos ingresos más que aceptables y un poco de fama local.

Cuando llegó allí, suponía que se pasaría buena parte del día embadurnado de arcilla. Sin embargo, era grasa lo que se quitaba todas las noches al lavarse. Para no perder las habilidades de alfarería que tanto le había costado adquirir, probaba cada uno de los tornos que se creaban en el taller, pese a que esto implicaba limpiarlo a conciencia antes de entregárselo al cliente.

Una vez eliminados los últimos restos de arcilla, tiró los trapos en el lavadero, se secó las manos, colgó el mandil y comenzó a subir la escalera. Por lo general dedicaba las tardes a cenar con amigos en una de las numerosas tabernas de la ciudad. Cuando no tenía previsto acudir a una reunión social, jugueteaba con piezas de máquinas y construía insectoides pequeños e inofensivos que regalaba a los hijos de los empleados o de sus amistades. Durante los tres días posteriores al ataque contra el mercado, la mayoría de los albenses se quedaba en casa para evitar los lugares públicos, por lo que él salía a cenar solo.

Al llegar al último peldaño, el ruido repentino de unos golpes lo sobresaltó. Dio media vuelta y descendió. Cuando oyó el sonido de nuevo, localizó su procedencia y se dirigió hacia la puerta principal del taller. Escrutó la mente de quien aguardaba al otro lado, y sintió alivio y curiosidad al descubrir que se trataba de un mensajero. Abrió la puerta.

El saco que el mensajero llevaba al hombro estaba casi vacío, lo que significaba que aquella era una de las últimas entregas del día.

—Traigo un mensaje para Tyen Tornero. —Le tendió un paquete pequeño con ambas manos.

—Gracias —respondió Tyen, aceptándolo y dándole una moneda al hombre.

Tras cerrar la puerta, hizo girar el paquete entre sus dedos. El peso y el tamaño le resultaban muy familiares. Rasgó la tela impregnada de cera y vio que se trataba de un azulejo vidriado. Llevaba pintado un pequeño insecto.

«Vaya —pensó—. Esto es de lo más inoportuno».

Aventurarse hacia los mundos era lo que menos le convenía cuando esperaba recibir noticias del Consejo y de Rielle en cualquier momento. Por otro lado, no creía que el Consejo fuera a ponerse en contacto con él de noche. Tampoco Rielle, de hecho. Podía averiguar con facilidad qué hora era en Alba. Puesto que existía un comercio fluido entre los dos mundos, en ambos podían conseguirse calendarios que mostraban las correspondencias entre los días, las estaciones y los años de uno y otro. Los mercaderes de Murai se preciaban de memorizar esa clase de detalles sobre los mundos con los que comerciaban.

De modo que, en realidad, nada le impedía acudir al encuentro que Dahli le proponía.

El azulejo era verde, lo que quería decir que no era nada urgente. Aun así, Dahli contactaba con él muy rara vez. Mientras Tyen fuera a verlo cada cuarto de ciclo más o menos y le informara con prontitud de los sucesos importantes, él estaba satisfecho. En las escasas ocasiones en que Dahli lo había convocado, había sido para avisarle de alguna amenaza, y, después de la emboscada, Tyen no podía confiar en que los motivos de Dahli fueran distintos esta vez.

Subió a su habitación, se cambió de ropa y pasó a Vella del bolsillo interior que había cosido en sus pantalones de trabajo a la bolsa confeccionada para guardarla. Cuando la deslizó por debajo de su camisa, la calidez de la cubierta le acarició la piel



a través de la tela de la bolsa. Este contacto le permitía a ella ver a través de sus ojos, y a ambos conversar cuando se hallaban en el espacio intermedio. Al hurgar en otros bolsillos, Tyen encontró a Bicho, que seguía en el abrigo desde su viaje anterior.

Acumuló magia y se apartó del mundo. Los colores de la habitación se desvanecieron como los de un trapo viejo tendido al sol. Como antes, rodeó la ciudad por una ruta rápida pero intrincada y descendió en picado hasta el otro lado del mundo antes de abandonar Doum. Saltó de un mundo a otro, retrocediendo en ocasiones, dando vueltas en círculo y parándose a borrar su rastro, precauciones que no acostumbraba a tomar desde hacía mucho tiempo, pero que después de la emboscada fallida volvían a parecerle necesarias.

Aunque Baluka siempre había desmentido el rumor de que Tyen había sido un espía del Raen, eso no impedía que algunos rebeldes lo creyeran. El hecho de que no se sometiera a pruebas para demostrar su inocencia lo convertía en culpable a sus ojos. Durante los primeros ciclos después de la muerte del Raen, viajar a través de los mundos a menudo implicaba tener que eludir a un perseguidor. Poco a poco, estas persecuciones se habían vuelto menos frecuentes, luego excepcionales, y hacía mucho tiempo que él no se veía obligado a huir de nadie. O los perseguidores anteriores habían comprendido que él siempre sería más veloz que ellos y habían renunciado a intentar encontrarlo, o estaban ocupados en asuntos más importantes que la venganza. O quizá habían creído por fin a Baluka.

«Ojalá él estuviera en lo cierto». Lo invadió un sentimiento de culpa que conocía bien, y que el tiempo no había mitigado, seguido de la certeza absoluta de que acceder a espiar para el Raen fue la decisión más sensata que podía tomar en aquel momento. Si se hubiera negado, el hombre lo habría matado. Tyen había aprovechado su influencia sobre los rebeldes para evitar un enfrentamiento entre ellos y el Raen, y, cuando ya no le fue posible contenerlos, intentó reducir al mínimo las muertes.

Aun así, a pesar del sentimiento de culpa, había seguido actuando como espía. Los motivos y justificaciones se le agolparon en la cabeza. Mantener vigilado a Dahli. Conservar la amistad con Baluka y protegerlo. Hubo de admitir para sus adentros que también sentía un cierto orgullo. Se le daba bien ganarse la confianza de la gente y convencerla de que se pusiera en sus manos. Tal vez era su único don natural, aparte de construir insectoides. Más valía que lo utilizara con un buen propósito.

«¿Incluye eso impedir que Valhan regrese?», se preguntó.

Su época como explorador para los rebeldes le había enseñado que en los mundos había tanta gente a favor del retorno del Raen como en contra. Había sido amado por unos y odiado por otros, monstruo y salvador, amo y sirviente. Su muerte había beneficiado a unos mundos y perjudicado a otros, y lo mismo ocurriría en caso de que reapareciera.

Si solo analizaba cómo le afectaría a él, debía admitir que el Raen había sido, y volvería a ser, tanto una amenaza como un benefactor en potencia. Valhan no lo mató

en su primer encuentro, pese a que tenía fama de quitar de en medio a los hechiceros poderosos que surgían. Le ofreció un trato: que Tyen espicara para Valhan a cambio de que este encontrara una manera de devolver su forma humana a Vella. Aunque el Raen había muerto antes de tener la oportunidad de cumplir su parte del acuerdo, Tyen sabía por boca de Dahli que el soberano había realizado avances y abrigaba la intención de finalizar la tarea después de que lo resucitaran.

El propio Dahli constituía una prueba de que a veces el Raen perdonaba la vida a hechiceros poderosos cuando le eran útiles y leales.

Si Valhan regresaba, Vella tendría más posibilidades de recuperar su cuerpo. Pero ¿era un precio demasiado elevado? ¿Las malas acciones del Raen pesaban más que las buenas? Sin duda, era preferible hacer el bien antes que el mal... y Tyen no podía afirmar que Valhan lo hubiera conseguido, o que este fuera siquiera su objetivo. Tal vez la agitación se había apoderado de los mundos en cuanto estos se vieron libres del yugo del Raen, pero quizá a la larga estarían mejor sin él.

O tal vez continuarían sumiéndose en el caos, más personas morirían a causa de ello y la culpa sería de Tyen, por negarse a ayudar a Dahli a revivir a Valhan.

«¿Tú qué opinas, Vella? ¿Estoy haciendo lo correcto?».

—Creo que estás haciendo lo posible por no tomar partido —contestó ella, y sus palabras sonaron con claridad en la mente de él, pues se hallaban en el espacio intermedio—. Por adoptar una posición que te permita minimizar los daños si Dahli consigue su propósito y maximizar las posibilidades de beneficiarte de ello.

«Haces que todo parezca fríamente calculado».

—Digamos mejor «cuidadosamente meditado».

Estaba a punto de llegar a su primera escala: un templo concurrido donde los fieles dejaban sus peticiones a sus dioses pintadas en tablillas que colgaban de las ramas de árboles vetustos. Tras materializarse en un rincón apartado, Tyen hizo una pausa para recuperar el aliento antes de incorporarse a la multitud. En un árbol más joven, y por tanto menos popular, encontró unas instrucciones en clave que Dahli le había dejado sobre adónde debía dirigirse a continuación. Otro viaje entre los mundos lo llevó hasta una antigua ciudad en ruinas que surgía de las arenas de una enorme duna, donde un ligero cambio introducido en la representación de un banquete tallado en un muro le reveló su siguiente destino. Se sucedieron varias indicaciones similares. A diferencia de Tyen, Dahli tenía por amigos a hechiceros poderosos capaces de abrir estos caminos intrincados para él, y contaba con guardias que permanecían alerta y le avisaban si alguien andaba buscándolo.

Cada vez que Tyen regresaba al espacio intermedio, se paraba a ocultar su rastro. Esto entorpecía su avance de forma considerable, pero algunas instrucciones de Dahli requerían que se desplazara por medios no mágicos, lo que también consumía mucho tiempo. El número de mundos que debía visitar para encontrar a Dahli siempre variaba. Unas veces tenía que pasar por un puñado de ellos; otras, por varias docenas.

La información proporcionada por un carnicero en una pequeña población rural lo llevó a pie hasta una cabaña en la aldea vecina. La habría dado por abandonada de no ser por el humo que escapaba entre los juncos que cubrían el tejado. De modo que, cuando Dahli abrió la puerta, Tyen se quedó paralizado por la sorpresa. Había supuesto que tendría que viajar mucho más lejos.

Aunque Dahli había alterado su aspecto, se había dejado barba y encanecido el cabello, Tyen lo reconoció incluso antes de explorarle la mente. Ni la postura ni la forma de moverse de Dahli cambiaban nunca, del mismo modo que siempre mantenía la mirada firme en situaciones en las que la mayoría de la gente habría apartado la vista por cortesía o respeto.

—Sí, soy yo —dijo antes de hacerse a un lado y sujetar la puerta para dejarlo pasar.

Tyen entró. La cabaña constaba de una única habitación con suelo de tierra sobre el que había desperdigados varios haces de juncos como los del tejado. En un extremo, una cama pendía de un madero grueso, y el otro estaba ocupado por dos taburetes. En el centro ardía la lumbre en un sencillo círculo de piedras, y el humo quedaba flotando bajo las vigas antes de encontrar la manera de salir.

No era el hogar de Dahli, por supuesto. Solo lo había tomado prestado durante unas horas. Hizo un gesto en dirección a un taburete y se sentó en el otro. Una vez que Tyen se acomodó, Dahli permaneció largo rato sentado, frotándose las manos con suavidad, ensimismado, pensando por dónde debía empezar. Todo esto ocasionó que Tyen se pusiera nervioso y se impacientara, pese a que podía seguir las deliberaciones del hombre.

—¿Tienes algo que comentarme? —preguntó Dahli al fin, arqueando las cejas.

Tyen sacudió la cabeza pero se detuvo al recordar que la respuesta era afirmativa.

—De hecho, sí. Hace unos días intenté dejarle un mensaje a Baluka en uno de los lugares habituales y me encontré con tres hechiceros que me esperaban.

El ceño fruncido de Dahli fue el único signo exterior de su extrañeza.

—¿Tienes idea de cómo descubrieron el sitio?

—No. Me marché antes de que pensarán en ello.

—¿Crees que Baluka pudo traicionarte?

—Tal vez, si alguien le facilitó pruebas sobre mi auténtica misión entre los rebeldes.

Dahli asintió, y Tyen respiró aliviado al comprobar que él no era el responsable de lo ocurrido, al menos hasta donde le alcanzaba la memoria, aunque era posible que lo hubiera hecho y luego bloqueado sus recuerdos al respecto, tal como había bloqueado los relativos al lugar donde estaban ocultos los registros del Raen sobre sus experimentos con la resurrección.

—En fin. ¿Por qué me has convocado? —lo incitó a explicarse Tyen.

Dahli apretó las mandíbulas.

—Han pasado cinco ciclos.

Tyen movió la cabeza afirmativamente. Percibía la frustración de Dahli. «Valhan dijo... no, insinuó que si Rielle no le devolvía la vida, tal vez lo haría Tyen —estaba recordando Dahli—. Tyen es el único hechicero que conozco con poderes equiparables a los de ella».

—El muchacho ya es un adulto, desde el punto de vista físico —prosiguió Dahli—. Ahora estoy de acuerdo contigo en que debemos buscar otro recipiente para Valhan.

Tyen nunca se había sentido cómodo al pronunciar el nombre del Raen en voz alta. Le parecía demasiado informal. Y, sin embargo, no sonaba mal en boca de Dahli, quien había estado más unido que nadie al soberano de los mundos (hasta el punto de ganarse el título de «el Más Leal»), aunque no tan unido como él habría deseado. El amor sincero que Dahli le profesaba al Raen, aunque no era correspondido —o precisamente porque no lo era— hacía que a Tyen le resultara mucho más fácil simpatizar con él. Esto y la pena desgarradora que aún veía en su interior. «¿Será en parte por eso por lo que espiar para él no se me hace tan cuesta arriba? Me costaría menos rechazarlo si fuera un hombre desprovisto de conciencia o emoción. Percibo su arrepentimiento por todo lo que ha hecho por el Raen. Creo que sería una buena persona de no ser por Valhan, y aun así respeto su devoción por él».

—Esas no fueron exactamente mis palabras —lo corrigió Tyen, con tiento pero con firmeza—. Dije que debíamos encontrar otra solución. Me niego a acabar con la vida de alguien para darle un nuevo cuerpo al Raen.

—Y no obstante estabas dispuesto a hacerlo por Vella.

Tyen sacudió la cabeza.

—No. El Raen y yo estudiamos otras opciones para ella. Sospecho que él eligió al muchacho porque le quedaba poco tiempo. Si su plan no hubiera requerido que fingiera su muerte, habría explorado otras alternativas.

Dahli no lo creía así, pero se abstuvo de expresar sus dudas.

—Es cierto —insistió Tyen—. Formaba parte de nuestro trato.

En realidad, no se acordaba con exactitud de los términos del acuerdo. Tal vez no habían sido tan específicos. Aun así, recordaba que el Raen le había advertido que quizá no existía una manera de devolverle a Vella su forma humana sin hacer daño a nadie, y que en ese caso Tyen tendría que decidir si seguir adelante o no.

Dahli exhaló un suspiro largo y profundo.

—Pues no está aquí para intentarlo. Si deseas continuar sus experimentos y aplicarlos a Vella, quizá se te presente la oportunidad. Restauraré mi memoria y te proporcionaré toda la información que él dejó registrada a cambio de tu ayuda en la resurrección del Raen. Pero no debes empezar a trabajar en devolverle a Vella su forma humana antes de que él esté vivo e indemne.

La oleada de esperanza que había invadido a Tyen se disipó de inmediato.

—No pienso matar a alguien solo para aprender cómo no matar a nadie.

Dahli extendió las manos a los costados.

—Solo tendrás que hacerlo una vez.

—No. —Tyen contuvo la rabia que empezaba a apoderarse de él. Mantuvo un tono sereno pero resuelto—. Te ayudaré a resucitar al Raen cuando encuentre un método que no le cueste la vida a una persona. Sé que te estoy pidiendo que confíes en mí más de lo que tú me pides que confíe en ti, pero así debe ser. No asesinaré a nadie para traerlo de vuelta.

—Cuanto más tardemos en hacerlo revivir, más personas morirán —aseveró Dahli—. Los mundos son cada vez más peligrosos y destructivos. Ya se han desatado varias guerras. ¿Cuánto tardarán los conflictos en reforzarse entre sí y propagarse a todos los mundos? Además, no sé... —Hizo una pausa y meneó la cabeza antes de continuar, pese a que temía que fuera una imprudencia revelarles esa información—. No sé cuánto tiempo más sobrevivirá la mano de Valhan. Me da la impresión de que ha encogido un poco, de que se ha ajado aún más.

Tyen contempló a Dahli con una mezcla de incertidumbre y compasión. Leyó en su mente que había despertado hacía poco tiempo el recuerdo sobre el emplazamiento de la mano para poder asegurarse de que estaba a salvo, pero la imagen había tardado varios días en formarse en su memoria. Dahli tenía miedo también de que se le bloquearan de manera permanente los recuerdos sobre el lugar donde estaba escondida, junto con toda la información necesaria para resucitar al Raen. La supresión de recuerdos era un proceso impreciso y peligroso.

Dahli esperaba que el riesgo de perder los conocimientos con los que ayudar a Vella convenciera a Tyen de que aceptara sus condiciones, pero reconocía para sus adentros que si el único método era uno que Tyen no podía utilizar, dichos conocimientos carecían de valor.

Suspirando, Dahli se reclinó en su asiento.

—No me hace falta leerte la mente para saber que no aceptarás mi oferta. Y tampoco hace falta que te diga que estoy decidido a encontrar el modo de persuadirte.

Tyen se encogió de hombros.

—Esa emboscada de la que escapaste... ¿te impedirá mantener el contacto con Baluka?

—Tengo otros lugares donde dejo mensajes, pero me acercaré a ellos con precaución, por supuesto.

—Preguntaré a mis contactos si tienen noticia de que se hayan renovado los esfuerzos por encontrarte, o de que se haya ofrecido una recompensa. —El hechicero inmarcesible estaba pensando que a Tyen se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que Dahli hubiera planeado la emboscada. «Aunque también debe de haber comprendido que, si quisiera acabar con él, habría traído un ejército de magos lo bastante fuertes para quitarlo de en medio. Así que el hecho de que se haya atrevido a reunirse conmigo demuestra un valor o una confianza considerable». Como era dudoso que Tyen se fiara de él, supuso que la hipótesis del valor era la correcta.

Tyen mantenía una expresión impenetrable. Aunque se le había ocurrido que quizá Dahli había organizado la emboscada, le parecía poco probable, ya que este necesitaba muchas cosas de él.

—¿Quieres que vigile a Baluka? —preguntó Tyen.

—Solo si no supone ningún riesgo. Es un vínculo potencial con Rielle y el recipiente. ¿Tenías algún motivo en particular para contactar con él?

—Sí, pero no era nada urgente.

Como no dio más explicaciones, Dahli asintió, aceptando que Tyen no se lo contara todo, siempre y cuando le comunicara los detalles importantes.

Se impuso un silencio incómodo. En eso estribaba la diferencia entre las reuniones de Tyen con Dahli y las que celebraba con Baluka. El primero no era en absoluto locuaz. Nunca tocaba temas personales, al contrario del segundo. Tyen recapacitó sobre sus dudas de que pudiera sonsacarle a Dahli información sobre Rielle. De hecho..., tal vez sí que podía.

—Procuro que algunos de nuestros encuentros sean solo de naturaleza social —explicó—. En ocasiones solo charlamos. A menudo averiguo más cosas cuando deja vagar sus pensamientos que cuando le planteo preguntas directas. Mientras habla de Rielle, por ejemplo, no siempre dice lo que piensa.

—¿Ah, no? ¿En qué sentido?

—Sus palabras dan a entender que ella se comportaba de un modo intachable, pero él sabe que no es así.

—Rielle fue desleal con él y con el Raen. —Dahli frunció el ceño—. Pero me pregunto si, al convencerla de que incumpliera la promesa que le había hecho, ocasionamos que cambiar de idea le pareciera más aceptable. Si lo propiciamos.

—¿Su ética personal era incompatible con la expectativa de que actuara con lealtad, en el último caso?

Dahli asintió.

—Tal vez. Tenía una ética que no estaba basada en el sentido práctico, y una lealtad vacilante por su falta de experiencia. —Una mirada ligeramente socarrona le iluminó el semblante—. Muy típico de la juventud.

Tyen esbozó una sonrisa irónica.

—Yo también soy joven e inexperto.

—De ti no espero lealtad —replicó Dahli—, pero sí que cumplas tu parte del acuerdo al que lleguemos. —Su sonrisa cedió el paso a una expresión pensativa—. También me he preguntado si ese fue el error que cometimos con Rielle. Si deberíamos haber cerrado un trato con ella.

—¿Por qué no lo hicisteis?

—Valhan dijo que ella no era el tipo de persona que cerraba tratos. Por otro lado..., cuando llegó el momento de abandonar a los viajeros, sé que no rompió su promesa de matrimonio con Baluka a la ligera. Se sintió culpable, aunque la aliviaba verse libre de aquel compromiso. —Se encogió de hombros—. Ya todo es agua

pasada. —Un movimiento en el exterior captó la atención de Dahli. Un carro cargado con juncos recién cortados pasaba bamboleándose por delante de la casa, tirado por un animal rechoncho de aspecto triste—. ¿Hay algo más que quieras preguntarme o decirme?

—No.

—Entonces, hemos terminado. —Dahli se puso de pie y acompañó a Tyen hasta la puerta—. Que tengas un viaje sin incidentes. Y no descartes por completo mi oferta. No sé si recorres mucho los mundos últimamente. A lo mejor deberías darte una vuelta por ahí. Tal vez las cosas estén tranquilas en tu nuevo hogar, pero te aseguro que en otras partes no lo están.

«No están precisamente tranquilas ahora», reflexionó Tyen.

—Quizá lo haga. Buen viaje, Dahli.

Al salir, oyó que la puerta se cerraba tras él. Empezó a desandar el camino. Las dudas que había despertado en él el consejo de Dahli le provocaron un hormigueo en la parte posterior del cuello. En los últimos ciclos, Tyen no había viajado mucho por los mundos. Aunque había estado en unos cuantos, habían sido como piedras en un río que apenas pisaba para llegar a su destino. No se había entretenido en examinar a las gentes y civilizaciones que los poblaban. Podían estar inmersos en toda clase de enfrentamientos nuevos, pero mientras los lugares de llegada estuvieran intactos y resultaran seguros, él no se enteraría.

Ahora que Doum y Murai se hallaban al borde del conflicto, costaba menos creer que otros mundos estuvieran sumidos en la guerra y otras formas de violencia. Dahli estaba convencido de ello. También creía sin sombra de duda que el único capaz de poner fin a todo aquello era Valhan.

Tyen sacudió la cabeza. «Lo he dicho muy en serio. No asesinaré a nadie para hacer volver al Raen». Quizá lo único que necesitaban los mundos eran personas decididas a encontrar maneras de solucionar sus problemas sin matar a nadie. Quizá solo necesitaban tiempo.

Estaba más seguro que nunca de que Rielle se mostraría de acuerdo.

Varios días después, mientras su habitación se desvanecía en el blancor, Tyen se preguntó cómo podía saber que estaba emocionado si no notaba sensación física alguna en el espacio entre mundos.

—Tu mente recuerda lo que se siente —le explicó Vella—, del mismo modo que quienes han perdido una extremidad tienen la percepción de que esta sigue intacta.

«¿Tú aún recuerdas la sensación de tener un cuerpo?».

—No. Cuando estoy consciente, es solo porque puedo acceder a la mente de quien me toca y utilizarla. Percibo únicamente lo que sienten ellos, no reminiscencias de mi propio cuerpo. Cuando no me toca nadie, no estoy consciente, así que no tengo la oportunidad de evocar mi cuerpo. Tampoco me vino a la memoria mi realidad física cuando me estaba sujetando el Raen, la primera vez que lo viste. Aunque estaba consciente, no tenía acceso a sus pensamientos ni a las percepciones de su cuerpo.

«Me he preguntado a menudo cómo se las ingenió para hacer eso. Quizá te concedió suficiente acceso a su mente para que estuvieras consciente, pero consiguió mantener bloqueados sus pensamientos y recuerdos. Me encantaría saber cómo se las arregló. Supongo que si Dahli logra resucitar a Valhan podremos preguntárselo».

—Tal vez Rielle lo sepa. Exploró la memoria del Raen antes de frustrar la resurrección y salvar al muchacho.

«Tal vez. —Tyen frunció el entrecejo—. Depende de cuántas cosas descubriera. Quizá las suficientes para ayudarme a devolverte tu forma humana. ¿Crees que accedería a ello?».

—Es posible..., siempre que no implicara matar a alguien o sustituirle la mente.

«Pedirle ayuda será arriesgado. Tendré que confiar en que no intente arrebatarte de mi lado. Dudo que lo haga... Además, no estoy realizando progresos por mi cuenta. Tal vez ella pueda proporcionarnos la ayuda que necesitamos y... y hay riesgos que vale la pena correr».

Desde el instante en que estas palabras se formaron en su mente, él comenzó a dudar que fueran ciertas. Pedir ayuda al Raen para curar a Vella le había parecido un riesgo que valía la pena correr, pues el acuerdo entre ambos le daba a Valhan un buen motivo para no matarlo por infringir la ley que prohibía viajar entre mundos. Aunque al final el trato que habían cerrado no redundó en beneficio de ninguno de los dos, si Tyen no lo hubiera propuesto, el Raen no habría averiguado que era posible almacenar una mente en un objeto y, por tanto, no habría decidido fingir su muerte ni planear su resurrección.



Si Tyen llegaba a un acuerdo con Rielle para sanar a Vella, ¿qué le pediría ella a cambio?

No tuvo ocasión de meditar sobre ello. Los tejados de Glaemar empezaban a emerger de la blancura. Se materializó a gran altura por encima de la ciudad y se deslizó hacia el extenso palacio.

Las instrucciones que le habían dejado en el taller indicaban que debía llegar a la parte del edificio situada río abajo y próxima a la orilla. Un cambio de color en el agua marcaba el sitio exacto y revelaba sin lugar a dudas que era allí donde trabajaban los artesanos de palacio. Más abajo, la ribera estaba surcada por franjas de un color oleoso; construcciones más reducidas y modestas se arracimaban al borde del agua.

La fachada del palacio que daba al río estaba bordeada de senderos y pequeños embarcaderos circulares. Al acercarse, Tyen buscó en vano una figura conocida antes de posarse en uno de los embarcaderos desocupados. Mientras hacía una pausa para recuperar el aliento, dirigió su atención hacia el mural centelleante que recubría la pared exterior del palacio. La enorme pintura representaba una procesión de hombres, mujeres y niños de notable agilidad y elegancia, ataviados con finas telas, oro y joyas, algunos de ellos montados sobre animales, otros transportados en grandes cestas por sirvientes musculosos. Amplios arcos de suave curvatura interrumpían la escena aquí y allá. En ese momento, una mujer salió con paso tranquilo de uno de ellos. Un escalofrío de nerviosa expectación lo recorrió al reconocerla.

—Tyen Tornero —dijo Rielle en la lengua de los viajeros mientras se dirigía a su encuentro—. Te doy la bienvenida a Glaemar, esta vez como es debido.

—Rielle Lázuli —respondió él—. Gracias por invitarme.

Ella llevaba un vestido de tela plateada sin mangas, sujeto holgadamente en torno a la cintura por una cadencia. Otras similares formaban un tocado sencillo, algunas suspendidas sobre su frente y otras entrelazadas en largas borlas que le pendían de las orejas, y cuyo brillo contrastaba con su lisa cabellera negra y su tez morena. De la única cadena que llevaba al cuello pendía un cilindro argentado de decoración primorosa, cerrado por ambos extremos y con una juntura en el medio que parecía indicar que era hueco y se podía abrir. Tanto la prenda como las joyas, pese a su sencillez, le conferían un aura de riqueza y elegancia, por lo que él se alegró de haberse vestido con sus mejores galas para la visita: una camisa larga y lisa de tela negra, pantalones a juego y una chaqueta marrón oscuro. Aun así, el refinamiento de su atuendo dejaba mucho que desear en comparación con el de Rielle.

Ella sonrió y se volvió hacia el edificio.

—Vayamos dentro.

Él la alcanzó y caminó a su lado. La mujer avanzaba despacio, señalándole cada cambio de dirección con un leve gesto.

—¿Qué tal es la vida en Alba? —preguntó.

Él reflexionó, buscando una manera de responder con tacto.

—Tranquila —dijo.

—Debes de haber asistido a muchos funerales de personas que perecieron en el Gran Mercado.

—En realidad, solo a unos pocos. Los doumianos viven el duelo en privado, y solo los allegados y los amigos muy cercanos participan en los ritos. Me sorprende que alguien me invitara.

Ella asintió.

—¿No conocías a los fallecidos?

—En persona no, solo como amistades o parientes de mis empleados.

—¿Ha disminuido vuestro ritmo de trabajo a causa de lo sucedido?

—Sí y no. He estado muy ocupado encargándome de la mayor parte del trabajo para que mis empleados puedan asistir a las ceremonias. No hemos recibido pedidos desde el ataque, así que he retrasado algunos trabajos para que ellos tengan algo que hacer cuando vuelvan.

—¿No recibís pedidos? No será porque los clientes os culpen del ataque, ¿verdad?

—No, lo que ocurre es que muchos se vieron afectados, y por lo general los doumianos no compran cosas cuando están de luto. Todos los talleres principales tienen un puesto en el Gran Mercado. Casi todos perdieron a algún familiar.

Las borlas de cadenillas de su tocado tintinearón con suavidad cuando sacudió la cabeza.

—Los mercaderes aseguran que no sabían que sus víctimas eran relevantes, pero nadie les cree. Un comerciante que se precie jamás sería tan descuidado de no fijarse en las costumbres de la gente a quien vende o compra género.

—Tampoco un emperador. Ni debería permitir que los mercaderes buscaran pelea con los vecinos sin su permiso.

Tyen echó un vistazo a un lado y advirtió que un criado aguardaba a la sombra de una columna.

—El emperador no es un necio —contestó ella con una tenue sonrisa.

Aunque su tono era amable, Tyen no pasó por alto la advertencia implícita en sus palabras, lo que provocó que le bajara un escalofrío por la espalda.

Un ligero ademán de Rielle le indicó que se disponía a girar de nuevo. Tyen la siguió y, tras rodear un patio con columnatas, entraron en un recinto dividido por estanterías, mesas, camas, cajas grandes, barricas y versiones más simples de las vasijas gigantescas que él había visto en su visita anterior. Al mirar las mesas más de cerca se percató de que tenían encima varios dibujos que, en algunas partes, estaban recubiertos de azulejos diminutos. Los artesanos agachados sobre ellas elegían las piezas de unas bandejas y las dejaban caer cuidadosamente sobre el dibujo. Otros parecían estar ordenando las teselas por colores.

—¿Son tus empleados? —preguntó él.

Ella asintió.

—¿Este diseño es tuyo? —El mosaico casi terminado frente al que estaban pasando figuraba una mesa repleta de comida vista desde arriba.

—Sí.

Tyen reparó en una mancha formada por teselas más pequeñas y oscuras en medio de la hoja de una verdura. Cuando la observó con mayor detenimiento, descubrió que representaba un minúsculo insecto.

—Un trabajo impresionante.

—Sí, son muy hábiles.

—Pero tú lo ideaste. Tu labor es esencial para el proceso.

Ella se encogió de hombros.

—Soy prescindible. No hay precisamente escasez de artistas en los mundos. Los buenos mosaiquistas resultan más difíciles de encontrar. Mi única ventaja reside en mi capacidad de leer la mente de sus clientes, lo que facilita y agiliza la tarea de determinar lo que quieren.

Se aproximaban a una zona delimitada por paredes. Cuando se hallaban cerca, él cayó en la cuenta de que eran independientes: mamparas sostenidas sobre soportes que podían moverse para reconfigurar la forma y las dimensiones de las habitaciones que acotaban. Había telas colgadas entre algunas secciones, y cuando Tyen vio que una joven empujaba una para pasar, comprendió que hacían las veces de puertas.

—Solo los aposentos del emperador disponen de paredes sólidas —dijo Rielle—. Me temo que esta es la mayor privacidad de la que podemos gozar los demás... y se trata de una concesión que nos hacen a los artesanos de otros mundos, puesto que no estamos acostumbrados a espacios tan diáfanos.

Lo guio hacia la tela por la que había salido la joven. Sujetándola a un lado, lo invitó a entrar con un elegante movimiento del brazo. Cuando él pasó al otro lado, se encontró en una sala alargada y rectangular. Al fondo vio una cama rodeada de colgaduras traslúcidas. En el centro había una mesa cuadrada con una abertura en el centro rodeada de ocho sillas, aunque solo se habían dispuesto cuatro cubiertos.

En la zona en la que él se hallaba en ese momento había unos bancos bajos colocados en círculo. Un hombre de cabello cano se levantó de uno de ellos con una amplia sonrisa y, al reconocerlo, Tyen se paró en seco, atónito.

—¡Tarren! —exclamó.

Por toda respuesta, su antiguo mentor y amigo continuó sonriéndole. Tyen no sabía si volvería a ver al anciano después de que, cinco ciclos atrás, Liftre, la escuela de magia donde el primero se había formado y daba clases, cerrara sus puertas.

—Joven Fundehierro —dijo Tarren acercándose y posándole las manos sobre los hombros—. No cabe duda de que eres tú. Esperaba que nuestros caminos se cruzaran de nuevo. Tienes buen aspecto.

—Tú también —observó Tyen con sincera sorpresa. La piel del viejo no estaba tan flácida como él la recordaba, sino tirante y con un saludable tono sonrosado. Además, tenía la espalda más recta.

Tarren contempló a Rielle con afecto.

—Mi discípula más reciente se ha ocupado de ello.

—Fui en busca de un maestro después de... bueno, cuando ya nada me impedía viajar a donde quisiera —explicó Rielle—. Oí hablar de una escuela de hechicería que no había quedado abandonada tras el retorno del Raen, así que me propuse localizarla. Una vez allí, me encontré con varios exalumnos que habían regresado con la esperanza de que la institución abriera de nuevo. Uno de ellos me recomendó que le pidiera a Tarren que me instruyera y me dio indicaciones para llegar a su casa.

—Yo había estado impartiendo lecciones a hechiceros novatos —prosiguió Tarren—. Todos los magos autodidactas tienen lagunas en su formación, pero los de Rielle me parecieron especialmente curiosos. ¿Cómo podía una persona que se había criado sin aprender magia ser inmarcesible y en cambio no saber luchar?

—Ha conseguido sonsacarme gran parte de la historia. —Rielle intentó adoptar una expresión de desaprobación, pero no fue capaz de disimular su afecto—. Aunque no toda, por supuesto.

—Una chica tiene que guardar algunos secretos para no perder su halo de misterio —convino Tarren.

Rielle puso cara de exasperación.

—Vaya dicho tan ridículo. Como si el halo de misterio fuera una especie de artículo con el que comerciamos las mujeres. —Dirigió la vista hacia la puerta—. Ah, aquí está Timane, mi criada.

Al seguir la dirección de su mirada, Tyen vio a la joven que había salido antes. Timane sonrió con timidez cuando Rielle la presentó, y respondió con voz entrecortada. Tyen comprobó divertido que no era porque no entendiera la lengua de los viajeros —Rielle le enseñaba el idioma para que mejorara de posición en el palacio—, sino porque se sentía intimidada y bastante atraída por él.

Su cabello, de un rojo intenso, le llegaba casi hasta los pies. A juzgar por el físico, ambas mujeres parecían tener la misma edad, lo que, de ser verdad, habría significado que Rielle apenas superaba la niñez cuando él la conoció, cinco ciclos atrás. Esto evidenciaba que ella dominaba el cambio de pautas, la técnica mágica que permitía a los hechiceros frenar el envejecimiento e invertir sus efectos. Lo que sin duda explicaba por qué Tarren atribuía su buena salud a Rielle.

—¿A qué te has dedicado desde la última vez que hablamos? —preguntó el hombre.

Tyen se encogió de hombros.

—A sobrevivir. A fabricar tornos de alfarero.

—Me han contado que durante un tiempo fuiste líder de los rebeldes.

—Sí, pero no por decisión propia. —Se contuvo de mirar a Rielle, quien, como lo pudo ver entre los amigos del Raen durante la resurrección fallida, debía de preguntarse qué hacía un exlíder rebelde al lado de sus enemigos. Evocó recuerdos de un Baluka más joven, desdeñoso del liderazgo de Tyen, suponiendo que Rielle los

encontraría divertidos—. Por fortuna, no tardó en ocupar mi lugar alguien mejor dotado para el mando.

Tarren asintió, y a Tyen se le cayó el alma a los pies al advertir que su antiguo mentor empezaba a dar vueltas en la cabeza a rumores sobre él.

—He oído otra historia sobre ti, pero no es tan halagadora. ¿Sabes a qué me refiero?

Tyen torció el gesto.

—¿La de que ejercí como espía para el Raen?

—Sí. Lamento traer a colación esa habladuría. Solo quiero asegurarme de que estás enterado, por tu seguridad. —Tarren volvió la vista hacia Rielle mientras recordaba que había pensado en ese rumor cuando esta había mencionado que Tyen vivía en Doum. Había dado por sentado que ella ya lo había leído en su mente y, puesto que hablar de dichas acusaciones crearía sin duda un ambiente incómodo, decidió no insistir en el asunto—. Será mejor que dejemos el tema.

Ella asintió en señal de aprobación.

—¿Así que Liftre ha reabierto sus puertas? —preguntó Tyen.

Tarren sonrió.

—Sí. La gente está volviendo poco a poco. Además, se han restituido algunos libros y objetos de valor.

—¿Has aceptado algún puesto allí?

—No, soy demasiado viejo. No tengo paciencia para lidiar con alumnos jóvenes y majaderos. —Le dedicó una sonrisa a Rielle—. O, mejor dicho, solo tengo paciencia para lidiar con uno o dos a la vez. —La aludida arqueó las cejas, pero él prosiguió—: No estoy seguro de que sea muy prudente formar parte de una institución tan... visible. Debido a los cambios de poder que están produciéndose en los mundos, Liftre podría convertirse fácilmente en un objetivo.

—O podría ser el único lugar que queda donde prevalece la razón —terció Rielle.

Tarren hizo una mueca.

—La lucha por impedir que personas de orígenes tan diversos se atacaran unas a otras ya resultaba bastante ardua antes de que regresara el Raen. Quienes pretenden refundar la escuela se han endurecido a causa de la guerra. No poseen el espíritu conciliador ni la tolerancia de la diferencia bajo los que se estableció.

—Tal vez mostrarían una mejor disposición si tuvieran un enemigo común. «Cuando no hay un adversario que una...».

—«... la sociedad se divide» —finalizó Tarren, asintiendo. Suspiró—. De todos modos, la política no me entusiasma últimamente.

Tyen, que no había oído antes aquella máxima, se preguntó si sería una contribución de Rielle a la ingente colección de aforismos de Tarren, o uno nuevo que este había aprendido después de marcharse de Liftre. ¿Habría aprendido ella a su vez el estilo de caligrafía que él practicaba?

—Yo también preferiría evitar los temas políticos —dijo Rielle, y centró su atención en Tyen—. Pero me encuentro en una posición en la que me resulta difícil evitarlos. —Esbozó una sonrisa pesarosa—. Pasemos a la mesa, donde podréis comer mientras oís mis explicaciones. Guíanos, Timane.

La joven los condujo hasta una gran mesa cuadrada e indicó a Tyen y a Tarren dónde debían sentarse. Se agachó por debajo de la mesa y, al cabo de un momento, se puso de pie a través de la abertura del centro. Alrededor había varias fuentes repletas de rebanadas de carne y verduras, y bolitas de masa coloreada. Entre ella y la esquina de la mesa situada entre Rielle y Tyen había un plato negro en forma de media luna sobre una base de madera. Fijando los ojos en él, Timane cogió una jarrita y vertió sobre la superficie un poco de aceite que enseguida comenzó a chisporrotear.

«De modo que la criada es una hechicera», se dijo Tyen. Timane alzó la vista hacia él y, al advertir que la observaba, se ruborizó. Sus pensamientos revelaron de inmediato que no era una hechicera fuerte, pero que Rielle la había enseñado a utilizar los escasos poderes que tenía.

—El emperador se enteró de que acudí a ti tras tu última visita a palacio, Tyen —señaló Rielle.

Él se volvió hacia ella con el entrecejo arrugado.

—¿Cómo?

Rielle se encogió de hombros.

—Tendrá espías en Doum, sin duda. También sabe que te ofreciste a negociar en nombre de los arcillarcas. Yo estaba casi decidida a no representar a Murai, pero esta mañana me ha ordenado que lo haga. Debo obedecer o abandonar este mundo.

Tyen crispó el rostro.

—Lo siento. Es culpa mía.

—En absoluto. —Agitó la mano para restar importancia al asunto—. Cuando te seguí, sabía que corría un riesgo. Suponía que me conducirías a Alba, donde mi apariencia llamaría la atención, y que el emperador acabaría por descubrirlo. Solo temía que llegara a la conclusión de que estaba conspirando contigo de alguna manera. —Desplazó la mirada por la estancia—. Me gusta trabajar para los mosaiquistas, pero no valoro tanto las comodidades que tengo aquí como para no prevenir a alguien que me salvó la vida de que está en peligro.

Aunque hablaba en tono despreocupado, mantenía una expresión seria. Mientras meditaba su respuesta, Tyen contempló cómo Timane aplastaba las bolas de masa sobre la plancha con una pala de madera.

—Entonces tengo más motivos para estarte agradecido de los que creía —dijo lentamente.

—Tal vez. —Una arruga apareció entre las cejas de Rielle—. Puede que no opines lo mismo cuando iniciemos las negociaciones. El emperador tiene expectativas muy altas.

Tyen movió la cabeza afirmativamente, aliviado porque ella había optado por quedarse y hacer lo que el emperador le ordenaba.

—Aún no sé si los arcillarcas han aceptado mi oferta.

—La aceptarán —aseveró ella—. Les ha dado a entender con bastante claridad que no estoy dispuesta a negociar con nadie excepto contigo. Quizá ese era el rumbo que deseabas que tomaran los acontecimientos... —Tendió su plato hacia Timane, que le sirvió un disco de masa frita. Cuando esta recogió otro con la pala y se lo ofreció a Tyen, él se apresuró a acercarle su plato—... pero, cuando el emperador está implicado en algún asunto, siempre hay detrás algo más de lo que parece a simple vista. Debo negociar según sus términos, aunque no esté de acuerdo con ellos. Tengo prohibido leerle la mente. Y, dado que tengo que rechazar cualquier trato contigo si descubro que le has explorado el pensamiento, debo pedirte que no lo hagas.

—Por supuesto.

Tras servir a Tarren, Timane les colocó delante un cuenco pequeño con una espesa salsa de naranja mientras emitía leves chasquidos con la lengua.

Con una risita, Rielle dijo unas palabras amables en la lengua de Murai.

—De acuerdo con las costumbres muraianas, es una descortesía hablar de temas no relacionados con la comida mientras estamos sentados a la mesa. —Señaló el plato de él con un gesto—. Disfrutad.

Las bolas de masa frita, aunque un poco insípidas, tenían una agradable consistencia crujiente gracias a unas hojas frescas que se añadían a la mezcla. El picor de la salsa le producía un hormigueo en la lengua. Después de freír y servir varias más, la criada comenzó a apilar rebanadas de carne y verduras sobre la plancha.

Rielle dejó sus cubiertos sobre la mesa.

—Podemos hablar ahora, mientras se prepara el siguiente plato.

—¿Has permanecido en contacto con los rebeldes? —le preguntó Tarren a Tyen.

Este miró a Rielle, preguntándose si consideraría una falta de consideración que mencionara a quien había sido su prometido.

—Sí. Me reúno con su líder de vez en cuando.

Ella apretó los labios en una irónica sonrisa de complicidad.

—¿Cómo está Baluka?

—Bien —contestó Tyen—. Si no agobiado, sí muy ocupado a causa de las exigencias planteadas a los restauradores.

Tarren puso mala cara y soltó un gruñido bajo.

—¿Los restauradores? El problema del concepto de la restauración es que todo el mundo tiene una idea distinta de lo que debe restaurarse, y en qué medida.

—¿Menciona a su familia? —inquirió Rielle haciendo caso omiso al comentario de Tarren.

—¿A los viajeros? —Tyen sacudió la cabeza pero hizo una pausa cuando un recuerdo le vino a la mente—. En cierta ocasión dijo que muchos habían renunciado al comercio entre los mundos porque se ha vuelto demasiado peligroso.

Ella asintió.

—Algunos creían que los viajeros eran aliados del Raen, pues él no les prohibía viajar entre mundos como a los demás, y o bien se negaban a comerciar con ellos o los atacaban. Algunas familias de viajeros se encontraron con que muchos de los mundos situados en su ruta establecida habían caído presa de la agitación tras la muerte del Raen, por lo que las actividades comerciales se volvieron demasiado arriesgadas o directamente inviables.

—¿Y qué piensan hacer?

—Se establecerán en algún lugar donde los acojan y aguardarán a que vuelva la seguridad a los mundos.

—Si es que vuelve alguna vez —apostilló Tarren.

Rielle le dirigió una sonrisa cariñosa.

—Tarren y yo discrepamos respecto a nuestras predicciones sobre el futuro. Yo soy optimista. El Raen era un solo hombre. Aunque sus aliados le ayudaban a imponer sus leyes, no eran más que un puñado en comparación con el número de mundos que existen. Muchos mundos no llegaron a sentir la dominación del Raen, y sin embargo no se destruyeron a sí mismos. Sí, los hechiceros que se controlaban por temor a él están poniendo a prueba su recién descubierta libertad. Alguien acabará por pararles los pies, ya sean los restauradores o los hechiceros que se enfrentan a las amenazas contra la paz y la prosperidad.

—O el Sucesor. —A Tarren le relampaguearon los ojos al pronunciar el título.

Rielle se volvió hacia él con cara de exasperación.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está? ¿No se suponía que era él quien mataría al Raen?

—El Raen se suicidó —señaló Tyen.

—En efecto. ¿No convierte eso al Raen en el Sucesor?

Tarren se encogió de hombros como para indicar que todo era posible. Tyen desplazó la mirada de Rielle al anciano y la posó de nuevo en ella. Le leyó la mente a Tarren. No encontró que tuviera conocimiento del intento de resurrección. Ella no se lo había contado, a fin de que Tyen tampoco hablara de ello.

«Si el Raen resucita, se confirmará que él es el Sucesor, pues murió por su propia mano —pensó Tyen—. Me pregunto si esa era su intención desde el principio».

—Tú aseguraste no creer en la profecía —le recordó al viejo, que desplegó una sonrisa.

—Y no creo en ella. Pero también dije que era la predicción de un cambio inevitable. La afirmación de que solo un hechicero más poderoso que el Raen podía vencerlo...

—O un hechicero no tan poderoso pero más hábil. O con más suerte —lo interrumpió Rielle—. O alguien con una mayor influencia política capaz de convocar



a suficientes hechiceros para derrotar a alguien más fuerte.

—... podría interpretarse como la predicción de que alguien más poderoso lo reemplazará —concluyó Tarren.

Rielle torció el gesto.

—Solo si ese alguien quiere —dijo con irritación.

Tylen reprimió una sonrisa. Resultaba evidente que Tarren no creía que la profecía fuese una fuerza sobrenatural que determinaba los acontecimientos futuros. Lo intrigaba más la posibilidad de que Rielle, una hechicera casi tan poderosa como el Raen, pudiera ocupar su lugar..., y le preocupaba que, si ella no reivindicaba el título, alguien con menos escrúpulos lo hiciera.

—Los mundos tendrían que reconocer a ese Sucesor —observó Tyen—. De buen grado o por la fuerza. Para gobernar, el Raen se valía tanto del miedo como de los favores. Un comportamiento que los restauradores no han tenido más remedio que imitar, me temo.

Tarren hizo un gesto afirmativo.

—Pero los mundos no les tienen tanto miedo a ellos como les tenían al Raen y sus aliados. Muchos de los que los apoyaban al principio les han perdido el respeto. Todo grupo numeroso está expuesto a la división por las discrepancias y las ideologías encontradas. —Extendió las manos a los costados—. Podrían aprovechar la idea de un Sucesor para forjar la unidad y salvar a los mundos del caos. —Miró a Tyen—. No me cabe duda de que aceptarían a Rielle. El mismo Raen la entrenó, quizá para que lo sucediera, pero su amistad con Baluka suavizaría las desconfianzas que surgieran en torno a su relación con él, sobre todo si creyeran que se vio apartada de los viajeros contra su voluntad.

—No pienso gobernar los mundos —dijo Rielle con firmeza— ni mentir sobre mi pasado, sobre todo porque Baluka sabe que esto último no es cierto, y la mayoría de los rebeldes podría leer la verdad en su mente.

El anciano capituló. Sabía que ella no estaba preparada para tamaña responsabilidad, ni siquiera si hubiera querido asumirla, y él le tenía demasiado aprecio para desearle una existencia que, con toda seguridad, le provocaría infelicidad. «¿Estaba enamorada del Raen?», se preguntó Tarren, no por primera vez. Le escudriñó el rostro como en tantas otras ocasiones desde que se había enterado de que ella había roto su promesa de matrimonio con Baluka para irse a vivir con el Raen, pese a que ella ya sabía que el soberano no era el ángel que creía en un principio.

«Esa sí que es una pregunta cuya respuesta me encantaría conocer», se dijo Tyen. Como de costumbre, la tentadora mente de Rielle estaba fuera de su alcance.

Entornando los ojos, ella se volvió hacia Tyen, lo sorprendió mirándola y suspiró.

—No estaba enamorada de Valhan —le dijo al anciano—. Créeme, me lo he preguntado muchas veces, pero siempre llego a la conclusión de que lo máximo que

llegué a sentir fue admiración hacia un líder competente y carismático. Pregúntaselo a Tyen, si dudas de mis palabras.

Cuando Tarren posó la vista en él, Tyen frunció el ceño, confundido. De pronto, el corazón le dio un vuelco. «¡Rielle cree que puedo leerle la mente! —Bajó la mirada hacia su plato, intentando borrar de su expresión todo rastro de estupor por su descubrimiento—. Lo que significaría que... ¡ella no puede leérmela a mí!».

—No quisiera invadir la intimidad de tan amable anfitriona —murmuró.

A Rielle se le escapó una carcajada suave.

—Pues entonces tendrás que fiarte de mí, Tarren. Y ahora, toca probar el siguiente plato. ¿Tyen?

Al alzar la vista, Tyen se encontró frente a Timane, que le tendía una ofrenda humeante. Levantó su plato y desplegó una sonrisa de gratitud mientras ella se lo llenaba. Acto seguido, la joven, sonrojada, se concentró en servir a Rielle y a Tarren.

Cuando terminaron de comer, Rielle se volvió hacia Tyen.

—Si yo puedo ser el Sucesor, Tyen también puede. Es más fuerte que yo. Tyen, cuando los rebeldes se enfrentaron a Valhan, ¿tú estabas allí?

Él parpadeo, sorprendido, y vaciló antes de responder, pues no estaba seguro de si era prudente reconocerlo. Incapaz de decidirse, optó por decir la verdad. Ya tenía demasiadas mentiras que recordar en todo momento.

—Sí.

El destello de curiosidad en los ojos de Rielle se apagó enseguida.

—¿Sería posible persuadir a la gente de que el fracaso de Valhan se debió a tu presencia?

—No. Acabábamos de llegar cuando se suicidó. —Tyen tragó en seco—. Y nadie me aceptaría como Sucesor, si pretendiera asumir ese papel.

Tarren irguió la espalda.

—¿Lo dices porque te llaman «el Espía»? ¡Pero si eso podríamos contrarrestarlo propagando el rumor de que no eran más que habladurías maliciosas difundidas por los aliados para que nadie te aceptara como Sucesor! —Los ojos le brillaban de entusiasmo al anciano, y Tyen casi se sintió culpable al negar con un gesto.

—El liderazgo no se me daba bien antes, y se me daría aún peor si tuviera que encargarme de todos los mundos y no solo de unos cientos de rebeldes. —Sacudió la cabeza—. Hay hombres y mujeres mucho más capacitados para ello que yo..., lo que da pie a una pregunta: ¿por qué Baluka no puede ser el Sucesor?

Tarren abrió las manos a los lados.

—Podría, supongo. Nadie lo ha propuesto, por el momento, pero tal vez alguien lo haga.

Rielle se reclinó en su asiento tamborileando con los dedos en el borde de la mesa.

—Solo espero que, si para instaurar la paz y el orden hace falta un Sucesor, este aparezca pronto y sea una persona sabia, bondadosa y astuta. Alguien que, a

diferencia de mí, tenga formación y experiencia en política. —Sacudió la cabeza—. Valhan reconoció que no podía prever las consecuencias de su intromisión en los asuntos de un mundo, y eso que había gobernado durante más de mil ciclos. Me siento superada incluso ante la perspectiva de intentar evitar una guerra entre Murai y Doum. —Se volvió hacia Tyen y esbozó una sonrisa triste—. Aunque supongo que no es el lugar ni el momento para confesarlo.

Tyen se encogió de hombros.

—Tengo tan poca experiencia como tú.

—Pero fuiste líder de los rebeldes.

—Estábamos intentando desencadenar una guerra —le recordó él—, no evitarla.

Ella hizo una mueca.

—¿Qué posibilidades de éxito tenemos? —Miró a Tarren.

El anciano frunció el ceño.

—Doum tiene algo que Murai quiere, y no cuenta con un ejército de hechiceros entrenados. —Se dirigió a Tyen—. Me temo que tenéis las de perder, si no convencéis a los arcillarcas de que cedan.

Tyen asintió.

—O al emperador de que una guerra destruiría aquello de lo que quiere apoderarse.

—No puedo evitar preguntarme qué habría hecho Valhan, no solo para solucionar esto sino también los conflictos de los otros mundos. —Rielle meneó la cabeza—. Pero me alegro de que no esté aquí, pues sospecho que la solución entrañaría el uso de la fuerza, quizá incluso de la violencia. No era muy partidario de la negociación, al menos por lo que alcancé a ver.

Tarren asintió.

—Les había advertido a todos que se portaran bien, y ellos estaban demasiado asustados para desobedecerle.

Guardaron silencio durante un rato, hasta que Rielle se enderezó y miró a Tyen.

—¿Aún conservas ese insecto mecánico?

Sorprendido por el repentino cambio de tema, Tyen hizo un gesto afirmativo y se abrió la chaqueta por un lado.

—Sal de ahí, Bicho.

Se oyó una vibración en respuesta a esta última palabra, y entonces el escarabajo comenzó a trepar hasta detenerse sobre el hombro de Tyen.

Todos dieron un respingo cuando Timane profirió un chillido. La joven se quedó horrorizada contemplando a Bicho. Rielle se levantó a medias hablando con rapidez en muraiano, con las manos extendidas en un ademán tranquilizador. Tyen le dio una orden a Bicho, que correteó por su chaqueta hasta ocultarse de nuevo. Este movimiento ocasionó que la joven se sobresaltara otra vez. Desplazó la mirada de Tyen a Rielle y, tras mascullar algo, se agachó para meterse debajo de la mesa, emergió por el otro lado y se alejó a toda prisa.

—Ya regresará cuando os marchéis —les dijo Rielle—. En su país natal hay varias especies de insectos venenosos, y cuanto más grandes, más mortíferos.

—Pídele disculpas de mi parte por asustarla —dijo Tyen.

—Así lo haré. Se ha dado cuenta de que era mecánico, pero eso no ha aliviado su incomodidad al verlo. —Rielle miró en la dirección en la que la joven se había marchado—. Pobre Timane. Cuando llegué aquí, los otros criados la intimidaban. La elegí como doncella personal y le enseñé a usar la magia. Tal vez fue un error, pues ahora se ve a sí misma como mi leal discípula en vez de como mi igual.

—¿Y en qué esperabas que se convirtiera? —inquirió Tarren.

—En una amiga, tal vez. —Se encogió de hombros—. Hace mucho tiempo que no tengo amigos. —Sus ojos se posaron en los alimentos que la criada había dejado asándose en la plancha—. Me parece que están listos para servirse. —Cogió la pala y empezó a llenarles los platos con dulces rebanadas de fruta que luego bañó en melaza caliente.

—Te estarás preguntando por qué me he interesado por... ¿Micho, se llamaba?

—Bicho —la corrigió Tyen.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Bicho. Valhan lo dejó a mi cuidado la última vez que hablé con él. Dijo una cosa que a menudo me da que pensar. —Clavó la vista en Tyen—. Dijo que era el futuro.

El estómago de Tyen se encogió y dio un brinco, como si hubiera recibido un puñetazo. Pensó en el letal enjambre de insectoides que había creado su excompañera de clase en Liftre para defender su hogar y que luego comenzó a vender a sus amigos de los mundos vecinos. Insectoides que podían ser modificados con facilidad para convertirlos en armas ofensivas. ¿Era ese el tipo de futuro que había visto el Raen, o simplemente había imaginado uno en el que las máquinas alimentadas por magia, presentes en el mundo de Tyen, comenzaban a proliferar y a absorber poco a poco la magia de todos los mundos?

—¿Tienes idea de a qué se refería? —preguntó Rielle.

Tyen la miró a los ojos. Sin duda ella estaba viendo estas escenas en sus pensamientos..., o no, si era incapaz de leerle la mente. Lo cierto era que no tenía manera de saber qué había imaginado el Raen. En realidad, apenas habló con él. Sacudió la cabeza.

—No exactamente. Nunca me dio detalles al respecto.

—Entonces solo nos queda esperar y ver qué pasa. —Rielle se llenó su plato al final y añadió la melaza con un floreo—. Comed, amigos míos. Como decía una vieja amistad mía, un mundo con buenos postres no puede ser tan malo.

Alegrándose del cambio de tema, Tyen desvió sus pensamientos hacia la sencilla actividad de comer.

«Así que Rielle no puede leerme la mente —dijo Tyen—. ¿Cómo es posible, si yo tampoco puedo leérsela a ella?».

—O mentía, o tu fuerza es equiparable a la suya —respondió Vella—. Comentó que no era capaz de explorar tu mente durante vuestro primer encuentro, cuando ella tenía menos motivos para engañarte.

«¿De veras? No me acordaba de eso».

—Fue hace cinco ciclos, y tenías asuntos más urgentes en que pensar.

Él sacudió la cabeza. Durante todo ese tiempo no había tenido que preocuparse de que ella descubriera que era un espía. Ahora era imprescindible que nunca se enterara. Maldijo a Roporien para sus adentros por el pequeño fallo en la construcción de Vella, que hacía que no siempre proporcionara información de forma espontánea. Respondía a preguntas, participaba en diálogos e incluso podía advertirle de peligros, pero no ofrecía datos que no estuvieran relacionados de manera evidente con el tema en cuestión..., y su forma de juzgar si lo estaban o no constituía un misterio que solo su creador había llegado a comprender.

«Así que nuestras fuerzas son equivalentes... ¿Sabes si se ha dado un caso similar antes?».

—Son fenómenos muy poco comunes, pero conocidos. No tengo constancia de que haya sucedido nunca entre hechiceros muy poderosos. Se da con más frecuencia cuanto más débiles sean los hechiceros, pero quizá esto solo se deba a que son más numerosos.

«Si el Raen tenía dificultades para leerle el pensamiento a Rielle, ¿significa eso que eran igual de fuertes?».

—No. Él era más fuerte, aunque por poco.

«Entonces yo soy casi tan fuerte como lo era él».

Esta constatación le resultaba asombrosa, sobre todo en vista de que el Raen no lo había matado, pese a que tenía fama de eliminar a sus rivales potenciales. Por otro lado, ¿cómo podía saber el soberano de los mundos cuán poderoso era Tyen? El propio Tyen no lo sabía, por lo que el Raen no podía haberlo leído en su mente. No había demostrado en modo alguno el alcance de su fuerza. La otra forma de averiguarlo habría sido ponerlo a prueba.

De todos modos, el único indicio que tenía Tyen de que poseía una fuerza comparable a la de Rielle era que ella había afirmado que no podía penetrar en su mente.

«Debo plantearme la posibilidad de que esté fingiendo para tranquilizarme e incitarme a pensar en cosas que he estado ahuyentando de mi cabeza. —Tyen frunció el ceño—. No tener esto en cuenta implicaría poner las negociaciones en riesgo de fracasar». Cayó en la cuenta de que Rielle no se había comportado como una persona que estuviera preocupada por que le leyeran la mente, como lo habría estado si no hubiera podido leérsela a él. A menos que ella también hubiera deducido que sus fuerzas eran equivalentes.

*—Podría averiguar la verdad si consiguieras que ella me tomara en su mano —sugirió Vella—. Si se niega, sabrás que te ha explorado el pensamiento.*

Si no se negaba, Vella absorbería todos los conocimientos de Rielle sobre la resurrección. La tentación le provocó un escalofrío a Tyen, pero no le hizo caso.

«No, no engañaré a Rielle para que te toque. Te enterarías del paradero del muchacho, lo que podría ponerlo en un peligro aún mayor. Preferiría que me ayudara de forma voluntaria a devolverte tu forma humana. —Tamborileó con los dedos sobre la cubierta de Vella—. Esperaremos a que terminen las negociaciones antes de pedirle ayuda, y te llevaré conmigo a todas...».

Un ruido captó su atención. Procedía del exterior de la letrina en la que se había encerrado para hablar con Vella. Eran unos golpes, pero que no sonaban igual que cuando alguien llamaba con los nudillos a la puerta principal del taller. Los oyó de nuevo, y un estremecimiento le bajó por la espalda. No había duda de que procedían de abajo, pero al parecer sonaban dentro del taller.

—¿Tyen Tornero? —llamó una voz—. ¿Estás en casa?

Soltó un largo suspiro. La arcillarca Fursa. La razón por la que no podía llamar a la puerta principal como una persona normal en vez de entrar sin más en el taller representaba todo un misterio para él.

«No, un misterio no. Es pura arrogancia. Le gusta restregarle su posición y su poder a la gente».

Se apresuró a guardar a Vella en su bolsa y a escondérsela debajo de la camisa. Se levantó y tiró de la palanca que descargaba agua en la taza, lo que le ahorró la indignidad de tener que responderle a Fursa desde el interior del excusado para hacerle saber que estaba en casa.

Tras salir del cuarto, se acercó a la parte superior de las escaleras antes de hablar.

—Arcillarca Fursa. —Se llevó dos dedos al pecho en un saludo breve y comenzó a bajar—. Bienvenida. ¿A qué debo el honor de vuestra presencia en mi humilde morada?

Ella apareció a sus pies, con un ceñudo gesto de consternación, como si no estuviera segura de si él se mofaba de ella o no.

—El Consejo ha dado su beneplácito. Nos representarás en las negociaciones con los muraianos.

Él hizo un gesto de asentimiento.

—Me siento profundamente honrado por su confianza, y haré cuanto esté en mi mano por facilitar un acuerdo justo entre Doum y Murai.

Fursa recorrió con la vista el atuendo de Tyen y arqueó las cejas. No llevaba su ropa de trabajo habitual, sino unas prendas más parecidas a las que se ponía cuando estaba con los rebeldes. Lo que resultaba inoportuno en aquel momento, pues acentuaban su apariencia de forastero.

—Estamos elaborando una lista de nuestros objetivos y condiciones —le informó ella—. Dentro de tres días, al mediodía, te reunirás con nosotros tres en la sala Mayor, donde los pondremos en tu conocimiento. Al día siguiente, al alba, te entrevistarás con Rielle la Mosaiquista en la isla de Azulejos.

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Sala Mayor, dentro de tres días al mediodía. Isla de Azulejos, al alba del día siguiente —repitió.

Fursa lo contempló en silencio unos momentos más; una estratagema que empleaba cuando deseaba intimidar a alguien pero que no producía efecto alguno en él.

—He de marcharme —finalizó ella—. Sé puntual.

Él sonrió y la observó mientras se desvanecía, divertido por sus palabras de despedida. Que lo tratara como a un niño solo delataba su necesidad de rebajarlo para sentirse superior. Paseó la mirada por el taller. Era el día del Pulgar, el quinto de la semana doumiana, en el que los artesanos descansaban y se ocupaban de las tareas domésticas, aunque no guardaban la fiesta a rajatabla. Los mercados principales de las ciudades cerraban, de modo que los talleres que no tenían un puesto en ellos, como el de Tyen, abrían sus puertas para vender sus productos. Los que tenían pedidos urgentes pagaban a sus empleados sueldos suplementarios para que trabajaran.

Solo quedaban dos encargos por completar, cada uno de un único torno. Esto suponía demasiado poco trabajo para él, así como para sus empleados. Aunque tendría que haber colgado un letrero que invitara a los clientes a entrar y curiosear por el taller, tenía una cuestión más apremiante entre manos y esa era la razón por la que se había vestido así. Una cuestión que había ido aplazando, pero de la que debía encargarse antes de que las negociaciones acapararan todo su tiempo.

Había llegado el momento de que averiguara si los otros lugares donde le dejaba mensajes a Baluka estaban comprometidos.

Tras regresar a su habitación, ponerse la chaqueta y meterse a Bicho en el bolsillo interior, respiró hondo y se impulsó para apartarse del mundo. Después de tomar las precauciones habituales, puso rumbo al mundo más alejado del que albergaba la base

de los restauradores, con la tenue esperanza de que aquellos que le iban a la caza (si aún era esta su intención) no quisieran viajar hasta sitios tan remotos.

A los hechiceros menos poderosos, como Baluka, les resultaba más fácil ocultarse entre una multitud que en lugares con escasa población. Sus mentes se perdían en el barullo general de pensamientos. Solo quien supiera con exactitud qué buscaba, podía encontrar a una persona con facilidad, y solo si esta se encontraba quieta en un sitio convenido con anterioridad.

Así pues, aquel refugio estaba tan concurrido como la ciudad donde Tyen se había topado con los emboscados; un templo de construcción extensa e irregular que atraía un flujo constante de peregrinos con mascarillas. Al llegar, Tyen se envolvió en un ceñido escudo de aire inmovilizado. Con dinero local que había adquirido en visitas anteriores, se compró una sobrevesta con capucha en una de las centenares de tiendas que había en el templo, además de una mascarilla rociada de perfume. Salió y se unió a los miles de fieles, serpenteando entre ellos para incorporarse a una fila que aguardaba para entrar en un santuario consagrado a un dios de los metales.

Mientras esperaba, exploró las mentes de quienes lo rodeaban. Todos eran peregrinos. Leyó pensamientos piadosos y profanos, aburridos y fascinados. Algunos esperaban a otras personas, pero ninguno era un hechicero poderoso ni tenía en la mente el nombre de Tyen o de Baluka.

La cola fue acortándose, hasta que pudo entrar en el santuario. Flotaba en el ambiente un hedor a humo y sudor demasiado intenso para que las mascarillas aromatizadas lo suavizaran. Una gran boca cuadrada que irradiaba un fulgor anaranjado escupía aire caliente. Los peregrinos se acercaban con rapidez, arrojaban unos discos de metal al horno y se marchaban a toda prisa.

Le llegó el turno a Tyen. Mientras se aproximaba al horno, deslizó un pequeño cucurucho de papel entre dos monedas. Lo tiró dentro y examinó las mentes de los sacerdotes encargados del horno. Cuando la pólvora que contenía el cucurucho explotó con una fuerte detonación, estos se sobresaltaron e intercambiaron una mirada. Informarían de lo ocurrido al Sumo Sacerdote, que enviaría una comunicación a la secta que mantenía un registro de incidentes como aquel. Uno de ellos contactaría con un aliado de Baluka, y así continuaría transmitiéndose el mensaje hasta llegar a la base de los restauradores y a oídos de su líder.

Tyen advirtió que esta no era la única razón por la que el estallido había intrigado a los sacerdotes. Cuatro días antes había habido tres estallidos en el horno, y el día anterior, uno. Se preguntaban qué intentaban decirles los dioses.

A Tyen se le aceleró el pulso. Una vez fuera, un sacerdote le pasó un cuadrado de tela gruesa y húmeda. Se la llevó a la frente. Los peregrinos que habían entrado antes que él estaban allí de pie, abanicándose, con la parte del rostro que sobresalía por encima y por debajo de la mascarilla aún enrojecida por el calor.

«Los tres estallidos significan que Baluka me envió un mensaje que yo ya debería haber recibido». Quizá se había retrasado. Quizá alguien lo había interceptado. Pero



esta no era la posibilidad más alarmante.

«Baluka habrá interpretado el estallido de ayer como una llamada para que viniera aquí».

Tyen no había enviado ese mensaje. Quienquiera que lo hubiera hecho quería atraer a Baluka, y si este hubiera acudido con rapidez ya habría llegado al templo. Al no encontrar allí a Tyen, ¿qué habría hecho?

Con un hormigueo de preocupación por todo el cuerpo, Tyen proyectó su pensamiento hacia el enorme edificio de varias alas en el que se alojaban los peregrinos lo bastante acaudalados para permitirse una pequeña habitación. Saltó con ligereza de una mente a otra hasta topar con la de un conocido que estaba enfrascado en una conversación con un segundo visitante de otro mundo.

Baluka había decidido pasar la noche allí. Sus protectores aguardaban en habitaciones cercanas; hechiceros poderosos y de una lealtad férrea cuya función era defender a su líder o darle tiempo para huir si lo atacaban. Vigilaban en todo momento las mentes de quienes rodeaban el edificio y, para alivio de Tyen, no habían descubierto nada que les causara inquietud.

Era posible, no obstante, que alguien más poderoso que ellos los espicara. Tyen exploró con detenimiento las mentes de los alrededores, pero no encontró a nadie sospechoso. Sin embargo, había demasiada gente en el templo para examinarlos a todos, y un hechicero muy poderoso podría localizar la mente de alguien desde fuera de la ciudad, si supiera dónde era más probable que se encontrara.

«Tengo que prevenir a Baluka —pensó Tyen—, aunque eso implique delatar mi presencia a quien sea que lo haya convocado aquí. —Curiosamente, esta posibilidad no lo alarmaba tanto como habría supuesto—. Si soy tan fuerte como Rielle, y ella es casi tan fuerte como lo era el Raen, debería poder protegernos a ambos, sobre todo con la ayuda de los escoltas de Baluka. Casi desearía que se presentaran los emboscados. Entonces descubriría quién está detrás de esto y por qué».

Como Baluka estaba concentrado contándole una anécdota de su niñez a una peregrina, Tyen aún no había podido determinar si sospechaba que él no lo había llamado. Cuando por fin finalizó el relato, Baluka devolvió su atención a la situación en que se hallaba. «Esto resultaría relajante y agradable si no estuviera preocupado por que Tyen no aparece —pensó—, y temeroso de que los mundos se hundan aún más en el caos durante mi ausencia. —Suspiró—. Date prisa, Tyen. No puedo permanecer mucho más tiempo aquí».

Así que Baluka no era consciente de que lo habían engañado. Resistiendo el impulso de reajustarse la mascarilla, Tyen se encaminó hacia el edificio con paso tranquilo y dando un rodeo. Tras entrar en la Residencia de Visitantes, le pagó a un novicio para que informara a Baluka de que un amigo había ido a verle. Al examinar la mente de Baluka, Tyen vio en ella tanto esperanza como desilusión por el mensaje. Le gustaba la mujer, y como esta carecía de poderes mágicos, había podido leer en sus pensamientos que se sentía atraída por él. Pero no deseaba demorar un instante

más su encuentro con Tyen, de modo que se excusó y regresó a su habitación, situada al otro lado del pasillo.

Tras dar un último repaso rápido a las mentes próximas, Tyen se acercó a la puerta de Baluka y llamó, quitándose la mascarilla.

Cuando abrió, el líder rebelde desplegó una gran sonrisa.

—¡Ah! ¡Por fin! Adelante. —Cerró la puerta después de que Tyen entrara—. ¿Va todo bien? Como no respondías a mis mensajes, empezaba a preocuparme.

—No los recibí. ¿Enviaste más de uno?

Baluka frunció el entrecejo.

—Sí. Envié tres. Luego recibí tu aviso.

El cuarto estaba dividido por una cortina que no cerraba del todo, por lo que al otro lado se entreveía una cama individual sin hacer. Dos sillas bajas y una mesa pequeña ocupaban el resto del espacio. Tyen inmovilizó el aire contenido entre las paredes del cuarto para evitar que saliera el sonido.

—Yo no te avisé —le dijo a su amigo—. Acabo de enviarte un mensaje, pues hasta hace un momento no sabía que estabas aquí.

Baluka abrió mucho los ojos.

—Alguien conoce nuestro código.

—Y nuestros puntos de reunión. Hace unos días, me encontré con que tres hombres me esperaban en Yartin —declaró Tyen—. Exrebeldes. Creyeron que sacarían algún provecho si me vendían a alguien.

Baluka echó a andar de un lado a otro, frotándose las manos.

—¿Quién les ofreció ese incentivo?

—No me quedé ahí lo suficiente para averiguarlo.

—No fui yo —le aseguró Baluka.

—Lo sé.

El líder de los restauradores apretó un poco los labios, más en un gesto de adusta comprensión que de resentimiento por que Tyen le hubiera leído la mente.

—¿Ha quedado comprometido tu escondite?

Tyen sacudió la cabeza.

—Intentaron seguirme, pero los despisté con facilidad. —Crispó el rostro en señal de disculpa—. Lo siento. Debería haberte avisado antes. Di por sentado que yo era su único objetivo, y los asuntos locales de mi mundo me han tenido muy ocupado.

—¿Estamos a salvo aquí?

—He inspeccionado las mentes de todos los que nos rodean y nadie alberga malas intenciones hacia nosotros. Aun así, sugiero que no nos entretengamos demasiado aquí.

—Prudente sugerencia. ¿Para qué querías verme?

—Para contarte lo de la emboscada en Yartin. —Tyen sonrió—. Puesto que ya lo he hecho, supongo que te toca hablar a ti.

Baluka detuvo sus idas y venidas.

—Hay una nueva fuente de problemas en los mundos. —Parecía tan atribulado como compungido—. En algunos de los conflictos recientes a los que nos hemos enfrentado, uno o más bandos utilizaban armas de magia mecánica.

A Tyen se le formó un nudo en el estómago. Baluka irradiaba comprensión: sabía lo que sentía Tyen respecto al mal uso de su «invento». Sin embargo, su pesar por tener que comunicarle la noticia palidecía en comparación con el sentimiento de culpa que provocaba en Tyen.

—Cuando aseguraron que eran ellos quienes los habían inventado —continuó Baluka—, tus conocidos de Liftre los corrigieron. Son muy quisquillosos a la hora de atribuir el mérito al inventor que los ha creado. Por desgracia, la verdad se ha malinterpretado. Muy pocos sabían que tú nunca has tenido la intención de aplicar la magia mecánica a la guerra. Creen que ese desarrollo es un paso deliberado por tu parte, ya sea con afán de lucro o como parte de un plan más ambicioso.

La tensión que Tyen notaba en el vientre se tornó dolorosa; un retortijón incesante. Respiró despacio, resistiendo la tentación de frotarse la tripa. «¿Qué me contó Rielle que le había dicho el Raen? ¿Que Bicho era el futuro? —Tragó saliva conforme las náuseas aumentaban—. Nunca debí enseñarle a nadie a usar la magia mecánica. Debería haber encontrado otra manera de pagar la matrícula en Liftre».

—En fin, tengo que preguntarte —prosiguió Baluka— si existe una manera de desactivar todas las máquinas sin hacerse con el control de cada una.

Tyen alzó la mirada y contempló a su amigo, sorprendido. Esta posibilidad no se le había ocurrido. Meditó sobre ello y al cabo de un rato negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no.

Baluka dejó caer los hombros.

—Pero eso no significa que no sea posible —añadió Tyen—. Todos los diseños tienen un punto flaco. Uno distinto en cada caso, probablemente. Pero quizá haya un fallo universal, uno que todos comparten. —«Todos se alimentan de magia. Sin magia que absorber, dejarían de funcionar. Pero en cuanto la magia se restableciera, volverían a la vida. A menos que alguien haya inventado un sistema que permita a las máquinas almacenar más energía». Todos los insectoides que él había diseñado podían acumular una cantidad ínfima de magia para que no dejaran de funcionar al pasar por una mancha de Hollín, que era como los habitantes de su mundo llamaban al vacío que quedaba cuando una zona se despojaba de magia.

—Creo —dijo Baluka lentamente— que si te unieras a nosotros, declarararas que tu objetivo nunca fue que la magia mecánica se empleara en la guerra y encontraras un modo de luchar contra ella, tal vez los restauradores te aceptarían...

—No. —Tyen no pretendía responder de forma tan tajante. Suavizó el tono—. Sabes que nunca me aceptarían a menos que les abriera mi mente. Ambos guardamos secretos que preferiríamos que ellos no descubrieran.

Baluka torció el gesto, pensando que Tyen se refería a que, cuando los aliados los atacaron en el palacio del Raen, él había ido en busca de Rielle en vez de ponerse al

frente de los rebeldes. Agachó la cabeza.

—Estoy dispuesto a dejar que lo descubran todo sobre mí con tal de que te unas a nosotros de nuevo. Creo que te lo perdonarían todo, tanto las verdades como las mentiras, si... —Levantó la mirada—. Si los convenciéramos de que eres el Sucesor.

Tyen frunció el ceño, sacudiendo la cabeza.

—¿El Sucesor? —«Primero Tarren ¿y ahora Baluka? ¿Qué está pasando?»—. ¿Por qué, por todos los mundos, iban a creer semejante cosa?

—Estabas allí cuando el Raen murió.

—Entre muchas otras personas, que saben que se suicidó y que yo no tuve nada que ver.

—No conozco a ningún hechicero más fuerte que tú, y eso que conozco a la mayoría de los que hay en los mundos accesibles y habitables.

—¿La mayoría? —repitió Tyen, y soltó un resoplido—. Tendrás que perdonarme, pero hay muchos que huyen de los restauradores como de la peste.

Aunque Baluka no le replicó, su mirada penetrante le reveló a Tyen que había tomado buena nota de esa información.

—¿Conoces a alguien que posea una fuerza comparable a la tuya?

Tyen vaciló por unos instantes. «¿Debo revelarle la verdad sobre Rielle? De ella era de quien quería hablarle cuando intentaba concertar una reunión con él».

—Sí que conoces a alguien, ¿verdad? —Baluka enderezó la espalda en su asiento—. ¿De quién se trata? No será un amigo o aliado del Raen, espero.

Tyen sacudió la cabeza. «Es increíble que a nadie se le pase por la cabeza que el Sucesor podría ser una mujer —se dijo—. Lo que le facilita a Rielle llevar una vida tranquila y segura». Así pues, reprimió el impulso de pronunciar su nombre.

—A lo largo de mi corta existencia he conocido a dos personas a quienes no he podido leerles la mente —dijo—. Una de ellas está muerta. En cuanto a la otra, si tuviera el menor interés en gobernar los mundos, ya estaría al mando. —Meneó la cabeza. Aunque Baluka no creía que las profecías fueran ciertas, sabía que tenían un enorme poder de persuasión... y le preocupaba que alguien reivindicara para sí el título de Sucesor y pusiera en peligro toda la buena labor que estaban llevando a cabo los restauradores si él no daba a tiempo con un candidato válido—. Hace ciclos dijiste que quizá el Sucesor no fuera el hechicero más fuerte, sino el que estuviera dispuesto a atribuirse el mérito de haber matado al Predecesor. Desde ese punto de vista, el Sucesor eres tú.

Baluka asintió.

—Salvo porque todo el mundo sabe que yo no maté al Raen. Como bien has señalado, se suicidó. —Hizo una pausa y arqueó las cejas—. Tal vez no albergaba el menor deseo de tener un Sucesor.

«Esta explicación se acerca mucho a la verdad —pensó Tyen—, pero no por el motivo que él cree». Como en muchas ocasiones anteriores, Tyen lamentó no poder hablarle a Baluka del plan del Raen para resucitar y recuperar el dominio sobre los

mundos una vez que los aliados y los rebeldes se hubieran destruido entre sí. A Baluka le convenía saber que existía la posibilidad de que el Raen volviera. Pero, si se enteraba, hechiceros más poderosos que él podrían leerle la mente y descubrirlo también. Quizá alguno de ellos, partidario de la resurrección del Raen, localizaría a Dahli y le ofrecería su ayuda.

—Tal vez la gente debería de dejar de esperar que alguien acuda en su auxilio —murmuró Tyen— y solucionar sus problemas por sí mismos.

Baluka le dirigió una mirada curiosa, ladeando la cabeza.

—Apenas eres consciente de lo que está sucediendo en los mundos, ¿verdad? Llevas demasiado tiempo oculto. Lo creas o no, la gente ya intenta solucionar sus problemas. Evitar y poner fin a las guerras no es tan fácil como te imaginas.

Tyen estuvo a punto de crisar el rostro.

—Lo sé, y estáis haciendo lo posible por ayudar. —Suspiró. Aquella discusión no llevaba a ninguna parte, y él ya se había entretenido allí más de la cuenta—. Será mejor que me vaya. Intentaré ocuparme de esas armas mecánicas. Si logro examinar una, tal vez encuentre la manera de inutilizarlas. ¿Disponéis de alguna?

—No, pero ordenaré que capturen unas cuantas. Le pediré a alguien que investigue quién intentó apresarte y por qué, y cómo averiguaron nuestro código y el lugar donde debían esperarte..., quiero decir, esperarnos. —Arrugó el entrecejo—. Además, necesitamos idear sistemas nuevos para intercambiar mensajes entre nosotros.

Tyen hizo un gesto afirmativo. A bote pronto, se le ocurrió un lugar donde Baluka podía dejarle recados. Tendría que organizar una cadena de mensajeros para que los llevaran a Doum desde allí. Baluka eligió otro.

—¿Algo más? —le preguntó su amigo.

Tyen se quedó cavilando. Mencionar a Rielle en ese momento podría parecer extraño, incluso sospechoso. A menos que...

—Espera... ¿Has visto eso?

Baluka tenía la vista fija en la cortina. Al mirar la tela que dividía la habitación, Tyen no detectó nada de aspecto peligroso. Sacudió la cabeza.

—¿Qué era?

—He visto un ojo, solo unos instantes, en la abertura.

Tyen se apartó ligeramente del mundo y se deslizó hasta el otro lado de la cortina. Percibió de inmediato la hendidura de un camino reciente. Regresó al mundo y recorrió la tela.

—Alguien ha estado aquí —anunció a Baluka—. Voy a averiguar quién y por qué.

Después de absorber una cantidad generosa de magia de las zonas exteriores del mundo, Tyen se impulsó para abandonarlo y enfiló el camino. No tardó en percibir más adelante una sombra que se alejaba a toda velocidad. La siguió y poco a poco acortó la distancia que lo separaba del espía. Una vez superado el punto medio entre

los mundos, una habitación empezó a emerger de la blancura. Cuatro figuras estaban sentadas en sillas de respaldo alto colocadas en torno al centro de la estancia, una a cada lado. Observaban al espía conforme se aproximaba. De pronto, una de ellas se puso de pie, y Tyen dedujo que lo habían visto. Los otros tres se levantaron a toda prisa y apartaron con magia sus sillas, que salieron rodando hacia los rincones de la habitación.

No hicieron el menor ademán de huir. Tyen vaciló por un momento. Si se materializaba, lo atacarían, de eso estaba seguro. Sin duda se habían aprovisionado de una cantidad abundante de magia, preparándose para la lucha. ¿Estaba él dispuesto a correr el riesgo de enfrentarse a ellos? Quizá estaba equivocado respecto a la incapacidad de Rielle de leerle la mente. Tal vez no era tan poderoso como creía.

«En ese caso, será mejor que capture a su espía. Tal vez les dé igual la suerte que corra, pero un objeto de negociación de valor dudoso es mejor que nada».

Se propulsó y, con la velocidad de un relámpago, alcanzó al espía. Este frenó con brusquedad, boquiabierto, y se volvió hacia Tyen con mirada de espanto. Al notar sus débiles intentos de soltarse, Tyen dedujo que no se trataba de un hechicero poderoso. Probablemente tampoco era inmarcesible, por lo que se asfixiaría si Tyen lo retenía allí.

Y también el propio Tyen. Tenía dos alternativas: regresar junto a Baluka o seguir adelante hasta la habitación.

No era una decisión difícil. Si regresaba, tal vez conduciría a los cuatro hechiceros hasta su amigo, y no deseaba ponerlo en peligro. Más valía lidiar con esos hombres en el mundo en el que habían estado esperando.

Estudió uno a uno a los hechiceros mientras reanudaba su avance hacia ese mundo. No reconoció a ninguno. En cuanto llegó, inmovilizó el aire en torno a sí y al espía para crear un escudo, y otro entre los dos, por si su prisionero lo atacaba. Respiró hondo y de forma pausada para intentar disimular que estaba sin aliento. No convenía revelar a sus enemigos que no era inmarcesible. «Tal vez ya va siendo hora de que aprenda a serlo», se dijo.

El cautivo estaba jadeando, debido tanto al miedo como a la falta de aire. Arremetió contra el escudo que lo separaba de Tyen. El hombre no creía que los hechiceros no fueran a utilizar sus fuerzas para salvarlo.

Tenía razón. El escudo de Tyen comenzó a vibrar con los impactos de las descargas que lanzaban. Contraatacó con una andanada de aire inmovilizado y caliente que castigó sus propias barreras protectoras. Un resplandor a su izquierda le advirtió de que un hechicero intentaba calentar el aire próximo al escudo de Tyen con el fin de debilitarlo. Para compensarlo, simplemente inmovilizó esa parte del escudo hasta tal punto que se enfrió.

Ese era el mayor grado de sutileza que alcanzaría el combate antes de que uno u otro bando demostrara ser el más débil, o un factor humano incidiera en la situación. Los cuatro hombres no empleaban proyectiles, y él no intentaba ahorrar magia

dejando brechas en su escudo; ambas estrategias eran habituales en mundos más pobres en energía, como el de Tyen. Poco a poco, empezó a desplazar el aire inmovilizado de su escudo hacia dentro, y prescindió de una capa interior a fin de aprovisionarse de aire fresco que respirar mientras endurecía una nueva capa en el exterior.

Al mismo tiempo examinaba los pensamientos de cada hechicero. Estaban centrados en atacar y defenderse, temerosos de perecer si se distraían. Consciente de que en ese estado de concentración no revelarían sus intenciones, Tyen fingió desfallecer un poco, dejando que su escudo flaqueara bajo su acometida. Los cuatro concibieron esperanzas de inmediato, y él vio que los había impulsado a arriesgarse a atraerlo hasta allí.

«Si no muero, me volveré inmarcesible», pensó uno, repitiendo unas palabras que había pronunciado muchas veces ante los demás.

«¡Los cuatro podemos conseguirlo! —se dijo otro—. Sabía que juntos seríamos más fuertes que él. No es el Raen, solo otra reliquia del pasado».

«¡Pronto será nuestra! —alardeó para sus adentros el que Tyen tenía justo enfrente, desplegando los labios en una sonrisa codiciosa—. ¡La inmarcesibilidad! ¡La sanación! Y quién sabe qué otros secretos encierra el libro».

A Tyen se le cayó el alma a los pies. Su objetivo era Vella, pues habían oído el rumor —que no tenía ni idea de dónde se había iniciado, aunque sospechaba que alguien le había leído la mente a Baluka— de que el Espía llevaba consigo un libro que contenía la clave de la inmarcesibilidad. Ella era el trofeo que pretendían conseguir al matarlo, aunque también pensaban cobrar las recompensas que se ofrecían por su cabeza.

Tyen reflexionó sobre lo que debía hacer a continuación. Podía alargar la contienda hasta que se les agotara la magia, o bien soltar al espía y huir. Sin embargo, aún no había averiguado cómo habían descubierto el código que utilizaban Baluka y él y sus puntos de reunión, así que aguardó y observó, simulando que recuperaba las fuerzas y luego dejando que el escudo flaqueara de nuevo a fin de darles tiempo para pensar.

Se entusiasmaron aún más, pero de pronto las mentes de los cuatro se difuminaron a causa del pavor. Intercambiaron miradas, y Tyen vio en sus pensamientos imágenes de figuras que se atisbaban en la penumbra detrás de los hechiceros. El ataque cesó de golpe y ellos se esfumaron.

Sorprendido, Tyen escudriñó las sombras en la habitación. En efecto, varias figuras estaban apareciendo. Eran seis, siete... ocho en total. A Tyen el corazón le latía con fuerza en el pecho. Había conseguido resistir la ofensiva de los cuatro, pero ¿podría luchar contra ocho, después de haber consumido tanta magia en el combate?

Proyectó la conciencia para absorber magia de las zonas exteriores del mundo, pero cuando el primer hechicero se materializó y Tyen pudo leerle la mente, se tranquilizó. Era el líder de los protectores de Baluka.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó el hechicero.

—Ya no. Los habéis espantado —contestó Tyen—. ¿Está Baluka a salvo?

El líder asintió.

Las mentes de los otros, que estaban llegando, afloraron a sus sentidos. Ninguno de ellos reconoció a Tyen. Baluka solo llevaba con él a sus reuniones a hechiceros que nunca lo hubieran visto antes.

—¿Has averiguado el motivo de la intrusión? —preguntó el líder, mirando al espía.

—Sí. Querían robar algo que creen que poseo. En fin... —Tyen se volvió hacia su prisionero—. ¿Cómo sabían que estaríamos aquí? ¿Cómo descubrieron nuestro código?

—¡No lo sé! —exclamó el hombre—. Me contrataron para que echara un vistazo a la habitación y comprobara si ya habíais llegado.

Decía la verdad. Con un suspiro, Tyen liberó al espía, que desapareció en el acto.

El líder de los protectores se volvió hacia sus colegas y desplazó la vista por todo el grupo.

—Seguidlo. Tal vez os guíe hasta donde están los demás.

Tras un cruce de miradas, hombres y mujeres se desvanecieron. El líder posó los ojos en Tyen.

—Un hombre menos noble lo habría matado.

Tyen asintió.

—Un hombre más inteligente, quizá.

«Apostaría a que nunca ha matado a nadie», pensó el hombre, pero no con desprecio sino con envidia, pues al mismo tiempo intentaba desterrar de su mente recuerdos desagradables y el sentimiento de culpa.

—¿Se ha marchado Baluka? —preguntó Tyen.

El hombre hizo un gesto afirmativo.

—Se pone nervioso cuando pasa demasiado rato fuera de la base. Le preocupa lo que los restauradores puedan estar haciendo durante su ausencia.

—En ese caso, me marchó también. Gracias por tu ayuda.

El hombre asintió. Tras acumular magia, Tyen se apartó del mundo y se encaminó hacia su hogar.



Cuando Tyen se alisó la camisa de su conjunto más formal, notó la presión de la pequeña forma rectangular de Vella contra el pecho. Tras echar un vistazo a su reflejo en el reducido espejo de su habitación, respiró hondo y recogió la lista de condiciones que los arcillarcas le habían entregado.

Acto seguido hizo acopio de toda su determinación, inspiró de nuevo y se apartó del mundo.

«Espero que Rielle no se tome a mal el tono en el que están redactadas estas condiciones —pensó—. No lo creo, pero después tendrá que transmitírselas al emperador. Pobre Rielle. Se arrepentirá de haberme propuesto que negociara en nombre de Doum, y de haber accedido a representar a Murai».

Se disponía a deslizarse por la ciudad, como era su costumbre, pero esta vez no tenía necesidad de ocultar su rastro. Después de atravesar el tejado de su casa, se elevó hasta abarcar con la vista la ciudad a sus pies, y se propulsó hacia el oeste.

«¿Crees que existe alguna posibilidad de que el emperador acepte las condiciones de los arcillarcas, Vella?».

—Prácticamente ninguna, a menos que actúe movido por factores que desconocemos.

Al percibir la voz con claridad en su mente, Tyen se animó un poco. Siempre era un placer para él oírla hablar. Era entonces cuando más humana le parecía desde el punto de vista físico. De no ser porque se asfixiaría si pasaba mucho rato en el espacio entre mundos, le habría gustado trasladarse allí cada vez que quisiera conversar con ella.

«¿Crees que los arcillarcas no comprenden lo que está en juego? ¿Acaso no son conscientes de que corren el riesgo de sufrir una invasión?».

—No puedo asegurarlo con certeza sin leerles la mente a todos, pero sería extraño que lo fueran. No has descubierto ningún motivo para que no intenten obtener información sobre los mundos vecinos. No poseen un líder carismático ni una religión restrictiva con una doctrina contraria a la propia supervivencia. Deberían saber a qué se atienen.

«Entonces ¿por qué se arriesgan a enfurecer al emperador?».

—Lo más probable es que hayan adoptado una estrategia de regateo. Como dan por sentado que acabarán por ceder, plantean en un principio las condiciones más favorables para ellos.

«Algo que cabe esperar de una sociedad habituada a intentar obtener el mejor precio por los objetos que crea. El emperador también debería estar acostumbrado a

tratar con los doumianos».

—Quizá no lo esté, si el comercio se ha dejado siempre en manos de los mercaderes. Tal vez esté más acostumbrado a que todos lo obedezcan sin cuestionar sus órdenes.

«No es una perspectiva muy prometedora».

Siguiendo los senderos que serpenteaban a sus pies, Tyen se abrió camino hasta Fabre, una ciudad situada a un cuarto de la circunferencia de Doum. Más pequeña que Alba, estaba enclavada dentro de un arco de canteras escalonadas y talladas para formar la pared de un precipicio bajo. De allí procedía la arcilla brillante con la que se fabricaba la cerámica que tanta fama daba a Fabre. Sin embargo, en vez de descender a la metrópolis, se dirigió hacia un edificio que se alzaba a poca distancia de la cima del precipicio. Visto desde arriba, constituía un complejo de aros enlazados, con los espacios internos rellenos de vegetación. Las paredes encaladas relucían al sol de la mañana.

Su destino era el aro más grande. En el centro había un estanque, y en medio se encontraba a su vez un refugio circular al que se accedía por un pequeño puente: la isla de Azulejos. Conforme se aproximaba al mundo, Tyen comenzó a percibir el borboteo del agua de las fuentes dispuestas alrededor del estanque. Cuando llegó, el sonido cobró claridad, y su entorno recuperó por completo la saturación de color. El brillante reflejo de los azulejos diminutos embutidos en la superficie del puente captó su atención. Una abundancia de ellos componía un mosaico de colores vivos que representaba enredaderas en flor entrelazadas. Deslizó la mano por encima. La lechada blanca tenía un tacto áspero en comparación con la lisura del vidriado.

«¿Le impresionará esto a Rielle? —se preguntó—. Lleva tanto tiempo entre mosaiquistas que, con toda seguridad, ya habrá visto las mejores obras de este arte».

—Tyen Tornero —dijo una voz.

Tyen se volvió. Un hombre de mediana edad se acercaba al puente, vestido con la ropa de corte sencillo que prefería la mayoría de los alfareros, aunque confeccionada con telas más finas y con un símbolo bordado en el pecho. La clase de uniforme que llevaría un funcionario.

—Soy Abler Tithen —dijo—. Comunicaré el resultado de vuestra reunión a los arcillarcas y me ocuparé de que se os facilite todo lo que necesitéis.

—Es un honor para mí conocerte, Abler Tithen —respondió Tyen.

El hombre esbozó una sonrisa con los labios apretados, como si la formalidad de la respuesta le resultara divertida.

—Igualmente —contestó—. La representante del emperador de Murai llegará en breve. Hablarás con ella aquí. —Señaló el refugio en la isla que estaba detrás de Tyen—. Dentro encontraréis un refrigerio.

—Gracias —dijo Tyen—. ¿Dónde puedo localizarte cuando hayamos terminado?

—Una vez que salgas, acudiré a tu encuentro.

El hombre retrocedió un paso antes de girar sobre sus talones y alejarse. Tyen cruzó el puente y entró en el refugio. De inmediato, el murmullo de las fuentes cambió, suavizado pero no amplificado por aquel reducido espacio. Dos sobrias sillas de bambú aguardaban a ambos lados de una mesa redonda del mismo material, con un tablero tejido con tiras más finas a fin de que la superficie fuera lo más lisa posible. Había un par de vasos al lado de una jarra de agua y unos cuencos con fruta, pequeñas pastas saladas y los pescaditos en salazón y las algas encurtidas que los doumianos servían a sus invitados.

Dejó los documentos sobre la mesa y se sentó a esperar, con la vista puesta en el puente.

Al cabo de un rato, empezó a preguntarse si el emperador se había echado atrás. Pensó en salir para preguntarle a Abler cuánto tiempo más debía permanecer allí antes de concluir que la reunión no iba a celebrarse. Decidió aguardar un poco más; luego, cuando estaba resuelto a marcharse, una figura tenue empezó a materializarse en el centro del puente.

El corazón le dio un vuelco y comenzó a latirle a toda prisa. Aunque era una forma poco definida, no le cabía la menor duda de que se trataba de Rielle, aunque no sabía por qué. En efecto, al cobrar nitidez, la figura reveló que estaba en lo cierto. Giraba lentamente, escrutando con la mirada las sombras del edificio y después la isla. Cuando divisó a Tyen, sonrió y se tornó más opaca.

Este se puso de pie y acudió a recibirla. Ella no tomó una gran bocanada de aire al llegar, y este recordatorio de su inmarcesibilidad provocó que un escalofrío le bajara por la espalda a Tyen.

—Rielle Lázuli —dijo—. Bienvenida a Doum.

—Gracias —respondió ella—. Siento el retraso. El emperador se las ha arreglado para entretenerme basándose en la absurda idea de que, si dictaba la hora de nuestra entrevista, daría la impresión de controlar la situación.

—Me imagino que habrá sido una molestia más grande para ti que para mí —comentó Tyen—. Yo estaba cómodamente sentado, sin tener que consentirle los caprichos a un soberano. Vayamos dentro. Nos han preparado un refrigerio.

—Un interior que no deja de ser exterior —observó ella al entrar en el refugio—. Un concepto que comparten Murai y Doum.

—No es habitual en ninguna otra parte de Doum que yo haya visto. Tal vez esta estructura esté inspirada en la arquitectura muraiana. ¿Has visto los mosaicos?

—Sí. —Asintió, desplazando la vista en torno a sí—. ¿Lo eligieron los arcillarcas por ese motivo, para que me sintiera como en casa?

—No lo sé.

Ella se encogió de hombros.

—De ser así, dales las gracias de mi parte.

—Así lo haré.

Cuando él le indicó una silla con un gesto, ella sonrió y se sentó. Llevaba un vestido tan sencillo como cuando la había visitado en palacio, esta vez de un azul grisáceo, pero no lucía otra joya más que el colgante en forma de rombo. No llevaba documento alguno. O se había aprendido de memoria las condiciones del emperador, o eran tan simples que no le había hecho falta. Esta última posibilidad no era muy alentadora.

—¿Qué tal la vida palaciega?

Ella torció la boca en una mueca irónica.

—Ajetreada. El emperador me ha encargado los suficientes mosaicos para mantenerme ocupada durante muchos ciclos. Sospecho que lo ha hecho de forma deliberada, a fin de incentivar me a conseguir aquí el resultado que desea.

—¿Eso es bueno para los mosaiquistas?

—Sí, siempre y cuando se salga con la suya. De lo contrario... —Apretó los labios, reduciéndolos a una línea de consternación—. Solo espero que no los castigue por mi fracaso.

—¿No sabes qué intenciones alberga?

De nuevo la sonrisa irónica.

—Se ha asegurado de que no localice su mente con facilidad marchándose de Glaemar, y se ha llevado consigo a las pocas personas que conocen su paradero. —Volvió a encogerse de hombros—. No es que no confíe en mí: es que no confía en nadie.

—De modo que también os comunicáis por medio de emisarios. —A Tyen se le escapó una risita—. Los arcillarcas tampoco se fían de mí.

Se quedaron callados unos instantes, unidos en su exasperada resignación. De pronto, la sonrisa de Rielle se desvaneció.

—Bien. ¿Qué piden los arcillarcas?

Él cogió el pequeño fajo de hojas en el que se exponían a grandes rasgos las condiciones de Doum y las leyó en voz alta.

—Bueno —dijo Rielle cuando hubo terminado—. Al menos han pensado en ello. El emperador simplemente me ha ordenado que diga: «O les dais a los mercaderes lo que quieren, o vendré yo a buscarlo».

A Tyen se le cayó el alma a los pies, la misma sensación que había experimentado al conocer las exigencias de los arcillarcas. Miró a Rielle, incapaz de hablar. Ella le escudriñó el rostro, y Tyen recordó que, en cierta ocasión, Baluka había dicho que habría deseado saber ocultar sus pensamientos tan bien como él.

Respiró hondo y exhaló despacio. Le vinieron a la memoria las palabras de Vella sobre el regateo. ¿Estaba pidiendo el emperador todo lo que quería, sin ser consciente de que tendría que ceder en algo?

—Pero te ha enviado aquí de todos modos —señaló.

—Sí. —Extendió las manos a los costados—. Quizá solo pretenda dar a entender que esta es su posición de partida.

—Interpreto de un modo parecido la lista de condiciones de los arcillarcas.

—También podría tratarse de un ultimátum.

—O de un farol, para comprobar si los arcillarcas se asustan con facilidad.

—Quizá sea un farol dirigido a ti. ¿Defenderías este mundo si el emperador lo atacara?

—Sí.

—¿Aunque los arcillarcas no desearan tu protección? ¿Incluso si te pidieran que no interfirieras?

Él arrugó el entrecejo.

—Es poco probable que rehusaran mi ayuda.

Ella arqueó las cejas, como exigiendo una respuesta.

—Pues... no lo sé. Tendría que asegurarme de que ese fuera realmente el deseo de todos los arcillarcas. Y, de ser así, es probable que me quedase, preparado para ayudar por si cambiaran de idea.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Que hayan aceptado tu colaboración como negociador es una buena señal, por lo menos.

—¿Y tú? —inquirió él—. ¿Apoyarías una invasión por parte del emperador si te lo pidiera?

—No.

—¿Y si te dejara claro que, si te negaras, ya no serías bienvenida en Murai?

—Me marcharía a otro lado. —Hizo un gesto vago—. Solo estoy aquí por mi trabajo, y no es tan difícil encontrar otro como para que mis ansias por conservarlo me impulsen a participar en una guerra.

—¿Y si invadieran Murai?

Ella sacudió la cabeza con una mueca.

—No me implico en conflictos locales. Nunca se sabe si uno mejorará o empeorará las cosas.

Él asintió.

—Es lo que te dijo Valhan.

—Algo muy similar. —Torció el gesto—. Y heme aquí, implicándome. —Bajó la vista hacia los términos planteados por los arcillarcas—. ¿Qué les decimos, pues, a nuestros representados?

Tyen contempló los papeles sobre la mesa y luego las manos de Rielle, que descansaban donde tendrían que haber estado las condiciones del emperador.

—No me seduce la perspectiva de participar en un tira y afloja de exigencias poco razonables en reuniones interminables como esta..., por más que me brinden la oportunidad de disfrutar de tu compañía. Propongo que nos comportemos como personas razonables y esboceemos un acuerdo beneficioso para ambas partes.

Desplegó una sonrisa, esta vez no irónica ni sombría, sino abierta y llena de admiración y entusiasmo.

—¡Sí! Y que lo presentemos a ambas partes como una propuesta. Quizá no les guste que dos forasteros inventen condiciones en su nombre, pero si actuamos de un modo más sensato que ellos, tal vez consigamos que la vergüenza los lleve a negociar como es debido.

—Vale la pena intentarlo.

Tyen se puso de pie y se dirigió a la entrada del refugio. De inmediato, Abler salió por una puerta.

—Necesitamos papel y algo con que escribir —le dijo Tyen. Hizo una pausa, pensando en la superficie irregular de la mesa de bambú—. Y unas tablas en las que apoyar el papel.

Abler asintió y se retiró hacia el interior del edificio. Tras regresar a su asiento, Tyen sirvió agua en los vasos. El emisario no tardó en volver al refugio con los artículos que Tyen le había pedido. Cuando el hombre se marchó, Tyen deslizó hacia Rielle una tabla, una barrita de escribir y la mitad de las hojas de papel.

—Bien. ¿Por dónde empezamos?

Abordaron primero la causa original de disputa entre los mundos y luego pasaron a discutir las otras cuestiones que los arcillarcas habían planteado en su larga lista de condiciones. Las horas se sucedían, casi sin que ellos se dieran cuenta. No era una labor fácil, pero ambos habían conocido muchos sistemas distintos de gobierno y comercio en el transcurso de sus viajes, y estaban lo bastante familiarizados con Murai y Doum para intuir qué ideas podían proponer a los arcillarcas y al emperador sin que estos las rechazaran por considerarlas demasiado extrañas o inviables.

Abler y dos mujeres los interrumpieron para servirles un almuerzo. El jardín brillaba bajo el sol de mediodía. Tyen se percató de que apenas habían tocado la comida que tenían a mano. Comieron en silencio durante un rato, hasta que Rielle alzó la vista hacia él con aire pensativo.

—Tarren me ha contado muchas cosas sobre ti —dijo—. O, por lo menos, lo que sabía de ti antes de que Liftre cerrara sus puertas.

Tyen asintió, pero arrugó el entrecejo cuando comprendió lo que eso significaba. Tarren era una de las pocas personas a quien había confiado su secreto sobre Vella. Tal vez él no le había hablado de ella a Rielle, pero sin duda esta se había enterado de su existencia al leerle la mente al anciano. Era poco probable que no lo hubiera hecho durante los cinco ciclos que había tenido trato con él. «Entonces no hay motivo para vacilar en pedirle que me ayude a devolver a Vella su forma humana».

Abrió la boca y la cerró de nuevo. Cabía la posibilidad de que ella nunca le hubiera leído la mente a Tarren por consideración hacia él, o que Tarren nunca hubiera pensado en Vella mientras ella le leía la mente. Aunque era una posibilidad remota... «Será mejor que no mencione a Vella hasta que esté seguro de que Rielle sabe de su existencia».

—Tu mundo parece un lugar fascinante —prosiguió ella—. Todas las tareas las realizan máquinas alimentadas por magia.

—No todas —la corrigió—. De lo contrario, todos se habrían quedado sin empleo. Pero mi mundo tuvo que pagar un precio muy alto: quedó muy debilitado porque las máquinas consumían magia más deprisa de lo que esta podía generarse.

—Según Tarren, los habitantes de tu mundo no creen que la creatividad sea la fuente de la magia.

—Lo consideran una creencia primitiva, al menos en el Imperio. En las colonias y en el sur aún no conquistado conocen la verdad.

—En mi mundo de origen, todos tienen prohibido utilizar la magia menos los sacerdotes.

Él asintió.

—Porque la magia es muy escasa. Ambos nos criamos en mundos pobres en magia.

—¿Me estás leyendo la mente?

Tyen vaciló por unos instantes.

—No.

Ella entornó los ojos.

—Entonces ¿cómo lo...? ¡Ah! Te lo dijo Dahli. O lo descubriste en sus pensamientos.

Él asintió.

—Debes de saber mucho más sobre mí que yo sobre ti —dijo ella con aspecto dolido—, puesto que él está al tanto de toda mi vida anterior al momento en que me volví inmarcesible. Tuve que abrirle mi mente cuando me enseñaba a cambiar de pautas.

—¿Es inevitable? Me refiero a exponer tu mente a quien te instruye.

—No lo sé. —Sacudió la cabeza—. Seguramente eso agiliza el proceso, pero creo que si tuvieras claro tu objetivo podrías aprender por ti mismo. La primera persona que alcanzó la inmarcesibilidad tuvo que conseguirlo sin que nadie se lo enseñara, o sea que debe de ser posible. ¿Lo has intentado?

—No.

—¿Por qué? Eres lo bastante poderoso. Y Tarren asegura que posees los conocimientos necesarios.

—Supongo que aún no se me ha presentado un motivo lo suficientemente bueno.

—¿Qué motivo necesitas? —Ladeó la cabeza—. ¿Crees que debería ser un acto altruista?

—No. —Soltó una risita—. No soy tan noble como para dejar pasar la oportunidad de volverme inmarcesible si no es por una causa desinteresada. —Después de una pausa, preguntó—: ¿Hay alguien que lo haya hecho?

—Tal parece.

—Pues yo deseo vivir el máximo de tiempo posible, como la mayoría de la gente. Pero sé que el proceso es largo y puede despojar un mundo entero de magia. He leído

que hay inconvenientes. —Guardó silencio unos instantes—. ¿Te molesta si te pregunto cuáles son?

Rielle sonrió.

—Por supuesto que no. —Asumió una expresión reflexiva y se encogió de hombros—. Dahli me advirtió que tendería a modificar mi apariencia de forma inconsciente para complacer a quienes me mirasen, y que acabaría por olvidar mi aspecto original. —Frunció el ceño—. A menudo me pregunto si mi personalidad cambiará también. Valhan tenía una estatua de sí mismo en su palacio para recordar qué imagen debía mantener. Yo he pintado autorretratos que he dejado a buen recaudo.

—¿Tan importante es que termines teniendo un aspecto distinto? —preguntó Tyen—. Podría ser un aliciente, si no te gusta tu físico.

—Yo no le habría concedido mayor importancia, pero tal vez, cuando has vivido unos cientos de años, te invade la sensación de haber perdido algo. En ocasiones anhelaría volver a ser la persona que fui, la que no sabía nada de magia ni de otros mundos..., pero entonces pienso que todo el mundo añora épocas de su vida más inocentes, cuando las cosas eran menos complicadas.

Tyen asintió, evocando sus primeros años en la Academia.

—He leído que la inmarcesibilidad puede hacer que te sientas menos humano.

Rielle sacudió la cabeza.

—Yo me siento muy humana. Demasiado, a veces. Como si el hecho de tener poderes intensos pusiera más de manifiesto mis necesidades y mis defectos humanos.

—Sí, sé lo que se siente. Me da la impresión de que todas esas desventajas son las que tendría cualquiera que llevara una existencia larga e interesante.

Ella arrugó el entrecejo.

—En mi caso, todas menos una: la de perder mis facultades de Creadora. Pero eso es algo de lo que tú no tendrías que preocuparte.

Tyen arqueó las cejas ante esta revelación. De modo que ella había sido una Creadora, pero al tornarse inmarcesible había perdido esa capacidad. Esa información le resultaba vagamente familiar. Quizá la había leído en la mente de Dahli. O de Baluka.

—¿Te arrepientes de haber renunciado a ella?

Las comisuras de los labios de Rielle se curvaron hacia abajo.

—En parte, sí. En aquel momento no me importó. La inmarcesibilidad presenta muchas más ventajas. —Esbozó una sonrisa—. Y no soy la única que disfruta de ellas.

Él hizo un gesto afirmativo.

—Tarren. Lo has sanado..., tal vez incluso lo has rejuvenecido.

—Las dos cosas. Pero los efectos no durarán para siempre. No quería que lo transformara en un hombre joven, solo deseaba un poco más de tiempo sin dolores ni achaques. —Lo miró a los ojos y bajó la voz—. Aunque yo preferiría que no se



difundiera la noticia de que poseo esa habilidad, pues cierta persona a quien represento aquí intentaría encontrar la manera de convertirme en su sanadora.

—Me parece muy respetable. —Tyen se estremeció al imaginar cómo intentaría persuadirla el emperador para que le diera una vida prolongada y saludable. «Tal vez no sea capaz de hacerle daño a ella, pero podría hacérselo a personas que le importan, como los mosaiquistas o la doncella».

Rielle apartó a un lado su plato vacío y cogió su barrita de escribir.

—Estaba delicioso. Bien, ahora deberíamos retomar el trabajo antes de que vengan a ver qué estamos haciendo.

Así que continuaron. Durante descansos posteriores, intercambiaron anécdotas sobre sus lugares de origen, los errores que cometían cuando aprendían a utilizar la magia y las personas que habían conocido desde que habían aprendido a viajar entre mundos. Cuando por fin terminaron, solo contaban con un esbozo de propuesta de acuerdo entre los mundos; el mejor resultado que podían obtener sin dedicar muchos días a la tarea. La oscuridad envolvió el refugio. Tyen había encendido una chispa de luz y la había dejado flotando encima de la mesa. Rielle cogió su copia de la propuesta, la plegó en tres y se puso de pie.

—Debo irme. Llevo ausente más tiempo del que había previsto.

—Sin duda el emperador contaba con que regresaras enseguida.

—Le hará bien tener que esperar una respuesta, por una vez. —Alzó la vista y sonrió—. Creo que deberías saber que Tarren vive en el mundo de Roh, en las montañas del sur de Pattila, junto al lago Boaleu. Estoy segura de que se alegraría si le hicieras una visita.

Tyen asintió.

—Me gustaría volver a verlo.

La sonrisa de Rielle se amplió. El extraño ángulo de la luz proyectaba sombras sobre sus ojos, lo que le confería un aire misterioso y sensual a su expresión. Sus labios parecieron curvarse, incitantes. A Tyen se le aceleró el pulso. ¿Lo había mirado ella así de forma deliberada, o era todo fruto de su propia percepción, alterada por sus esperanzas?

—Gracias —murmuró Rielle—. Buena suerte con los arcillarcas cuando presentes nuestra propuesta. Espero que volvamos a reunirnos pronto.

—Yo también. —Hizo una reverencia a la manera de los caballeros de su mundo—. Te deseo lo mejor con el emperador.

Por toda respuesta, ella inclinó la cabeza y se apartó del mundo.

Tyen permaneció en silencio una vez que ella se desvaneció por completo. Su marcha había sido como la extinción de un incendio, como si se hubiera colado un poco de aire fresco en el refugio. Cayó en la cuenta de que estaba cansado y solo quería volver a casa y reflexionar sobre el encuentro. Dejó sobre la mesa la lista de condiciones de los arcillarcas, los platos medio vacíos y las barritas de escribir desgastadas, salió y se encaminó hacia el puente. De inmediato, un rectángulo de luz

apareció y se ensanchó en la pared del edificio, con la silueta de un doumiano de mediana edad en el centro. Tyen hizo salir la chispa de luz para que iluminara el camino a Abler mientras se acercaba.

Le alargó la segunda copia de la propuesta de acuerdo.

—Gracias por tu ayuda. Por favor, entrega esto al Consejo —le pidió Tyen.

—Así lo haré cuanto antes —respondió Abler—. Puedes regresar a tu taller.

Tyen asintió y, tras absorber magia y respirar hondo, se impulsó ligeramente hacia el espacio entre mundos para volver a casa.

Roh era un mundo pequeño y cálido. No contenía océanos, pero sí un gran número de lagos. La vegetación consistía sobre todo en hierba; desde especies en forma de abanico que se erguían tan altas como los árboles más elevados del mundo de Tyen, hasta plantas diminutas que brotaban de las más pequeñas acumulaciones de polvo y tierra.

Tyen lo había explorado un poco en la época en que buscaba un mundo donde establecerse. Ya tenía Doum en mente como un nuevo hogar atractivo, por lo que Roh le había parecido un poco aburrido. La falta de tecnología metalúrgica lo había desanimado, a pesar de su determinación de dejar atrás la magia mecánica.

Las montañas que se alzaban al sur de la zona conocida como Pattila podían describirse como ondas en el manto de vegetación que recubría gran parte del mundo. Entre ellas se extendía un laberinto de lagos. Tardó un rato en rodear el intrincado contorno de varios de ellos hasta encontrar a unos habitantes del lugar. La hierba acuática, en general de una altura varias veces mayor que la de un hombre, difuminaba el límite entre tierra y agua. Las casas eran plataformas suspendidas atadas a las plantas adultas, con una techumbre más amplia colgada encima.

Cuando se materializó en una de ellas, sobresaltó a un hombre que trenzaba una cuerda, y le pidió indicaciones para llegar al lago Boaleu. El idioma del lugareño era un flujo líquido de sonidos que a Tyen le costaba articular. Su propia pronunciación de Boaleu distaba tanto de ser correcta que tardó un rato en hacerse entender. La facultad de leer las mentes no siempre le facilitaba la comunicación. Las instrucciones que el hombre consiguió darle eran demasiado complicadas para memorizarlas, pues se trataba del recorrido que llevaría a cabo alguien en una embarcación pequeña. Tuvo que pararse a preguntar varias veces hasta que localizó el lago junto al que esperaba que viviera Tarren.

Sin embargo, cuando llegó no le resultó en absoluto difícil encontrar a Tarren. En medio del lago se alzaba un peñasco, los restos de la chimenea de un volcán. En lo alto, entre más vegetación herbácea, había un conjunto de edificios arracimados. Desde las verandas y los postes de las pérgolas se agitaban al viento coloridos estandartes cubiertos de símbolos negros. Si no hubiera estado deslizándose por el espacio intermedio, muy cerca del mundo, se le habría escapado una carcajada. Saltaba a la vista que el anciano hechicero continuaba practicando la caligrafía... y sin duda obligando a sus discípulos a aprenderla también.

Aunque a Tyen no le cupo la menor duda de que aquel era el hogar de Tarren, no podía abandonar por completo la arraigada costumbre de tomar precauciones. Siguió

adelante hasta dejar atrás el peñasco y avanzó hasta el extremo del lago, donde se detuvo a respirar antes de volver con rapidez por donde había venido, a fin de crear un camino sin salida en el espacio intermedio. Tras virar de nuevo en dirección al peñasco, comenzó a ocultar su rastro.

Se deslizó despacio hacia el edificio, buscando señales de vida. Un hombre restregaba ropa en una artesa; una mujer atendía un huerto; y, a través de una ventana, Tyen divisó a un joven inclinado sobre una mesa con un pincel grande en la mano. Cuando pasó por encima del edificio, vio a un viejo apoyado en una barandilla, con la mirada tendida hacia el lago.

Tyen descendió hasta el suelo, detrás del hombre, y, cuando se materializó del todo, notó la atracción de la gravedad. Al oír la profunda inspiración de Tyen, Tarren dio un respingo y se volvió. Sonrió.

—Ah —dijo—. Tyen. Veo que ella ha cumplido su promesa.

—¿Su promesa?

—De enviarte aquí.

—¿Por qué no habría de hacerlo, si tú se lo habías pedido?

—Por celos —respondió con una sonrisa de oreja a oreja—. Me quiere solo para ella.

Tyen fingió sentirse impresionado.

—Tus dotes de maestro deben de haber mejorado mucho desde que estabas en Liftre.

El anciano soltó una risita.

—Ja, ja. De hecho, no podían sino mejorar, puesto que tengo menos alumnos. Eso me permite dedicar más tiempo a cada uno. —Me indicó con un gesto que me acercara y se volvió de nuevo hacia la barandilla—. Estaba contemplando la vista. Hoy está especialmente hermosa, sin bruma que desdibuje la lejanía ni viento que rice el agua.

Cuando se situó junto a Tarren, Tyen tuvo que reconocerlo: la vista era espectacular. El lago se extendía ante ellos, circundado por colinas de un verde azulado. La orilla más próxima a ellos pareció temblar cuando una bandada de seres alados levantó el vuelo, aunando su enérgico aleteo en una gran y elegante onda. La translucidez de las aguas dejaba entrever animales acuáticos, y uno de ellos, de un tamaño impresionante, pasó nadando a ritmo constante junto al pitón volcánico.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí? —preguntó Tyen.

—Tres ciclos.

—¿Y por qué?

Tarren se encogió de hombros.

—Hay poco peligro de que alguien invada este mundo. Aunque hay agua en abundancia y tierra fértil, los cultivos de otros mundos no pueden competir con las plantas autóctonas. No hay grandes yacimientos minerales que explotar. Tenemos lo suficiente para subsistir, si se distribuye de forma equitativa por todo el mundo, pero

solo si llevamos una vida sencilla. Aun así, los rohanos encuentran motivos para discutir, por supuesto. Son tan humanos como los habitantes de los otros mundos. Pero tienden a reñir por temas políticos o legales. O asuntos del corazón.

Tyen dirigió la mirada por encima del hombro hacia el edificio.

—¿Lo construiste tú?

—No, se lo compré a alguien de otro mundo. Uno de los exaliados del Raen, que necesitaba un lugar más recóndito que este donde ocultarse.

Tyen exploró la mente a su antiguo mentor, pero no reconoció al aliado. De todos modos, Tarren dudaba que el nombre con el que se había identificado fuera auténtico.

—¿Y tú? ¿Has alcanzado al fin la inmarcesibilidad?

—No.

El anciano lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué no?

—No se ha presentado la ocasión adecuada. —Tyen se encogió de hombros—. Además, implica la destrucción de un mundo, con el riesgo añadido de quedarme atrapado en él.

—Los mundos no quedan destruidos cuando los despojas de magia —le recordó Tarren—. Con el tiempo la recuperan. Y aunque no abundan, existen mundos deshabitados con magia. Por otro lado, es posible que empiecen a escasear, ahora que el Raen no controla quién se vuelve inmarcesible y quién no. —Posó una mano en el hombro a Tyen—. Sabes que si te quedas atrapado, yo iré a buscarte.

—¿Y el inconveniente de la inmarcesibilidad..., el riesgo de que se produzca un cambio irreversible?

El viejo se quedó callado un momento antes de retirar la mano.

—Cuando tengas mi edad, eso no te parecerá tan importante. Todos cambiamos a medida que envejecemos. Evolucionamos de forma constante para convertirnos en personas nuevas. Créeme: soy muy distinto del hombre que era cuando tenía tus años, pero esto no me preocupa tanto como imaginas. Aunque es posible que acabes transformándote en alguien totalmente diferente, eso no significa que ese alguien sea peor. Tienes menos que perder que Rielle. Ella había sido Creadora. Ahora, cuando crea, la magia que genera no es mayor que la de otros artistas.

Tyen asintió.

—Baluka me dijo que ella era una Creadora. Creía que esa era la razón por la que el Raen la había llevado a su palacio.

Tarren frunció el entrecejo.

—En tal caso, ¿por qué la empujó a alcanzar la inmarcesibilidad?

Tyen sacudió la cabeza. No podía revelar a Tarren el auténtico motivo por el que el Raen había reclutado a Rielle: para que lo resucitara cuando pereciera. El anciano volvió la mirada hacia el edificio.

—Vayamos dentro. Tengo alumnos nuevos y quiero presentártelos.

Mientras lo seguía hacia el interior, Tyen captó un pensamiento de Tarren que hizo que el corazón le diera un vuelco.

«Rielle debe de estar a punto de llegar —se dijo Tarren—, si ha seguido todos mis consejos y no se ha limitado a sugerirle a Tyen que me visite». Cuando, a continuación, leyó en la mente del anciano que Rielle le había confesado que se sentía atraída por Tyen, una chispa recorrió sus nervios. Que deseaba entablar con él algo más que una amistad. Tarren le había propuesto que acordara con Tyen reunirse en ese mundo, o que por lo menos lo enviara allí para que el anciano intentara averiguar si correspondía a sus sentimientos. Si estaba interesado en verla para algo más que para negociar.

«¿Para algo más que para negociar? —repitió Tyen para sus adentros—. Tarren es entrañablemente tímido hasta en sus pensamientos».

El anciano le devolvió la mirada. Tyen se apresuró a suavizar su expresión, pero, a juzgar por la sonrisa que le curvó los labios a Tarren, no fue lo bastante rápido.

«Viejo astuto y romántico —pensó Tyen—. Me vienen ganas de fingir desinterés solo para tomarle un poco el pelo. Pero eso podría desanimar a Rielle, y la verdad es que no quiero que eso ocurra».

Sin embargo, Tarren guardó silencio. Guio a Tyen por las habitaciones de la casa y le presentó a sus alumnos cuando llegaron al taller. Las paredes estaban cubiertas de estandartes decorados con caligrafía, y Tyen se quedó asombrado al ver colgado uno de los suyos. Sin embargo, a pesar de todas las observaciones, explicaciones, presentaciones y conversaciones insustanciales, una parte de la mente de Tyen no dejaba de dar vueltas a la cuestión de qué debía hacer cuando llegara Rielle, si es que llegaba mientras él estaba allí. ¿Se haría realidad aquello con lo que había fantaseado? Él la atraía. Le gustaba. Ella quería que fueran algo más que amigos. Quizá solo amantes. Tyen no se atrevía a aspirar a más. Aún no estaba seguro de desear algo más. Una cosa era el sexo, y otra muy distinta convivir y comprometerse con otra persona. No podían leerse la mente el uno al otro, lo que suponía un desafío al que ninguno de los dos estaba acostumbrado ya. Y aunque pudieran, tal vez no se avendrían bien.

En cuanto Rielle le leyera el pensamiento a Tarren, sabría que Tyen no había podido evitar mostrar un ligero interés. Pero solo sabría que eso era lo que Tarren pensaba. Tyen tenía una ventaja injusta sobre ella. «A menos que le confiese a Tarren que ese interés es real. Entonces ella sabrá que no se trata solo de una suposición de él».

Sin embargo, no se decidía a decir nada. Por otro lado, sin duda sería mejor que se lo dijera directamente a Rielle, ¿o tal vez no?

Al intentar imaginar cómo se lo plantearía, se quedó sin palabras. No era un experto en dar el primer paso para intimar con una mujer. No había caído en la cuenta de que Sezee sentía una inclinación romántica por él hasta que fue demasiado tarde. Yira había dejado claras sus intenciones desde el principio, por lo que no fue

necesario hacer conjeturas ni interpretar indirectas. Desde la muerte del Raen, había parado los pies a las mujeres que deseaban algo más que una relación física con él, pues no quería involucrarlas en su vida hasta estar seguro de que no entrañaba un riesgo para ellas. Su capacidad de leer la mente le permitía saber si sus expectativas coincidían con las suyas propias, así como la mejor manera de cortejarlas o alentarlas.

De pronto comprendió que esa era la clave de su inquietud. Aunque Rielle le había facilitado las cosas al comunicarse a través de Tarren, cuando estuvieran juntos él quedaría reducido, gracias a la mente oculta de Rielle, al hombre torpe e inexperto que había sido en su mundo.

Antes de que sus pensamientos pudieran ir más allá, Tarren lo guio hasta un atrio circular, y allí estaba ella, de espaldas, examinando las flores de la enredadera que cubría media pared. Llevaba de nuevo un sencillo vestido suelto, esta vez de un rojo tan vivo como la sangre. Lucía un peinado elaborado, con joyas que emitían destellos entre los rizos.

Al oír los pasos, se volvió, clavó los ojos en Tyen, parpadeando por la sorpresa, y sonrió. Desplazó la mirada hacia Tarren. Cuando la posó de nuevo en Tyen, su sonrisa había cambiado. Volvía a ser la misma curva traviesa que había esbozado antes de marcharse de la isla de Azulejos. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo a Tyen hasta culminar en su entrepierna. Por fortuna, ella no bajó la vista, sino que se volvió hacia Tarren, cruzando los brazos y levantando las cejas con indisimulada desaprobación.

El anciano adoptó una expresión de suficiencia insufrible.

«No dejes que tu crispación lo estropee todo», se dijo Tyen mientras avanzaba para recibirla con una reverencia caballerosa.

—Rielle Lázuli —dijo—. Qué placer tan inesperado.

Ella rio con suavidad.

—No tan inesperado, creo. Te indiqué dónde encontrar a Tarren, pero he tenido que adivinar cuándo lo visitarías.

—En ese caso, me considero afortunado por coincidir contigo.

—Y yo —respondió ella y, tras vacilar unos instantes, añadió—: Me alegra que tengamos la oportunidad de vernos en un ambiente alejado de la formalidad de las negociaciones y que podamos discutir los asuntos que nos ocupan sin peligro de que nos espíen.

Él se quedó callado un momento. ¿Había malinterpretado Tarren las razones por las que ella había instado a Tyen a visitarlo?

—¿Hay algo relacionado con la negociación que solo puedas decirme aquí y ahora?

—No, nada —le aseguró ella.

Bajó la mirada. Se impuso un breve silencio. Tyen maldijo para sus adentros. ¿Cómo habían llegado a caer en ese trato tan formal? Debía intentar imprimir un tono más relajado a la conversación. Tarren permanecía callado, meciéndose adelante y

atrás sobre los talones y la parte anterior de los pies, con ganas de hacer entrechocar las cabezas de aquellos dos. Tyen lanzó la primera pregunta que le vino a la mente.

—¿Cómo reaccionó el emperador a las condiciones que le propusimos?

Hasta allí había llegado su intento de imprimir un tono más relajado a la conversación.

Ella alzó la mirada.

—Envió una carta más bien lacónica. Daba a entender que me había dejado intimidar por ti y por eso había redactado unas condiciones favorables a Doum. Debo esperar su respuesta oficial. ¿Qué me dices de los arcillarcas?

Tyen se encogió de hombros.

—Más o menos lo mismo.

Tenía la vista fija en Tarren, que los observaba sin la menor intención de interrumpirlos.

—¿Y bien, mi viejo mentor? ¿Vas a quedarte ahí, mirándonos embobado, o nos llevarás a algún sitio donde podamos sentarnos y charlar? —preguntó ella sin disimular su irritación.

Tyen se llevó la mano a la cara para ocultar su sonrisa.

—Por supuesto —contestó Tarren—. Conozco un lugar ideal. Muy cómodo. A salvo de miradas ajenas. Me aseguraré de que nadie os interrumpa.

Dicho esto, el anciano empezó a alejarse por un pasillo. Rielle se volvió hacia Tyen con un brillo irónico en los ojos antes de echar a andar tras él.

—No he detectado caminos en el espacio intermedio —comentó—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—No me parecía de buena educación dejar un rastro que condujera directamente a la morada de Tarren.

—¿O sea que... has levitado?

Él sacudió la cabeza.

—No.

Como no le ofreció mayores explicaciones, ella volvió la vista hacia él con los párpados entornados, pero no lo presionó.

Una vez fuera de la casa, Tarren los guio por una escalera tallada en la pared del peñasco. Desembocaba en una cueva. La abertura estaba tapada con paneles acristalados y una puerta. El interior era circular, y estatuas de hombres y mujeres posaban en sus hornacinas. Unos cojines grandes confeccionados a la medida cubrían un amplio banco de madera que se ajustaba a la perfección a la pared. En él cabían varias personas. En el centro de la estancia se alzaba una mesa en forma de media luna cuya curva exterior coincidía con la del banco. Sobre ella había una jarra de agua, botellas de vino, cuencos con fruta y otros alimentos no perecederos.

—Le indicaré al cocinero que comience a preparar la cena para más tarde —dijo Tarren una vez que se acomodaron en los bancos. «Mucho más tarde», pensó mientras se escabullía por la puerta. «Si quedan solo como amigos, me alegraré»,



pensó el anciano mientras emprendía el ascenso por la escalera. Se detuvo un momento y volvió la vista hacia la puerta. «Todos los demás pensarían que estoy loco por reunir en mi hogar a dos de los hechiceros más poderosos de los mundos. Pero he tratado a cada uno por separado durante cinco ciclos. Se entenderán bien».

Rielle soltó una risita, y cuando Tyen la miró le dedicó una sonrisa.

—Perdona si te he hecho sentir incómodo. Te confieso que la idea no fue solo de Tarren. Yo quería conocerte mejor. Me pareció que resultaría imposible, pues las negociaciones nos situaban en bandos opuestos, pero tras nuestra primera reunión comprendí que nos encontrábamos los dos en la misma situación, atrapados entre el emperador y los arcillarcas, pero con objetivos personales similares.

Él asintió.

—Sí, supongo que hay tres bandos, si nos cuentas a nosotros. —Suspiró—. Estas negociaciones me han enseñado que, a pesar de todos mis esfuerzos por establecerme en Doum, siempre seré un forastero con las intenciones de una persona de otro mundo.

—Aunque tus intenciones concuerdan con las de los arcillarcas, por supuesto.

—No todas. —Sacudió la cabeza—. Como es natural, preferiría que no tomaran decisiones estúpidas por orgullo.

—¿Te sientes tentado de explorarles la mente para asegurarte de que no abriguen propósitos insensatos?

—En todo momento. ¿Y tú?

—Lo he intentado —reconoció ella—. No he tenido suerte. El emperador oculta demasiado bien sus pensamientos. Quizá ni siquiera se encuentra en Murai. Puede que se haya trasladado a algún mundo vecino, dejando atrás a los hechiceros para que le presenten informes y transmitan sus órdenes. Es lo que yo haría en su lugar.

—¿Te marcharás de Murai si invade Doum?

A Rielle se le arrugó la frente mientras asentía.

—Intentaré convencer a los mosaiquistas de que se vayan también. Sería arriesgado para ellos quedarse en el palacio.

—¿Adónde irías?

La expresión de ella se tiñó de desconfianza y luego se suavizó.

—No lo sé. Intentaré mantener el contacto contigo, si quieres.

—Eso me gustaría —aseguró él, sonriente.

Ella se giró en su asiento para colocarse de cara a él.

—¿Sigues...? —Hizo una pausa, escudriñándole el rostro, y se mordió el labio. A Tyen se le aceleró el pulso mientras aguardaba a que terminara la frase. ¿Qué era aquello que quería preguntarle pero no se atrevía?

—¿Sí? —La palabra brotó de sus labios antes de que él pudiera reprimirse.

Ella hizo otra pequeña mueca de disculpa.

—¿Sigues en contacto con Dahli?

A Tyen se le revolvió un poco el estómago.

—Sí. Aunque no lo he visto mucho desde... Tenemos una forma de comunicarnos en caso de necesidad.

—Así que... ¿sabes si todavía intenta resucitar a Valhan?

Un escalofrío le recorrió la piel a Tyen. Asintió.

—Ya lo creo.

—¿Con algún resultado?

—Hasta donde yo sé, no.

—Eso suponía, pues de lo contrario habríamos oído algo. —Suspiró—. Lo siento. Tenía que preguntártelo. Para pasar página sobre ese tema. —Se quedó callada por unos instantes—. Hay ciertas cosas que necesito saber sobre ti antes de... Bueno, antes de otorgarte mi confianza.

La tensión que se había acumulado en el interior de Tyen remitió. Cabía la posibilidad de que el único motivo por el que ella había concertado aquel encuentro fuera su deseo de preguntarle por Dahli. «Tiene sentido. Hace cinco ciclos, yo formaba parte inequívoca del círculo del Raen. Por otra parte, ella también».

¿Qué podía decirle para demostrarle que era de fiar? Se planteó y descartó varios secretos que podía revelar. De pronto, le vino a la mente la solución: era evidente. Además, ella acabaría por averiguarlo de todos modos.

—No soy capaz de leerte la mente —dijo.

Ella sonrió.

—Lo sé.

Él pestañeó, presa de un desconcierto que enseguida cedió el paso a la desilusión.

—¿Cómo es eso?

—Tu sorpresa al ver a Tarren me ha dado la primera pista. Si hubieras podido explorarme el pensamiento, habrías descubierto que yo tenía previsto nuestro reencuentro. Ha habido otros momentos en que me ha quedado bastante claro.

—Podría haberme abstenido de leerte la mente por cortesía.

—¿De veras? —Arqueó las cejas—. Estás en el palacio del monarca que quiere invadir tu nuevo hogar, negociando la paz en nombre de un mundo y un pueblo que amas... ¿y no querrías leerme la mente?

Él soltó una risita.

—Sí, supongo que querría. Pero esa sorpresa podría ser fingida.

—Nos ha parecido auténtica a los dos... Y Tarren te conoce mucho mejor que a mí. Me has dado... otras pistas. —Se encogió de hombros—. En cierto modo, me resultaría más fácil confiar en ti si pudieras leerme la mente. De ese modo, si hubieras desvelado a Dahli el paradero del muchacho sabría que no eres de fiar.

—Y entonces sería demasiado tarde.

—No. Me aseguré de que no lo fuese.

—Por supuesto. —Reflexionó sobre lo que ella había dicho—. Bueno, ¿qué más necesitas saber para considerarme fiable?

Ella tomó aire, exhaló y volvió a inspirar.

—¿Por qué estabas allí?

Tyen se preguntó por un momento a qué se refería, pero no tardó en adivinarlo.

—¿En la resurrección?

Ella asintió.

Tyen caviló sobre cuánto podía revelarle. Decidió no contarle toda la verdad.

—Tras la muerte del Raen, Baluka quería que yo fuera en tu busca. Reparé en un camino que se alejaba del palacio y lo seguí. Lo había abierto Dahli. Cuando lo alcancé, lo leí todo en su mente. —Hasta ese punto, nada de lo que había dicho era falso—. Le hice creer que había cerrado un trato con el Raen..., que yo era un espía. Me llevó al lugar de la resurrección con la intención de utilizarme como fuente de energía adicional, tanto para defender a los suyos como para sacarlos de ese mundo si se vaciaba de magia.

—¿Confiaba en ti a pesar de que acababa de conocerte?

Tyen hizo un gesto vago.

—Mi función entre los rebeldes consistía en explorar y recabar información. Llegué a saber muchas cosas sobre el Raen. Las suficientes para convencerlo de que yo era uno de sus espías, pues había muchos cuya existencia Dahli no conocía.

Ella arqueó las cejas.

—¿No te pidió que abrieras la mente?

—No.

Rielle apartó la mirada.

—Debía de tener prisa. —Clavó los ojos en él de nuevo—. ¿Y no sospecha de ti ahora?

—No más que de cualquier otro. —Tyen se encogió de hombros.

—¿Por qué sigues comunicándote con él?

—Para enterarme de si descubre otra manera de devolver al Raen a la vida. —Hizo una pausa y decidió que había llegado el momento de ponerla a prueba a su vez—. Él sabe que, ahora que los mundos están sumiéndose en el caos, muchos se alegrarían del retorno del Raen.

Ella frunció el ceño.

—Pues son unos necios.

—Y sin embargo accediste a vivir en su palacio.

Rielle posó la vista en él y luego la bajó hacia sus manos.

—Sí. En aquel entonces me pareció la decisión correcta. —Crispó las facciones—. De hecho, era la decisión correcta, pues las otras opciones me habrían llevado a la muerte. Si no me hubiera unido a él, me habría asesinado. Lo descubrí durante la resurrección. Pude explorarle la mente en busca de la verdad. Planeaba matarme al final, una vez que lo hubiera resucitado.

—Eso me parece... extraño. ¿Creía que lo devolverías a la vida incluso después de enterarte de eso? ¿O es que no era consciente de que descubrirías sus intenciones?

—Creo que sabía que era una posibilidad, pero pensaba que yo seguiría adelante de todos modos para salvar a los mundos del caos que sobrevendría después de su muerte. Me mostró muchos lugares que se habían visto beneficiados por su intervención para convencerme de que él era la fuente de estabilidad en los mundos.

—Y te convenció.

Ella se estremeció.

—En ese momento, sí.

—¿Y por qué cambiaste de opinión? —la presionó Tyen—. No fue por la amenaza de muerte, ¿verdad? ¿Fue por el muchacho?

Ella enderezó la espalda.

—Sí.

—A pesar de que creías que, sin el Raen, los mundos entrarían en conflicto.

Rielle entornó los ojos con expresión de reproche, pero no se apartó.

—Yo no era tonta. Sabía que habría consecuencias. Pero no tenía manera de determinar si habría menos muerte y sufrimiento de los que ya estaban produciéndose bajo el dominio de Valhan o los que se producirían cuando regresara. Su objetivo era mantener el orden, no evitar la violencia o la crueldad. Nunca me ocultó esto al mostrarme los mundos. Y reconoció que jamás había logrado predecir el resultado de su interferencia.

Tyen asintió.

—Eso me habías contado. Por lo que llegué a ver en los mundos durante mis exploraciones..., él había tenido éxito en algunos pero había fracasado en otros. Sus métodos no estaban exentos de fallos, ni siquiera después de mil ciclos.

Ella exhaló.

—Lo que más temo ahora mismo es saber demasiado poco para impedir que Murai y Doum entren en guerra. Me da miedo empeorar la situación.

Tenía los ojos muy abiertos debido a la preocupación. Tyen se le acercó un poco para posarle la mano en la espalda. Con un gesto suave. Tranquilizador. Un gesto que él esperaba que Rielle no interpretara como demasiado íntimo o prematuro.

—A mí también.

Ella alzó la vista. De pronto, a Tyen sus ojos le parecieron muy grandes y cercanos.

—No podemos obligar a los mundos a vivir en paz. No sin convertirnos en él.

—Es verdad —convino él—. Lo único que podemos hacer es ofrecer nuestra ayuda.

—Además, solo intentamos ayudar a dos mundos. No pretendemos dominarlos todos.

—Dos son más que suficientes.

Ella soltó una carcajada leve.

—Ya lo creo. —Continuaba sin apartarse de él. Sus labios se curvaron en una sonrisa que no destilaba tanta picardía como la de antes, pero casi. El corazón de

Tyen comenzó a latir más deprisa, provocando que una oleada de emoción le recorriera todo el cuerpo.

—Para ayudar a la gente hay que quedarse a su lado —dijo—. Tal vez ese fue el error del Raen: podría haber sido un gobernante benévolo si no hubiera intentado dominar todos los mundos. Debería haber elegido uno y haberse concentrado en...

Ella lo interrumpió con un beso. A pesar de que él había realizado la clase de gestos que esperaba que agradaran a Rielle —la proximidad, algún roce reconfortante—, se llevó una buena sorpresa, como si en el fondo no creyera que ella reaccionaría así. Que llegaría a confiar en él. Que cupiera la más remota posibilidad de que una mujer tan hermosa, inteligente y poderosa lo deseara.

Pero la presión firme de sus labios contra los suyos lo hizo olvidarse de la sorpresa. Le indicó que estaba equivocado. Le reveló que ella quería mucho más. Mientras lo estrechaba entre sus brazos, apretó el cuerpo contra el suyo. Oprimió los senos contra su pecho, primero con fuerza y luego con suavidad, en consonancia con su respiración cada vez más agitada. Ella deslizó una pierna por encima de las de Tyen, de modo que sus cuerpos estuvieran más en contacto. Tyen rodeó con sus manos a Rielle, y esta esbozó una sonrisa cuando él la atrajo hacia sí con una y deslizó la otra hasta el lado de un pecho, abombado por la presión entre ambos torsos.

Rielle se apartó ligeramente y lo escrutó con la mirada. Él arqueó las cejas en un gesto incitante y a la vez inquisitivo.

Los labios de ella se curvaron en una leve sonrisa, esta vez con una sensualidad inconfundible. Tyen notó que sus dedos le tiraban de los botones de la camisa y luego se la arrancaban. Rielle lo recostó sobre los cojines, y el único pensamiento que se le pasó a él por la cabeza fue que esperaba que Tarren no apareciera por allí durante un buen rato.

Se filtraban sonidos desde el taller de abajo. Aunque eran otra señal de que el período de duelo había pasado, no ayudaban en absoluto a desterrar el silencio opresivo que reinaba en la habitación de Tyen. Cogió un insectoide a medio terminar y lo volvió a dejar donde estaba, antes de rebuscar en unos cajones repletos de piezas y herramientas. No conseguía mantener el pensamiento enfocado en nada durante mucho tiempo, y cuanto más se aproximaba el día de su siguiente encuentro con Rielle, más le costaba concentrarse.

«Fue un error que nos reuniéramos en privado —pensó—. Si los arcillarcas se enteran, tal vez concluyan que mi posición se ha visto comprometida».

Pero no se enterarían, mientras Rielle o él no se lo dijeran. ¿Por qué habría ella de revelar sus escauceos a nadie? El emperador muraiano también sospecharía que la capacidad de negociación de Rielle había quedado debilitada. Ella también deseaba la paz entre Murai y Doum.

¿O tal vez no? Rielle solo residía en Murai de forma temporal. No había asumido el papel de negociadora por voluntad propia. Si divulgaba que eran amantes, se liberaría de esa obligación y al mismo tiempo asestaría un golpe a Doum, con lo que conservaría el favor del emperador y los mosaiquistas seguirían teniendo trabajo.

O tal vez el soberano la había amenazado o le había ofrecido una recompensa, lo que haría que para ella valiera la pena seducir a Tyen con tal de obtener un resultado beneficioso para Murai. Esto solo tendría sentido si él hubiera creído que los arcillarcas pensaban que acostarse con una persona la volvía susceptible a su influencia. Pero, en ese caso, ¿quién influenciaba a quién? ¿Quién era el seductor y quién el seducido?

Una cualidad refrescante de los habitantes de Doum era su escasa propensión a tachar un comportamiento de atípico, ya fuera en hombres o en mujeres. El apetito sexual femenino no se consideraba ni más ni menos intenso que el masculino. Cabía la posibilidad de que no les turbara en absoluto descubrir que Tyen y Rielle eran amantes. Tal vez incluso les parecería positivo, una motivación más para encontrar una solución pacífica.

Él estaba menos familiarizado con las costumbres muraianas y, lo que era más importante, ignoraba cuáles serían las posibles reacciones del emperador. Quizá le enfurecería la suposición de que Rielle se había dejado cautivar por Tyen, o se alegraría de que ella estuviera dispuesta a aprovechar sus encantos femeninos para manipular a Tyen en favor de sus intereses. Tyen no lo conocía lo suficiente para determinar qué era más probable.

«No puedo sacudirme la sensación de que su reacción sería negativa en ambos casos. Lo que refuerza mi certeza de que Rielle nunca se lo comunicaría al emperador..., pero tengo que considerar la posibilidad de que se trate de un plan para manipularme de alguna manera que no se me haya ocurrido...».

Dedicó unos momentos a escudriñar su memoria en busca de indicios de engaño, pero esto solo lo llevó a distraerse reviviendo recuerdos muy agradables. Forzando a su mente a concentrarse en las dudas que lo acosaban, se rio por lo bajo. «Si su único objetivo era que me costara mantener la atención en los asuntos serios, lo ha conseguido».

Fueran cuales fuesen las intenciones de todas las partes, Tyen estaba resuelto a mostrarse tan persuasivo y flexible en la siguiente reunión con Rielle como en la primera. Si se le encogía el estómago y el corazón le latía más deprisa en su presencia..., bueno, entonces tendría que echar mano de su habilidad para ocultar sus pensamientos auténticos y aparentar tranquilidad.

Por otro lado, Tarren había conseguido calarlo sin mucho esfuerzo.

«Tarren. ¡Viejo entrometido! —Tyen sonrió—. Apenas he hablado con él, y prácticamente solo sobre Rielle».

Se acordó entonces de que el anciano hechicero le había contado que Rielle era una Creadora antes de volverse inmarcesible. Lo que le recordó a su vez que planeaba consultar el tema con Vella. Había pospuesto esa conversación. Cuando se desvistió en la estancia de la cueva, se quitó la bolsa junto con la camisa, pasándosela por encima de la cabeza, y la mantuvo oculta en todo momento. Más tarde se la escondió en la chaqueta, procurando no tocar la cubierta a través de los agujeros en la tela.

«Vella debe de haber visto lo suficiente para intuir lo que estaba a punto de hacer», pensó. Pero no sabría a ciencia cierta lo que había ocurrido hasta que él la tocara de nuevo y ella le leyera la mente. Aunque no era capaz de sentir celos, y sus comentarios nunca habían dejado traslucir desaprobación cuando él había tenido amantes en el pasado, siempre le había remordido un poco la conciencia. Esta vez se trataba de algo más intenso. Algo que no se había apagado en absoluto.

«Porque quiero algo más que una relación física pasajera con Rielle, y tengo la sensación de que eso representa una deslealtad».

Se enderezó en su asiento cuando cobró conciencia de cuán cierto era esto.

«Le prometí a Vella que la protegería y encontraría una manera de devolverle su forma humana. ¿Qué quiero de Rielle que pueda poner eso en peligro? —No estaba seguro—. Hablar con ella. Llegar a conocerla. Hacerle el amor. —Se le aceleró el pulso solo de pensarlo—. ¿Significa eso que estoy enamorado? —Irónicamente, tenía ganas de preguntárselo a Vella. Era la única con quien podía hablar. La única amistad con la que comentaba cuestiones personales como aquella—. Y el hecho de que su respuesta solo pueda ser sincera y libre de complicaciones emocionales me reconforta».

Este pensamiento provocó que torciera el gesto. Estar atrapada en un libro era muy injusto para ella. Merecía poder mentir y experimentar sentimientos. Él tenía que esforzarse más por ayudarla. Se lo debía. Y en eso residía el verdadero origen de la culpa que lo embargaba.

«El bienestar de Vella sigue siendo responsabilidad mía, y heme aquí, soñando con otra mujer... a quien no puedo hacerle promesas de lealtad inquebrantable. No cuando la prioridad es lo que le prometí a Vella».

Además, cabía la posibilidad de que Rielle no quisiera nada más de él. Tal vez ni siquiera pensaba volver a acostarse con Tyen. Tal vez él era tan poco importante para ella como lo eran para él las mujeres con las que había yacido en un par de ocasiones. Quizá ella no quería encariñarse con nadie, puesto que Dahli podía amenazar a esa persona con el fin de persuadirla para que revelara el paradero del muchacho que en teoría se había convertido en el Raen.

Y entonces se percató de que Rielle también había hecho una promesa que debía cumplir primero: la de proteger al chico.

El deseo de hablar con Vella se hizo aún más grande. Necesitaba la claridad que ella le aportaba cuando le comentaba asuntos importantes. «No puedo ayudar a Doum ni a Vella si no dejan de distraerme todas estas dudas». Se levantó y salió con sigilo de su habitación en dirección al retrete. Aunque ya no ocultaba a Vella, seguía siendo el mejor lugar para hablar con ella. Como mínimo, era poco probable que la arcillarca Fursa se materializara ahí dentro.

Una vez sentado sobre la tapa, extrajo a Vella de un bolsillo y la sacó de su bolsa. En cuanto abrió las páginas, apareció su elegante caligrafía.

—*Vaya, vaya. Mira quién ha estado pasándoselo bien.*

Él notó que se le encendía el rostro.

«Lo siento. ¿Te molesta?».

—*En absoluto. No tienes por qué disculparte, Tyen. Al contrario, ya iba siendo hora de que dejaras de ser tan reservado. Has vivido casi en la abstinencia desde que te estableciste en Doum.*

Tyen no sabía qué responder, así que cambió de tema.

«¿Qué opinas? ¿Puedo fiarme de Rielle?».

—*No dispongo de información suficiente para saberlo con certeza. Su única muestra de duplicidad ha sido desobedecer a Dahli y la orden del Raen de resucitarlo, además de verse contigo si sabía que el emperador no lo aprobaría... lo que sería una jugada contra él, no contra ti.*

Tyen asintió. «Según Tarren, Rielle perdió sus dones de Creadora al volverse inmarcesible. ¿Les ocurre siempre a los Creadores que aprenden a dejar de envejecer?».



—No puedo responder a esa pregunta. El mero hecho de que alcanzara la inmarcesibilidad es insólito. Está escrito y se dice desde hace miles de ciclos que los Creadores no pueden tornarse inmarcesibles.

«Tal vez eso es solo porque no hay Creadores inmarcesibles, porque el proceso para dejar de envejecer destruye la capacidad creadora. O porque los Creadores que eran hechiceros lo bastante poderosos para volverse inmarcesibles decidieron no hacerlo. O porque los Creadores casi nunca poseen la fuerza suficiente para ello».

—Todas esas explicaciones son verosímiles. Sin embargo, según una antigua creencia, los mundos saltarán en pedazos si un Creador se convierte en Sucesor.

«¿Una profecía?».

—Quizá. O una predicción basada en un dato o una percepción de los que carezco.

«¿Podría interpretarse del mismo modo que Tarren consideraba la Ley del Milenio “la vaga predicción de un cambio inevitable”?»?

—Vaga es, sin duda alguna. La afirmación de que es predecible o inevitable se basa en conocimientos de los que no dispongo. Sería difícil de demostrar. Los Sucesores han derrotado a los Predecesores a lo largo de miles de ciclos, así que una predicción de inevitabilidad no es del todo descabellada. Que los mundos salten en pedazos no es una situación repetible, con toda seguridad.

«¿Sabes a quién se le ocurrió?».

—No.

«¿Cómo llegó a tu conocimiento?».

—La fuente es una anotación en un pergamino que contiene la traducción de una tablilla en la que consta la Ley del Milenio, escrita hace más de ocho mil ciclos. Su descripción más reciente data de hace dos mil quinientos ciclos y es obra de un par de eruditos inmarcesibles que reunieron una gran biblioteca que quedó destruida en las guerras desencadenadas a raíz de la Sucesión de Roporien. Uno de ellos hizo referencia al pergamino en su diario, que un saqueador encontró entre las ruinas y vendió a un rey que me retenía por orden de Roporien.

«Más que una profecía, parece una conjetura sobre lo que sucedería si se dieran unas circunstancias muy especiales».

—O circunstancias imposibles, si volverse inmarcesible anula la capacidad creadora.

Tyen recordó el tono de tristeza con que Rielle le había mencionado su pérdida.

«Los Creadores cuentan con una facultad poco común. Ella asegura que no la valoraba tanto, pero sospecho que en el fondo lamenta haberla perdido».

—En la mayor parte de los mundos con una población considerable surge un Creador cada pocas generaciones. Eso significa que en todo momento hay miles de Creadores vivos a la vez en el conjunto de los mundos conocidos.

«Supongo que, visto así, no se trata de algo tan insólito. ¿Cuántos de esos miles son lo bastante poderosos para volverse inmarcesibles?».

—No lo sé con exactitud, pero existen muy pocos hechiceros tan fuertes como Rielle, por lo que la probabilidad de que alguno sea también un Creador es extremadamente baja.

«¿Cuándo fue la última vez que tú...?».

Un sonido interrumpió la pregunta de Tyen: una voz que gritaba su nombre desde la planta baja. Él alzó la vista de las páginas de Vella y alargó el brazo para abrir ligeramente la puerta.

—¿Qué ocurre? —gritó a su vez.

—Un mensajero —respondió uno de los trabajadores.

Tyen cerró a Vella, la guardó en su bolsa y se la colgó del cuello, bajo la camisa. Descargó la cisterna, salió del baño y atravesó el pasillo hasta las escaleras. Un hombre con el uniforme de los emisarios de los arcillarcas lo esperaba abajo. En cuanto vio a Tyen, enderezó la espalda.

—Salud, Tyen Tornero —dijo—. Vengo a comunicarte que Rielle de Murai ha llegado temprano a la isla de Azulejos por órdenes del emperador Izetala-Moraza. ¿Puedes reunirte con ella?

Aunque a Tyen le dio un vuelco el corazón, mantuvo la expresión y el porte tranquilos.

—Presumo que puedo partir ahora, si los arcillarcas así lo desean.

—Así es —contestó el mensajero—. La entrevista se celebrará en el mismo emplazamiento que la anterior.

—Gracias. —Tyen se volvió hacia el trabajador que había anunciado la llegada del emisario—. ¿Puedes acompañar a la puerta a nuestro visitante?

El joven asintió y guio al mensajero hacia la salida. Tyen se dirigió a toda prisa a su alcoba para ponerse su atuendo formal. Tras absorber magia y respirar hondo, se apartó del mundo y emprendió el viaje hacia el punto de reunión. Aunque realizó menos paradas para respirar que la vez anterior y se desplazaba más deprisa, le dio la sensación de que tardaba el doble de lo que recordaba. Cuando por fin llegó al refugio, era mediodía. Pese a que el interior estaba en sombra, divisó a alguien que se movía en la penumbra. El borboteo de la fuente tapaba todos los sonidos. Alisándose

los ropajes y relajando la expresión mientras intentaba hacer caso omiso de su corazón desbocado, Tyen cruzó el puente.

La figura de dentro salió a la puerta, y la luz del sol reveló al mismo funcionario que lo había recibido en la ocasión anterior. Tyen inclinó la cabeza en un gesto respetuoso, disimulando la desilusión.

—Gracias por llegar temprano, Tyen Tornero —dijo Abler—. Los arcillarcas han dejado un nuevo documento. Rielle de Murai está haciendo tiempo en otro sitio a fin de que puedas estudiarlo con detenimiento.

Tyen escudriñó las sombras con los ojos entornados. Vislumbró un fajo de hojas blancas, pero no alcanzó a determinar su grosor.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—De todo el que necesites. Haz sonar la campanilla cuando estés listo.

Abler pasó de largo, atravesó el puente y se dirigió al edificio. Con un suspiro de impaciencia, Tyen entró en el pabellón y comprobó aliviado que el montón de papeles no era demasiado grueso. Le llevaría un buen rato leerlo, pero no el resto del día. Por otro lado, habría preferido contar con un día entero para reflexionar sobre el contenido. Como este era un lujo que los arcillarcas no estaban dispuestos a ofrecerle, se sentó y cogió la primera página.

La lectura le resultó más lenta de lo que esperaba, no por la complejidad del texto o la confusión ocasional debida a la escasa fluidez del autor para expresarse en la lengua de los viajeros, sino porque tuvo que hacer varias pausas para templar el ánimo. Cuando por fin terminó, tocó la campana y se concentró en recuperar la compostura.

Rielle salió del edificio. Sonrió mientras se dirigía hacia el pabellón, y toda la irritación de Tyen se derritió en el acto. Aunque ella andaba con paso sereno y grácil, él no pudo evitar fijarse en las sensuales curvas de su cuerpo y en la tensión en la comisura de su sonrisa, que parecía insinuar que ella también estaba pensando en su último encuentro.

—Tyen Tornero —dijo ella al entrar en el refugio. Aunque su tono era afectuoso, su postura destilaba formalidad. Llevaba un papel enrollado entre los dedos—. No hace falta que te levantes para saludarme.

Al bajar la vista, él se percató de que estaba de pie. No recordaba haberse levantado.

—Rielle Lázuli —respondió sin inmutarse—. Bienvenida de nuevo a Doum.

—Gracias.

Cuando ella se acercó a la mesa, Tyen se esforzó por no mirarla. Todo en ella le resultaba fascinante: el contoneo de sus caderas al caminar; la forma en que el sencillo vestido se le ajustaba al cuerpo al sentarse; el hecho de que la cadena de su colgante tuviera la longitud exacta para que este quedara justo encima del hueco del escote del vestido, en el comienzo de la hendidura entre los pechos.

—Te pido disculpas por la visita imprevista. El emperador me lo ha exigido y espera que regrese a horas intempestivas. Aunque yo por mi parte espero regresar a una hora razonable, preferiría no darle más motivos de los necesarios para irritarse conmigo. Así que será mejor que comencemos.

Tyen volvió a su asiento y bajó la vista hacia el documento de los arcillarcas.

—Me temo que no traigo buenas noticias para ti.

—Yo tampoco. —Desenrolló el pergamino y lo sujetó extendido—. ¿Empiezo yo? Quisiera pasar este mal trago cuanto antes.

—Adelante.

Cuando ella terminó de leer, Tyen, por toda respuesta, expuso las nuevas exigencias de los arcillarcas. Rielle le formuló algunas preguntas, asintió mientras escuchaba las respuestas y ambos se quedaron callados.

—Ya entiendo cuál ha sido nuestro error —dijo ella al cabo de un rato—. En vez de un atajo que condujera al centro de sus posiciones respectivas, les hemos proporcionado una tercera posición, con dos nuevas posturas intermedias, una a cada lado.

Tyen movió la cabeza afirmativamente. Ella tenía razón.

—Han empezado a negociar con nosotros, en vez de entre ellos.

—Supongo que es culpa nuestra por creer que agradecerían que aceleráramos el proceso.

—Como les hemos negado la posibilidad de discutir entre sí, ahora discuten con nosotros.

—Hemos ido hacia atrás. —Rielle se acodó sobre la mesa y se tapó el rostro con las manos—. Sabía que no estaba a la altura de esta misión. ¿Qué sabré yo de negociaciones?

Tyen se encogió de hombros, resistiendo la tentación de alargar la mano para posársela sobre el brazo en un gesto de consuelo.

—No menos que yo —le aseguró.

Ella cruzó los brazos, llevándose las manos a los hombros.

—Bueno, y ahora ¿qué hacemos?

Él reflexionó unos instantes.

—Recordarles que no somos el enemigo.

—¿Cómo?

—No sé... ¿Diciéndoselo, sin más?

—¿Decirles que se comportan como críos? —Rielle soltó una carcajada amarga—. Seguro que se lo tomarán muy bien.

—No se tomarán bien nada de lo que hagamos —señaló él—. No estamos aquí para decirles lo que quieren oír.

—Así que... como nuestro deber no consiste en hacerles sentir cómodos, ¿debemos intentar incomodarlos? ¿Más todavía, quiero decir? Entonces será aún más probable que nos consideren el enemigo.

—Tal vez... —Tyen hizo una pausa mientras meditaba—. Tal vez deberíamos decir: «Si nos convertís en vuestros enemigos, seremos vuestros enemigos».

Una pequeña arruga apareció en el entrecejo de Rielle.

—¿A qué te refieres?

—Tal vez ha llegado el momento de que planteemos un ultimátum.

—Ya has amenazado al emperador.

—No, me refiero a amenazar a los líderes de los mundos que representamos.

Ella arqueó las cejas.

—¿Con qué?

—A los arcillarcas, con mi ausencia. A juzgar por sus inadmisibles exigencias, creen que Doum es más poderoso de lo que es, o que yo tengo la intención (y la capacidad) de defenderlo.

Rielle arrugó el ceño mientras ponderaba sus palabras.

—Yo no puedo hacerle la misma amenaza al emperador. ¿Qué alternativa tengo?

—Se dio unos golpecitos en los hombros con los dedos—. Supongo que si cambiara de bando, frustraría por completo las ambiciones del emperador. —Abrió mucho los ojos—. De hecho, podría instalarme aquí. Los mosaiquistas vienen en busca de azulejos, así que con toda seguridad comprarían diseños también.

A Tyen el corazón le dio un brinco. Si ella cambiaba de bando, viviría en Doum.

—¿Estarías dispuesta a hacer algo así?

Ella frunció los labios.

—No me había planteado fijar una residencia permanente, pero supongo que bastará con que lo parezca durante el tiempo suficiente para disuadir al emperador. ¿Te marcharías tú de Doum si los arcillarcas se negaran a colaborar?

La pequeña llama de esperanza que se había encendido en el interior de Tyen se extinguió.

—Seguramente no.

La sonrisa de Rielle se desvaneció.

—Pues, en ese caso, será mejor que no te obliguen a cumplir tu amenaza. Por otro lado... si lo hicieran, podrías marcharte durante una temporada y luego volver.

—Dudo que me recibieran con los brazos abiertos.

—Tal vez lo harían si representaras su única esperanza de defensa.

—Me resultaría mucho más difícil supervisar la situación a distancia.

—Sí, pero yo podría informar a Tarren de lo que ocurriera, y tú podrías consultarlo. —Con un gesto vago, descruzó los brazos y se reclinó en su silla—. El plan podría funcionar. O estallarnos en las narices. ¿Qué es más probable? —La pregunta no iba dirigida a él, sino a ella misma.

—¿Quieres más tiempo para meditarlo?

Ella sacudió la cabeza, primero lentamente, luego con más determinación.

—No. Las personas que representamos no nos toman en serio. Creo que tenemos que obligarlas a decidir si se fían de nosotros o no, pues de lo contrario no llegaremos

a ninguna parte. Y si no vamos a llegar a ninguna parte, preferiría que dejaran de hacernos perder el tiempo.

—Muy bien —dijo él. Tenía más que perder que Rielle, pues esta no abrigaba el menor deseo de instalarse en Murai de forma indefinida, pero no le faltaba razón cuando afirmaba que los arcillarcas no se tomarían en serio las negociaciones mientras su confianza en él fuera vacilante—. Hagámoslo.

Cuando ella se levantó, él la imitó.

—Más vale que emprenda el regreso. Te mantendré al tanto de lo que suceda.

—Y yo a ti.

Rielle sonrió.

—Buena suerte —dijo antes de desaparecer.

Él se quedó unos instantes contemplando el lugar que había ocupado, conteniendo la desilusión por el hecho de que ella no le había insinuado siquiera que volvieran a reunirse en casa de Tarren.

«Por otro lado, a lo mejor se supone que me corresponde a mí hacer la segunda proposición».

Tras sentarse de nuevo, bosquejó una carta breve dirigida a los arcillarcas y redactó una copia definitiva en una hoja en blanco. Dejándola sujeta con una piedra del jardín, se encaminó hacia la entrada del refugio. En cuanto Abler salió, Tyen le informó de la carta, se apartó del mundo y regresó a su hogar por el camino que había seguido hasta allí.

No había nadie, pues era última hora de la tarde y los trabajadores habían vuelto a casa. Bajó las escaleras y contempló el taller y los tornos por terminar. Si los arcillarcas no hacían caso de su amenaza y él se ausentaba durante un tiempo, ¿perdería todo aquello?

Si se producía una invasión muraiana, era probable que lo perdiera de todos modos.

Exhalando un suspiro, dio media vuelta y entonces reparó en un pequeño objeto colocado sobre la mesa más próxima a la puerta, donde los trabajadores le dejaban mensajes cuando no estaba.

Un pequeño paquete, de un tamaño y una forma que le resultaban familiares. Se acercó, arrancó el envoltorio y fijó la vista en el azulejo que contenía. El corazón se le ensanchaba y encogía, una y otra vez, a medida que la esperanza y el miedo luchaban por dominarlo.

Dahli quería concertar otra reunión.

Como de costumbre, Dahli dejó un rastro formado por una serie de pistas que conducían una a otra, sin la menor indicación sobre cuándo Tyen daría con él. No era un rastro antiguo, pues algunas personas habían recibido las instrucciones esa misma mañana o la noche anterior. No obstante, algunos de los lugares donde las había dejado eran curiosamente poco seguros.

En mundos en guerra, para ser más exactos.

Dichos mundos estaban envueltos en una pestilencia tanto física como mental. Los hedores combinados de la muerte, la enfermedad, el sufrimiento y el terror. El olor constituía una advertencia, no solo del riesgo de violencia y brutalidad, sino de quedarse varado en un mundo despojado de magia.

Antes, cada vez que Tyen detectaba indicios de ese tipo, salía huyendo de inmediato. Ahora tenía que confiar en que Dahli no lo atrajera hasta lugares peligrosos. El problema residía en que si este había decidido eliminarlo por algún motivo, conducirlo hacia un mundo letal o muerto sin duda formaría parte de su plan. El siguiente paso sería tenderle una emboscada con la ayuda de varios hechiceros bien fortalecidos. De modo que, cuando Tyen se encontró en un mundo debilitado y arrasado por la guerra, se apresuró a retroceder. Al pasar por tres mundos relativamente tranquilos y ricos en magia, absorbió una cantidad considerable de energía en cada uno, y luego regresó al mundo debilitado para seguir adelante por la ruta de Dahli.

El terreno chamuscado y silencioso estaba surcado por filas de hombres, mujeres y niños de todas las edades, cargados con toda clase de objetos. Al explorarles la mente, Tyen descubrió que huían de una ciudad próxima donde se libraba una batalla. Quienes se encontraban más cerca de él lo miraron con espanto cuando llegó, pero no apretaron ni aminoraron el paso.

Las instrucciones de Dahli le indicaban que se deslizara hacia el norte hasta una ciudad llamada Iuhin, así que Tyen solo se detuvo para recuperar el aliento antes de proseguir su camino deslizándose. Según las instrucciones, Iuhin estaba rodeada de un parque de árboles antiguos. En los días ventosos, los que se planteaban entablar una nueva relación amorosa con alguien soltaban trozos de tela con los nombres bordados sujetos a aspas de papel. Si sus «deseos» se enredaban con las ramas, se consideraba un buen augurio y una confirmación de que formaban buena pareja.

Se detuvo para respirar a las afueras de otra ciudad. Sus habitantes también la estaban desalojando. Al leerles la mente, le sorprendió descubrir que, de hecho, se hallaba en las inmediaciones de Iuhin. No había una zona verde en torno a las

murallas. Solo había cenizas. Cientos de columnas de humo se elevaban de un gran círculo de escombros. Cuando se fijó mejor, alcanzó a distinguir lo que quedaba de los árboles: esqueletos ennegrecidos que sobresalían como garras del suelo abrasado.

Se acercó deslizándose y se materializó a unos pasos de distancia para recuperar el resuello de nuevo, generando un escudo por si quedaban guerreros hechiceros rezagados por ahí. El aire sabía a ceniza. Personas encorvadas por la edad o la enfermedad, o simplemente aturcidas por la conmoción, pasaban junto a él dando tumbos por un camino. Entre ellos avanzaban carromatos, de los que tiraban varios animales pequeños y lanudos, que transportaban grandes pilas de muebles. En ellos viajaban acurrucados hombres y mujeres bien vestidos. Los cocheros gritaban y hacían restallar sus látigos cuando quienes iban a pie no se apartaban enseguida.

Por consiguiente, cuando se oyeron gritos procedentes de la ciudad, Tyen no les prestó atención. Tampoco las personas que tenía cerca les concedieron mayor importancia al principio. Sin embargo, a medida que sonaban más fuertes, él detectó un tono de advertencia, y pronto todos comenzaron a volver la cabeza para ver quién los profería. Un hombre se aproximaba veloz a lomo de dos animales pequeños como los que tiraban de los vehículos, sobre una silla que los mantenía unidos entre sí. Avanzaban a galope tendido, levantando nubecillas de ceniza con cada golpe de los cascos. De repente, todos comenzaron a alejarse de la ciudad, corriendo o arrastrando los pies tan deprisa como podían.

Cuando Tyen dirigió la mirada más allá del hombre que se acercaba, un movimiento captó su atención. Fluía agua sobre el suelo, pero a una velocidad asombrosa y desafiando la gravedad al correr cuesta arriba hacia él. Conforme se aproximaba, sus bordes se tornaron afilados y adquirió una cualidad metálica. Viró en dirección al hombre mientras sus corceles reducían la marcha para abrirse paso por el terreno accidentado. Antes de que Tyen pudiera determinar de qué se trataba, la corriente los alcanzó. Una llamarada brotó y envolvió al hombre y las bestias de forma tan repentina y apabullante que a Tyen se le escapó un grito de sorpresa.

Los animales y el hombre soltaron un chillido estridente mientras caían al suelo y empezaban a retorcerse. Surgieron más fogonazos en torno a ellos y, al cabo de unos instantes, se quedaron inmóviles.

Aturdido, Tyen se quedó contemplando con impotencia cómo aquella masa mortífera fluía hacia él. Luchó contra el terror que lo impulsaba a salir corriendo. En vez de ello, ensanchó su escudo de aire inmovilizado para formar un muro que protegiera a la gente que huía y lo reforzó hasta que empezó a cubrirse de escarcha. Unos diminutos ingenios mecánicos lo rodearon. Cada uno tenía un cuerpo esférico y se propulsaba con seis patas.

«¡Insectoides!».

Sin embargo, sus creadores no habían hecho el menor intento de conferirles aspecto de insectos o de cualquier otro tipo de ser vivo. No eran más que bombas que se movían por sí mismas hacia su objetivo. Al topar con su escudo, desaparecían con



un intenso destello de fuego. Oyó unos alaridos detrás de él. Giró sobre sus talones. Otra oleada de insectoides que procedía de otra dirección había alcanzado a los rezagados y rompía contra ellos como un mar embravecido. Los cuerpos ardiendo se agitaban con violencia. Tyen comenzó a lanzar descargas a los insectoides, pero se movían demasiado deprisa y serpenteaban entre la gente, por lo que corría el riesgo de herir a alguien.

Cuando acertaba con sus descargas, los mecanismos estallaban en llamas. Eliminó a uno antes de que alcanzara al hombre que había elegido como víctima, pero este acabó con la espalda chamuscada de todos modos. Otro insectoide, oculto tras una irregularidad del terreno, se le acercó y lo remató. Aunque Tyen intentaba una y otra vez detener los minúsculos artilugios, eran muchos y demasiado rápidos, y a menudo las desigualdades del suelo les permitían esconderse y atacar a la gente antes de que él los viera.

De pronto, ya no quedaba ni uno. Tyen miró en torno a sí y se le cayó el alma a los pies. Todos los rezagados habían muerto. Oía gritos, pero llegaban de más lejos; otro grupo huía a la desbandada. Al intentar localizar la causa de su pánico, descubrió otra oleada mortífera que se les venía encima. Como no se interponía nadie, Tyen pudo lanzar descargas a los insectoides hasta que el último de ellos hubo explotado.

Aliviado por haber podido ayudar a algunas de las personas, Tyen volvió la mirada hacia la ciudad y la escrutó en busca de otros torrentes de máquinas asesinas. No divisó nada. Sin embargo, el que las había enviado debía de estar por allí. Tal vez podría encontrar a través de él a quien había creado aquellas armas tan terribles. Apretó los puños. Cuando diera con quienes habían deformado y corrompido de ese modo el conocimiento que él había difundido entre los mundos... Su ira creciente flaqueó.

«¿Qué harás? ¿Matarlos?».

Suspiró mientras la rabia se debilitaba hasta extinguirse. Si no pensaba matarlos, ¿qué haría? ¿Amenazarlos? ¿Suplicarles que dejaran de actuar así? ¿Obligarlos a prometer que no volverían a hacer un mal uso de su invento? Dudaba que quien hubiera ideado aquellas máquinas flamígeras cumpliera su promesa una vez que él se hubiera marchado.

«Aun así, si voy a la ciudad tal vez consiga apoderarme de uno de los insectoides para estudiarlo y descubrir otra manera de detenerlos». No obstante, tendría que encontrar una forma de evitar que explotaran solo con tocarlos.

Aunque no creía que quedara el menor rastro del mensaje de Dahli, decidió comprobarlo de todos modos. Cuando se deslizaba por la periferia de la ciudad, se detuvo para examinar uno de los árboles caídos y quemados. Maldijo para sus adentros.

«Tyen, sigue», había grabado alguien en el tronco carbonizado, en la lengua de los viajeros.

Hizo una pausa para respirar y deliberar. Dahli no lo habría conducido a través de mundos peligrosos si hubiera podido evitarlo. Tal vez no disponía de tiempo para encontrar una ruta que los esquivara. Quizá el motivo por el que había convocado a Tyen era demasiado serio para perder un segundo rodeando ese mundo. Baluka ya andaba a la caza de insectoides para que Tyen los estudiara.

«Tengo que seguir a Dahli».

Tras respirar una gran bocanada de aire cargado de humo, se apartó del mundo. En efecto, un camino recién abierto arrancaba de allí. Tyen se impulsó a lo largo de él. La ciudad chamuscada se desvaneció en la blancura.

El nuevo mundo que apareció ante sus ojos tenía un aspecto apacible, para gran alivio suyo. Emergió en una llanura rasa parcelada en muchos campos de cultivo. El aire era fresco; el cielo, de un azul verdoso claro. En un sembrado cercano había varias personas agachadas, cosechando espigas con granos de color naranja óxido que metían en dos cestas enormes y que arrastraban conforme avanzaban.

Lo aplacó contemplar una escena tan sosegada. Sin embargo, algo en aquellos campesinos hizo que se le erizara el vello del cogote. Se apartó del mundo y se deslizó hacia ellos. Trabajaban con movimientos bruscos y presurosos. Cuando se materializó a la orilla del campo, los más próximos a él se sobresaltaron. Echaron un vistazo hacia atrás antes de retomar rápidamente su labor.

Al seguir la dirección de su mirada, Tyen vio a una mujer que caminaba por el centro del campo sobre los rastrojos, al ritmo al que avanzaba una carreta grande. Los peones con cestas llenas se las cargaban al hombro y corrían hasta el vehículo para vaciarlas.

La mujer observaba a Tyen con fijeza. Cuando sus miradas se encontraron, ella esbozó una reverencia. Al explorarle la mente, él descubrió que era una hechicera débil, pero hasta hacía poco había trabajado para su localidad natal ocupándose de las pequeñas tareas que los magos estaban obligados a realizar para la comunidad, llevando una vida sencilla y tranquila.

Entonces los wexel, un pueblo belicoso de un mundo cercano, enviaron a unos emisarios. Ante la perspectiva de sufrir una derrota segura a manos de un ejército poderoso de hechiceros y sus aterradoras máquinas, la gente de ese mundo había preferido aunar fuerzas con los invasores. Eso implicaba adoptar costumbres de los wexel, como esclavizar a los campesinos y obligar a los pobres a encargarse de trabajos denigrantes. Les ponían «cerrojos» a los esclavos para asegurarse de que no se rebelaran contra sus amos, ya fueran antiguos o nuevos. El funcionamiento del mecanismo requería la presencia de un hechicero, por lo que la mujer había tenido que abandonar su apacible existencia para trabajar lejos de su hogar, en sembrados como aquel o intentando mantener el orden en los barrios de esclavos de la zona.

Al detectar el dispositivo en la mente de la mujer, a Tyen se le encogió el corazón. Miró al peón más cercano. En efecto, llevaba un objeto sujeto a la parte posterior del cuello, con unas patas finas que le ceñían la garganta. La mente del trabajador

irradiaba incomodidad y miedo al dolor que el aparato le infligiría a una orden de la hechicera, o a la muerte instantánea que sufriría si alguien que no fuera ella o algún otro mago intentaba quitárselo. Por otro lado, la máquina no detectaba el odio que estaba fermentando allí. La mujer, acostumbrada al rencor que veía en todos, ya no se fijaba en ello. «No es culpa mía —pensó mientras los apremiaba a gritos—. Tal vez hubiera sido preferible que muriéramos todos en una guerra que no podíamos ganar a convertir en esclavos a casi todos los habitantes de nuestro pueblo».

Tyen se quedó paralizado, presa del horror. No podía hacer nada por ayudarlos en ese momento, pero no quería aceptarlo. Aunque convenciera a la mujer de que soltara a aquella gente, no tardaría en acudir alguien de rango superior en la jerarquía de ese mundo para ocuparse de ellos. Para liberarlos de verdad, habría que enfrentarse a los amos y los wexel, lo que requeriría tiempo y un plan meticuloso. Bastante responsabilidad tenía con intentar evitar que Murai invadiera Doum.

Un grito atrajo de nuevo su atención hacia el campo. Al advertir que la mujer avanzaba con paso resuelto, Tyen buscó en su mente el objeto de su interés. Vio a través de sus ojos unos cultivos calcinados y arrasados. «Otra vez —pensó ella—. Es como si alguien escribiera en el suelo con fuego».

¿Escribir en el suelo...? Tyen se apartó ligeramente del mundo y se deslizó hacia arriba. En efecto, había unos caracteres marcados a fuego en el terreno. El primero era una flecha, a continuación estaban los símbolos correspondientes a «ruinas», «charca», «reunir magia» y «seguir».

Manteniéndose a unos cien pasos largos por encima del suelo, Tyen se deslizó en la dirección que indicaba la flecha. La llanura parecía interminable, y tuvo que pararse a respirar dos veces. Al fin percibió cierta variación en los campos, zonas más pálidas que formaban círculos y rectángulos. Desde arriba su aspecto era muy similar al de las calles y los edificios de una ciudad. De pronto, divisó por primera vez en ese mundo un elemento del paisaje que no era plano. Una loma baja se elevaba sobre la llanura, salpicada de fragmentos de muralla, y en la cima había una charca de agua tranquila.

Se detuvo junto a ella para refrescar los pulmones y absorber más magia antes de impulsarse hacia el espacio intermedio. No vio caminos que partieran del mundo, pero al situarse por encima de la charca descubrió uno reciente que conducía hacia abajo desde la superficie. Lo siguió y, en cuanto su cabeza se encontró por debajo del nivel del agua, la ruta comenzó a alejarse del mundo.

Cuando la luz acuosa se destiñó hasta emblanquecerse del todo, nuevas figuras empezaron a llenarse de color en torno a él. Todo era de piedra, salvo alguna que otra planta gris y raquílica que sobrevivía en grietas aquí y allá. Se materializó con una sacudida, y la palidez de aquel entorno polvoriento engañó a sus sentidos haciéndole creer que estaba más apartado de ese mundo de lo que se encontraba en realidad.

El aire era frío y seco, y una brisa incesante le silbaba en los oídos. El suelo, duro, estaba cubierto de polvo. Al mirar hacia abajo, Tyen vio otra flecha y unos signos

esculpidos en la piedra. «Haz un uso comedido de la magia, pues encontrarás poca aquí».

Un escalofrío le bajó por la espalda a Tyen. Proyectó la mente hacia atrás y se tambaleó. No había reparado en el vacío porque no había magia con el que contrastarlo. Por otro lado..., percibió una especie de bruma en los extremos de sus sentidos. Al concentrarse, se percató de que era magia, muy débil y esparcida. Fluía desde la dirección en que apuntaba la flecha de Dahli.

Tras apartarse un poco del mundo, Tyen se deslizó hacia allí. La fuente no se hallaba muy lejos. A una jornada a pie, más o menos. Una mancha más oscura apareció en el pálido paisaje, y al principio él creyó que se aproximaba a un bosque bajo de árboles retorcidos como los que había visto. Pero la mancha no tardó en fragmentarse, y entonces reconoció tiendas de campaña, carromatos y pilas de objetos de todas las formas y tamaños, desde barriles y cajas hasta sacos.

Cuando se elevó un poco más, Tyen alcanzó a distinguir un campamento enorme como una ciudad. Aunque casi todos los ocupantes dormían, unos pocos se acurrucaban en los bordes, tras unos parapetos formados con objetos amontonados. Salvo por algunos que llevaban coraza y armas, los acampados parecían gente común.

Consciente de que necesitaba respirar, Tyen se dejó caer hacia una zona donde solo había gente dormida, pues no quería asustar a los que seguían despiertos, pero al llegar al suelo se contuvo de materializarse. El durmiente más cercano yacía con los párpados abiertos. Tenía los ojos velados de blanco y bordeados de polvo. Se fijó en el de al lado, y luego en el siguiente.

Muertos. Estaban todos muertos. De pronto, comprendió que hubiera grupos acurrucados tras parapetos improvisados. Se trataba de fortificaciones que protegían a los pocos supervivientes de la catástrofe que había sobrevenido allí, fuera la que fuese.

No le quedaba otro remedio que emerger al mundo. Aunque temía el hedor que debía de emanar de tantos cuerpos, le sorprendió comprobar que el olor a descomposición no era tan fuerte. Al parecer no había seres, ni grandes ni pequeños, alimentándose de los cadáveres, y el ambiente continuaba tan seco y frío como cuando él había llegado a ese mundo.

«¿Qué ha pasado aquí? —se preguntó—. ¿Y por qué quería Dahli que yo viera esto?». Porque parecía evidente que esa era la intención del hechicero, y tal vez que viera los dos mundos anteriores también. ¿Pretendía mostrarle Dahli los efectos de convertir los insectoides en armas? Al desplazar la vista alrededor, Tyen no vislumbró señales de magia mecánica. Pero los muertos eran de todas las edades, hombres y mujeres, de posiciones sociales diversas, como los que huían de las máquinas flamígeras. No había divisado ninguna ciudad en las inmediaciones, ni el rastro que hubiera podido dejar una multitud tan numerosa. Debía de haber llegado de otro mundo. Pero ¿por qué habían viajado hasta allí, donde no había magia, agua ni vida?

Al explorar las mentes de quienes se resguardaban tras las fortificaciones, Tyen encontró la respuesta.

Aquella gente había huido de un enemigo poderoso de su mundo y había acabado atrapada allí. Sus hechiceros se habían unido para localizar un mundo nuevo y transportar a su pueblo hasta él. Habían trazado una ruta, asegurándose de que cada lugar por el que pasaran fuera seguro y rico en magia.

Los magos habían comprobado que aquel mundo estaba repleto de energía unas pocas horas antes de que llegaran a él. Conjeturaron que alguien lo había despojado de energía desde su visita. A continuación, los hechiceros habían ido en busca de agua, a pie, porque no había magia. Algunos sospechaban que se habían marchado para que no los culparan de dejar a la gente varada en un mundo muerto, condenada a morir de hambre o de sed.

Tyen había oído el rumor de que se estaba privando de magia a varios mundos. ¿Los había atrapado alguien allí a propósito, o acaso un hechicero desconocido había absorbido toda la energía sin saber que estaban a punto de pasar por allí?

«Da igual quién tenga la culpa —pensaba uno de los supervivientes—. Pronto todos estaremos muertos. —Las provisiones de su grupo no durarían mucho más, y no les quedaban fuerzas para asaltar a otro—. Mira cuán bajo hemos caído —se dijo, y repasó en su mente los crímenes cometidos por sus compañeros, que habían recurrido al asesinato, la tortura e incluso el canibalismo. Sabía que, si llegaba alguien a ofrecerles ayuda, él no la aceptaría. No quería vivir con la conciencia de lo que había hecho—. Solo espero morirme antes de que regrese mi hermano, si es que regresa, para que no pueda leerme la mente». Tendió la mirada hacia una formación rocosa lejana, donde había visto por última vez a su hermano, alejándose entre los hechiceros, y se preguntó si él era ya el único miembro vivo de su familia.

Tyen se apartó del mundo, se elevó sobre el campamento y localizó la formación. Se deslizó hacia ella y se detuvo para buscar mentes por la zona. Nada. Siguió adelante, esperando disponer de magia suficiente para hacer eso y luego salir del mundo. Poco más tarde, había cubierto una distancia superior a la que era posible recorrer a pie en el tiempo transcurrido desde la llegada de la multitud, pero no localizó ninguna mente. Los hechiceros habían muerto, con toda probabilidad.

Al regresar al campamento, Tyen descubrió que se había librado una batalla durante su ausencia. Los últimos supervivientes habían perecido a causa de sus heridas o el agotamiento. Vagó por el campamento buscando una pista del siguiente mundo al que Dahli quería que viajara. ¿Sabía él que aquella gente estaba ahí y no había movido un dedo para ayudarla? Esa posibilidad lo enfurecía. «Pero yo tampoco los he ayudado. Podría haberme llevado a los supervivientes de este mundo inmediatamente y luego regresado a buscar a los hechiceros, si la idea se me hubiera ocurrido antes».

Llegó al centro del campamento. Alguien había despejado un espacio, apartando los cuerpos y las tiendas. Había un único símbolo trazado en el suelo. «Sigue». La

indicación de Dahli. Tyen tomó impulso para abandonar el mundo. El camino estaba muy reciente, como si lo hubiera abierto Dahli poco antes de que él llegara.

El mundo pálido se desvaneció. Una amplia zona ovalada y cubierta de hierba apareció en su lugar. Por tres de sus costados ascendían unas gradas arqueadas o escalones, sin duda unos asientos rudimentarios para un público. Encima de ellos había varios objetos dispersos. Al observarlos más de cerca, Tyen advirtió que se trataba del mismo tipo de sacos y cajas que había visto en el campamento. Ese era el mundo del que había huido aquella gente.

Algún enemigo los había ahuyentado. Manteniendo un escudo resistente en torno a sí, subió las escaleras. Una ciudad se abrió ante sus ojos. Grandes edificios públicos y residencias flanqueaban calles bordeadas de jardines bien cuidados. Aún había adornos multicolores colgados de las farolas, quizá con motivo de alguna festividad. Sin embargo, todo estaba en calma. Ni un solo ser humano circulaba por la vía pública.

Al proyectar la mente, descubrió que se equivocaba. La ciudad no estaba del todo abandonada. Algunos se habían negado a desalojarla y habían preferido morir en su tierra que abandonar ese mundo, o quizá habían creído que las noticias sobre la muerte del Raen eran falsas. Unos pocos empezaban a replantearse su decisión, preguntándose si estaban a tiempo de alcanzar a alguno de los otros grupos que aguardaban su turno para que los transportaran a su nuevo hogar. Pero temían que, si lo intentaban, llegarían demasiado tarde. Solo les quedaba la esperanza de sobrevivir cuando el enemigo regresara.

Tyen descubrió por fin que dicho enemigo no era un ejército invasor procedente de un mundo vecino. Cada cincuenta y dos años de ese mundo, unas luces surcaban el cielo. Meteoritos, comprendió de pronto. Los habitantes del lugar no entendían aquel fenómeno y solo sabían que —antes de que el Raen cerrara un trato con los líderes de su mundo—, el ataque celestial había sembrado la devastación. El Raen era el único lo bastante poderoso para proteger su mundo, y a cambio los artesanos locales competían por crear los objetos más hermosos, a fin de que él eligiera los mejores para su palacio.

Sin embargo, el Raen no había vuelto y había empezado a llover fuego del cielo. Por primera vez, todos los habitantes se habían unido para planear una evacuación a un nuevo mundo.

«Entonces ¿quién ha despojado de magia el primer destino de su viaje y por qué?», se preguntó Tyen. ¿Lo había hecho alguien del mundo en el que habían decidido establecerse para frenar la migración en masa? ¿O tal vez un enemigo de su mundo de origen había visto la oportunidad de cargar contra ellos? ¿O acaso un enemigo del mundo final intentaba impedir una alianza entre este y el pueblo que se había propuesto emigrar? Incluso cabía la posibilidad de que uno o varios exrebeldes quisieran vengarse de ellos por haber dependido del Raen en el pasado.

—Una ciudad recién abandonada no es algo que se ve todos los días —dijo una voz.

Tyen giró sobre sus talones. Dahli se encontraba a veinte pasos de él, sentado en mitad de la escalera. Estaba rejuvenecido. Aunque aún tenía el cabello cano, lo llevaba muy corto, al igual que la barba.

—¿Por qué? —inquirió Tyen.

Dahli arqueó las cejas.

—¿Por qué está abandonada? ¿Es que aún no has leído la mente de los que siguen aquí, o la de los que han huido pero se han quedado varados en el mundo anterior?

—¿Por qué me estás mostrando esto? —aclaró Tyen.

Dahli apretó los labios en una sonrisa amarga.

—Porque dudo que hubieras echado un vistazo a la prueba si te hubiera indicado dónde estaba.

—¿La prueba de qué?

—De la destrucción ocasionada por la ausencia del Raen. El caos.

Tyen frunció el entrecejo.

—Solo me has enseñado aquello que respalda tus afirmaciones.

—Estoy convencido de que Baluka solo te mostraría mundos que se han visto beneficiados por la desaparición del Raen. Lo que tú tendrías que hacer es intentar formarte una visión completa de la situación. O explorarme la mente. Después de todo, no puedo mentirte.

Tyen ya estaba leyéndole el pensamiento. Sabía que Dahli creía todo lo que acababa de decirle. Pero Dahli podía estar equivocado. Tal vez veía lo que quería ver.

—¿Serás capaz de hacer la vista gorda ante todo este sufrimiento? —preguntó Dahli—. ¿Puedes permitir que se prolongue?

—Tú mismo has causado bastante a lo largo de los siglos —replicó Tyen.

Se arrepintió de inmediato. Si Dahli creía que no contaba con su aprobación, tal vez dejaría de pedirle ayuda..., y entonces Tyen se quedaría sin un pretexto para mantenerlo vigilado.

Por fortuna, Dahli se limitó a asentir.

—Tienes razón. He hecho cosas terribles creyendo que beneficiarían a los mundos a largo plazo. Que las órdenes de Valhan eran justas. Lo reconozco: en ocasiones no lo eran. Valhan no era infalible ni mucho menos, pero muy rara vez se equivocaba.

La fe inquebrantable de Dahli hacía que resultara difícil contradecirlo. «Pero Baluka cree con igual firmeza que los mundos prosperarán sin el Raen».

—Fíjate en lo que está sucediendo, Tyen —prosiguió Dahli—. Comprenderás que sacrificar una vida en aras de la seguridad de miles de mundos no es un acto tan inaceptable.

Tyen cruzó los brazos.

—¿Era para eso para lo que querías verme?

Dahli desvió la mirada.

—No. —Alzó y bajó los hombros, y enderezó la espalda—. Si te entrego las notas de Valhan sobre sus experimentos relativos a la resurrección... y te permito utilizar un método y un cuerpo que consideres adecuado..., ¿lo harás?

Tyen lo miró con fijeza. «Me está ofreciendo todo lo que el Raen sabía sobre la resurrección. —De pronto cobró conciencia del leve tacto de la bolsa de Vella contra el pecho, bajo la camisa—. Todo lo que ella necesita para recuperar la vida que le fue arrebatada. Pero el precio sería traer de vuelta al Raen».

Examinó la mente de Dahli. Este tenía la intención de cumplir su parte del trato, incluso si esto implicaba correr el riesgo de desvelar los secretos que guardaba para más tarde descubrir que Tyen no podía resucitar al Raen porque no estaba dispuesto a matar a nadie para ello.

Por otra parte, era su último intento de persuadir a Tyen para que lo ayudara. Si se negaba, Dahli comenzaría a buscar por los mundos a otra persona lo bastante diestra e inteligente para devolver a Valhan a la vida, o bien trataría de conseguirlo recurriendo a varios hechiceros fuertes en vez de a uno solo muy poderoso. Tal vez le llevaría mucho tiempo —varios ciclos, incluso—, pero acabaría por encontrar una manera.

Tyen se percató de que respiraba de forma agitada. «Si no acepto su propuesta, Dahli dejará de reunirse conmigo. No podré estar al tanto de sus progresos. No sabré si el Raen está a punto de regresar».

Si accedía, se convertiría en el hombre más odiado por muchos de los habitantes de los mundos. En cambio, otros tantos lo considerarían un héroe. «Bueno, la mayoría de los primeros ya me detesta. Al menos los segundos dejarían de intentar liquidarme».

En ese momento cayó en la cuenta de que le daba igual lo que opinaran de él unos y otros. Hasta entonces no había hecho más que intentar minimizar las consecuencias negativas de todos sus actos. Por consiguiente, si Dahli iba a encontrar tarde o temprano una manera de devolver la vida al Raen, ¿resultaría más o menos perjudicial que Tyen se implicara en ello?

«Sí —comprendió—. Si el Raen vuelve y se entera de que me negué a ayudar a Dahli, me matará. Matará a Rielle tanto si lo resucito yo como si no. A menos... a menos que consiga llegar a un acuerdo con él. Traerlo de vuelta no sería un favor pequeño, así que no estaría fuera de lugar que le pidiera otro a cambio. Tal vez podría pedirle que le perdonara la vida a Rielle. —Que el Raen aceptara semejante pacto parecía poco probable, pero no imposible—. Si ayudo a Dahli, sabré cuándo estará cerca de alcanzar su objetivo, si esto llega a ocurrir. Podré poner a Rielle sobre aviso. Quizá ella consiga encontrar un lugar donde esconderse antes de que el Raen reaparezca».

A Rielle no le haría gracia enterarse de que él estaba colaborando con Dahli, pero cuando le explicara sus motivos, los comprendería. Por otro lado, más valía que no se



lo comunicara de inmediato. Si resultaba no ser capaz de resucitar al Raen, ella no tenía por qué saber siquiera que lo había intentado.

«Pero si soy capaz..., me aseguraré de tardar mucho tiempo —pensó Tyen—. Si alargo los experimentos y llevo a cabo numerosas pruebas en cada etapa, ella dispondrá de tiempo de sobra para hallar un refugio».

También avisaría a Baluka. Tal vez este podría echar una mano a Rielle, y ella a él. Incluso podría reunir otro ejército y vencer por fin al Raen.

Oyó unos pasos a su espalda. Al volverse, vio que Dahli subía las escaleras.

—No tienes clara tu decisión —observó el hombre—. Y eso que te he ofrecido las condiciones que exigías desde el principio. —Pese a su expresión inescrutable, Tyen advirtió que su desconfianza iba en aumento.

—Estoy reflexionando sobre ello —reconoció Tyen—. Sopesando las consecuencias.

—¿Como cuáles?

—Estaré tomando partido.

Dahli asintió.

—Evidentemente.

—Tendré que aprender a cambiar las pautas.

—Yo te enseñaré.

Tyen escrutó el rostro del hechicero. Sabía que Dahli solo había iniciado en la técnica a una persona: Rielle. El hombre estaba pensando que había tenido que penetrar en la mente de ella para adiestrarla con rapidez. Dudaba que Tyen se prestara a lo mismo.

—Gracias por la oferta —contestó este—, pero dispongo de otro medio para aprender.

Dahli frunció el ceño.

—¿Otra persona?

—Por así decirlo.

—¿El libro? —Dahli bajó las cejas aún más—. Eso puede llevarte una eternidad.

—Tal vez sí, tal vez no. —Tyen extendió las manos a los costados—. No te abriré mi mente a menos que no me quede otro remedio.

—Pero no sabemos... —Dahli torció el gesto—. No sé durante cuánto tiempo conservará el brazo la información. Valhan no estaba seguro respecto a su permanencia.

—¿Supondría una gran diferencia un ciclo más?

—No lo sé —suspiró Dahli.

—Antes de empezar a aprender el cambio de pautas necesito... hacer unos preparativos. Y después..., ¿dónde trabajaremos?

—Tengo una casa en un mundo que simpatiza con nuestra causa, donde contarás con todo lo que necesites.

Tyen hizo un gesto afirmativo. Tendría que marcharse de Doum durante un tiempo. Si no quería revelar sus planes a Rielle todavía, debía idear una excusa creíble. Esperaba pasar más tiempo con ella antes de partir. Si la visitaba cuando ya estuviera trabajando para Dahli, la pondría en peligro. Tal vez conduciría a Dahli directamente hasta ella, o hasta Tarren.

También era necesario solucionar ese conflicto entre Doum y Murai.

—No sé cuánto tiempo me hará falta —le dijo Tyen al hombre—. Puede que un cuarto de ciclo. Tal vez más.

El hechicero apretó los labios, reduciéndolos a una línea fina. La impaciencia y el escepticismo batallaban con la esperanza, pero todo ello sucumbió ante la resignación. Necesitaba la colaboración voluntaria de Tyen. Lo que le trajo a la memoria otro asunto que quería tratar.

—Muy bien. Antes de que te vayas, he de comunicarte que ha llegado a conocimiento de mi gente que un grupo de rebeldes, escindido de los restauradores por considerarlos demasiado indulgentes con los exaliados, está intentando localizarte. Saben que llevas contigo un tesoro que contiene el secreto de la inmarcesibilidad. —Su boca se curvó en una sonrisa sombría—. Puedo encargarme de ellos, si quieres.

Tyen caviló sobre ello. Era una oferta tentadora. No le vendría mal librarse de la preocupación constante de que unos hechiceros estuvieran tratando de darle caza. Si conseguían dar con él, podrían ocasionar que la tarea de salvar Doum y devolver a Vella su forma humana resultara más complicada y peligrosa. Por otro lado...

—No —respondió—. Si te encargas de ellos, siempre existirá el riesgo, por pequeño que sea, de que Baluka descubra que lo has hecho por mí. Y se preguntará por los motivos que te han llevado a hacerme un favor así.

—Si realizas este trabajo para mí, no volveré a pedirte que espíes a Baluka.

Tyen sacudió la cabeza.

—Sospecho que mis contactos resultarán útiles en el futuro, si no para ti, al menos para mí. Tal vez incluso nos ayuden en nuestra labor.

Dahli asintió.

—Deduzco entonces que aceptas mis condiciones.

—Sí —respondió al tiempo que se le escapaba un suspiro.

—En ese caso, avísame cuando te desocupes y estés listo para empezar.

Tyen movió la cabeza afirmativamente.

—Así lo haré.

—¿Ya sabes adónde irás para aprender a cambiar las pautas?

—Aún no.

—Puedo indicarte algunos mundos ricos en magia que podrían ser adecuados.

—Prefiero que nadie conozca mi paradero.

Dahli torció los labios, casi esbozando una sonrisa.

—De acuerdo. Mantenme informado. Si hay materiales o instrumentos que sepas que necesitarás, mándame una lista. Te los conseguiré por anticipado.

Retrocedió un paso y comenzó a desvanecerse. Al cabo de unos momentos, había desaparecido.

Tyen dio media vuelta, subió hasta lo alto de la escalera y contempló la ciudad que se extendía a sus pies. Cuando llegaran las lluvias de meteoritos, algunos de los que se habían quedado atrás sobrevivirían. Sin duda ya habían sobrevivido antes, pues de lo contrario nadie conservaría recuerdos de una época anterior a la llegada del Raen.

¿Podría frenar las lluvias de meteoritos? No tenía ni idea de cómo lo había logrado el Raen, y si lo intentaba quizá solo empeorase las cosas. Tal vez, en vez de eso, podía hacer algo por los grupos que aguardaban a que los transportaran a un mundo nuevo. Le hablaría a Baluka de ese lugar. Le parecía inimaginable que su amigo los abandonara a su suerte bajo los meteoritos como venganza por haber dependido del Raen para sobrevivir.

En ese momento tenía que regresar a Doum. Los arcillarcas podían reaccionar con prontitud a su amenaza de marcharse. Y era muy posible que reaccionaran mal.

«No puedo ayudar a todos los mundos —se recordó a sí mismo—. Pero puedo ayudar a Doum. Puedo ayudar a Rielle a seguir con vida cuando el Raen reaparezca. Y, de paso, tal vez incluso encuentre una manera de ayudar a Vella».

Aun así, no sentía más que un vacío en el fondo del estómago. Era una sensación vieja pero que no dejaba de resultarle familiar.

«Es porque ya he vivido esta situación, la de cerrar un trato con un hechicero peligroso y despiadado, consciente de que no puedo detenerlo, pero con la esperanza de reducir al mínimo los daños que ocasione».

Con la diferencia de que esta vez no ejercería como espía. Llevaría a cabo experimentos y construiría algo, ahora de carne y hueso en vez de mecánico.

Pensar esto no lo hizo sentirse mejor, así que tomó impulso para apartarse del mundo y emprendió el viaje de regreso a casa.

—Necesitarás un mundo con unas reservas de magia superiores a lo habitual —escribió Vella—. Para poder realizar la transformación y marcharte cuando hayas terminado.

«Un mundo deshabitado —añadió Tyen—. Y donde la gente no haga escala al viajar. No quiero ser responsable de que alguien se quede varado en un mundo». Era poco probable que un mundo desierto o con pocos habitantes contuviera mucha magia, pero de vez en cuando alguno se volvía inhóspito para los humanos a causa de un desastre que lo despoblaba pero no reducía la cantidad de magia.

Tyen pensó en el mundo de los meteoritos. Sin duda era rico en magia, pues la población había estado produciendo tesoros con los que pagar al Raen por su protección. Le había enviado a Baluka un mensaje en el que le informaba de la situación de ese mundo, así que tal vez lo había evacuado después de su visita. Sin embargo, una vez que se difundiera la noticia sobre el mundo recién abandonado, otros magos acudirían para llevarse la magia. Si esto ocurría estando Tyen allí, tal vez se quedase atrapado.

—Mientras estés allí correrás peligro a causa de los meteoritos —señaló Vella.

Lo que suscitaba otra pregunta. «¿Cuánto tardaré en dominar el cambio de pautas?».

—Podría llevarte un cuarto de ciclo o muchos ciclos. El proceso será más rápido si te concentras en la tarea durante casi todo tu tiempo. Dahli te ofreció algo más que los conocimientos que necesitas. Es importante que alguien te proporcione alimento, te libere de las distracciones y te proteja cuando estés en situación vulnerable.

«Tendría que confiar en esa persona, fuera quien fuese. Y no me fío de Dahli».

—¿De quién te fías, entonces?

Tyen reflexionó unos instantes y sacudió la cabeza despacio. «Me fiaría de Baluka, pero bastante tiene con cuidar de los restauradores. Podría confiar en Rielle más adelante, pero de momento no la conozco tan bien, y además alguien debe quedarse para vigilar al emperador. Tarren sería fiable, creo, pero no puede abandonar a sus alumnos durante medio ciclo. ¿De verdad necesito a alguien más a mi lado?».

—Si te preparas bien, podrás minimizar las distracciones. Elige un lugar donde la comida abunde o no se estropee con

rapidez.

«Una abundancia de comida implica casi con toda seguridad una abundancia de personas. —Suspiró—. Tiene que haber otra forma de hacer esto. ¿Sería factible acumular magia y llevarla al sitio en el que me instale?».

—Sí. Pero te llevaría mucho tiempo reunir y transportar la cantidad suficiente. Mientras tanto, otros hechiceros podrían encontrar esa magia y utilizarla.

«No mientras sepan que se trata de un mundo muerto y deshabitado. ¿Cuánto crees que tardaría?».

—Depende de cuánta magia extraigas de otros mundos para llenarlo. Si no quieres que los habitantes noten la pérdida de energía, tal vez necesites varios ciclos.

Él negó con la cabeza. «Creía que lo más complicado sería aprender a cambiar las pautas sin alguien que me enseñe. De todos modos, no puedo empezar con los preparativos hasta que concluyan las negociaciones. —Le gruñeron las tripas, aunque fue más una sensación que un sonido—. Más vale que consiga algo de comer. Adiós, Vella».

—Hasta la próxima vez.

Él cerró las tapas y la guardó de nuevo en la bolsa que le colgaba del cuello. Tras colocársela bajo la camisa, se abrochó el chaleco que había empezado a llevar para ocultarla. Por lo tanto, iba demasiado abrigado para el clima de Glaemar, pero sus trabajadores y vecinos suponían que quería presentar un aspecto más formal porque en cualquier momento podían convocarlo a una nueva negociación con Rielle. A algunos les parecía bien, mientras que otros pensaban que se había vuelto un poco engreído desde que había asumido ese papel.

Aún quedaban algunos empleados en el taller de abajo, completando un pedido urgente. Él les preguntó si querían que les llevara algo de comer, pero estaban a punto de terminar y tenían la cena preparada en casa. Los dejó dando los últimos toques a los tornos y se dirigió a uno de sus establecimientos de comida favoritos.

Aunque se hallaba a solo un paseo de su casa, las calles estaban repletas de glaemarenses que se iban a cenar. Antes de llegar a su destino, oyó que una voz desconocida lo llamaba por su nombre. Al buscar al dueño de esa voz, vio a un mensajero que se le acercaba a toda prisa.

—Tyen Tornero —dijo el hombre—. Se requiere tu presencia inmediata en la Casa de los Arcillarcas para una entrevista con Rielle de Murai.

A Tyen le dio un vuelco el corazón. Asintió.

—Gracias.

Lanzó una mirada anhelante a la puerta del restaurante antes de apartarse del mundo. Hasta el momento, la comida que le habían servido en sus reuniones con Rielle había estado bien, pero no era comparable a la que se servía en su barrio.

Siguiendo su ruta habitual, se deslizó por los mundos hasta la isla de Azulejos. Encontró a Rielle esperándolo en el puente, tan hermosa como siempre. Conversaba con Abler. Este destilaba admiración... y pena por el hecho de que una mujer tan elegante representara a Murai en vez de a Doum. Tyen le parecía un poco insulso y desaliñado en comparación.

«Demasiado importante según algunos, demasiado poco según otros», se dijo Tyen.

—Buenas tardes, Rielle Lázuli —dijo, y le dedicó una reverencia cuando los dos se volvieron hacia él. Saludó a Abler con una inclinación de la cabeza—. Abler Tithen.

—Tyen Tornero —respondió el funcionario—. He de felicitarte. El emperador ha aceptado una versión modificada de las condiciones que le presentasteis Rielle de Murai y tú.

—Y los arcillarcas la han ratificado, con algunos cambios aprobados por el emperador —agregó Rielle con los ojos brillantes.

Tyen desplazó la vista del uno al otro.

—¿De veras?

—Sí —contestó ella, riéndose al advertir su sorpresa—. Yo me he quedado igual de atónita.

—El duplicado del documento final estará listo esta noche, hora doumiana —les comunicó Abler—. Y mañana se procederá a su firma y sellado. —Sus labios se ensancharon en una sonrisa formal—. Tras lo cual tu misión habrá terminado, Tyen Tornero. Los arcillarcas y yo te agradecemos la paciencia y la tenacidad que has demostrado en este difícil cometido.

Tyen asintió.

—Era lo menos que podía hacer por un mundo y un pueblo tan hospitalarios. Deseo que gocen de un futuro estable y próspero.

Abler se volvió hacia Rielle.

—Y te hacemos extensivo nuestro agradecimiento, Rielle de Murai, por tu sentido común, imparcialidad y tolerancia hacia un pueblo que en algunos momentos te habrá parecido testarudo y terco.

Ella desplegó una sonrisa que quitaba el aliento.

—Espero que mis esfuerzos hayan beneficiado tanto a Doum como a Murai. — Posó los ojos en Tyen—. Sé que mi mentor, un hombre de gran sabiduría, se sentirá orgulloso.

Le sostuvo la mirada a Tyen durante un poco más de lo normal, y a este se le aceleró el pulso. «Quiere que nos encontremos de nuevo en casa de Tarren». Decidió dirigirse hacia allí en cuanto se desocupara. Aunque hubiera malinterpretado la expresión de Rielle, le apetecía charlar con Tarren.

—Si no hay otra cuestión que quieras tratar conmigo, me despido —anunció ella. Abler sacudió la cabeza.

—Sin duda querrás regresar a tu mundo y quizá unirse a los preparativos para celebrar tu éxito. Te deseo lo mejor.

—Gracias. —Se desvaneció en el aire.

El funcionario se volvió hacia Tyen.

—¿Quieres que transmita algún mensaje a los arcillarcas?

Tyen se quedó pensativo.

—Solo mi agradecimiento y mis felicitaciones. Y que, dados los terribles conflictos que asolan otros mundos, me infunde esperanzas ver que dos de ellos resuelven sus diferencias sin destrucción ni derramamiento de sangre. Espero que otros sigan su ejemplo.

Abler asintió.

—Se lo diré.

—Gracias. ¿Necesitas algo más de mí?

El hombre negó con un gesto.

—Puedes retirarte.

Tyen se impulsó para apartarse del mundo. Desanduvo el camino hasta Glaemar, pues era lo que se esperaba de él, pero al alcanzar la ciudad no regresó a su taller, sino al espacio intermedio, descendió en picado para atravesar el centro del mundo y se alejó de Doum.

Cuando llegó al mundo de Tarren, se acercó al lago desde una dirección distinta a la de su visita anterior. Allí hacía una noche despejada y el mar semejaba un manto ondulado en el que se reflejaban las estrellas. Encontró el camino de antes y avanzó por él ocultando su rastro con cuidado, deslizándose hacia abajo hasta encontrarse bajo la superficie del agua. A continuación, se aproximó al peñasco. Una vez que la torre de piedra lo ocultaba todo, percibió otro camino. Uno recién abierto. Conducía hacia arriba. Tyen lo siguió y, cuando salió deslizándose del peñasco, aparecieron las paredes del patio donde se había reunido con Rielle en su última visita.

Emergió e hizo una pausa hasta que sus pulmones dejaron de succionar aire con dificultad. Le llegaron voces apagadas desde algún lugar de la casa situado a su izquierda. Dos faroles ardían en el interior del patio. Tyen se encaminó hacia allí, y sus suposiciones se vieron confirmadas cuando se encontró a Rielle y a Tarren arrellanados sobre un banco de madera.

—Tyen —dijo Rielle—. Ya creíamos que no vendrías.

Él extendió las manos hacia los lados.

—Se tarda un rato en ocultar el rastro.

Un brillo de interés asomó a los ojos de Rielle.

—¿Ah, sí?

Tarren le lanzó una mirada fugaz.

—Bienvenido, Tyen. Acompáñanos. He encargado que nos preparen una buena cena. Esto hay que celebrarlo.

—¿El acuerdo entre Murai y Doum? —preguntó Tyen mientras se dirigía hacia la puerta.

Rielle los guio a través de la casa.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa imaginabas?

—Nada. Solo quería comprobar que no hubiera tenido éxito otra de tus estratagemas.

El anciano soltó una risita.

—Te habría informado cumplidamente.

Llegaron a una habitación con una mesa pequeña sobre la que se habían servido los primeros platos de la cena. Rielle volvió la vista atrás cuando Tyen entró.

—Algún día tendrás que enseñarme cómo se hace.

Él arrugó el entrecejo.

—¿El qué?

Tarren y ella se sentaron.

—Disimular el rastro.

Él arqueó las cejas, fingiendo que no entendía, mientras ocupaba una de las sillas. Ella sonrió.

—Sé que sabes hacerlo. La última vez que viniste, me extrañó que no hubiera otro camino de llegada, así que fui a echar un vistazo al lugar donde según Tarren habías aparecido. No percibí perturbación alguna en el espacio intermedio.

—Ah.

—¿Algo de beber? —preguntó Tarren.

—Sí, gracias.

El viejo hechicero cogió una jarra y sirvió un líquido morado humeante en una taza de cerámica que le entregó a Tyen. Era una bebida alcohólica dulce y muy fuerte. Rielle hizo chasquear la lengua.

—¿«Ah»? —dijo—. ¿Eso es todo lo que se te ocurre?

Tras reflexionar unos instantes, Tyen asintió.

Ella soltó un gruñido de indignación, pero luego alzó su taza y sonrió.

—Supongo que todos guardamos secretos que preferiríamos no compartir.

—Brindo por las victorias pequeñas pero importantes —dijo Tarren, levantando su copa.

—¿Pequeñas? —Rielle enarcó las cejas.

—Sí —respondió el anciano mago—. Firmar un acuerdo es fácil. Basta con un gesto de la mano y un trazo de tinta. El auténtico desafío reside en cumplir lo acordado.

—Si tuviéramos que esperar a que demuestren que son capaces de cumplir su parte para celebrarlo, a saber cuánto tardaríamos...

—En efecto —contestó Tarren—. Por eso bebemos para festejar nuestros logros, por pequeños que sean.



—O para compadecernos los unos de los otros por nuestros fracasos —añadió Rielle.

—Así siempre hay una buena excusa para beber —concluyó Tyen.

Ella le dedicó una sonrisa.

—¿Qué opinas de nuestro pequeño triunfo, Tyen?

—He de reconocer que ha sido más fácil de lo que esperaba.

—¿Demasiado fácil? —inquirió Tarren.

—Tal vez. ¿Crees que eso hace más probable que el acuerdo se vaya a pique?

El hombre se encogió de hombros.

—No hay modo de saberlo. Si fue por la amenaza de Rielle de cambiarse de bando o la de Tyen de marcharse, quizá no.

Estas palabras desmoralizaron un poco a Tyen. «¿Qué sucederá cuando me vaya para aprender a cambiar las pautas? Si nosotros somos la causa de la colaboración entre ambos mundos, ¿comenzará el emperador a armar intrigas de nuevo?». Cuando aparecieron unos criados y cada uno empezó a rodear la mesa portando una gran fuente, Tarren y Rielle se llenaron el plato. Absorto en sus pensamientos, Tyen no reparó en que un sirviente llevaba un rato de pie junto a él hasta que este se aclaró la garganta.

—¡Perdón! —Tyen agarró el cucharón y se apresuró a servirse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rielle—. Estás ensimismado por algo.

Él posó la mirada en ella y luego en su antiguo mentor.

—He decidido que esta vez me volveré inmarcesible.

Al anciano le brillaron los ojos.

—¡Por fin!

—Ah —dijo Rielle en un tono solemne que contrastaba con el entusiasmo de Tarren.

Este la miró, divertido.

—¿«Ah»?

—En Doum no podrás conseguirlo —explicó ella—. Debes encontrar un mundo rico en magia pero donde no se eche en falta la energía que vas a consumir. —Le miró a los ojos—. ¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

Él apartó la vista.

—Tengo que cumplir una promesa, y al parecer no me será posible sin saber cambiar las pautas.

Ante una mirada de complicidad de Tarren, Tyen le exploró la mente y descubrió que el hombre había adivinado cuál era la promesa. «El libro —pensaba—. Ha encontrado una manera». Tyen disimuló su consternación, consciente de que sin duda Rielle había leído el pensamiento de Tarren.

Ella levantó una ceja.

—¿Necesitas una instructora? Nunca he intentado enseñar la técnica a nadie, pero tengo una idea bastante precisa de lo que implica.

Tyen sacudió la cabeza.

—Sé lo que implica, y prefiero no correr el riesgo de dejar a alguien más atrapado en un mundo sin magia.

—Entonces debes encontrar el mundo más adecuado —aconsejó ella—. ¿Tienes alguno en mente?

Él negó con la cabeza.

—Conozco uno que te vendría bien. Un lugar desierto, deshabitado y abundante en magia. La familia de viajeros con la que conviví una temporada lo visitaba a menudo, pero ahora cae lejos de su ruta habitual, así que no piensan regresar.

—Un mundo desierto.

—Sí. Tendrías que llevar agua y alimentos suficientes para un cuarto de ciclo o más. Yo podría visitarte cuando estuvieran a punto de acabarse y llevar conmigo la magia necesaria para sacarnos a los dos del mundo, por si gastas la energía disponible.

Tyen meditó su oferta por un momento. No se le ocurrían motivos para rechazarla, aunque sabía que debía pedir consejo a Vella antes de aceptar.

—Lo pensaré. Me refiero a lo del mundo, no a tu ayuda. Vaya donde vaya, tu ayuda será siempre bienvenida. —Sonrió, esperando estar ocultando bien su aprensión. «¿Qué le diré cuando me marche para unirme a Dahli? —No había dejado de darle vueltas a la pregunta desde su encuentro con él. Allí, en compañía de Rielle y Tarren, se le antojaba una locura haber accedido a colaborar con Dahli—. Pero si no lo hubiera hecho, Dahli estaría buscando otro colaborador. Si lo encontrara y consiguiera resucitar al Raen, no nos enteraríamos hasta que Valhan se presentara para vengarse de nosotros dos. Prefiero tener la oportunidad de avisar a Rielle y Baluka, así como de persuadir a Valhan para que le perdone la vida a Rielle. Al menos así podré evitar que alguien sea asesinado para que el Raen se quede con su cuerpo. Siempre y cuando encuentre otra manera de devolverlo a la vida, claro está».

Rielle frunció el ceño.

—¿Te preocupa algo?

Tyen buscó otra explicación verosímil para la ansiedad que ella había detectado.

—¿Respetarán el acuerdo Doum y Murai si yo me ausento? No quería marcharme hasta que las negociaciones hubieran quedado cerradas y la paz garantizada, pero no puedo evitar preguntarme cuánto durará sin mí.

—Yo me quedaré en Murai —le recordó ella—. Me aseguraré de dejar claro al emperador que mi amenaza sigue en pie. Si Murai invade Doum, me pasaré al otro bando.

Tyen asintió despacio.

—Eso debería bastar para disuadirlo.

—Es una oferta generosa —le comentó Tarren a Rielle—. Pero ¿y tu determinación de no interferir jamás en los asuntos de un mundo?

—Ya la he quebrantado, ¿no crees? Prometer que protegeré un mundo para luego abandonarlo estaría mal.

Tarren miró a Tyen, pensando que Rielle merecía alguna recompensa a sus esfuerzos. Tyen deliberó sobre qué podía ofrecerle.

—¿El secreto para ocultar el propio rastro sería compensación suficiente por la protección de Rielle?

A Tarren se le cortó la respiración.

—Es... más de lo que esperaba.

Tyen soltó una risita.

—No si Rielle se asegura de que no me quede varado en un mundo muerto.

La amplia sonrisa de ella iluminó la habitación.

—No hace falta que exijas un pago por mis servicios. Pero saber ocultar mis huellas sería una buena forma de no conducir sin querer a alguien hasta el mundo que elijas para aprender a cambiar las pautas. —Miró a Tarren de reojo—. Y puedo explicarte todo lo que recuerdo de mis clases. —Se inclinó hacia delante—. ¿Hay algo en especial que quieras saber?

—¡Basta! ¡Aquí no! ¡Me vais a poner celoso! Toma. —Tarren cogió la botella y se la tendió a Tyen—. Y ahora, idos al mirador los dos.

—¡Pero no podemos dejar que termines de cenar solo! —protestó Rielle, aunque sus platos ya estaban vacíos—. ¿Qué hay del postre?

—Ya pediré que os lo bajen —aseveró Tarren.

Rielle cruzó la mirada con Tyen, y los labios de ella se curvaron en la sonrisa traviesa que él conocía bien. El corazón le dio un brinco y acto seguido comenzó a latir a gran velocidad. Cuando aceptó la botella de manos de Tarren, le sonrió a su vez.

—Bueno, supongo que tu hora de dormir ha pasado hace un buen rato, Tarren —dijo—. No quisiera que te desvelaras por culpa nuestra.

Tarren arqueó las cejas, ofendido.

—No es dormir lo que anhelo, sino tiempo para mí.

Rielle sonrió de oreja a oreja.

—Pues entonces procura no quedarte dormido en tu sillón para demostrar que tienes razón. No estaré siempre a tu lado para sanarte el cuello dolorido.

Él se levantó y agitó los brazos.

—¡Largo! ¡Marchaos! ¡No pienso tolerar que unos mocosos impertinentes se mofen de mí por mi edad en mi propia casa!

Riéndose, ella se puso de pie y le tendió la mano a Tyen. Este la tomó y dejó que ella lo ayudara a levantarse y lo guiara hacia la puerta.

—Vamos, Tyen —dijo—. Tarren necesita dormir, y nosotros tenemos mucho de que hablar.

Mientras ella tiraba de él, Tyen se volvió y advirtió que Tarren los observaba con una sonrisita burlona. En el último momento, antes de que Tyen desapareciera de su

vista, uno de los ojos del anciano se cerró en un guiño más que deliberado.

## SEGUNDA PARTE

# Rielle

Aunque diseñar mosaicos requería casi toda la concentración de Rielle, elaborarlos le dejaba libre la mente para pensar. En un buen día, esto la relajaba, pero últimamente el lento proceso de encontrar la tesela siguiente la ponía nerviosa.

El problema era que, después del desafío que había supuesto negociar un acuerdo entre Murai y Doum, su existencia tranquila entre los artesanos ahora le parecía... en fin, un poco aburrida. Aun así, necesitaba trabajar. Ocultarse de Dahli y sus amigos limitaba sus posibilidades de obtener ingresos. Habría podido amasar una fortuna valiéndose de su extraordinaria fuerza, pero entonces habría llamado la atención sobre sí misma. Había recurrido a sus otros talentos para ganarse la vida, pero conseguir empleo como artista o tejedora no le resultaba fácil por ser una forastera desconocida allí donde iba y, cuando lo conseguía, recibía una retribución modesta en el mejor de los casos.

Por fortuna, había unos cuantos hechiceros inmarcesibles a lo largo y ancho de los mundos, lo que le había permitido pagar las clases de Tarren ofreciéndole sus servicios como sanadora. Había sido su insistencia en que ella aprendiera su estilo de caligrafía lo que la había conducido hasta los mosaiquistas. Con la tinta sobrante, pintaba pequeñas escenas en trozos de papel que Tarren había guardado. Un exalumno que estaba de visita en casa del anciano se quedó impresionado al verlas y se llevó algunas a su mundo para mostrárselas a Bowlen, el maestro mosaiquista. Poco después, el gremio empezó a encomendarle diseños a Rielle.

Los artesanos conformaban un grupo heterogéneo que viajaban de un mundo a otro realizando encargos. Murai era el tercer mundo en el que ella había trabajado desde que se había unido a ellos. Sus funciones consistían oficialmente en pintar diseños, pero como era más rápido que elaborar mosaicos, le habían enseñado los rudimentos del oficio y la habían puesto a trabajar en zonas más pequeñas y menos importantes como bordes y esquinas.

Bowlen le había indicado que no se implicara en la política o los conflictos locales. Ella había aceptado el consejo de buen grado. El maestro mosaiquista no se mostró complacido cuando el emperador insistió a Rielle para que negociara con Doum en nombre de Murai.

«Me habría negado de no ser por Tyen. A veces son la política y los conflictos locales los que te envuelven a ti».

Bowlen incluso había llegado a amenazarla con buscar otros diseñadores. Cuando ella intentó esgrimir esto como excusa para no representar a Murai en las negociaciones, el emperador le manifestó que si el gremio dejaba de darle trabajo, él

ya encontraría a otros mosaiquistas que quisieran trabajar con ella. Aunque esto había salvado su empleo, no la había condecorado precisamente con los artesanos. Por eso el final de las negociaciones había constituido un inmenso alivio para ella, pues le permitiría empezar a arreglar su relación con ellos. Desde entonces solo le habían asignado tareas monótonas para dejarle claro que debía volver a ganarse su respeto. Ella trabajaba con diligencia, cerciorándose de que su labor fuera impecable y recordándose a sí misma que Tyen tenía una misión mucho más tediosa y difícil.

«Ha transcurrido un cuarto de ciclo desde que comenzó —pensó mientras rebuscaba entre sus bandejas de teselas—. No lo suficiente para que haya aprendido ya a cambiar las pautas, me temo. Según Dahli, la mayoría de la gente tarda más tiempo, y aprender de un libro puede suponer una desventaja para Tyen».

Estaba impaciente por que él regresara. Impaciente por seguir conociéndolo mejor. Se le aceleró el pulso al pensar en los momentos que habían compartido en la cueva, hablando y haciendo el amor.

«¿Estoy enamorada?», se preguntó.

No estaba obsesionada como lo había estado con Izare. Dudaba que pudiera estarlo. La joven que había perdido el seso por Izare era inocente e inexperta. La mujer en la que se había convertido ya no lo era. Tenía aspiraciones distintas, aunque aún no estaba del todo segura de cuáles eran. Solo sabía que la situación no podía repetirse, más que nada porque temía que si seguía el mismo camino las cosas acabarían igual.

Dejó caer de nuevo en la bandeja la tesela que había estado contemplando. Era casi perfecta para el hueco que quedaba en el dibujo, pero Bowlen nunca le permitiría trabajar en mosaicos más grandes si la pillaba eligiendo soluciones fáciles.

«Tyen me gusta. Quiero verlo más a menudo. Hacía mucho que no me sentía así». No era que no hubiera tenido amantes después de la muerte de Valhan, pero solo se juntaba con hombres que, como ella, buscaban una aventura pasajera. Hombres que no estaban interesados en conocer la historia de su vida, ni siquiera su nombre real. Hombres a quienes no tenía que confiarles sus secretos.

Pero Tyen ya sabía de la existencia de Qall. La había ayudado a salvarlo. Tal vez era la única persona de todos los mundos de la que ella podía fiarse. Aun así, no las tenía todas consigo, tal vez solo porque el hecho de no poder leerle la mente la ponía nerviosa.

Al mismo tiempo, le resultaba curiosamente excitante. Le gustaba que ninguno de sus pensamientos sueltos pudiera molestarlo. Serían como una pareja normal. Tan normales como podían llegar a serlo dos personas que guardaban secretos peligrosos.

Por otro lado, le habría gustado que él fuera un poco más conversador. «Puede que sea un tanto reservado, pero eso no significa que no esté atento. Pese a que no puede explorarme el pensamiento, se le da bastante bien interpretar mi lenguaje no verbal». Sonrió mientras una sensación cálida le corría por las venas al recordarlo.

Sus ojos se posaron en una tesela de la forma y el color idóneos para el espacio que tenía que rellenar. Valiéndose de unas pinzas, la colocó en su sitio. Quedaba perfecta. En ocasiones valía la pena dedicar el tiempo necesario a encontrar la pieza adecuada. Sin embargo, tendría que realizar elecciones más cuidadosas antes de acabar el mosaico. Examinó el diseño para determinar qué forma necesitaba a continuación y, acto seguido, comenzó a buscarla.

Hasta entonces Tyen no había expresado más que la pasión de un amante. Tal vez nunca expresaría otra cosa. Ella creía que beber los vientos por alguien que no correspondía a este sentimiento era absurdo. Tras haber visto el dolor que una situación semejante había causado a Dahli, estaba resuelta a no volver a caer en la misma trampa. Había prometido que cuidaría de Qall. Protegerlo de Dahli era su máxima prioridad. Tyen tenía también un compromiso personal previo.

Tarren creía que la promesa que había mencionado Tyen y su motivación para aprender a cambiar las pautas era devolverle un cuerpo humano a Vella, la mujer del libro que llevaba consigo. Tyen le había hablado de ella a Rielle una de las noches que habían pasado en la cueva. Esta se había quedado fascinada con la historia de aquella mujer transformada por el Predecesor de Valhan, que solo era consciente cuando la sujetaba una persona y que absorbía los conocimientos de todos los que la tocaban.

Tarren intuía que existía un vínculo entre Tyen y el libro. Según él, era algo análogo a la dependencia que un discípulo siente respecto a su mentor, o la amistad que se establece entre dos personas que han soportado juntas una dura prueba. No había expresado en voz alta su sospecha de que Tyen estaba un poco enamorado de la mujer del libro.

Aunque Rielle no habría descartado ninguna posibilidad después de leer mentes durante cinco ciclos, no creía que Tyen tuviera una fijación fetichista con los libros. Si sentía algún tipo de atracción, no era física. Aún. «A lo mejor quiere devolverle un cuerpo para averiguar si la ama de verdad. Tal vez yo sea la razón por la que quiere saberlo».

Sacudiendo la cabeza, divertida y algo avergonzada por la presuntuosidad de esta idea, se obligó a prestar más atención a su trabajo... y parpadeó al percatarse de que estaba mirando una tesela de la forma y el tamaño exactos que buscaba. La cogió del montón con las pinzas y la encajó en el hueco. Dar con la pieza perfecta dos veces consecutivas era poco probable, pero no imposible. ¿Lo conseguiría una tercera? Se concentró de nuevo en los montoncitos.

Sus pensamientos se desviaron de nuevo hacia Vella. Lo que más intrigaba a Rielle era que Tyen se atreviera a tocar el libro. Este —ella— debía de contener todos sus secretos. Tyen se ponía en una situación vulnerable solo para devolver la conciencia a la mujer encerrada. Era su tesoro, pero también un punto débil muy grande.



¿Perdería Vella la capacidad de absorber conocimientos cuando volviera a tener un cuerpo? ¿Se acordaría de toda la información acumulada o esta se perdería sin remedio? Al devolver su forma humana a Vella, Tyen se arriesgaba a quedarse sin todo aquello que hacía que el libro fuera tan valioso. Sin duda había considerado esa posibilidad y, no obstante, estaba dispuesto a seguir adelante. Tal vez porque le importaba más la mujer atrapada en el interior que su valor como rareza y como utensilio. Tal vez porque intentaba hacer lo correcto.

«¿Podría yo ayudarlo a resucitarla?».

Rielle arrugó el entrecejo. «Si para ello es necesario matar a alguien, no». Quería creer que Tyen era incapaz de algo así. Al fin y al cabo, la había ayudado a salvar a Qall porque no estaba de acuerdo con sacrificar la vida de una persona para dársela a otra.

Bajó la vista hacia la tesela que sostenía. Había dejado vagar la mente otra vez. Tras examinarla en busca de defectos, la desechó. Cayó al lado de una pieza parecida. Más apropiada para el hueco que quería llenar. La depositó sobre el mosaico y la desplazó hacia el lugar que le correspondía. El color de la tesela combinaba con el diseño, y la forma complementaba las de las piezas contiguas. La deslizó hasta colocarla en su sitio.

Se enderezó y estiró la espalda mientras repasaba cuánto trabajo le quedaba por hacer. Solo necesitaría unas pocas piezas más. El dibujo representaba frutos de mundos vecinos que los muraianos consideraban exóticos. Rebosaban de un típico cuenco de cerámica doumiana. El mosaico era una obra destinada a ocupar una esquina, más elaborada que un simple diseño para el borde, pero no tan compleja como el dibujo que quedaría enmarcado por ambas cosas.

Con el rabillo del ojo vio que Bowlen la miraba, pensando que ella estaba trabajando despacio ese día. Concentrándose en el mosaico, Rielle seleccionó las últimas teselas para el cuadrado esquinero y las colocó en su lugar. Tras estudiar el conjunto con ojo crítico, retiró unas pocas piezas que desentonaban con las demás y buscó otras para reemplazarlas. Solo entonces, cuando quedó convencida de que no podía mejorar el resultado, dejó a un lado las bandejas de teselas.

Elaboró en su mente una lista de lo que necesitaría a continuación. Para empezar, un cuadrado de tela y cola para pegarlo sobre del mosaico. Esto permitiría levantar todas las piezas juntas y fijarlas con argamasa en su ubicación definitiva. Una vez que fraguara el mortero, habría que desprender la tela y calafatear las grietas. Sin embargo, antes Bowlen debía dar el visto bueno a su trabajo. Ella alzó la mirada y lo localizó al fondo de la zona de trabajo.

Cuando avanzó un paso hacia él, un sonido distinto de cuanto había oído en ese mundo ocasionó que todos levantaran la cabeza. No era muy fuerte, pero fue intensificándose hasta convertirse en un rugido.

De pronto, todos y todo, incluida Rielle, se vieron por el suelo.

Sintió un dolor en el hombro que remitió enseguida cuando su cuerpo usó la magia para sanar. Su primera reacción fue inmovilizar el aire situado encima de los artesanos, por si el techo estaba a punto de desplomarse. Acto seguido, se puso de pie con dificultad, quitándose el polvo de los ojos. Comprobó aliviada que las columnas que sostenían el tejado del palacio estaban intactas. Teselas cayeron en cascada desde su ropa, su piel y su cabello. Sonaron repiqueteos y tintineos en torno a ella mientras los demás se levantaban y se quitaban el polvo.

Se impuso un breve silencio cuando cobraron conciencia de la destrucción que había acabado con meses de trabajo. Solo las mesas más robustas seguían en pie, pero todo lo que había encima se había desparramado. Aquella fuerza misteriosa había levantado los bordes del grueso papel en el que Rielle había pintado su diseño, que había salido despedido junto con las teselas cuidadosamente colocadas.

Quejidos y maldiciones atronaron el aire, casi todos por el estropicio y la pérdida de centenares de jornadas de trabajo, pero también por el gran número de heridas leves que habían sufrido.

«¿Cómo no se me ha ocurrido protegernos con un escudo? —se preguntó Rielle. Las expresiones de los demás hechiceros del grupo reflejaban la misma amarga pesadumbre—. Ha sucedido con demasiada rapidez y no teníamos idea de qué significaba ese ruido».

Ruido que se había debido a... ¿qué, exactamente?

Tras enderezarse, se volvió en la dirección de la que había procedido la fuerza y escudriñó el terreno con los ojos y la mente. Lo primero que vio fue algo que se movía a varios cientos de pasos de distancia. Estaba formándose una multitud. Eran criados, confundidos y asustados. Tampoco tenían la menor idea de qué había sucedido. Mientras Rielle buscaba mentes más lejos, sus oídos percibieron algo. Un sonido nuevo, lejano y cambiante. No era un murmullo de voces. Parecía más bien el retumbo de un trueno.

Una brisa le puso la carne de gallina. Aunque las corrientes de aire no eran infrecuentes en el palacio, aquello resultaba extraño. Al cabo de un momento comprendió por qué: nunca había sentido un viento que soplara desde la parte delantera del enorme edificio. La ventilación solía proceder de un costado. Del río.

Su mente dejó de encontrar sirvientes desorientados y empezó a detectar a otros que estaban aterrorizados. Todos creían que alguien estaba atacando el palacio.

—Pero ¿quién? —farfulló mientras proyectaba los sentidos más allá, hasta la entrada principal del edificio, donde, por fin, localizó la mente de un guardia que sabía qué estaba ocurriendo. Lo que pensaba mientras huía de su puesto la estremeció.

«No corresponde a las personas como yo librar esta batalla. Solo los hechiceros de palacio pueden defendernos. ¡Más vale que se den prisa, o no quedará ningún palacio que salvar!». A través de sus ojos, Rielle vio varias partidas de hombres y

mujeres vestidos de paisano que se acercaban a un enorme boquete en la muralla del palacio. Su indumentaria le resultó familiar...

—Doumianos —dijo una voz próxima a Rielle.

Sobresaltada, devolvió la atención a su entorno. El grupo de artesanos más cercano la miraba sin hacer el menor esfuerzo por disimular su desaprobación y suspicacia. Ella aseguraba haber negociado la paz entre los dos mundos. Saltaba a la vista que había fracasado. Tal vez ese había sido su objetivo desde el principio. Abrió la boca para protestar, pero la cerró al comprender que nada de lo que dijera los convencería por completo de que esto último no era verdad.

Además, tenían razón: había fracasado. Doum estaba invadiendo Murai. Los arcillarcas habían roto el acuerdo. Ella frunció el ceño. «Justo cuando Tyen se encuentra a varios mundos de distancia. No creo que sea una casualidad».

Le había prometido defender Doum si ocurría algo durante su ausencia. «No, prometí defender Doum si Murai lo invadía, no en el caso contrario». Aun así, flaqueó en su determinación de mantenerse al margen de los conflictos locales.

—Rielle Lázuli —atronó una voz.

Se volvió. Un funcionario se le acercaba. Al ver sus intenciones de entregarle el emplazamiento del emperador, se envaró y su rostro adoptó lo que esperaba que fuera una expresión digna pero apropiadamente adusta.

—¿Sí?

—El emperador reclama tu presencia.

Ella se permitió esbozar una mueca.

—Sí, ya me imaginaba que lo haría.

El funcionario giró sobre sus talones y echó a andar, con el propósito de obligarla a correr para no quedarse rezagada. Ella se resistió, andando con zancadas largas y decididas a fin de darse tiempo para meditar qué le diría al emperador. «Dependerá de qué motivos haya detrás de la ofensiva doumiana. ¿Se trata de una represalia por otro ataque muraiano? ¿O de la invasión de Murai por parte de Doum? Sea lo que sea, los arcillarcas deben de haber encontrado una manera de superar su inferioridad numérica y de fuerzas. Quizá hayan sellado una alianza con otro mundo».

Expandió sus sentidos buscando mentes de hechiceros doumianos. Cuando dio con una, los pensamientos de este estaban centrados en la batalla, por lo que no le proporcionaron mucha información. Lo que vio, no obstante, estuvo a punto de dejarla paralizada de estupor delante de la sala de audiencias.

Los arcillarcas planeaban lanzar una invasión desde el principio. Los cuatro más poderosos habían iniciado los preparativos para la guerra incluso antes de que los mercaderes muraianos atacaran el mercado, pues sabían que cuando se negaran a bajar sus precios, los comerciantes tomarían represalias. Los espías les habían revelado que el emperador había hablado de anexionar Doum a su imperio. Solo le faltaba una excusa.

Los hechiceros doumianos se educaban en un sistema de ámbito mundial que les proporcionaba una formación básica en todas las ramas de la magia antes de que se especializaran en los campos que les exigían los artesanos, que eran como sus familias. Los arcillarcas permanecían en contacto con esos magos para recibir formación continuada en diversas áreas, desde la sanación hasta las destrezas marciales. Tras el ataque al mercado, la mayoría de los hechiceros de Doum había aceptado recibir adiestramiento gratuito para el combate, con el fin de estar preparados para otra posible agresión.

Los intentos de negociar de Tyen y Rielle les habían facilitado el tiempo que necesitaban. Cuando los arcillarcas habían hecho un llamamiento a los magos para que apoyaran su «solución» a la amenaza de Murai, casi todos los hechiceros del mundo se habían ofrecido voluntarios, sin saber que el objetivo de los arcillarcas era la invasión.

«O Tyen no fue en busca de los arcillarcas, o no los encontró. —Rielle dudaba que se hubiera marchado si hubiera sabido lo que tramaban—. Al menos... espero que no lo supiera».

Tras entrar en la sala de audiencias, Rielle se acercó al emperador y se detuvo para ejecutar una reverencia cuando alcanzó el lugar y el momento indicados. Mientras tanto, su mente trabajaba a toda velocidad.

«Los arcillarcas nunca abrigaron la intención de cumplir acuerdo alguno. Habrían podido prolongar nuestras negociaciones durante todo el tiempo que necesitaran para prepararse, aunque cuanto más las alargaran, mayor sería la probabilidad de que Tyen o yo descubriéramos la verdad. Aceptaron nuestras condiciones una vez que estaban listos».

Al igual que el emperador. Sus espías en Doum habían observado a unos hechiceros que regresaban del adiestramiento militar y le habían advertido que conquistar el mundo vecino no sería tan fácil y rápido como parecía en un principio. Los consejeros habían dicho que habría que gobernar Doum a distancia, lo que lo obligaría a delegar su autoridad en alguien que más tarde podría volverse contra él o sus herederos. Esto traería consigo interminables reuniones y sesiones de planificación; además, los hechiceros exigían sueldos exorbitantes cuando iban a la guerra. Y todo para satisfacer a un hatajo de mercaderes arrogantes, ansiosos por arañar unas monedas más de beneficio a un comercio que ya los había hecho ricos.

Cuando había dispuesto de tiempo para reflexionar sobre ello, el emperador se había revelado como demasiado perezoso y avaro para declarar una guerra. No había previsto que Doum pudiera invadir Murai. La facilidad con que lo habían embaucado habría resultado satisfactoria de no ser porque a Tyen y a ella también los habían utilizado y engañado, y la trama desembocaría en guerra y muertes.

—Emperador Izetala-Moraza —dijo Rielle poniéndose recta.

—Rielle Lázuli —respondió él, mostrando los dientes—. ¿Estás al tanto de que el ejército doumiano está fuera, arrasando la ciudad e intentando penetrar en mi palacio?

Ella asintió.

—Acabo de enterarme.

—¿Sabías que llevaban un tiempo planeándolo?

Ella sacudió la cabeza.

—No.

—Me cuesta creerlo. ¿No echaste un solo vistazo a sus mentes?

—Como ya os había explicado, solo Tyen y un funcionario se hallaban presentes durante las negociaciones. Él desconocía el paradero de los arcillarcas, igual que yo el vuestro.

—¿No les leíste el pensamiento?

—No. Eso habría supuesto traicionar su confianza y...

—¿Qué confianza? —El emperador extendió la mano hacia ella con brusquedad—. No pudiste explorarle la mente a él ni quisiste explorársela a ellos. ¿De qué nos ha servido tu ayuda?

Rielle inspiró hondo y exhaló.

—De lo mismo que la de cualquier otro negociador, con la ventaja añadida de que Tyen Tornero tampoco podía leerme la mente a mí.

El emperador dejó caer ligeramente los hombros. Se llevó la mano a la cara pero la apartó enseguida.

—En ese caso, debes elegir —señaló—. O me ayudas a defender mi mundo o te vas.

Rielle se obligó a sostenerle la mirada.

—Como ya he dejado claro, matar no figura entre los servicios que ofrezco.

—Entonces márchate de mi mundo y no vuelvas nunca.

Ella le dedicó otra reverencia.

—Si ese es vuestro deseo... Os aseguro que me embarqué en las negociaciones por la paz entre los dos mundos con la mejor de las intenciones y lamento no haberla conseguido. Creía que los arcillarcas estaban tan dispuestos a cumplir los acuerdos como vos, emperador.

Él contempló a Rielle con frialdad, pues no estaba de humor para reconocer que ella no tenía la culpa: nunca había sido un soberano inclinado a perdonar los fracasos.

Ella dio media vuelta para marcharse.

Dos hechiceros la siguieron mientras regresaba al lado de los mosaiquistas, suplicándole que no los abandonara en ese trance. No podía responder: la compasión y el pesar le atenazaban la garganta. «Podría intentar ayudarlos, pero eso implicaría matar doumianos. Ocasionaría que Murai intentara vengarse de un Doum debilitado..., lo que provocaría más muertes. Si los doumianos toman el palacio con rapidez, tal vez el derramamiento de sangre sea menor. —O tal vez no: le vino a la memoria la confesión de Valhan de que no siempre podía predecir el resultado de su interferencia en los mundos. Sacudió la cabeza—. No debería haberme entrometido. No lo habría hecho de no ser por Tyen...».

—No tenemos la menor posibilidad de vencer a ese mago, el tal Tyen Tornero — dijo uno de los hechiceros.

—No —convino ella. Estuvo a punto de decirles que Tyen no estaba allí. Si temían que formara parte de la invasión, quizá se rendirían antes, lo que salvaría más vidas—. No creo que esté apoyando esta ofensiva, pero no estoy segura. Iré a Doum a investigarlo.

Después de cruzar la mirada, los dos hechiceros se alejaron a toda prisa hacia el ruido cada vez más fuerte que resonaba en la parte delantera del palacio.

«¿Y si es verdad que Tyen ha vuelto? ¿Y si está detrás de todo esto?».

Tenía que averiguarlo. Sería peligroso que intentara localizarlo. Sus poderes eran equiparables a los de ella, por lo que tal vez le bastaría con la ayuda de unos pocos magos más para superarla en fuerza. Rielle dudaba que pudiera confiar en que alguno de aquellos hechiceros muraianos la protegiera. Por otro lado, como le había enseñado Tarren, no siempre vencía el hechicero más poderoso, sino el primero en apoderarse de toda la energía disponible. Tampoco tenía que acudir a Tyen directamente. Podía leer mentes hasta dar con un doumiano que conociera su posición en ese conflicto.

«¿Y si está implicado? —Meneó la cabeza—. Imposible. No sería capaz».

Lo cierto era que no podía saberlo con certeza.

Los mosaiquistas habían regresado a su zona de trabajo. Se encontraban de pie en torno a la mesa más grande y, cuando ella llegó, todos se volvieron en su dirección. Pocos tenían una expresión amigable. Se percató de que la culpaban de haber malogrado el lucrativo arreglo al que habían llegado en Murai, así como de poner sus vidas en peligro al llevar los enfrentamientos hasta allí.

—Bowlen —dijo al encontrar al maestro—. Los arcillarcas tenían prevista esta invasión desde un primer momento, incluso desde antes de que los mercaderes atacaran el Gran Mercado de Doum. Puedo auxiliaros para que huyáis a un lugar seguro, si queréis.

Bowlen negó con la cabeza.

—Podemos cuidar de nosotros mismos. —Aunque la oferta le parecía loable, su voluntad no flaqueó. Apretó los labios, reduciéndolos a una línea—. Hemos decidido no seguir utilizando tus diseños.

Ella asintió.

—Lo entiendo. Buena suerte.

No había más que hablar. ¿Qué debía hacer ahora? Se encaminó hacia sus «aposentos», elaborando mentalmente una lista de los enseres que se llevaría consigo y los que dejaría. Pensó de inmediato en Timane, la criada a la que había ayudado. Aunque Rielle le había enseñado a usar sus dotes mágicas, estas eran pequeñas y no le servirían para defenderse de un hechicero doumiano medio. Al dirigir la vista hacia la tela que cubría la entrada, advirtió que esta se movía. Proyectó los sentidos y percibió un pensamiento rápido y repetitivo.

«Llévame contigo. Llévame contigo. Llévame contigo».

Cuando Rielle llegó ante la colgadura, la apartó para entrar.

—Debo abandonar este mundo —le anunció a la joven al entrar con paso decidido—. Es posible que nunca regrese. Pero antes te llevaré a tu hogar.

—¡No! —Timane se estremeció—. Volverán a venderme como sirvienta. Llévame contigo.

—¿Hay algún otro lugar al que pueda trasladarte?

—No. No tengo adónde ir.

Aunque no era del todo cierto, Rielle comprendía el razonamiento de la muchacha. Ponerla a salvo implicaba transportarla hacia un sitio desconocido para ella en el que tendría que empezar de cero, así que ¿qué más daba que ese sitio estuviera en Murai o en otro mundo?

Además, sin duda la reputación de la chica había quedado manchada por haber sido la única doncella de la negociadora forastera que no había conseguido descubrir los planes de invasión de los doumianos.

Mientras Rielle recogía algunos objetos personales y su provisión de gemas, Timane sacó a rastras de detrás de la columna una funda de almohada abultada.

—He encontrado tus joyas y te he preparado una muda de ropa.

—Gracias.

La joven, en vez de entregarle la bolsa improvisada, se quedó mirándola con expectación. Rielle la contempló, pensativa. «¿Y si cambia de idea? Supongo que tendré que traerla de vuelta. Bueno, eso puedo hacerlo, en caso necesario. Es más de lo que pude hacer por Sezee». Si le hubiera sido posible regresar para comprobar si su doncella del nuevo palacio del Raen estaba sana y salva, lo habría hecho, pero eso habría significado poner en peligro su vida y la de Qall. Tal vez en esta ocasión podía asegurarse de que una persona que le había prestado sus servicios acabara en un lugar mejor, no peor.

—¿Dónde están tus cosas? —preguntó Rielle, y señaló la funda de almohada con un movimiento de la cabeza.

—No poseo nada de valor.

Un estampido procedente de la parte anterior del palacio hizo vibrar el suelo. Una fina lluvia de polvo se desprendió del techo allí donde se juntaba con las columnas. Con el rabillo del ojo, Rielle vio que los artesanos desaparecían. A lo lejos, unos criados corrían hacia el río, la salida más próxima del palacio.

Timane permanecía de pie, temblando de miedo. Rielle le tendió la mano. La sorpresa y la alegría iluminaron el rostro de la muchacha. Le tomó la mano, cerrando los ojos, como preparándose.

—Respira lo más hondo que puedas —le indicó Rielle—. No hay aire entre los mundos.

Timane hinchó el pecho. Rielle acumuló magia suficiente para llevarla hasta Doum y traerla de regreso, así como para defenderse si alguien las atacaba. Estuvo

tentada de absorber toda la energía que rodaba el palacio para ralentizar la invasión, pero se contuvo. El emperador no quería que interfiriese. Se apartó del mundo.

A lo largo del trayecto a Doum caviló sobre cómo encontraría a Tyen. Suponiendo que los hechiceros doumianos habían viajado a Murai desde Alba, la más cercana de las ciudades alineadas con Glaemar, buscó sus rastros. En efecto: muchos habían atajado por el espacio intermedio. Siguió uno de ellos hasta que Alba empezó a emerger de la blancura, debajo de ella. El camino torcía y se alejaba en vez de descender hacia la ciudad, así que ella lo dejó y bajó en picado hacia la metrópolis.

Tras elegir una callejuela oscura y desierta, se materializó junto con Timane. Esta exhaló de inmediato y tomó una gran bocanada de aire. Mientras recuperaba el aliento, Rielle examinó las mentes de las inmediaciones buscando un nombre. No tardó mucho en encontrarlo.

«... Tyen Tornero regrese, se enfadará...».

«... una lástima. Me caía bien. Pero no manda él, sino los arcillarcas. Forrel incluso destruyó su torno. Qué desperdicio. Los arcillarcas han dejado claro que nadie debe decir una palabra contra quienes trabajaban para él, así que me imagino que eso es aplicable también a los tornos con los que trabajaban. No estoy...».

A través de los ojos de aquellas mentes, Rielle vio imágenes de unas ruinas humeantes. La casa y el taller de Tyen. Rielle soltó un leve suspiro de compasión y alivio. Tyen no estaba detrás de la invasión. Sin embargo, cuando volviera, se llevaría una sorpresa muy desagradable. Todos sus bienes —menos los que se habían llevado los saqueadores— habían ardidido a manos de un pueblo que él amaba y al que había intentado ayudar. Unas personas que lo habían utilizado con fines siniestros.

«Tengo que ponerlo sobre aviso —pensó ella. Pero eso implicaría interrumpir su intento de aprender el cambio de pautas. ¿Cómo reaccionaría cuando se enterara de la noticia?—. Querrá regresar para tratar de frenar la guerra. Quizá esto lo obligue a recomenzar de cero su aprendizaje del cambio de pautas. —Se planteó la posibilidad de dejarlo en la ignorancia, pero sacudió la cabeza—. La decisión le corresponde a él, no a mí».

¿Se uniría a él para intentar poner fin al conflicto? Arrugó el entrecejo. «Aparte de amenazar con despojar de magia a ambos mundos, ¿qué podemos hacer? Tal vez a Tyen se le ocurra algo». Miró a Timane.

—Respira hondo otra vez.

Cuando la chica aguantó la respiración con los carrillos inflados, Rielle se impulsó para apartarse del mundo.



—Es su letra —dictaminó Tarren—. Y se nota que lo escribió con prisa.

Rielle contemplaba la piedra, lisa salvo por los glifos inscritos en ella. «Estoy vivo. Volveré». Ella la había encontrado en el transcurso de una larga e infructuosa búsqueda después de descubrir que Tyen y sus pertenencias habían desaparecido del mundo desértico. Los caminos en el espacio intermedio la habían conducido alrededor de dicho mundo, pero no le habían revelado nada, o bien se alejaban de él para entroncar con rutas muy transitadas hacia varios mundos cercanos. Él podía haber seguido cualquiera de ellas. Cuando se dirigía de vuelta hacia el mundo desierto, pensando que tal vez Tyen había enterrado un mensaje en la arena, hizo un alto para buscar el lugar de llegada en el mundo vecino y encontró la piedra grabada sobre el tronco de un árbol recién talado.

Cayó en la cuenta de que le estaban rechinando los dientes y relajó las mandíbulas.

—¿Qué crees que significa?

Tarren se encogió de hombros.

—Que tanto si se marchó por voluntad propia como si no, habiendo o no alcanzado su objetivo, está a salvo. Que regresará, aunque no se atreve a revelar cuándo o adónde.

—Podría referirse a este mismo lugar, al sitio donde hallé la piedra o al mundo desértico. —Rielle dio media vuelta y echó a andar de un lado a otro—. Por otra parte, estamos dando por sentado que el mensaje iba dirigido a nosotros. Tal vez lo escribió para otra persona. —Frunció el ceño—. Quizá debería devolverlo al lugar donde él lo dejó.

Tarren se volvió de manera que la luz incidiera en la piedra desde una dirección distinta.

—No, creo que es para nosotros.

Ella regresó a su lado.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha añadido unos pequeños trazos curvos al final de estas rayas —señaló él—, algo típico de la escritura de su mundo. Yo los llamaba «antenas» y lo obligaba a reescribir cada glifo al que se las ponía. Llegó a ser una broma recurrente entre nosotros.

—Lo que significa que nosotros somos los destinatarios. O por lo menos tú. Pero no ha vuelto. —Rielle notó una sensación incómoda en el estómago—. ¿Podrías calcular más o menos cuándo lo escribió?

El anciano negó con la cabeza.

—¿Era reciente el camino?

—No mucho. Al principio he supuesto que nadie lo había utilizado desde que lo llevé allí. He encontrado indicios de que alguien se había alejado de su campamento deslizándose, pero después de unas paradas el camino se apartaba del mundo. Y fue abierto hace tiempo. Supongo que quizá él se quedó unos días más y disimuló su rastro cuando se marchó.

—No siguió ninguna de las rutas que se alejaban del mundo, pues de lo contrario habría borrado también todas las señales de uso anterior. —Tarren depositó la piedra sobre la mesa del comedor—. Así que, o partió poco después que tú por uno de los dos caminos que aún son detectables, o siguió una ruta distinta que tal vez ocultó más tarde.

El malestar que sentía Rielle se había convertido en una mezcla de náuseas y pavor.

—La magia en el mundo desierto ha disminuido mucho, pero no ha desaparecido del todo. Si hubiera conseguido su objetivo, sin duda habría regresado aquí, ¿no?

—Pero entonces, ¿por qué dejó el mensaje? —repuso Tarren—. Tal vez volver entrañaba algún riesgo. Tal vez sus enemigos lo alcanzaron y él no quiso conducirlos hasta nosotros.

—Si lo encontraron, quizá lo interrumpieron antes de que completara la transformación. —Rielle suspiró—. Yo creía que ese mundo era un lugar seguro. Solo los viajeros lo visitaban, y habían dejado de ir allí porque los mundos que lo flanqueaban se habían vuelto peligrosos para ellos. —Al cabo de unos instantes, agregó—: Quizá los hechiceros de esos mundos extraían magia de allí, y cuando se percataron de que disminuía por momentos, investigaron el motivo y se toparon con él, o empezaron a absorber la mayor cantidad posible antes de que se agotara.

Tarren sacudió la cabeza.

—Él habría regresado aquí antes de buscar un mundo nuevo donde trabajar. No, algo le ha impedido venir, y la respuesta más simple es que han sido sus enemigos.

Ella se frotó los músculos del abdomen, que se habían tensado aún más.

—¿Es posible que ellos siguieran mi rastro? No se me da tan bien ocultarlo como a Tyen.

—Aunque haya sido así, no deberías culparte por ello, Rielle. —Tarren le posó la mano en el hombro—. Hiciste todo cuanto podías para evitar que alguien te siguiera la pista. Hasta donde sabemos, cabe la posibilidad de que se marchara por otra razón.

—Entonces ¿por qué no vino a explicárnoslo? ¿O por qué no mandó un mensaje?

—Sí que lo hizo: nos dejó esto. —Tarren alzó la piedra y, al advertir la expresión de Rielle, le dio un apretón en el hombro—. Ya lo averiguaremos cuando regrese. Ahora no podemos hacer más que cruzar los dedos y esperar.

—¿Y buscarlo no? —preguntó Rielle, aunque conocía la respuesta.

—¿Y arriesgarnos a guiar a sus enemigos hasta él? —Tarren sacudió la cabeza—. Tyen sabe cuidarse solo. Regresará o encontrará un modo de ponerse en contacto cuando no suponga un riesgo. —Soltó una risita—. Me he convertido en el servicio de mensajería para vosotros dos. Por cierto... —El anciano se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó un papel traslúcido lacrado—. Esto te llegó ayer.

Rielle cogió la carta, rompió el sello y la desplegó. Nadie le enviaba mensajes aparte de Leyikh y Ankari, pero eso Tarren no lo sabía. Para dar la impresión de que mantenía correspondencia con más de una fuente, los viajeros alternaban entre materiales y métodos de envío distintos cada vez que se ponían en contacto con ella.

El papel estaba elaborado con varias capas formadas por tiras de una fibra de junco o hierba. En él había varias palabras y cifras escritas con una pintura brillante endurecida. Al contarlas para encontrar aquellas a las que debía prestar atención, descifró una fecha y el número cuatro.

Las palabras revelaban que los viajeros querían reunirse, y el número le indicaba el lugar. La fecha era la prevista para su llegada a ese lugar, donde permanecerían unos pocos días a lo sumo. Calcular una fecha en el ciclo de los viajeros requería unas operaciones matemáticas demasiado complicadas para realizarlas mentalmente. Se encaminó hacia el reloj de Tarren.

Antes de conocerlo, cada vez que necesitaba saber la hora según el calendario de los viajeros buscaba algún mundo con una civilización lo bastante avanzada para que alguien en él llevara la cuenta del tiempo. En casa de Tarren le bastaba con consultar el reloj, que mostraba la hora de los viajeros en correlación con la de un mundo desconocido, y que él había rescatado de Liftre después de que la escuela quedara abandonada. Cruzó la casa hasta el lugar donde se encontraba, en una hornacina de la pared. Tarren soltó un leve resoplido irónico cuando se detuvo.

—Lo fabricó Tyen —le informó.

—¿Qué? ¿De veras? —Le clavó la vista antes de posarla de nuevo en el reloj. Ahora que lo sabía, le resultaba evidente. Su aspecto era similar al del insecto mecánico que Tyen había creado—. ¿Es la hora de su mundo la que marca junto con la de los viajeros?

—Eso creo —respondió Tarren.

Ella estudió las agujas y el número, que indicaba que en un lugar del mundo de Tyen era invierno y de noche. Sin embargo, esta información no le resultaba útil. Dirigió su atención hacia los ajustes del tiempo de los viajeros.

—Hace cinco días de los viajeros. —Lanzó el mensaje hacia arriba y lo hizo vibrar cada vez más deprisa hasta que comenzó a despedir calor. El papel estalló en llamas y enseguida quedó reducido a una fina lluvia de ceniza—. Dile a Tyen, si vuelve antes que yo, que estoy enfadada con él por escribir un mensaje tan inútil. ¿Te importa si dejo aquí a Timane durante unos días?

Tarren torció el gesto.

—¿Es imprescindible? Uno de mis alumnos ha decidido que está enamorado de ella.

—¿Tan pronto?

—Es bastante atractiva.

Rielle sonrió.

—Supongo que me he acostumbrado a vivir rodeada de belleza. El emperador de Murai se empeña en que todos sus sirvientes resulten agradables a la vista. ¿Corresponde ella a los sentimientos de tu alumno?

Tarren arqueó las cejas.

—No es de extrañar que, considerando la diferencia entre su grado de madurez y el de él, no esté tan ansiosa ni tenga tanta prisa por creerse enamorada.

—Menos mal. —Rielle exploró la casa con los sentidos en busca de la mente de Timane. La encontró en una habitación al final del pasillo, donde aguardaba vacilante a que la llamara—. ¡Timane! —Se oyeron unos pasos rápidos, y la joven irrumpió en la estancia.

—Me alegra que hayas vuelto, Rielle Lázuli —dijo en muraiano—. ¿Han llegado a buen puerto tus gestiones?

—No, pero ahora tengo otros asuntos de los que ocuparme. —Rielle se quedó callada al percatarse de que la chica llevaba ropa distinta—. Te has mudado.

—¡Detesto ese uniforme! —Timane se estremeció—. Les he pedido a los criados de Tarren que lo quemen.

Rielle reprimió una sonrisa. El atuendo de los sirvientes estaba concebido para favorecer a quien lo llevara, pero resultaba tan incómodo como poco práctico.

—Menos mal que te han dado otra ropa que ponerte.

—Tenías un montón de cosas bonitas en el palacio. ¿Regresarás a recogerlas?

—No. No tengo tiempo. Además, es más fácil viajar con poco equipaje. Si quieres acompañarme en mis viajes, deberás acostumbrarte a no acumular más pertenencias que las que puedas llevar contigo.

Timane se encogió de hombros.

—Nunca he poseído muchas. Ni siquiera en el palacio. No tiene mucho sentido cuando otros criados te las roban.

Rielle se le acercó y le tendió la mano.

—Te encontraré un hogar donde podrás conservar todos los objetos lujosos que consigas. Por el momento, viajaremos solo con lo esencial. Compraré mochilas para las dos y un monedero para ti en el trayecto a nuestro destino. A partir de ahora, intenta hablar el idioma de los viajeros. Gracias a la actividad comercial que han desarrollado en muchos mundos a lo largo de miles de años, su lengua es la más hablada, aunque solo la utilicen los mercaderes y los hechiceros de cada mundo. Te la seguiré enseñando durante los viajes.

La joven asintió, tomó la mano de Rielle y se volvió hacia Tarren.

—Ha sido un honor conocerte —dijo. Luego, al recordar que debía tomar una gran bocanada de aire y aguantar la respiración antes de emprender una travesía entre mundos, se apresuró a inspirar.

Rielle, que no quería que la muchacha se quedara sin aliento, se despidió de Tarren con una inclinación de cabeza y se apartó del mundo.

Avanzaban con lentitud a causa de Timane. Cada vez que llegaban a un mundo, Rielle esperaba a que recuperara el resuello. Al caer en la cuenta de que antes de volverse inmarcesible a ella le sucedía lo mismo, recordó las ocasiones en que Valhan la había llevado a ver los mundos en los que había influido por medio de intercambios de favores tanto con los poderosos como con los humildes. Él había reconocido que no era capaz de predecir el resultado de su intervención.

«Y, a pesar de todo, intervenía. —Le vino a la memoria la mente que había alcanzado a vislumbrar durante la resurrección. No había percibido en ella un interés especial por los mundos o un deseo de protegerlos; solo el afán de mantener su posición como soberano de todos ellos. No había visto nada que explicara por qué deseaba gobernarlos, para empezar, o si le importaba si sus súbditos lo amaban o lo odiaban—. Creo que habría preferido que lo adoraran, aunque quizá no por vanidad. La obediencia voluntaria sin duda facilita mucho la tarea de un gobernante».

Esa necesidad que tenía de estar al mando en general... Ella había llegado a comprender que eso era lo que le confería aptitud para ser el Raen, y lo que la incapacitaba a ella por completo para ser la Sucesora. ¿Era esa la interpretación correcta de la Ley del Milenio? ¿Se cumpliría la profecía si alguien con la ambición y la fuerza necesarias para ello se hacía con el poder?

«No es una profecía muy impresionante —reflexionó—, si hay que retorcerla y manipularla para adaptarla a las circunstancias reales».

Un mercado al aire libre se oscureció en torno a ellas. Aunque era de noche, el mercado nunca cerraba y estaba solo un poco menos concurrido que cuando ella lo había visto antes, de día. Guio a Timane por un pasillo, intentando recordar dónde estaba el puesto de bolsas.

Timane miraba alrededor, fascinada.

—¿Puedo preguntarte adónde vamos?

—A comprar unas mochilas.

—Me refiero a después de eso.

Rielle se detuvo unos instantes para explorarle la mente. Timane sentía curiosidad, pero a la vez se recordaba a sí misma que se había puesto en manos de una hechicera y debía resignarse a no saber qué le deparaba el futuro.

—No puedo decírtelo —contestó Rielle—. No es porque no quiera o porque no me fíe de ti, sino porque un hechicero más fuerte que tú podría leerte el pensamiento, y por aquí hay muchos. Estaremos más seguras si mis secretos continúan siéndolo, incluso para ti.

Timane asintió y se encogió de hombros.

—Mientras no me vendas como esclava o a unos caníbales, no tengo inconveniente.

—Te prometo que no haré ninguna de las dos cosas. Además, ya no eres mi doncella, Timane.

—Entonces ¿qué soy?

—Una compañera de viaje.

—Pero no puedo decidir adónde vamos, ¿verdad?

—Hay algo que debo hacer lo primero de todo, pero luego... supongo que podrás elegir el lugar, mientras no sea peligroso.

—Propongo que sigamos a ese hombre —señaló Timane.

—Esto... ¿Puedo preguntarte por qué?

—También quiere comprar una bolsa. Lo he visto en su mente. Deberíamos seguirlo.

En efecto, el hombre las guio hasta una hilera de tiendas que vendían zapatos, bolsas, sillas de montar de diversas formas y tamaños, látigos, piezas de armadura y muebles. Rielle escogió dos mochilas ligeras y un monedero para Timane que podía llevarse atado a la muñeca o a la pierna, o bien colgarse de la cintura o del cuello. Le gustaba tanto el diseño que adquirió uno a cambio del monedero elegante y bordado con hilo de metales preciosos que había comprado en Murai.

Al fabricante de bolsas se le desorbitaron los ojos al ver las gemas y monedas que ella pasaba del monedero viejo al nuevo, y se arrepintió de no haberle cobrado más. Por fortuna, ella ya había regateado y pagado los artículos. Un par de niños ladrones también lo vieron y empezaron a seguirlas, de modo que ella agarró a Timane la muñeca, se apartó del mundo y se deslizó hacia otra zona del mercado antes de continuar comprando cosas que necesitaban. Luego, cargadas ambas con las mochilas llenas, reanudaron su travesía.

A unos mundos de distancia de su destino dejó a Timane en un tranquilo claro del bosque de un apacible país rural.

—No puedo llevarte a donde me dirijo ahora —le informó—. Regresaré dentro de unas horas. Si no aparezco, aguarda un par de días, acércate al camino y síguelo en esa dirección hasta la aldea. Los vecinos son amables y te ayudarán.

Timane asintió, consternada pero manteniendo la confianza en ella.

—Buena suerte.

—Gracias. —Rielle sonrió—. No te preocupes: no voy a un sitio peligroso.

Tras impulsarse para salir del mundo, vio cómo la joven y sus alrededores se desvanecían en el blancor y esperó no estar equivocada respecto a la seguridad del lugar al que se dirigía. Ya se había reunido allí con los viajeros antes, pero los mundos estaban cambiando y ella no sabía con certeza si cualquiera de ellos continuaría siendo el mismo en la siguiente visita.

Mientras viajaba, tomó precauciones para despistar a cualquiera que la estuviera siguiendo. Unos mundos más allá de aquel donde había dejado a Timane emergió

junto a un escarpado precipicio. Las olas de un océano se estrellaban contra la pared y se deshacían en espuma unos pocos pasos largos por debajo de ella. El deslizamiento dejaba un rastro, así que, para asegurarse de que nadie le siguiera la pista, viajar de un punto a otro de un mismo mundo le llevaba un tiempo. Como levitar era más rápido que caminar, navegar o ir a lomos de un animal, en carro o en cualquier otro tipo de vehículo, había experimentado con el método para encontrar la forma más veloz y cómoda. Intentar mantenerse vertical sobre aire inmovilizado tenía su dificultad. Resultaba más sencillo tumbarse.

Tras crear un disco de aire inmóvil debajo de sí, se inclinó hacia delante hasta quedar paralela al suelo y se propulsó por encima del océano, en dirección a una estrella apenas visible en el cielo iluminado. Era lo más parecido que había hecho a volar, así que durante un rato se limitó a disfrutar de la estimulante sensación del viento contra su rostro.

Poco después, el aire salado adquirió un regusto sulfuroso. Una fumarada negra marcaba el horizonte, y el monte cónico que escupía el humo asomó por detrás. Un ruido sordo hacía vibrar el aire después de cada emisión volcánica.

Era un espectáculo impresionante, y a Rielle no le sorprendió descubrir que la aldea a la que se dirigía estaba abandonada. Las casas estaban recubiertas de cenizas. Algunos tejados se habían hundido bajo su peso. En el punto de encuentro, remetido en los pliegues de la corteza del viejo y gigantesco árbol en torno al que solían congregarse los aldeanos, encontró un retal de cuero. Llevaba escrito un mensaje.

«Acude al lugar de reunión. Es urgente».

Después de chamuscar el cuero para borrar el mensaje, lo lanzó al mar, que envolvió el retal en espuma. Rielle se apartó del mundo y decidió probar el método de Tyen para ocultar su rastro. Aunque sus intentos resultaban algo torpes, las marcas que dejaba eran menos profundas que un camino y no tardarían en allanarse del todo. Con un poco de práctica, conseguiría no dejar rastro alguno.

El lugar de reunión no se hallaba lejos. Ella no había estado en él desde que la familia de Leyikh la había llevado allí, más de cinco ciclos atrás. En vez de docenas de carromatos de viajeros dispuestos en círculo en las cimas de las colinas y de toldos montados en lo alto de la pequeña meseta del centro, la recibió una pequeña tienda de campaña. Había una figura solitaria sentada delante. Ankari, la esposa de Leyikh. Rielle se deslizó hacia la mujer y se materializó ante ella.

Ankari se levantó y se le acercó.

—Rielle. Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos por última vez —dijo atrayéndola hacia sí y estrechándola en un fuerte abrazo.

—Sí. Siempre pasa mucho tiempo. ¿Cuánto hace exactamente?

Ankari retrocedió un paso y soltó una risita.

—Un cuarto de ciclo, tal vez más.

—Doy por sentado que la ausencia de mensajes indica que todo va bien.

—No del todo. —La mujer mayor torció el gesto—. Ven, siéntate conmigo.

Rielle la siguió al interior de la tienda conteniendo la impaciencia. Resistió la tentación de leerle el pensamiento, pues se había comprometido a no penetrar en la mente de ningún miembro de la familia de Leyikh para no descubrir nada que pusiera en peligro la seguridad de Qall. Sentada en un cojín grueso y acolchado, aguardó a que Ankari se acomodara. Esparcidos alrededor de ella estaban los materiales y utensilios que empleaban los viajeros para sus coloridos bordados. Casi todas las prendas eran pequeñas.

—¿Viene otro niño en camino? —preguntó Rielle.

Ankari sujetó en alto unos pantaloncitos diminutos.

—Yikari está esperando gemelos.

—¡Gemelos!

Comentaron las novedades de la familia. Rielle se interesaba sobre todo por los integrantes con los que se había encariñado durante la época que había vivido con ellos.

—¿Y cómo está Qall? —inquirió al final. Se preparó para la respuesta. Como Ankari no había mencionado mayores problemas, Rielle sospechaba que él era el causante de las preocupaciones. Además, el hecho de que la mujer no lo hubiera mencionado aún parecía indicar que, en cuanto empezaran a hablar de él, tal vez ya no volverían a tocar temas más hogareños.

—Está bien —respondió Ankari, dedicándole una sonrisa breve pero reconfortante—. El problema es que, según el criterio de los viajeros, ya tiene edad de ser considerado un adulto. Podría buscar una esposa y dejar la familia para fundar la suya propia, si así lo deseara. Pronto querrá lo que no podemos ofrecerle.

A Rielle se le cortó la respiración.

—¿Quiere marcharse?

—No.

—¿Qué es lo que quiere?

Ankari rio por lo bajo.

—Pasarse el día holgazaneando, como todos los jóvenes. Pero, más allá de eso... —La sonrisa se desvaneció—. Sabe algo acerca de lo que no puede llegar a ser o tener. Cree que no puede ser viajero a menos que se case con una de las nuestras, cuando lo cierto es que no podemos permitirselo, porque eso nos impediría recuperar el estilo de vida de los viajeros. Por otro lado, hemos tenido que tratarlo de un modo un poco distinto debido a su enorme potencial mágico. Aunque le hemos dicho que nuestra familia vive escondida, no le hemos explicado por qué, y no puede evitar imaginarse que él es la causa. Hemos sido más estrictos con él a la hora de prohibirle leer las mentes, pero para evitar que se rebelara tuvimos que prometerle que le desvelaríamos la verdad cuando alcanzara la mayoría de edad.

—Y debéis desvelársela pronto, o de lo contrario quebrantará la norma, ¿no es así?



—Sí. Prefiero que estés a su lado cuando se lo digamos, para explicarle lo que nosotros no podemos.

Rielle asintió.

—Así que es hora de revelarle lo que le hicieron y aquello en lo que intentaron convertirlo. —Ella nunca les había contado a los viajeros a quién pertenecían los recuerdos que se suponía que remplazarían los de Qall, pero esto se había hecho patente conforme el muchacho crecía. Se le había cambiado la pauta del cuerpo de modo que fuera igual que el de Valhan, por lo que, una vez que había llegado a la edad adulta, su aspecto era idéntico. Por fortuna, solo Leyikh y Ulma, la sanadora, habían visto a Valhan en persona. Algunos miembros de la familia lo habían visto en los recuerdos de otras personas, y todos habían visto alguna que otra estatua. Quienes reparaban en la semejanza se preguntaban si Qall era pariente del Raen, o si pertenecía a la misma raza. Algunos habían especulado sobre por qué le habían borrado la memoria a Qall, y unos pocos incluso habían adivinado la razón, pero todos habían obedecido la orden de Leyikh de no hacer conjeturas sobre los orígenes del muchacho en público. Su obediencia era una muestra del profundo respeto que le profesaban.

Ankari miró a Rielle directamente a los ojos.

—Aún no hemos deliberado sobre ello, pero sé lo que opina la familia. Cuando Leyikh y yo lo acogimos, acordamos que nuestro cometido finalizaría cuando él alcanzara la mayoría de edad. Es hora de que te hagas cargo, Rielle.

El miedo le corrió por las venas. Quería protestar: «¡Pero si no tengo idea de criar niños!», pero se tragó las palabras. Qall ya no era un niño. Era un joven. Ella no podía esperar que la familia de Leyikh renunciara a sus tradiciones mientras él viviera.

«Qall no vivirá contento con ellos sabiendo que nunca lo considerarán uno más. Me asombra que no haya sucumbido a la curiosidad y leído algunas mentes, con lo que habría descubierto a quién se parece».

Y ahora debía decírselo. Debía explicarle quién era, advertirle del peligro que corría y enseñarle a sobrevivir en los mundos. Los viajeros se habían encargado de casi todos los demás aspectos de su educación, así que solo tenía que rellenar algunas lagunas y procurar que aprendiera a utilizar su extraordinaria fuerza mágica para defenderse. Así expresada, la tarea no se le antojaba tan difícil.

—¿Él sabe quién soy? —preguntó.

—Solo sabe que eres la hechicera que lo salvó y lo trajo aquí. Eres algo parecido a una madre para él.

Rielle crispó el rostro. «Esto va a resultar de lo más extraño».

—¿Cuándo quieres que vuelva para llevármelo?

—Lo ideal sería que lo hicieras de inmediato, pero me imagino que antes tendrás que realizar algunos preparativos allí donde te hayas establecido.

—No exactamente. El mundo en el que vivía ha entrado en guerra, así que ya estaba buscando un nuevo hogar. —Reflexionó sobre lo que esto significaba. Tendría que llevar a Qall a algún lugar donde no lo reconocieran como Valhan. Eso significaba viajar muy lejos. Lo que probablemente quería decir que no volvería a ver a Tarren en muchos años.

«Por lo menos Tyen podrá asegurarse de que el anciano se mantenga sano —pensó—. Siempre y cuando consiga aprender a cambiar las pautas, claro está... y regrese, tal como prometió».

Cuando esto sucediera, quizá ella estaría muy muy lejos. Se le cayó el alma a los pies al comprender que tal vez ya nunca volverían a pasar tiempo juntos. Aunque... en cuanto encontrara un lugar seguro para Qall, a lo mejor podría ponerse en contacto con Tyen y concertar un encuentro.

«No, todavía no lo conozco lo suficiente para confiarle algo tan importante como el paradero del muchacho que Valhan creó para usarlo como recipiente».

Su relación con Tyen había sido maravillosa, pero se había terminado. Su responsabilidad para con Qall era lo primero. Pero no podía dejar a Tyen sin saber qué había sido de ella, como había hecho él.

—Tendré que enviarle un mensaje a Tarren —dijo.

«¿Y Timane? ¿Me la llevo conmigo o le busco un nuevo hogar?».

Tal vez sería beneficioso para Qall contar con la compañía de una persona de una edad más cercana a la suya. ¿Lo confundiría Timane con Valhan cuando lo viera? El emperador muraiano había destruido todos los retratos y estatuas de Valhan después de su muerte, pues había decidido que más valía no arriesgarse a ofender a los restauradores. Esto había ocurrido antes de que la chica llegara al palacio, por lo que seguramente no sabía qué aspecto tenía Valhan. «Lo comprobaré, si no ha visto imágenes del Raen me la llevaré conmigo».

—Tengo una compañera de viaje que me espera a unos mundos de aquí. ¿Supondría un problema para los viajeros que la trajera a vuestro campamento? —inquirió Rielle.

Tras meditar unos instantes, Ankari sacudió la cabeza.

—No supondrá problema alguno. Ya no es momento para secretismos. Si alguien te sigue el rastro hasta nosotros, no nos encontrará. Partiremos en cuanto se marche Qall para emprender nuestra nueva ruta comercial.

—¿La habéis planeado ya?

—Sí. Leyikh ha trabajado en ello durante el último ciclo. Será agradable volver a la normalidad. —La mujer suspiró de nuevo—. Pero echaremos de menos a Qall. Es un buen chico. Ojalá no tuviéramos que apartarlo de nosotros. Además, sé que no se lo tomará muy bien. —Agachó la cabeza y se enjugó una lágrima—. Pero será lo mejor para todos.

—Oh, Ankari. Desearía no tener que arrancarlo de vuestro lado. —Rielle la abrazó—. Os doy las gracias a ti y a la familia por todo lo que habéis hecho.

Ankari consiguió esbozar una sonrisa.

—Me quedaré aquí para desmontar la tienda de campaña mientras tú vas a buscar a tu amiga.

—Cuidaré de él lo mejor que pueda —prometió Rielle. Se puso de pie—. Regreso dentro de unas horas.

Tras absorber magia, se apartó del mundo e inició el trayecto de vuelta hasta donde había dejado a Timane.

Cuando un carromato de un estilo que conocía bien emergió del blancor del espacio intermedio, una oleada de nostalgia y alegría recorrió a Rielle. No muy lejos, dos lomes, las bestias enormes que tiraban de los vehículos, pastaban en un prado. Cuando Ankari, Timane y ella llegaron al mundo, un aire gélido y seco los envolvió.

La puerta del carromato se abrió y apareció una joven con tres abrigos largos forrados de piel entre las manos. Aunque Ulma no pertenecía a la familia de Leyikh, lo visitaba una vez cada ciclo desde que habían empezado a ocultarse, para ayudarles a instruir a Qall. Tal vez su dictamen sobre el progreso del muchacho había llevado a los viajeros a decidir que había llegado la hora de que Rielle asumiera la responsabilidad. Esta idea resultaba reconfortante, pues era improbable que Ulma les hubiera dado semejante consejo si Qall no hubiera estado preparado.

—Rielle —saludó Ulma sonriendo—. Me alegra verte de nuevo. Debe de haber pasado más de medio ciclo.

—Ulma —respondió Rielle—. ¿Cómo estás?

—Contenta y bien —contestó la sanadora.

—Te presento a Timane, mi compañera de viaje. —Rielle señaló a la chica con un gesto.

Ulma inclinó la cabeza.

—Hola, valerosa Timane. —Les entregó los abrigos, que ellas se pusieron agradecidas y a toda prisa. La joven se quedó perpleja, pues no estaba familiarizada con la palabra «valerosa» en lengua viajera.

—¿Cómo se encuentra Oliti, tu hija? —quiso saber Rielle.

Ulma suavizó su expresión.

—El tiempo se la llevó el ciclo pasado.

—¡Oh! Lamento oír eso.

La sanadora suspiró.

—Es extraño y antinatural sobrevivir a los hijos. —Torció la boca en una sonrisa triste—. Pero los años de cariño y felicidad que compartí con ella compensan la tristeza. Por eso decidí alumbrarla y soportar el dolor de su inevitable pérdida... y volveré a pasar por todo ello cuando esté preparada.

Rielle no pudo hacer otra cosa que asentir, muy consciente de que tendría que enfrentarse a esa decisión y sus consecuencias. Ulma era la única viajera inmarcesible de la que tenía noticia. Rielle había perdido todo deseo de tener hijos desde que había abandonado a los viajeros. Las dos ocasiones en que se había planteado la posibilidad de ser madre habían sido consecuencia de desear otras cosas: la primera vez,

complacer a Izare; la segunda, porque era lo que se esperaba de ella si se desposaba con Baluka.

Tal vez en el futuro, cuando no tuviera otros compromisos y hubiera encontrado un lugar seguro donde vivir —y un marido—, estaría preparada para fundar una familia, si no la desalentaba la idea de que sus seres queridos envejecieran y murieran mientras ella permanecía inalterada. Ninguno de los hijos de Ulma había sido un hechicero lo bastante poderoso para alcanzar la inmarchesibilidad. Que los padres fueran fuertes no garantizaba que sus descendientes lo fueran también.

—Vayamos dentro para que entréis en calor —las invitó Ulma—. Os prepararé una taza de oali para que os la bebáis mientras pongo el arnés a los lomes.

Una vez que todas tenían entre las manos una taza humeante, la mujer salió del carromato. Rielle se volvió hacia Timane.

—Ulma es inmarchesible —le explicó en muraiano.

Timane asintió.

—Ah. ¿Cómo me ha llamado?

—Valerosa.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Has dejado tu mundo y todo aquello que conoces —señaló Rielle—. La mayoría de la gente no se atreve a hacer eso.

—No es que no tenga miedo —reconoció Timane—. Pero no quiero regresar. No querría aunque Murai no estuviera en guerra. No es un lugar agradable.

—Hay sitios peores. Mucho peores.

La joven entornó los ojos.

—¿Intentas asustarme para que vuelva?

—No, pero un poco de miedo es saludable. Te mantiene alerta y con una actitud cautelosa.

Timane paseó la vista por el interior del carromato.

—¿Podéis aclararme ya por qué estamos aquí?

Rielle y Ankari se miraron. Esta asintió.

—No tiene sentido seguir guardando silencio.

—Hace varios ciclos salvé a un niño —le dijo Rielle a la chica—. Les pedí a los viajeros que lo criaran. Ahora que es mayor, me corresponde hacerme cargo de él.

Timane arqueó las cejas.

—Estás acumulando compañeros de viaje.

—Podría decirse que sí —respondió Rielle con una risita.

La puerta se abrió y Ulma asomó la cabeza, sonriente.

—Todo listo para partir. Rielle, ¿vienes conmigo?

Tras dejar a un lado su taza vacía, Rielle se levantó y se encaramó al pescante. En cuanto Ulma se acomodó a su lado, dio una orden, los lomes echaron a andar y el carromato se puso en marcha con una sacudida. Avanzaron en silencio durante un

rato por un camino que serpenteaba entre suaves colinas cubiertas de plantas diversas, incluida una con ramas verticales en forma de tirabuzón.

—Mientras Qall viva —aseveró Ulma— siempre existirá el riesgo de que lleve los recuerdos de Valhan grabados en la mente.

Rielle echó un vistazo hacia la puerta.

—No te preocupes. No nos oirán.

Un poco más tranquila, Rielle se volvió hacia la sanadora. Era la primera vez que Ulma confirmaba que sabía en quién estaba previsto que se convirtiera Qall.

—¿Así que no crees que es demasiado mayor?

—La edad puede modificarse.

—Ah. Por supuesto. —Con una mueca, Rielle devolvió la vista al camino—. En ese caso, debería haberlo matado.

—Sí. Y nosotros también. Pero lo que nos lo impidió es lo que nos hace mejores que aquellos que querían utilizarlo.

—¿Vale la pena poner en peligro todos los mundos por una persona?

—Sí.

Aunque la seguridad de Ulma la tranquilizaba, no despejó del todo sus dudas.

—¿Eso no es egoísta? ¿No estamos poniendo a mucha gente en riesgo en aras de nuestro sentido particular de la moral?

—Todo lo que hacemos es egoísta. —Ulma se encogió de hombros—. Cuando intervenimos para salvar a otros, lo hacemos para sentirnos bien con nosotros mismos. Cuando tomamos una decisión ética es porque nos hemos convencido o nos hemos dejado convencer de que nuestra ética es superior a la de los demás. —Miró a Rielle—. Pero nuestro egoísmo constituye un mecanismo de supervivencia. Las personas cambian cuando matan. Si tú o yo lo hubiéramos matado, ¿qué habría impedido que las personas en las que nos habríamos convertido se valieran del mismo razonamiento para justificar otras muertes? Podrías decir «solo por esta vez», pero cuando tu vida tiene una duración indefinida, ¿cuánto tardas en encontrarte frente al mismo dilema? Cuando has razonado así una vez, es fácil caer en ello de nuevo. Al no matar, protegemos a las personas que somos ahora.

Rielle asintió.

—Solía preguntarme si Valhan había llegado a ser quien era debido a ese tipo de justificaciones.

—Sabes que los viajeros hacemos lo posible por no implicarnos en los conflictos de los mundos en los que comerciamos. Valhan lo consideraba una forma de egoísmo, yo lo llamo supervivencia. Sobrevivir es más importante para nosotros que ayudar a otros. Le dije que él haría lo mismo cuando su propia vida estuviera amenazada. Si podía ayudar a otros era solo porque era muy poderoso. Eso fue antes de que cerrara pactos con demasiados aliados. —Rio por lo bajo—. Creo que los hechos han demostrado que yo estaba en lo cierto.

Rielle se volvió para clavar la vista en Ulma.

—¿Conociste a Valhan?

Ulma sonrió.

—Ya lo creo. Hace mucho tiempo. Éramos... como amigos, pero no del todo. Según él, yo era la inmarcesible de más edad que había conocido. Me hacía muchas preguntas.

—¿Qué edad...? —Rielle se interrumpió, pues no sabía si era de buena educación preguntarle a Ulma qué edad tenía exactamente, ni siquiera si era asunto suyo.

La mujer volvió a encogerse de hombros.

—Mayor que Valhan. Para serte sincera, no lo sé con precisión.

—¿Fue por ti por quien permitió a los viajeros comerciar entre mundos?

—Sí. —Ulma volvió la vista atrás, hacia el carromato—. Aunque ahora nadie lo sabe excepto tú y yo, y prefiero que sigan sin saberlo. En estos tiempos, la gente te juzga con dureza si negociaste un acuerdo con el Raen. Las cosas no siempre fueron así.

—¿Puedo... puedo preguntarte qué obtuvo él a cambio?

A Ulma se le escapó una risita.

—Información. Conocimiento. Algunas discusiones largas y estimulantes. A veces se enfadaba conmigo, pero siempre acababa por volver. —Su sonrisa se desvaneció—. Menos la última vez, por razones obvias.

—¿Estabais enfadados cuando os separasteis?

Ulma sacudió la cabeza.

—No, simplemente ya no teníamos nada que ofrecernos. Cuando hablas varias veces con una persona, acabas por repetirte una y otra vez, incluso cuando has vivido miles de ciclos.

Rielle pensó en Tyen. Se había preguntado cuánto tiempo podían permanecer juntas dos personas inmarcesibles sin aburrirse el uno del otro. ¿Estaban condenados los amantes inmarcesibles a separarse tarde o temprano? Tal vez lo mejor era no iniciar nunca esa relación.

El pesimismo se apoderó de ella. Más adelante, el camino discurría entre dos colinas. Más allá se vislumbraban carros y personas atareadas en torno a ellos.

—Estamos llegando —murmuró Ulma.

Rielle se sorprendió a sí misma examinando cada una de aquellas figuras lejanas, intentando identificar a los viajeros conocidos y buscando en vano a un joven de cabello negro y tez clara. Sintió un hormigueo en el estómago, luego un vacío, y otra vez el hormigueo.

—¿Se parece mucho a Valhan?

—Físicamente es idéntico.

—Debe de resultarte extraño.

Ulma rio entre dientes.

—Hmm, pues sí, al principio. Ya te acostumbrarás, como hice yo.

—Eso espero, pero no tanto como para olvidarme de lo que verán otros. —Rielle frunció el entrecejo—. He pensado que quizá debería haber intentado cambiar de nuevo su pauta para modificar su apariencia, pero no se me ocurrió hasta después de dejarlo a vuestro cuidado.

—Bastante confundido y angustiado estaba ya —repuso Ulma—. Nos llevó mucho tiempo tranquilizarlo. Y una vez que lo hicimos..., bueno, eso podría haberle borrado la memoria de nuevo.

«Lo que significa que si lo intentara ahora correría el mismo riesgo —comprendió Rielle—. Lo mejor que puedo hacer es enseñarle a cambiar las pautas para que él mismo pueda crear y mantener un aspecto nuevo».

—¿Hay algo que necesites saber antes de que lleguemos? —inquirió Ulma.

Rielle meditó sobre ello.

—Solo ha aprendido tres de las cinco aplicaciones de la magia: la inmovilización, el movimiento y la lectura de mentes. Aún no sabe viajar entre mundos ni cambiar las pautas.

—Así es.

—¿Le habéis enseñado técnicas de lucha?

—Las suficientes para defenderse y proteger a otros. Como no necesitamos conocimientos militares, no los conservamos ni transmitimos.

—Si fuera un viajero, ¿consideraríais que ha recibido una formación completa?

—Tanto como cualquier muchacho de su edad..., salvo en lo relativo a los viajes entre mundos.

Rielle pensó qué más debía preguntar.

—¿Adónde me aconsejas que lo lleve?

—Lo más lejos posible de los mundos que gobernaba el Raen, lo que puede significar muy lejos. La búsqueda tal vez te lleve a los confines de los mundos habitables. —Un tono de advertencia se insinuó en la voz de Ulma—. No bastará con que acumules magia suficiente para abandonar un mundo. No te fíes del entorno por más seguro que te parezca. Si un mundo está deshabitado, siempre es por una razón.

Cuando el carromato de Ulma emergió de entre las dos colinas, Rielle advirtió que los vehículos de la familia estaban colocados en un gran círculo junto al camino. Habían crecido plantas alrededor de las ruedas. Varios viajeros se dirigían al encuentro de las visitantes con grandes zancadas. Delante de todos avanzaba Leyikh, que esbozó una sonrisa fugaz al posar la vista en Rielle antes de recuperar su seriedad habitual.

—Bueno, ahora que hemos llegado todo el mundo puede oírnos —la previno Ulma, y le dirigió una mirada significativa.

—Gracias por venir a recibirnos.

Unos niños pequeños adelantaron corriendo a los adultos para rodear el carromato de Ulma, mientras los muchachos mayores se quedaban junto a los vehículos,



fingiendo indiferencia o mostrando curiosidad, en función de su edad. Rielle observó a cada chico con atención, pero ninguno se parecía en absoluto a Valhan.

Leyikh alcanzó el carromato. Ella se percató de que había engordado un poco, al igual que muchos otros miembros de la familia. Sin duda era por haberse pasado cinco ciclos en el mismo lugar en vez de viajar y comerciar sin descanso. Saludó a Ulma con una inclinación de cabeza y le tendió una mano a Rielle para ayudarla a apearse.

—Me alegro de verte de nuevo, Rielle —dijo—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió ella—. ¿Y tu familia y tú?

—Sanos y en forma. —Dirigió la vista a un punto situado detrás de ella—. Has traído a una amiga.

—Sí. —Al volverse, Rielle vio que Timane estaba saliendo del carromato, así que la presentó—. Era mi doncella en el mundo que acabo de dejar. Ha estallado una guerra allí. Una guerra que intenté evitar, sin éxito.

Leyikh contrajo las facciones en un gesto de comprensión y ayudó a Timane a bajar al suelo.

—Habla mucho en tu favor que lo intentaras.

La joven contemplaba todo el entorno con los ojos muy abiertos.

—Nunca había visto viajeros antes —le susurró a Rielle en muraiano—, y ahora he conocido a una familia entera.

—Te presento a Leyikh —dijo Rielle—. Es el cabeza de familia.

Timane empezó a ejecutar una reverencia, pero se detuvo ante las protestas tanto de Leyikh como de Ankari.

—Eres nuestra invitada —señaló él—. Nuestra igual. —Le indicó con señas que se acercara—. Ven y come con nosotros.

Las guio por el hueco entre dos carromatos hacia el interior del círculo. Un toldo se extendía entre todos los vehículos. Una tarima circular ocupaba el espacio en el centro; otra señal de que llevaban mucho tiempo viviendo allí. Había un montículo de piedras con un hueco en el centro del que brotaron llamas cuando un viajero lo encendió con magia. Sacaron de un carro mantas y cojines firmes y cuadrados, y mientras los adultos y las invitadas se acomodaban en torno a la hoguera, se pidió a las mujeres jóvenes de la familia que sirvieran bebidas calientes.

—Este es el lugar de Qall —dijo Leyikh, y señaló el cojín colocado entre Rielle y él. Miró alrededor. El muchacho no aparecía por ninguna parte—. Que alguien lo encuentre y le diga que venga.

Uno de los adultos de menor edad hizo ademán de levantarse.

—No hace falta —dijo Ankari—. Está aquí.

Al seguir la dirección de su mirada, Rielle vio a un puñado de jóvenes separarse y se le heló el corazón. Valhan se hallaba entre ellos, con la espalda recta y expresión distante.

En cuanto volvió la vista hacia ella, se transformó en otra persona. Valhan nunca habría permitido que la duda y la añoranza se reflejaran así en su rostro. Ella sospechaba que ni siquiera habría experimentado esas emociones. Al menos hacia ella.

Qall era el cuerpo de Valhan habitado y animado por la incertidumbre y la esperanza de la juventud. Unos sentimientos que Rielle nunca había visto en la cara del Raen le alteraron el semblante de tal manera que ya no se parecía al del soberano que ella había conocido. Estuvo a punto de preguntarse si había fracasado después de todo en su intento de cambiar la pauta del chico. O si parte de la información grabada en la mano marchita de Valhan se había perdido.

Eso le produjo alivio mezclado con una nueva inquietud. No cabía duda de que se trataba de Qall, pero era un desconocido para ella, como ella para él. Darse cuenta de eso le inspiró una compasión más profunda por él. Era un muchacho que apenas conservaba recuerdos de la existencia que había llevado hasta cinco ciclos atrás y a quien una hechicera poderosa de la que no sabía nada, salvo que le había salvado la vida, estaba a punto de alejarle de las únicas personas que amaba.

Seguramente estaba asustado. También emocionado, tal vez. Los jóvenes solían estar inquietos, hastiados por la falta de retos, y ella podía ofrecerle una vida de libertad y aventuras que los viajeros no estaban en condiciones de darle. Sonrió con la esperanza de reconfortarlo. Él suavizó un poco su expresión antes de desviar la vista hacia la distancia, con el rostro desprovisto de toda emoción.

Y de pronto volvía a ser Valhan. Alterada, ella bajó los ojos, abrumada por la responsabilidad que iba a asumir. La mayoría de la gente que hubiera contemplado un retrato o una estatua de Valhan, o que lo hubiera conocido brevemente, creería que Qall era el soberano de los mundos que había vuelto una vez más de entre los muertos. Le tendrían miedo, lo odiarían, lo adorarían. Si alguien lo reconocía antes de que ella pudiera transportarlo hasta un mundo seguro, el rumor sobre su retorno correría como un vendaval por los mundos, y Dahli acudiría a comprobar si era verdad.

«¿Cómo voy a evitar que lo vean?».

—Qall. Ven y siéntate con nosotros —le gritó Leyikh señalando el cojín desocupado.

Rielle observó cómo Qall se dirigía hacia él y tomaba asiento. Sus movimientos eran muy distintos de los de Valhan. Destilaban la soltura y la agilidad de la juventud y la torpeza que la timidez traía consigo. El modo en que se dejó caer sobre el cojín y encorbaba la espalda parecían muestras de resignación.

—Ella es Rielle Lázuli —le dijo Leyikh.

Qall lanzó una mirada fugaz a Rielle antes de fijarla en el borde de su estera.

—Es un honor conocerte.

—El honor es mío —respondió ella, disimulando la sorpresa. Su voz sonaba muy diferente de la de Valhan. ¿Acaso no le había cambiado aún? Pero no era la voz de un

niño. «Tal vez Valhan se había modificado la voz». Quizá no era consciente de haberlo hecho. Aunque utilizaba los retratos y las estatuas como recordatorio de su verdadero aspecto, quizá no había encontrado la manera de grabar el sonido de sus palabras.

Leyikh desplazó la vista por el grupo.

—La mayoría de vosotros conoce a Rielle. —Indicó a Timane con un gesto—. Ella es Timane, acompañante de Rielle.

Qall se quedó mirando a la joven, que desplegó una sonrisa radiante cuando los viajeros le dieron la bienvenida. Entre titubeos, pronunció la respuesta cortés que Ankari le había enseñado.

—Como bien sabes, Qall —continuó Leyikh—, Rielle te salvó hace cinco ciclos de aquellos que te borraron la memoria. Te hemos criado y enseñado casi todo lo que aprenden nuestros hijos. Ella te enseñará lo demás.

A Qall le brillaron los ojos cuando los posó en ella.

—¿A viajar entre mundos?

—Sí —respondió Rielle—. Pero antes debemos encontrar un lugar seguro donde vivir.

La arruga entre las cejas del joven se hizo más profunda. Paseó la vista por los viajeros, que lo observaban atentos, y apretó los labios.

—No quieres marcharte —aventuró Rielle—. Lo entiendo. Yo tampoco quería cuando vivía con la familia de Leyikh.

Él le dirigió una mirada penetrante pero breve.

—No puedes quedarte para instruirme aquí —aventuró a su vez.

Rielle se volvió hacia Leyikh. Tal vez podían llegar a un arreglo. Este sacudió la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Qall.

—La familia de Leyikh accedió a proteger y sanar al niño que les traje —respondió ella—. Y ya no eres un niño.

—Nos establecimos aquí por ti —prosiguió Leyikh—, pero esta no es nuestra forma tradicional de vivir, y hemos sobrevivido gracias a nuestros ahorros y los préstamos de otras familias de viajeros. Debemos volver a practicar el comercio para saldar esas deudas.

Mientras Qall asimilaba esto, tres mujeres jóvenes entraron en el círculo. Una llevaba un barril; otra, una caja llena de tazas de cerámica. La tercera abrió un agujero en el barril, llenó una taza, se la entregó a uno de los viajeros y procedió a servir al siguiente.

—¿Por qué no podéis comerciar si estoy con vosotros? —preguntó Qall.

Leyikh miró a Rielle y asintió.

«Me toca a mí —pensó ella—. Pero ¿cuánto debo revelarle?».

—Existe el peligro de que te reconozcan las personas que te hicieron daño —explicó Rielle—. Saben que pasé una temporada con los viajeros y podrían buscarte

entre ellos.

Él la miró sorprendido.

—¿Todavía me buscan?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—No tengas miedo. Yo te protegeré. Encontraremos un lugar donde podremos vivir a salvo.

—¿Por qué me buscan?

Rielle dirigió una mirada a Leyikh y luego a Ankari. Quería leerles la mente para orientarse sobre cuánta información debía proporcionarle. Los dos movieron la cabeza afirmativamente, como dándole permiso. «Ya no tiene sentido que me contenga de explorarles el pensamiento —comprendió—. Hacerlo no expondrá a Qall a un peligro mayor».

Así que exploró. Leyikh no quería que le infundiera temores innecesarios a Qall y Ankari pensaba que la sinceridad ayudaría a Rielle a ganarse la confianza del muchacho. Esta diferencia de pareceres no facilitó la decisión de Rielle. «Veamos pues adónde nos llevan sus preguntas». Inspiró a fondo y exhaló.

—Porque quieren sustituir tus recuerdos por los de otra persona —respondió.

—¿Qué otra persona?

Ella sacudió la cabeza.

—Un hechicero. Un... El líder de quienes te hicieron daño.

Él entornó los párpados.

—Una persona mala.

—Sí.

Arqueó una ceja.

—Es evidente que algunos no opinan lo mismo, pues de lo contrario no lo seguirían.

—En efecto.

—¿A quién debo creer?

Ella le sostuvo la mirada.

—¿En quién confías?

Él apartó la vista, echó una ojeada rápida a los viajeros, pendientes de la conversación, y asintió.

—Te creo a ti —aseveró—, ya que estás de acuerdo con mi familia.

«Mi familia». Fue como si algo le atravesara el pecho a Rielle y le oprimiera el corazón. Tuvo que respirar hondo varias veces antes de seguir hablando.

—Desearía no tener que llevarte lejos de aquí, o poder quedarme con la familia de Leyikh mientras te ayudo, pero ninguna de las dos cosas es posible. Aun así, espero llegar a ser tu amiga además de tu protectora.

Él la miró con expresión indescifrable. Al reparar en que Ankari fruncía el ceño, le examinó la mente. La mujer no estaba segura de que fuera buena idea que Rielle le ofreciera su amistad. Qall estaría más dispuesto a obedecer a Rielle sin dudar —o al

menos sin dudarle mucho— si ella asumía el papel de una madre o matriarca y no el de una igual.

—A la larga, al menos —añadió Rielle—. Por el momento, seré tu protectora y, cuando encontremos un sitio donde instalarnos, tu maestra.

Él asintió.

—¿Cuándo nos vamos?

Ella se volvió hacia Leyikh, enarcando una ceja.

—Mañana —dijo él. Aunque mantenía el semblante sereno, un pensamiento melancólico escapó de su mente. «Será como perder a otro hijo». Entonces recordó que, al dejar partir a Qall, la familia tendría la oportunidad de reencontrarse con Baluka y se animó un poco.

Rielle se preparó para la habitual punzada de culpabilidad, pero esta no llegó. Los viajeros nunca le habían recriminado la marcha de Baluka, y al parecer ella también había dejado de hacerlo. En parte era gracias a que él no hubiera intentado localizar a su familia tras la muerte del Raen. Aunque también cabía la posibilidad de que lo estuviera evitando por el bien de ellos. Tal vez se había enterado de su desaparición, había supuesto que se ocultaban y no se atrevía a investigar su paradero por si hechiceros más fuertes le leían la mente.

Aunque Leyikh habría preferido que su hijo heredara su posición como líder de la familia, se enorgullecía de él por haber encabezado la rebelión y ayudado a derrotar al Raen. «No es lo peor que podría hacer un hijo desnaturalizado», pensó el hombre. Cuando se volvió hacia Rielle, estaba sonriendo.

—¿Qué noticias nos traes de los mundos?

—Son cosas que solo sé de oídas, pero... —Hizo una pausa para tomar un sorbo de la bebida y procedió a relatar lo que le habían contado.

La conversación no se desvió de los testimonios sobre guerras y disturbios durante unas horas. Leyikh, que había estado visitando ciudades de los mundos vecinos, prestando atención a los cotilleos y rumores en los mercados, también tenía historias que compartir. Al poco rato, Qall se aburrió y pidió permiso para retirarse, lo que le hizo gracia a Rielle y la alivió un poco. Lo observó mientras se reincorporaba al puñado de jóvenes, adoptando la postura de hombros caídos típica de un muchacho que aparentaba tranquila indiferencia frente a otros chicos de su edad... y las chicas a las que quería impresionar. Intentó leerle la mente, pero no percibió más que silencio. Esto confirmaba la sospecha de los viajeros: Qall se había vuelto tan poderoso como Valhan cuando ella le había cambiado la pauta para asemejarla a la del Raen.

Cayó la noche y se preparó la cena. Pronto quedó claro que no sería una velada corriente, sino un festín de despedida en honor de Qall. Este se mostró incómodo durante casi todo el banquete, pero ella captó un destello de satisfacción en sus ojos cuando los bajó al oír los discursos que le dedicaron hacia el final.

Una vez que terminó todo, Ulma dejó lista la segunda cama en su carromato para Timane, y Ankari sacó otra de debajo de la que compartía con Leyikh para Rielle.

Cuando la actividad alrededor de los vehículos cesó, Rielle casi podía imaginar que nunca se había marchado. Que nunca había aceptado la oferta de Valhan de trabajar como artesana en su palacio. Nunca había aprendido cómo volverse inmarcesible. Nunca se había negado a resucitar a Valhan ni rescatado a Qall. Nunca había conocido a Tyen.

«Tyen». Si bien la perspectiva de proteger e instruir a Qall la intimidaba, después de hablar con Leyikh y Ankari se sentía más segura de sí misma y estaba casi convencida de que bastaría con que intentara hacerlo lo mejor posible. Pero una oleada de ansiedad perturbó su tranquilidad relativa.

«¿Dónde estás, Tyen? ¿Por qué abandonaste el mundo desértico? ¿Por qué no nos comunicaste a Tarren o a mí el motivo de tu marcha? ¿Has aprendido a cambiar las pautas? ¿Estás atrapado en un mundo muerto?».

Si había sucedido lo peor, tal vez ella jamás conociera las respuestas a estas preguntas. Como había dicho Tarren: no podía hacer otra cosa que esperar y ver qué pasaba. Al igual que Tyen, tenía una promesa que cumplir. Suspiró, se dio la vuelta en la cama y decidió no pensar más en ello esa noche.

El sol —en ese mundo, un pequeño disco verdoso— ya había salido hacía un buen rato cuando Rielle bajó del carromato detrás de Leyikh y Ankari. Había visto atisbos de actividad a través de los ventanucos y oído los ruidos de la familia, cada vez más complejos y numerosos. Ahora, una vorágine de movimiento, sonido y ajeteo se desplegó ante ella. Estaban descolgando y enrollando partes del toldo tendido sobre el espacio central. Hombres, mujeres y niños iban y venían a toda prisa, entre gritos y carcajadas.

Detrás de los carromatos, los lomes se movían de un lado a otro con pesadez, entrando y saliendo del campo de visión, produciendo con las pezuñas un rumor sordo que servía de telón de fondo a los otros sonidos. Más cerca estaban conduciendo a un par de estas bestias hacia el arnés de un vehículo. Al leer la mente de sus cuidadores, descubrió que los viajeros se llevaban de vez en cuando un carromato para realizar un trayecto corto y evitar que los lomes se desacostumbraran a tirar de cargas pesadas, así como para enseñar a los jóvenes a conducirlos. Mantenían los carros en buen estado, listos para partir en caso de que el conflicto de otro mundo se extendiera hasta allí. Estaban más que preparados para retomar su estilo de vida como comerciantes.

Uno de los carromatos se apartó, y dejó a la vista una figura familiar. Qall contemplaba los preparativos, encorvado. Llevaba un abrigo grueso como los que Ulma había facilitado a Rielle y Timane. Un par de viajeros que pasaba por su lado le posó las manos sobre el brazo y el hombro en un gesto de consuelo, y él consiguió esbozar una sonrisa.

Sintiéndose como si lo espicara, Rielle se disponía a apartar la mirada cuando una joven se acercó a Qall. Este relajó el semblante al verla y arrugó el entrecejo cuando ella le puso algo en las manos antes de alejarse a paso veloz. El muchacho bajó la vista, retiró la tela que envolvía el objeto y se le desorbitaron los ojos. Volvió la mirada en la dirección en la que ella había desaparecido, como buscándola.

Alguien le tocó el hombro a Rielle.

—Timane y tú podéis quedaros con los abrigos —aseveró Ankari—. Tenemos cientos. Forman parte del género que venderemos cuando reanudemos nuestros viajes.

—Gracias.

Ankari se volvió hacia Leyikh.

—¿No sería menos cruel que Rielle se llevara a Qall ya para que no presenciara los preparativos de nuestra marcha, sabiendo que no nos acompañará?

—Sí —respondió Leyikh—. Además, todo el mundo está dándose prisa para intentar mitigar el dolor de la partida. No queremos precipitarnos y descubrir que tenemos una rueda agrietada o un animal cojo más tarde, en un momento inoportuno. —Miró a Rielle—. ¿Estás lista para asumir tu nueva responsabilidad?

Rielle respiró hondo y exhaló despacio.

—Tan lista como puedo estarlo.

Ankari le tomó la mano y le dio un ligero apretón.

—Cuida bien de él... y de ti misma.

—Así lo haré —le aseguró Rielle. Desplazó la vista de la mujer a su esposo y volvió a fijarla en ella—. Tened cuidado vosotros también. Los mundos no son tan acogedores como antes, ni siquiera para los viajeros. Si lográis evitar a los hechiceros lo bastante poderosos para leeros la mente, reduciréis las posibilidades de que alguno se entere de la existencia de Qall e intente localizarnos o castigarnos por haberlo ocultado.

La pareja asintió.

—Lo intentaremos —dijo Leyikh—. Evitaré explicar a los demás por qué hemos permanecido escondidos durante el mayor tiempo posible, pero en cuanto la verdad salga a la luz, si algún hechicero descubre recuerdos de Qall en nuestra mente, al menos sabrá que no es quien parece.

—También sabrá que los amigos del Raen lo buscan —señaló Rielle—. Algunos podrían indignarse con vosotros por impedir que lo localizaran... o por proteger a alguien valorado por los amigos del Raen.

Leyikh se encogió de hombros.

—Si buscan algo que les moleste, lo encontrarán. Ya nos encargaremos de ello, llegado el caso.

—Pues espero que mantengáis vuestras dotes de persuasión tan a punto como los carromatos y los lomes.

Ankari soltó una risita.

—Siempre contamos con algún jovenzuelo pendenciero con quien practicar. Qall nos ha resultado especialmente útil para ello.

Esto desalentó un poco a Rielle.

—Solo un poco —la tranquilizó Ankari—. Y tal vez llegues a disfrutar con las discusiones.

—He de confesar —murmuró Rielle— que me da más miedo intentar estar pendiente de un joven (o incluso de un adulto) que protegerlo de sus enemigos.

Ankari se rio.

—Veo que no tengo que preocuparme por ninguno de los dos. Ahora posees las habilidades para defender a tus acompañantes, además de a ti misma. Qall ya no es un niño; es un adulto con muy poca experiencia respecto a los mundos. Considérate su guía, alguien que le permitirá adquirir esa experiencia sin correr riesgos. Como hacen todos los padres.



—Una guía —repitió Rielle. Buscó a Qall y lo avistó al otro lado del círculo, intentando todavía encontrar a la chica o a otra persona. Inspiró de nuevo—. Será mejor que vaya a ver dónde está Timane.

Ankari miró alrededor.

—Ya voy yo a buscarla. —Se dirigió a Leyikh—. Dile al chico que venga antes de que se distraiga.

Mientras la mujer se alejaba, Leyikh llamó a Qall y le indicó por señas que se acercara. El joven dejó caer los hombros. Recorrió una vez más el campamento con la vista, se encogió de hombros y se encaminó hacia ellos con grandes zancadas.

—¿Es hora de irnos? —preguntó.

—Sí, Qall —contestó Leyikh—. ¿Estás preparado?

—Sí. —El muchacho señaló su mochila con un gesto de la cabeza.

—Es una mochila pequeña. ¿Ya has metido todo lo que quieres llevarte? —inquirió Rielle.

Tras otro vistazo alrededor, el joven se encogió de hombros de nuevo.

—Todo lo que puedo.

—¡Rielle! —gritó una voz aguda. Al volverse, vieron a Timane correr hacia ellos, con su mochila a la espalda y Ankari a la zaga—. ¡No os vayáis sin mí!

Aunque Timane sonreía en señal de que en realidad no creía a Rielle capaz de eso, sus pensamientos delataron su nerviosismo. «Quedarme con los viajeros no es lo peor que podría pasarme, pero preferiría ayudar a Rielle».

Rielle disimuló su consternación. ¿Qué había hecho para merecer tanta lealtad? La había ayudado a sobrellevar el acoso de los otros criados y le había enseñado a utilizar sus escasos poderes. Nada más. Al reparar en la expresión meditabunda de Rielle, Timane torció el gesto.

—Siento el retraso. Ulma cuenta unas historias muy interesantes.

—Ya lo creo. —Rielle sonrió. Se volvió hacia Ankari—. ¿Las últimas despedidas?

La mujer asintió y, sin mediar palabra, miró a Qall, lo atrajo hacia sí y lo envolvió en un abrazo, que él devolvió con la rigidez reticente de quien aún no es lo bastante maduro para saber que semejante muestra de afecto no lo pondría en ridículo ante sus amigos. Para sorpresa de Rielle, Leyikh también lo abrazó, y de pronto Qall ya no parecía tan avergonzado.

—Ten cuidado —le aconsejó Leyikh—. No olvides lo que te hemos enseñado. Sobre todo, recuerda que tú eres el responsable de la persona en que te convertirás. —Le dedicó una sonrisa—. Espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Muchas veces.

—Haz caso a Rielle —le aconsejó Ankari—. Conoce los mundos y sus peligros mejor que nosotros.

Qall posó la vista en Rielle y la desvió enseguida, con una expresión que hizo que ella deseara poder leerle la mente. ¿Era incredulidad lo que reflejaba? ¿O se trataba

solo de una mirada evaluadora?

Por último, los dos viajeros se apartaron con un gesto, como diciendo «ahora es todo tuyo». Rielle se echó la mochila al hombro y Qall siguió su ejemplo. Ella avanzó unos pasos y le tendió la mano. Tras un breve titubeo, él la tomó. Tenía la piel cálida y el apretón era firme. Rielle buscó a Timane con la mirada, y esta se acercó para agarrarle la mano libre que le ofrecía. Timane y Qall entrelazaron a su vez las suyas.

Sin que Rielle tuviera que indicárselo, ambos respiraron hondo. Tras despedirse de Leyikh y Ankari con una inclinación de cabeza, Rielle se impulsó para apartarse del mundo.

Qall miró en torno a sí mientras el campamento se desvanecía. Algunos viajeros se habían parado a contemplar su partida, y unos pocos alzaron la mano para decirle adiós. Cuando todo se fundió en la blancura, su rostro quedó vacío de expresión.

La noche anterior, Rielle había consultado a Leyikh y Ulma sobre qué camino debía seguir. Aunque ese mundo se encontraba ligeramente apartado de las rutas comerciales de los viajeros, formaba parte de lo que habían sido los dominios de Valhan. Ulma le había recomendado que buscara un hogar en algún lugar donde nunca hubieran oído hablar del Raen. Eso implicaba recorrer una gran distancia, ir mucho más allá de todos los mundos que Rielle había explorado. El viaje duraría un cuarto de ciclo, quizá más.

«Una vez allí, tendremos que encontrar un mundo con magia suficiente para enseñarle a Qall lo que necesita saber y a defendernos de cualquier ataque. Un lugar donde los hechiceros no estén mal vistos o sean lo bastante numerosos para no llamar la atención, donde nuestro aspecto no destaque mucho entre los demás, donde encontremos una forma de ganarnos el sustento, o por lo menos podamos cazar, recolectar o cultivar lo suficiente para comer».

Se hallaba frente a una dificultad parecida a la que había tenido Tyen cuando buscaba un mundo donde volverse inmarcesible. Los mundos deshabitados, acogedores y ricos en magia no abundaban, y con frecuencia dejaban de serlo al poco tiempo. Si la gente podía instalarse en algún sitio, lo hacía. Tyen había incrementado sus posibilidades al elegir un mundo que se había vuelto inhóspito..., o, mejor dicho, ella lo había elegido para él. Resultaba adecuado porque no tenía que permanecer mucho tiempo allí. Ella, en cambio, no sabía cuánto duraría su estancia en su nuevo hogar, así que este debía ser acogedor, lo que significaba que los mundos despoblados no eran una opción. En vez de ello, buscarían uno donde pudieran establecerse tres forasteros sin llamar demasiado la atención.

Era una creencia generalizada que cuanto más lejos se viajara, más extraños y hostiles se volvían los mundos. Ulma no estaba de acuerdo. Sostenía que los mundos eran como los árboles de un bosque que crecía en torno a los obstáculos como lagos y montañas y se ramificaba por valles fértiles. Algunas de esas ramificaciones conectaban con otros bosques. Si Ulma estaba en lo cierto, Rielle tal vez acabaría por

encontrar una ramificación que la conduciría a un bosque que Valhan nunca hubiera visitado.

Por fortuna, pudo iniciar el viaje a una buena velocidad. Leyikh le había recomendado un camino seguro a través de los mundos vecinos. Si alguien los siguiera, ella podría avanzar más deprisa para librarse de sus perseguidores sin temor a adentrarse en una zona de mundos muertos.

Incluso si alguien veía a Qall y lo tomaba por Valhan, era improbable que los siguiera. Sin embargo, la noticia del avistamiento se difundiría con rapidez y, en cuanto llegara a oídos de Dahli, este saldría de inmediato en su busca con sus partidarios. De modo que lo mejor sería que nadie viera a Qall. Cuando llegaron al mundo siguiente, Rielle se volvió hacia él.

—Ponte la capucha.

Él se quedó de piedra por un momento antes de llevar las manos hacia atrás para tirar de la capucha del abrigo y taparse la cabeza. Aunque no impediría que alguien que se aproximara de frente le viera el rostro, lo ocultaría de miradas fortuitas.

Tras apartarse de ese mundo, Rielle se concentró en seguir las instrucciones de Leyikh. En algunos tramos, los caminos entre mundos eran muy tenues; en otros, estaban bien marcados. Por lo general tenía que deslizarse hasta nuevos sitios desde donde partir, pero de vez en cuando arrancaba un camino nuevo del lugar de llegada. En alguna ocasión se deslizaba para alejarse del lugar de llegada y creaba una ruta nueva, paralela a la que le había recomendado Leyikh, poniendo en práctica el método de Tyen para borrar su rastro a fin de ocultar dónde empezaba y dónde finalizaba el trayecto.

Después de transitar por una veintena de mundos llegó a una vía que, según Leyikh, era la ruta principal hacia un gran mercado. La confianza en la seguridad le permitió pasar por varios mundos en rápida sucesión antes de detenerse en un rincón del mercado sumido en las sombras nocturnas para que Qall y Timane tomaran aliento.

Una vez que se hubieron recuperado, reunió más energía.

—Espera —dijo Qall.

Al volverse hacia él, Rielle vio a la luz de una lámpara que tenía el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre?

El muchacho les soltó la mano a ella y a Timane y se quitó la capucha.

—Vamos demasiado deprisa. ¿Podrías bajar un poco el ritmo?

—¿Por qué?

—Para que pueda memorizar el camino.

—No te hace falta, Qall.

—¿Cómo encontraré la ruta de regreso?

—Tu familia ya no estará allí.

Él apartó la vista y arrugó aún más el entrecejo.

—¿Cómo voy a localizarlos?

—Buscando viajeros por los mundos y preguntándoles por Leyikh. Ellos te guiarán hasta él.

—Pero... yo... ¿Cuándo me enseñarás a viajar entre mundos?

—Cuando encontremos un lugar donde vivir a salvo.

El joven apretó los labios con fuerza.

—¿Y si por algún motivo nos separamos antes? ¿No sería mejor, incluso para Timane, que yo supiera hacerlo ya?

Rielle negó con la cabeza.

—Lleva un tiempo aprender a hacerlo de forma segura. —Se puso tensa al captar un movimiento con el rabillo del ojo—. Vuelve a ponerte la capucha.

Él obedeció de mala gana.

—Dudo mucho que alguien me reconozca aquí.

—En algunos mundos, hay personas a las que les pagan por observar a quienes usan los lugares de llegada, memorizar su descripción o ponerla por escrito. Si alguien descubre que vivías oculto con la familia de Leyikh, intentarán dar contigo examinando los recuerdos y documentos de esos observadores.

—Si se enteran de que tú me has alejado de allí, te buscarán a ti en esos documentos.

Rielle asintió.

—Es posible. Pero tengo que poder ver adónde nos dirigimos. Aun así, sería prudente realizar algunas modificaciones. —Tras absorber un poco más de magia del mundo, Rielle clavó la vista en un mechón de su cabello que descansaba sobre su pecho. Concentrando su voluntad, lo despojó de color y luego extendió el cambio a toda la cabeza. La siguiente alteración fue más sencilla y consistió en una torsión que le rizó el pelo y por tanto se lo acortó.

Timane la contemplaba asombrada. Se dio un tironcito de la capucha.

—Ah. ¿Debería...?

Rielle sacudió la cabeza.

—Las personas que estamos evitando no buscan a una mujer con tu color de piel, constitución o edad. No te pongas la capucha. Necesito que me avises si surge algún peligro detrás de mí. —Le tendió la mano a Qall.

Este emitió un siseo por la nariz al suspirar y le tomó la mano, curvando hacia abajo las comisuras de la boca.

Ella se dio impulso para apartarse del mundo.

Mientras aceleraba, solo le quedaba tiempo para dirigirle alguna que otra mirada al muchacho. Su expresión ceñuda pasó de la irritación a la preocupación, y, cuando más tarde se le quitó, solo parecía triste y un poco indispuerto. Rielle se detuvo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Él asintió, pero con los hombros caídos.

—¿Seguro? —insistió ella, mostrando tanto empatía como incredulidad.

—Hasta ahora —respondió él con una mueca— no creía que llegaríamos tan lejos.

Ella le dio un apretón suave en la mano.

—No hemos hecho más que empezar. Pero no te preocupes: algún día podrás viajar así. Entonces no te parecerá tan lejos.

La tensión en el rostro del chico se relajó un poco. Timane le dedicó una sonrisa comprensiva.

Siguieron adelante. Poco después llegaron al final del camino recomendado por Leyikh. En previsión de ello, Rielle había acumulado más magia de la habitual en los últimos cinco mundos de la ruta. La primera ocasión en que lo había hecho, Qall había erguido la cabeza y, mientras Rielle aguardaba a que recobraran el resuello, se había dirigido de nuevo a ella.

—¿Crees que habrá problemas? —preguntó.

Ella sacudió la cabeza.

—Pero has estado acumulando magia.

—Por si llegamos a un mundo muerto. La ruta propuesta por Leyikh termina aquí. De hecho, me sorprende que llegara tan lejos.

—Y eso ¿por qué? —inquirió él, a la defensiva.

Ella le sostuvo la mirada.

—Leyikh es un hechicero poderoso, pero no tanto como para reunir la magia necesaria para escapar de un mundo muerto. Antes de visitar un mundo que no conoce, tiene tres opciones: recorrer un mundo vecino absorbiendo magia suficiente para abandonar el lugar, en caso de que carezca de energía; indagar lo que pueda acerca de ese lugar en los mundos aledaños y esperar que esa información siga siendo válida; o, sencillamente, llegar a ese mundo y esperar que contenga magia. Puesto que él nunca correría el riesgo de quedarse atrapado sin poder volver con su familia, sin duda se decantó por las primeras dos opciones, y ambas llevan su tiempo. Ha invertido mucho esfuerzo y pasado mucho tiempo lejos de la familia con el fin de trazar este itinerario, no para establecer una nueva ruta comercial, pues esto está más lejos que sus destinos habituales, sino para que pudiéramos iniciar este viaje de forma segura.

Qall reflexionó sobre ello y movió la cabeza afirmativamente.

—Y ahora ¿qué hacemos?

—He acumulado una gran reserva de magia para poder escapar si acabamos en un mundo muerto, así que proseguiremos el viaje... pero con cuidado. Circularemos por caminos transitados recientemente, pues hay menos peligro de que conduzcan a mundos muertos. Aún cabe la posibilidad de que nos lleven a un mundo que haya sido despojado de magia hace poco, pero es poco probable.

Él se estremeció.

—¿Qué les pasa a los habitantes de un mundo en el que ocurre eso?

—La mayoría de la gente normal nota más o menos cambios en función de su grado de dependencia de los hechiceros, que se quedarán sin magia de la que echar mano. Los inmarcesibles dejarán de serlo. Al final, según lo poblado y próspero que sea el mundo, se recuperará a medida que la gente genere más magia, pero para entonces la mayoría de los inmarcesibles habrá envejecido y muerto.

—Si los hechiceros ejercían algún tipo de poder sobre la gente de a pie, la vida de todos cambiaría de forma radical.

Ella asintió. Un escalofrío le bajó por la espalda, pero no dejó que la afectara. «El hecho de que sea capaz de ver las implicaciones políticas de una situación así no significa que piense como Valhan».

Qall apartó la vista, por lo que ella supuso que no tenía más preguntas que hacerle. Tras impulsarse hasta el espacio intermedio, se concentró de nuevo en viajar.

Sin un medio para medir el tiempo y con el cuerpo eliminando la fatiga y el hambre por medio de la sanación, le resultaba imposible calcular cuánto rato transcurría. De vez en cuando, dedicaba un momento a leerle la mente a Timane. Cuando percibía que la joven estaba hambrienta o cansada, Rielle decidía parar para buscar comida.

El siguiente lugar de llegada se encontraba en un mundo oceánico donde la gente vivía en grupos de islas. Rielle exploró las mentes de los habitantes, saltando de una otra como le había enseñado Valhan para juzgar el carácter general de una sociedad. Era hospitalario con los visitantes, dada su costumbre de comerciar con los mundos vecinos. Aun así, ella borró su rastro y se deslizó hacia otra isla, por si los mercaderes llegaban y reconocían a Qall.

Una vez allí, encontró a una mujer dispuesta a alquilar la caseta junto al mar en la que su esposo guardaba su bote y que en aquel momento estaba vacía porque él había salido a pescar unos días. También le compraron alimentos a la mujer y comieron mientras el sol se ocultaba detrás del horizonte, de modo que la isla solo quedó iluminada por los azules rayos de una luna rodeada por un anillo de luz; luego Timane y Qall se acostaron en unas camas colgantes y se durmieron, mientras Rielle velaba su sueño con la espalda apoyada contra la pared.

Escuchando el sonido de su respiración, Rielle recurrió a la magia para librarse del cansancio. Dudaba que pudiera dormir hasta que se encontraran lejos de los mundos que el Raen había dominado. No tenía forma de calcular cuánto tardaría, pero antes o después lo conseguiría. Solo entonces podría descansar.

Poco después del amanecer empezó a hacer un calor insoportable en la caseta. Timane y Qall se despertaron y tiraron al suelo las chaquetas con las que se habían protegido del fresco nocturno. El chico se encaminó hacia la puerta.

—Quieto, Qall —le advirtió Rielle. Él se quedó paralizado y se volvió para mirarla. Ella señaló con la cabeza el abrigo tendido a los pies de la cama—. Ponte la capucha o espera aquí.

Esto pareció horrorizarlo.

—Pero me estoy asando.

—No nos quedaremos mucho tiempo. —Se sacó un cuadrado de oro del monedero y se lo entregó a Timane—. Compra algo de comer.

La joven asintió y salió de la caseta.

Qall cruzó los brazos.

—Tengo que orinar. ¿También quieres que lo haga aquí dentro?

Ella asintió.

—No te vayas. Voy a por un bacín.

Crispó el rostro ante el sol abrasador. Timane ya se hallaba a varios pasos largos de distancia, dirigiéndose hacia un cobertizo en forma de abanico bajo el que se resguardaban varios lugareños. Rielle desplazó la vista alrededor pero no divisó ninguna embarcación adecuada cerca. Echó a andar en pos de Timane.

Al cabo de poco rato, la muchacha y ella regresaron cargadas con un cubo, un cuenco repleto de carne salada y frita de algún ser marino, y una verdura crujiente y ligeramente babosa que parecía la médula de una especie de junco. Cuando Rielle llegó delante de la puerta de la caseta, se quedó de piedra. Estaba entreabierta. Agarró el pomo y tiró de él.

No había nadie en la habitación. El abrigo de Qall aún estaba encima del lecho.

Mascullando una maldición, Rielle lo cogió y registró la zona tanto con los ojos como con la mente. Encontró a Qall en los pensamientos de dos niños, hermano y hermana. Estaban guiándolo hacia el altar en torno al que se había reunido la mayoría de los aldeanos para rendir su culto diario a la estatua del Héroe, que los misionarios habían llevado allí muchas generaciones atrás, desgastada pero reconocible.

Rielle asió a Timane, se apartó del mundo y se deslizó hacia ellos. La tupida vegetación que crecía a lo largo de la playa se desdibujó a causa de la velocidad. Los árboles pasaban como una exhalación a ambos lados. Acabaron entre un conjunto de cabañas dispuestas de manera radial alrededor de un montículo rodeado por una multitud. Qall estaba a menos de cien pasos largos de allí.

Rielle se deslizó hasta detenerse frente a él y volvió al mundo junto con Timane.

—¿Qué estás haciendo? —le siseó a Qall.

Él les sonrió a los niños.

—Aquí no corro peligro. Creen que soy su salvador, el Héroe al que veneran.

Los dos chiquillos repitieron la palabra «héroe» en la lengua local, fijando la mirada en su rostro. Le sujetaban las manos con fuerza.

Qall alzó los ojos hacia Rielle.

—Podríamos quedarnos aquí. No nos harán daño. Nos...

—No puedes quedarte aquí —espetó ella.

Los críos observaron a Rielle con suspicacia, no muy sorprendidos de que se hubiera materializado delante de ellos. «Están familiarizados con las prácticas de los hechiceros. Mala señal».

Apartó a la niña con delicadeza y tomó a Qall de la mano.

—Incluso aquí hay peligro —le aseguró, manteniendo un tono tranquilo y persuasivo. Al adivinar sus intenciones, Timane se encargó de que el niño le soltara la otra mano.

—Pero jamás harían daño a aquel al que adoran.

—Otros se enterarían de que estás aquí y vendrían a verte en persona. Personas más poderosas —le explicó Rielle—. Personas que no rinden culto a este Héroe; que envidiarían tu poder o intentarían aprovecharse de él. Y que perjudicarían a esta gente para manipularte.

—No se lo permitiríamos.

—Como dios viviente, atraerías la atención de otros mundos. Tus enemigos acabarían por descubrirte.

—Además, no eres quien ellos creen —añadió Timane—. Estarías engañando a estas personas. No sería justo.

Rielle clavó los ojos en la joven, sorprendida y preocupada. ¿Cuándo había descubierto Timane que Qall se parecía al Raen? Un vistazo rápido a su mente le reveló que solo había visto que los niños creían que Qall era su Héroe, no que el Héroe se asemejara al Raen.

Qall se encorvó. Rielle se impulsó para alejarse del mundo y los llevó de vuelta a la caseta.

—Coge nuestras mochilas —le indicó a Timane—. Os llevaré a algún sitio más cómodo donde comer.

Timane dejó el cuenco en el suelo y se apresuró a obedecer. Qall bajó la vista hacia su muñeca, que Rielle aún le aferraba. Ella lo soltó, agarró el abrigo de él y se lo tendió. De mala gana, el joven introdujo los brazos en las mangas y se puso la capucha. Se quedó de pie, dándole la espalda, lo que ella interpretó como un gesto de taciturna protesta, hasta que captó un movimiento en la dirección en la que él miraba.

Varias personas se abrían paso por la vegetación que bordeaba la playa, a unos cientos de pasos de distancia, y al divisar a Qall y Rielle arrancaron a correr hacia



ellos. Al leerles la mente, ella percibió esperanza y gozo por parte de aquellos que creían el testimonio de los niños de que el Héroe estaba en la playa, y rabia por parte de quienes pensaban que los visitantes no habían hecho más que una afirmación absurda y blasfema.

—Date prisa, Timane —la apremió Rielle.

La chica salió y les entregó sus mochilas. Tras echarse la suya al hombro, Rielle no aguardó a que los otros dos hicieran lo mismo antes de asirlos de los brazos y apartarse del mundo. El calor cesó de inmediato, y ella vio su alivio reflejado en el rostro de sus acompañantes. Tenían a los aldeanos encima. Rielle se deslizó a toda velocidad sobre el agua y luego ascendió para abarcar mayor distancia con la mirada. La isla desapareció detrás del horizonte.

Más delante avistó la curvatura de un banco de arena blanco como la nieve. Puso rumbo hacia allí y depositó a los dos jóvenes sobre la hierba del centro. Solo entonces cayó en la cuenta de que habían dejado el cuenco de comida junto a la caseta.

Con un suspiro, sacó de su bolsa unas raciones de alimentos desecados y las repartió. Todos extrajeron sus cantimploras de agua. Rielle se alegró de comprobar que Qall parecía menos irritado.

—Bueno, ¿y quién es ese hombre al que conocen como el Héroe? —preguntó él de pronto—. Los ancianos de la aldea también lo llaman el Raen y creen que es un héroe en todos los mundos.

Timane tosió, atragantándose con el agua. Desplazó la vista de Rielle a Qall con las cejas arqueadas de incredulidad.

Rielle sacudió la cabeza.

—No sé nada del Héroe, pero sé bastante acerca del Raen. Era un hechicero muy poderoso, odiado en unos mundos y amado en otros. Tampoco eres él.

—¿«Era» un hechicero?

—Murió.

—Bueno, al menos a él no debo temerlo, entonces.

—No. —Rielle se levantó y tendió las manos—. Sigamos adelante.

Qall se quedó quieto un momento.

—Esas personas de las que nos escondemos... ¿habrían hecho daño a mi familia si me hubieran encontrado con ella?

—Tal vez.

Él asintió y la tomó de la mano.

—Entonces me alegro de haberme marchado.

Un alivio cauteloso se apoderó de ella. ¿Era la primera señal de que Qall aceptaba su nueva vida? De la mano de sus dos acompañantes, se deslizó por el mundo. Para no tener más encuentros con adoradores del Héroe, hizo algunas escalas para explorar mentes cada vez que se topaban con poblaciones pequeñas. Pronto quedó claro que era una de las deidades más populares de ese mundo. Viajando en dirección contraria

al sol, se aproximó a una ciudad en la que aún reinaba la oscuridad y encontró un lugar de llegada del que arrancaba un camino consolidado.

De ahí en adelante, apenas se detenían en cada mundo y solo permanecían sobre suelo firme durante el tiempo suficiente para que los dos jóvenes recuperaran el aliento y Rielle repusiera la magia que había gastado. Los lugares de llegada estaban situados en zonas urbanas más grandes e intrincadas. Algunos estaban al aire libre, en una amplia explanada o una tarima. Otros, bajo techo, resguardados por pérgolas delicadas o en el interior de cúpulas elevadas y profusamente adornadas. En unas ocasiones, cientos de ciudadanos pasaban de largo sin mostrar el menor interés; en otras, los rodeaba un círculo de guardias de mirada atenta.

Qall tenía en todo momento la capucha puesta, el rostro oculto en sombras y los hombros caídos en una postura que denotaba miedo o malhumor. Lo único que Rielle llegaba a vislumbrar de sus ojos era un brillo tenue cuando erguía la cabeza para observar los lugares cada vez más imponentes a los que llegaban.

El espectáculo cambió con brusquedad. Se materializaron entre dos mitades de un gigantesco tejado de piedra con una separación en el medio. Una vertiente se inclinaba hacia ellos, con el extremo sostenido sobre un puntal que no alcanzaban a ver. La otra, detrás de Qall, sobresalía del edificio hasta apoyarse sobre el pedestal de una estatua enorme.

Cuando Rielle alzó la vista se le heló la sangre. Qall la miraba desde lo alto con expresión amenazadora, mil veces más grande que su tamaño natural. Oyó que a Timane se le escapaba un grito ahogado y, cuando bajó los ojos de nuevo, vio que la joven contemplaba la estatua boquiabierta, al igual que Qall, cuya capucha empezó a resbalar hacia atrás por la inclinación de su cabeza. Le soltó la mano a Rielle a tiempo para evitar que se le cayera.

Timane consiguió despegar la vista de la estatua y la posó en Qall. Él la miró a los ojos y ambos se volvieron hacia Rielle.

Ella reprimió una maldición. «¿Qué probabilidades había de que pasáramos por tantos mundos sin que él viera algo así?». Los caminos tendían a principiar y desembocar en lugares importantes, y en ellos se rendía culto al soberano de los mundos.

—Este Héroe, el tal Raen... es un dios en muchos mundos, ¿verdad? —preguntó Qall.

—Sí.

—Y está muerto.

—Sí.

—Así que muchos se alegrarían si regresara.

—Sí, pero son más los que no.

—Pero los que me buscan se alegrarían.

—Sí. —Al cabo de un momento, agregó—: No eres él, Qall. Tu cuerpo fue modificado de modo que se pareciera al suyo, pero no tuvieron la oportunidad de

cambiarte la mente.

El joven desvió la vista de la estatua y Rielle captó una fugaz mirada de reproche dirigida a ella antes de que él bajara la cabeza y se replegara la capucha. Su voz emergió, suave y trémula.

—¿Hay algún lugar donde no se le conozca?

—Leyikh cree que sí. Yo también. Nadie, en los miles de ciclos de existencia humana, ha conseguido trazar los límites de los mundos.

Él guardó silencio.

—Encontraremos un sitio donde estarás a salvo —le aseguró ella—. Ya te lo explicaré mejor cuando...

—Vámonos de una vez. —Qall suspiró y sacudió la cabeza.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella.

—Solo... quiero que nos vayamos. No tiene sentido quedarnos. —Agachó aún más la cabeza. Sus palabras se tornaron casi inaudibles—. No podré volver jamás.

A Rielle se le encogió el corazón. Timane cogió de la mano a Qall y le dio un apretón en señal de solidaridad. Un gesto admirable dado lo que la muchacha acababa de descubrir sobre él. Miró a Rielle.

—¿Eso es verdad?

—No —les dijo Rielle a los dos—. Cuando hayamos encontrado un lugar seguro donde establecernos, le enseñaré a Qall a cambiar las pautas. Esto le permitirá cambiar su apariencia y entonces podrá viajar a donde le plazca.

Él enderezó la cabeza. Rielle vislumbró dos destellos de luz reflejada en el interior de la capucha. Sin abrir la boca, Qall asintió y extendió la mano.

Le agarró la suya con firmeza. En cuanto los jóvenes respiraron hondo, Rielle se apartó del mundo y buscó un camino que seguir. Qall se había arrebuñado aún más bajo la capucha, de modo que ella solo le veía la cara por debajo de la nariz. Él no dirigía la vista hacia arriba o a los lados, ni a Timane o a ella. Durante un rato su retraimiento la distrajo, pero resistió el impulso de intentar sacarlo de él, o al menos tranquilizarlo. Una parte de ella seguía conmocionada por la estatua de Valhan. No podía evitar ver sus rasgos en los labios apretados y la mandíbula tensa de Qall. Era demasiado consciente del tacto de su mano. No era la ira hacia Valhan lo que la incomodaba, sino los vestigios de la admiración y la fascinación que había despertado en ella en otro tiempo. Le habría resultado más fácil perdonarse por su candidez si solo se hubiera tratado de un encaprichamiento, pero había llegado a aprobar sus actos, incluso a estar de acuerdo con él.

Los recuerdos del Raen no se habían quedado grabados en la mente de Qall. Solo le habían alterado el cuerpo y borrado la memoria. Desde que lo había dejado en manos de los viajeros, ella se había preguntado muchas veces quién era él antes, pero había resistido la tentación de intentar averiguarlo. Si Dahli sabía de dónde procedía Qall, sin duda había enviado a su gente allí por si se presentaba alguien haciendo

indagaciones sobre un muchacho perdido con un poder mágico especialmente intenso.

Habría sido interesante saber cuán intenso era. Tal vez Qall era más fuerte que ella ahora, pero ¿lo había sido antes? ¿O adaptar su cuerpo a la pauta de Valhan lo había hecho más poderoso? Ambas posibilidades eran significativas. Si la segunda no se correspondía con la realidad y él había sido tan fuerte como Valhan desde el principio, tal vez se suponía que debía ser el Sucesor. Si el origen de su poder residía en el cambio físico que lo había asemejado a Valhan, las implicaciones resultaban aterradoras. Significaba que ella podía repetir el proceso utilizando a Qall como fuente de la pauta. Podía hacer que hechiceros menores se volvieran tan poderosos como lo había sido el Raen, con el único inconveniente de parecerse a él hasta que aprendieran a cambiar las pautas y modificar su aspecto.

Podía obrar esa transformación en sí misma. La idea de parecerse a Valhan, aunque fuera por muy poco tiempo, se le antojaba de lo más extraña.

De modo que se concentró en atravesar los mundos y decidió no pensar más en ello hasta que encontraran un lugar seguro donde fundar un nuevo hogar. Propulsándose de un mundo a otro, intentando averiguar por indicios si allí el Raen era amado, temido, venerado o al menos conocido, sin duda acabaría por descubrir un sitio donde pudieran instalarse, libres del riesgo de que alguien reconociera a Qall. Un mundo alejado de su familia, pero también de Dahli y sus maquinaciones.

Mientras tanto, tendría que vigilar a Qall de cerca, por si no había aprendido la lección tras su encuentro con los isleños. Los tres acabarían por cansarse de aquella vida errante, y la sensación de peligro disminuiría con el tiempo y la distancia. La tentación de detenerse en algún lugar donde los habitantes fueran amables se haría cada vez más fuerte cuanto más tiempo y más lejos viajaran. Sin embargo, ella no podía reducir la marcha ni transigir en cuanto a la necesidad de salir de los antiguos dominios del Raen. Debían establecerse, como mínimo, en un mundo donde nadie supiera quién era.

Mientras proyectaba los sentidos en busca de mentes, a Rielle le asaltó un temor con el que empezaba a familiarizarse. Cada vez que creía haber llegado a un lugar donde el Raen era desconocido, captaba su nombre en los pensamientos de alguien. Aunque siempre revisaba las mentes de quienes ejercían el poder, era en los mercados donde solía encontrar las pruebas que los empujaban a proseguir su viaje. Ya en dos ocasiones habían tenido que marcharse de un mundo que parecía prometedor. Entonces ella los llevaba cincuenta mundos más allá antes de detenerse de nuevo. Tras haber viajado durante por lo menos un octavo de ciclo y pasado por lo que parecían miles de mundos, ¿habrían traspasado por fin el límite de la influencia del Raen?

Sentada en un umbral, con un viejo trozo de tela sobre la cabeza y una manta sucia y raída cubriéndole los hombros, dejó vagar la mente por los pensamientos de puesteros y clientes. «¡Ah! ¡Allí!». Una comerciante local utilizaba con cierta torpeza la lengua de los viajeros para comunicarse con una hechicera de otro mundo que vendía baratijas exóticas.

Rielle las observó. Cuando las mujeres se separaron, ella se olvidó de la comerciante y exploró los pensamientos de la hechicera. Por lo general la gente reflexionaba sobre la conversación que acababa de mantener antes de que su siguiente tarea la distrajera. La mujer estaba asimilando la noticia que le había dado la comerciante. Una guerra civil. Un conflicto en un mundo cercano. Los profetas del mundo natal de la hechicera sin duda afirmarían que una guerra civil lejana era una prueba más de que los extraños círculos de luz que habían aparecido en el cielo varios ciclos atrás presagiaban el fin del universo. Habían ordenado a los hechiceros de su mundo que buscaran señales de ese tipo. Rielle soltó un resoplido. No pedían que se recabaran pruebas de que los mundos no iban a acabarse. Nunca lo pedían.

Cuando la hechicera se concentró en encontrar un nuevo mercader a quien le interesaran sus artículos, Rielle volvió a poner toda su atención en el entorno. Aunque el cielo nublado no presentaba un aspecto distinto a cuando ella había llegado, quienes la rodeaban sabían por instinto que se avecinaba el atardecer. Observándolos, aguardó a que nadie mirara en su dirección para apartarse del mundo.

El blancor la envolvió. Retrocedió por el camino que la había conducido hasta allí a través de cuatro mundos y dio un rodeo para llegar a donde había dejado a Timane y Qall. Mientras viajaba, repasó en su mente lo que había averiguado sobre los mundos que circundaban su posible nuevo hogar. En ninguno de ellos se rendía culto al Raen, y ni la población en general ni las clases dirigentes parecían saber de su

existencia. Unos pocos mercaderes y hechiceros habían oído hablar de él, pero solo como una figura poderosa relevante para unos mundos lejanos que no les interesaban.

«A mí me interesan. —Al pensar en las personas que había dejado atrás sintió una punzada de pena. No había tenido oportunidad de despedirse de Tarren como hubiera querido. Esperaba que hubiese recibido su mensaje. ¿Habría regresado Tyen? ¿Estaría enfadado con ella por desaparecer?—. Bueno, él me dejó sin dar explicaciones». Sacudió la cabeza. No era nadie para exigirle nada. Habían sido amantes, nada más. Ella se había esfumado de la vida de tanta gente que no tenía derecho a quejarse de que alguien se hubiera esfumado de la suya. Sin duda tenía un motivo tan bueno como ella para marcharse sin explicar por qué.

Aun así, esperaba que él se sintiera tan culpable como ella.

La noche había caído sobre las ruinas que la rodeaban cuando llegó al mundo en el que se planteaba establecer su nuevo hogar. Llovía. Nubes densas ocultaban las estrellas. Buscó mentes en las inmediaciones y, al no encontrar ninguna, creó una luz. La madera mojada y ennegrecida relucía como hierro fundido. Había montones de ella donde antes se alzaban las casas. Alguna que otra pared esquelética se mantenía en pie. Tras adentrarse en la ciudad recién abandonada, se acercó a los restos sembrados de escombros de uno de los edificios más grandes. Al ser casi todo de piedra, había sufrido menos daños que las estructuras de madera, aunque el interior estaba carbonizado. Rielle entró, se dirigió hacia una torre que se elevaba en el centro y atravesó una puerta medio quemada para acceder al oscuro hueco de una escalera.

Tras aumentar el brillo de la luz, descendió.

Cuatrocientos dieciséis escalones después, salió al brillo turbio del amanecer que se colaba entre las nubes. Unas colinas suaves se extendían ante ella. Se cambió el velo por uno nuevo y, después de liar la manta, comenzó a bajar por la pendiente. El sol había ascendido en el cielo cuando llegó al sendero lodoso que pasaba por un camino. Echó a andar por él.

Buscó mentes mientras avanzaba y detectó a Timane, que lavaba platos con furia en la cabaña abandonada que habían arreglado y ocupado. Qall no había llegado a casa la noche de la víspera, como tampoco las dos anteriores. A Rielle el corazón le dio un brinco en el pecho. «Entonces ¿dónde está?». Apretó el paso, sin dejar de escrutar las colinas de los alrededores en busca de otras mentes humanas. No descubrió ninguna hasta que llegó a la pequeña aldea situada en el valle siguiente. Allí nadie pensaba en el joven forastero de rostro blanco. El sendero emergía de entre los árboles y conducía hasta la puerta de la cabaña.

—Se ha ido a la cueva —le informó Timane desde el umbral. Ella también había adoptado la costumbre local de llevar un velo atado en torno la cabeza—. Está ahí desde que te marchaste..., hace ya tres días. Viene a escondidas para llevarse comida mientras duermo. —Frunció el ceño—. Creo que me está leyendo la mente. Anoche me quedé sentada en una silla con la esperanza de pillarlo, pero me ganó el sueño, y

cuando abrí los ojos la comida había desaparecido. Supongo que cree que si no viene cuando estoy despierta, no puedo pedirle nada.

—¿Por qué crees que lo hace?

La joven sacudió la cabeza.

—Si no lo conociera, diría que por pereza; que intenta eludir el trabajo como los criados de su edad en el palacio. Lo que sería una tontería porque puede realizarlo con magia. Tal vez no le gusta que una exsirvienta le dé órdenes.

—Eso no lo habrá aprendido de los viajeros.

—No, pero ya no está entre los viajeros y acaba de descubrir que se parece a alguien a quien la gente obedecía sin rechistar.

Rielle arrugó el entrecejo.

—¿Ha sido entrometido? ¿Cruel?

Timane torció el gesto.

—No, solo desobediente. —Exhaló un largo suspiro—. Supongo que se esfuerza por adaptarse. Cuando me acuerdo de que ha perdido a su familia y que acaba de enterarse de que hay quien quiere matarlo, el enfado no me dura mucho. Ojalá me dirigiera la palabra. A lo mejor contigo estaría dispuesto a hablar.

—A lo mejor. —Rielle se encaminó hacia el lateral de la cabaña, desde donde arrancaba el sendero que subía a la cueva—. A ver si consigo convencerlo de que vuelva con nosotras, por lo menos.

Ascendió despacio, cavilando sobre la posible causa de su comportamiento. Seguramente quería pasar un tiempo a solas para pensar en los cambios que había experimentado su vida. Esto era comprensible, pero tenían que limpiar la cabaña y encontrar una manera de ganarse el sustento o de conseguir comida. Ella había esperado que participar en el establecimiento de un hogar lo ayudara a aceptarlo más fácilmente.

Cuando estaba a punto de llegar a la cueva, alzó la vista y se quedó inmóvil. Más que de una cueva se trataba de un saliente, en el que el viento y la lluvia habían arrastrado cuesta abajo la tierra de debajo de las rocas empotradas en la ladera. La silueta de Qall se recortaba contra las nubes. Estaba sentado con la espalda encorvada, los codos en las rodillas y la cabeza apoyada en las manos.

Su cuerpo entero expresaba desconsuelo.

Ella respiró hondo, bajó la mirada y siguió adelante, haciendo ruido de forma deliberada para avisarle de que se acercaba. La figura recortada contra las nubes se movió con brusquedad, y cuando ella alzó los ojos de nuevo, él estaba sentado con la espalda recta, oteando el valle penumbroso con expresión altiva.

—Qall —dijo ella—. Me cuentan que has estado enfurruñado.

El muchacho se volvió hacia ella, arqueando las cejas.

—Enfurruñado no —repuso, a la defensiva—. He estado pensando.

Rielle se sentó a su lado, sobre una roca más baja.

—¿Sobre qué?

Él desvió la vista.

—Nada que te interese.

Ella cruzó los brazos.

—¿Acaso me has leído la mente?

Él frunció el ceño.

—No. —Un deje de suavidad en su voz le provocó un escalofrío a Rielle. ¿Estaba mintiendo?

—Entonces ¿cómo sabes si me interesa o no?

La arruga entre las cejas de Qall se hizo más profunda.

—Porque... pienso en cosas que solo me importan a mí.

—Si te importan a ti, te aseguro que me interesan.

Él le dirigió una mirada fugaz.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? —preguntó ella.

—No.

Él había respondido de manera automática, sin pensar. Rielle lo observaba con atención, esperando. El joven posó los ojos en ella, frunció los labios, se rascó el tobillo y suspiró.

—No me gusta este mundo. Aquí la gente odia a los forasteros y a las personas de otros mundos. Creen que nosotros trajimos la peste. ¿Qué pasará si hay otro brote?

—Si eso ocurre, y Timane y tú la contraéis, yo os sanaré. —Tendió la vista hacia el valle y las lejanas luces de la aldea que se vislumbraban desde esa altura—. La gente nos aceptará si no les damos motivos para temernos. Si comerciamos con ellos y obedecemos sus leyes, se acostumbrarán a nuestra presencia. Sus sospechas nos pondrán sobre aviso si aparece alguien buscándonos.

»Pero necesitamos algo con qué comerciar. Una mercancía normal y corriente. No les sirven de mucho los metales preciosos ni las gemas. De todos modos, mis reservas no durarán para siempre.

—¿Qué haremos, entonces? ¿Cultivar la tierra y criar ganado?

—Sí, y adquirir habilidades útiles. Nada demasiado complicado.

—¿No podemos ir a las ciudades y comprar allí cosas con las que comerciar?

—Todavía no. Si es a eso a lo que te gustaría dedicarte, podrás hacerlo cuando hayas concluido tu entrenamiento. Por el momento, tenemos que vivir con sencillez.

—Bueno, ¿y cuándo empezarás a entrenarme?

—Cuando... —«¿Cuando qué? ¿Cuando tengamos algo que intercambiar por comida?». No tenían por qué esperar. Los cultivos tardaban en crecer. La cría de ganado no era cosa de un día para otro. Entre unas tareas y otras, ella podía encontrar tiempo para instruirlo—. Cuando hayamos comido. Dentro de unas horas —contestó—. Y mañana limpiaremos un poco de terreno y plantaremos las semillas que he comprado en el mercado. ¿Te parece bien?

Él la miró a la cara con el rostro inexpresivo pero con un brillo de esperanza en los ojos.



—¿Me enseñarás a viajar entre mundos?

—Es más urgente que aprendas a defenderte —replicó ella, y alzó la mano para acallar sus protestas—. Sé que los viajeros te iniciaron en el combate defensivo, pero no podían enseñarte a rechazar el ataque de hechiceros muy poderosos o de cientos de enemigos.

Él cerró la boca de golpe y asintió.

—¿Me entrenarás aquí?

—No. Eso asustaría a los vecinos. Tendremos que encontrar un lugar adecuado. Tal vez arriba, entre las ruinas. Pero aún no. Antes tengo que poner a prueba tus conocimientos y capacidades, y para eso no necesitaremos mucha magia.

Él giró sobre la roca para colocarse de cara a ella.

—¿Cuándo?

Rielle se encogió de hombros.

—Ahora mismo, supongo. Si estás listo.

—Lo estoy.

Pero ¿por dónde empezar? Sus primeras lecciones de magia después de abandonar su mundo las había recibido de Baluka. Este había evaluado su alcance e intentado enseñarle cómo viajar entre mundos, esto último con resultados desastrosos. No había sido un maestro extraordinario, pero seguramente había seguido el sistema de enseñanza que empleaba su instructor —Leyikh, casi con total seguridad— con los viajeros ya acostumbrados a usar la magia y familiarizados con el concepto de los viajes intermundiales.

Dahli había sido un maestro más competente. Él también puso a prueba su fuerza antes de proponerle numerosos ejercicios para desarrollar sus reflejos y su capacidad de concentración. Ella haría lo mismo con Qall.

—Para empezar, intentemos determinar cuánta fuerza tienes —dijo ella.

Tal como había hecho Baluka con ella, le indicó que proyectara su mente lo más lejos posible y le contara qué percibía. No le sorprendió que sus sentidos llegaran a abarcar el mundo entero.

—¡Increíble! —jadeó él—. ¡El mundo es realmente una esfera! Y la magia... es como una niebla que lo penetra todo..., incluso el suelo.

Al principio, su reacción la descolocó. Había dado por sentado que los viajeros ya habían calculado su fuerza de ese modo. Tal vez lo hicieran de una manera que no les reveló lo poderoso que era. Por fortuna, él mantenía los ojos cerrados, de modo que no podía ver su reacción de sorpresa. Ella sonrió al contemplar su expresión maravillada. «Una expresión que nunca vi en el rostro de Valhan —no pudo evitar pensar—. Después de mil ciclos, tal vez ya nada lo impresionaba».

—Es más densa en unas zonas que en otras —observó Qall—. ¿Por qué?

—Seguramente es más intensa en torno a las ciudades, donde la mayoría de la gente vive y crea.

Él hizo un gesto afirmativo.

—Hay dos zonas de muy baja densidad situadas en extremos opuestos.

—Los polos, tal vez —dijo ella—. En algunos mundos son demasiado fríos para que vivan seres humanos en ellos. En otros hay una franja central que desprende demasiado calor. Hay mundos que tienen un lado gélido y otro demasiado caluroso debido a que este siempre está orientado hacia el sol o los soles.

Qall abrió los ojos.

—Eso me gustaría verlo.

—Algún día lo verás —le prometió ella.

Él elevó la vista hacia el cielo.

—No tenía ni idea de que era capaz de eso.

—No muchas personas pueden rodear por completo el mundo con los sentidos. La distancia a la que llegas a proyectarlos es lo que denominamos «alcance».

—¿Es poco común ese don?

—Que yo sepa, tres personas lo poseemos: tú, yo y un amigo. Por otro lado, este es un mundo pequeño. Algunos son tan grandes que no los abarco con los sentidos. —Pensó en su mundo de origen al recordar que Valhan había tenido que viajar del norte al sur para absorber toda la magia que contenía, lo que demostraba que era un mundo más grande de lo habitual... y que incluso él tenía sus límites.

Lo que significaba que Qall también los tenía. Le vino a la memoria, como tantas veces en el pasado, lo que Dahli le había revelado: en ocasiones Valhan no pudo leerle la mente. Ella no creía que eso fuera una prueba de que lo igualaba en fuerza, pero tal vez no le faltaba mucho. En teoría a Qall también le costaría explorar el pensamiento, aunque se suponía que no debía intentarlo. Según las normas de urbanidad de los viajeros, había que respetar la intimidad de los miembros de la familia y las amistades..., sobre todo si eran mayores.

—Proyecta de nuevo —le indicó a Qall—. Dime dónde puedes absorber magia sin que nadie lo note.

—En los polos —respondió.

—No necesariamente. Es posible que allí haga frío, pero la gente puede vivir en entornos muy hostiles, sobre todo si cuentan con habilidades mágicas.

—Entonces... en ningún sitio, porque tú lo percibirías.

—No me tengas en cuenta a mí.

Él cerró los ojos con fuerza.

—Pues... ¿en el aire, a gran altura?

—Podrías extraerla de ahí, sí. La posibilidad de que un hechicero se diera cuenta es muy baja.

—¿Y en las profundidades de la tierra?

—También. La gente no suele prestar atención a lo que ocurre debajo del suelo. La ausencia de magia se percibe como oscuridad, por lo que resulta más fácil ocultarla en sitios desprovistos de luz.

—Si desprendo una capa uniforme del borde exterior más alejado, se notará menos que si dejo un vacío grande en otra parte.

Ella asintió, complacida.

—O en el borde interior más bajo.

—¿Así que la magia no se extiende a través de todo el globo...? ¡Ah! Ya entiendo. Si cogiera una tajada del mismo grosor tanto del borde interior como del exterior, la del interior contendría menos magia, pues el área disminuye conforme uno se acerca al centro del planeta.

—Esa es la idea —señaló ella—. Ahora, absorbe un poco de magia. No necesitarás mucha. Vamos a realizar unas pruebas de habilidad.

Al principio Qall siguió sus instrucciones de buen grado, pero a medida que ella ponía a prueba sus reflejos y su control, él empezó a impacientarse.

—Ya he hecho todo esto antes —refunfuñó mientras flotaba sin esfuerzo a un palmo del suelo.

—Sí, pero yo no sé qué eres capaz de hacer y qué no —repuso ella—. No quiero perder el tiempo preparando clases enteras para luego descubrir que ya sabes lo que quiero enseñarte o que he dejado lagunas en tus conocimientos. Necesito evaluar tu nivel de habilidad. Acércate y siéntate.

Él obedeció y volvió a la roca.

—¿Qué sabes de las cinco aplicaciones de la magia?

Él sacudió la cabeza.

—Los viajeros no las clasifican en cinco, sino en tres: básicas, lectura mental y viajes entre mundos.

—¿Cuáles son las básicas?

—Movimiento, inmovilización, calentamiento y enfriamiento. —Hizo una pausa—. Lo que en realidad se reduce a dos tipos, pues para calentar mueves y para enfriar inmovilizas.

—Correcto. ¿Qué sabes acerca de la lectura mental?

El joven se encogió de hombros.

—Un hechicero más fuerte puede leerle la mente a uno más débil aunque este bloquee sus pensamientos. Las personas sin poderes mágicos no pueden bloquear a nadie.

—¿Qué más?

Él tamborileó con los dedos sobre sus rodillas.

—Es de mala educación leerles la mente a familiares y amigos.

—Entre los viajeros. En muchos mundos está prohibido leer mentes, así que más vale que disimules un poco. ¿Le has explorado el pensamiento a Timane?

Qall apartó la vista mordiéndose el labio y se quedó callado por un momento.

—Esto... ella no es de mi familia.

—¿Y por lo tanto crees que no merece que la trates con respeto?

—No, no lo creo.

Rielle apoyó los codos en los muslos y juntó las yemas de los dedos.

—Sabe que le lees la mente. No es tonta. Deberías pedirle perdón.

Él asintió.

—Así lo haré —murmuró.

—Comprendo que sientas la tentación de hacerlo —aseveró ella—. Estamos en una situación que tal vez nos obligue a ser flexibles con las normas, pero solo en caso necesario. La única mente que no quiero que leas es la mía. Con todos los demás, quiero que te acostumbres a examinarles el pensamiento sin dejar indicios de que lo has hecho.

Él alzó la vista.

—Pero ¿y si...? —se interrumpió y sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—¿Y si nos topamos con viajeros?

—Es poco probable, pero si eso ocurre te corresponde a ti decidir si quieres respetar su intimidad o no. Yo, por mi parte, les leeré la mente. No pienso correr riesgos.

Él hizo un gesto afirmativo.

El siguiente punto en la lista eran los viajes entre mundos, y ella no tenía claro cuánto debía decirle al respecto. Era reacia incluso a hablar de ello por temor a revelar alguna pista o incitarlo a probar por su cuenta. Por otro lado, podía hacer hincapié en los peligros para animarlo a esperar a que ella le impartiera clases.

—Mi maestro me enseñó que existen cinco usos para la magia. Mover e inmovilizar eran los dos primeros, leer la mente el tercero, viajar entre mundos el cuarto —explicó—. ¿Alguna vez viajaste a otros mundos con tu familia?

Al chico se le iluminó la mirada.

—Solo cuando era más joven y buscaban un lugar donde establecernos.

—¿Cuánto sabes del proceso?

—No mucho. Sé que el espacio intermedio es blanco y que no se puede respirar, así que uno se asfixia si permanece mucho tiempo. Sé que «deslizarse» significa salir un poco de un mundo sin dejar de verlo por completo y luego cambiar de posición en él.

Rielle asintió.

—Acercarse y alejarse de un mundo es un poco como empujar y tirar de algo, pero no del todo. El hijo de Leyikh lo describía así para intentar enseñármelo, pero yo no conseguía ponerlo en práctica porque no dejaba de pensar en ello como en un acto físico en vez de mental. Es más preciso definir el espacio intermedio como luz o energía. Es como lo opuesto a la oscuridad que percibimos en ausencia de...

—Entonces ¿cómo aprendiste a viajar entre mundos? —la cortó él.

Ella sonrió.

—Le leí la mente a un hechicero mientras viajaba.

Qall arqueó las cejas, y una chispa de interés le asomó a los ojos.

«Tal vez no debería habérselo dicho».

—Y si alguna vez te sorprende leyéndome el pensamiento mientras me aparto de un mundo, te obligaré a cavar en los campos durante un cuarto de ciclo antes de enseñarte nada más.

Él torció la boca en un gesto cómico de reconocimiento de su derrota.

—Te instruiré en cuanto seas consciente de todos los peligros —afirmó ella—. La asfixia es solo uno de ellos. Materializarte en el interior de algo sería una muerte especialmente desagradable. Otro riesgo es el de llegar en un ángulo peligroso respecto al suelo. Saber exactamente cómo protegerte en el instante de la llegada es esencial. El entorno puede encerrar peligros ocultos, como aire tóxico, terreno inestable o temperaturas que podrían matarte.

—¿Por qué habría de conducir un camino a un lugar en el que la gente no puede sobrevivir?

—Es posible que el último hechicero en recorrer ese camino fuera quien lo abrió y que muriera al llegar al final. O tal vez fue alguien que retrocedió, quizá al percatarse de que había muerto el que lo precedía. O alguien que llegó y se marchó enseguida. Un hechicero inmarcesible, a diferencia de los comunes y corrientes, puede sobrevivir a una exposición breve a un mundo peligroso.

»A veces se producen cambios después de que se crea un camino —prosiguió—. Un volcán entra en erupción. Una inundación cubre el terreno. El aire se contamina, por causas naturales o artificiales. Estalla una guerra. Circulan leyendas de mundos que han desaparecido por completo, de soles que han explotado o se han enfriado, de rocas enormes que han caído del cielo o de temblores que desgarran la tierra. Y luego están los peligros que entrañan los mundos muertos o débiles. —Hizo un mohín—. Que, según me dicen, son cada vez más comunes.

—¿Por qué?

Abrió la boca para responder, pero sacudió la cabeza.

—Ya te lo explicaré en otro momento. Podríamos pasarnos el día con historias sobre los mundos y, aunque me gustaría mucho, debemos ceñirnos a las aplicaciones de la magia. ¿Se te ocurre cuál puede ser la quinta?

Él bajó las cejas, meditabundo; luego negó con la cabeza.

—No... Pero supongo que tiene que tratarse de lo que no explican las otras cuatro. Así que... ¿la inmarcesibilidad?

—Sí. O, mejor dicho, la inmarcesibilidad es el objetivo más codiciado de quienes usan la quinta aplicación. La que conocemos como «cambio de pautas».

—Cambio de pautas —repitió Qall—. Cambio de pautas, ¿qué pautas?

—Las que componen a todos los seres vivos. A ti. A mí. A ese animal volador de allí. A esas plantas.

—¿Solo a los seres vivos?

—Para serte sincera, lo ignoro —reconoció ella—. Tal vez sería posible transformar esas piedras en oro pero, hasta donde yo sé, nadie lo ha conseguido. Yo

solo he trabajado con pautas de seres vivos.

—¿Y para qué sirve, aparte de para alcanzar la inmarchesibilidad?

—Para sanar. No tengo que preocuparme demasiado por respirar antes de viajar entre mundos porque mi cuerpo repara los daños producidos por la asfixia en cuanto llego a uno. Puedo curar a otras personas. A todos los seres vivos.

—¿Y resucitar a los muertos?

—No lo sé. No lo he intentado. Creo que, si se tratara de alguien que lleva poco tiempo muerto, podría. Aunque es posible que perdiera recuerdos.

El muchacho se puso tenso.

—¿Fue eso lo que me sucedió a mí?

—No —contestó ella—. Tú nunca estuviste muerto. Se te sumió en un sueño profundo y se ralentizaron tus funciones corporales por medio del frío.

Él tragó en seco y bajó la vista hacia sus manos.

—Y me borraron la memoria.

—Casi toda. Quedaron recuerdos suficientes para que yo descubriera que se te estaba haciendo aquello en contra de tu voluntad.

—¿Los recuperaré algún día? —preguntó con una vocecilla apenas audible.

Ella sacudió la cabeza.

—A estas alturas, es muy improbable. Creo que, si no han vuelto a tu mente ya, nunca volverán. Si yo no te hubiera alejado de allí, los pocos recuerdos que te quedaban se habrían borrado cuando... cuando los del Raen ocuparan su lugar.

—Utilizando el cambio de pautas.

—Así es.

—¿Fue... fue así como te volviste inmarchesible? —Levantó los ojos, de pronto con una mirada penetrante—. ¿Te apoderaste del cuerpo de otra persona cuando envejeciste?

Ella se estremeció solo de pensarlo.

—No. No hice nada parecido. Modifiqué mi mente de modo que usara un poco de magia en todo momento para mantener mi cuerpo en la misma pauta.

Él alzó las cejas.

—Ah. Eso es... muy diferente de lo que imaginaba. Mucho más sencillo.

—Solo resulta sencillo una vez que lo consigues. Pero requiere grandes cantidades de magia y tiempo.

—Pero ¿por qué quería el Raen habitar mi cuerpo?

—Sabía que iba a morir. De hecho, se mató de forma deliberada para que sus enemigos creyeran que lo habían vencido. Solo sobrevivió una pequeña parte de su cuerpo, una mano, y almacenó en ella todos sus recuerdos, pero no me preguntes cómo. Eso no lo sé.

—¿Y mis enemigos conservan esa parte de él con sus recuerdos?

—Eso creo.

Él desvió la vista y la dirigió mucho más allá del valle que se extendía a sus pies mientras asimilaba esa información. De pronto, se encogió de hombros y se volvió de nuevo hacia Rielle.

—¿Qué se siente al ser inmarcesible?

Ella meditó su respuesta.

—Por lo general mis sensaciones son las mismas que tenía antes, pero nunca me canso ni me pongo enferma. Me siguen dando ganas de dormir y comer, porque son necesidades naturales del organismo. Tal vez podría cambiar eso, pero supongo que acabaría por quedarme sin las sustancias que mi cuerpo requiere para repararse. O tendría que modificarlo para que las obtuviera por otros medios. Lo que me haría menos humana.

»Y eso nos lleva a uno de los peligros del cambio de pautas —añadió—. Si estás siempre pendiente de cómo te ven los demás y cambias una y otra vez tu apariencia para gustarles, puedes acabar olvidándote del aspecto que debes o quieres tener.

—¿No puedes recuperar tu pauta original?

—Tal vez solo si impides que tu mente siga cambiando la pauta de manera automática.

—Así que tienes que cambiar la pauta para introducir cualquier modificación, incluida la de volver a ser como antes —concluyó él, asintiendo—. Si tu organismo se repara constantemente para evitar que su pauta cambie, ¿por qué eso no te borra recuerdos?

—Solo elimina defectos. —Rielle sonrió—. Todo aquello que has desarrollado se mantiene. No solo los recuerdos, sino también los músculos, así que, si aprendes una habilidad y la practicas, no la pierdes.

Qall movió la cabeza afirmativamente.

—Supongo que, de no ser así, jamás lo habrías hecho. No me refiero solo a los recuerdos, sino también a las habilidades, porque eres artista.

Rielle crispó el rostro, y él se enderezó en el acto.

—¿Qué ocurre?

—Nada que sea relevante para esta clase. —Agitó la mano como para quitarle importancia.

—¿No? ¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Me has leído la mente?

Ella estuvo a punto de soltar una carcajada al ver cómo utilizaba sus propias palabras contra ella.

—No, pero estoy segura de que, si fueras un Creador, Leyikh y Ankara me lo habrían comunicado.

Él arrugó el entrecejo.

—No lo soy, pero tú sí. Ankari me lo dijo.

—Lo era. Dejar de serlo fue el precio que pagué por la inmarcesibilidad. No puedes ser inmarcesible y Creador a la vez.

Qall arqueó las cejas.

—Fue un sacrificio muy grande.

Ella se encogió de hombros.

—Nadie me advirtió de que eso sucedería, así que no fue un sacrificio voluntario. Sin embargo, generar magia nunca me pareció algo muy valioso. Aún puedo dibujar, pintar y tejer. Eso es lo que me importa.

Él asintió despacio con una expresión extraña; la mirada de comprensión de un hombre mayor, pero que en vez de reflejar empatía, despedía un brillo de satisfacción que restaba credibilidad a sus esfuerzos por parecer sabio.

No obstante, sus intenciones eran buenas. Ella se levantó.

—Creo que es suficiente por hoy. Tienes que disculparte con Timane por dejarla tantos días sola.

Él juntó las cejas.

—¿Es del todo necesario?

—Sí. Al igual que tú, ella dejó atrás todo aquello con lo que estaba familiarizada.

—Porque quiso.

—Porque su mundo estaba en guerra. Sus padres prácticamente la vendieron como esclava, así que era difícil que pudiera regresar con ellos. —Rielle le buscó los ojos, pero él le rehuyó la mirada—. Es una persona, ni mejor ni peor que tú... y no es tu criada.

—Ni la tuya —señaló él—. Así que, ¿por qué eres tú la que sale a explorar y a comprar semillas?

—Porque ella no sabe viajar entre mundos —respondió Rielle—. Además, tenía que cerciorarme de que estábamos seguros aquí antes de dejar que mostraras tu rostro.

Él frunció el ceño.

—Bueno, ¿y lo estamos?

Ella asintió.

—Todo apunta a que sí.

El joven relajó su expresión.

—No me vendría mal desayunar algo, la verdad.

—Ni a mí. —Ella se enderezó y comenzó a descender hacia la cabaña, seguida por Qall. «No ha ido del todo mal —reflexionó—. A pesar de que ha descubierto detalles oscuros sobre su pasado, se le ve más contento. Ahora solo me falta idear una manera de enseñarle todo lo que necesita saber sin asustar a los lugareños».



—¡No, Qall! —lo reprendió Rielle, con los sentidos apabullados por la negrura repentina—. No aprenderás nada si dejas la habitación entera sin magia.

—Pero he conseguido que no me atacaras —señaló él con petulancia—. Y estoy seguro de que ahora tengo más magia que tú.

—Devuélvela.

Con un suspiro, Qall soltó toda la energía de golpe. Esta, intensa y deslumbrante, se derramó y se esparció más allá de la habitación, hasta la ciudad quemada.

—No liberes más de la que has acumulado, o tal vez alguien se dé cuenta. —Exasperada, ella absorbió la magia sobrante.

—Aquí no hay nadie —repuso el joven—. Y aunque subieran hasta aquí, ninguno de los lugareños con aptitudes mágicas entendería lo que está percibiendo. Pero no vendrán. Creen que las almas de los muertos moran por aquí.

—No es de los lugareños de quienes tenemos que cuidarnos, sino de los hechiceros que podrían seguirme el rastro hasta aquí. —Maldijo a Qall para sus adentros. Llevaba todo el día en actitud desafiante, negándose a concentrarse en la maniobra que ella intentaba enseñarle. Lidar con sus cambios de humor suponía un reto constante. En ocasiones, Rielle se preguntaba si había cometido un error al prometer que se ocuparía de él y lo entrenaría. Su rebeldía y su falta de interés podían interpretarse con facilidad como ingratitud y una incapacidad para comprender la amenaza que se cernería sobre él si no aprendía a protegerse solo.

En cambio, en otros momentos resultaba gratificante impartirle clases, cuando prestaba atención y aprendía con rapidez. A veces, a Rielle le venía a la memoria lo que le había dicho Dahli acerca de lo bien que se le daban todas las formas de magia a Valhan, y se preguntaba si había transmitido esta cualidad a Qall cuando le había cambiado la pauta.

—¿Por qué estoy aprendiendo a luchar como un hechicero débil? Nunca voy a utilizar estas técnicas.

—Tienes que entender cómo luchan los magos menos poderosos porque es más probable que te enfrentes a varios de ellos a la vez que a uno fuerte.

—Estás evitando enseñarme cómo derrotarte —la acusó.

Ella se disponía a negarlo, pero entonces sonrió.

—En realidad, no es mala idea. No tiene sentido que enseñe a una de las pocas personas de los mundos que es capaz de vencerme cómo puede matarme.

Él abrió los ojos un poco más de la cuenta al percatarse de su error.

—¿Y si tu amigo Tyen intenta acabar conmigo?

Rielle dejó que la sonrisa se le borrara de la cara.

—Esperemos que las cosas nunca lleguen a ese extremo. —«¿Cómo sabe de la existencia de Tyen? ¿Habría leído algo sobre él en la mente de Timane?».

Él alzó la barbilla.

—¿Porque yo acabaría con él?

—No, porque os aprecio a ambos. No quiero perderos a ninguno de los dos.

Él apartó la vista por un instante y enseguida volvió a posarla en ella.

—¿Y si otro hechicero poderoso, alguno del que no hayas oído hablar, me ataca?

Ella cruzó los brazos.

—No es que no quiera entrenarte para que puedas luchar con alguien que tenga una fuerza equiparable a la tuya, Qall. Te lo enseñaré más adelante.

Qall entornó los párpados.

—Nunca te has enfrentado a alguien tan fuerte como nosotros, ¿verdad?

En ocasiones hacía suposiciones muy perspicaces. Ella sonrió de nuevo.

—No. Y me alegro de eso también.

—Tampoco has matado a nadie.

Un escalofrío le bajó a Rielle por la espalda.

—A decir verdad, sí.

Él arqueó las cejas.

—¿A quién?

—Prefiero no hablar de ello.

—¿Por qué no?

—No es algo de lo que me enorgullezca.

—¿Por qué?

—Matar nunca es motivo de orgullo, Qall. Desearía no haberlo hecho.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

Ella se debatió entre responder o no. Eludir el tema no haría más que avivar la curiosidad de Qall. Tampoco quería que él considerara las muertes en su haber como victorias ganadas en alguna batalla gloriosa. La verdad era mucho más brutal y vergonzosa.

—La primera vez fue un accidente —explicó—. No era consciente de mi fuerza. La segunda... no tuve elección. Maté a ese hombre para salvar a personas que recurrieron a mí para que las protegiera. Ninguna de esas dos muertes se produjo en combate.

Qall la contempló muy serio y en silencio durante varios latidos antes de hablar de nuevo.

—Nunca has participado en una batalla, ¿verdad? —Cruzó los brazos, tal vez imitándola—. ¿No debería aprender de alguien con experiencia en combate?

A Rielle se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo responder sin que él le perdiera el respeto como maestra?

—Me temo que no tienes a nadie más, Qall. Si buscáramos a un hechicero con experiencia en el campo de batalla para que te entrenara, tendríamos que asegurarnos de que fuese de fiar para que no le hablara a nadie del poder extraordinario de su alumno. Además, sería más débil que tú. Lo que me lleva a preguntarme: ¿por qué querría alguien entrenarte para la lucha? ¿Por pura amabilidad? Lo dudo. Tal vez accedería a cambio de una retribución adecuada, pero no disponemos de la fortuna que tendríamos que ofrecerle.

—¿Y Tyen? Es fuerte y luchó con los rebeldes.

—Y no sabemos dónde está. —La amargura que percibió en su propia voz la hizo torcer el gesto—. Además, tampoco lo conozco tan bien.

—¿Es tu amigo pero no te fías de él?

Ella descruzó los brazos.

—Pondría mi vida en sus manos, pero eso solo me incumbe a mí. No voy a arriesgar la tuya. Aunque creo que es digno de confianza, los reveses de la vida me han enseñado a ser prudente con aquellos a quienes no puedo leerles la mente.

—Así que es más fuerte que tú.

—Él tampoco puede leerme la mente a mí. Somos iguales en fuerza.

Qall alzó las cejas.

—¿Fue él quien te enseñó a ser prudente?

Ella inspiró a fondo y exhaló.

—No. Fue Valhan. El Raen.

Él abrió la boca en un «ah» mudo, la cerró y tensó la mandíbula.

—Así que confiaste en él y te traicionó.

Le sostuvo la mirada, y Rielle supo que no conseguiría que él aprendiera tácticas de combate ese día. Con un suspiro, le hizo una seña para que la siguiera y se encaminó hacia una columna caída.

—De acuerdo. Te diré lo que pasó.

Notó de inmediato el frío de la piedra a través de la ropa. Qall se dejó caer sobre un sillar cercano, demasiado rígido por la expectación para parecer tan despreocupado como pretendía con su postura.

—Siempre he tenido la intención de contártelo, pero nunca encontraba el momento oportuno. —Respiró hondo, soltó el aire y se aclaró la garganta—. Conocí a Valhan en mi mundo, donde había muy poca magia. Llevaba veinte ciclos atrapado en él...

Continuó con el relato sin mencionar por qué había conocido a Valhan, pues la historia de su juventud le parecía demasiado personal y Qall no tenía por qué saber que su propio pueblo la había considerado una delincuente. En vez de ello, le explicó por qué había aceptado la oferta de Valhan de irse con él a su mundo. Le refirió que Inekera, aliada de él, la había abandonado en un mundo desierto por órdenes de Valhan porque este había descubierto lo poderosa que era Rielle, pero los viajeros la

encontraron y la salvaron. Cuando le contó a Qall que los había dejado para irse con Valhan, el muchacho se quedó desconcertado.

—Pero si intentó matarte.

—Sí. Sé que te parecerá extraño. Todas las fuentes de información, incluidos los viajeros, lo describían como un hombre sincero. Así que le creí cuando me dijo que aún quería que me uniera a los artesanos en su palacio.

Le reconfortó ver la expresión ceñuda de Qall cuando le reveló que las lecciones de magia, la visita al mundo de origen de Valhan y las demostraciones de cómo mantenía el orden tenían el propósito de convencerla de que lo resucitara. El joven sacudió la cabeza cuando ella le expuso el plan del Raen para que rebeldes y aliados lucharan entre sí. De esa forma se liberaría de los acuerdos que había cerrado con estos últimos cuando regresó y, a su vez, habría menos rebeldes que eliminar.

—¿Sus propios amigos pretendían matarlo?

—Amigos, no —lo corrigió ella—. Aliados. Hechiceros poderosos con quienes había intercambiado favores y a los que permitía conservar el poder en sus mundos a cambio de su apoyo.

—Entonces ¿por qué querían matarlo?

—Durante veinte ciclos, saborearon el poder que habían podido acumular en su ausencia. Querían recuperarlo de forma permanente.

Qall asintió.

—Así que él atrajo a los rebeldes a su mundo, sabedor de que los aliados llegarían demasiado tarde para ayudarlo, y entonces ellos y los rebeldes se liquidarían unos a otros.

—Así es.

Él sacudió la cabeza.

—¿Por qué no transformó a alguien para que se pareciera a él y ocupara su lugar, en vez de matarse?

—Algún rebelde o aliado podía ser lo bastante fuerte para leerle la mente y descubrir la verdad. O tal vez al adaptar a alguien a su pauta le conferiría también su capacidad mágica, por lo que quizá estaría creando a un rival peligroso en potencia.

—Ah. —Qall arrugó el entrecejo—. Así que depositó sus recuerdos en una parte de su cuerpo, la mano, para implantarlos en un cuerpo nuevo. Un cuerpo que él habría modificado antes para que se asemejara al suyo.

—No fue él quien modificó el cuerpo —repuso ella, e hizo una pausa para tragar saliva, pues de pronto se le había secado la garganta—. Lo hice yo.

A Qall se le desorbitaron los ojos.

—¿Tú?

—Era la primera fase de la resurrección. Yacías en un gran ataúd de hielo. Dahli, el amigo más leal de Valhan, que dirigía la resurrección, me aseguró que no tenías mente. No descubrí que esto no era cierto hasta que eché un vistazo a los recuerdos de Valhan. Creo que él no sabía que yo era capaz de leérselos. Quizá contaba con que

no me opondría a destruir a una persona con tal de que él pudiera volver a la vida, pero no con que pasara por alto el hecho de que planeaba matarme en cuanto lo hubiera resucitado.

—¿Por qué iba a hacer eso después de que lo ayudaras a regresar?

—Por la misma razón por la que siempre mataba a todos los hechiceros poderosos con los que se encontraba... Bueno, salvo a sus amigos y sus aliados. Representábamos una amenaza para él. —Se encogió de hombros—. Aunque quizá me conocía mejor que yo misma. Tal vez, si tu mente hubiera estado vacía, yo lo habría resucitado de todos modos.

Qall juntó las cejas.

—¿Por qué?

Ella extendió las manos a los costados.

—Me había convencido de que sin él los mundos caerían en el caos y la destrucción. —Esto no pareció aliviar la perplejidad de Qall—. Ya has visto el efecto que producía en la gente —le recordó—. La estatua. El Héroe. La gente lo amaba y lo veneraba.

—Pero eran más los que lo odiaban. Eso me dijiste.

—Sí. El amor y el miedo. Ambas emociones constituían para él un medio de controlar a los demás, aunque, por lo que me había enseñado, a menudo no bastaba con eso. Gobernaba también por medio de alianzas e intercambios de favores.

Qall dio una patada a unos escombros.

—Así que hay conflictos en los mundos porque él no está aquí para evitarlo.

Ella hizo un gesto afirmativo. Quizá los viajeros no le habían revelado su origen ni le habían hablado mucho del Raen, pero se habían asegurado de que estuviera bien informado sobre el estado de los mundos.

—En parte. Eso no significa que los mundos no acaben por resolver sus problemas sin la ayuda de los restauradores, que es como se hacen llamar los rebeldes ahora.

—Háblame de los que quieren traer de vuelta al Raen.

—Sostienen que son amigos suyos. Algunos lo aman de verdad, del modo en que un adepto ama a su líder. —«Y más, en el caso de Dahli». Por eso creía que Qall no dejaría de correr peligro, al menos hasta que Dahli muriera—. Y otros quieren estar bien situados cuando él regrese al fin.

—¿Por qué no los mataste?

Ella lo miró con las cejas enarcadas.

—Por la misma razón por la que no los mataron los viajeros.

El chico bajó la vista.

—No habría esperado que ellos lo hicieran. No eran lo bastante fuertes.

—No es la única razón, y lo sabes.

—Porque no interfieren en los mundos.

—No: porque matar está mal.

—Entonces ¿qué se supone que debo hacer? ¿Por qué no he de matarlos, si a todos los efectos quieren verme muerto?

—Porque tú eres fuerte —respondió ella—. Si matas a personas porque quieren aprovecharse de ti o no les caes bien, mostrarás un comportamiento tan tiránico como el suyo. —Sonrió para darle a entender que no lo consideraba un tirano—. En cuanto aprendas a cambiar tu apariencia, habrá menos riesgo de que tengas que enfrentarte a ese dilema.

—Pero... esa gente siempre estará ahí fuera, buscándome.

A Rielle le entraron ganas de reír, aunque con una risa amarga.

—No sé de nadie que no haya hecho enemigos a lo largo de su vida. Y menos aún los inmarcesibles, desde luego. —Excepto tal vez Ulma—. Lo único que puedes hacer es procurar no tener más enemigos que aquellos que te odian por ser buena persona.

Qall arrugó el entrecejo mientras cavilaba sobre ello. Al cabo de un momento, enderezó la espalda.

—Tengo hambre.

Ella sonrió ante este repentino cambio de tema. Qall tenía el apetito propio de un adolescente en pleno crecimiento.

—Pues regresa a la cabaña a por algo de comer —dijo levantándose y cubriéndose la cabeza con el velo—. Voy a ver si encuentro a un herrero que nos fabrique algunas herramientas.

El joven se puso de pie y salió de la habitación con grandes zancadas. Rielle lo siguió poco después, pero se encaminó hacia la zona de las ruinas desde las que solía apartarse del mundo. Se había acostumbrado a llegar y marcharse en direcciones distintas para dar la impresión de que las ruinas eran un lugar donde alguien hacía escala con frecuencia para respirar antes de seguir adelante, en vez de su destino.

Mientras caminaba, meditó sobre las preguntas de Qall. Aunque habían cubierto casi todo lo que él necesitaba saber por el momento, ella estaba segura de que se le ocurrirían más. Debía intentar anticiparse a ellas. Por ejemplo, quizá quisiera saber más acerca de Dahli.

Cuando llegó al espacio abierto del que solía partir, se impulsó para apartarse del mundo y se deslizó en dirección a una ciudad situada a lo largo del camino que había abierto la última vez que había estado allí... y se paró en seco. Alguien había circulado por el camino hacía poco tiempo, pese a que ella llevaba varios días sin utilizarlo.

Retrocedió hasta pasar de largo el punto donde se había apartado del mundo. Más allá también había señales recientes de uso del camino. Alguien lo había recorrido hacía menos de un día. Fuera quien fuese, lo había utilizado para pasar por las ruinas.

No podía determinar si el desconocido se había detenido en ellas, pero si avanzaba lo suficiente a lo largo del camino sabría en qué dirección se movía, en función de si el rastro se hacía más tenue o más fuerte. Avanzando en sentido

contrario al que pretendía tomar en un principio, Rielle mantenía los sentidos puestos en la sustancia del espacio intermedio. Unos centenares de pasos más adelante, el camino del desconocido se separaba del suyo.

Llena de curiosidad, lo siguió. Pronto le resultó evidente que se dirigía hacia la aldea. El camino descendía hacia las casas pero, antes de alcanzarlas, se desviaba hacia una cresta que dominaba el pueblo. Supuso que el desconocido había emergido al mundo allí mismo y ella lo hizo también.

Escudriñó los alrededores con la vista y la mente. La alivió comprobar que no se divisaba la cabaña desde allí. No le costó acceder a las mentes de los aldeanos. Saltó de una a otra, entre hombres, mujeres y niños, y vio que todos estaban ocupados en sus actividades cotidianas. No detectó nada fuera de lo común, ni recuerdos sobre forasteros que los hubieran visitado a lo largo del último día.

Tras apartarse del mundo, descubrió que el camino del desconocido continuaba por encima de la aldea, adentrándose más en el espacio entre mundos, y luego acercándose de nuevo al mundo al llegar al otro lado del valle. Conducía a lo alto de la cresta que se alzaba entre el poblado y la cabaña antes de descender una vez más hasta el suelo.

Después de materializarse, Rielle examinó de nuevo el entorno. Dirigió la mirada primero hacia la cabaña. Como estaba oculta tras los árboles, solo consiguió encontrarla localizando la mente de Timane.

A continuación, escudriñó la zona en busca de mentes. La más cercana era de Omity, una joven que esperaba a alguien junto a un estanque en lo más profundo del valle. La emoción de la chica le arrancó una sonrisa a Rielle. Omity rebosaba esperanzas de que apareciera su amado. Él nunca iba a la aldea. Los padres de ella no habrían aprobado su encuentro, ni tampoco la madre de él, de modo que habían acordado verse a medio camino entre el poblado y la cabaña en la que él vivía. El joven intentaba visitarla todos los días a última hora de la tarde, pero en ocasiones su madre le encomendaba alguna tarea. «¿Qué me enseñará hoy?», se preguntaba Omity. Acudió a su memoria la imagen de un hombre de tez pálida y cabello negro que hacía flotar piedras en el aire o las calentaba con magia hasta que convertían el agua en vapor.

A Rielle se le heló el corazón. A pesar de que la chica idealizaba su aspecto debido a su enamoramiento, no le cupo la menor duda de que el joven era Qall. Soltó un siseo entre dientes. «¿Cuánto tiempo lleva viéndose con ella?». Timane, Qall y ella habían llegado hacía menos de un doceavo de ciclo. Se había encontrado con la muchacha ya varias veces. Tal vez antes de que Rielle empezara a impartirle clases. «Hmm. Quizá hizo algo más que enfurruñarse cuando dejó a Timane sola durante tres días. Menudo granuja, menudo... ¿qué? ¿Mentiroso? —Él no la había engañado. Simplemente no se lo había contado. Ella no le había prohibido que se relacionara con los aldeanos; solo le había indicado que no saliera de la zona a solas. Entonces ¿por qué no le había hablado de Omity?—. A lo mejor cree que me parecería mal. —

Por lo visto era lo que pensaba la joven—. ¿Y a qué viene que él asegure que soy su madre? ¿Tan mayor parezco? Seguro que podría pasar por su hermana...».

Sacudiendo la cabeza, se obligó a deliberar sobre qué debía hacer, si es que debía hacer algo. ¿Qué tendría de malo que Qall entablara una relación amorosa allí? «Bueno, hay que tener en cuenta los sentimientos de la muchacha. Si nos vemos obligados a marcharnos se le partirá el corazón. Si nos quedamos y ella está en lo cierto respecto a la probable oposición de sus padres, eso nos acarrearía problemas con los aldeanos». ¿Estaba él tan enamorado como ella? Se quedaría aún más deshecho si tenía que renunciar a la chica o pasar página.

Y esto era una posibilidad, si el desconocido los había visto. Rielle repasó en su mente lo que había averiguado acerca del misterioso visitante, y de inmediato comprendió que quizá no era casualidad que la situación la hubiera llevado a detenerse allí y detectar a la pareja.

La expectación de la chica se intensificó de pronto. Qall había aparecido. Cuando llegó junto al estanque, la atrajo hacia sí y la besó. Rielle se retiró de la mente de la joven. Espiarla en un momento tan íntimo se le antojaba indiscreto, sobre todo si veía a Qall a través de los ojos de la muchacha.

Unos destellos atrajeron su mirada, y se oyeron unas carcajadas. Buscó de nuevo la mente de la chica. Una nube de luces de colores se arremolinaba en torno a los dos, subiendo en espiral hacia las copas de los árboles.

«Presumido —pensó Rielle, divertida. Avanzó por la cresta hasta que vislumbró a la pareja entre las ramas de los árboles. Su buen humor se esfumó—. Si alcanzo a verlos desde aquí, sin duda el desconocido también».

Se le heló la sangre. Era posible que el desconocido simplemente hubiera contemplado el valle desde los dos lados, pero también que hubiera observado a Qall exhibiendo sus poderes ante Omity. Si se trataba de un habitante de ese mundo o de alguno cercano, no habría reconocido al joven. Sin embargo, tal vez informaría a alguna autoridad local de que había avistado a un hechicero allí, y Rielle necesitaba saber si eso ocasionaría problemas. Tendría que seguir el rastro del desconocido y localizarlo. Una lectura mental bastaría para confirmar o desterrar sus temores. Mientras tanto, Qall y Timane debían permanecer alerta por si era necesario huir.

Lo que significaba interrumpir los escarceos que tenían lugar más abajo. Tras vacilar unos instantes, ella bajó la vista hacia la pareja. Estaban besándose otra vez y explorándose con las manos de una manera que estaba convencida de que no les haría ninguna gracia a los padres de la joven. Se apartó del mundo, descendió deslizándose hasta el estanque y se materializó detrás de Qall.

Estaban tan absortos que no repararon en su presencia, así que carraspeó. Se separaron de un salto y la chica se apresuró a alisarse la ropa. Qall se quedó mirándola boquiabierto, y el rostro se le tiñó de un rojo encendido. La joven contemplaba a Rielle con los ojos desorbitados. Percibió en su mente sentimiento de culpa, deseo y una actitud ligeramente desafiante. Rielle no logró reprimir del todo



una sonrisa. Al recordar su obsesión por Izare, extinguida hacía mucho tiempo, le vino a la memoria lo intensa e importante que le había parecido entonces.

—Qall —dijo antes de dirigir la vista hacia la chica y sonreírle—. Omity. —Se volvió de nuevo hacia él y le sostuvo la mirada, aún furibunda—. Ayer alguien se deslizó hasta la cresta que domina este valle —dijo en la lengua de los viajeros—. Es posible que te viera si andabas por aquí. —Hizo una pausa y lanzó una ojeada a la muchacha—. ¿Qué estabas haciendo ayer?

—Nada —respondió él entre dientes.

Rielle contuvo una risotada.

—No me refería a si galanteabas a esta chica. ¿Qué hiciste con magia?

Él pestañeó y luego juntó las cejas.

—Formar figuras con las nubes.

Ella torció el gesto. Qall había revelado su alcance y, por tanto, su fuerza extraordinaria.

—Ah. Regresa a la cabaña. Protege a Timane. Voy a ver si logro averiguar qué vio ese desconocido y qué piensa hacer al respecto.

Él asintió. Miró a la joven, murmuró una disculpa en su idioma y echó a andar con paso decidido. Tras despedirse de la muchacha con una inclinación de cabeza, Rielle se apartó del mundo y regresó a la cresta.

Tendría que viajar a gran velocidad. En cuanto encontró el camino del desconocido, se propulsó a lo largo de él. No le sorprendió descubrir que quienquiera que fuese se había apartado más del mundo, pues así le habría resultado más fácil pasar inadvertido. Pero luego no se había deslizado hacia una ciudad local, sino que se había adentrado aún más en el espacio intermedio, abriendo un camino nuevo que se alejaba del mundo.

«Mala señal», comprendió de pronto. Lo que el desconocido había visto, fuera lo que fuese, lo había impulsado a abandonar el mundo de inmediato. Rielle aceleró. El desconocido le llevaba un día de ventaja. Si había pasado por otros mundos, tal vez le llevara más tiempo alcanzarlo, y eso si no perdía el rastro.

El siguiente mundo emergió de la blancura. El camino conducía al centro de un campo y, a partir de allí, se deslizaba hacia un lado. Llevó a Rielle a una ciudad extensa, a un lugar de llegada del que arrancaban dos caminos. Como uno de ellos no había sido utilizado desde hacía días, eligió el otro. Lo siguió hasta otro mundo, y un único camino la guio a través de dos más. Desde el lugar de llegada del mundo siguiente partían tres caminos, todos ellos usados recientemente. Escogió uno, que se deslizaba hasta un círculo de piedras custodiado por un grupo de mujeres videntes. En la mente de dos de ellas, Rielle vio un recuerdo de la última persona que había pasado por allí. Un hombre rubio, de baja estatura, con la barriga y la piel flácida propias de la mediana edad.

«No era un hechicero inmarcesible». Eso le facilitaría localizarlo, si se trataba del desconocido que buscaba. Sin embargo, antes tenía que inspeccionar los otros dos

caminos.

Después de regresar al mundo del que arrancaban los tres caminos investigó el siguiente. Conducía a un lugar de llegada desde el que nadie había seguido adelante, por lo que o el desconocido había retrocedido, o había continuado el viaje a pie o por otros medios. Una exploración rápida de las mentes de la zona le reveló que no había hechiceros a una jornada de camino de allí. Regresó al mundo anterior y probó suerte con el tercer camino.

La llevó hasta la finca de un gobernante poderoso y acaudalado. El lugar de llegada se encontraba en un jardín de disposición simétrica. Era de mañana, y una lluvia fina y cálida levantaba una ligera bruma. A pesar de ello, un criado aguardaba allí, de pie. Con una sonrisa, se dirigió a su encuentro.

—Bienvenida —dijo en su lengua materna—. El Señor te invita a visitarlo, si dispones de tiempo.

«Esta vez es una mujer —pensó el sirviente. No pasaban muchos hechiceros por ese mundo—. Han venido dos en dos días, y el de ayer continúa aquí. Su Señoría estará encantado».

Rielle volvió la vista hacia la casa. Revisó los pensamientos de numerosos criados para averiguar dónde estaba el visitante y saltó de una mente a otra hasta dar por fin con el Señor. A través de sus ojos vio a un hombre musculoso no mucho mayor que Tyen. Tenía las facciones equilibradas e impecablemente alineadas, lo que producía una impresión de masculinidad exagerada.

«Demasiado perfecto —se dijo Rielle—. Y, por tanto, seguramente inmarcesible».

Le exploró la mente al visitante.

«Lástima que este sitio esté tan retirado —pensaba el hechicero—. Hacía tiempo que no disfrutaba de lujos como estos..., y la mujer que envió a mi lecho se mostró sorprendentemente abierta a mis peticiones. Pero a Dahli le interesará saber que he encontrado al doble...».

«¡Dahli!». Rielle inspiró con brusquedad. Era peor de lo que se temía. Conforme leía los pensamientos del hombre, empezó a sentir náuseas. No mucho después de que Qall, Timane y ella se despidieran de la familia de Leyikh, Dahli se había enterado de que habían estado protegiendo al muchacho y de que Rielle se había marchado con él en busca de un lugar donde vivir que estuviera apartado de los mundos que el Raen había gobernado. Incluso se había formado una idea aproximada de qué rumbo había tomado Rielle, debido a que Leyikh había trazado un itinerario para ella, lo que significaba que podía indicar a los rastreadores que exploraran una zona en forma de cuña, en vez de enviarlos en todas direcciones.

«Debería aguardar unos días antes de emprender el regreso para asegurarme de que el mensajero haya entregado la nota —pensó el hombre. Se trataba de la amenaza de matar a la familia de Leyikh si Qall no regresaba ni cedía a las exigencias de Dahli—. Para cuando yo regrese, el doble se habrá marchado, bien para volver a toda prisa y detener a Dahli, bien para buscar otro escondite».

A Rielle no le cupo duda de que Qall querría volver. Ella tenía que regresar a la cabaña y llevárselos a él y a Timane lo antes posible, para que el mensaje con la amenaza no llegara a manos del joven. «No puedes hacerle chantaje a alguien si no consigues comunicarte con él».

Tendría que trasladarlos muy lejos, esta vez por una ruta más tortuosa. En cuanto Dahli descubriera dónde habían estado ocultándose, reuniría a sus cazadores y les ordenaría recorrer todos los caminos que partieran de allí.

A menos que ella matara a ese hombre para evitar que regresara junto a Dahli.

Esta idea la dejó paralizada. Una imagen fugaz de Sa-Gest precipitándose por el abismo le vino a la mente, seguida del rostro del hechicero que ella había asfixiado en el espacio entre mundos después de que él amenazara a los artesanos del palacio de Valhan.

«Otra vez no —pensó—. No puedo volver a hacerlo». Pero no le quedaba otro remedio si no quería aumentar las probabilidades de que Dahli encontrara a Qall. Dio un paso hacia la mansión y se detuvo.

«Pero si me llevo a Qall y Timane antes de que llegue la nota, el mensajero le dirá al cazador que no ha cumplido su cometido. —El cazador podría sospechar que Rielle se había enterado de alguna manera de lo que decía la misiva antes que llegara el mensajero, pero no lo sabría con certeza—. No puedes hacerle chantaje a alguien si no consigues comunicarte con él... o no estás seguro de si has logrado comunicarle tu amenaza».

El rastreador intentaría seguirlos. A ella no le resultaría posible desplazarse tan deprisa como él si no quería arriesgarse a toparse con un mundo muerto o inhóspito, pero podía borrar su rastro. Había practicado el truco que Tyen le enseñó hasta dominar la técnica.

«Tyen no mataría a este hombre. —Nunca había matado a nadie, cosa sorprendente teniendo en cuenta que había liderado a los rebeldes y combatido a su lado—. Esta mañana le he dicho a Qall que cuando eres fuerte no tienes justificación para matar. Si se entera de que he pasado por alto ese principio se sentirá menos inclinado a regirse por él».

Inspiró hondo y exhaló. Se volvió hacia el criado, ejecutó una ligera reverencia y le dijo que agradecía mucho la invitación, pero que no podía aceptarla. El hombre asintió, sonriendo ante sus buenos modales.

Tras apartarse del mundo, ella se alejó a toda prisa. A Qall no le haría gracia que tuvieran que marcharse, pero en parte era responsable de ello. Tal vez el cazador no los habría encontrado nunca si él no hubiera exhibido sus poderes frente a la chica.

Timane lo aceptaría con su característico y pragmático buen humor. «¿Y yo? En el fondo nunca me ha gustado ese mundo. Aunque eso no importa mucho. Lo que importa es que nos instalemos en un lugar lo bastante alejado para que los cazadores más poderosos de Dahli tarden más de un ciclo en llegar allí».



—Pasaremos la noche en este lugar —anunció Rielle—. Echaré un vistazo por los alrededores para ver si podemos vivir aquí.

—¿Aquí? —repitió Timane, alzando las cejas mientras desplazaba la mirada por la concurrida calle urbana.

Rielle asintió. Después de viajar durante otro octavo de ciclo, había vendido buena parte de sus metales preciosos y todas sus joyas. Habían realizado pequeños favores mágicos e incluso trabajos de baja categoría a cambio de comida y alojamiento siempre que era posible, intentando guardar sus ahorros para establecer su hogar allí donde decidieran quedarse.

—Aquí hay gente de muchas partes de este mundo y de los mundos vecinos. Unos residen en esta zona de la ciudad, otros están de visita. Entre ellos, no seremos más que otro grupo de forasteros que buscan trabajo.

La joven frunció el ceño.

—Pero quienes nos buscan también. Nos resultará más difícil detectarlos, ¿no?

—Sí, eso es verdad. Las ventajas se convierten en inconvenientes, tanto si vivimos rodeados de gente o aislados. Al menos en una ciudad tengo más posibilidades de obtener un ingreso.

—Yo también. —La expresión de Timane se tornó sombría. La chica miró a Qall, y Rielle advirtió que estaba preguntándose si él era consciente de lo apurada que era su situación económica. El muchacho, con el rostro oculto por la capucha del abrigo, no volvió la vista hacia ella. Había guardado un silencio hosco durante casi todo el viaje.

—Busquemos un lugar donde alojarnos —propuso Rielle y, seguida por los otros dos, salió del callejón a la calle transitada.

La vía principal estaba flanqueada por recargadas fachadas de establecimientos de ocio. Teatros, tabernas, salas de fumadores, casas de juego y burdeles se alzaban unos al lado de otros. Casi todos estaban decorados de forma temática, aunque en ocasiones solo podía desentrañarse el tema leyéndoles la mente a los empleados. En su mayor parte todo presentaba un tono lascivo o procaz. Rielle empezó a cuestionarse si ese mundo sería idóneo para Qall. El joven no tenía experiencia con lugares así. ¿Dejaría que se aprovecharan de él, seducido por las tentaciones? ¿Intentaría distraerse de sus preocupaciones hasta el punto de desatender las clases?

Saltando de una mente a otra, Rielle descubrió para su alivio barrios dedicados a un entretenimiento más mesurado, y en particular uno apto para niños en el que leyes estrictas prohibían los establecimientos que ofrecían placeres «adultos». Se encaminó

hacia una zona que atraía a clientes de gusto refinado y le complació comprobar que allí las fachadas eran más bonitas, y el ambiente más tranquilo y seguro, aunque una exploración de mentes le reveló que algunos brindaban la misma gama de servicios que el barrio sórdido, pero no de forma tan descarada ni a tan bajo precio.

Detrás de los teatros, a los que se accedía a través de pasajes abovedados ingeniosamente disimulados, había callejuelas que conducían al alojamiento de quienes trabajaban en dichos establecimientos. Por desgracia, alquilar una habitación en el barrio más distinguido no tardaría en dejar vacío el monedero de Rielle, así que ella y sus acompañantes dieron media vuelta hacia la zona donde se habían materializado.

No obstante, cuando solo habían avanzado unos pasos, se interpuso en su camino una multitud mucho más densa que cualquiera con la que se hubieran encontrado antes. Qall se arrebujo en su abrigo mientras Timane se ponía de puntillas para echar una ojeada por encima de las cabezas. Al seguir la dirección de la mirada de la joven, Rielle vio que el gentío se había aglomerado frente a una fachada de piedra primorosamente labrada, con balcones diminutos engalanados con cintas.

En un principio Rielle creyó que se trataba de una casa de citas, pues varias mujeres jóvenes habían empezado a salir a los balcones para posar y saludar a la muchedumbre, pero un vistazo rápido a algunas mentes le indicó que eran cantantes y bailarinas, y el edificio, uno de los teatros más populares de la zona. El atuendo de las mujeres, aunque dejaba al descubierto los pechos un poco más de lo que a Rielle le parecía decente, resultaba mucho más recatado que el de las prostitutas locales.

Casi habían conseguido abrirse paso a través del público cuando el alboroto se aplacó, permitiendo que una voz se oyera por encima del bullicio general. Era dulce y aguda, pero a medida que la gente se callaba se hizo más profunda y cobró mayor sonoridad y emoción. Timane se detuvo con expresión embelesada mientras la mujer del balcón central alzaba los brazos cada vez que la intensidad de la melodía aumentaba, abriendo la boca de par en par para cantar la siguiente nota ascendente. De pronto, las voces de las otras mujeres se unieron a la primera, armonizando con ella en tonos graves y agudos. El efecto era tan hermoso que le provocó un escalofrío a Rielle. Miró a Qall para comprobar si la música le había afectado de alguna manera y descubrió que estaba contemplando a Timane. La poca luz que se colaba en la capucha revelaba que estaba sonriendo.

Al volverse hacia Timane, Rielle vio que movía los labios en consonancia con la canción y cayó en la cuenta de que debía de estar leyéndole la mente a la cantante para anticiparse a cada nota y entender las palabras.

El canto cesó de golpe, justo cuando parecía aproximarse a un momento culminante. La cantante se despidió de la multitud y se retiró a la habitación situada detrás del balcón. Las demás continuaron posando y saludando con la mano mientras el gentío prorrumpía en gritos de protesta amable. Al escrutar las mentes que los

rodeaban, Rielle descubrió que el final abrupto del recital estaba concebido para convencer a los transeúntes de que pagaran por el espectáculo entero de la noche.

«Me gustaría escucharlo», pensó.

—Deberíamos volver y asistir a la función.

Timane frunció el ceño.

—Es caro. Además, ya sé cómo acaba la historia. Es lo malo de leer mentes para entender la letra.

—Deberías intentar conseguir trabajo allí —señaló Qall.

Rielle disimuló la sorpresa. Hacía horas que el muchacho no abría la boca, y muchos días que no pronunciaba algo más que una respuesta breve a alguna pregunta.

La chica lo miró y se ruborizó.

—No soy lo bastante buena.

—A mí me ha sonado bien. ¿Cómo vas a saber si eres o no lo bastante buena si no lo intentas?

Timane sacudió la cabeza, pero mientras Rielle los guiaba hacia delante, no dejaba de lanzar miradas hacia el edificio. Todas las mujeres habían entrado ya. Rielle exploró la mente de la joven.

Estaba rememorando su infancia, cuando se iba a escondidas a un bosque cercano a cantar porque su madre daba por sentado que si le quedaba aliento era porque no llevaba a cabo tareas lo bastante arduas. Timane se había creído mejor que la mayoría de las muchachas del vecindario. «Tal vez intente conseguir empleo allí», se dijo. Rielle reprimió una sonrisa mientras la joven se imaginaba en el lugar de la cantante principal, atrayendo a las multitudes hacia el teatro.

Centrándose en la tarea más apremiante de encontrar una habitación disponible para pasar la noche, rebuscó en las mentes hasta que encontró una y guió a los otros dos hasta allí.

Al reparar en su acento extraño, el casero subió el precio y se negó a negociar, así que se marcharon en busca de otro lugar donde pernoctar. El siguiente resultó estar en condiciones mucho peores de lo que el iluso propietario creía. Ya estaba oscureciendo cuando por fin se decidieron por un alojamiento. Se reducía a una habitación sombría, pero contaba con agua corriente, una jofaina y un desagüe. Había ganchos fijados al techo para colgar cortinas que dividieran el cuarto en zonas privadas. Había un par de armazones de cama sin colchón apoyados contra las paredes.

Qall lo contempló todo en silencio antes de acercarse a la única ventana y sentarse en el alféizar.

Tras intercambiar una mirada, Rielle y Timane se pusieron manos a la obra: calentaron las camas con magia para matar a las chinches, fregaron la jofaina, desatascaron la cañería del desagüe y lavaron y secaron las mantas que llevaban atadas a las mochilas. Extendieron la de Qall sobre una cama, y las de ellas dos sobre la otra. Cuando terminaron, Rielle se sentó en un lecho y comenzó a explorar mentes

con el fin de averiguar dónde vendían la comida más barata, qué ofertas de empleo había y cualquier otra información que les facilitara la labor de instalarse allí.

El mundo era conocido por el nombre de Amelya, y la ciudad se llamaba Deeme. Aunque esta era famosa sobre todo por el barrio de los teatros, había poblaciones más grandes e importantes.

Conforme se acercaba el anochecer, Rielle cobró conciencia del hambre creciente de Timane. Le indicó dónde podía encontrar comida decente y le dio la última moneda que le quedaba de las que había obtenido a cambio de una gema cuando llegaron.

—Intentarán cobrarte más si notan que eres nueva aquí. Por lo demás, no parece que corras otros peligros.

—¿Has visto algo más? —preguntó Timane.

—Uno de los teatros locales necesita un utilero y un pintor de decorados. Mañana iré a informarme.

—¿Alguien necesita una encargada de la limpieza?

Rielle negó con la cabeza.

—Nadie de por aquí. Sobra gente dispuesta a realizar trabajos no especializados. Muchos jóvenes llegan a esta ciudad con la esperanza de hacer fortuna, pero descubren que es mucho más difícil de lo que esperaban.

—¿Y hechiceros? —preguntó Qall.

Rielle se volvió hacia la ventana.

—Algunos acuden a ver los espectáculos —le contestó—. Hasta donde he podido comprobar, ninguno de los que viven aquí posee una gran fuerza.

Qall sacudió la cabeza y se puso bien la capucha, que había estado a punto de resbalar a causa del movimiento.

—Me refería a si hay trabajos para hechiceros.

Ella meditó cómo responder.

—No es necesario que trabajes —le dijo—. Pero si quieres..., tal vez debas ser un poco más flexible. Dudo que haya muchos empleos que requieran magia, pero no perdemos nada con investigarlo.

Él se quedó callado un buen rato, hasta que de pronto habló de nuevo.

—Sí que los hay —repuso—. En los teatros. Para crear luces, sonidos y... efectos que acompañen la función.

Ella examinó su silueta, recortada contra la luz de la ventana mugrienta que tenía detrás. De modo que el chico había estado explorando por su cuenta las mentes del lugar. ¿Le atraía la idea de vivir allí? ¿Le había levantado el ánimo la perspectiva de no seguir viajando? Tal vez había llegado el momento de abordar temas delicados.

—Lamento que tuviéramos que irnos —le dijo de nuevo.

Él se encogió de hombros.

—¿Omito y tú os habíais...?

—No, no yací con ella —espetó él antes de volverse otra vez hacia la ventana.



Rielle contuvo una carcajada.

—No era eso lo que iba a preguntarte. ¿Sentíais algo el uno por el otro?

El muchacho alzó y bajó los hombros.

—No —dijo con una voz apenas audible.

Ella sabía que era mentira, al menos en lo que respectaba a Omity.

—¿Así que nunca te has enamorado?

Él se puso rígido. Intrigada, Rielle se preguntó si había mentido acerca de sí mismo o si estaba disgustado por algún otro motivo. «¿Qué le he preguntado exactamente?». Si había estado enamorado alguna vez. Tal vez sí, pero no de Omity. Al pensar en los viajeros, le vino a la memoria la imagen de una joven entregándole algo a Qall.

—¿Había entre los viajeros alguien por quien sentías algo especial? —inquirió.

Él agachó la cabeza, pero no respondió. Rielle aguardó, con la esperanza de que, si no lo presionaba, el joven acabaría por ofrecerle una explicación, pero este permanecía callado e inmóvil. Dándose por vencida, proyectó sus sentidos hacia las mentes de los habitantes de la ciudad, pero sus pensamientos no tardaron en desviarse de nuevo hacia Qall.

Había estado retraído durante todo el viaje. Por otro lado, ella lo había sometido a un ritmo agotador. Quizá se animase cuando reanudaran su entrenamiento.

Unos pasos amortiguados se acercaron. La puerta se abrió y Timane entró en la habitación, acompañada por un olor delicioso. Qall se apartó de la ventana y se dirigió a la otra cama. Después de repartir los paquetes, Timane se acomodó junto a Rielle.

—Ese teatro realiza pruebas a cantantes nuevas cada diez días —dijo Qall—. La próxima es dentro de tres. Deberías presentarte.

Timane se sonrojó.

—Pero si yo... eh... ni siquiera conozco el idioma.

—Seguro que lo aprendes enseguida.

Ella miró a Rielle.

—Pero...

—Creo que no pierdes nada con intentarlo —aseveró Rielle.

Un asomo de sonrisa curvó las comisuras de los labios de Timane.

—Entonces me presentaré.

Qall se volvió hacia Rielle.

—Hay otro teatro cerca de aquí que busca un escenógrafo con más talento. No es tan popular como el que va a contratar a Timane, pero siempre podrás buscar un lugar mejor más tarde.

Al percatarse de que tenía la boca abierta de par en par, Rielle la cerró y asintió.

—Gracias, Qall. Me pasaré por ahí mañana.

Él hizo un gesto afirmativo y centró su atención en el contenido de los paquetes: un hojaldre grueso y dulce relleno de carne picada con tropezones de verduras.

Estaba tan bueno como le parecía a la gente del lugar, y Rielle exhaló un pequeño suspiro de satisfacción. A veces los platos más sencillos eran los mejores.

Reflexionó sobre las dificultades que tendrían que afrontar allí. La falta de pertenencias valiosas que intercambiar por otras cosas resultaba preocupante. No podría entrenar a Qall allí, así que tendría que encontrar otro sitio. Por lo demás, la ciudad parecía ofrecer muchas posibilidades. Sin embargo, aún le quedaba investigar los mundos vecinos.

En cuanto terminó de cenar, se puso de pie. Qall giró el rostro hacia ella.

—Vas a reconocer la zona —aventuró—. ¿Puedo acompañarte?

Ella sacudió la cabeza.

—Iré más rápido sola. Aprovechad para descansar y familiarizaros más con este mundo. Si tenéis que huir, graba a fuego un mensaje en el suelo y, cuando hayáis encontrado un lugar más seguro, enviad a alguien con un mensaje escrito en muraiano y que se mezcle con el público delante del teatro frente al que nos hemos detenido antes.

Timane movió la cabeza afirmativamente. Qall guardó silencio.

—Volveré dentro de unas horas.

Tras salir de la habitación, Rielle bajó a la calle y recorrió varias manzanas antes de encontrar una esquina tranquila desde donde impulsarse al espacio intermedio. Primero viajó por Amelya, visitando varias ciudades y tomando nota de los lugares de llegada y la densidad del tráfico que recibían. Al pararse a leer la mente a los hechiceros que entraban y salían para informarse sobre los mundos próximos, se enteró de que Amelya vivía en paz con ellos, gracias al comercio que practicaban entre sí.

No quería dejar solos a Qall y a Timane durante mucho tiempo, así que, después de asimilar información durante unas horas locales, se apartó del mundo y comenzó a visitar los más cercanos. Sus observaciones confirmaron lo que había atisbado en la mente de los hechiceros: los mundos de los alrededores estaban libres de conflictos o disputas importantes. Cinco formaban una alianza flexible. Los pueblos de todos ellos tenían su origen en un mundo destruido unos miles de años antes, un vínculo que los unía a pesar de la gran diversidad que presentaban en cuanto a físico e indumentaria. Como descendían de inmigrantes, la mayoría acogía a visitantes y expatriados de otros mundos con los brazos abiertos.

Mientras se dirigía de regreso a Deeme, Rielle reflexionó sobre el viaje que los había llevado hasta allí. Después de pasar por un puñado de mundos en su huida, había empezado a encontrarse muchos que estaban muertos y resultaban peligrosos. Tuvo que retroceder al llegar a un grupo de mundos rodeados de otros mundos más inhóspitos, tras concluir que la ruta que había seguido hasta allí no llevaba a ninguna parte. Recabando información en los mundos habitados, a menudo conseguía evitar este tipo de rutas. Con frecuencia esto le llevaba más tiempo que explorar, pero resultaba más seguro y suponía un uso de la magia más eficiente. De vez en cuando

se topaba con alguien que poseía un mapa en el que figuraban numerosos mundos próximos, y fue una de esas personas quien le confirmó por primera vez que existían ramificaciones que conducían a zonas más grandes de mundos.

El otro inconveniente de buscar esta información eran las huellas profundas y definidas que se marcaban en el rastro que dejaba. Los cazadores sin duda buscarían a las mismas personas para averiguar si alguien había hecho preguntas sobre los mundos aledaños. Aunque ella se había cambiado el cabello de nuevo —lo llevaba corto y rizado— y se había oscurecido la tez, mientras que Timane se había cortado la hermosa cabellera en una melena sencilla y le había pedido a Rielle que se la ennegreciera, no eran habituales los hechiceros que solicitaban esa información.

Los cazadores también descubrirían que había rutas a través de los mundos muertos y peligrosos hacia zonas más acogedoras. Al comprender que podía proporcionarles pistas muy valiosas solo por hacer indagaciones, dejó de abordar a la gente y comenzó a explorar mentes desde lejos con la esperanza de dar con las personas adecuadas y de que estas pensarán en los mundos cercanos justo en aquel momento.

Por fin se enteró de que había otra ruta que conectaba con una nueva zona de mundos. Al seguirla, emergió en un conjunto de unos veinte mundos. Como la posibilidad de que se quedaran acorralados en ellos la inquietaba, se llevó a Qall y Timane y buscó otra conexión. Esta los condujo a una zona de mundos que, aunque estaba rodeada de mundos muertos, era tan grande que nadie sabía de la existencia de estos.

Hasta donde había conseguido averiguar, nadie había oído hablar del Raen. Le pareció interesante descubrir que una sucesión de hechiceros poderosos había gobernado esa zona. Se decía que, en la actualidad, una pareja relativamente benévola de hermanos, hombre y mujer, velaba por ellos.

Al llegar a Deeme, se materializó en el mismo lugar de donde había partido y luego regresó a pie al apartamento. La casera, aún despierta pese a ser tan tarde, se asomó a su puerta mientras Rielle pasaba por delante. Timane y Qall charlaban sentados en las camas cuando entró. Ambos alzaron la vista, esperanzados.

—Todo parece correcto —les comunicó mientras tomaba asiento junto a Timane—. Los mundos de las intermediaciones están en paz. No he captado pensamientos sobre el Raen. Creo que podemos establecernos aquí, pero tendré que encontrar otro mundo donde entrenar a Qall.

Timane dio unas palmadas.

—¡Estupendo! —exclamó.

—Ten —dijo Qall, y le tendió un paquete pequeño a Rielle.

Perpleja, ella lo desenvolvió. Unos frasquitos repletos de sustancias de colores se desperdigaron sobre la cama, y se le quedaron tres tablas de madera entre las manos.

—La gente de los teatros te pedirá muestras de tu trabajo —explicó Qall—. He encontrado una tienda de material a pocas manzanas de aquí. —Se encogió de

hombros—. Me quedaban algunas monedas de oro que me había dado mi familia.

Rielle levantó la mirada hacia él, tan sorprendida como contenta.

—¿Cómo sabías lo que tenías que...? Ah, claro, lo habrás leído en la mente de alguien.

—De artistas locales —confirmó él—. Deberías pintar retratos. Las plantas y los animales son distintos en cada lugar, pero la gente es igual en todas partes.

Ella asintió.

—Gracias, Qall.

Él repitió el gesto vago con los hombros.

—Por lo visto este sitio te da muy buena impresión.

—No tanto, pero me parece que nos pueden ir bien las cosas si nos quedamos aquí —dijo él.

Ella sonrió.

—Me alegro de que Timane no sea la única que comparte mi opinión. Nos costará mucho trabajo, pero será distinto de lo que hacíamos en la cabaña.

Timane hizo un gesto afirmativo.

—Y tal vez más acorde con los gustos de los tres.

Aunque la fachada del teatro estaba pintada de negro, parecía gris bajo la intensa luz del sol. Unos toques de lo que había sido pintura blanca representaban estrellas, aparentemente, y nadando entre ellas había varios hombres y mujeres. Todas las figuras, tanto masculinas como femeninas, tenían el mismo rostro, lo que producía un efecto un tanto inquietante. Las grietas y los descascarillados no contribuían a causar mejor impresión.

Rielle entró por un pasaje abovedado que discurría por la izquierda del edificio. Haciendo caso omiso de hombres jóvenes que acechaban en las sombras más adelante, examinó cada una de las pequeñas puertas de la pared del teatro hasta dar con lo que buscaba: el dibujo esquemático de una máscara con una forma cónica debajo. Llamó.

Siguió un largo silencio, pero cuando se disponía a alzar la mano para golpear con más fuerza detectó la mente de una mujer mayor que acudía a abrir la puerta.

—Ya voy, ya voy —farfulló la señora por costumbre, pues luego se percató de que no se había oído una segunda llamada, como solía ocurrir. Se preguntó si el visitante había desistido y se había marchado, en cuyo caso no hacía falta que fuera a abrir la puerta, pero como se encontraba a solo unos pasos siguió adelante.

La máscara pintada se alejó girando hacia el interior. Rielle sonrió al rostro arrugado que apareció en su lugar. La mujer examinó a la desconocida, fijándose en el pelo rubio, la tez de color tostado claro y los ojos verdes propios de un pueblo conocido por sus dotes artísticas. «La capacidad para cambiar de aspecto supondría una ventaja injusta, de no ser porque mi acento y mis escasos conocimientos del idioma y la historia de ese pueblo delatan enseguida que no soy de allí».

—Tengo entendido que necesitáis un pintor.

Rielle había practicado la frase en amelyo antes de ponerse en camino hacia allí. Seleccionar las palabras adecuadas leyéndole el pensamiento a la gente constituía un proceso lento que además habría puesto de manifiesto que no dominaba la lengua local. Aunque muchos trabajadores de la ciudad no la hablaban, tener nociones de ella, aunque fueran muy básicas, suponía un punto a favor para quien buscaba empleo.

La señora arqueó ligeramente las cejas.

—¿Ah, sí? Pues será mejor que hable con la directora.

Sonó un chirrido de metal contra la extraña pulpa seca que en la ciudad se utilizaba en vez de madera, y la puerta se abrió. La señora le indicó con señas a Rielle

que entrara y la guio escaleras arriba hasta una puerta cerrada. Cuando llamó, una voz respondió desde el interior:

—¿Sí?

—Una pintora viene a ofrecer sus servicios —anunció la mujer a modo de introducción.

—Que pase.

La mujer abrió la puerta. Sentada ante una mesa que ocupaba casi por completo el reducido espacio de la habitación estaba una anciana. La cabellera cana se proyectaba en todas direcciones desde su cabeza como una aureola rizada y vivaz. Sus arrugas hablaban de innumerables sonrisas, y sus ojos, de mirada alerta, eran de un azul intenso. Le causó buena impresión a Rielle desde el primer momento.

—Adelante —dijo la anciana haciendo un gesto con las dos manos. Cuando Rielle entró, la puerta se cerró tras ella—. ¿Cómo te llamas?

—Elle —respondió Rielle.

—Yo soy Windra. —Los ojos de la mujer se habían posado en las tablas que llevaba Rielle—. ¿Son tus muestras? Enséñamelas.

Rielle se las tendió. Windra las colocó sobre los objetos que cubrían la mesa y las examinó una por una en silencio. Acto seguido, las dispuso en una fila y se reclinó hacia atrás para contemplarlas en conjunto.

—Buen trabajo —dictaminó, y alzó la vista hacia Rielle—. Como ya habrás advertido, la decoración de este teatro se basa en el tema «historias de la noche». ¿Qué harías para representar eso en el exterior?

Tras meditar un momento, Rielle buscó las palabras apropiadas en la mente de Windra.

—Pintaría el edificio entero de color azul marino y utilizaría pintura dorada para las estrellas a fin de que relucieran incluso de día.

—¿Qué más?

—Nada más. Una fachada sencilla en medio de tantas abigarradas llamaría la atención. Luego elegiría colores y motivos llamativos para el interior, para que la gente alcanzara a ver algo interesante cuando las puertas y las ventanas se abrieran por unos instantes.

Las cejas se elevaron y permanecieron arqueadas unos segundos antes de bajar de nuevo.

—Me gusta tu forma de pensar.

—Gracias.

Rielle se miró las manos con modestia mientras Windra volvía a inspeccionar las muestras. «La chica sabe pintar, eso salta a la vista —pensó esta—. Cualquier otro habría propuesto pintar figuras en la fachada. A lo mejor cree que así conseguirá que le encarguemos también la decoración interior..., y tendría más trabajo. Pero su idea no está mal, y además saldría más barata, incluso con la pintura dorada».

—De acuerdo —dijo Windra—. ¿Cuándo puedes empezar?

—Dentro de nueve o diez días —respondió Rielle.

Aunque no tenía otro trabajo, ahora que Timane había conseguido un empleo bien remunerado, quería retomar el entrenamiento de Qall para que no se aburriera o se impacientara. Además, tampoco le perjudicaría dar la impresión de que sus servicios estaban muy solicitados.

Llegaron a un acuerdo respecto a lo que cobraría. Rielle dejó que la mujer se quedara con la muestra que más le gustara, se guardó las otras y se marchó. Mientras caminaba de vuelta hacia el apartamento, reflexionó sobre los progresos que Timane, Qall y ella habían realizado en los últimos diez días. Lo más sorprendente fue el éxito de Timane al obtener un puesto fijo como cantante. El director del teatro Quaver, donde habían presenciado la actuación de las mujeres, vio un gran potencial en ella. Dispuso que recibiera formación en danza, canto, las costumbres teatrales y el idioma local. Aunque percibía un sueldo bajo para una cantante, era mucho mejor que el del empleo de baja categoría en el que pensó en un principio.

Aunque esto mantenía a Timane muy ocupada, sus clases empezaban a mediodía, por lo que Rielle había estado buscando trabajo por la mañana para que Qall estuviera acompañado. En cuanto empezara a trabajar, no le quedaría más remedio que dejarlo solo durante gran parte del día.

«No puede permanecer escondido para siempre». Timane le había sugerido que utilizara algunos de los trucos de los actores para cambiar de aspecto. Él se había mostrado dispuesto a teñirse el pelo, incluso a dejarse barba, pero se negaba a pintarse la cara.

«Todo sería mucho más sencillo si pudiera modificar su apariencia con magia. Pero me parece que es demasiado pronto para que se vuelva inmarcesible. Ha vivido muy poco tiempo como mortal. Solo cinco ciclos y medio, contando desde el momento que lo salvé. Debería conocer y entender los peligros que entraña el aprender a cambiar las pautas antes de intentarlo».

Sin embargo, dudaba que él fuera a rechazar la oportunidad de frenar el envejecimiento. ¿Quién no querría vivir tanto tiempo como deseara y ser capaz de curarse de casi todas las heridas y enfermedades? Aun así, era importante que él se sintiera responsable de la decisión cuando estuviera preparado. Rielle no quería que le recriminara más tarde que lo hubiera empujado a tornarse inmarcesible cuando era demasiado inmaduro para entender lo que eso significaba en realidad.

«Por eso no lo tengo muy claro —comprendió de pronto—. Por su falta de madurez. —Sus enfurruñamientos y cambios de humor parecían indicar que aún no estaba preparado para una decisión tan importante—. No estoy muy segura de que yo lo fuera cuando alcancé la inmarcesibilidad», pensó. Que no le hubieran explicado las consecuencias hasta que ya era demasiado tarde fue injusto para ella. No quería que él la culpara si algún día olvidaba su apariencia original y perdía su sentido de la identidad.

Rielle había cambiado mucho desde entonces, pero le parecía algo natural; la evolución normal que traía consigo la experiencia y el tiempo. No estaba muy convencida de que aún creyera en los ángeles. En ninguno de los mundos había visto el menor indicio de que fueran reales. Una parte de ella, que quería seguir creyendo, razonaba que, al no tratarse de seres físicos, podían existir fuera de los mundos. Muchas religiones estaban estructuradas en torno a esa idea, aunque el ser o los seres a los que rendían culto adoptaban muchas formas distintas. Al mismo tiempo, no podía pasar por alto el hecho de que a los humanos les gustaba pensar que existía algo superior a ellos, algo con un plan o un motivo que justificara los males de los mundos, algo que los eximiera de aceptar la responsabilidad colectiva por todo el dolor, la crueldad y la estupidez que imperaban.

Cuando llegó al edificio de apartamentos ignoró a la casera, que la observaba a través de la puerta abierta de su habitación, y empezó a subir las escaleras. Por costumbre, exploró las mentes de arriba. El borracho del segundo piso dormía y tenía pesadillas; la madre de cinco hijos del tercero enseñaba a la más pequeña a coser; y en la habitación del cuarto, que ya conocía bien, Timane practicaba con la pintura para la cara que le había facilitado el director del teatro.

Rielle llegó ante la puerta y entró. Timane levantó el borde de la pesada cortina que separaba su espacio de los de Qall y Rielle.

—Qall ha salido —dijo.

Una punzada de alarma dejó paralizada a Rielle.

—¿Cuándo vuelve?

—No lo sé —confesó Timane con una mueca—. Yo estaba dormida cuando se ha ido.

Rielle respiró hondo, intentando apaciguar su corazón desbocado.

—¿Ha dejado algún mensaje?

—No. —Timane desapareció de nuevo tras la cortina—. No andará muy lejos.

—Lo suficiente para que resulte difícil de encontrar —murmuró Rielle, dirigiéndose a su compartimento y sentándose en la desvencijada tercera cama que habían comprado unos días después de llegar—. Voy a ver si consigo localizarlo.

—No podemos esperar que se pase el día aquí encerrado —alegó Timane—. No es saludable para él.

—Bueno, ya no tengo que pintar más muestras, así que pensaba reanudar su entrenamiento hoy mismo —le informó Rielle.

—¡Te han dado el trabajo!

—Así es. Pero no empiezo hasta dentro de unos días.

—Eso es estupendo.

Rielle cerró los ojos y proyectó la mente hacia delante y hacia abajo, en dirección a la calle. «¿Adónde habrá ido?». No tenía la menor idea. Tal vez le había dado hambre y, como no quería despertar a Timane, había decidido ir él a buscar algo de comer. Rielle sondeó las mentes de los vendedores callejeros, pero no encontró



recuerdos de Qall, y ninguno de ellos estaba mirando a nadie cuyo aspecto coincidiera con el suyo. Pasó a explorar los pensamientos de gente más inclinada a fijarse en hombres jóvenes, como las chicas de la panadería. Continuó alejándose de forma ininterrumpida, pero no captó imágenes de él en la memoria de nadie.

«A lo mejor no ha salido a la calle». Registró las callejuelas y las casas cercanas sin hallar el menor rastro de él. Ni siquiera la casera entrometida de abajo lo había visto marcharse. Esto le habría proporcionado a Rielle alguna pista sobre en qué dirección se había alejado. Soltó un suspiro de exasperación.

Entonces la recorrió un escalofrío. «¿La casera no lo ha visto marcharse?». Eso resultaba extraño. A esa mujer no se le escapaba ni un detalle. Lo que significaba que o Qall poseía un talento oculto para escabullirse sin que nadie lo notara o...

Rielle absorbió magia, pero vaciló. «No es posible. Aunque hubiera descubierto la manera por sí mismo, sabe que es peligroso».

Por otro lado, el muchacho le tenía tanto respeto al peligro como la mayoría de los jóvenes de su edad. Su hermano era mucho mayor que Rielle, pero esta aún recordaba una época en la que las actividades arriesgadas ejercían una misteriosa atracción sobre él. No dejó de buscar emociones fuertes hasta que ella prorrumpió en un llanto histérico una noche que él regresó sangrando de una pelea.

Tras apartarse ligeramente del mundo, buscó y descubrió lo que temía encontrar.

Un camino.

A pesar del carácter no físico del espacio intermedio, se estremeció presa de una profunda inquietud. ¿Había aprendido Qall a viajar entre mundos, o se lo había llevado alguien? ¿Había llegado hasta allí uno de los cazadores de Dahli con el fin de comunicarle la amenaza que pesaba sobre la familia de Leyikh si Qall no regresaba para hacer lo que se le pedía?

«Tranquilízate. Piensa». El camino era reciente, pero no lo bastante para que pareciera que alguien acababa de crearlo. Por muy deprisa que viajara por él, no alcanzaría a su creador antes de llegar al mundo siguiente. «Suponiendo que Qall haya ido tan lejos. Tal vez solo haya recorrido una distancia corta y esté intentando volver. —Quizá se había materializado en el interior de un objeto y se había quedado atrapado—. No, no pienses en ello».

Regresó al mundo y tomó una bocanada de aire.

—Timane.

—¿Sí?

—Alguien ha abandonado el mundo desde esta habitación. Voy a investigar.

—¿Qall?

—Él no sabe hacerlo.

—¿Lo ha secuestrado alguien? —preguntó la chica, asustada—. ¡Y encima mientras yo dormía!

—Tal vez. Voy a averiguarlo. —A Rielle el corazón le latía con fuerza en el pecho. Respiró hondo un par de veces hasta forzarlo a recuperar su ritmo normal—.

Quédate aquí..., no, espera. Vete a tus clases. Será más seguro. Iré a recogerte en cuanto haya recuperado a Qall.

Sin esperar la respuesta de Timane, se impulsó al espacio entre mundos, localizó de nuevo el camino, se lanzó por él y alcanzó el mundo siguiente unos momentos después. Prados salpicados de unos animales extraños y achaparrados se extendían en todas direcciones. Justo antes de llegar, percibió otro camino que discurría hacia un lado.

Tan reciente como el anterior, se deslizaba por el mundo en línea recta. Al seguirlo, descubrió que emergía al mundo en varios puntos, lo que parecía indicar que su creador había hecho algunas paradas para respirar. «No se trata de un hechicero inmarcesible, por lo que sospecho que ha sido Qall y no uno de los cazadores de Dahli quien ha abierto el camino».

El camino conducía a una ciudad pequeña y descendía hasta un lugar de llegada situado en el interior de una enorme sala octagonal. En las paredes, unos murales representaban los ocho países del mundo, pero ella estaba demasiado distraída para admirar su calidad artística. Al explorar las mentes cercanas descubrió que algunas de las personas allí presentes tenían el cometido de observar y anotar quién llegaba y quién partía.

Eligió a un joven. Se puso tenso al verla aproximarse. Los hechiceros tenían fama de plantear exigencias imposibles y desagradables a los vigilantes. Ella sonrió mientras seleccionaba palabras de su mente.

—¿Ha pasado por aquí un joven en las últimas horas, solo o acompañado?

Unos recuerdos asomaron a la superficie de los pensamientos del hombre, que bajó la vista hacia su libreta. Tres visitantes encajaban con la descripción, incluido el chico apuesto y pálido de cabello negro que había llegado solo y se había quedado únicamente el rato necesario para respirar hondo antes de marcharse.

Mientras el hombre le contaba esto, ella casi se encorvó de alivio. Qall estaba solo. Que estuviera viajando entre mundos aún resultaba preocupante, pero no tanto como la otra posibilidad. Asintiendo, se sacó una pequeña pieza de oro del monedero. El vigilante sacudió la cabeza. Tenían prohibido aceptar gratificaciones. Vigilaban para que los visitantes no intentaran obtener información por medios menos agradables.

Tras darle las gracias, Rielle se apartó del mundo. Dos caminos arrancaban del lugar de llegada. Ella no tenía manera de saber cuál había seguido Qall. No le quedaba más remedio que elegir uno al azar, y si resultaba no ser el correcto, regresar para tomar el otro.

Avanzó de un mundo a otro, volviendo sobre sus pasos cada vez que resultaba evidente que había errado el camino. Aunque no había vigilantes o algo por el estilo en todos los mundos, a menudo encontraba la información que buscaba en la mente de los niños, pues les encantaba observar a los forasteros misteriosos que aparecían y

se desvanecían en los lugares de llegada. Ninguno de ellos había visto recientemente a ningún joven que se pareciera a Qall.

Rielle regresó a la sala, intentando no pensar que quizá él se alejaba cada vez más. El otro camino conducía a un monasterio donde los religiosos registraban las poco frecuentes idas y venidas de hechiceros por su lugar de llegada. Descubrió que Qall había pasado por allí hacía poco rato, y la esperanza se reavivó en su interior.

Dos caminos partían de allí, aparte de aquel por el que había llegado. Uno, con signos de haber sido utilizado recientemente, conducía a un mundo lleno de vida y agua. El lugar de llegada estaba en un profundo desfiladero. Un grueso manto de musgo de todos los colores recubría las paredes, salvo allí donde las surcaban unas cascadas estrechas. Cuando Rielle se materializó, el rugido del agua le inundó los oídos.

Percibió un movimiento con el rabillo del ojo, pero al volverse no vio nada. Cuando se impulsó de nuevo al espacio intermedio advirtió que una sombra se alejaba.

«¿Qall?».

Se propulsó tras ella hasta que se encontró lo bastante cerca para reconocerla. Sus ojos vislumbraron una figura diminuta y lejana. Él miró hacia atrás y, al percatarse de que estaba a punto de ser alcanzado, se apresuró a mirar de nuevo al frente. La figura empezó a encogerse.

—¡Qall! —gritó ella.

Él se volvió y, para su sorpresa, se detuvo.

Consciente de que tal vez se estaba asfixiando mientras la esperaba, a menos que hubiera aprendido por sí mismo a cambiar las pautas —«¡Oh, ojalá eso no haya pasado todavía!»—, aceleró. Otro mundo surgió en torno a ella. La rodeaban unas rocas negras de formas tortuosas, como si un mar de lava hirviente se hubiera solidificado de repente. Excavado en ellas había un lugar de llegada del que partía un camino. Alguien había estado allí. El camino era relativamente reciente. Sin duda podría materializarse sin peligro.

Qall tenía el rostro tenso de irritación cuando ella lo alcanzó. Lo agarró del brazo y se dispuso a emerger al mundo. Antes de que las rocas negras se concretaran alrededor de ellos, una fuerza tiró de ella, obligándola a detenerse. Volvió la vista atrás. Había un brillo de satisfacción en los ojos de Qall.

—¿Acaso quieres asfixiarte aquí? —inquirió ella.

El brillo se extinguió. Qall dejó de resistirse, y ella lo atrajo hacia el mundo. En efecto, en cuanto notó el aire frío contra la piel, el chico inspiró hondo, tembloroso, y tuvo que apoyar las manos en las rodillas mientras jadeaba con avidez.

—Pero ¿qué bicho te ha picado? —lo reprendió—. Sabes que viajar por los mundos sin conocer todos sus peligros puede ser mortal.

—Ya... los... conozco —repuso él.

—¿Cómo puedes conocerlos?

—Por... ti. —Se enderezó—. Te he visto... hacerlo desde que... abandonamos el primer hogar... donde vivimos juntos.

A Rielle se le estrujó el corazón, como lanzándole una advertencia, mientras la invadía un miedo instintivo.

—Has estado leyéndome la mente.

El joven asintió. Ella le clavó la vista, y aunque él intentó sostenerle la mirada, no tardó en apartarla.

—¿Por qué?

—Porque me ocultas cosas.

—Para protegerte.

Él sacudió la cabeza.

—Tengo que encontrar a mi familia.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes. Corren peligro por mi culpa. —Alzó hacia ella los ojos relampagueantes de ira—. Lo sabes desde que le seguiste la pista al cazador de Dahli, pero no me lo dijiste. Los matará si no regreso.

—No es verdad. Para empezar, sería una estupidez —aseveró ella—. Y Dahli no es estúpido.

Él abrió la boca para protestar, pero la cerró de nuevo y sacudió la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Si matas a un rehén, pierdes poder de negociación. Una amenaza solo resulta eficaz cuando sabes que el objetivo la ha recibido y entendido.

—Pero yo la he entendido.

—Él no lo sabe.

Qall dejó caer los hombros y juntó las cejas. Metió las manos bajo el abrigo. Los nudillos de su mano derecha se apretaban contra la tela, como si sujetara algo.

—¿Qué es eso? —preguntó Rielle señalando con la cabeza—. ¿Qué llevas ahí que te preocupa tanto?

Él se apresuró a retirar la mano.

—Nada.

—Mentiroso —lo acusó ella—. Si no me lo dices, no puedo ayudarte, Qall.

Aunque Qall mantuvo una expresión inescrutable, entornó ligeramente los ojos.

—Si te lo digo, ¿me ayudarás? —preguntó.

—Si puedo, por supuesto.

Él bajó la vista, se llevó la mano al interior del abrigo y sacó una pequeña tira de hilos de colores trenzados. A Rielle se le escapó un «ah». La última vez que había visto una similar fue cuando Baluka le ató una en torno a la muñeca, oficializando su compromiso.

—De modo que eso fue lo que te dio la chica.

Qall fijó en ella una mirada penetrante.

—Nos viste cuando me la dio —dijo mientras le leía la mente.

—Vi que te daba algo, pero no alcancé a distinguir qué era. —Alzó los ojos para escudriñarle el semblante—. ¿La amas?

Los rápidos cambios de expresión de Qall la sorprendieron. Duda. Culpa. Desconcierto.

—No... no lo sé —confesó. La sinceridad de esta declaración le encogió el corazón, por compasión y por esa muestra de confianza hacia ella—. Antes de que me lo diera, la respuesta habría sido «no».

—Pero ¿dijiste que sí después?

—No. Aunque... la verdad es que me gusta. Como todos me decían que tendría que casarme con alguien que no formara parte de la familia, no había visto a ninguna de las chicas de esa manera.

—¿Y ahora?

—Desde que me fui..., la echo de menos. Los echo de menos a todos. No quiero que sufran por mi culpa.

Rielle asintió.

—Te comprendo. Yo sentí lo mismo en otro tiempo. Fue una de las razones por las que los abandoné. —Suspiró—. Si regresas, Qall, los pondrás en un peligro aún mayor que si te quedas conmigo. Lo entiendes, ¿verdad?

Él puso mala cara, pero la rabia no tardó de esfumarse de su semblante.

—Sí.

—Yo también los quiero, Qall. Lo único que me impide acudir corriendo en su ayuda es la certeza de que eso empeoraría su situación... y la tuya.

Una mirada sombría e intensa a causa de la angustia asomó a los ojos de Qall.

—¿Cómo vamos a saber si podemos ayudarlos o no, si no sabemos qué les sucede?

Rielle suspiró de nuevo.

—No tenemos forma de saberlo.

—Tú sí —replicó él—. Puedes regresar y comprobar que siguen sanos y salvos.

—Tus enemigos podrían intentar hacerme chantaje si descubrieran que he vuelto. Tal vez tratarían de seguirme hasta aquí.

—Puedes viajar a gran velocidad y sabes cómo ocultar tu rastro. Solo hay otra persona capaz de ello, y es amigo tuyo.

—Pero...

—Por lo menos... —La tomó de la mano y le puso la pulsera trenzada en ella—. Llévale esto a Givari y dile que no puedo aceptarlo. —Exhaló—. Nunca sabré si habríamos podido estar juntos en otras circunstancias, pero al menos no estará esperando a que yo regrese.

Rielle se quedó sin habla. Su boca intentó articular una respuesta sensata, decirle que la vida estaba plagada de preguntas sin respuesta, y que sin duda la chica habría comprendido que había depositado sus esperanzas en quien no debía si los viajeros le

habían explicado quién era él en realidad. Pero, al mirar la pulsera, asintió casi sin pensar. No podía desoír su petición. Le daba demasiado miedo perder su confianza.

Así que deliberó sobre cómo afianzarla. Encontrar la manera de llegar hasta los viajeros sería más complicado que alejarse de ellos. Implicaba dirigirse hacia un punto en vez de simplemente huir de él. Había escrito una descripción del viaje en los momentos en que se detenían para descansar, pero habían pasado por cientos de mundos y había trechos en los que no recordaba con exactitud qué camino había tomado.

Sin embargo, puesto que había llegado a aquella zona de mundos haciendo una serie de escalas en lugares rodeados de mundos muertos, encaminarse en aquella dirección la obligaría a seguir la misma ruta. A partir de allí, no podría recorrer exactamente el mismo camino en sentido inverso porque tendría que dar un rodeo para evitar el mundo en el que se habían instalado. Pero desde ese punto podría fijarse el objetivo contrario y buscar lugares donde conocieran al Raen en vez de sitios donde nunca hubieran oído hablar de él. De ese modo acabaría por encontrar mundos que reconocería.

Además, sin dos mortales que necesitaran respirar, podría viajar más deprisa. Sin embargo, no contaba con una reserva de gemas y metales preciosos que intercambiar por los artículos que necesitase. Esto haría que le resultara más difícil conseguir alimentos y la obligaría a acampar al aire libre cuando parara a descansar.

¿Qué harían Timane y Qall durante su ausencia? A la chica le iría bien. Su jefe era buena persona. Qall tendría que sentarse a esperar, pues no podía irse muy lejos si quería recibir noticias de su familia adoptiva cuando Rielle volviera.

—Debes cuidar de Timane —le indicó.

—Lo haré —prometió él.

—Nada de viajar entre mundos mientras yo no esté.

Él torció el gesto.

—De acuerdo.

—Estaré fuera mucho tiempo. Un cuarto de ciclo, tal vez. ¿Estás seguro de que quieres suspender tu entrenamiento hasta entonces?

—Sí.

Le posó la mano en el brazo.

—Entonces será mejor que regresemos e informemos a Timane. Necesitaré mi mochila y provisiones. —Además, tendría que avisar a la directora del teatro de que no podría comenzar el trabajo de decoración cuando se había comprometido a hacerlo. Contuvo un suspiro. Justo cuando las cosas empezaban a marchar bien... Por otro lado, no era el peor revés que habría podido sufrir. Tal vez incluso se le presentara la oportunidad de volver a ver a Tarren y Tyen, aunque solo fuera para despedirse como era debido.

Cuando Rielle emergió del suelo al patio de la casa de Tarren que tan bien conocía y el aire la envolvió de nuevo, se tambaleó ligeramente a causa del mareo. Se dijo que era por el alivio que sentía por que el largo viaje había llegado a su fin, pero había empezado a preguntarse cuántas veces podría sanar su cuerpo del cansancio, el hambre y el largo tiempo que pasaba en el espacio intermedio. Había adelgazado y se le marcaban los huesos bajo la piel.

Una sombra se movió en una ventana y la puerta se abrió. Tarren se quedó contemplándola un momento y luego desplegó una gran sonrisa.

—¡Rielle! —Salió dando grandes zancadas sin dejar de sonreír—. Te has cortado y rizado el pelo. ¡Ooh! Y tienes los ojos distintos. —La miró de arriba abajo—. Pero te reconocería en cualquier parte.

—Hmmm —murmuró ella, desalentada—. Eso significa que Dahli también.

Él asintió.

—Tal vez. Recibí tu mensaje. Me dio la impresión de que no volvería a verte en mucho tiempo, ¡pero hete aquí!

—¿Te dio la impresión? Creo que lo expresé con claridad.

El hombre soltó una risita.

—La verdad es que sí. —Al fijarse en ella, frunció el ceño—. Estás un poco pálida. ¿Te encuentras mal?

Ella negó con la cabeza.

—He estado viajando apenas sin descanso durante casi un octavo de ciclo. ¿Tengo mejor aspecto así? —Tras quitarse el largo abrigo que había confeccionado la noche antes de dejar a Qall y Timane, lo volvió del revés de modo que la parte raída y parchada se convirtió en el forro, y la tela más fina quedó hacia fuera. Le proporcionaba dos formas distintas de confundirse entre la multitud cuando quería pasar inadvertida.

—No —respondió Tarren cuando ella se lo puso de nuevo—. Diría que no has estado comiendo bien. ¿Me equivoco?

Ella crispó el rostro.

—Cuesta estar pendiente de eso.

—No sé mucho sobre el cambio de pautas, pero sí sé que no puedes sacar algo de la nada. Si no suministras combustible a tu organismo, este no puede repararse solo, o tiene que robarse a sí mismo para mantenerse con vida.

—No me quedan objetos valiosos que vender —aseveró ella—. Por lo general, me he limitado a comer lo que encontraba por ahí. No me he animado a robar a la

gente.

—Podrías haber buscado gente rica, que no se habría enterado de que te colabas en su cocina para llevarte un poco de comida. Pero eso ya no importa. Estás aquí. Aún conservo todos los objetos de valor que dejaste a mi cuidado, pero, antes de nada, pasemos dentro. Pediré que te preparen algo.

—No puedo quedarme mucho tiempo.

—Pero sí lo suficiente para comer. —La guio al interior, habló con un sirviente y se encaminó hacia el comedor, seguido por ella—. Bueno, si has viajado hasta aquí desde tan lejos debes de tener una buena razón.

—Por supuesto.

—¿Puedo ayudarte?

—¿Sabes dónde podría encontrar a algún grupo de viajeros?

Él posó la vista en ella con las cejas arqueadas.

—No muy lejos de aquí. Pero tal vez deberías acercarte a ellos con cautela.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Por qué?

—Los vigilan.

—¿A todos?

—Sí.

—¿Quién?

—Los viejos amigos del Raen.

—¿Por qué?

—No lo sé. Me lo comentó un excolega de Liftre, que lo sabía de oídas. Tal vez sea una exageración.

A Rielle se le hizo un nudo en el estómago. La mejor manera de averiguar dónde estaba una familia de viajeros en particular era buscar a la más cercana y preguntárselo. Si Dahli vigilaba a todas las familias, tardaría menos en enterarse de que Rielle o Qall se acercaban. Ella tendría que localizar a la familia de Leyikh sin la ayuda de otros viajeros.

Llegaron al comedor. Después de entrar, Tarren le indicó una silla colocada a un lado de la mesa y se sentó frente a ella. Rielle lo miró con expresión ceñuda al caer en la cuenta de que los viajeros no eran las únicas personas a quienes Dahli podía mantener vigiladas. Si él o alguno de sus alumnos le había revelado a alguien en Liftre que ella lo visitaba de vez en cuando, y Dahli tenía espías en la escuela...

—¿Te vigilan a ti también?

—No lo creo. —Se encogió de hombros—. Lo que significa que o estoy en lo cierto, o quien sea que me vigila lo disimula muy bien. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa, meditando la pregunta con mayor seriedad—. Mis criados y discípulos solo saben que eres exalumna. Sin embargo, hay un visitante que te conoce mejor.

—Tyen. —A Rielle el corazón le dio un vuelco—. ¿Has tenido noticias suyas?

—Sí. Me apena reconocer que solo me ha visitado una vez.



—¿Ha conseguido aprender a cambiar las pautas?

Tarren asintió.

—¿Te explicó por qué se marchó del mundo desértico?

Tarren volvió a asentir.

—Unos exrebeldes acudieron para absorber magia. Llevaban un tiempo haciéndolo. No se llevaban tanta como Tyen, por supuesto, pero detectaron su actividad y fueron a investigar. En cuanto lo reconocieron, se escabulleron para informar sobre su paradero. Él no se enteró hasta que aparecieron unos hechiceros para atacarlo. Que tuviera tiempo de dejar un mensaje resulta sorprendente.

—Logró escapar de ellos, o de lo contrario no habría hablado contigo.

—En efecto.

—Pero ¿por qué no vino a contárnoslo?

—No quería arriesgarse a conducirlos hasta donde estábamos tú y yo, o hasta Doum. Envié otros mensajes, pero ninguno me llegó.

—¿Te dijo adónde fue después para aprender a cambiar las pautas?

—No, aunque se lo pregunté. —Tarren se encogió de hombros—. Solo comentó que era un mundo deshabitado, pero no menos incómodo.

En ese momento, dos sirvientes entraron y colocaron frente a ella varios platos sencillos, entre ellos un embutido cortado en lonchas muy finas, unos cuantos condimentos, pan, verdura y fruta. Uno de los criados que llevaba una botella de vino bajo el brazo se la mostró y la abrió con la facilidad que proporciona la práctica. Rielle esperó a que se marcharan antes de volver a hablar.

—¿Incómodo? —Frunció el ceño mientras se llenaba el plato de comida—. Supongo que lo sería para la mayoría de la gente. Caluroso. Sin agua. No era un buen lugar donde quedarse varado si consumía toda la magia por error. Me recuerda bastante a mi mundo de origen, por cierto. ¿Había pasado por Doum?

—No. Le referí lo que había ocurrido allí. Estaba... en un estado de ánimo lúgubre cuando se fue.

—No me extraña. Quería establecerse allí de forma permanente.

—Y estaba muy desilusionado porque te habías marchado —añadió Tarren.

Ella hizo un gesto de dolor.

—Al menos dejé un mensaje. Una explicación apropiada.

—Pero no estaba molesto solo por eso —continuó Tarren—. Se creía parcialmente responsable de las guerras en curso (aunque no de la declarada entre Murai y Doum) por haber enseñado a varias personas a crear máquinas que ellas luego habían convertido en armas. Dijo que intentaría poner remedio a eso.

—¿Máquinas como esa criatura que construyó? —preguntó ella—. ¿Como Bicho?

—Sí. Otros inventores idearon unas con la capacidad de matar y fabricaron ejércitos enteros. No suponen una gran amenaza para los hechiceros, pero pueden ser devastadores para la gente común y corriente.

A Rielle le vino a la mente un recuerdo de Valhan entregándole el insectoide y asegurándole que era «el futuro». Se estremeció al imaginar un gran enjambre de ellos, picando y mordiendo. ¿Qué podía hacer Tyen para que la gente dejara de producirlos? ¿Cómo evitaría que transmitieran el conocimiento a otros? Se le antojaba una labor imposible, pero lo admiraba por responsabilizarse del problema y afrontarlo. Una oleada de añoranza la recorrió.

—Ojalá pudiera ayudar —dijo—, pero debo partir de nuevo y nadie debe saber adónde voy.

Tarren asintió y, mientras ella atacaba la comida, él picaba aquí y allá y, sobre todo, se bebía el vino. Rielle reflexionó sobre qué debía hacer a continuación. Intentar dar con la familia de Leyikh consultando a otros viajeros sería demasiado arriesgado. La única manera de encontrarlos sería viajar hasta el mundo en el que se habían asentado y seguirles la pista desde allí..., lo que podía resultar igual de peligroso. Dahli tendría observadores apostados en todos los lugares que había visitado la familia, en previsión de que Rielle o Qall pasaran por ahí para buscarlos.

Esto desvió su mente hacia otro problema al que había estado dando vueltas desde que partió de Deeme. En cuanto Givari, la joven que le había regalado la pulsera a Qall, recibiera el mensaje de este, era probable que un observador se enterara al leerle la mente. Dahli supondría que Rielle o Qall no andaban lejos. Quizá incluso haría daño a alguien de la familia con la esperanza de que uno de los dos intentara salvarlo.

Al pensar en esta posibilidad estuvo a punto de echarse atrás. Solo la certidumbre de que Qall le leería la mente cuando regresara, incluso si ella se lo prohibía, la impulsaba a seguir adelante. Ella habría hecho lo mismo en su lugar. Era de vital importancia que no le permitiera emprender el regreso hasta que hubiera madurado lo suficiente para aprender a cambiar las pautas. Él no accedería a quedarse sin saber al menos que la chica había comprendido sus intenciones.

Se le habían ocurrido varias soluciones durante sus escasas escalas para descansar. Podía encargarle a alguien que entregara la pulsera a la chica y luego volviera para describirle cómo había reaccionado, pero eso entrañaba el riesgo de que guiara a Dahli hasta ella. O bien podía dejar la pulsera en algún lugar que los viajeros tuvieran previsto visitar, disimulada de manera que los observadores no supieran que se trataba de un mensaje para Givari y decidieran interceptarlo. La ventaja del primer método radicaba en que le permitiría proporcionarle a Qall pruebas de que había llegado a manos de la joven. La ventaja del segundo era que ella se habría marchado mucho antes de que la chica la recibiera y Dahli descubriera que había salido de su escondite durante un breve tiempo.

Cualquiera de las dos opciones requería que encontrara a la familia de Leyikh, y tal vez que averiguara adónde viajarían en el futuro. Leyikh no había decidido cuál sería su nuevo circuito de mundos con los que comerciar cuando ella se despidió de él. A juzgar por la trayectoria que le había recomendado a Rielle, sus exploraciones lo habían llevado a distancias impresionantes del asentamiento de los viajeros. No la

habría enviado por la misma ruta que él pensaba seguir, pues al hacerlo habría reducido la ventaja que ella le llevaría a cualquier posible perseguidor. Sin embargo, esto la dejaba con cientos de mundos donde buscar. Más valía que empezara por aquel donde se había establecido la familia e intentara rastrearlos desde allí.

Ya tenía el principio de un plan factible. Continuó comiendo mientras pensaba en los puntos débiles o de qué manera podía salir mal.

Tal vez Dahli había dejado a un observador apostado en cada uno de los mundos que había visitado la familia de Leyikh en previsión de que ella pasara por allí para intentar encontrarlos. Tendría que registrar mentes allí donde fuera. ¿Y si un observador la descubría...? ¿Realmente podría encargarse de un cazador o un enemigo sin matarlo? Cabía la posibilidad de abandonarlos en un mundo muerto, pero ella era reacia incluso a hacer eso. Por otro lado, si solo quería retrasar el momento en que entregaran un mensaje a Dahli, podía dejarlos en un vacío lo bastante grande para que les llevara varios días salir de él.

Cuando estaba demasiado llena para comer otro bocado, se disculpó con Tarren por la brevedad de su visita, le dio las gracias por la comida y le dijo adiós con la misma efusividad con que se habría despedido antes de él si hubiera sabido que estaba a punto de convertirse en la tutora de Qall.

—Transmítele mis mejores deseos a Tyen —le pidió cuando llegaron al patio.

Él asintió y la apremió con un gesto para que se marchara.

—Vamos, vete. Sé que tienes prisa. No te entretengas más con este viejo.

Ella sonrió y se apartó del mundo. Aunque sabía que debía alejarse de esa zona cuanto antes, viajaba despacio, avanzando hacia el mundo en el que se habían asentado los viajeros por una ruta tortuosa e indirecta. Muchos de los lugares de llegada por los que pasaba estaban rodeados de señales de lucha. En un momento determinado, se abstuvo de materializarse por completo cuando le resultó evidente que estaba librándose una batalla; en vez de ello, se alejó del conflicto deslizándose. En otra ocasión llegó a una ciudad donde reinaba la paz, pero también el bullicio, y advirtió que la magia se había agotado casi por completo. Solo su costumbre de llevar consigo energía suficiente para salir de un mundo evitó que se quedara varada.

Finalmente se aproximó al mundo donde se había reunido con la familia de Leyikh. Se deslizó con lentitud hacia lo que había sido el campamento y, cuando se hallaba cerca, se apartó del mundo y se desplazó por una blancura casi total. Al poco rato detectó un camino antiguo y tenue que se alejaba del mundo. Lo recorrió hasta que empezó a aparecer el siguiente, y entonces se salió y continuó avanzando en paralelo a él.

Esto la condujo a un campo a las afueras de una aldea. Se deslizó hasta un bosquecillo, se materializó y comenzó a buscar mentes. Atardecía, y la mayoría de los habitantes del lugar estaban enfrascados en tareas como cocinar y cenar, mientras unos pocos dormían. Una pareja se despidió de sus vecinos y, mientras se abrigaba para volver andando a casa, el marido recordó que, tres cuartos de ciclo atrás, los

famosos viajeros habían pasado por la aldea en sus carromatos y les habían vendido los gabanes.

Los comerciantes habían proseguido su camino hacia el norte. Rielle inmovilizó el aire bajo sus pies y, tras elevarse hacia el cielo, siguió varios senderos, explorando mentes en las aldeas que sobrevolaba. Quienes habían comprado algún artículo a los viajeros se consideraban afortunados porque la familia no albergaba la intención de visitar el mundo de nuevo.

Fuera a donde fuese, Rielle no encontraba rastros de hechiceros que estuvieran vigilando por órdenes de Dahli. Cuando dejó de percibir recuerdos de la visita de los viajeros, Rielle comenzó a buscar caminos que se adentraran en el espacio intermedio. Localizó uno, antiguo y tenue, y lo recorrió hasta el mundo siguiente. Una vez allí, captó más recuerdos del paso de la familia por allí.

Y, con este procedimiento u otros similares, reconstruyó poco a poco el trayecto de la familia de Leyikh. Después de pasar por once mundos, encontró por fin uno donde habían comprado género para venderlo más tarde, pero de nuevo sin comprometerse a volver en el futuro. En el mundo contiguo no habían comerciado, ni tampoco en el siguiente, pero en el tercero Rielle descubrió, tras esperar a que los lugareños despertaran, que se había negociado un acuerdo permanente que no se había cerrado.

No obstante, en los mundos siguientes no se había propuesto ni concretado trato alguno. Ella supuso que evitaban formalizar pactos permanentes antes de cubrir el circuito varias veces. De ser así, tendría que abandonar su plan y encontrar otra manera de hacer llegar a Givari el mensaje de Qall.

En el mundo siguiente, Rielle encontró a un observador.

Vivía enfrente de la casa de un mercader con el que había comerciado la familia de Leyikh. Rielle se ocultó entre las sombras de un almacén, con la parte gastada del abrigo vuelta hacia fuera.

«... tal vez nunca vengan aquí —estaba pensando el hombre—. Pero este sitio es bastante cómodo, y la comida no está mal. Aunque no es comparable con el lugar donde se aloja Dahli».

La imagen de una estancia acudió a la mente del observador. El suelo estaba cubierto de baldosas. Un estanque hondo y rectangular despedía vapor. Criadas ligeras de ropa proporcionaban a los clientes todo cuanto necesitaban. Pensar en ello despertaba la lujuria y la envidia del hombre, pero este intentó distraerse enseguida para no imaginar el lugar con más detalle. Temía que Dahli lo sorprendiera sumido en ensoñaciones placenteras cuando tendría que estar vigilando la mente de los lugareños.

«Dahli —pensó Rielle. A juzgar por las impresiones que había recibido, se encontraba a solo unos mundos de distancia—. Si pudiera acercarme lo suficiente para leerle la mente sin alertarlo de mi presencia, quizá averiguaría qué trama exactamente... y qué puntos flacos tiene su plan». Tal vez no encontrara un modo de

evitar que le hiciera chantaje a Qall —o a ella—, pero descubriría algo más que podría utilizar en su contra.

Sin embargo, aproximarse a Dahli lo suficiente para leerle la mente resultaba arriesgado. Escrutó al observador para obtener más información. Dahli estaba en Yolin, una ciudad de un mundo cercano célebre por sus manantiales naturales y aguas termales. Una vez que se formó una imagen clara del lugar, siguió una ruta enrevesada a través de los mundos locales y se materializó a cierta distancia de Yolin. Modificó aún más su aspecto acortándose la nariz y estrechándose la boca. Se incorporó a un flujo constante de personas que se dirigían a pie hacia la ciudad, muchas de ellas enfermas y con la esperanza de que las aguas las curaran. Transcurrió la mitad de un largo día local hasta que coronó una cima y tendió la mirada hacia la ciudad.

Estaba enclavada en un valle poco profundo, rodeada de vegetación exuberante y envuelta en una nube de vapor. La parte superior de las laderas estaba cubierta de campos en bancales. Encaramada sobre el muro de uno de ellos como si descansara, leyó el carácter del lugar, extrayendo información de la mente de sus habitantes.

Encontrar a Dahli entre miles de personas resultó más sencillo de lo que esperaba. Los establecimientos con un suministro natural de agua obtenían más beneficios que los que tenían que comprársela. Se habían descubierto pocas fuentes en los últimos años, pero no hacía mucho que un hechicero de otro mundo había creado un manantial a cambio del uso ilimitado de unas termas. Exploró dichos baños, y un escalofrío le erizó el vello cuando dio con la mente que buscaba.

Dahli estaba comiendo mientras escuchaba el informe de un mensajero. Comprobó aliviada que ninguno de sus observadores la había descubierto.

«Es demasiado lista —pensaba Dahli—. No regresaré. Estoy perdiendo el tiempo. —El humor sombrío del hombre la animó, aunque percibió su determinación de seguir esperando. El avistamiento del chico era la única pista que tenía más de cinco ciclos después de la muerte de Valhan—. ¿Qué más puede hacerse mientras Tyen trabaja?», se preguntó Dahli.

El corazón de Rielle dejó de latir por unos instantes. «¿Tyen?».

«¿Acaso mentía al decir que necesitaba estar solo, sin distracciones, para concentrarse en su trabajo? —se preguntó Dahli—. ¿Qué habría ganado con mentir? —Aunque no conseguía librarse de la sospecha de que Tyen estaba dando largas al asunto, no se le ocurría un buen motivo para ello—. Salvo que pretenda aprovechar la información que le facilite para restaurar a la mujer del libro antes de resucitar a Valhan».

Rielle estaba paralizada, incapaz de apartar su atención de la mente de Dahli.

«Pero no he visto indicio alguno de que albergue esta intención —se recordó a sí mismo—. Seguiré visitándolo, diga lo que diga. No debo aflojar la presión. Iré dentro de unos días. —Trazó mentalmente el recorrido desde ese mundo hasta aquel en el que estaba trabajando Tyen, cavilando sobre cómo eludiría unos mundos en los que

había estallado la guerra hacía poco tiempo—. Por otro lado, si ve en mi mente imágenes de la devastación sufrida en esos mundos, cobrará mayor conciencia de lo urgente de la situación. Aunque dudo que eso lo disuada de insistir en no utilizar a una persona viva como recipiente...».

A Rielle se le cortó la respiración. Tyen no estaba intentando encontrar un modo de lidiar con las armas mecánicas, ¡sino una forma de resucitar a Valhan!

¿Por qué? ¿Acaso lo había extorsionado Dahli? No detectó ningún pensamiento sobre esto en la mente del hombre. Hasta donde él sabía, Tyen lo hacía en parte para obtener los conocimientos necesarios para devolver la vida a Vella, en parte para salvar los mundos.

Dahli terminó de cenar. «Por lo menos he logrado convencerlo de que esta es la única manera de evitar la autodestrucción de los mundos», pensó.

Rielle dejó escapar el aire entre los dientes con una frustración cada vez mayor. «¿No estábamos de acuerdo en que Valhan no era la solución a los problemas de los mundos? ¿Que no necesitaban un líder todopoderoso? ¿Que con el tiempo superarían sus dificultades por sí mismos?». ¿O acaso ella había dado por sentado que él suscribía su opinión solo porque no había expuesto argumentos en contra?

No lo recordaba bien. Estaba demasiado enfadada. De pronto, soltó un grito ahogado cuando los pensamientos de Dahli revelaron algo más.

«... Valhan me advirtió que Tyen debía tener la sensación de que había elegido el camino menos dañino. Este solo continuó espionando a los rebeldes para mantenerlos con vida durante más tiempo, sin caer en la cuenta de que era lo que Valhan quería. —Dahli sonrió, pero su satisfacción por el éxito del plan del Raen se enfrió enseguida—. Al final fracasó. Valhan juzgó mal a Rielle. Ella no me lo devolvió». Se deslizó los dedos por el cabello, luchando contra una desesperación que conocía bien.

Al percibir la profunda pena de su antiguo mentor, la ira de Rielle empezó a remitir. Aunque no debía compadecer al hombre que quería matar a Qall, no podía evitarlo. «Ha perdido a un ser amado. A un hombre al que adoraba y servía, pese a no recibir el menor cariño a cambio».

Tuvo que ser insoportable, pero no había tenido escapatoria. Valhan no dejaba con vida a los hechiceros poderosos que no estaban bajo su control. A Dahli no le había quedado otro remedio que permanecer con él y a su servicio. ¿Qué clase de hombre habría sido si hubiera tenido la libertad de marcharse y buscar a alguien que correspondiera a su amor?

Enterarse de que Valhan tenía que estar al corriente del dolor y el anhelo de su sirviente más fiel hizo que Rielle lo odiara aún más.

Y comprendió cuánto la odiaba Dahli a ella.

«A pesar de todo, yo no lo aborrezco a él. Pero creo que lo aborrecería si hiciera daño a Qall o a los viajeros».

Tyen, por otra parte...

Ella frunció el ceño. Había supuesto que, mientras Dahli no los localizara a Qall y a ella, todos estarían a salvo y no cabría la menor posibilidad de que el Raen regresara. Pero si Tyen lograba resucitarlo, nadie estaría a salvo. El Raen había permitido que los viajeros practicasen el comercio entre mundos, pero ¿les retiraría ese favor cuando se enterara de que habían luchado activamente contra su retorno? Si Valhan creyó que tarde o temprano tendría que matar a Rielle porque rivalizaba con él en fuerza, tampoco toleraría la existencia de Qall.

A Tyen le permitiría seguir viviendo por haberlo devuelto a la vida. ¿Se lo había prometido Dahli? Penetró en su mente otra vez.

«Sea como fuere, no me queda otra opción que confiar en Tyen. En cuanto consiga resucitar a un sujeto de prueba, poseeré todos los conocimientos necesarios para proporcionarle un cuerpo a Vella. Si rompe nuestro acuerdo no podré hacer nada, pero al menos no habré corrido el riesgo de confiarle la mano de Valhan. Para asegurarme de que cumpla su promesa tendré que mostrarle una y otra vez el caos que impera en los mundos...».

La mano. La mano de Valhan. Rielle respiró hondo. Qall no era más que un ingrediente de la receta de la resurrección, y si Tyen estaba trabajando para obtener otro recipiente para la mente de Valhan, el muchacho no resultaba imprescindible. Mientras la mano existiera, el Raen podía regresar.

Si no existiera, eso jamás podría ocurrir.

Era el punto débil de Dahli. «Hay que destruirla». El corazón le dio un vuelco. Exploró de nuevo la mente de Dahli, con la esperanza de que siguiera pensando en la mano y delatara su ubicación. Solo descubrió que la había escondido y había bloqueado el recuerdo del lugar. No lo desbloquearía hasta que Tyen demostrara su valía y le entregara un recipiente listo para grabar en él la mente de Valhan.

Rielle no podía quedarse aguardando a que esto sucediera. Qall necesitaba protección. Y entrenamiento.

Pero ella conocía a alguien que podía esperar, vigilar y atacar cuando llegara el momento. Alguien a quien le interesaría mucho saber qué había hecho y qué planeaba hacer el Espía. Alguien que podría entregar el mensaje de Qall.

Se apartó del mundo y partió en busca de Baluka.

## TERCERA PARTE

# Tyen



«A estas alturas, tendría que estar acostumbrado a arrepentirme de establecer alianzas y acabar en el bando equivocado», reflexionó Tyen. Bajó la vista hacia las ruinas del palacio de Glaemar y observó las mentes tanto de conquistadores como de conquistados. Los dóciles doumianos, poco habituados a subyugar a otros, temían a aquellos a los que ahora dominaban, por lo que mantenían el orden con un toque de crueldad cautelosa. Los muraianos, familiarizados con las jerarquías sociales injustas, se adaptaban a sus circunstancias con una resignación sorprendente.

Tyen había visitado a sus exempleados antes de ir allí. Por fortuna, ninguno había sufrido represalias por su relación con él. Le alegró comprobar que algunos se habían establecido como fabricantes de tornos impulsados por magia. Le contaron que los arcillarcas insistían en que no mencionaran el auténtico origen del invento, y aseguraban en cambio que se trataba del secreto redescubierto de un alfarero muerto mucho tiempo atrás, pero le aseguraron que estaban dejando constancia de la verdad de otras maneras.

«¿Qué les he hecho a los arcillarcas para merecer eso? —se preguntó—. ¿Fue realmente un crimen tan terrible negociar la paz con Murai en su nombre, a pesar de que ellos nunca tuvieron la intención de respetar el acuerdo?».

Localizó al fin la mente que buscaba. La arcillarca Fursa se había mudado a una de las residencias más suntuosas de Glaemar, que le habían confiscado a uno de los mercaderes que habían atacado el mercado de Alba. Tyen sonrió. A pesar de las injusticias que habían cometido los arcillarcas contra él, no pudo evitar sentir una ligera satisfacción por ello.

Se apartó un poco del mundo y descendió deslizándose hacia la ciudad, atravesando las murallas y enfilando el callejón por el que avanzaba Fursa con paso decidido. Esta se paró en seco al vislumbrar su silueta y retrocedió cuando él se materializó.

—No fue idea mía —balbució.

Él asintió mientras leía en su mente los nombres de los arcillarcas que habían urdido y propuesto el plan para invadir Murai. «Pero estaba de acuerdo con ellos —pensó Fursa—. Supongo que eso es igual de malo».

Lo era, pero Tyen no estaba allí para vengarse ni para castigar a nadie.

—Fui sincero y lo hice todo por el bien de Doum —aseveró él—. Y vosotros me lo pagasteis engañándome y despojándome de mi hogar. Así que, ¿por qué pretendéis hacer pasar los tornos por un invento doumiano?

Aunque ella apretó los labios con fuerza, su mente le respondió con claridad.

«Para que nadie tenga motivos para respetarte —pensó—. Se suponía que debías fracasar. Le dijimos a la gente que el emperador no había firmado el tratado y que era por culpa tuya. —Se estremeció, consciente de que él estaba leyendo estos pensamientos, pero incapaz de reprimirlos—. ¿Y ahora qué? ¿Me castigará? ¿Nos matará a todos?».

—¿Disfrutas con tu nueva posición en Murai? —inquirió Tyen.

Ella se quedó mirándolo, preguntándose a qué venía el cambio de tema. Mientras meditaba la respuesta, el odio hacia sí misma y la añoranza que sentía todas las mañanas al despertar la asaltaron de nuevo.

Él sacudió la cabeza.

—No tengo necesidad de castigarte.

El alivio se marcó en profundos surcos en el rostro de Fursa. Unos surcos que él no recordaba haber visto en su último encuentro. Se apartó del mundo y, mientras la figura de ella se difuminaba ante sus ojos se preguntó si la conquista por parte de los doumianos introduciría algunas mejoras en Murai. Tal vez el sistema por el que los doumianos elegían a sus gobernantes y el hecho de que valoraran más a los artesanos daría lugar a una sociedad más justa. «Pero si estás dispuesto a matar y someter a otros para imponer estos cambios, ¿cómo les convences de que no maten ni sometan a nadie cuando les devuelvas la libertad?»

»¿Qué opinas, Vella?».

—La promulgación de leyes es la manera más habitual en que los humanos crean sociedades pacíficas y justas. —Él oyó con claridad la respuesta en su mente—. Una mezcla de incentivos y castigos anima a los ciudadanos a obedecer esas leyes. Nunca he visto ni oído hablar de una sociedad capaz de hacerlas respetar solo por medio de incentivos, aunque algunas lo consiguen limitando sus castigos a penas sociales y no violentas.

«Doum era así —dijo Tyen—, pero hizo falta muy poco para cambiarlo. Debo reconocer que me alivia saber que no puedo regresar. Tendría que intentar persuadir a los arcillarcas de que renunciaran a la violencia, o cruzarme de brazos y contemplar cómo empeoran las cosas».

—Ahora tienes tareas más importantes de las que ocuparte.

Llegó al mundo siguiente y se deslizó hasta el lugar de llegada. Se trataba de una tarima en el interior de una sala, con unos motivos pintados en el suelo que se descascarillaban bajo sus pies. Siguió adelante.

«Sí. Retos en comparación con los cuales los problemas de Murai y Doum parecen minucias. Mantener vigilado a Dahli e impedir que persiga a Rielle, resucitar al Raen, destruir todos los insectoides convertidos en armas y devolverte una forma humana».

—Restaurar mi cuerpo no es importante —le recordó ella—. Al menos para los mundos.

«Lo es para mí. Te hice una promesa. Aunque no mataré a nadie para cumplirla, puedo intentar encontrar otra manera».

—El precio que tendrás que pagar es traer de vuelta al Raen. ¿No es demasiado elevado?

«No lo sé —reconoció él—. Pero no lo hago solo por ti. Es más importante ayudar a Rielle y prevenir a los demás de que él está a punto de regresar».

—Rielle se ha ido. No te necesita para impedir que Dahli la persiga.

El mundo siguiente estaba sumido en la oscuridad, y las estrellas iluminaban unas piedras cristalinas que sobresalían del suelo. El terreno al que llegó estaba allanado y de él arrancaba un angosto sendero. Prosiguió su camino.

«Sí, pero Baluka también tiene que saberlo. Los mundos deben estar sobre aviso y prepararse».

—¿Estás seguro de que Dahli podría resucitar al Raen sin tu ayuda?

«No del todo. Pero él sí que lo está. Con el tiempo, y dispone de mucho, puesto que es inmarcesible, encontrará a alguien lo bastante fuerte y dispuesto a ayudarlo. No puedo correr ese riesgo. Mientras la mano de Valhan obre en su poder, ese peligro existirá».

—Según Dahli, esa mano podría estar deteriorándose.

«Sí, pero bloqueó sus recuerdos sobre el ritmo de ese deterioro, lo que me lleva a desconfiar de su afirmación. ¿Por qué habría de ocultar esa información?».

—Para que no retrases el cumplimiento de tu compromiso. Eso te obliga a tomar decisiones sin perder el tiempo en deliberaciones.

«¿Me precipité al aceptar?».

—No poseo datos suficientes para darte una respuesta.

En el mundo siguiente se encontró rodeado de árboles achaparrados. En contraste, los hombres y las mujeres que custodiaban el lugar de llegada eran altos y delgados. Se alejó deslizándose.

«No me gusta colaborar con Dahli, pero sus argumentos no dejan de ser convincentes —admitió—. A los restauradores no se les da tan bien mantener el orden como a Valhan. Ni siquiera sabían de la existencia del mundo de los meteoritos, y no tienen la menor idea de cómo salvarlo. Aunque Dahli creyera que soy el único que puede ayudarlo, quizá yo habría accedido a intentar resucitar al Raen de todos modos».

—Y sin embargo no quieres hacerlo.

«No».

—De este modo, si cambias de idea, podrías destruir la mano. Entonces ya no habría peligro de que el Raen regresara.

«Sí, pero no lo haré sin antes acceder a la información que contiene y que necesito para ayudarte. También es posible que Valhan conociera una manera de luchar contra los insectoides de guerra. Era consciente de que acarrearían problemas en el futuro, así que no descarto que hubiera ideado una solución».

—Quizá podrías utilizar ese razonamiento para convencer a Dahli de que te enseñe la mano.

«No. Dahli no me dejará acercarme a ella hasta que le haya demostrado que puedo resucitar a alguien y tenga un recipiente preparado para recibir a Valhan».

El siguiente lugar de llegada era un estanque helado rodeado de ruinas; un entorno extraño, aunque quizá los antiguos ocupantes habían planeado deshacerse de las visitas no deseadas quebrando el hielo de modo que se zambulleran en el agua que había debajo. Tyen siguió adelante.

«Si existe alguna posibilidad de que Valhan tuviera una solución para el problema de los insectoides, he de intentar acceder a sus recuerdos. Es culpa mía que existan».

—No podías imaginar que los conocimientos que impartías a cambio de tu formación en Liftre llevarían a la gente a fabricar insectoides de guerra —repuso Vella.

«No, pero debería haberlo previsto. El Imperio leraciano también utilizaba la magia para el combate. Sus cañones y aerocoches de guerra les permitieron conquistar gran parte de mi mundo».

—Eso solo demuestra que los humanos convierten en un arma todo aquello que pueden, estén donde estén. No es culpa tuya que los mundos hayan hecho lo mismo con la magia mecánica.

«Aun así, si existe una solución, debo intentar encontrarla. Y no me será posible sin fondos y sin un hogar».

Una parte de él se sentía atraída por la seguridad que le proporcionaba la protección de Dahli. Sería un alivio no tener que estar en guardia en todo momento. Pero una parte más oscura, que prefería no examinar muy de cerca, temía lo que pudiera pasarle si se negaba a ayudar a Dahli y luego este conseguía resucitar al Raen. «Valhan me consideraría demasiado poderoso para dejarme con vida. Tendría que huir hasta los confines de los mundos, como ha hecho Rielle». Tal vez el Raen lo matase de todos modos, una vez que le leyera la mente y se enterara de que había ayudado a Rielle y a los restauradores. Al contemplar esta posibilidad, Tyen se preguntó si su intención de pedirle como recompensa que le perdonara la vida a Rielle no era demasiado optimista. Al fin y al cabo, el Raen tenía pensado matarla incluso cuando confiaba en que ella lo resucitaría.

En otros momentos, Tyen se preguntaba si al Raen le resultaría tan sencillo convertirse de nuevo en el soberano único de los mundos. Casi todos sus aliados y sus amigos habían muerto, y los restauradores habían consolidado su posición. Si el Raen se había visto en una situación tan apurada como para hacer algo tan arriesgado como suicidarse y confiar en que otros lo devolvieran a la vida, era evidente que su poder e influencia tenían un límite. ¿Y si los restauradores, Tyen y Rielle aunaban fuerzas para combatirlo? ¿Conseguirían matarlo? ¿Podrían acordar una tregua? ¿Accedería Valhan a gobernar solo unos pocos mundos?

Quizá había otras maneras de lograr que el Raen resucitado no ejerciera un poder tan grande sobre los mundos, pero por el momento no eran más que ideas incompletas que revoloteaban en torno a la mente de Tyen.

El mundo que se tornaba cada vez más definido alrededor de él era su destino. Cuando se materializó, percibió al respirar los aromas de un jardín, maravillándose otra vez ante la nueva capacidad de su cuerpo para sobrevivir a la falta de aire en el espacio entre mundos. Al salir del círculo de plantas, entró en un impresionante laberinto. Se extendía sobre una vasta zona, y se ocupaban de su mantenimiento cientos de residentes que vivían en casitas ocultas entre las paredes. Los visitantes paseaban por los senderos. Tyen oía risas y gritos de niños. Pasó junto a recintos que contenían una fuente, estatuas e incluso una laguna con un islote cubierto de árboles en el centro y una barca amarrada en la orilla que invitaba a remar en ella.

Tyen había aprovechado la oportunidad de hacer escala en Doum y Murai porque se encontraban en la ruta hacia ese lugar. Hacia el este, en alguna parte, había una cueva donde debía reunirse con Baluka. El terreno se elevaba ante Tyen, revelando la parte superior de un arco decorativo de piedra empujado en la pendiente. Se encaminó hacia allí.

En efecto, el arco constituía la entrada de un túnel. Tras aventurarse en su interior, Tyen se llevó una desilusión cuando emergió al otro lado de la colina. Se trataba de un pasaje, no de una cueva. Sin embargo, al otear el laberinto desde lo alto divisó un agujero circular en el centro de un claro. Quizá esa era la cueva a la que se refería Baluka. Echó a andar cuesta abajo.

Cuando llegó, descubrió que una escalera de caracol descendía hacia las tinieblas. Creó una luz y comenzó a bajar. En el fondo había un único asiento toscamente labrado en una roca. Un hombre estaba sentado en él. Baluka. Conversaba con un hechicero que se encontraba de pie frente a él.

—Puedes retirarte. —La voz de Baluka le llegó flotando desde abajo.

El hechicero se desvaneció hasta desaparecer.

—Te has tomado tu tiempo. —Baluka alzó la vista y desplegó una sonrisa—. ¿Te has perdido?

Tyen se encogió de hombros mientras descendía los últimos escalones.

—No. He dado un pequeño rodeo.

—¿Cómo estás?

—No me puedo quejar. ¿Y tú?

—Como siempre.

Tyen se quedó callado unos instantes. Sabía que Dahli había conseguido infiltrar un espía en el entorno de Baluka, pero ignoraba cómo. Uno de los amigos de Dahli se encargaba de ello y tenía instrucciones muy estrictas de no contarle los detalles. Hasta la fecha, Tyen se había resistido a revelárselo a Baluka, pues eso podría llevar a Dahli a preguntarse cómo había obtenido esa información.

Tyen paseó la mirada alrededor, como si buscara al otro hombre.

—¿Estás tomando todas las medidas de seguridad posibles?

—Por supuesto.

Tyen asintió.

—Toda precaución es poca.

Baluka arqueó las cejas.

—¿Por alguna razón en especial?

Tyen volvió a encogerse de hombros.

—Ninguna que pueda especificar.

—Entiendo. —Baluka señaló con un gesto de la cabeza un saco grande colocado a los pies del asiento—. Es para ti.

Tyen lo levantó. El peso ocasionó que se tambaleara un poco. Sonó un crujido metálico cuando lo depositó de nuevo en el suelo. Al abrirlo por arriba, entrevió un brillo de metal bruñido y unas garras articuladas.

—¿Insectoides?

—Sí.

Tyen se puso en cuclillas, abrió más la bolsa e inspeccionó la maraña de patas metálicas que relucían en el interior.

—Gracias. Hay unas cuantas que no había visto antes.

—¿Quieres que te consiga más?

—Sí. De tipos distintos. Y, a ser posible, mantenlos con vida.

—No será fácil.

Tyen asintió.

—Sobre todo si son de los que explotan.

Baluka arqueó las cejas.

—¿Explotan?

—Algunos están diseñados para saltar en pedazos cuando alcanzan a su objetivo.

—Eso complicará la tarea de capturarlos, sí. —Tras una pausa, Baluka preguntó—: ¿Has hecho algún progreso?

Tyen se enderezó.

—Por el momento, solo investigar. Me llevó un tiempo encontrar un lugar seguro donde trabajar.

—Podría haberte echado una mano con eso.

—Lo sé. —Tyen aguardó, pues había visto en los pensamientos de su amigo que tenía algo más que decirle, pero no sabía muy bien por dónde empezar—. ¿Qué ocurre?

Baluka esbozó una sonrisa torcida.

—Te agradezco que finjas que aún no lo has leído en mi mente. —Su expresión se tornó seria—. Rielle ha adoptado a un joven. Cuando era un niño se lo arrebató a los aliados del Raen poco después de que él muriera. Sus intenciones eran traer de vuelta a Valhan sustituyendo los recuerdos del muchacho por los suyos. Se opuso a que utilizaran así a un niño inocente, huyó con él y lo dejó al cuidado de una familia.

Tyen asintió.

—Sí. Lo sé. Bueno, lo de que se había llevado al chico no, pero sí lo demás.

Baluka abrió la boca de par en par, pero la cerró enseguida con un chasquido.

—¿Y por qué no me lo habías dicho? —Inspiró con brusquedad—. No, no hace falta. Ya sé por qué. Es muy fácil leerme la mente. Si yo sé que es posible devolverle la vida al Raen, otros podrían averiguarlo también. —Suspiró—. Bueno, supongo que ya es un secreto a voces. Aunque, puesto que no hay múltiples Raen vagando por los mundos, es de suponer que ese muchacho en particular era esencial para el proceso.

—Tal vez. —Tyen hizo un gesto vago.

—Por fortuna, Rielle se lo ha llevado lejos —continuó Baluka.

Tyen alzó las cejas.

—Será una protectora excepcional.

Baluka movió la cabeza afirmativamente.

—Y considerada.

Sonrió cuando viejos recuerdos desfilaron por su memoria, lo que a su vez despertó otros más recientes en la mente de Tyen, junto con una incómoda mezcla de sentimientos como la culpa y el deseo. «¿Me odiaría Baluka si se enterara de que Rielle y yo hemos sido amantes?».

Según Tarren, Rielle se había irritado por el mensaje que Tyen había dejado precipitadamente a la salida del mundo desértico. Después de escapar de los rebeldes que lo habían sorprendido consumiendo la magia de ese mundo, le había enviado unos cuantos mensajes a Tarren. Le preocupaba que los rebeldes estuvieran siguiéndolo todavía, así que había redactado instrucciones poco claras y utilizado métodos poco habituales de transmisión de mensajes. Demasiado poco claras y poco habituales. El anciano no había recibido ni uno.

Después había tenido que encontrar un mundo nuevo donde aprender el cambio de pautas. En uno de los momentos en que había dejado vagar la mente durante su primer intento, le había venido a la memoria el mundo gélido donde se había realizado la primera tentativa de resurrección del Raen. Era un sitio deshabitado y rico en magia, y como Rielle no había completado la labor, aún le quedaba mucha energía. Se había centrado de nuevo en sus esfuerzos y había alcanzado la inmarchesibilidad un cuarto de ciclo más tarde.

Estaba deseando celebrarlo con Rielle y Tarren cuando volviera. La invasión de Murai por parte de Doum no era la única decepción que lo aguardaba a su regreso.

«Dudo que volvamos a verla», pensaba Baluka.

Tyen asintió.

«Aunque sé que lo más conveniente sería que ella no regresara, albergo la esperanza de que lo haga. Supongo que aún confío en que algún día pueda volver sin peligro».

—Lo mejor que podemos hacer por ella es asegurarnos de neutralizar la amenaza a la que nos enfrentamos aquí —afirmó Baluka, dejando que la tristeza cediera el

paso a la determinación—. Dahli y sus seguidores. —Alzó ligeramente la barbilla—. Podrías unirte a nosotros. Y también ayudarnos a reinstaurar el orden en los mundos. Cuantos más mundos vivan en paz, menos motivos tendrán para fabricar insectoides.

Tyen se estremeció y sacudió la cabeza.

—No. —«No me haría esta propuesta si hubiera visto lo mal que salieron las cosas en Doum y Murai».

—No te estoy ofreciendo el liderazgo —precisó Baluka con una sombra de sonrisa.

—Lo sé —contestó Tyen—. Te agradezco la oferta, pero más vale que dedique mi tiempo al tema que más domino: la magia mecánica.

Baluka hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo, entonces. Buena suerte. Intentaré conseguirte más especímenes..., algunos de ellos vivos.

—Gracias. —Tyen se echó el saco al hombro y crispó el rostro a causa del peso—. Cuídate, Baluka.

—Tú también.

Baluka sonrió, pero cuando Tyen se impulsó para apartarse del mundo, la risa se desvaneció. El líder de los restauradores presentaba un semblante sombrío y cansado, pero más decidido que nunca. Esto reforzó la determinación de Tyen de avisar a su amigo del retorno del Raen. «Puede que sea un desastre negociando la paz, pero se me da bien espiar. Será mejor que haga buen uso de ese talento vigilando a Dahli».



Tyen suspiró y dejó a un lado el fajo decepcionantemente pequeño de papeles. Había leído tres veces las notas del Raen desde que Dahli se las había facilitado, pero no había descubierto nada nuevo con cada relectura. Paseó la vista por la amplia habitación —el sótano de una destartada mansión urbana en un mundo que había prosperado bajo el dominio del Raen—, enumerando los objetos que lo rodeaban. «Una mesa lo bastante grande para que quepa un hombre tumbado en ella. Instrumental médico. Remedios. Un filtro de agua. Un quemador. Vendas. —Desplazó la mirada al otro extremo de la habitación—. Mesa. Estantería. Insectoides. Herramientas. Metal para forjar piezas. Sustancias químicas. Aceite».

Deliberó sobre si necesitaba algo más. ¿Había olvidado algo? Aunque sabía que estaba buscando una excusa para no ponerse a trabajar, echó un vistazo de todos modos.

«Tal vez podría juntar en otro lugar el mismo material que reunimos de cara a la resurrección del Raen, para cuando restaure a Vella. —Se enderezó—. Vella —pensó—. Sabía que tenía que hacer algo: consultarte».

Tras sacarse la bolsa de debajo de la camisa, extrajo el libro y lo abrió.

«¿Qué debo hacer ahora, Vella?».

La elegante caligrafía apareció en la página.

*—¿Dejar de procrastinar, por ejemplo? Sabes que has llegado a un punto en el que Dahli empezará a sospechar de ti si sigues retrasándote.*

Él asintió. «Tienes razón. Pero te aseguro que no sé bien por dónde empezar».

*—¿Qué te impide ponerte manos a la obra?»*

«Muchas cosas. Desearía que el Raen hubiera escrito cómo resucitar a una persona en una serie de pasos lógicos. Hay muchas lagunas en sus notas. Unas veces se expresa de forma muy clara y detallada, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar los resultados importantes; otras, remite a la información en vez de incluirla».

*—Seguramente no esperaba que otras personas las leyeran, y era un hombre ocupado.*

«Eso es verdad. También cabe la posibilidad de que Dahli omitiera información al traducir el texto del Raen, y luego bloqueara el recuerdo de haberlo hecho».

*—No tendría sentido, dada la posibilidad de que los datos omitidos te llevaran a fracasar o a negarte a continuar, o bien de que produjeran un resultado insatisfactorio. Pero él*

reconoció que tal vez la traducción de las notas no era muy exacta.

»Porque los conocimientos del traductor eran insuficientes. Tenemos suerte de que aún existan personas que hablan el criptico idioma que él empleaba.

Dahli se había preguntado si se trataba de la lengua materna del Raen. Había encontrado a los hablantes de dicha lengua tras enviar a sus seguidores a los grandes mercados y centros de conocimiento de los mundos, e incluso habían consultado a los viajeros, con el objetivo de que tradujeran una frase elegida al azar. Fue un estudioso de Lifre quien descubrió la fuente.

Por fortuna, la frase no revelaba nada que Dahli quisiera mantener en secreto. Cuando localizó al pueblo que hablaba ese idioma seleccionó a tres traductores que lo ignoraban todo sobre la magia y les repartió las páginas en desorden, con la esperanza de que entendieran tan poco de lo que traducían que no tuviera que matarlos cuando terminaran.

No se habría tomado la molestia si hubiera estado colaborando con alguien menos escrupuloso que Tyen. Curiosamente, lejos de irritarse por ello, se alegró. Le complació descubrir que no le gustaba matar, a pesar de los cientos de ciclos que llevaba haciéndolo por el Raen.

«Dahli es un hombre lleno de contradicciones y sentimientos en conflicto —se dijo Tyen—. Sin embargo, como bloquea los recuerdos que no quiere que yo vea, no estoy seguro de que lo que veo en su mente sea su personalidad auténtica y completa».

—Si me tocara, tal vez podría acceder a esos recuerdos.

«Jamás caería en una trampa concebida con ese propósito. —Tyen suspiró—. Ni me permitirá retrasarme indefinidamente. Debo comenzar cuanto antes, pero ¿con qué? —Era una pregunta dirigida a sí mismo, no a Vella, por lo que esta no respondió. Se mordió el interior del carrillo—. Esto consta de tres partes. El reto consiste en descubrir cómo grabó sus recuerdos en su mano y luego reproducir el proceso. Me sería útil disponer de la mano del Raen para estudiarla, pero Dahli no me la entregará hasta que le demuestre que sé resucitar a alguien con éxito».

—Puedes estudiarme a mí. Soy un objeto más complejo, pero contengo recuerdos. Saber cambiar las pautas te ayudará a entender mi estructura.

Él asintió. «Eso haré. Pero también necesito encontrar a alguien a quien no le importe que copie sus recuerdos en un objeto. Yo no pienso ofrecerme voluntario, y dudo que Dahli lo haga, así que tendremos que hacer venir a alguien». Lo mejor que se le había ocurrido había sido grabar los recuerdos de un moribundo en un recipiente aceptable. La idea de que estaría salvando a alguien de la muerte hacía que el ejercicio le resultara mucho más llevadero.

Salvo porque, en vez de ello, podía sanar a esa persona con magia. Ahora poseía los conocimientos necesarios para sanar a cualquiera y prolongarle la vida. Podría estar dedicando su tiempo a esa tarea, pero no era así.

Rielle no le había mencionado que aprender el cambio de pautas suscitaba este dilema moral. Cuando pensaba en cómo curaría todas las dolencias y enfermedades de los mundos, imaginaba el caos que esto provocaría. No podía sanar a todos los enfermos, así que ¿cómo elegiría a quienes iba a ayudar? ¿Hasta dónde debía llegar, si podía hacer que cualquier ser humano volviera a estar en perfecto estado físico e incluso rejuvenecerlo? En cuanto corriera la voz de que estaba capacitado y dispuesto a ello, ¿sembraría la demanda de sanación rivalidad y caos entre los más necesitados, hasta tal punto que los ricos y poderosos pasaran por encima del pueblo llano?

Le faltaba valor para encarar esas preguntas. Por fortuna, tenía un trato, una promesa y un error de los que ocuparse antes.

«El segundo reto es el de preparar un recipiente. Para ello me hará falta un cuerpo. Valhan escribió que necesitaba un hechicero inexperto pero con una fuerza lo más equivalente posible a la suya por si su capacidad mágica no se transfería al recipiente».

Al leer esto, le había bajado un escalofrío por el espinazo. Rielle reunía los requisitos para convertirse en recipiente de Valhan. También el propio Tyen. «Pero él no sabía que yo era tan poderoso, y además ya había recibido entrenamiento en el uso de la magia». Junto a la anotación aparecía subrayada la palabra «varón». Tal vez había descartado a Rielle por eso.

A Tyen le habría sido útil saber si Qall había adquirido la fuerza del Raen en su totalidad. De ser así, significaría que la capacidad mágica tenía una naturaleza puramente física y que cualquiera podría volverse igual de poderoso. También significaría que Tyen tendría que abandonar el objetivo de asegurarse de que el Raen resucitado fuera más débil y, por lo tanto, representara una amenaza menor para los restauradores y Rielle.

¿Y si Qall había sido casi tan fuerte como el Raen? Parecía una extraña casualidad que dos hechiceros prácticamente igual de poderosos que el Raen hubieran nacido en la misma época, pero la idea de que hubiera un tercero parecía inconcebible. ¿Se trataba de una consecuencia de la Ley del Milenio, que generaba más rivales en potencia cada mil ciclos? Dudaba que una fuerza sobrenatural determinara el futuro, así que, o bien se producía una variación natural en la fuerza de los hechiceros cada milenio, o bien el Raen no tenía rivales antes de su ausencia de veinte ciclos porque los mataba. Esta última posibilidad resultaba inquietante porque implicaba que nacían magos poderosos en todo momento y que los mundos no tardarían en llenarse de ellos. También implicaba que lo extraordinario del Raen no residía en su fuerza mágica, sino en su habilidad para ejercer la autoridad y mantener el orden.

«Qué irónico sería que Qall se convirtiera en el Sucesor después de que Valhan lo creara con la intención de mantenerse en el poder. Sobre todo si se enfrenta a un Raen redivivo y lo vence».

—*Estas distrayéndote de nuevo* —le advirtió Vella.

Tyen devolvió sus pensamientos al presente.

«No necesito un recipiente de fuerza similar a la del Raen. Me basta con el cuerpo de alguien que haya muerto hace poco, por lo menos mentalmente». Ambas opciones lo intranquilizaban. El cadáver de una persona debía tratarse con respeto, e incluso alguien a quien se le hubieran borrado los recuerdos perdería la oportunidad de iniciar una nueva vida si le reemplazaban la mente por la de otra persona.

Para empezar, Valhan había probado a utilizar el cambio de pautas con un recién nacido para acelerar su crecimiento hasta convertirlo en adulto, pero ni la mente ni el cuerpo del sujeto se habían desarrollado de forma adecuada, pues carecía de las experiencias vitales necesarias para aprender y adaptarse. Los recuerdos no se habían grabado correctamente. Las extremidades no respondían a órdenes emitidas por la mente con las que no estaban familiarizadas. Una mente adulta necesitaba un recipiente adulto. Tyen se preguntó si esto significaba también que una mente masculina necesitaba un cuerpo masculino para que los órganos reproductivos funcionaran correctamente, y si ocurría lo mismo en el caso femenino. Sin embargo, no pensaba poner a prueba esta teoría en sus experimentos. Lo que estaba haciendo ya le planteaba bastantes dilemas éticos.

El tercer reto al que se enfrentaba era el de transferir la información almacenada en el objeto al recipiente. Esto lo ponía ante otro dilema. ¿Qué harían con la nueva persona? Incluso si alcanzaban su objetivo, tendrían que buscarle un nuevo hogar. ¿Y si no lo hacían? Tyen se estremeció. «Supongo que dependerá de cómo fracasemos».

Por el momento, debía concentrarse en el primer reto. Eso requería que encontrara a un hombre o una mujer agonizante que quisiera aprovechar la oportunidad de duplicarse. «Lo que me obliga a abandonar la seguridad de este sótano. Tal vez por eso dudo tanto...».

Un movimiento al fondo de la alargada habitación captó su atención. Alzó la vista y se le heló el corazón al vislumbrar la sombra de un hombre que se tornaba cada vez más nítida, pero en cuanto reconoció la figura, su pulso volvió a la normalidad.

—Tyen —dijo el hombre, una vez materializado.

—Dahli —respondió Tyen al tiempo que guardaba a Vella en su bolsa.

El servidor más leal del Raen había alterado de nuevo su apariencia quitándose la barba. Llevaba un poco más largo el cabello, ahora de un rubio claro.

—Tenía que investigar una cosa —dijo Dahli abriéndose camino entre los muebles. Al leerle la mente, Tyen descubrió que había ido a supervisar a las personas que había enviado a vigilar a la familia de Baluka—. ¿Has conseguido algún avance?

—No te ayudaré si les haces daño —aseveró Tyen, haciendo caso omiso de la pregunta.

Dahli entornó los ojos.

—Si todo sale bien, no será necesario. —Se sentó en una silla y señaló con la cabeza las notas del Raen—. ¿Y bien?

Tyen contuvo un suspiro.

—Las he leído tres veces. Para ser un hombre que vivió mil ciclos, no escribía instrucciones muy claras.

Dahli arqueó las cejas.

—Para ser un hombre que insiste en que Valhan no supo enfocar bien el tema de las resurrecciones, te basas mucho en la información que dejó.

Tyen se encogió de hombros.

—Si supiera con exactitud qué hizo, podría evitar cometer los mismos errores.

—Si es que cometió alguno. —Dahli agitó la mano con un gesto desdeñoso—. Habremos de trabajar con lo que tenemos. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Tyen empezó a negar con la cabeza, pero se detuvo.

—¿Conoces a alguien a quien no le importe que se creen copias de él?

Dahli elevó las cejas.

—¿Tiene que ser un hechicero?

—Eso da igual.

—¿Quieres que traiga aquí a nuestro voluntario?

—No. El proceso puede requerir una gran cantidad de magia, lo que debilitaría este mundo.

—¿Lo utilizarías también como recipiente?

Tyen sacudió la cabeza.

—¿Cómo sabríamos entonces si ha funcionado?

—Bien pensado. También necesitarás un recipiente.

—Sí. Alguien que haya fallecido hace poco. Sanaré su cuerpo y luego lo adaptaré a la pauta del voluntario. Para eso no tendré que consumir tanta magia, así que podemos hacerlo aquí. Sin embargo, necesitaré un mundo deshabitado y con magia en abundancia para la resurrección.

Dahli asintió, pero su atención se había desviado hacia el otro extremo de la habitación.

—¿Esas cosas son lo que yo creo que son?

Al seguir la dirección de su mirada, Tyen vio los insectoides. Mucho más grandes que Bicho, sus aparatosos cuerpos presentaban un aspecto amenazador en las sombras.

—Sí.

Dahli se levantó y se acercó a las máquinas con paso lento. Tyen lo siguió.

—¿Por qué las tienes?

—Estoy buscando una manera de destruirlas. Algo que funcione con todos los modelos.

—¿Eso es posible? —preguntó Dahli extendiendo el brazo y dándole un empujoncito con el dedo a una de ellas, como para comprobar que no estaban solo dormidas.

—Seguramente no —reconoció Tyen—, pero tengo que intentarlo.

Dahli apartó la vista, y asintió en señal de aprobación.

—Sería muy beneficioso para los mundos que lo consiguieras. —Fruunció el ceño—. ¿Es por eso por lo que has hecho tan pocos progresos con la resurrección?

Tyen sacudió la cabeza.

—Por el momento solo los desmonto para buscar los puntos débiles que comparten. Es una tarea sencilla, cualquiera de mis alumnos en Lifre la habría podido realizar, y me permite ocupar las manos en algo mientras pienso en la resurrección.

—¿Por qué no buscas un aprendiz que se encargue de eso? —sugirió Dahli.

—Tendría que supervisarlos. Además, si viniera aquí vería en qué estoy trabajando.

—Basta con que le digas que estás buscando la manera de sustituir el cuerpo de alguien por otro más joven o distinto. Tus experimentos no estarán relacionados directamente con Valhan. Cuando vayamos a crear un cuerpo para él, enviaremos a tu ayudante a otro lado. Busca a alguien joven, que no entienda el cambio de pautas, pues de lo contrario se preguntará por qué nos tomamos la molestia de trasplantar la mente de alguien a un cuerpo nuevo cuando bastaría con que lo sanáramos. Si no encuentras a un candidato apto en Lifre puedo indicarte el emplazamiento de otras escuelas de magia, aunque no creo que estén tan avanzadas en la enseñanza de la magia mecánica.

Tyen hizo un gesto afirmativo de mala gana. Habría preferido no involucrar a nadie más en aquel asunto, pero la sugerencia de Dahli se había convertido en una orden.

—Asegúrate de que sea un hechicero más débil que yo —añadió Dahli—, porque si no tendré que matarlo una vez concluido su trabajo.

—¿Podrías, si él fuera más fuerte?

—Por supuesto. —Dahli se encogió de hombros—. Con experiencia, conocimiento y amigos leales, puedes vencer a la mayoría de los adversarios.

—Lo tendré presente.

La mirada de Dahli se perdió en la distancia mientras absorbía la magia que había a gran altura por encima de ellos.

—Te encontraré un voluntario mientras tú buscas un ayudante.

Tyen asintió.

—¿Qué sueldo le ofrezco?

—El que te pida. Yo me encargo de eso. ¿Necesitas algo más?

—No.

—En ese caso vendré a buscarte cuando haya encontrado a nuestro voluntario. — Dahli se desvaneció.

Tyen pasó por el lugar que Dahli ocupaba un momento antes, recogió las notas del Raen y se acercó a una fila de armarios colocados a lo largo de una pared de la habitación. Había visto la pequeña libreta original en la memoria de Dahli. ¿La había escondido el Raen, o la llevaba siempre encima? ¿La guardaba en una bolsa, debajo de la camisa, como hacía Tyen con Vella?

Sonrió ante esta ocurrencia, pero su diversión no tardó en evaporarse. Su primer encuentro con el Raen había supuesto una revelación para ambos. Valhan había encontrado en Vella el atisbo de una solución a sus problemas con los aliados. Gracias a ella había descubierto una forma de almacenar todos sus recuerdos en un objeto del que podrían extraerse más tarde.

Tyen hizo girar una llave en la cerradura de un armario, lo abrió y retiró del estante inferior varios paquetes de vendas. Una vez que lo hubo despejado, utilizó la magia para accionar un mecanismo que elevaba el estante y dejaba al descubierto una cavidad en la base del armario. Mientras se abría, Tyen pronunció una palabra:

—Bicho.

Del interior del hueco oscuro asomaron unas antenas que se retorcían con expectación.

—Sal de ahí.

El insectoide salió correteando por la parte de abajo del estante. Tyen introdujo las notas en el agujero. Aunque habría preferido destruirlas ahora que Vella había asimilado su contenido, Dahli quería conservarlas intactas.

—Vigílas bien, Bicho —ordenó Tyen—. Si alguien que no sea Dahli o yo intenta cogerlas, las quemas.

Un silbido de afirmación brotó del compartimento. Tyen lo cerró y comenzó a devolver las vendas a su lugar. Tal vez existía una manera de destruir todos los insectoides asesinos que había en los mundos. Quizá podría acabar con ellos sin dañar a los que eran inofensivos. Pero si se veía obligado a eliminarlos a todos, lo haría. Incluso a Bicho.

La sugerencia de Dahli de que se buscara un ayudante lo sorprendió. Al él también le importaban los mundos, a pesar de todo, así que tenía sentido que le atrajera la perspectiva de resolver el problema de los insectoides..., siempre y cuando esto no acaparara la atención de Tyen. Lo que más le extrañaba era que Dahli estuviera dispuesto a que hubiera otra persona cerca mientras Tyen realizaba sus experimentos.

Cerró con llave la puerta del armario y se enderezó. Tras absorber magia, se impulsó para apartarse del mundo y emprendió una ruta prudentemente indirecta hacia Liftre.

Cuando se encontraba cerca de la escuela, lo asaltó una preocupación. Según Tarren, todas aquellos que habían conocido a Tyen como estudiante y profesor le

atribuían la invención de los insectoides. Por desgracia, esto había llevado a la gente a creer que también había construido los de uso militar. Aunque Tarren había pedido a sus alumnos que lo desmintieran cuando visitaran Lifre, Tyen no sabía si habían conseguido poner fin a esta habladuría.

Sin embargo, este no era su único motivo de ansiedad. El rumor de que Tyen había sido un espía entre los rebeldes podía causarle problemas. Si un número lo bastante grande de profesores y estudiantes así lo creía, quizá se pusieran de acuerdo para expulsarlo. Como mínimo, la noticia de que el Espía se hallaba de visita en Lifre se propagaría de inmediato por los mundos y él tendría que huir, sin duda perseguido por hechiceros furiosos. Así que más valía que encontrara un lugar recóndito donde llegar, que explorara las mentes hasta descubrir si había alguien capacitado para ser su ayudante y luego se asegurara de que solo esta persona lo viera.

Se materializó en el mundo de Lifre lejos de los caminos más transitados para evitar el riesgo de que alguien se cruzara con él en el espacio intermedio. Abrió un camino nuevo, ocultando el principio y el final. Sin apartarse de la zona más retirada del angosto desfiladero en el que estaba enclavada la escuela, se deslizó hasta una pared de roca y eligió una grieta oscura donde materializarse.

Nunca antes había contemplado Lifre desde aquella posición ventajosa. La vista era impresionante. El antiguo edificio, que se había ampliado a lo largo de cientos de ciclos, parecía brotar de una formación rocosa que se elevaba en medio del desfiladero. Un camino tallado en la empinada pendiente descendía serpenteando desde la base hasta la aldea situada debajo.

Era temprano. Las clases estaban a punto de comenzar. En cuanto se puso a buscar mentes, oyó el murmullo y el clamor de muchos pensamientos. Era como observar una nube de cometas, algunas de colores brillantes, otras de tonos apagados, unas claras, otras oscuras, las más lejanas parcialmente ocultas tras las más próximas. Saltó de una mente a otra con la esperanza de captar entre los fragmentos que percibía al azar algo relacionado con la magia mecánica.

Un grupo de mentes estaba centrado en calcular ciclos en correspondencia con las estaciones de un mundo. Tyen sonrió ante el aburrimiento y la confusión de los nuevos alumnos. El siguiente grupo estaba creando esculturas con agua que levantaban en el aire y luego congelaban, en un ejercicio de control que la mayoría estaba disfrutando. Otros se preparaban para una larga clase de historia, y más de uno lamentaba que los acontecimientos recientes resultaran mucho más interesantes que aquellos relatos antiguos.

De pronto, Tyen captó una imagen de algo que conocía bien: ruedas dentadas y otras piezas de insectoides. Se concentró en esa mente en concreto y advirtió que pertenecía a una estudiante que estaba construyendo una máquina pequeña. No se trataba de un insectoide, sino de una especie de torno para tallar patas de sillas. La



chica dirigió la vista hacia la máquina para fabricar cestas en la que estaba trabajando otro estudiante.

«Empieza a parecerse demasiado a un insecto. —La frase que solía repetir su profesora acudió a su memoria—: “¡Las máquinas deben parecer máquinas, no seres vivos!”. —La joven arrugó el entrecejo—. Sería más fácil si las piezas que nos facilitan no hubieran sido diseñadas para fabricar insectoides».

Tyen pasó a examinar la mente del chico.

«A Zeke le da igual que las máquinas parezcan insectos —estaba pensando—. Dice que su aspecto viene determinado por su función. Una vez cumplido este requisito, deben ser bellas. ¿Y qué hay más bello que un tejedor de cieno? —En su mente apareció la imagen de una criatura marina de numerosas patas con un caparazón en forma de cúpula opalescente. En unas extremidades en forma de pala sujetaba contra su vientre el barro que otros cuatro miembros apilaban en el suelo con sumo cuidado, creando con movimientos giratorios una delicada columna en espiral en la que depositaría sus huevos—. Como mi máquina para tejer cestas», se dijo el muchacho.

«Zeke —pensó Tyen—. ¿Dónde he oído antes ese nombre?». Inspeccionó las mentes de los otros estudiantes, y luego la de la profesora. Cuando captó el nombre de nuevo, fue en el pensamiento de esta mientras examinaba el invento del chico: «Pues queda claro quién ha estado influyendo en este», pensó con desaprobación.

Tyen vio que Zeke no era un profesor, aunque lo había sido hasta hacía poco tiempo. Cuando habían ascendido a aquella mujer por encima de Zeke, este había dejado de dar clases y desde entonces se dedicaba a diseñar máquinas para los clientes que acudían a la escuela. Siempre estaba sin blanca, como todos los inventores de Liftre que se negaban a fabricar armas, pero él mismo empeoraba su situación porque solía entregar sus encargos más tarde de lo acordado, pues añadía características que el cliente no había pedido o se le ocurría otra forma de hacerlo y volvía a empezar de cero.

«Su hermana Dalle tiene más idea de cómo llevar un negocio», se dijo la profesora.

«¿Dalle? ¡Zeke y Dalle! —Tyen soltó un “ah” por lo bajo. Acababa de acordarse de aquellos dos. Habían sido sus mejores alumnos durante su último ciclo en Liftre. Sin duda habían regresado a la escuela para completar su formación—. Y por lo visto se han especializado ambos en magia mecánica». Una extraña sensación de alegría se apoderó de él, y de pronto cayó en la cuenta de que era orgullo.

El sentimiento se disipó enseguida. ¿Qué clase de futuro les había dado, cuando lo único que le interesaba a la gente de la magia mecánica era que servía para fabricar armas? ¿Qué futuro les esperaba si él conseguía destruir todas las máquinas mágicas?

Aunque se le habían pasado de golpe las ganas de reanudar la búsqueda de un ayudante, se obligó a localizar a Zeke y a los otros inventores en los que había

pensado la profesora. Si Zeke trabajaba con demasiada lentitud, tal vez valía más que no acudiera a él.

Los encontró a todos en la planta inferior de la escuela compartiendo un desayuno tardío. En el sótano, irónicamente. «A lo mejor todos los creadores de máquinas mágicas acabamos en habitaciones oscuras y subterráneas», reflexionó.

Al leerles la mente percibió una visión distinta de su exalumno. Muchos de ellos consideraban a Zeke uno de los mejores inventores de la escuela. Algunos le tenían aversión, porque envidiaban su talento o sencillamente porque estaban convencidos de que ellos eran mejores, si no para crear inventos, sí para ganar dinero. Unos cuantos se dedicaban en exclusiva a fabricar armas y estaban orgullosos de ello. No le caían bien a Zeke. Tyen tomó nota de sus nombres.

Ninguno de ellos era un hechicero especialmente poderoso, y en parte por eso se habían inclinado por la magia mecánica. Advirtió también que algunos tenían vínculos con los restauradores. Deseó poder inducirles a que pensaran en él para averiguar quiénes creían que era un espía y un traidor.

Una vez terminados el desayuno y la charla, cuando el grupo se separó para regresar a sus respectivas habitaciones, Tyen decidió a cuáles abordaría. Zeke sería el primero. La tarea requería más genialidad que velocidad de trabajo o economía de diseño. Por supuesto, era posible que el joven no quisiera abandonar Liftre para ayudar a su antiguo profesor, aunque recibiera por ello unos ingresos tan altos como quisiera, así que Tyen elaboró una lista corta de posibles candidatos entre los demás.

Cuando Zeke regresó a su habitación, Tyen se apartó del mundo hasta que la escuela quedó reducida a una sombra tenue en la blancura y bajó deslizándose hasta la base del edificio. Una vez entre las paredes, apenas alcanzaba a vislumbrar aquello que lo rodeaba, pero eso significaba que él mismo resultaría más difícil de detectar. Avanzó en dirección a la habitación de Zeke y, cuando calculó que se encontraba cerca, se aproximó al mundo hasta que vio con la claridad suficiente para encontrar un pasillo vacío donde materializarse sin que lo descubrieran. En cuanto el aire lo envolvió, se apresuró a explorar las mentes que lo rodeaban y localizó a Zeke en una habitación a la que se accedía por un corredor paralelo a aquel en el que se encontraba Tyen. Tras apartarse del mundo, se deslizó hasta allí.

El joven estaba sentado frente a su escritorio, encorvado sobre una caja de latón elaboradamente decorada. Estaba tan enfrascado en la tarea que no reparó en la llegada de Tyen. No quedaba el menor rastro del aspecto aniñado del alumno al que había dado clases. El joven seguía siendo delgado, sin embargo, y el cabello negro y liso que le llegaba hasta la barbilla no escondía del todo sus altos pómulos. Su tez era de un tostado más pálido de lo que Tyen recordaba, aunque quizá esto se debía a que pasaba casi todo su tiempo en aquella habitación subterránea.

Al acercarse, Tyen comprobó que la caja contenía un mecanismo complejo. Estaba previsto que fuera una máquina de rimas, diseñada para captar la última palabra de una frase y responder con otra palabra que terminara igual..., siempre y

cuando Zeke lograra idear una manera de almacenar miles de vocablos. Tomó aire para hablar.

De pronto, Zeke profirió un chillido y se giró rápidamente. Clavó los ojos en Tyen, quien intentó disculparse de inmediato.

—¿No te enseñaron a llamar a la puerta? —le reclamó el joven con voz tensa cuando Tyen calló por fin.

—Eh... Sí. Lo siento...

Zeke entornó los ojos con expresión ceñuda.

—¿Tyen? ¿De verdad eres tú?

Tyen bajó la vista hacia su cuerpo y no vio nada raro.

—Sí, ¿por qué?

El joven sacudió la cabeza.

—Estás distinto.

Al recordar la advertencia de Rielle de que tal vez tendería a cambiar su apariencia para cumplir las expectativas de los demás, Tyen sintió una punzada de preocupación.

—¿En qué sentido?

—Pues... no lo sé. Tienes el mismo aspecto... y a la vez no.

—Eso lo aclara todo.

Zeke se encogió de hombros.

—Lo cierto es que no. Pero no has cambiado a peor —agregó—. Sigues siendo apuesto, con esa palidez y ese estilo desgarbado que te caracterizan.

—Esto... gracias.

—En fin, ¿qué te trae a mi humilde morada?

Tyen respiró hondo, exhaló y decidió ir al grano.

—¿Quieres trabajo?

Zeke alzó las cejas.

—¿Estás de broma?

—No. Necesito un ayudante. Busco una forma de inutilizar, o incluso destruir, los insectoides construidos para la guerra. Me...

—Sí —lo interrumpió Zeke.

Tyen se quedó callado unos instantes.

—¿Sí?

—Acepto el trabajo.

—Pero... aún no hemos hablado del sueldo.

Zeke se puso de pie.

—Ya nos pondremos de acuerdo. ¡Si me das la oportunidad de destrozar los insectoides de guerra y metérselos por el culo a esos inventores engréidos, estoy dispuesto a trabajar gratis! —exclamó con una sonrisa feroz que se borró enseguida—. No digo que no vaya a aceptar un sueldo. No tengo otros ingresos y trabajo mejor

cuando no estoy muriéndome de hambre. También soy una compañía más agradable cuando no apesto por no lavarme.

Tan divertido como sorprendido por el entusiasmo de Zeke, Tyen deliberó sobre qué más debía decirle.

—Tenemos que trabajar en secreto —le advirtió—. Y esto... no le meteremos las máquinas a nadie por ninguna parte hasta que las hayamos destruido.

—Por supuesto. —Zeke se encogió de hombros—. No hay que darles a los belicistas la menor oportunidad de contraatacar.

—Es posible que intenten vengarse.

—Les diré que todo fue idea tuya. Y tú, que fue idea mía. En cualquier caso, habrá tanta gente contenta e impresionada por nuestra proeza como enfadada. —Alzó las palmas de las manos hacia el techo—. Las comisiones y el dinero nos lloverán del cielo.

—En ese caso..., date por contratado, Zeke. Si descubres que no te sientes a gusto trabajando conmigo te traeré de vuelta, claro está. Te lo prometo.

Zeke arqueó las cejas.

—¿Vas a sacarme de aquí? —Desplazó la mirada por la habitación y soltó una risotada demencial—. ¡Vas a sacarme de aquí! —Clavó la vista en Tyen—. ¿Cómo es el lugar donde vives?

—Pues... —Tyen miró alrededor y se encogió de hombros—. No muy diferente de esto, aunque bastante más grande.

—Pero la compañía es más grata. Será mejor que haga las maletas, entonces.

—Puedo esperar a que acabes. Suponía que querrías terminar el trabajo que tenías entre manos y despedirte de...

—No. Ya se encargará de esto alguno de los otros. —Zeke señaló la caja con un gesto—. Pero les escribiré una carta breve a las autoridades del centro y a mi hermana... —Se acercó al escritorio y sacó un papel y una pluma.

—¿Cómo le va todo a Dalle?

El joven torció el gesto.

—Hace cuatro ciclos que no nos hablamos. Tomó partido por los rebeldes durante la guerra. Y yo... no. Tampoco estaba de parte del Raen. No me gusta la violencia.

Zeke no vio la mueca de dolor de Tyen, pues estaba concentrado en escribir. Después no se oyó más que el rasgueo de la pluma sobre el papel. Zeke le puso punto final a la carta enseguida, la dejó a un lado y vaciló antes de ponerse a escribir la siguiente. Esta la escribió de forma más pausada. Cuando terminó, Tyen había descubierto buena parte de la causa del conflicto entre los hermanos. Dalle se había unido a los rebeldes después de que Baluka se convirtiera en su líder. Zeke se había negado a acompañarla y a participar en la batalla final. No creía que los rebeldes tuvieran posibilidades de ganar, ni que ella decidiera ir sin él. Ahora las cosas eran tal como él había predicho, lo que añadía resentimiento a la creencia de Dalle de que él se había mantenido neutral por cobardía. Los restauradores eran incapaces de impedir

que los hechiceros mostraran un comportamiento tan reprobable como el que habían tenido Valhan y los aliados. La guerra se había extendido por todas partes. Los mundos atacaban a sus vecinos. Los hechiceros intentaban agrandar sus imperios. Cada vez más mundos quedaban despojados de magia.

Mientras Zeke metía ropa y otras pertenencias en un saco de cualquier manera, se preguntaba si la destrucción de los insectos de guerra complacería o disgustaría a su hermana.

«Se alegrará de que colabore con Tyen, el antiguo líder de los rebeldes. A menos que fuera de verdad un espía. —Zeke hizo una pausa—. De ser así, ¿me importaría mucho? —Con un gesto de indiferencia, levantó el saco, crispando el rostro por el peso. A continuación, metió la mano y extrajo algunos objetos que tiró sobre la cama sin hacer—. No lo sé. Supongo que ya lo averiguaré». Se echó el saco al hombro, recorrió la habitación con la vista y asintió.

—Estoy listo para partir.

«Un puñado de herramientas de buena calidad, algunos regalos de su hermana y unas pocas prendas cómodas —pensó Tyen, recordando la minuciosidad con que había preparado su bolsa antes de marcharse de Liftre—. Ya sabe qué es lo que más valora». Le tendió la mano. Sonriendo de oreja a oreja, Zeke la tomó. Tyen se impulsó hacia el espacio intermedio y emprendió el viaje de regreso al sótano que albergaba su taller.

—Estás bien instalado aquí.

Tyen dejó de escribir y, al alzar la vista, vio a Zeke bajando las escaleras del sótano. El joven miró hacia arriba en un gesto significativo.

—Sí —convino Tyen—. Un... patrocinador, por así llamarlo, encontró este sitio para mí.

Zeke enarcó las cejas.

—¿Está costearo parte de esto?

—Casi todo. —Tyen frunció el ceño al percatarse de que eso no era exacto—. En realidad, todo.

—¿Tiene un interés especial en tu experimento?

—Sí, y me apoya en mi intención de lidiar con los insectoides. —Al cabo de unos instantes, agregó—: Perdona. Debería habértelo comentado antes. ¿Te parece bien? Si en algún momento te sientes incómodo con nuestro acuerdo, puedo llevarte de vuelta.

—Supongo que... —Zeke se acercó a las mesas sobre las que se encontraban los insectoides de guerra—. Simplemente me alegro de haberme marchado de Liftre. Cualquiera que desee deshacerse de los insectoides de guerra cuenta con mi absoluta aprobación.

Tyen reprimió una mueca de inquietud. En cuanto habían llegado la noche anterior, se le habían pasado por la cabeza todas las maneras en que la situación podía torcerse. ¿Y si Zeke se enteraba de algo que Dahli no quería que se supiera? ¿Mataría al joven inventor?

Zeke estaba examinando el cuaderno grande que Tyen había dejado a su disposición, echando un vistazo a los esquemas y las observaciones de las primeras páginas.

—¿Necesitas que sea así de minucioso?

Tyen reflexionó sobre ello.

—¿Tú qué opinas?

—No suelo tomar apuntes. Guardo todo lo importante aquí. —Zeke se dio unos golpecitos en la frente con el dedo—. Por otro lado, nunca había colaborado con nadie. —Tras echar otra ojeada rápida al contenido de las mesas, se fijó en los estantes que rodeaban a Tyen, cargados con una extraña mezcla de herramientas y materiales—. ¿Puedo preguntarte en qué estás trabajando?

—Busco una forma de transferir la mente de una persona a otro cuerpo —respondió Tyen.

A Zeke se le desorbitaron los ojos.

—Vaya. Eso es muy... ambicioso. Una cuestión más biológica que mecánica. ¿Es el nuevo rumbo que han tomado tus intereses?

—En parte, sí. Pasé un tiempo en Faurio estudiando para convertirme en sanador, pero no se me daba muy bien. Supongo que esta es otra manera de aplicar lo que aprendí.

Zeke se dirigió hacia los estantes y examinó lo que contenían.

—¿No has empezado todavía?

—Solo si barajar teorías cuenta como comienzo.

El joven soltó una risita.

—Para mí, sí. ¿Trabajarás en el destructor de insectoides? Hmm. Necesitamos dar con un buen nombre. ¿El aplastainsectos? ¿El cazabichos? ¿El neutralizador?

—«Neutralizador» me parece menos fantasioso y, por tanto, más fácil de tomar en serio. Trabajaré contigo cuando pueda —contestó Tyen—. ¿Se te ha ocurrido alguna idea?

—Algunas. Todo depende de lo que pretendas conseguir. —Zeke cogió un taburete, lo llevó al otro lado de la mesa y se sentó—. ¿Cuál sería el resultado ideal que podríamos obtener?

—Que todos los insectoides de guerra quedaran destruidos y nadie volviera a fabricarlos.

Zeke asintió.

—Llámoslos «máquinas de guerra». Por lo que he oído, en la actualidad no todos tienen forma de insecto.

—De acuerdo.

—Puesto que hay máquinas de guerra en muchos mundos, los neutralizadores deberán moverse entre mundos también —prosiguió Zeke—. Para ello necesitarán ayuda humana... a menos que los construyamos de modo que puedan transportarse ellos mismos entre mundos, ¿no?

Tyen frunció el ceño.

—Si los neutralizadores pueden viajar entre los mundos por sí solos, los creadores de máquinas de guerra verán que es posible dotar a sus aparatos de esta capacidad.

—Qué idea tan inquietante.

—Pero no estoy seguro de que sea posible.

—Si no lo sabes tú...

—¿Por qué habría de saberlo?

—Nadie pensaba que las máquinas pudieran funcionar con magia hasta que apareciste tú. Sin duda conocerás las limitaciones de lo que pueden hacer con ella.

—No tenía motivos ni tiempo para investigarlo —reconoció Tyen.

Zeke apoyó las manos en la mesa.

—Pues si no lo investigamos nosotros, ten por seguro que los fabricantes de máquinas de guerra acabarán por descubrirlo por su cuenta. Si no sé qué son capaces de conseguir, no podré contrarrestarlo.

—Tal vez será mejor que no tomes apuntes —suspiró Tyen—, por si descubres algo que no nos interese que averigüe nadie más.

Zeke se dio unos golpecitos en la sien.

—Sí, a veces conviene guardar la información aquí. Por el momento, los neutralizadores no deben ser capaces de hacer nada que no hayamos visto hacer a las máquinas de guerra. Tendrás que reclutar a un puñado de personas bienintencionadas para que se las entreguen a sus destinatarios, aunque dudo que eso te resulte difícil. De hecho, creo que muchos estarían dispuestos a hacerlo con tal de parar los pies a sus enemigos, siempre y cuando no tengan máquinas de guerra ellos mismos. —Se quedó callado un momento—. ¿Aún conservas tu primer insectoide?

Tyen pestañeó, sorprendido por la pregunta.

—Sí.

—Bicho, se llamaba, ¿no? —Zeke sonrió—. Un nombre sencillo pero elegante.

—Lo he modificado bastante desde entonces.

—No lo habrás convertido en una máquina de guerra, ¿verdad?

—Claro que no. Aunque le he añadido características defensivas para que pueda proteger mis cosas.

—No queremos que nuestros neutralizadores lo ataquen. —Zeke sacudió la cabeza—. Resultará muy complicado crear una máquina que pueda decidir qué debe destruir y qué no.

—¿Tiene que tratarse de una máquina?

—Sí —respondió Zeke con expresión ceñuda—. ¿No era eso lo que querías? Construir máquinas es mi especialidad. ¿Por qué ibas a contratarme, si no?

Tyen se encogió de hombros.

—El problema es de índole mecánica, pero la solución no tiene por qué serlo. Hay que mantener la mente abierta. Tal vez una solución humana sea lo mejor.

—Si los humanos fueran capaces de rastrear y destruir todas y cada una de las máquinas de guerra, los restauradores ya lo habrían hecho.

—No necesariamente. Tal vez estén demasiado ocupados lidiando con problemas humanos.

Zeke arrugó el entrecejo.

—Las máquinas de guerra son, en esencia, un problema humano. No se crean a sí mismas. Por el momento.

—¿Crees que se podrían construir de modo que pudieran reproducirse?

—Si tuvieran acceso a materiales y la capacidad de fabricar componentes... sí.

Tyen se estremeció al imaginar los mundos infestados de máquinas de guerra. ¿Contemplaba Valhan esta posibilidad cuando predijo que Bicho encarnaba el futuro? «Su futuro, puesto que planeaba resucitar y recuperar el dominio sobre los mundos». Los dos futuros imaginados se combinaron en su mente, formando la terrorífica imagen de un Valhan insectoide.



Cuando un escalofrío le bajó por el espinazo, enderezó la espalda. ¿Qué había dicho Zeke? «Por lo que he oído, en la actualidad no todos tienen forma de insecto». ¿Y si se habían creado máquinas con apariencia humana?

Seguramente no era a eso a lo que se refería Valhan, pero planteaba una posibilidad muy interesante. Un humano mecánico cobró forma en la imaginación de Tyen. Se transformó en la pavorosa imagen de una persona metálica y reluciente con la mirada antigua y calculadora de Valhan, pero Tyen la ahuyentó de su mente y en vez de ella se representó una figura femenina, hermosa y mucho menos aterradora: Vella.

¿Era posible dotarla de un cuerpo mecánico, susceptible de repararse y modificarse? No era exactamente lo que había proyectado para ella, pero se trataba de una idea digna de explorar si sus intentos de restaurar su cuerpo fracasaban. El mayor reto residiría en transferir el inmenso acervo de conocimientos de sus páginas a la máquina. «No —se corrigió—. Lo más difícil sería suplir las partes de su mente que faltan, como la capacidad de experimentar emociones».

—¿Tyen?

—Ah, perdona —murmuró Tyen, y volvió su atención al inventor.

Zeke, con los ojos muy abiertos, señalaba algún punto situado detrás de Tyen. Al volverse, este contuvo la respiración cuando reconoció la figura que se tornaba cada vez más nítida y sólida.

«Dahli».

El corazón se le desbocó de inmediato. A Zeke le iría muy mal si reconocía a Dahli y rehusaba trabajar para el amigo más leal del Raen, o si resultaba estar equivocado sobre la exigüidad de sus poderes y conseguía leerle la mente a Dahli.

Tyen se levantó y le hizo señas a Zeke para que se acercara.

—Es nuestro patrocinador.

—Ah —se limitó a contestar el joven mientras se situaba al lado de Tyen. Aún no había reconocido a Dahli...

Este, sin embargo, lo observaba con aire pensativo. Tyen supo el momento exacto en que el hombre se materializó, porque de pronto fue capaz de percibir los pensamientos que acompañaban la expresión.

«... muy atractivo —se decía Dahli—. Y no tiene idea de quién soy, pues de lo contrario no me miraría con ese descaro, pensando lo que está pensando».

«... ojalá no me equivoque respecto a Tyen, porque eso significaría un hombre guapo más con el que competir para tener alguna posibilidad de conquistar a este...».

Tyen contuvo el impulso de sonreír y dejó de leerles la mente.

—Este es Zeke, el mejor inventor de Liftre y exalumno mío. —Abrió la boca para presentar a Dahli, pero cambió de idea. Aunque Zeke no identificara a Dahli, tal vez reconociera su nombre.

Dahli habló.

—Me llamo Dahli.

Disimulando la sorpresa, Tyen le exploró la mente a Zeke. Al joven inventor no parecía resultarle familiar el nombre. Ejecutó una reverencia.

—Es un honor conocerte, Dahli.

—El honor es mío —respondió el otro. Se volvió hacia Tyen—. Has conseguido un ayudante; yo, un voluntario.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Tyen.

—¿Dónde?

—No muy lejos. Te llevaré allí ahora mismo.

Tyen se volvió hacia Zeke.

—¿Necesitas algo?

El joven consiguió despegar los ojos de Dahli y sacudió la cabeza.

—Volveré... Para serte sincero, no sé cuándo, pero dudo que tarde más de un día; a lo sumo, dos —le aseguró Tyen.

Zeke se encogió de hombros.

—Estaré bien.

Tyen se acercó a Dahli, que lo tomó del brazo. Zeke y el sótano se fundieron en el blancor cuando Dahli se impulsó para apartarse del mundo. Antes de que empezaran a trabajar juntos, Tyen solo había viajado con Dahli en una ocasión, cuando este lo había llevado a la cámara de hielo donde yacía Qall, listo para que le trasplantaran los recuerdos de Valhan. Ni en aquel momento ni ahora le gustaba estar bajo el control de otro, aunque sabía que, al ser un hechicero más poderoso, podría soltarse con facilidad de Dahli.

«Tal vez sea porque no me fío de él. Sé que haría cualquier cosa, por muy inmoral que fuera, para traer de vuelta a Valhan. Aunque respeto su lealtad, saber de lo que es capaz hace que me intranquilece su presencia». No obstante, sí confiaba en que Dahli no actuaría contra él mientras los objetivos de ambos coincidiesen.

Varios mundos aparecieron y desaparecieron. Tyen los contaba y se fijaba en algunos detalles de cada uno por si tenía que regresar solo. Cuando por fin se detuvieron, más de treinta mundos mediaban entre el sótano y él. Se encontraban a gran altura, en el interior de un gigantesco cráter. El aire apestaba a azufre. Varias terrazas formaban un arco enorme a cada lado hasta perderse detrás de una columna de vapor que se elevaba de algún lugar situado entre las más bajas.

«Es un volcán activo —comprendió Tyen, horrorizado—. Estamos dentro del cráter de un descomunal volcán que puede entrar en erupción en cualquier momento».

El lugar de llegada era una superficie plana excavada en la roca negra. Una ciudad construida con el mismo tipo de piedra se extendía en torno a ellos. A corta distancia, dos grupos de cuatro hombres los observaban con expectación. Su pálida piel dejaba traslucir las venas y arterias. Entre cada pareja había una silla sostenida por dos varas.

—Uf —resopló Dahli—. Detesto que me lleven en andas. Es un transporte tan lento e incómodo...

Seguía aferrándole el brazo a Tyen. La ciudad escalonada se desvaneció ligeramente y, acto seguido, se desdibujó cuando Dahli se alejó deslizándose del lugar de llegada y abrió un camino por las calles antes de regresar al mundo delante de un gran edificio de piedra.

—¿Por qué viniste aquí a buscar un voluntario? —preguntó Tyen cuando pudo respirar de nuevo.

Dahli se encogió de hombros.

—Hay magia en abundancia.

Tyen se percató de que era cierto cuando prestó atención al mundo. La magia subía a raudales desde los niveles inferiores de la ciudad. Lleno de curiosidad, buscó la mente de algún habitante, con la esperanza de averiguar qué estaban creando para generar tanta magia, pero antes de que encontrara una, Dahli le soltó el brazo y dio unos pasos al frente. La puerta del edificio estaba abierta y un criado había salido para invitarlos a entrar.

El interior era un despliegue de opulencia. Su voluntario debía de ser rico, o bien amigo de alguien con mucho dinero. Cuando el sirviente los guio a una estancia cercana, se confirmó lo primero. El hombre que los esperaba llevaba una suntuosa toga con ricos bordados en hilo de oro. La servidumbre permanecía pendiente en torno a él, preparada para atender sus necesidades.

—Tienes ante ti a Pieh, patriarca de los rivu —dijo Dahli después de presentar a Tyen.

Tyen advirtió que era un hombre de edad muy avanzada. Padecía las dolencias habituales entre los ancianos, algunas de ellas graves. Aunque mantenía la mente lúcida, sufría dolores constantes. Si bien veía con escepticismo la propuesta de Dahli de copiar su mente en un cuerpo nuevo, pensaba que no perdía nada con probar.

«Ya no seré yo —se dijo el hombre—. Otra persona se convertirá en mí. —Pero no le importaba. Estaba muriéndose de todos modos y no tenía herederos—. ¿Qué mejor candidato para heredar mi fortuna y mi poder que otro yo? —Su única condición era que Dahli no llevara allí al nuevo Pieh hasta que el viejo hubiera muerto».

—¿Empezamos ya? —preguntó Dahli.

—No hay razón para esperar. —Pieh miró a Tyen—. ¿Estás listo?

Tyen asintió.

—Esto puede llevar un buen rato, así que le aconsejo que se ponga lo más cómodo posible. —El anciano se acercó a una butaca grande y mullida. Tras echar un vistazo alrededor, Tyen empujó con magia dos sillas más pequeñas hasta colocar una a cada lado del hombre. Dahli se sentó en una y Tyen en la otra—. Deme la mano —indicó.

El viejo lo observó un momento antes de extender el brazo. Tyen tomó la mano marchita entre las suyas, cerró los ojos y se sumió en el estado mental que le permitía percibir la pauta de su propio cuerpo. Lo consiguió con más facilidad de lo que esperaba, aunque no hacía mucho que había aprendido a cambiar las pautas.

Se planteó en qué parte del cuerpo grabaría los recuerdos del hombre. Debía ser algo fácil de amputar y que el anciano no fuera a echar mucho en falta. Eligió el meñique de la mano izquierda. Había que prepararlo. Se había propuesto aprender a hacer esto basándose en las notas de Valhan, pero la información insuficiente que contenían lo había obligado a consultar a Vella. Le parecía una falta de tacto preguntarle cómo la habían creado, sobre todo cuando él sabía que había sido una experiencia terrible, pero ella le recordó que no podía sentir emociones y a continuación le refirió los detalles con una naturalidad que a Tyen le había resultado muy útil y a la vez había reavivado su rabia contra Roporien por lo que le hizo.

La carne en la que se almacenaría la pauta de los recuerdos debía desecarse para que se conservara mejor. Había que extraer el agua mientras se grababan los recuerdos. Podía añadirse información adicional después, pero era más complicado. Los recuerdos del sujeto se impresionaban en la carne desecada de manera muy parecida a como se moldeaba la arcilla, pero a una escala minúscula. La vida entera de una persona podía grabarse en unas pocas páginas de Vella. Valhan había decidido también que los recuerdos se copiaran varias veces, por si el cuerpo conservado sufría algún daño.

No quedaba claro por qué Valhan había optado por utilizar una mano entera. Tyen se preguntaba si fue porque quería conservar su pauta física además de su memoria, aunque, por lo que él sabía, la pauta entera de un cuerpo humano estaba contenida en cada célula de su cuerpo, así que la mano podía constituir un excelente registro. Tal vez la explicación era simplemente que los recuerdos de alguien con una edad de mil ciclos requerían más carne para almacenarse. Por otro lado, Vella contenía los recuerdos de muchos miles de personas, y aun así le sobraba espacio.

Tyen contempló la punta del meñique de Pieh. Ni siquiera Vella le había explicado con claridad cómo copiar recuerdos en él. Le había dado a entender que el método le parecería evidente en cuanto dispusiera de una memoria que copiar. Solo había una forma de averiguarlo.

Para centrar su mente, expandió y aguzó sus sentidos cambiando la pauta de su propio cuerpo. La carne desarrolló una pauta que fue capaz de comprender. Después de bloquear las vías del dolor y las sensaciones en el dedo de Pieh, lo que le arrancó un gruñido de sorpresa, hurgó en sus recuerdos. Examinó el cerebro, ignorando los pensamientos que el viejo tenía en ese momento, y buscó la manifestación física de los recuerdos mientras afinaba la capacidad de su mente para percibir detalles.

Tras concentrarse durante largo rato, empezó a vislumbrarlos: sacudidas de energía que discurrían veloces como el rayo por vías similares a las del dolor y las sensaciones, que desencadenaban reacciones allí donde se habían establecido

conexiones antes. Tyen descubrió que los recuerdos no eran muy diferentes de los caminos que comunicaban los mundos entre sí. Cuanto más se usaban, más duraderos y definidos se tornaban; cuanto menos se utilizaban, más deprisa se borraban. Algunos eran resistentes desde el momento en que se creaban, por lo que tardaban más en envejecer. Tyen vio atajos y alteraciones, vestigios tal vez de detalles olvidados o corregidos. Quizá incluso distorsionados. Tenía claro cómo bloquearlos, pero no cómo afectaría eso al funcionamiento de la mente del sujeto.

Ahora que había encontrado una manera de concebir los recuerdos de Pieh como una estructura física, podía duplicarlos. Cuando Rielle accedió a la memoria de Valhan con el fin de resucitarlo, manipuló la magia para formar una pauta compleja. Tyen supuso que tendría que hacer lo mismo antes de impresionar la pauta en la carne del dedo de Pieh. Sin embargo, llevar a cabo este proceso para una persona entera requeriría una gran cantidad de magia, lo que debilitaría en gran medida ese mundo. Abrió los ojos y miró a Dahli.

—Puedo hacerlo, pero debemos trasladarnos a un mundo deshabitado y rico en magia.

Dahli negó con la cabeza, pero fue Pieh quien respondió.

—Este se recuperará.

Tyen fijó la vista en el hombre y le leyó la mente. Dahli ya le había explicado que el procedimiento consumiría buena parte de la energía de su mundo. Al viejo le daba igual. Alegaba que los trabajadores de los Anillos Inferiores acabarían por reponer la magia que se perdiera.

—La decisión le corresponde a él —aseveró Dahli.

Tyen desplazó la mirada del uno al otro, se encogió de hombros y cerró de nuevo los ojos. Tras absorber magia de los confines más alejados de la ciudad, se puso manos a la obra.

Se concentró en un recuerdo y duplicó su pauta en la magia que lo rodeaba antes de pasar al siguiente. No intentó leer y escribir los recuerdos a la vez. Las instrucciones que Dahli le había dado a Rielle para la resurrección fallida del Raen especificaban que primero debía copiar los recuerdos en la magia y luego grabarlos en el muchacho.

Tyen se abstraía en la tarea hasta perder la noción del tiempo. Cuando por fin hubo escrito todos los recuerdos de Pieh en la magia, no tenía ni idea de si habían transcurrido horas o solo minutos. No se detuvo ni un momento a descansar. Retener la pauta requería concentración, y temía perderla en parte o en su totalidad si se distraía. Focalizando su atención en el dedo del hombre, empezó a modificar su composición y su pauta, poco a poco, para grabar la gigantesca maraña de vías complejas escritas en la magia.

Le llevó el mismo tiempo que registrar la pauta en la magia. Una vez que terminó, comprobó que el dedo estuviera desprovisto por completo de humedad y que ningún

otro factor pusiera en peligro su estado de conservación. Acto seguido, cortó el meñique de Pieh y se apresuró a sanar la herida en la mano.

Soltando un chillido de sorpresa, el hombre retiró con brusquedad la mano.

—Pero ¿qué has hecho?

Tyen miró a Dahli.

—¿Es que no se lo dijiste?

—No... —Dahli se volvió hacia Pieh—. ¿Quiere que se lo reimplante?

El anciano contempló el dedo marchito que Tyen sostenía en la palma y sacudió la cabeza.

—Ya está hecho.

—Puedo hacer que le salga otro...

«No —pensó Dahli, clavando en él los ojos—. Si ve que eres capaz de conseguir que le crezca un dedo nuevo, comprenderá que puedes sanarlo y rejuvenecerlo, y ya no nos servirá para nada».

Tyen bajó la vista hacia el dedo. Conteniendo un estremecimiento, cerró la mano sobre él y se puso de pie.

—Gracias —le dijo a Pieh—. Cuidaré muy bien de esto.

La expresión del viejo se suavizó un poco. No despegó la mirada de Tyen mientras Dahli le daba las gracias y se despedía de él, recordándole que era la primera vez que intentaban copiar una mente en el cuerpo de otra persona y por tanto no podían ofrecerle garantías de éxito. Mientras un sirviente los acompañaba a la puerta, Tyen se guardó el dedo en un bolsillo.

Había completado la primera parte de una resurrección. Sin embargo, sospechaba que resultaría ser la más fácil.

—Tyen.

Al alzar la mirada, Tyen vio que Zeke se hallaba de pie junto a él, sosteniendo una bandeja. El olor a pan recién horneado y salsas con muchas especias lo golpeó como una ráfaga de viento, y le gruñeron las tripas.

—Tenías la mente en otra parte —señaló Zeke, sonriendo mientras buscaba un espacio despejado en una mesa.

—Es verdad —reconoció Tyen. Tras coger una caja con componentes y depositarla en el suelo, arrimó su silla mientras Zeke colocaba la bandeja en el hueco vacío. Nunca había estado tan abismado en una creación desde la última vez que había trabajado en un insectoide, en su casa de Doum. Tenía la sensación de que esto había ocurrido hacía una eternidad. Se preguntó si alguien se había llevado el juguete inacabado antes de que destruyeran la casa.

Cogió un pan redondo, arrancó un trozo y lo mojó en una de las salsas. Mientras comía, repasó lo que había hecho hasta el momento. Había construido la mayor parte del cuerpo humanoide artificial, pero faltaban el cerebro y una versión mecánica de casi todos los órganos internos. Para empezar, había conseguido un esqueleto humano para reproducirlo, y había procedido a dar forma a los huesos y las articulaciones de metal. A continuación, había examinado su propio cuerpo con el fin de determinar dónde se sujetaban los músculos y los ligamentos, y había buscado equivalentes mecánicos para cada uno. Ahora estaba fabricando un sistema de control con tubos y alambres que se unían al pulido pero vacío cráneo del humanoide.

—Estás realizando progresos —comentó Zeke.

Tyen sacudió la cabeza.

—No he hecho más que empezar.

Tarde o temprano tendría que decidir qué material utilizaría para la piel, pero el mayor reto sería el cerebro; crear un almacenamiento de memoria y un sistema de retroalimentación mucho más grandes que los de un insectoide pero que cupieran en un espacio tan reducido.

El almacenamiento de la magia no representaba tanta dificultad, pues disponía de buena parte del pecho para alojarlo. Algunos metales, cuando se preparaban de forma correcta, absorbían magia. Los científicos de la célebre academia de Belton, en su mundo, no entendían del todo por qué se producía este fenómeno. La magia calentaba y hacía vibrar el metal sometido a una preparación especial; luego se convertía en alambres que conducían la energía o en bobinas que formaban un circuito aislado

donde se almacenaba una pequeña cantidad de energía y vibraciones durante un breve período.

En las máquinas grandes de su mundo natal, el calor generado mágicamente se empleaba para hervir agua y producir el vapor que impulsaba los pistones. En los insectoides, el calor y las vibraciones accionaban palancas o hacían girar ruedas dentadas. Una orden simple como «Bicho, vuela en círculo» ponía en marcha numerosos de estos mecanismos: primero los sensores que captaban e interpretaban sonidos y transmitían energía a las alas, además de una serie de sistemas que reconocían obstáculos y controlaban la dirección para esquivarlos. Resultaba tan complicado que los inventores de su mundo habían tardado siglos en perfeccionar la magia mecánica hasta ese punto..., y él había tardado unos años en descubrir cómo adaptarla para incorporarla a los insectoides.

En comparación con Bicho, el humanoide era mil veces más complejo. Tyen tendría que encontrar un modo de reducir el tamaño de los componentes, o el almacenamiento de memoria de Vella sería tan grande como una casa. Tal vez le llevara muchos ciclos, o incluso decenas de ciclos, solucionar todas estas dificultades. Por fortuna, ahora podía permitirse invertir en ello cientos de ciclos en caso necesario.

Sin embargo, no se trataba de una tarea urgente, y le convenía más echar una mano a Zeke. Se volvió hacia él.

—¿Cómo va tu trabajo? ¿Necesitas algo?

Zeke terminó de masticar y tragó.

—No me vendría mal tener más máquinas de guerra que examinar.

Tyen asintió.

—Preguntaré a mi fuente si ha capturado más. ¿Se te ha ocurrido alguna idea sobre cómo destruirlas?

—Unas cuantas, pero todo depende de si nuestro objetivo son todas las máquinas o solo las de guerra.

—Preferiblemente solo las de guerra. Sería una lástima eliminar las máquinas que benefician y ayudan a la gente.

—Y además me quedaría sin trabajo —agregó Zeke.

—Hay otras formas de ganarse la vida —aseguró Tyen—, mágicas o de otro tipo. Siempre creí que sería operario de máquinas, un trabajo muy pesado que en mi mundo estaba mal pagado.

«¿Funcionarán todavía todas las máquinas de mi mundo?», se preguntó Tyen. Once ciclos atrás, la magia estaba agotándose allí porque las máquinas gastaban más energía de la que generaban. La idea de que la creatividad producía magia se consideraba una superstición, y como las máquinas fabricaban muchos objetos que antes se hacían a mano, había menos personas generándola.

—Aniquilar todas las máquinas sería más sencillo, pero si pasamos por alto alguna, incluidos los neutralizadores, la gente descubrirá de nuevo cómo construir



artilugios de guerra —observó Zeke.

—Tendríamos que suprimir también todos los conocimientos sobre magia mecánica. Incluso el concepto en sí.

—¿Eso es posible?

—No. —Tyen frunció el ceño—. A menos que encontráramos una manera de conseguir que los neutralizadores le borrarán la memoria a la gente... y que además viajaran entre mundos tan deprisa como los hechiceros.

A Zeke se le desorbitaron los ojos.

—¿Borrar...? ¿Se puede borrar la memoria de una persona? —Entornó los párpados—. No me la habrás borrado a mí, ¿verdad?

—No —lo tranquilizó Tyen. «Pero Dahli tal vez sí»—. ¿Tienes lagunas sospechosas en tu memoria?

—No. —El joven soltó el aire que había estado conteniendo—. Prométeme que intentarás que no me entere si tienes que suprimir algo de mi mente más adelante. La idea de que alguien manipule mis recuerdos me provoca escalofríos.

La petición le arrancó una sonrisa a Tyen.

—Te lo prometo.

—Bien. —Zeke despachó el resto de su comida con unos bocados rápidos—. *Seá mejó que nueva al tabajo* —dijo con la boca aún llena. Tras servirse un vaso del brebaje de hierbas ligeramente alcohólico que se destilaba en aquel mundo, se lo llevó a su mesa.

Tyen se llenó también el vaso y bebió despacio, contemplando a su humanoide. Si erradicar todos los mecanismos alimentados por magia junto con todos los conocimientos sobre magia mecánica no solo fuera posible, sino la única manera de inutilizar las máquinas de guerra, ¿lo haría? El humanoide quedaría destruido también. El único cuerpo alternativo para Vella del que disponía desaparecería para siempre. Y Bicho también.

No habían explorado otras alternativas. Dirigió la vista hacia Zeke.

—Si no conseguimos eliminar todos los conocimientos sobre magia mecánica, ¿cómo nos desharemos de las máquinas de guerra?

—¿Difundiendo los conocimientos sobre cómo neutralizarlas? —aventuró Zeke desde el otro extremo de la habitación—. Es decir, en cuanto lo descubramos. Los belicistas aprovecharán esa información para vencer a las máquinas de guerra de sus enemigos, claro. A lo mejor nos hacen el favor de destruirlas todas.

—Dotarán a sus máquinas de sistemas para defenderse de ello. Tal vez todo degeneraría en una guerra de adaptación. —Tyen tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Quizá sea mejor no revelar el secreto para neutralizar artilugios de guerra y asegurarnos de que los neutralizadores se autodestruyan una vez cumplida su misión, o si alguien intenta manipularlos.

—Eso parece factible. —Zeke se levantó y se acercó de nuevo a Tyen—. Nuestro patrocinador ha vuelto.

Tyen siguió la dirección de su mirada. Una sombra de estatura familiar estaba oscureciéndose y cobrando nitidez, pero era una forma extraña. Conforme se volvía más definida, Tyen advirtió que Dahli llevaba a una persona en brazos. Un hombre pálido, con el cuerpo laxo. El corazón le dio un vuelco.

«Es hora de centrarme en la verdadera razón por la que estoy aquí», se dijo.

Cuando Dahli se materializó, dio unos pasos hacia la mesa más próxima y tendió sobre ella al hombre inconsciente. Se enderezó y miró a Tyen.

—Tu recipiente.

«Inconsciente, no —rectificó Tyen al ver los ojos vidriosos del hombre—. Muerto. Y desde hace poco rato, a juzgar por el color que aún conservan los labios y las yemas de los dedos». El cadáver tenía unas manchas rojizas en el rostro, y el cabello de la sien apelmazado por la sangre.

—Está dañado.

Dahli se encogió de hombros.

—Si quieres a alguien joven que no haya muerto por enfermedad, lo más probable es que haya perecido a causa de la violencia.

No le faltaba razón. Tyen se acercó y examinó el cuerpo. Tendría que actuar con rapidez si quería que fuera un recipiente viable para los recuerdos de Pieh. Tras retirar de un armario la caja que contenía la punta del meñique de Pieh, la colocó junto al muerto.

—¿Quién es? —preguntó Zeke con un deje de desconfianza en la voz mientras contemplaba el cadáver.

—Un mendigo —respondió Dahli—. Le han pegado una paliza y lo han dejado tirado, moribundo. —Se volvió hacia Tyen—. Si necesitas más magia de la que ofrece este mundo, avísame.

Tyen hizo un gesto afirmativo. Cuando Dahli se apartó, diciéndole algo a Zeke, Tyen los ignoró a ambos y se sentó en una silla junto a la mesa. Aunque sanar al mendigo era algo al alcance de los conocimientos de Dahli, que incluso podía acometer la tarea de adaptar la pauta del cuerpo a la de Pieh, Tyen le había dicho que quería ocuparse de todas las fases de la resurrección para tener una noción exacta de en qué había consistido cada paso. Si quería retrasar al máximo el retorno del Raen para darle a Rielle la oportunidad de encontrar un lugar seguro donde vivir, controlar todas las etapas del proceso le sería útil.

Cerró los ojos y buscó el estado mental que necesitaba para efectuar el cambio de pauta. Lo alcanzó con facilidad —cada vez que ponía en práctica la técnica tardaba menos— y al poco rato estaba reparando los daños que presentaba el cadáver. Las heridas del hombre eran peores de lo que parecían. Tenía algunas costillas rotas, y una de ellas le había perforado el pulmón. Lo habían rematado con un golpe en la nuca. Eso significaba daños cerebrales. Tyen había albergado la esperanza de no tener que trabajar en un cerebro hasta que estuviera en condiciones de transferir los recuerdos.

Lo más urgente era restaurar la circulación en el cerebro, pero no serviría de nada si al bombear la sangre esta se derramaba por las heridas. Tyen se concentró primero en el pulmón perforado, retiró la costilla y cerró el agujero. Una vez sanado, persuadió al corazón y los pulmones para que reanudaran sus funciones. Al cabo de un momento apenas daba abasto para curar las heridas de la cabeza y soldar las costillas. Reparar el cráneo fue bastante sencillo, pero en cuanto procedió a sanar el cerebro, este empezó a despertar, y se activaron fragmentos de pensamientos y recuerdos.

Valhan había tomado notas sobre los tipos de recuerdos que había eliminado o bloqueado en sus sujetos de prueba, pero no sobre la combinación definitiva que había utilizado con Qall. Como Tyen carecía de experiencia respecto a la supresión o el bloqueo de recuerdos y solo contaba con la descripción del procedimiento que le habían proporcionado Vella y Dahli, se detuvo a cavilar sobre qué hacer a continuación.

Decidió acallar todos los recuerdos que no fueran esenciales para el funcionamiento del organismo. Se concentró, y experimentó a la vez preocupación y alivio al descubrir numerosas zonas en blanco. Preocupación porque no sabía si esto implicaría el fracaso de la resurrección. Alivio porque si sus técnicas de sanación habían restaurado el cuerpo por completo, tendría que interrumpir el proceso y decirle a Dahli que devolviera al mendigo a su mundo. Debido al estado en el que se encontraba, constituía en esencia una versión rota e inviable de lo que había sido antes de morir. Tyen aún podía considerarlo «muerto» sin remedio.

Cayó en la cuenta de que eliminar recuerdos era como arrasar dibujos en la arena o borrar el rastro que uno dejaba al viajar entre mundos. Trabajó de forma lenta y meticulosa, y cuando concluyó que había terminado solo quedaban los recuerdos más simples: sentimientos y el conocimiento sobre el cuerpo físico.

Cuando por fin abrió los ojos, no podía calcular cuánto tiempo había pasado. Nada en la habitación indicaba qué hora era. Zeke y Dahli se hallaban de pie frente al humanoide. Al leerles la mente, Tyen vio que no había transcurrido mucho tiempo.

—... aun así, es bastante feo —comentaba Dahli.

Tyen sintió una ligera punzada de desilusión. Le exploró la mente a Dahli. Estaba contemplando la posibilidad de trasladar la mente de Valhan a la máquina. Le parecía una idea de mal gusto. «Me sorprende que pretenda utilizar esto con Vella —se dijo Dahli—. ¿No sería mejor que su gran amor dispusiera de un cuerpo auténtico y cálido?».

«¿Gran amor?». Tyen no sabía hasta ese momento que Dahli daba por sentado que su motivación para darle un cuerpo a Vella era el amor. «Aunque, en realidad, tal vez lo sea. No se trata de un amor romántico, como el que esperaba que surgiera entre Rielle y yo... —Cuando afloraron el arrepentimiento y el desencanto, sacudió la cabeza—. Olvídate de Rielle. Rielle ya no está». Ella tenía promesas que cumplir. Como proteger a Qall.

Cogió la caja que contenía la punta del dedo de Pieh. Había llegado el momento de comprobar si podía adaptar la pauta del cadáver a la del anciano. Absorbió más magia.

Esta tarea resultó más sencilla que la de borrar recuerdos, una vez que le cogió el truco. Era como sanar, pero en vez de valerse de la pauta del mendigo para reparar una parte dañada, impuso la pauta de Pieh sobre todo el cuerpo. Sin embargo, como estaba modificando la anatomía entera excepto la mente, necesitaría más magia y — al menos según su percepción— más tiempo. Empezó por los pies y subió poco a poco hasta la cabeza, notando cómo las partes originales del cuerpo se rebelaban contra las que habían cambiado hasta que las modificaba también.

Cuando llegó al cerebro se detuvo, recordando la descripción que aparecía en las notas de Valhan sobre cómo había adaptado la mente de un recipiente a la pauta del cerebro del sujeto creyendo que todos los recuerdos de este se grabarían en él, pero el experimento había fracasado. Había llegado a la conclusión de que los recuerdos del sujeto debían añadirse una vez cambiada la pauta del cerebro y borrada la memoria del recipiente.

Tyen comprendió que si no se apresuraba a modificar el cerebro del recipiente, este rechazaría el cuerpo. Trabajando con rapidez, lo adaptó a la pauta de Pieh y luego examinó el resultado. Había conseguido implantar una sombra de los recuerdos de Pieh, pero los restos de los recuerdos del mendigo permanecían allí. Se habían mezclado entre sí de forma desordenada. Tyen acalló con cuidado todos los recuerdos hasta que no quedó rastro de los de ninguno de los dos. Lleno de dudas, pero esperanzado, dejó el cuerpo sumido en un sueño profundo y volvió a cobrar conciencia de su entorno.

El mendigo había desaparecido y en su lugar yacía un anciano: Pieh, pero con una expresión incluso más vacía que la de una persona dormida.

Se le cayó el alma a los pies. Esto no complacería al viejo. Quería un heredero, no una réplica exacta de sí mismo. Tras absorber un poco más de magia, Tyen se puso manos a la obra de nuevo para reparar el deterioro debido a la vejez. Poco a poco, los huesos se hicieron más fuertes, la piel más tersa y los músculos más firmes. Cuando finalizó, el cuerpo que tenía ante sí no parecía mucho más viejo que el suyo propio, cabello cano al margen.

El trabajo estaba terminado por fin. Tyen miró alrededor. Zeke y Dahli seguían sentados donde antes, aunque se habían intercambiado el sitio. Había platos y vasos vacíos sobre una mesa cercana. Indicios de que había transcurrido más tiempo que antes.

Una carcajada de Dahli atrajo de nuevo su atención. Cayó en la cuenta de que nunca lo había oído reír, al menos sin un deje de humor negro o amargura. Zeke miró a Dahli de reojo y desvió la vista enseguida. Divertido, Tyen deseó poder ver la expresión de Dahli por sí mismo, y no a través de los ojos embelesados de Zeke. El

joven inventor estaba intentando decidir si la sonrisa de Dahli demostraba interés, o si él estaba tan deseoso de que así fuera que solo veía lo que quería.

«Si supiera a quién pertenece en realidad el corazón de Dahli, se ahorraría una enorme desilusión —pensó Tyen—. No puedo decirle que sigue enamorado del Raen, pero tal vez haya alguna manera de dárselo a entender. Dahli nunca albergará esa clase de sentimientos hacia él».

—He terminado —anunció, poniéndose de pie y desperezándose.

Dahli se volvió y desplazó la vista de Tyen al cuerpo antes de levantarse y acercarse con grandes zancadas para examinarlo. Zeke lo siguió con paso lento y, al llegar, abrió mucho los ojos.

—¡Lo has cambiado!

—Por completo, salvo por la mente.

—¿Ese es el siguiente paso? ¿Es lo que harás a continuación?

Tyen asintió.

—Aquí no —explicó Dahli—. Se requiere una gran cantidad de magia para copiar los recuerdos de una persona. La suficiente para despojar un mundo de toda su energía. —Se dirigió a Tyen—. ¿Cuándo quieres ponerte a ello?

«Debería retrasar la fase siguiente», pensó Tyen. No obstante, eso implicaría mantener dormido al doble de Pieh e idear un modo de alimentarlo. No se le ocurría una excusa lo bastante buena para tomarse esa molestia.

—Cuanto antes, mejor.

—En ese caso, más vale que partamos ya. Los mundos con magia suficiente para trasplantar recuerdos se vuelven más escasos conforme aumentan los hechiceros que intentan alcanzar la inmarcesibilidad. Si esperamos, tal vez el mundo que he encontrado esté vacío de energía cuando lleguemos.

Tras titubear unos instantes, Tyen asintió de mala gana.

—Vayamos, pues.

Dahli se volvió hacia Zeke e inclinó la cabeza.

—Ha sido un placer hablar contigo. —Agarró con una mano el tobillo del doble de Pieh, mientras sujetaba el brazo de Tyen con la otra.

Tyen se guardó el dedo en el bolsillo, se aferró a la esquina de la mesa por si esta no se desplazaba al espacio intermedio junto con el cuerpo y asintió en señal de que estaba listo.

Acto seguido, el sótano se fundió en la blancura.

Dahli siguió una ruta tortuosa, con muchas vueltas y retrocesos. Dos hechiceros viajando con una mesa ocupada por un hombre inconsciente debían de ofrecer una visión difícil de olvidar, así que se ceñía a los caminos poco transitados y los lugares de llegada deshabitados. Tyen centraba casi toda su atención en la réplica de Pieh, que no podía respirar hondo antes de cada trecho del viaje para evitar quedarse sin aire, y avisaba a Dahli cada vez que el cuerpo empezaba a asfixiarse.

De vez en cuando, Dahli pasaba con rapidez por una serie de mundos sin intentar ocultar su rastro y circulando por caminos muy frecuentados. Al final de la primera de estas carreras, cuando hicieron una parada para que el doble de Pieh pudiera respirar, Tyen le examinó la mente a Dahli a fin de averiguar el motivo.

Había grupos de mundos enzarzados en conflictos. Era muy posible que, si algún hechicero veía a Tyen y a Dahli, estuviera demasiado ocupado en las luchas locales para investigarlos, por lo que estos mundos constituían atajos útiles, aunque lúgubres. Una vez pasado el tercer grupo, Tyen leyó en la mente de Dahli que ya no realizarían más de estas travesías. Sin embargo, aún se encontraban lejos de su destino, por lo que no descansaron durante mucho rato.

Los labios y los dedos de la réplica de Pieh adquirieron un tono violáceo pese a las escalas que hacían para que tomara aliento. Aunque su pecho subía y bajaba con agitación cada vez que llegaban a un mundo, intentando absorber el aire de forma instintiva, no podía respirar hondo antes de abandonar cada mundo, por lo que se ahogaba poco a poco. Dahli, que también se había percatado de ello, tenía el entrecejo surcado por una arruga profunda. Aun así, no aminoró la marcha.

Había empezado a escrutar la blancura entre los mundos, por lo que Tyen aguzó los sentidos y de inmediato percibió lo que Dahli había vislumbrado: había otro hechicero en el espacio intermedio. Cuando, tres mundos más adelante, volvió a detectarlo, atrajo la mirada de Dahli e inclinó la cabeza en dirección a la sombra.

—¿Qué propones que hagamos? —preguntó en cuanto pararon en el mundo siguiente.

Dahli soltó el cuerpo y la mano de Tyen.

—Separarnos y reencontrarnos más tarde. Lee en mi mente la ruta y la ubicación.

Tyen se concentró y memorizó el recorrido que Dahli visualizó a toda prisa.

—¿Lo tienes? —preguntó este.

—Sí.

—Nos vemos allí.

—Buena suerte.

El hechicero no respondió, pues ya había empezado a desvanecerse. Sujetando el cuerpo con una mano y la mesa con la otra, Tyen se apartó del mundo y se alejó a toda velocidad. Aunque iba escudriñando el espacio intermedio, no avistó a otros magos, salvo en un caso: una presencia lejana y fugaz que se movía en la dirección opuesta.

Por fin arribó al mundo que Dahli había elegido para su experimento. El lugar de llegada era una superficie cóncava lisa y blanca, con entradas de túneles en los lados. El sol abrasador se reflejaba en el suelo y el aire tenía un sabor salado. Como no detectó mentes humanas en los alrededores, levantó la mesa con magia y la desplazó hasta uno de los túneles. Las paredes eran de un blanco sucio. Al examinarlas más de cerca descubrió que estaban talladas en sal.

Dirigió la mirada hacia el cuerpo y lo estudió con detenimiento. Como disponía de más tiempo para respirar, estaba recuperándose adecuadamente. Una vez convencido de que el doble de Pieh volvía a estar sano, se impulsó para apartarse ligeramente del mundo y se deslizó hacia arriba, a través de la tierra, y al llegar a la superficie se materializó de nuevo. En vez de seguir deslizándose para buscar la torre, se sentó sobre la mesa y la elevó en el aire.

La superficie cóncava blanca empequeñeció bajo sus pies. Aparecieron muchas más, cada una salpicada de bocas de túneles. En algunas zonas eran más pequeñas y planas; en otras, los lados se empinaban tanto que sobresalían del suelo e incluso empezaban a curvarse hacia dentro, de modo que el borde proyectaba sombra sobre el interior. Era como si muchísimas burbujas de aire se hubieran quedado congeladas a diferentes alturas en su ascenso hacia la superficie a través de la sal.

Siguiendo las instrucciones, Tyen aceleró, describiendo una espiral cada vez más amplia. Dahli había evocado la imagen de un templo con una torre blanca y un boquete enorme en un lado. En efecto, una construcción alta y estrecha apareció en el horizonte. Tyen impulsó la mesa hacia allí.

Cuando bajó la vista de nuevo divisó algo que se movía. Redujo la velocidad y observó con más detenimiento. Había gente caminando sobre una de las superficies cóncavas, entrando y saliendo de los túneles. Al proyectar los sentidos, descubrió que había centenares de mentes, quizá miles en un radio más amplio.

«¡Este mundo está poblado! ¡Dahli me ha mentido!».

Pero no era posible. Tyen lo habría detectado antes en sus pensamientos. «O ha borrado sus recuerdos sobre ello, o esta gente ha llegado aquí después de que él explorara este mundo. También puede que él no los considere habitantes».

Irritado e inquieto, prosiguió su avance hacia la torre. El terreno que la rodeaba estaba desierto, y las casas circundantes habían quedado reducidas a ruinas calcinadas. Entró en la torre por el agujero enorme y descendió hasta una espaciosa sala. Aunque resultaba evidente que en otro tiempo había estado repleta de columnas entrelazadas, la fuerza que había abierto la brecha en el costado de la torre había

hecho pedazos la mitad de ellas. Los escombros eran de un blanco reluciente: todo estaba hecho de sal allí también.

Tras comprobar que el doble de Pieh estaba ileso, inspeccionó las mentes de los vecinos del lugar. Saltando de una a otra descubrió que tenían una historia que se remontaba a miles de años atrás, por lo que no podían ser recién llegados. Sin embargo, no se trataba de un pueblo tecnológicamente avanzado. Sus conocimientos de metalurgia, muy elementales, los habían adquirido de otra raza que había subyugado ese mundo y les había impuesto la religión del templo cercano. A los dominadores los habían exterminado o expulsado hacía poco tiempo unos guerreros que afirmaban proceder de otros mundos.

La luz de la entrada parpadeó. Tyen percibió la mente de Dahli. Alzó la vista y frunció el entrecejo cuando este entró en la sala con paso decidido.

—Este no es un mundo despoblado —gruñó.

Dahli asintió.

—Sus habitantes no sabían hasta hace poco que existían otros mundos ni sentían el menor interés por explorarlos. Sus hechiceros son débiles y están mal entrenados. Apenas se darán cuenta cuando la magia de su mundo disminuya.

—Si la consumimos toda lo notarán. ¿Qué derecho tenemos a robarles la posibilidad de usarla?

Dahli cruzó los brazos, apretando los labios en un mohín irónico.

—¿Tenemos tiempo para discutir sobre esto?

Tyen miró el recipiente de Pieh. Su pecho subía y bajaba lentamente. Irguió la espalda.

—Debemos encontrar otro mundo. Uno que no esté ocupado.

Dahli soltó un breve resoplido.

—Los mundos deshabitados y ricos en magia siempre han sido escasos. Todos los que conocía han sido vaciados. —«Si tenemos que buscar un mundo idóneo cada vez que intentemos una resurrección, tardaremos cientos de ciclos en devolverle la vida al Raen —pensó Dahli—. Para eso, más vale que rompa el trato con Tyen y busque a alguien tan poderoso como él, pero menos escrupuloso. A la larga, tal vez me ahorraría tiempo».

Tyen se fijó en la réplica de Pieh. No iba a ganar aquella discusión. «Pero puedo asegurarme de dejar un poco de magia para los hechiceros locales».

—De acuerdo —dijo—. ¿Has acumulado energía suficiente para sacarnos a los dos de este mundo?

—Por supuesto.

—Entonces, ponte cómodo. No tengo idea de cuánto tiempo me llevará esto.

Dahli asintió.

—Montaré guardia.

La mesa del sótano parecía fuera de lugar en aquel templo. La colocó junto a un montón de mampuestos caídos y se sentó. Sacó el dedo de Pieh del bolsillo y lo



depositó junto al cuerpo.

Fijando los ojos en él, se esforzó para alcanzar un estado mental que le permitiera acceder a la información que llevaba grabada. Tomó un poco de magia del mundo para agudizar su mente y sus sentidos. Una pauta empezó a cobrar forma, pero no era la que buscaba, sino la del cuerpo de Pieh, repetida innumerables veces en su carne.

«No, ahora necesito la otra pauta —pensó—. La de los recuerdos». Se concentró más, y su conciencia alcanzó otro nivel. Surgieron marcas de otro tipo y, conforme su mente intentaba desentrañarlas, su significado se hizo más claro. Tyen vio la imagen de una joven vestida de gala, con una sonrisa cordial en los labios, no dirigida a él sino a Pieh, a quien le complacía que la esposa que su familia había elegido para él fuera guapa y además se sintiese intimidada por él. La esposa que le dio tres hijas y un hijo mimado y necio que se mató en su primera misión comercial. Esto le había producido más alivio que pesar a Pieh, aunque lo había dejado con un incómodo problema de herencia.

«No es un hombre especialmente agradable —pensó Tyen—. Pero no me hacía falta leer sus recuerdos para saberlo».

Se resignó a ver cada una de sus remembranzas —a revivir la existencia del anciano— con el fin de imprimirlas en el cuerpo. Para ello, antes tenía que grabarlas en magia. Después de respirar hondo, comenzó a atraer y moldear energía. Como no era obvio por dónde debía empezar, comenzó por el recuerdo de la boda y a partir de allí se dejó guiar por las conexiones. Era una labor lenta, pero cuando se acostumbró a ella se percató de que no le hacía falta ver todos los recuerdos para transferirlos a la magia. Su mente se adaptó al proceso, que se convirtió en un reflejo, y al poco rato estaba canalizando recuerdos a tal velocidad que le resultaban incomprensibles.

Al verse libre de las distracciones, tomó conciencia de la cantidad de magia que gastaba. Se encontraba ahora en medio de un vacío que se extendía más allá de las paredes del templo, y la ausencia de magia se le antojaba tan negra como los restos carbonizados de las casas que rodeaban la torre. Aunque la energía circundante fluía rápidamente para rellenar el hueco, estaba utilizando tanta que el vacío no dejaba de crecer.

¿Cuánto tardaría en extenderse hasta las zonas pobladas? ¿Cómo reaccionarían los hechiceros locales? «Espero que Dahli tenga razón respecto a su capacidad limitada —pensó—, o pronto recibiremos visitas furiosas». Si la gente del lugar no sabía viajar entre mundos, no llegarían al templo antes de que Tyen terminara. Estaban demasiado lejos.

Le costaría perdonarse por lo que estaba haciéndole a ese mundo. Era una ruindad más en su larga lista de mentiras y engaños. Por otro lado, le preocupaba que a Dahli se le acabaran los mundos poco poblados que vaciar y le exigiera que empezara a arruinar aquellos donde la gente vivía de la magia.

Ahora, en torno a él había una gran cantidad de magia moldeada para contener los recuerdos. Cuando toda la información almacenada en el dedo de Pieh quedó

transferida por fin a la magia, Tyen dirigió su atención a la mente del doble. No sabía muy bien por dónde empezar ni cómo proceder a imprimirla en la nueva mente, así que dedicó un rato a estudiar el cerebro. Poco a poco, afloró una intuición sobre dónde y cómo grabar los recuerdos. Como no había recuerdos equivalentes en el cerebro del doble que le indicaran dónde podrían encajar los nuevos, dejó que estos se impresionaran allí donde aparentemente quisieran estar. No se precipitó. Era su primer intento. Debía obrar con cuidado y aprender de sus observaciones.

La magia que había asumido la forma de recuerdos menguó de manera gradual hasta desaparecer. Una vez transferidas las últimas reminiscencias de Pieh, Tyen devolvió su atención al entorno. Dahli estaba sentado en otra silla vieja, junto a la puerta, con la mirada fija en un lugar remoto. Tyen comprobó, divertido, que había dirigido sus pensamientos hacia Zeke. Dahli había decidido que le caía bien el inventor, y le preocupaba el concepto que este tendría de él cuando descubriera quién era en realidad. «Ya sabe demasiado para que pueda dejarlo a su aire. Tendré que asignarle un guardia para asegurarme de que no se vaya mientras Tyen intenta realizar una resurrección y alguien, al leerle la mente, se entere de lo que estamos haciendo».

—Dahli —murmuró Tyen.

El hombre volvió la cabeza con brusquedad; acto seguido, se puso en pie de un salto y se acercó rápidamente a la mesa.

—¿Has acabado?

—Sí.

—¿Ha dado resultado?

—Aún no lo sé.

—Despiértalo.

Tyen volvió a centrar su atención en el heredero de Pieh. ¿Cómo debían llamarlo? ¿Pieh Dos? Le propinó un empujoncito mental al hombre. «¡Despierta de una vez!».

El doble abrió los ojos. Se quedó contemplando el techo del templo, parpadeando, y arrugó el entrecejo. La confusión asomó a sus ojos. Tyen percibió un miedo mudo que brotaba y crecía en su mente.

Dahli alargó la mano hacia su hombro.

—Estás a salvo —empezó a decirle.

Pero en cuanto lo tocó, el hombre dio un respingo y levantó los brazos en un gesto instintivo de autoprotección. Miró a Dahli sin comprender; de pronto, un recuerdo se despertó en su mente. La información acudió de golpe: tenía ante sí a una persona poderosa. Y peligrosa.

Pieh Dos se apresuró a bajar de la mesa con dificultad. Cuando sus pies se posaron en el suelo, las piernas le fallaron y se desplomó. Tyen rodeó la mesa para ayudarlo, mientras Dahli se le acercaba desde el otro lado. El hombre desplazó la vista de Tyen a Dahli, abrió la boca y emitió un alarido de espanto.

Los dos retrocedieron.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó Dahli.

—No lo sé —respondió Tyen—. Te tiene miedo. Mantente alejado y deja que yo me acerque a él.

Dahli se apartó. Con los sentidos puestos en la mente de Pieh Dos, Tyen se acuclilló con la esperanza de parecer menos amenazador así, y se aproximó a él con cautela.

—Pieh —dijo—. ¿Te acuerdas de mí?

Los gritos se redujeron a un gimoteo. El hombre clavó la vista en Tyen, pero no lo reconoció. Tal vez los recuerdos sobre el hechicero que le había cortado el dedo eran demasiado recientes para perdurar.

¿Era ese el problema? ¿Los recuerdos más antiguos y frecuentemente evocados por Pieh eran los únicos que había conseguido transferir? Tyen comenzó a plantearle preguntas que debían activar recuerdos tanto nuevos como viejos, pero para Pieh Dos sus palabras no eran más que un galimatías ininteligible. De repente, una de ellas hizo que el hombre dejara de retorcerse. Su mente siguió la vía de la memoria, pero esto solo lo desconcertó. Algo no le cuadraba. Sabía cosas, pero no estaban bien. No encajaban. O el que no encajaba era él.

Pieh Dos se llevó las manos a la cabeza con un quejido.

—Tyen... —comenzó a decir Dahli.

Tyen alzó una mano para acallarlo. Se acercó lentamente.

—Pieh —dijo—. Hemos trasladado tu mente a un cuerpo distinto. Seguramente tardarás un poco en acostumbrarte. Tranquilízate. Tómate tu tiempo para adaptarte.

—¿Tú me has hecho esto? —inquirió Pieh Dos, arrastrando las palabras y sin despegar los ojos desorbitados de Tyen.

—Sí. A petición tuya.

Sin previo aviso, el hombre se puso de pie. Se lanzó a través de la habitación, aferró a Tyen por los hombros y ambos acabaron en el suelo. Tyen resistió el impulso de quitárselo de encima de un empujón.

—¿Quién soy? —aulló Pieh Dos—. ¿Qué soy? ¿Qué era antes? ¡No! ¡Este no soy yo! —Rodó hasta que dejó de estar encima de Tyen y se golpeó la cabeza contra una pared. Se quedó contemplando los ladrillos de sal. Tras ponerse de rodillas, comenzó a darse topetazos contra ellos.

—¡Sácamelo! ¡Sácamelo!

Tyen se levantó y extendió los brazos para frenarlo, pero el hombre se torció de pronto hacia un lado. Un crujido resonó en la sala y Pieh Dos cayó al suelo. Tyen se agachó sobre él, buscó la causa del colapso y se quedó conmocionado al comprobar que se le había partido el cuello.

Levantó la mirada hacia Dahli, sorprendido y horrorizado.

—¿Qué has...? ¡Lo has matado!

—Sí. —Dahli cruzó los brazos—. Estaba loco. Saltaba a la vista que no había salido bien.

—¡Eso no lo sabes! Tal vez solo necesitaba tiempo.

—Tú tampoco lo sabes —señaló Dahli—. No tenemos tiempo que perder cuidando de un inválido. —Extendió las manos a los lados—. ¿De verdad esperabas acertar al primer intento?

Tyen contempló el cadáver.

—Tal vez. Era lo que esperaba Valhan. Es decir, que Rielle acertara.

—Lo que parece indicar que el error en este caso lo cometimos en las primeras fases, y que esperar no nos hubiera servido de nada.

Tyen hubo de reconocer que eso tenía sentido. Aunque todavía no podía descartar la posibilidad de que la transferencia hubiera funcionado y la desorientación experimentada por Pieh Dos fuera un efecto previsible. Mientras Dahli observaba el cuerpo con repugnancia, a Tyen se le ocurrió otra posibilidad.

«Dahli no querrá que Valhan resucite como un demente, aunque solo sea durante un rato. Esto no solo sería desagradable, sino también peligroso». Sin embargo, Tyen no se daría por vencido tan fácilmente. Estaba horripilado por la indiferencia con que Dahli había matado.

—¿Cómo esperas que averigüe en qué hemos fallado, ahora que está muerto?

—Tienes el cadáver y el dedo. Nos los llevaremos de vuelta. —Dahli se acercó y le posó una mano en el hombro—. Sé que esto ha sido traumático para ti. No lo habría hecho de no haber creído que era necesario. —Se dirigió hacia el cuerpo—. Tenía mis dudas cuando elegí al mendigo. No había forma de saber cómo era cuando vivía. A lo mejor ya estaba loco.

Era otra posibilidad. Tyen buscó magia y descubrió que aún quedaba un poco en el mundo, pero entonces recordó su intención de dejarles una pequeña cantidad a los magos del lugar.

—Tendrás que transportarnos de regreso —le dijo a Dahli.

Este asintió. Tyen levantó el cadáver con magia y lo depositó sobre la mesa. Se enlazaron como habían hecho antes, aunque esta vez Tyen agarró el brazo del muerto mientras Dahli sujetaba la mesa. La sala se difuminó en el blancor.

El viaje de vuelta siguió un recorrido tan intrincado como el de ida, pero sin perseguidores a los que burlar. Durante todo el trayecto, Tyen reprodujo en su mente cada paso del experimento, buscando pistas sobre qué había salido mal. Sus suposiciones eran vagas, y cuando el sótano por fin empezó a cobrar forma estaba descorazonado del todo. Tan pronto como el aire los envolvió, se tambaleó hacia delante, saltando el brazo del cadáver.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Dahli en un tono grave de ira.

Sorprendido, Tyen alzó la vista. El hechicero no tenía la mirada puesta en él o en el cuerpo, sino en Zeke, que se les acercaba cojeando.

—Ha venido una mujer —explicó el joven con voz trémula—. Estaba muy enfadada. Furiosa. No paraba de preguntarme dónde estaban Tyen... y... la mano del Raen.

Zeke se detuvo para pasar por encima de algo. Cuando Tyen bajó la mirada, vio componentes mecánicos desparramados por toda la habitación. Piezas que le resultaban conocidas. Soltando un jadeo, volvió los ojos hacia el humanoide.

No estaba. Las piezas eran aquello a lo que había quedado reducido. Entre ellas había otros fragmentos. El contenido de los estantes y los armarios. Giró sobre sí mismo, asimilando toda la destrucción que no había percibido cuando llegaron. Las únicas cosas que no habían quedado destrozadas eran los insectoides que Zeke había estado estudiando. Tyen advirtió, aliviado, que Bicho se encontraba entre ellos. Le faltaba una pata, pero por lo demás parecía entero. Zeke lo recogió.

—He estado arreglándolo —declaró al reparar en que Tyen lo observaba—. Yo...

—¿Qué le has dicho? —terció Dahli.

—Nada. —Zeke se encogió de hombros—. Aunque tampoco habría servido de mucho. No he podido leerle la mente.

Al escrutar el pensamiento del inventor, Tyen vio un rostro. El corazón le dio un brinco.

«¡Rielle! Ha vuelto».

De pronto sintió que se le encogía el estómago. «Ahora sabe que colaboro con Dahli. Para resucitar a alguien. Habrá adivinado de quién se trata...».

—Será mejor que nos marchemos —dijo Dahli. Estaba contemplando un montón de cenizas que, a juzgar por el lugar donde estaban, debían de ser las notas de Valhan. Bicho había cumplido con su deber—. Ya enviaré a alguien a recoger lo que necesites de aquí. Quiero investigar en qué dirección se ha ido ella.

Dahli se esfumó.

Y reapareció al cabo de unos instantes.

—¿Acostumbra a ocultar tu rastro al partir y al regresar aquí? —le preguntó a Tyen.

Este se encogió de hombros.

—Al principio sí, pero hace un tiempo que dejé de hacerlo.

Dahli frunció los labios y, sin mediar explicación, agarró a Tyen y a Zeke de las manos. La habitación se desvaneció.

## CUARTA PARTE

# Rielle

Estaba muy distinto.

Aun así, Rielle reconoció a Baluka en cuanto apareció ante ella. En ese instante, estaba paralizada por la duda y el arrepentimiento. «De todas las personas de los mundos, soy la menos indicada para hablarle de la traición de su amigo. Yo, que prometí casarme con él y luego me marché con su enemigo».

Baluka no la había visto aún, pues contemplaba el paisaje embelesado. Árboles gigantescos se erguían muy por encima de su cabeza y extendían sus ramas hacia la lejanía, iluminados por un millar de rayos de sol que se colaban por entre el follaje de las copas. De ellos colgaban cientos de esferas tejidas con enredaderas, arracimadas para formar viviendas de tamaños diversos. Estas estaban unidas a través de puentes de lianas a unos caminos construidos en el ramaje, lo bastante anchos para que pasaran dos personas una al lado de otra con comodidad.

Baluka bajó la vista y se le heló la sangre al entrever el abismo que se abría a sus pies, visible solo a través de la plataforma de varas entretejidas que constituía el lugar de llegada. Respirando hondo, apartó la mirada.

Rielle no sabía que él padecía miedo a las alturas. De lo contrario, habría elegido otro mundo para reunirse. Solo había visto ventajas en estar entre personas con un tono de piel y una estatura similares a los de Baluka y los suyos. Los habitantes de tez pálida, como la de Tyen y Dahli, eran más pobres y vivían en los niveles inferiores. Si alguien con un aspecto similar al de ellos aparecía en los niveles superiores, los lugareños protestarían a voces, lo que en cierta manera la pondría sobre aviso.

Baluka parecía tranquilo, pues su miedo solo resultaba evidente a quienes eran capaces de leerle la mente. Rielle exploró de nuevo las mentes de los alrededores y descubrió a unos hechiceros a los que no había percibido antes. Todos habían viajado hasta allí con Baluka: eran sus protectores.

En cuanto se asomó por la abertura de la esfera en la que se encontraba, Baluka fijó toda su atención en ella.

«Es ella —pensó—. Es ella de verdad. No ha cambiado un ápice. Aunque supongo que es porque se ha vuelto inmarcesible».

El recelo que se apoderó de él le sentó a Rielle como un puñetazo en el estómago. Baluka creía que ella se había convertido en otra clase de ser humano. Que se había transformado. Que era distinta. Inalcanzable. «Supongo que tiene razón —pensó ella—. Los inmarcesibles somos un tipo de humano diferente». Cobrar conciencia de esto no la hizo sentirse mejor.

Tampoco la consoló que las señales de la mortalidad de Baluka fueran dolorosamente evidentes. Tanto su cuerpo como su mente habían envejecido, más de lo que cabía esperar tras cinco ciclos. El muchacho alegre y juvenil que la había ayudado a adaptarse a una vida nueva fuera de su mundo había desaparecido.

Sin embargo, el hombre en el que se había convertido destilaba una seguridad en sí mismo y una humildad fruto de la experiencia que resultaban igual de atractivas. Trazó una ruta hacia ella en su mente: cruzar un puente desde el lugar de llegada hasta una rama, subir por una escala a una rama más alta, girar a la derecha por una rama lateral, subir por el puente que conducía hasta la puerta tras la que ella se encontraba. Se puso derecho y echó a andar.

Ella se adentró en la habitación. Era la última de un racimo de esferas abandonadas. Las enredaderas habían quedado dañadas por una rama al caer y los tallos entretejidos se morían lentamente. Rielle se había enterado por los vecinos de que las habitaciones muertas acababan siendo ocupadas por los ciudadanos más pobres que vivían en los niveles inferiores, pero siempre esperaban a que anocheciera para trepar hasta allí.

El puente también se moría. Mientras Baluka lo cruzaba, las lianas emitían crujidos alarmantes. El hombre se dijo que, si el puente se venía abajo y él estaba demasiado asustado para levitar, Rielle lo salvaría. Su fe en ella aplacó la aflicción que lo había embargado al ver los signos de su inmarcesibilidad.

Cuando llegó ante la puerta, exhaló un largo suspiro de alivio.

—Baluka —lo saludó ella—. Lo siento. De haber sabido que te sentirías tan incómodo en este lugar habría elegido otro.

—Soportaría cosas peores con tal de volver a hablar contigo —aseguró él. Se llevó la mano al interior del gabán viejo y raído que llevaba y sacó un objeto plateado del tamaño del meñique de Rielle, con una cadena que se le escurrió entre los dedos—. Creo que esto es tuyo.

Ella lo cogió y se puso la cadena en torno al cuello. Sujetando el colgante por los extremos, los hizo girar para abrirlo y dejar al descubierto el pincel que contenía. Ella se lo había enviado a Baluka con un mensaje enrollado dentro. La nota ya no estaba. Ella alzó la vista.

Baluka se aferraba con fuerza al marco de la puerta, tensándose cada vez que sus movimientos provocaban que la esfera se balanceara.

—Sentémonos —propuso. Ella se puso de rodillas, deslizó las piernas hacia un lado y se sentó en el suelo de varas entretejidas. Baluka la imitó, doblándose en una versión abandonada y rígida de la pose de Rielle.

Torció los labios a un lado.

—¿Esto es solo un reencuentro o hay algo de lo que quieres que hablemos?

—Las dos cosas, supongo, ya que lo segundo no sería posible sin lo primero.

—No, supongo que no.

—¿Cómo estás?



Él abrió la boca, la cerró de nuevo y extendió las manos.

—Sigo vivo. ¿Y tú?

—Muy lejos de donde debería estar. —Hizo una mueca al pensar en la distancia que la separaba de Qall.

—Entiendo. —Resistió la tentación de preguntarle qué lugar era ese—. Entonces... ¿por qué estás aquí?

—Intento hacerle a alguien un favor al que no debería haberme comprometido. ¿Puedes llevarle un mensaje a tu familia?

Él adoptó una expresión severa.

—Me han pedido que no me acerque a ellos, pues podría ponerlos en peligro.

Ella suspiró, asintiendo.

—Dahli, el amigo más fiel del Raen, pretende hacernos chantaje a mí y a... —Dejó la frase en el aire cuando leyó en la mente de Baluka que este ya sabía lo que iba a decirle. Se había reunido con sus padres después de que reanudaran sus actividades comerciales. Le contaron que Rielle había dejado a su cuidado a un chico que había perdido la memoria. Un chico que ahora era idéntico al Raen. Baluka sabía que ella se lo había llevado a los confines de los mundos para ocultarlo y protegerlo de quienes querían sustituir los recuerdos de Qall por los de Valhan.

—Y a Qall. —Baluka terminó la frase por ella—. Dahli planea amenazar con hacerles daño para persuadir a Qall de que lo obedezca. Ya lo sospechaba. —Arrugó el entrecejo—. Qall no está aquí, ¿verdad?

—No. Me convenció de que le llevara un mensaje a su familia.

—¿Algo importante?

Ella sacudió la cabeza despacio.

—Es personal, y no vale la pena poner en peligro a su familia por eso. Sin embargo... —Lo miró a los ojos y torció el gesto—. Cuando intenté localizarlos, descubrí algo mucho más inquietante que los observadores de Dahli. Algo que deberías saber.

Él arqueó las cejas.

—¿De qué se trata?

Ella inspiró hondo, intentando decidir cuál de las explicaciones que había preparado era la mejor. «Tú simplemente ve al grano. Es posible que nos interrumpan. Con cada momento que pasa, Tyen se acerca un poco más a sus objetivos, y la posibilidad de que Valhan regrese aumenta».

—Tyen está al servicio del Raen. Siempre lo ha estado.

Baluka sonrió.

—Te ha llegado el rumor.

—No. Es decir, sí. Estoy al tanto del rumor desde hace un tiempo. —Hizo una pausa para replantearse su estrategia—. Cuando intentaba encontrar a tu familia averigüé por un observador el paradero de Dahli. Así que me aproximé lo suficiente para leerle la mente. Descubrí que en realidad Tyen trabajaba como espía para el

Raen, cuando estaba con los rebeldes, a cambio de que Valhan encontrara una manera de devolver su forma humana a la mujer atrapada en el libro de Tyen.

La sonrisa de Baluka se esfumó.

—Tyen ha estado espiando a Dahli para mí desde la muerte del Raen. Tal vez le dijo eso a Dahli para convencerlo de que confiara en él.

—Tyen espiaba a los rebeldes desde el momento en que se unió a ellos. Y al mismo tiempo ha estado espiándote a ti a instancias de Dahli.

—Jugando a dos bandas —dijo Baluka en voz baja a causa de la preocupación, mientras cobraba conciencia de las posibles consecuencias de esto.

—Y eso no es lo peor —aseveró Rielle—. Tyen no solo espía para Dahli: se ha comprometido a resucitar al Raen. Está trabajando en ello ahora mismo.

A Baluka se le desorbitaron los ojos.

—Pero... no tiene a Qall.

—Cree que puede encontrar otra forma de conseguirlo, utilizando un cadáver en vez de destruir a una persona viva.

Baluka abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla.

—¿Por qué habría de hacer una cosa así?

—Una vez más, con el fin de obtener los conocimientos que necesita para proporcionarle un cuerpo a Vella. —Hizo rechinar los dientes—. Y Dahli lo ha convencido de que los restauradores no son capaces de reinstaurar el orden en los mundos. Cree que solo Valhan puede poner el fin al caos y la guerra.

—Sé que se siente culpable por la existencia de los insectoides de guerra... —empezó a alegar Baluka.

—No creas ni una palabra de lo que te haya dicho —le aconsejó ella—. Me hizo creer que estaba de acuerdo conmigo en que los mundos acabarían por resolver sus problemas por sí mismos. Llegué a pensar que éramos... amigos.

Baluka levantó la mirada.

—¿Os veáis a menudo?

—Hasta hace medio ciclo, más o menos. Él vivía en Doum y yo en Murai. Intentábamos conseguir que ambos mundos negociaran un acuerdo de paz, pero aquello no salió bien.

—Se rumorea que eres casi tan poderosa como lo era el Raen. —Entornó los párpados—. Si no lograste leer la verdad en la mente de Tyen, él debe de ser más fuerte que tú.

—No —replicó ella—. Estábamos igualados en fuerzas. A menos que... a menos que él mintiera sobre eso también. —Comenzó a hacer memoria, intentando recordar todos los indicios que la habían convencido de que Tyen no podía explorarle el pensamiento, pero Baluka la interrumpió.

—Si Tyen es más fuerte que tú, tal vez el Raen no podía leerle la mente. A lo mejor Tyen lo engañaba desde el principio, cuando se prestó a espiar a los rebeldes. Pero, sin duda, si el Raen no hubiera sido capaz de captar los pensamientos de Tyen

habría sabido que este era poderoso y lo habría matado. A menos que necesitara algo de él. —Baluka tamborileó con los dedos sobre sus rodillas—. Vella... o la información que contenía. Pero entonces ¿por qué no se la arrebató sin más? ¡Ah! Ella absorbe los conocimientos de todos aquellos que la tocan. El Raen necesitaba a Tyen para comunicarse con ella a través de él. Pero ¿por qué no lo mató y buscó a alguien menos peligroso que la leñera?

Rielle inspiró con brusquedad.

—Porque necesitaba que alguien lo resucitara si yo fracasaba.

Baluka alzó las cejas y asintió.

—Casi da la impresión de que veía venir su muerte.

—Es que así era —contestó ella—. Lo tenía todo previsto. Sus aliados, que habían disfrutado veinte ciclos sin que él se entrometiera en sus asuntos, querían matarlo. Animó a los rebeldes a reforzar sus filas y luego, tras grabarse los recuerdos en la mano, se suicidó, con el objetivo de que los dos bandos se enfrentaran y se destruyeran entre sí. Cuando regre...

—¡Un momento! —la cortó Baluka—. ¿Valhan tenía la intención de morir?

—Sí. Se suponía que Dahli y yo lo resucitaríamos.

—Eso suponía un riesgo enorme. —Sacudió la cabeza—. Los aliados debían de formar una fuerza más formidable de lo que yo pensaba.

—O Valhan no era tan poderoso como parecía. Me he planteado esta posibilidad más de una vez. Tenla presente, si Tyen consigue devolverlo a la vida.

Baluka sacudió la cabeza.

—No puedo evitar buscar una explicación para su comportamiento, una justificación, pero no estoy seguro de que se me ocurra alguna esta vez, y mis consejeros llevan diez ciclos advirtiéndome que no me fíe de él. —Su expresión se endureció mientras la ira y la determinación se apoderaban de él—. ¿Puede resucitarlo?

—No lo sé. —Contrajo las facciones y apartó la vista—. Yo creía que llevarme a Qall y enseñarle a defenderse bastaría para asegurarme de que nadie pudiera resucitar al Raen. Pero por lo que he descubierto a través de Dahli, Qall no constituye un ingrediente esencial. La mano, en cambio, sí. La mano de Valhan, en la que copió todos sus recuerdos.

—Pero, de ser así, ¿por qué vigila Dahli a mi familia?

—¿Para tener una segunda opción, por si Tyen fracasa? ¿Como garantía de que Qall, tú y yo no intentemos detenerlo? —Alzó la vista hacia él—. Los restauradores deben encontrar la mano, Baluka. Y tú debes destruirla.

Él juntó las cejas.

—No será fácil quitársela a Tyen.

—No obra en su poder. Como Dahli no se fía de él, ha bloqueado su recuerdo del lugar donde la ha escondido. No desbloqueará ese recuerdo hasta que Tyen demuestre que es capaz de resucitar a una persona de forma satisfactoria y que dispone de un

recipiente donde volcar los recuerdos de Valhan. —Se frotó la frente—. Por desgracia, no me enteré de esto hasta después de revelarles a Tyen y Dahli lo que sé acerca de su pequeño proyecto —agregó con amargura.

Se quedó callada mientras rememoraba lo que había encontrado en el sótano donde había estado trabajando Tyen, y se preguntaba cuánto debía contarle a Baluka. Las mesas de un lado de la habitación estaban cubiertas de insectoides desmontados. Entre estos y las mesas vacías del otro extremo, una máquina con forma humana colgaba de una cadena sujeta al techo. La había asaltado la sospecha de que Tyen no solo le había mentido respecto a su intención de lidiar con los insectoides de guerra, sino que estaba desarrollando un arma más destructiva: un guerrero mecánico.

Cuando el estrépito que causó al destruirlo atrajo al ayudante de Tyen fue cuando descubrió que su sospecha era errónea. El humanoide era un recipiente alternativo para Vella, por si Tyen no conseguía encontrar el modo de transferirla a un cuerpo de carne y hueso.

«Si puede trasladar la mente de Vella a una máquina, ¿por qué no la de Valhan?».

«¿Vas a matarme?», le había preguntado Zeke. Este se olía que Dahli se contaba entre los amigos del Raen. «Ahora no tendré la oportunidad de averiguar si estoy en lo cierto», había pensado el joven, mientras Rielle caía en la cuenta de que, si no lo mataba, Dahli se enteraría de que ella había regresado.

Se había marchado antes de que la razón prevaleciera sobre su conciencia. Tras ocultar su rastro, se había detenido en un mundo cercano para replantearse su decisión. No logró armarse de valor para volver y encargarse de él.

«Debería haberlo matado —suspiró—. Pero me alegro de no haberlo hecho».

—Supondrán que voy a revelarte lo que descubrí y que los restauradores intentarán frenarlos —le dijo a Baluka—. Pero a Dahli le resultará más difícil neutralizarte a ti que a mí. Amenazará con hacer daño a tu familia, no solo para impedir que yo actúe contra él, sino para obligarme a ayudarlo. Mi única alternativa es irme antes de que se le presente la ocasión... y esa es la otra razón por la que te pedí que nos encontráramos aquí. Debes difundir la noticia de que he regresado a mi escondrijo, para que llegue a oídos de Dahli. Si no consigue dar conmigo, no podrá hacerme chantaje.

Baluka la miró con fijeza.

—También podrías quedarte, ayudarnos a encontrar la mano y ocuparte de Dahli y de Tyen.

—¿Y tu familia?

Él apartó la vista, y se le formó un profundo surco en el entrecejo.

—Impedir que el Raen vuelva es más importante que salvar a mi familia.

Al examinarle la mente, ella vio la lucha que libraba en su interior. Aunque el corazón le palpitaba con fuerza por el pánico y el deseo de negarlo, su entendimiento sabía que esa era la dura realidad. «¿De verdad estoy dispuesto a sacrificarlos por el bien de los mundos?», se preguntaba.

—No —dijo ella—. Qall nunca me lo perdonaría si yo permitiera de forma consciente que muriera tu familia, que también es la suya.

«¿Y qué me haría a mí, si lo permitiera yo?», se preguntó Baluka.

—No he renunciado a encontrar una manera de protegerlos. Si lo consigo, ¿querrías traer aquí a Qall? Podríamos entrenarlo juntos.

Ella negó con la cabeza.

—Los rebeldes nunca aceptarían entre sus filas a alguien que se pareciera tanto al Raen, y menos aún cuando se enteraran de que podría convertirse fácilmente en él. Si regreso, será solo cuando Qall sea lo bastante poderoso para cambiar su apariencia y defenderse.

«¿Qué clase de hombre será entonces? —se preguntó Baluka—. Si es tan fuerte como Valhan, ¿se convertirá en otro Raen de todos modos?».

—Tu familia lo educó —le recordó ella—. Le prodigaron todos los estímulos que puede recibir un muchacho para convertirse en una buena persona.

Él suavizó su expresión.

—Es verdad que le profesan afecto. Estoy deseando conocerlo algún día. —Apartó la vista mientras se preguntaba cuánto esfuerzo le costaría aprender a apreciar a la persona que estaba detrás de aquel rostro que tanto odiaba.

—Para entonces tendrá un aspecto totalmente distinto —le aseguró ella—. Dudo que decida seguir pareciéndose a Valhan. —No había hecho muchas conjeturas sobre qué camino querría seguir Qall cuando hubiera completado su entrenamiento. No podría volver con la familia de Leyikh, a menos que se desposara con una viajera. Tal vez se uniría a los restauradores.

—He de irme —anunció Baluka. Las sombras le oscurecían los ojos, aunque tenía la espalda recta—. Los restauradores deben prepararse... para la búsqueda de Tyen y la mano, así como para enfrentarse de nuevo al Raen, en caso necesario. ¿Hay algo más que necesites decirme? —preguntó.

—No. ¿Y tú?

Él sacudió la cabeza. Ambos se pusieron de pie, ocasionando que la habitación oscilara. Baluka se quedó quieto hasta recuperar el equilibrio.

—Me he alegrado de verte, Rielle —dijo. Notó que algo se destensaba en su interior, como si se hubiera quitado un peso de encima. «Ella es libre. Ese era mi único objetivo cuando me uní a los rebeldes. En eso he triunfado, aunque el amigo que la liberó ha resultado ser un traidor».

—Buena suerte —respondió Rielle—. Siento haber estropeado vuestra amistad.

El semblante de Baluka se ensombreció.

—No la has estropeado. No era real. —Una parte de él se resistía aún a creerlo. «Era tan persuasivo...».

Ella le dio un apretón en el hombro.

—Nos engañó a los dos, Baluka. Procura no dejarte engañar de nuevo.

Él asintió.

—Así lo haré. Y te deseo un buen viaje de vuelta junto a tu pupilo. Asegúrate de que nadie te sigue.

Ella sonrió.

—Aunque tal vez no lo creas, dado lo bien que me desenvolvía en tus clases, no se me da mal viajar entre mundos.

Él arqueó las cejas.

—Confieso que me resulta algo difícil de creer.

Ella le soltó el hombro y le picó un costado con el dedo. Antes de que él pudiera reaccionar, Rielle se apartó del mundo y fue cerrando la sustancia del espacio intermedio a su paso para ocultar su rastro. «Que se quede pensando un rato», se dijo mientras la blancura la envolvía. Dio media vuelta y emprendió la larga travesía de regreso hacia donde estaban Qall y Timane.

Cuanto más se aproximaba Rielle a Amelya, más precauciones tomaba. En vez de ocultar su camino solo al partir y al llegar a un mundo, borraba el trecho entero. Cada vez que surgía la oportunidad, viajaba por algún medio físico, ya fuera en trineo, barco, levitando o incluso materializándose en el cielo y dejándose caer durante varios latidos antes de apartarse del mundo otra vez.

Sin embargo, el esfuerzo suplementario requería tiempo suplementario, y empezó a preguntarse si estaba retrasando su llegada a propósito. «Retrasando el momento de explicarle a Qall que no he podido hablar con su familia ni con la chica que ama. El momento en que tendré que reconocer que me equivocaba respecto a Tyen». Sin embargo, no quería revelar a nadie esto último, ni que al buscar la mano de Valhan se había delatado ante Dahli y Tyen. Ninguna de las dos cosas serviría más que para preocupar de forma innecesaria a Timane y Qall.

«Dahli no puede hacerme chantaje si no estoy allí —se dijo—. Los espías que tiene vigilando a los restauradores ya se habrán enterado de que me marché hacia mi escondrijo justo después de hablar con Baluka».

Quizá también le informaran de que los restauradores sabían que Tyen y él intentaban resucitar al Raen. Eso dependía de cuánto hubieran conseguido acercarse los espías a Baluka, o de hasta qué punto hubiera permitido este que se difundiera esa información. Dahli supondría que ella se lo contaría a los restauradores de todos modos. Estaría tomando medidas adicionales para ocultar la mano de Valhan, lo que dificultaría aún más que Baluka la encontrara. Por otro lado, los enemigos que Valhan tenía por todas partes estarían alerta por si avistaban a Dahli y Tyen. «Al igual que aquellos que creen que los mundos necesitan a Valhan, o que se lucraron gracias a su alianza con el Raen. Y querrán ayudarlos».

Rielle no podía hacer nada al respecto. Su deber era proteger a Qall. Ya se ocuparían los restauradores de Dahli y sus amigos. Al menos eso le ahorraría tener que volver a hablar con Tyen.

Cuando salió del espacio intermedio al aire húmedo y la penumbra, creó una chispa y echó un vistazo alrededor. Se encontraba en las cloacas de Deeme. Los peldaños de una escala relucían bajo la luz que se colaba por una alcantarilla cercana, como invitándola a subir, pero ella los ignoró. Antes de su partida había descubierto que era posible atravesar la ciudad por aquellos canales subterráneos. Al caminar por ellos, no solo evitaba dejar un rastro que condujera al apartamento, sino que no tenía que abrirse paso a empujones por las calles abarrotadas.

Se quitó el abrigo y lo volvió del revés de modo que el lado raído y con parches quedara por fuera antes de ponérselo de nuevo. Tanto si llevaba a la vista el lado «bueno» como el gastado, se notaba que estaba fuera de lugar allí, pero la parte con los parches era más oscura y contrastaba menos con el entorno. Si permanecía alerta a las mentes de los trabajadores, podría evitarlos.

No tardó en percatarse de que sus zapatos ya no eran tan impermeables como cuando se los compró. Chamuscados desde que se había materializado en una ciudad en llamas, ahora dejaban pasar la humedad. Después de pisar incontables charcos, chapoteaba con cada paso.

Tenía que llegar al otro extremo de la ciudad sin que los trabajadores de las cloacas la vieran u oyeran. Leyendo las mentes de las personas más cercanas que circulaban por encima, encontró un callejón en el que podría emerger sin ser descubierta. Un par de ancianas harapientas apareció cuando Rielle cerró la tapa, pero concluyeron que era una indigente local que estaba planteándose alojarse esa noche en las cloacas.

—Ahí abajo no —le aconsejó una al pasar—. Los cloaqueros te pillarán.

Rielle asintió y se alejó con la cabeza gacha, como avergonzada. Callejeó un rato hasta encontrar un rincón oscuro y solitario donde volvió el abrigo de dentro afuera otra vez. Luciéndolo la tela más fina, aunque con algunas manchas, rotos y el dobladillo chamuscado por los rigores de los viajes, avanzó con seguridad por las calles principales, siguiendo una ruta circular hacia el apartamento donde había dejado a Qall y Timane. Al buscar mentes conocidas por la zona, no encontró ninguna. Sin hacer caso de la casera, subió las escaleras y empujó la puerta para entrar en la habitación.

Las cortinas separadoras ya no estaban. Aparte de una de las camas, que estaba de pie en un rincón, no quedaba ningún objeto familiar. Ella se quedó paralizada, con el corazón desbocado, buscando con la mirada algún indicio que explicara la ausencia de los dos jóvenes. «¿Dónde están?».

—Se han mudado —dijo una voz detrás de ella.

—¿Adónde? —preguntó Rielle, volviéndose hacia la casera.

La imagen de un teatro que Rielle reconoció asomó a la mente de la señora, pero esta arrugó el rostro con expresión calculadora.

—No pagaron el alquiler de la última semana —mintió.

—Pues no tengo dinero para usted —replicó Rielle.

La casera estaba observando sus zapatos, fijándose en el agua oscura que rezumaban. Tras hacerla a un lado para pasar, Rielle descendió los escalones de dos en dos y salió al callejón.

No recordaba con exactitud el camino hacia el teatro, solo la dirección aproximada en la que se encontraba. La noche pugnaba por avasallar las luces brillantes del barrio de los teatros cuando Rielle llegó a su destino. Buena parte del



agua de sus zapatos se había escurrido, de modo que ya solo tenía los pies empapados.

La fachada del teatro era tan llamativa y recargada como la había visualizado la mujer. Unas enredaderas de hierro forjado pintado parecían trepar por la pared. Los zarcillos se enroscaban en torno a flores de cristal de colores vivos, cada una iluminada por una chispa. Como no había rastro de combustible ni llamas, Rielle concluyó que la iluminación era de naturaleza mágica.

Los espectadores que llegaban tarde a la función de esa noche entraban con paso apresurado. Rielle se unió a ellos y se encontró en el interior de un vestíbulo abarrotado. Unos empleados vendían entradas de última hora y recibían al público en las puertas.

—¿Su entrada? —dijo una voz a su lado.

Al volverse, vio a una joven guapa con un rostro muy moreno en forma de corazón y los ojos verdes puestos en ella.

—Vengo a ver a mi amiga Timane —le informó Rielle—. Me llamo Elle.

—¡Ah! —exclamó la chica—. Imani ya me ha avisado que no tardarías en llegar.

Rielle leyó en su mente que «Imani» era el nuevo nombre artístico de Timane. La joven le hizo señas para que la siguiera y la condujo por entre la multitud hasta una puerta lateral que, aunque de aspecto común y corriente, era objeto de la mirada expectante de varios hombres y mujeres. Al explorarles el pensamiento, Rielle descubrió divertida la imagen de Timane, idealizada hasta el punto de irradiar una belleza casi sobrenatural. Tenían la esperanza de verla aunque solo fuera unos instantes, o de que se les presentara la oportunidad de colarse por la puerta. Algunos no sabían qué harían después; otros habían ideado planes detallados, algunos de los cuales Rielle sabía que no le harían ninguna gracia a Timane.

La joven abrió la cerradura con una llave que llevaba colgada al cuello de una cadena y la cerró de nuevo una vez que hubieron pasado al otro lado, para gran desilusión de los admiradores. A través de las paredes de madera, Rielle oyó el sonido apagado de una campana que señalaba el principio de la función. Al inspeccionar algunas mentes entre el público vio que se estaba representando un número en el escenario. Los pensamientos colectivos se hallaban en un estado empático y atento mientras asimilaban la actuación.

Siguiendo a la joven, Rielle había subido dos tramos de una angosta escalera. Ascendió por un tercero y cuando llegó a lo alto jadeaba un poco. Enfilaron un pasillo hasta una puerta situada en una pared curva. Mientras la chica golpeaba con los nudillos, Rielle buscó mentes al otro lado y no encontró ninguna.

La puerta se abrió. Valhan fijó una mirada torva en las dos, pero en cuanto reconoció a Rielle se le iluminó el semblante, y ella se preguntó cómo había podido ver a alguien que no fuera Qall.

—¡Rielle! —exclamó él, pero rectificó de inmediato—. Elle.

Rielle se volvió hacia su guía, que había arqueado las cejas al oír a Qall pronunciar un nombre distinto, pero simplemente supuso que «Elle» era una versión abreviada o un sobrenombre.

—Gracias —le dijo Rielle—. Me imagino que Timane estará preparándose para su actuación.

—Le avisaré de que has llegado durante la primera pausa —le aseguró la joven—. No falta mucho.

Cuando se alejó, Rielle miró a Qall, que retrocedió y sujetó la puerta para dejarla pasar. La habitación, pequeña y redonda, no contenía más que unas pocas sillas, una mesa y un estante empotrado en la pared curva. Una escalera de caracol ascendía a la planta superior.

—Nuestros dormitorios están ahí —le explicó él—. El mío es el de arriba del todo —agregó con aires de suficiencia.

A Rielle se le escapó una sonrisa. «Valhan también habría aspirado a tener el más alto». Pero Qall no podía haber heredado ese rasgo de él, se recordó.

—¿Hay uno para mí? —preguntó.

—Tendrás que compartirlo con Imani. Es decir, con Timane. —Hizo una mueca—. Como todo el mundo la llama o piensa en ella por ese nombre, me olvido de usar el de verdad.

Rielle se acercó a una silla, se desplomó en ella y comenzó a quitarse los zapatos.

—¿Tienes algo de comer?

Qall asumió una expresión seria.

—Sí. Vienes de muy lejos... y has estado fuera mucho tiempo. Timane no come antes de una función. Se pone demasiado nerviosa. —Agitó la mano hacia el estante, donde había varios cuencos tapados, y se dirigió hacia la puerta—. He de echar una mano con las luces del espectáculo. —Abrió la puerta y vaciló unos instantes, mordiéndose el labio. Inspiró con brusquedad—. ¿La encontraste?

Rielle frunció el ceño y sintió una punzada de culpabilidad cuando comprendió que se refería a la joven viajera que ella había ido a buscar.

—No —respondió con sinceridad—. Lo intenté, pero acercarme a ella resultaba demasiado peligroso. Le pedí a Baluka que le hiciera llegar un mensaje, pero tampoco le fue posible. En última instancia, todo se reducía a una disyuntiva: o entregar lo que le enviaste y correr el riesgo de que les hicieran daño, o dejarla en un estado de ignorancia pero a salvo. Elegí esto último.

—¿Así que están a salvo?

—Sí.

No le cabía duda de que era así. Dahli no destruiría algo que podría utilizar para extorsionarla a ella o a Qall. Si Tyen conseguía resucitar a Valhan, Dahli ni siquiera tendría que amenazar a los viajeros. «Al menos hasta que se entere de que protegían a Qall. Pero no tendrá ocasión de ello si Baluka logra evitar la resurrección, o si los restauradores derrotan al Raen, en caso de que reaparezca».

Arrugando el entrecejo, Qall giró sobre sus talones, salió de la habitación y cerró la puerta con firmeza. Tras quedarse de piedra unos instantes, Rielle la abrió.

—¿Me has leído la mente? —gritó.

Él aminoró el paso, sin volverse.

—No.

—Mírame. —Como él seguía con la vista al frente, Rielle se le acercó por detrás—. Me la has leído, ¿verdad?

Qall se detuvo y, aunque dio media vuelta, no levantó la vista hacia ella.

—Tú en mi lugar también lo habrías hecho.

—Qall... —empezó a decir ella. «Y yo que pretendía ahorrarles preocupaciones innecesarias a Timane y a él». Suspirando, sacudió la cabeza—. Están a salvo —insistió—. Puedes comprobar que eso es lo que creo. Siempre y cuando no regresemos. Si Tyen consigue su objetivo, los restauradores se encargarán de... de la situación. Por lo que he oído, ya han salido vencedores antes.

Qall asintió.

—Tengo que irme. —Sin esperar respuesta, giró en redondo y se alejó a toda prisa por el pasillo.

Rielle regresó a su habitación y se sentó en silencio, pensando en lo infructuoso que había resultado el viaje. «Bueno, no del todo». Había descubierto la verdad sobre Tyen. Y también había hablado con Baluka. Los restauradores no podrían impedir otra resurrección de Valhan si no estaban informados sobre ella.

Meditó sobre la invitación de Baluka a unirse a ellos. «Habría aceptado, si no me pareciera más importante asegurarme de que Qall esté a salvo y llegue a ser lo bastante fuerte para defenderse». Aunque, si Valhan retornaba a pesar de todo, tal vez le convendría más a Qall permanecer escondido. Puede que estuvieran igualados en fuerzas, pero Valhan contaba con mil ciclos más de experiencia. Quizá Qall y ella fuesen capaces de derrotarlo juntos. En realidad, no tenía la menor intención de encararse ni luchar contra Valhan, pero por lo menos la reconfortaba saber que podrían defenderse si él los encontraba.

Se levantó, se acercó al estante y se sirvió fruta y pastas. Aunque, siguiendo el consejo de Tarren, había parado para descansar y comer más a menudo durante el trayecto de vuelta, cuando lo emprendió ya estaba casi agotada por el viaje y la tensión que había supuesto rastrear a Dahli hasta el taller de Tyen. Comió con avidez.

Poco después de que terminara, sonaron unos pasos apagados al otro lado de la puerta, que se abrió, y por ella entró Timane dando grandes zancadas. Rielle se puso de pie a tiempo para quedar envuelta en las mangas y la falda de un vestido voluminoso y recibir un beso en la mejilla de una cabeza que asomaba por debajo de un tocado con plumas.

—¡Elle! —exclamó Timane—. ¡Por fin has vuelto!

—Sí —convino Rielle, apartándose de las múltiples capas de tela con cuidado de no rasgarlas—. Siento haber tardado tanto.

Timane se dejó caer en una silla y comenzó a abanicarse.

—¿Qué ha pasado? Qall vuelve a estar monosilábico y casi ha encendido las luces a destiempo, así que me imagino que has traído noticias que no lo han hecho muy feliz.

Rielle torció el gesto.

—No he conseguido contactar con su familia. Los estaban vigilando. Era demasiado peligroso acercarme a ellos.

—Ah.

—Descubrí que Dahli intenta resucitar al Raen utilizando un cuerpo nuevo. O, mejor dicho, es Tyen quien lo intenta. Están trabajando juntos.

—¡Oh! ¿Tyen? Pero ¿él y tú no...?

—Sí. —Rielle apretó los dientes—. Me hizo creer que estaba de acuerdo conmigo en que los mundos estaban mejor sin Valhan. Sabe que él quiso matarme. —Sacudí la cabeza—. Me pregunto por qué se molestó en ayudarme a salvar a Qall cuando era un muchacho, si en realidad estaba del lado del Raen.

—Tal vez cambió de idea.

—Algo debió de impulsarlo a ello.

—Estamos muy lejos de los mundos que conocen la figura del Raen —señaló Timane—. Si van a usar otro cuerpo, Qall estará a salvo, ¿no?

Rielle negó con un gesto.

—¿Crees que Valhan se quedaría tranquilo sabiendo que un hechicero tan poderoso como él, que además tiene su mismo aspecto, sigue con vida?

Los labios de Timane formaron una «O». Meneó la cabeza enérgicamente. Fue un ademán tan dramático e impropio de ella que Rielle no pudo evitar sonreír. Pensó en los andares saltarines con los que la joven había entrado en la habitación. La vida como actriz y cantante estaba convirtiéndola en una persona más expresiva y segura de sí misma.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Timane.

—Mantenernos alejados de los mundos del Raen —respondió Rielle—. Entrenar a Qall para que, si Valhan nos localiza, podamos unirnos y repeler su ataque.

—O matarlo.

Rielle se quedó callada un momento antes de asentir.

—Si nos obliga a ello.

Timane bajó la vista y la fijó en un punto situado mucho más allá de las tablas del suelo.

—Qall tiene que retomar su entrenamiento.

—Sí. —Rielle tabaleó con los dedos sobre su rodilla. «Cuanto antes aprenda Qall a cambiar su aspecto, mejor». Debía dejar a un lado sus reservas en cuanto a que era demasiado joven para volverse inmarcesible. A ojos de los viajeros era mayor de edad, preparado para asumir responsabilidades propias de un adulto. ¿Y si cometía alguna imprudencia movido por la ignorancia de su juventud? Rielle se encogió de

hombros en su fuero interno. Era poco probable que un error así lo matara. Qall era lo bastante fuerte para sobrevivir a sus equivocaciones.

Sin embargo, aprender a cambiar las pautas llevaba mucho tiempo y requería aislamiento. Ella tendría que encontrar un mundo rico en magia y sin habitantes a quienes les afectara que se consumiera toda la magia en el proceso. Esperaba que no cayeran sobre ellos unos cazadores cuando estuvieran en pleno...

—¿Rielle?

Levantando la mirada hacia Timane, Rielle cayó en la cuenta de que se había quedado callada y ensimismada durante un buen rato.

—¿Sí?

—¿Qué puedo hacer?

—Nada. Solo... disfruta de tu nueva carrera —le dijo a la chica.

Esta desplegó una sonrisa amplia y radiante.

—Dell dice que seguramente acabaré trabajando en un teatro más grande dentro de pocos años —comentó—. Que tal vez incluso salga de gira por los mundos de la zona.

Rielle sonrió. La fama de Timane podría atraer demasiada atención a la larga, pero ya decidirían cómo afrontarlo cuando llegara el momento, si llegaba.

—Si Tyen no tiene éxito o los restauradores vencen al Raen, algún día emprenderás una gira para cantarles a los líderes y creadores de tendencias más poderosos de todos los mundos..., incluido Murai.

—¡Oh! —Timane abrió mucho los ojos y se recostó en su asiento en actitud de abandono, con la mirada puesta en un futuro lejano rebosante de posibilidades—. Eso sería maravilloso.

Rielle intentaba no tomárselo muy a pecho. Timane había observado que, muy despacio al principio, y luego con una confianza creciente, Qall se había vuelto menos reservado y más alegre desde que Rielle se había marchado. Tenía una actitud agradable, servicial e incluso graciosa en algunos momentos. Ahora, sin embargo, había recaído en el mal humor y la hosquedad.

Rielle supuso que tal vez se debía al entrenamiento. Ella le exigía mucho. También a sí misma. Le costaba recordar las clases de Tarren cuando apenas había tenido oportunidad de poner en práctica su adiestramiento militar. Nunca antes había asumido el papel de instructora de técnicas de combate, salvo para enseñarle a Timane algunas aplicaciones sencillas de la magia para la defensa propia. Por si fuera poco, Qall no aprovechaba las clases como Rielle, y ella no podía leerle la mente para determinar cuál era la mejor manera de conseguir que él asimilara sus enseñanzas.

Tampoco ayudaba mucho que él no se tomara la molestia de avisarle cuando ya conocía un punto concreto porque se lo habían enseñado los viajeros. A veces encontraba la solución a un acertijo de inmediato y luego se impacientaba cuando ella se paraba a pensar en cómo elevar el nivel de dificultad del ejercicio. En otras ocasiones —como ahora—, ella lo obligaba a pasar por todos los pasos de todos modos, para que demostrara que comprendía el auténtico objetivo de la lección y también (tenía que reconocerlo) para borrarle aquella expresión de superioridad de la cara.

—Otra vez —le indicó, reiniciando la secuencia de ataques que acababan de derrotarlo.

—¿Por qué? —protestó él mientras repetía el ejercicio—. Esto ya me lo sé.

—La práctica es importante —contestó ella—. La repetición nos permite actuar de forma instintiva, sin perder tiempo analizando la situación. Saber algo no es tan útil como experimentarlo. Al realizar un mismo ejercicio varias veces puedes descubrir fallos o alternativas que no habías previsto. —Captó y sostuvo su mirada—. Tal vez Dahli sea más débil que tú, pero tiene una experiencia acumulada a lo largo de cientos de ciclos.

—La experiencia no siempre es mejor que el conocimiento —repuso él.

—¿Ah, no? ¿Por ejemplo?

—Es mejor tener conocimientos que experiencia sobre la muerte.

Ella se rio.

—Evidentemente. —Cuando la defensa de Qall falló de nuevo, este masculló una imprecación—. Otra vez —le ordenó ella.

El joven puso cara de exasperación.

—Así que experimentar no es mejor que saber —concluyó él mientras ella volvía a empezar la secuencia.

—No he dicho que sea mejor. Solo distinto. ¿Eres lo bastante inteligente para juzgar cuándo es mejor el conocimiento que la experiencia?

—Sí.

—¿Lo es en esta clase?

Qall se quedó pensando, y una arruga se le formó en el entrecejo.

—Tal vez. No lo sabría a ciencia cierta hasta que necesitara aplicar este conocimiento.

—Y entonces aprenderías por experiencia, ¿no? Sobre todo si fallaras.

Él no respondió. Ni siquiera soltó una maldición cuando su defensa se desmoronó.

—A veces —prosiguió ella— solo puedes juzgar si vale más experimentar algo que saberlo...

—Si estoy muerto no puedo juzgarlo —la cortó él.

Ella comenzó el ejercicio de nuevo.

—¿Cómo determinarlo? Bueno, por lo general es una cuestión de sentido común. Por muchos conocimientos que tengas, habrá ocasiones en las que no hayas concebido un plan apropiado, o te encontrarás en una situación en la que no dispondrás de tiempo para pensar. Enfrentarte a una situación del primer tipo requiere que asumas un riesgo; para lidiar con el segundo, viene bien tener buenos instintos y reflejos pulidos con la práctica.

Él guardó silencio. Estaba tan irritado que reaccionaba con torpeza. Ella interrumpió la secuencia.

—¿Existe alguna manera de salir de esto?

Él empezó a negar con la cabeza, pero se detuvo.

—Supongo que la habrá.

—Volvamos a empezar.

Ella no creía que la derrota pudiera evitarse en ese ejercicio, pero no perdía nada con brindarle a Qall la oportunidad de intentarlo solo para estimular su interés en la lección. Él hizo tres intentos más: en el primero, probó una táctica distinta, más arriesgada. En el segundo, trató de confundirla con reacciones rápidas. En el tercero, se apartó del mundo, se deslizó hasta la barrera de Rielle y estuvo a punto de alcanzar su escudo interno con un impacto. Solo falló porque el instinto de autoprotección de ella fue más rápido que el ataque.

—Se supone que para este ejercicio debes limitar tu acceso a la magia —le recordó ella—. Has gastado casi toda tu energía para apartarte del mundo.

—Sí, pero no me haría falta mucha para matarte si me moviera con suficiente velocidad.

Ella asintió.

—Tienes razón. Pero entrañaría un riesgo muy grande.

—Un riesgo que valdría la pena correr, si supiera que quedarme sin hacer nada implicaría perder. Llegar a esta conclusión lleva tiempo. Un tiempo del que no... dispongo... —Su voz se apagó y su mirada se perdió en la distancia mientras él tomaba conciencia de lo que decía.

—Pero ahora que hemos practicado esto, puedes llegar a esa conclusión de inmediato si algún día te ves en esa situación —finalizó ella, y sonrió—. Hoy hemos conseguido algo.

Él asintió despacio, aún distraído.

—¿Qué te ocurre? —Rielle siguió la dirección de su mirada y no vio más que el laberinto de roca oscura y torcida y la arena suave que componían la parte del mundo en la que se encontraban.

—Me ha parecido oír algo.

Rielle aguzó el oído. A veces el viento, al soplar por pasadizos y túneles, producía sonidos que parecían sobrenaturales, pero ese día reinaba tal calma que ella alcanzaba a oír la respiración de Qall y los gruñidos de sus tripas.

—Es hora de volver a casa —decidió.

Él asintió y posó de nuevo la vista en ella. Ahora que la lección había terminado, recuperó su actitud retraída y taciturna. Reprimiendo un suspiro, Rielle echó a andar hacia una cueva cercana, seguida por él.

Desanduvieron el camino a través del terreno rocoso hasta el lugar donde se habían materializado. Durante todo el trayecto, Rielle permanecía atenta a la posible presencia de otras mentes, pero no detectó ninguna. A pesar de las botas de caña alta que habían comprado para sus visitas a ese mundo, siempre se les colaba arena en ellas, así que se detuvieron para sacudirlas. Una vez que acabaron, Rielle le tendió la mano a Qall. Cuando este la tomó, ella se impulsó hacia el espacio entre mundos avanzando despacio y borrando su rastro.

Conforme las piedras oscuras y la arena se desvanecían, le resultaba más difícil distinguir la frontera entre lo uno y lo otro. Esa era una de las razones por las que había elegido aquel lugar para sus clases; desde el espacio intermedio parecía de roca viva. Los hechiceros se deslizarían a mayor altura para asegurarse de encontrar un espacio despejado donde emerger y por lo tanto no los divisarían a Qall y a ella, pues estarían ocultos en el enorme laberinto de cuevas y pasadizos.

Como Qall no podía pasar mucho rato sin respirar, ella no podía dedicar demasiado tiempo a alisar las señales de su paso hasta el mundo siguiente. Tras contar hasta treinta, se detuvo y buscó el final del camino que habían abierto durante el viaje de ida. Encontró el punto a partir del que había empezado a ocultarlo. Allí el camino arrancaba con brusquedad, y ella lo siguió, adentrándose en el espacio intermedio.

Aunque habría preferido no alejarse mucho de Amelya, o no abandonar siquiera la ciudad, la densidad de la población que la convertía en un sitio ideal donde



esconderse también imposibilitaba que entrenara a Qall sin llamar la atención. El tráfico constante desde otros mundos permitía que sus rastros se perdieran entre muchos otros, al menos hasta que se hallaba a una distancia considerable de Amelya. Una vez que abandonaba las vías más transitadas, tenía que recurrir a su habilidad para borrar sus huellas.

La blancura absoluta cedió el paso al verde del océano y el cielo del mundo siguiente, que los envolvió. Rielle creó un suelo de aire solidificado en el momento de la llegada para que no se precipitaran en el vacío. Una vez que se hubieron sentado los dos, a fin de no perder el equilibrio, ella se propulsó a través del cielo.

En aquel mundo había numerosos lugares de llegada, pero, como la mayoría de sus habitantes vivía en gigantescas rocas flotantes en medio del mar, era mera cuestión de suerte que alguna de aquellas balsas naturales coincidiera en un momento determinado con uno de ellos. Por eso los hechiceros debían deslizarse o levitar para encontrar «tierra». Sin embargo, Rielle no buscaba suelo firme, sino solo añadir una escala a su trayecto de vuelta a casa para no dejar unas huellas que algún mago pudiera rastrear. Tampoco buscaba un lugar de llegada, ya que había abierto un camino nuevo hasta ese mundo. Lo difícil sería localizar el punto en el que finalizaba ese camino.

Cuando llegó a una zona donde el agua era lo bastante poco profunda para que se divisara el fondo ondulado, buscó una configuración de formas en la que se había fijado antes, donde los surcos en la arena se juntaban formando un dibujo extraño. No obstante, esta no era la única particularidad que recordaba y, cuando avistó un barco hundido que le resultaba familiar, supo había llegado al final de su camino anterior.

En cuanto empezó a seguirlo, percibió que otra persona había viajado por él hacía poco tiempo. De no haber estado en el espacio entre mundos, el corazón le habría dado un vuelco en el pecho. Qall la miró con el ceño fruncido, pues había captado lo mismo.

«¿Cuánto tiempo...?».

«No hables —se apresuró a contestarle ella—. Si hay alguien más en el espacio intermedio podría oírte».

Él hizo un mohín y apretó los labios. Rielle, que no tenía tiempo para aplacarlo, dirigió de nuevo su atención al camino. Alguien lo había usado después que ellos, pero hacía ya un buen rato. Sin duda, antes de que Qall y ella abandonaran el campo de entrenamiento. Fuera quien fuese, ya debía de encontrarse lejos.

El desconocido había seguido el camino que Rielle había abierto hasta allí. No tenía ni idea de cómo lo había encontrado, pues ella había ocultado el principio. Tal vez había topado con él por casualidad. No quedaba claro adónde se había dirigido esa persona después de llegar al mundo oceánico. O había retrocedido hasta el punto donde ellos dos habían enfilado el camino, o se había materializado en el mundo oceánico y se había alejado levitando. O había caído al agua.

Rielle avanzó con cautela por el camino. Dejaron atrás el punto medio y siguieron adelante hasta el mundo siguiente. Durante todo el recorrido, ella intentaba descubrir dónde se había cruzado el desconocido con su ruta y se había incorporado a ella. En vez de ello, no muy lejos del siguiente mundo, notó de pronto que su camino volvía a estar menos transitado. Desconcertada, siguió adelante antes de comprender lo que esto significaba.

«Somos nosotros los que estamos utilizando el camino de ellos. Debían de estar atravesando el sector entre el mundo siguiente y el lugar donde dejé de ocultar nuestro rastro. Pero ¿cómo sabían hacia dónde tenían que ir para encontrar el punto exacto donde yo había cesado de esconderlo?».

El mundo siguiente empezó a volverse más definido. Los rodeaba un bosque poco espeso de árboles extraños. De un solo tronco y con una masa de ramas finas que formaban bolas a intervalos, parecían concebidos por un niño. A sus pies, el terreno estaba cubierto de plantas espinosas salvó allí donde sobresalían unas rocas llanas y relucientes. Cuando se materializaron, Rielle oyó que Qall tomaba una gran bocanada de aire. Ignoró la rapidez con que empezó a latirle el corazón, la forma en que su cuerpo expresaba el nerviosismo que no podía sentir entre mundos, y creó una barrera de aire inmóvil en torno a ellos mientras proyectaba los sentidos en busca de mentes.

Los únicos humanos que había cerca vivían en granjas y en una aldea minúscula. Ninguno de ellos había reparado en su presencia o la de Qall. Ella lo miró, esperando que le formulara alguna pregunta, pero él permaneció encorvado y en silencio.

—Alguien ha encontrado nuestro camino —le explicó, con su aliento condensándose en el aire frío—. Pero eso no significa necesariamente que estuvieran buscándonos.

La mirada que él le lanzó evidenció que sabía que no estaba tan segura de ello como quería aparentar.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —inquirió él.

«Buena pregunta», pensó ella.

—Proseguir el camino hacia casa.

En el trayecto de ida, ella se había deslizado hasta ese bosque desde un lugar de llegada cercano, situado en una vieja cantera. Decidió tomar una ruta distinta, pero cuando se disponía a indicarle a Qall que aguantara la respiración cambió de idea. «Averigüemos cuánto trecho ha recorrido ese hechicero entrometido al seguirnos».

Qall respiró hondo, pues había leído sus intenciones en su expresión. Ella asintió en señal de aprobación y se apartó del mundo. Aunque había ocultado el final de su camino desde la cantera, tenía una idea aproximada de dónde estaba y se encaminó hacia allí. De inmediato percibió un camino nuevo, usado recientemente, que unía el hueco entre el lugar de llegada y el punto donde ella había empezado a esconder el suyo.

Mientras avanzaba, una mezcla de curiosidad y preocupación se iba adueñando de ella conforme se aproximaba al final del camino. Volvía a cambiar, convirtiéndose de

nuevo en el rastro menos marcado de un solo trayecto. No serpenteaba, sino que continuaba directo hacia la cantera, donde Rielle emergió y se paró a reflexionar sobre lo que acababa de descubrir.

Un desconocido había localizado de alguna manera tanto el principio como el final de dos caminos abiertos por ella, a pesar de que los había ocultado. Uno para desplazarse entre mundos, el otro para deslizarse por uno de ellos. ¿Se trataba de una casualidad o de algo más siniestro?

Tal vez la dirección en la que se había deslizado resultaba demasiado evidente. Se puso en el lugar del desconocido. Si hubiera estado siguiendo a Rielle y a Qall, habría llegado a la cantera y no habría encontrado un camino por donde continuar. Habría concluido entonces que ella había vuelto sobre sus pasos, proseguido el viaje desde la cantera por medios no mágicos o bien escondido su rastro. Si se hubiera decantado por la primera opción, habría retrocedido, pero no sin antes descartar la segunda posibilidad deslizándose a mayor altura para intentar avistarla, y luego en círculo para encontrar el lugar donde ella había dejado de caminar y se había internado de nuevo en el espacio intermedio.

Se apartó ligeramente del mundo con el fin de buscar algún indicio de que hubiera ocurrido esto último, pero no lo encontró. El desconocido se había deslizado directamente desde el lugar de llegada hasta el punto donde arrancaba el camino de ella. Como si supiera que sabía cómo disimularlo.

«¡No! ¡Más bien como si pudiera percibir dónde había ocultado mi rastro!».

Qall le dio un apretón en la mano. Al alzar la mirada, ella reparó en su expresión crispada y cayó en la cuenta de que se había frenado casi hasta detenerse en el espacio entre mundos. Regresó a la cantera y emergió. Qall rompió a jadear de inmediato.

—Lo siento —dijo ella.

Cuando el joven se recuperó, ella echó un vistazo alrededor, buscando otras mentes, pero no captó ninguna.

Entonces se le ocurrió otra posibilidad. Puesto que cuando un hechicero se deslizaba cerca de un mundo resultaba visible como una figura fantasmagórica, era razonable pensar que el desconocido la había visto y se había fijado en qué dirección se desplazaba. Para ello, esa persona también debía encontrarse cerca del mundo.

«Si el desconocido advirtió que me movía despacio al principio y luego cada vez más deprisa, tal vez fue a investigar y descubrió que soy capaz de esconder mi rastro. A lo mejor me siguió con la intención de preguntarme cómo se hace y luego me perdió en el mundo oceánico». O quizá se trataba de un rastreador de Dahli.

Decidió encontrar otro camino para regresar a casa, pero cambió de parecer. Si un explorador de Dahli la había localizado, ella tenía que saber durante cuánto rato la había seguido. Si la había rastreado desde Amelya, tal vez hubiera encontrado a Timane.

Qall enderezó la espalda con una expresión ceñuda de inquietud, y ella supo que había vuelto a leerle la mente. Cuando abrió la boca para reprenderlo, él realizó una inspiración larga y pesada. Mordiéndose la lengua, Rielle se apartó del mundo.

En el viaje de ida había utilizado caminos muy transitados para pasar por los dos mundos siguientes, así que no tenía forma de detectar si el desconocido la había seguido. Para el trecho que venía después, bastante próximo a Amelya, había abierto un camino nuevo a través del centro de un mundo. Inspirándose en el sistema que Tyen había empleado para marcharse de Doum, creó un camino que descendía hacia las entrañas de la tierra. Cuando llegaron a un punto a partir del cual suponía que la mayoría de los hechiceros mortales se volvería atrás, comenzó a disimular su rastro y a cambiar de dirección al mismo tiempo, y a continuación viajó con normalidad hasta salir a la superficie en otra parte del mundo. Esto le brindaba la oportunidad de comprobar si el desconocido era capaz de detectar dónde había escondido sus huellas.

Tendría que desplazarse con lentitud. Con demasiada lentitud para Qall, que se quedaría sin aire. Cuando llegó a la derruida torre de piedra de donde partía el camino que atravesaba el mundo, una expresión de consternación asomó al rostro de Qall.

—Piensas dejarme aquí. —Un ligero temblor en su voz delató su miedo.

—Sí —respondió ella—. Me llevará más tiempo del que puedes pasar sin respirar.

—¿Y si me encuentran aquí?

—Baja al pie de la torre y mantente oculto. Si aparece alguien, léele la mente para averiguar si nos busca, pero no reveles tu presencia.

Él asintió.

—Ten cuidado.

—Lo tendré. —Tras absorber magia del borde exterior del mundo, Rielle se impulsó al espacio intermedio, encontró el camino de antes y se zambulló en el suelo.

Percibió en el acto que otro hechicero había usado ese camino. Tuvo que contar mentalmente para saber cuándo el sendero estaba a punto de terminar y dónde comenzaba el hueco. Redujo la velocidad cuando se hallaba cerca del final, pero el camino se prolongaba más allá de lo que había supuesto. La ansiedad la había llevado a contar más deprisa.

Al llegar al hueco, aminoró la marcha de nuevo. Solo el camino del desconocido seguía adelante y torcía allí donde ella había cambiado de rumbo mientras ocultaba su rastro.

Al cabo de un momento, Rielle volvía a avanzar por el camino original.

Se detuvo y dio media vuelta con una rabia creciente.

«Tyen. ¡Maldito embustero! Me hizo creer que estaba disimulando mi camino cuando en realidad estaba dejando un rastro muy marcado».

Desplazándose en otra dirección, alisó la sustancia del espacio intermedio como había hecho muchas veces. Retrocedió y buscó señales de su paso previo por allí. Como sabía lo que buscaba, le resultó más fácil detectar una ligera rugosidad en la sustancia del espacio intermedio. Era como si, por muy a conciencia que uno allanara

la arena mojada, esta nunca recuperara del todo la regularidad que dejaba el flujo y reflujos del agua. Aunque la mayoría de la gente no percibiría esa rugosidad, no le costaría mucho a alguien que tuviera claro lo que quería encontrar. Alguien a quien le hubieran indicado qué signos buscar.

Consciente de que ya llevaba mucho rato en el espacio intermedio, Rielle buscó el camino que conducía a la torre. Aceleró hacia la superficie, con las dudas agolpándose en su mente. ¿Se alisaría la rugosidad con el tiempo, o resultarían visibles para los cazadores de Dahli todos los pasos de su viaje a Amelya?

«Da igual —se dijo—. Lo que importa es que alguien capaz de detectar las partes de mi camino que he ocultado me sigue». Cuando emergió del interior del mundo y se materializó en la torre, se sentía mareada a causa de las implicaciones de todo ello. Si el rastreador los había avistado a Qall y a ella, sin duda había emprendido el viaje de vuelta para reencontrarse con Dahli. A menos que su propósito fuera hacerles llegar un mensaje de este amenazando a la familia de Leyikh. Pero lo dudaba, porque el rastreador sabía que ella le impediría regresar para informar a Dahli de que lo había entregado. «No puedes hacer chantaje a alguien con quien no consigues comunicarte».

En cualquier caso, ella debía volver a Amelya y comprobar que Timane estuviera sana y salva.

Y tendrían que partir de nuevo en busca de un lugar donde esconderse.

—Podrías quedarte —le dijo Rielle a Timane—. Pero entonces deberías mudarte a otra ciudad. Nos iríamos tristes por dejarte, pero contentos de saber que estarías prosperando aquí.

—No. —Timane sacudió la cabeza con el semblante solemne y la espalda recta. Disimulaba bien su desencanto—. Los mundos son infinitos, como decía mamá. Si puedo cantar aquí, puedo cantar en cualquier otro sitio.

—Tal vez sería más seguro que te quedaras —añadió Rielle—, siempre y cuando cambiaras de ciudad...

—No —repuso Timane—. No estaré más segura aquí que con vosotros. Si consiguen llegar hasta aquí, se enterarán de que existo y me buscarán para hacerme preguntas sobre vosotros.

—Tiene razón —señaló Qall.

Rielle lo miró. Había estado callado y con mala cara desde que habían vuelto de investigar el camino.

—¿Lo ves? —dijo Timane con una sonrisa forzada y tensa de determinación—. Y ahora que ese asunto está zanjado, no veo por qué hemos de retrasar la partida más de lo necesario. Iré a avisar a Dell. —Se levantó de la silla y salió de la habitación.

«¿Qué he hecho para merecer tanta lealtad? —se preguntó Rielle—. Pero me alegro de que venga con nosotros. Se lleva mejor con Qall que yo». Se volvió hacia él, que había estado observándola, pero apartó la vista enseguida.

—Voy a por las mochilas y a comprobar si hay que reponer algo —dijo él.

Ella sonrió.

—Gracias.

Rielle lo siguió con la mirada mientras subía por la escalera. Se había gastado todas las gemas que había guardado en casa de Tarren al regresar a Amelya: ya no tendrían nada que vender durante el viaje. «Solo contamos con los ahorros de Timane y Qall». Se debatió entre el sentimiento de culpa y la gratitud. Le parecía injusto depender de los ingresos de los dos, pero de no ser así, viajar por los mundos resultaría mucho más complicado.

¿Qué debía hacer ahora? Exploró las mentes próximas, que eran muchas pues abajo, en el teatro, se estaba representando una función. Sus sentidos localizaron una mente conocida: la de Timane. Estaba enfrascada en una dura negociación con la propietaria del teatro. La ventaja que le confería su capacidad para leer mentes quedaba contrarrestada por su deseo de que la mujer que la había contratado y formado no perdiera demasiado dinero. Cuando llegaron a un acuerdo, juntaron las

palmas en un gesto de respeto, se abrazaron y se enjugaron las lágrimas. El afecto y la admiración que Dell le profesaba a la joven eran auténticos.

Rielle salió de la habitación y se encontró con una Timane más sosegada en mitad de la escalera. La chica le puso en la mano una bolsa repleta de monedas.

—Quédatela —dijo.

—¿Estás segura?

—Claro. Pero no me envíes a mí a comprar provisiones. A ti se te da mejor regatear, de todos modos, y sabes lo que necesitaremos para el viaje. Tengo que decidir a cuáles de mis pertenencias voy a renunciar. Es algo que nunca había tenido que hacer.

Rielle la estrechó entre sus brazos.

—Gracias. Qall está preparando las mochilas, para que puedas hacerte una idea del espacio del que dispones.

Timane emitió un gemido de espanto fingido.

—¿Permites que un hombre que apenas ha dejado atrás la niñez prepare las bolsas de dos mujeres adultas?

—Será mejor que subas a supervisarlos. Creo que prefiere dejarse aconsejar por ti que por mí.

La chica subió las escaleras a toda prisa. Rielle se volvió y continuó bajando. Al pasar frente al despacho de Dell, se detuvo a mostrarle su agradecimiento. La mujer lo aceptó con una inclinación severa de la cabeza. Aunque Timane no le había contado de qué huían Qall, Rielle y ella, conocía a demasiadas mujeres que habían escapado de familias poderosas o esposos crueles como para guardarle rencor a una por abandonarla en medio de su temporada de más éxito.

Rielle tardó más de lo que esperaba en comprar con las monedas locales víveres y objetos pequeños y valiosos que le sirvieran como medio de intercambio en otros mundos. Como las gemas y los metales preciosos tenían mucha demanda en Amelya y por tanto resultaban caros, se aprovisionó de especias secas, telas finas y perfumes. Evitó las semillas, siguiendo la norma de los viajeros de no llevar plantas u otros seres vivos a otros mundos, donde podían acabar con las cosechas y la fauna local.

No dejaba de inspeccionar las mentes cercanas por si en alguna de ellas captaba su nombre o pensamientos relacionados con una búsqueda. Los niños contratados para observar a la competencia en el mercado la distraían, y cuando por fin regresó al teatro se topó con un nuevo empleado que ejercía como espía para otro teatro. Ir en busca de Dell para informarla de esto retrasó aún más su regreso. Poner a la mujer sobre aviso era lo menos que podía hacer Rielle, teniendo en cuenta que iba a arrebatarse a su mejor cantante.

De modo que no pudo explorar la mente de Timane hasta que empezó a subir las escaleras, y la encontró en un estado de ansiedad.

Qall había desaparecido.

Se había marchado después de hacer un comentario sobre la blandura excesiva de Rielle y sus intenciones de matar al rastreador por sí mismo. Timane quería salir corriendo a buscar a Rielle, pero no sabía muy bien adónde ir y suponía que tal vez le llevaría más tiempo encontrarla que si simplemente se quedaba donde estaba.

Rielle subió los escalones a saltos e irrumpió en la habitación. Timane se volvió hacia ella de inmediato.

—Se ha...

—Ido. ¿Hace cuánto?

—No lo sé. No mucho después de que te marcharas.

—Espera aquí.

Tras ponerle en las manos la bolsa con los objetos valiosos, Rielle se apartó del mundo.

Localizó el camino de Qall al cabo de un momento y lo enfiló a toda velocidad. Él no había hecho el menor esfuerzo por despistar a quien quisiera seguir el rastro hasta la habitación. «Su certeza de que encontraría al rastreador y se encargaría de él lo han llevado a desechar toda precaución —supuso ella—. Muchacho insensato. No se da cuenta de que matar no es tan fácil. O, mejor dicho, es fácil, pero cuesta vivir con ello. Debería haberle hablado de las personas que he matado, y del sentimiento de culpa y el horror que nunca me abandonan».

El camino conducía de Amelya al mundo vecino, donde Qall se había deslizado hasta un camino muy transitado. A partir de allí no pudo sino conjeturar que él se había dirigido hacia el mundo siguiente —donde ella había descubierto que el cazador podía detectar los tramos ocultos de su camino— para intentar dar con el rastro del desconocido. Sin embargo, cuando llegó, advirtió que nadie había utilizado los caminos recientemente. Qall no había pasado por allí. ¿Adónde había ido, entonces?

«Directamente al primer lugar donde me percaté de que alguien nos había seguido, el último donde había estado el rastreador», pensó, y se encaminó hacia el mundo oceánico. Al llegar al mundo del bosque extraño percibió un camino recién usado. No discurría hacia el mundo oceánico, sino que se deslizaba en torno al lugar de llegada en círculos cada vez más amplios. A unos cien pasos del lugar de llegada, el sendero torcía con brusquedad, se alejaba deslizándose, y de pronto se zambullía en el espacio intermedio en dirección al mundo contiguo. El cazador se había alejado a pie del lugar de llegada antes de proseguir su viaje; una forma sencilla de disimular su rastro.

El camino llevaba a un templo, la mayor parte de cuyos residentes dormía. Un vigilante amodorrado custodiaba el lugar de llegada y, cuando Rielle se materializó, despertó de golpe, pensando que esa noche la Puerta de los Dioses estaba muy concurrida. Rielle vislumbró a Qall en la mente del hombre, así como a una mujer que había pasado por ahí antes. Una mujer cuyo rostro le resultaba familiar.



«¡Inekera!». Un escalofrío le bajó por la espalda al recordar a la mujer que la había abandonado en un mundo desértico para que muriera, no mucho después de que Valhan se hubiera llevado a Rielle de su mundo natal. Imaginar a Qall a merced de Inekera la llenaba de espanto.

El joven también debía de haber visto a la mujer en la mente del guardia. Eso le facilitaría la tarea de localizarla. Tras dejar al vigilante preguntándose quiénes eran esas divinidades que efectuaban unas visitas tan breves, Rielle siguió un camino hacia el mundo siguiente, y luego a través de varios más. Qall no se esforzaba en absoluto por ocultar sus huellas. Al no tener que perder tiempo buscándolas, Rielle tardaría menos en alcanzarlo.

De vez en cuando, el camino de Qall se alejaba de un lugar de llegada deslizándose en espiral o retrocedía, por lo que Rielle suponía que había perdido el rastro de Inekera. Sin embargo, siempre acababa por recuperarlo. Al desplazarse por medios físicos para esconder sus huellas, la mujer ralentizaba su avance, lo que minó las esperanzas de Rielle de llegar hasta ella antes que Qall.

Cuando el sendero de este la llevó hasta un mundo con poca magia, se detuvo a escudriñar la llanura de piedra agrietada cubierta de musgo que la rodeaba. Su costumbre de absorber y almacenar magia continuamente para viajar por varios mundos la salvó de quedarse varada, pero ¿se habría acordado Qall de hacer lo mismo? Durante sus clases se mostraba impaciente y no siempre prestaba atención.

Si se había quedado atrapado allí, ella jamás conseguiría localizarlo por medio de su mente. Por otro lado, él podría encontrar la suya, siempre y cuando hubiera aún un poco de magia.

Por fortuna, el camino de Qall no acababa allí. Conducía a un mundo árido y frío que también era pobre en magia. Consciente de que los mundos inhóspitos a menudo lindaban con mundos muertos, Rielle siguió el rastro del joven con una intranquilidad creciente.

Para su alivio, la magia abundaba en el mundo siguiente. Unos funcionarios vigilaban el lugar de llegada y tomaban nota de los visitantes. Rielle cayó en la cuenta de que se trataba de un mundo que ya había visitado, antes de descubrir Amelya. Al leer los pensamientos de los funcionarios supo que Qall ya no le llevaba mucha delantera. Su camino proseguía en línea recta, sin espirales para encontrar el sendero de Inekera ni vueltas atrás después de haberlo perdido.

«¿Ha renunciado Inekera a ocultar sus huellas? ¿Es porque se ha percatado de que la persiguen y no ha tenido tiempo de recurrir a tácticas evasivas?».

Rielle avivó la marcha. Unos mundos más adelante, captó una posible presencia en el espacio intermedio. Tras pasar por algunos más, no le cabía la menor duda de ello, pero la sensación se desvaneció cuando su presa llegó a un mundo. Como sabía que no volvería a percibirla hasta que enfilara el camino siguiente, Rielle continuó su avance a toda prisa sin absorber magia, buscó otro camino reciente y se encontró deslizándose por un mundo brumoso salpicado de islotes.

Ante sí, muy a lo lejos, divisó una sombra que se recortaba contra el blanco de la niebla. Esta se desplazaba tan deprisa que, aunque Rielle se propulsó con todas sus fuerzas, no consiguió acortar ni a la mitad la distancia que la separaba de ella antes de que desapareciera. El camino cambiaba de dirección repentinamente y se adentraba en el espacio intermedio sin detenerse en el mundo. Rielle lo enfiló a toda velocidad. Si Qall no había parado a respirar, tendría que hacer escala en el mundo siguiente.

La bruma se disipó en la blancura y cedió el paso a un paisaje erosionado de tierra roja y árboles retorcidos. Un mundo débil. Cuatro vigilantes de piel negra, dos hombres y dos mujeres, estaban en cuclillas al borde de un círculo de terreno polvoriento. Cuando Rielle se materializó, les examinó la mente. Vio a Qall. Y también a Inekera.

En los pensamientos de los vigilantes, los dos estaban juntos, agarrados de las manos. «Pero no iban “juntos” —se dijo la mujer mayor—, a juzgar por las miradas tensas y recelosas que intercambiaban. Además, el hombre iba jadeando, sin aliento. Tal vez esta de ahora es una amante que persigue a uno de los dos».

Temerosa de perder el rastro por entretenerse demasiado, Rielle siguió adelante. Qall e Inekera se desplazaban a gran velocidad ahora. Él tendría que detenerse para respirar durante más de un momento, y entonces Rielle les daría alcance. En efecto, cuando el mundo siguiente emergió del blancor del espacio intermedio, vislumbró allí a dos figuras conocidas. Qall estaba inclinado hacia delante, con las manos apoyadas en las rodillas, resollando. Inekera se volvió en dirección a Rielle con los ojos entornados y, al ver que aparecía una sombra, lo agarró de la muñeca y lo apartó del mundo con brusquedad.

Aunque Qall tenía las facciones crispadas de dolor, cuando Rielle se materializó y se lanzó hacia ellos, él frunció el ceño al reparar en ella. No se resistió al tirón de Inekera. Se desvaneció un poco, pero no desapareció del todo mientras Rielle los seguía muy de cerca. Aquello no tenía sentido. Qall era más fuerte que Inekera, así que habría podido obligarla a detenerse o incluso arrastrarla hacia Rielle.

«¿Por qué está colaborando con ella?».

De inmediato, Rielle pensó en sus temores sobre su familia. ¿Le había comunicado Inekera la amenaza de Dahli contra ellos? «¡Por supuesto!».

«¡Qall! —lo llamó Rielle con la mente—. No tienes por qué irte con ella».

Qall miró hacia atrás y sacudió la cabeza. Aunque su boca permaneció cerrada, ella oyó en la cabeza su voz apagada.

«Deja de seguirme. Por favor. No quiero hacerte daño».

De pronto, se esfumó de sus sentidos. Empezó a formarse otro mundo. Los dos se hallaban de pie sobre un sencillo círculo de tierra rodeado por una valla de ramas entretejidas. Inekera habló, pero como Rielle aún no se había materializado, no alcanzó a oír o distinguir sus palabras. Qall asintió, con los hombros caídos. Respiró hondo y asió el brazo de la mujer.

Cuando Rielle llegó al fin, ambos se habían marchado. Salió en su persecución.

Qall avanzaba veloz, más deprisa de lo que ella lo había llevado a través de los mundos, más deprisa de lo que él nunca había viajado. Poseído por una determinación temeraria. Ella lo siguió, resuelta a alcanzarlo cuando parara a recuperar el aliento. Los mundos pasaban como exhalaciones. A Rielle no le daba tiempo a absorber magia, pero tampoco a Qall o a Inekera. Solo le quedaba esperar que a él se le acabara el aire antes que a ella la magia.

Por fin llegó a un mundo un instante después que Qall, y él no siguió adelante. En vez de eso, se volvió hacia ella, respirando a grandes bocanadas.

—Tengo... que... hacer... esto —jadeó—. Es... la única manera...

—Qall... —empezó a replicar ella.

La oscuridad la envolvió. Qall e Inekera desaparecieron.

Cuando Rielle intentó absorber magia para seguirlos, no la encontró.

## QUINTA PARTE

# Tyen

El nuevo taller de Tyen era similar al anterior. Instalado también en el sótano de una mansión, tenía las paredes cubiertas de estantes y unas mesas ocupaban el centro. Cuerpos de insectoides desmontados cubrían las mesas de un extremo, y las baldas del otro lado estaban repletas del mismo instrumental que Tyen había pasado por alto antes. La única diferencia física estribaba en que las escaleras arrancaban del centro de la habitación.

Un cambio más reciente era que estaba solo. Zeke había desaparecido varios días atrás, lo que resultaba frustrante porque el joven inventor estaba explorando una idea prometedora. Dahli no había vuelto a visitarlo desde que Rielle había atacado el viejo taller, pero había enviado a un lacayo para que guiara a Tyen hasta los nuevos voluntarios, le entregara cadáveres, lo llevara a un mundo lo bastante rico en magia para intentar una resurrección y retirara a los dobles de los voluntarios a fin de que Dahli pudiera juzgar el resultado.

Tyen se había reunido con tres nuevos sujetos dispuestos a perder un dedo a cambio de la oportunidad de que su mente viviera en un cuerpo juvenil. Todos eran más jóvenes que Pieh. Había introducido variaciones en su método para copiar la pauta de una persona en su dedo, probado formas distintas de cambiar las pautas de los cadáveres que Dahli le facilitaba y afinado el proceso final de grabación de los recuerdos almacenados. No había logrado culminar con éxito ninguna de las resurrecciones que había tratado de llevar a cabo..., al menos según el criterio de Dahli.

Los lacayos no sabían qué hacía Dahli con las réplicas. Tyen sospechaba lo peor. Sabía que habría debido sentirse aliviado con el fracaso de cada resurrección, pues le ahorrraba el tener que fingir que estaba realizando progresos graduales. Hasta ese momento esperaba estar proporcionándole a Dahli un motivo para no perseguir a Rielle, a fin de que ella dispusiera de tiempo para encontrar un lugar donde esconderse. Aun así, Dahli había enviado cazadores en su busca, y resultaba evidente que ella no se ocultaba en un lugar demasiado lejano si había descubierto lo que Tyen se traía entre manos.

La idea de que Rielle creyera que la había traicionado lo ponía enfermo. Ella también se había reunido con Baluka. Lo descubrió al leerle la mente a Dahli. Y se había enterado de que ella había regresado a su escondite mientras los restauradores se preparaban para un posible enfrentamiento con un Raen resucitado.

Tyen sabía que los retrasos los ayudarían. Tal vez el Raen lo perdonaría por ayudar a Rielle, pero no vería con buenos ojos que proporcionara ventajas a sus

enemigos. En el fondo, Tyen sabía que no estaba haciendo ni una cosa ni la otra. Era igual de probable que descubriera el proceso correcto por casualidad que de forma deliberada. Y ahora mismo no conseguía avances porque los lacayos de Dahli llevaban un tiempo sin aparecer por ahí.

Esto lo había dejado sin nada que hacer. No podía trabajar en los insectoides, por temor a confundirse con el método de trabajo de Zeke. Casi todos los detalles sobre lo que este había aprendido y estaba preparando solo estaban guardados en su memoria.

A Tyen no le quedaba otra ocupación que seguir reconstruyendo el humanoide que Rielle había destrozado. En cierto modo, le estaba agradecido por haberlo obligado a empezar de nuevo, pues su segundo modelo estaba mucho más pulido que el primero. En parte esto se debía a que ahora se encontraba en un mundo tecnológicamente más avanzado, aunque no tanto como su mundo de origen. Le resultaba más fácil conseguir o encargar los componentes que necesitaba, o materia prima de calidad.

También le ayudaba que unos cuantos negocios de ese mundo obtuvieran cuantiosos beneficios de la magia mecánica. La mayor parte de sus creaciones no eran para uso bélico. Algunas eran soluciones elegantes a retos urbanos como el de ofrecer un suministro adecuado de agua y luz. Si aquel mundo hubiera sido la regla en vez de la excepción, Tyen no se habría sentido tan culpable por haber introducido la magia mecánica en los mundos.

De vez en cuando sacaba a Vella para comentar con ella sus progresos. Era una manera muy práctica de mantener un registro de lo que hacía. Si su conversación se desviaba del tema, al menos le servía para pasar el rato.

«Las máquinas fabricadas aquí hacen un uso muy eficiente de la magia —le dijo a Vella—. Lo que me da que pensar... Los inventores de mi mundo sabían que la magia era finita, aunque no creyeran que la generara la creatividad. ¿Por qué no estaban motivados para idear máquinas más eficientes?».

*—La Academia advirtió al profesor Kilraker que plantear si la magia era finita se acercaba demasiado al tema tabú de si era un producto de la creatividad. Los profesores debían hacer caso omiso de ambas teorías para que no los tacharan de «radicales» y sus puestos no corrieran peligro.*

«Me pregunto si quedará algo de magia en mi mundo. Hace más de diez años que me marché».

*—Tendrían que consumir una cantidad enorme para agotar todas las reservas. Lo más probable es que ahora la magia sea muy poco densa.*

«Demasiado poco densa para que resulte útil, tal vez. Las máquinas quedarán inservibles. Los aerocoches y aerocarruajes no podrán elevarse. Los trineorraíles no

arrancarán. ¿Podrá seguir funcionando la sociedad como antes sin máquinas?».

—El fracaso de esa clase de sistemas suele desembocar en la rebelión y la guerra. Lo que a su vez conduce al surgimiento de ideas radicales.

Tyen suspiró al leer las palabras que aparecieron en la página. «La guerra. Otra más. ¿Habrá algún lugar de los mundos donde la gente no se mate entre sí? No me respondas, Vella. Sé que hay mundos que no están en guerra, incluido este, pero me da la impresión de que son pocos. Cambiemos de tema».

Alzó la vista hacia el humanoide. «¿Qué opinas de esto, Vella?».

—Está bien hecho —contestó ella—. Pero no has resuelto el problema de conseguir que tenga cabida para una mente completa.

«No. Pero, si lo resolviera, ¿crees que sería un recipiente adecuado para ti?».

—Si me permite estar verdaderamente consciente sin depender del contacto de una persona y me proporciona extremidades con las que transportarme y manipular objetos, representará una mejora respecto a mi estado actual. Aun así, seguiré incompleta.

«Sin la capacidad de experimentar emociones. —Asintió—. Sería mejor que perfeccionara las resurrecciones para poder darte un cuerpo humano de verdad».

—Sin embargo, eso me convertiría en mortal. No era lo bastante fuerte para alcanzar la inmarcesibilidad.

«Podría intentar transferirte a un recipiente que lo fuera».

—Tendría que tratarse de alguien que hubiera muerto sin aprender a cambiar las pautas o bien con graves daños en el cerebro, pues de lo contrario su cuerpo se sanaría a sí mismo.

¿Qué posibilidades había de encontrar a un hechicero poderoso recién fallecido que no se hubiera vuelto inmarcesible aún, y menos ahora que el Raen ya no restringía la difusión de los conocimientos sobre magia? Tyen sacudió la cabeza. No parecía probable.

—Tal vez no sea tan improbable como temes. Mientras los mundos estén en guerra, habrá más posibilidades. Sin duda, numerosos magos jóvenes y sin entrenamiento se verán envueltos en las batallas.

«Tienes razón —suspiró él—. Todas las opciones parecen arriesgadas. No sé si se me presentará una segunda oportunidad. Valhan aseguraba que no sobrevivirías al proceso de resurrección. No tengo idea de por qué. Hasta donde yo sé, no hay necesidad de destruir la carne en la que están almacenados los recuerdos. Intenté copiar a Pieh tres veces antes de que Dahli se diera por vencido».

Quizá en eso residía la explicación de sus continuos fracasos. Aun así, no entendía que la destrucción del dedo, la mano o el libro utilizados como almacenamiento pudiera hacer más eficaz la implantación de memorias en un recipiente. En ocasiones, sospechaba que Valhan le había mentado para que él siguiera dispuesto a espiar para él. A pesar de todo, cabía la posibilidad de que Valhan no fuera consciente de que se equivocaba al hacer aquella afirmación. Tyen deseó poder confirmar que Valhan estaba equivocado.

Alzó la vista hacia las mesas vacías. «Cuanto más tiempo pase Dahli sin venir, más convencido estaré de que ha ido en busca de Rielle. Si quiero evitar que la persiga a ella y a Qall, tendré que conseguir avances». Ahora disponía de varios dedos con los que trabajar. Solo le faltaban cuerpos que utilizar como recipientes.

Por otro lado, conseguir cadáveres no era una tarea tan especializada como para que solo los lacayos de Dahli pudieran realizarla. Tyen podía ir a buscarlos por su cuenta. Bajó la mirada hacia las páginas de Vella.

*—Ya te habías planteado antes esta posibilidad, pero la habías dejado a un lado, y por una buena razón —señaló ella—. Los restauradores te estarán vigilando.*

«Sí, es un riesgo, pero algo tengo que hacer. Andaré con cuidado, Vella. Siempre lo hago».

Después de cerrar el libro, lo guardó de nuevo en su bolsa y se lo colocó debajo de la camisa. Se levantó, desperezándose, y echó un vistazo alrededor. El silencio le provocó un escalofrío. ¿O era el aire gélido? Hacía mucho más frío en aquel lugar que en el anterior. Se respiraba siempre un ligero olor a humedad, bastante preferible al que tenía que soportar cuando trabajaba con un cuerpo. Los cadáveres que le llevaba Dahli pertenecían en general a personas cuyo cuerpo sabía que nadie echaría en falta. Gente procedente de los márgenes olvidados de la sociedad, sin seres queridos. O soldados, empapados en la sangre de la batalla.

Estos eran mejores, pues solían ser más jóvenes y, si habían perecido al principio de un conflicto, se encontraban en un estado razonable. Sin embargo, Tyen no estaba seguro de cómo se aseguraba Dahli de que los soldados no tuvieran deudos que quisieran enterrar sus restos. «Tendré que escrutar las mentes de sus compañeros para averiguarlo. Lo que me obligará a acercarme a un campo de batalla».

Su gabán colgaba del respaldo de una silla cercana. En cuanto se cubrió los hombros con él, se produjo una tenue vibración en uno de los bolsillos interiores. Desde que Rielle había dejado patas arriba el laboratorio anterior, Tyen no iba a ninguna parte sin Bicho. Ya no lo necesitaba para custodiar las notas de Valhan. Llevar siempre consigo al insectoide le resultaba curiosamente reconfortante.

Tras proyectar los sentidos hasta el extremo más alejado del mundo para absorber magia, se impulsó hacia el espacio intermedio. Estaba familiarizado con los mundos vecinos, pues los había visitado en una ocasión, cuando estudiaba en Liftre. Algunos, como aquel donde vivía, habían cambiado mucho en los últimos cinco ciclos después



de que el Raen muriera, mientras que en otros aún reinaba la agitación. No le haría falta desplazarse muy lejos para encontrar un campo de batalla.

Sin apartarse de los caminos transitados, viajó por unos cuantos mundos y comenzó a recabar información. Cada vez que llegaba a una ciudad, se deslizaba hasta un lugar tranquilo desde donde leer las mentes de los habitantes del lugar. Había numerosas discusiones entre líderes regionales sobre cómo abordar el conflicto en Thot, un mundo que en otro tiempo había albergado sociedades avanzadas y pacíficas. A Tyen se le cayó el alma a los pies al enterarse de que una de ellas estaba imponiéndose sobre las demás gracias al uso de armas de magia mecánica. Nadie sabía a ciencia cierta qué forma adoptaban los insectoides, pero algo nuevo y devastador había inclinado la balanza a su favor en la guerra. El primer instinto de Tyen fue evitar ese lugar, pero después advirtió que ofrecía la oportunidad de capturar uno de aquellos insectoides nuevos para que Zeke lo investigara.

Poniéndose derecho y armándose de valor para presenciar escenas que quizá desearía no haber visto jamás, viajó hasta Thot. Un camino muy utilizado lo condujo hasta una ciudad de murallas derruidas y vigas chamuscadas y curvadas hacia arriba como costillas ennegrecidas. Una búsqueda de mentes le reveló que solo quedaban personas que hurgaban entre los restos. La batalla que había devastado aquel lugar era cosa del pasado y los heridos se habían recuperado o habían muerto mucho tiempo atrás. Las enfermedades habían causado estragos. Muchos campos y pozos habían sido envenenados por máquinas de guerra, por lo que los pocos supervivientes perecían de hambre. Tyen podía aguardar a que uno de ellos muriera y luego restaurar su cadáver, pero costaba más sanar un cuerpo esquelético que el de alguien que hubiera fallecido a causa de sus heridas. Presa de las náuseas, siguió adelante.

Se deslizó por el mundo. Las columnas de humo que se elevaban sobre el horizonte lo guiaron hasta la siguiente ciudad. La batalla que la había reducido a escombros había tenido lugar hacía unos días. Tyen encontró un hospital improvisado repleto de recipientes prometedores, pero no reunió el valor suficiente para aparecer entre los heridos y llevarse un cadáver reciente, sobre todo después de haber visto en la memoria de algunos unos insectoides que el terror hacía parecer más grandes.

Le habría resultado más sencillo llevarse a hurtadillas un muerto recién abatido en un campo de batalla. Prosiguió su camino y llegó a una extensa ciudad templo aún en llamas tras el ataque que había sufrido esa mañana. Se detuvo en los sembradíos de las afueras para explorar mentes. Caer en la cuenta de que los sacerdotes podían ser personas sin familia le provocó una oleada de entusiasmo, seguida de un estremecimiento de espanto hacia sí mismo por haber sentido una emoción así en aquellas circunstancias.

«Tengo que llevarme a alguien —se dijo—. Si se trata de una persona muerta y no le importa a nadie lo que le ocurra al cadáver, mejor, ¿no? Por otra parte, ¿no estaría negándole los ritos funerarios de su pueblo? Tal vez podría investigar en qué

consisten para que, si fracaso, pueda traer el cuerpo a los sacerdotes a fin de que dispongan de él como consideren oportuno».

Pero ¿y si tenía éxito?

Antes de empezar siquiera a plantearse las consecuencias, oyó algo varios cientos de pasos a su derecha que atrajo su atención. Una enorme cúpula asomó por detrás de una colina cercana. Un sonido familiar, más un zumbido que un ruido, llegó hasta sus oídos.

La cúpula aumentó de tamaño hasta convertirse en una bola tan grande como una casa, sostenida por pilotes articulados.

No, pilotes no. Patas. Ocho patas descomunales.

Tyen contempló el armatoste, boquiabierto. Era un insectoide gigantesco. Una esfera más pequeña, rodeada de ventanas diminutas, estaba unida a la bola principal. En el interior se entreveía la silueta de un conductor.

El monstruo avanzaba dando tumbos. Tyen miró hacia dónde se dirigía y, cuando la máquina modificó su trayectoria, cayó en la cuenta de que estaba persiguiendo personas. Aunque estas corrían con toda la velocidad que les confería el pánico, no tenían la menor posibilidad de dejarla atrás. Desde una especie de protuberancia brotó un chorro que se desplazó de un lado a otro y los fugitivos cayeron al suelo. Tyen buscó la mente del conductor... y se le revolvió el estómago. El hechicero que iba dentro soltó un cacareo de triunfo mientras rociaba a sus presas con el veneno, pues estaba consiguiendo dos objetivos de una sola vez: matar a los habitantes del lugar y emponzoñar los campos de cultivo para que el enemigo nunca volviera a poner en duda el derecho de conquista de su pueblo.

Tyen reculó, con la respiración afanosa y entrecortada, luchando contra las ganas de vomitar. Antes de que pudiera recuperarse, la máquina empezó a desvanecerse y, unos latidos después, había desaparecido del todo.

Se quedó con la vista fija en el lugar que había ocupado hasta hacía unos instantes, deseando haberlo imaginado. El suelo aún despedía humo. Percibió en el límite de sus sentidos el susurro de unas mentes enloquecidas por el dolor. «Yo creía que mi pueblo era despreciable por haber creado aerocoches de guerra y lanzadores de alabardas, y flechas para conquistar y subyugar a las colonias, pero esto es mucho más despiadado. Ni a los hechiceros más crueles de mi mundo se les ocurrió jamás una cosa así. —Notó que algo se tensaba en su interior—. No se me puede atribuir toda la responsabilidad de esto. ¡Tiene tanto que ver con mis insectoides como una tetera con un trineorraíl! Esto es producto de los mundos en general. No es obra mía».

Y, sin embargo, lo culpaban de ello.

La rabia se adueñó de él, provocándole un temblor. Deseaba salir en persecución de la máquina y destruirla junto con su conductor.

«No. Al conductor, no. Solo a la máquina. Destrozarla tal vez no fuese más que un acto insignificante y vano, pero si con ello consiguiera evitar unas pocas muertes

más o darles más tiempo a las víctimas potenciales para huir o esconderse, habría valido la pena».

Tras apartarse ligeramente del mundo, se deslizó hasta el lugar donde se encontraba la máquina cuando desapareció. El estómago le dio un vuelco cuando vio los cuerpos de las víctimas en el suelo, con la lengua fuera y los ojos desorbitados e inyectados en sangre. Fuera cual fuese el veneno que había utilizado el hombre, no habían muerto de forma agradable.

Tyen descubrió un camino que partía de allí y lo siguió. El hechicero se había deslizado por el mundo, alejando el arma monstruosa del templo, a través de ciudades, por encima de ríos y montañas. Supuso que no era inmarcesible, pues se había detenido varias veces sin otro motivo aparente que el de respirar.

El sendero descendía hacia un valle, cuyo fondo estaba oscurecido por las figuras de muchos hombres y todos los elementos habituales en un campamento militar organizado, así como varias máquinas. Tyen contó cuarenta y una. «¿Las destruyo todas o solo una?».

Era una pregunta tonta, en realidad.

Se dejó conducir por el rastro del envenenador hasta el interior del campamento, donde el hombre estaba bajando por una estrecha escalera de mano que surgía de una escotilla en la panza de la máquina. Cuando Tyen se materializó, inmovilizó el aire en torno a sí para formar un escudo. El hombre llegó al suelo, echó una ojeada alrededor y entonces lo vio. Tyen le sostuvo la mirada, que destilaba sorpresa.

El hechicero retrocedió un paso, moviendo los ojos arriba y abajo mientras se percataba de que aquel desconocido con la mente silenciada no llevaba uniforme ni parecía pertenecer a ninguna de las razas de su mundo. El hombre lo miró con expresión asesina, se apartó del mundo y huyó.

Tyen resistió la tentación de seguirlo. Absorbió magia del valle hasta oscurecerlo de modo que resultara imperceptible a todos los sentidos sobrenaturales. Acto seguido, inmovilizó el aire a ambos lados de la máquina que se alzaba encima de él y lo empujó hacia dentro.

Las esferas dobles del casco se abollaron con un crujido tan ensordecedor como grato para sus oídos. Se retiró unos pasos mientras la máquina se venía abajo con gran estrépito.

Un nuevo sonido rompió el silencio. El clamor de muchas personas que proferían gritos de rabia y advertencia. Tyen centró su atención en otra máquina y luego en la siguiente, añadiendo a las protestas el ruido del metal al desgarrarse y arrugarse.

Más de la cuarta parte de aquellas monstruosidades habían quedado aplastadas e inservibles cuando Tyen oyó un grito distinto. Se trataba de una orden. Sonrió cuando se inició la carga contra él. Fue más impetuosa de lo que esperaba. Los atacantes habían formado un pequeño arco. Debían de haber gastado la poca energía que les quedaba en deslizarse hacia el exterior del valle para absorber magia. O eso, o

disponían de una reserva abundante. Resistió el impulso de librar al mundo de esos hombres y se alejó para acercarse a otras máquinas.

Estrujarlas le resultó de lo más estimulante. Como su determinación de no matar a nadie restringía demasiado a menudo su voluntad de hacer justicia, destruir objetivos no humanos le proporcionaba una gran satisfacción. Que de paso estuviera castigando a personas que habían corrompido la magia mecánica hacía que la venganza fuera aún más dulce.

Caminaba entre las filas de máquinas, regocijándose cada vez que despachurraba una de ellas, y se felicitó en su fuero interno cuando los hechiceros desplazaron su barrera para proteger los artilugios y no lo consiguieron. Soltó una carcajada suave cuando, una vez derribado el último, se materializó otro. Dejó que el conductor bajara de un salto y se alejara antes de destruir el insectoide gigante.

No aparecieron más. Tyen se volvió hacia los defensores. Recularon dando trapiés y rompieron la formación al percatarse de que juntos constituían un blanco más fácil. Él dio un paso al frente y ellos desaparecieron, huyendo al espacio entre mundos.

Se impuso el silencio. Paseó la vista por los montones de chatarra que lo rodeaban. Unos objetos más pequeños yacían entre las máquinas. Cuando los miró más de cerca, se le secó la boca al percatarse de que eran cuerpos.

«Pero si yo... —Sus pies lo llevaron hasta uno de ellos. El hombre tenía el rostro crispado, como el de las víctimas del veneno. El hedor del líquido inundó las fosas nasales de Tyen—. ¿Se habrá derramado el veneno cuando he aplastado una de las máquinas?».

El júbilo y la ira que lo habían invadido se extinguieron. Echó un vistazo alrededor y reparó en que había otros cadáveres cerca. «¿Cómo he podido no darme cuenta?». La desagradable respuesta le vino a la cabeza. Había estado demasiado concentrado en lo que se alzaba encima de él para fijarse en las pocas personas que no habían tenido tiempo de alejarse lo suficiente del chorro.

«He intentado no matar a nadie —se recordó a sí mismo—. Es más de lo que merecían». Sin embargo, no se sentía mejor cuando se apartó del mundo.

Al regresar al templo se esforzó por prestar atención a la destrucción que lo rodeaba y grabarse bien en la memoria quién era el culpable. Al explorar las mentes próximas vio recuerdos sobre las máquinas monstruosas y su veneno. «Son mucho peores que mis creaciones», se dijo, pero esto no aplacó sus remordimientos.

Varios sacerdotes estaban acurrucados en una habitación subterránea secreta, con la entrada bloqueada. Sus mentes rebosaban preocupación por los religiosos que no habían logrado regresar a tiempo para unirse a ellos. Tyen localizó a uno de los rezagados, tumbado en medio de la calle, medio aplastado por un muro derrumbado, con la mente en blanco pero el cuerpo aún caliente. Tras retirar los escombros, Tyen recogió el cadáver ensangrentado y se apartó del mundo.

No podía regresar por el mismo camino que lo había llevado hasta allí. Si transportaba un muerto por vías transitadas llamaría la atención. Alguien podría ver el cuerpo y, si había oído el rumor de que el Espía intentaba resucitar al Raen, preguntarse si él era el traidor. Así que Tyen abrió caminos nuevos y luego los ocultó. Eso ralentizaba su avance, pero quería pasar lo más inadvertido posible.

Se hallaba a pocos mundos de su nuevo hogar cuando percibió otra sombra en el espacio intermedio. La tenía detrás, y cuando cambió de dirección, la presencia lo siguió. Se detuvo y volvió la vista atrás para escrutar la blancura. Una figura emergió, y Tyen la reconoció incluso antes de que sus rasgos fueran del todo visibles.

«Baluka».

Los ojos le brillaban con una expresión acusadora y desafiante. Varias sombras más aparecieron en torno al líder de los restauradores. Aunque este no despegó los labios, su voz sonó con claridad en la mente de Tyen.

«¿Y bien, Tyen? ¿Ese va a ser el nuevo cuerpo de Valhan, o el de Vella?».

Tyen se quedó paralizado. Sabía que debía huir, pero algo se lo impedía. «¿Tan necio soy como para creer que él escuchará mis explicaciones?», se preguntó. De pronto, la sensación de que algo se aproximaba lo hizo mirar en la dirección en la que había estado viajando. Varias sombras más se apiñaron en el espacio intermedio, interponiéndose en su camino. Costaba distinguir cuántos hechiceros lo rodeaban. Y, lo que era más importante, no tenía manera de determinar la fuerza que poseían mientras estuviera en el espacio intermedio. Sin duda Baluka creía o esperaba que fueran lo bastante fuertes para vencer a Tyen si este optaba por atacar o intentar escapar.

Tyen se obligó a sostenerle la mirada a Baluka.

«De ninguno de los dos —contestó—. En fin, ¿adónde vamos? ¿Al mundo siguiente o al anterior?».

«Al siguiente».

Tyen se volvió hacia los magos que tenía detrás. Estos retrocedieron, observándolo con recelo. Los siguió hasta un paisaje rocoso con columnas entrelazadas tan grandes como montañas. El lugar de llegada se encontraba en el remate plano de una de ellas. Cuando Tyen bajó la vista para asegurarse de que el suelo estuviera despejado de obstáculos, vio en la superficie un dibujo como de encaje formado por grietas cristalinas.

El aire lo envolvió, y con él, el aullido de un viento incesante. Lo inmovilizó creando un escudo protector en torno a sí. Los hechiceros situados detrás de Baluka dieron unos pasos al frente para flanquear a su líder cuando se materializaron. No realizaron una inspiración profunda al emerger al mundo. Solo Baluka jadeaba. Él era el único que no era inmarcesible.

Al desplazar la mirada alrededor, Tyen contó a cincuenta magos y calibró su fuerza basándose en lo que alcanzaba a leer en sus mentes. Eran los restauradores más poderosos, y todos habían acumulado magia en previsión de un combate.

Tyen había reducido sus reservas de magia al destruir las máquinas. Aún le quedaba más que suficiente para abandonar ese mundo. O para defenderse de forma digna. Dudaba que le alcanzara para ambas cosas. Si se marchaba en ese momento, y el mundo siguiente resultaba estar despojado de magia, se quedaría atrapado e indefenso.

Extendió los sentidos para examinar la energía de ese mundo y no le sorprendió descubrir que era poco densa y estaba distribuida de forma desigual. Esta irregularidad parecía indicar que era fruto de un expolio deliberado, como si muchos

hechiceros hubieran viajado por el mundo absorbiendo toda la energía posible. Que no lo hubieran despojado del todo era señal de que habían obrado con precipitación.

«Una trampa tendida a toda prisa —concluyó—. ¿Y si yo hubiera intentado retirarme al mundo anterior?». Tal vez habría conseguido abrirse paso por la fuerza y huir. Tal vez habría encontrado el mundo anterior igual de empobrecido. De nada servía hacer conjeturas. Estaba donde estaba.

«No me queda otra alternativa que intentar salir de esta hablando».

Por fortuna, Baluka quería interrogarlo. Los restauradores no atacarían a menos que él lo ordenara. Aguardaban con ansia ese momento en el que por fin podrían encargarse del Espía de una vez para siempre.

«¿Quién me habrá descubierto viajando entre mundos?», se preguntó Tyen. Soltó un resoplido al leer la respuesta en la mente de Baluka: la noticia de la ofensiva de Tyen contra las máquinas se había difundido con rapidez, y los restauradores estaban preparados para reaccionar de inmediato. Quizá Tyen habría podido regresar sano y salvo al taller si no se hubiera llevado el cadáver del templo. Al detenerse, le había dado tiempo al mensajero para llegar hasta Baluka, y a los restauradores para alcanzarlo a él.

El cadáver le pesaba en los brazos ahora que estaba en un mundo. Lo depositó en el suelo con delicadeza.

—Bueno —dijo Baluka una vez que recobró el aliento—. ¿Por qué llevas un cuerpo?

Tyen echó otro vistazo a los hechiceros.

—¿Podríamos tener una conversación en privado?

—¿De verdad esperas que acceda a hablar a solas contigo?

—Si quieres respuestas, no te queda otro remedio. Me encargaría de eso yo mismo, pero dudo que a tus amigos les hiciera gracia que yo creara una barrera de insonorización alrededor de ti. —Por otro lado, si alguien sabía leer los labios, no serviría de nada. Efectuó una exploración rápida y le alivió comprobar que ninguno de ellos poseía esa habilidad.

Con el ceño fruncido, Baluka dio un paso hacia delante. Uno de sus acompañantes emitió un gruñido bajo, pero su líder alzó la mano para hacerlo callar. Tras dar un paso más, Baluka se detuvo. El sonido del viento cesó.

—Habla —ordenó el hombre.

Tyen volvió las palmas hacia arriba.

—¿Qué quieres saber?

Baluka bajó la mirada hacia el cadáver.

—Si no es para Valhan ni para Vella, ¿para qué lo quieres?

—Es para un mercader acaudalado que tiene una enfermedad terminal —respondió Tyen con sinceridad. Como aún no estaba seguro de cuánto sabía Baluka, más valía que le contara la verdad. Si el rebelde lo pillaba en una mentira, ya no se

fiaría de nada de lo que le dijera. Pero eso no significaba que no pudiera obviar partes de la verdad.

Baluka arqueó las cejas.

—¿Así que no estás intentando resucitar a Valhan, como asegura Rielle?

Tyen se encogió de hombros.

—Lo estoy intentando.

El líder de los restauradores abrió la boca y la cerró enseguida.

—¿Lo reconoces?

—No te diré que no miento nunca, pero intento evitarlo, salvo que sea para proteger a otros.

—Esa excusa podría justificar muchas cosas. —Baluka cruzó los brazos—. Como espiar a los rebeldes a los que se suponía que apoyabas... y más tarde liderabas.

Tyen extendió las manos a los costados.

—Lo siento, Baluka. Lamento haberte engañado. Pero no lamento haber intentado impedir que los rebeldes atacaran al Raen, ni haber minimizado los daños cuando esto ocurrió. Mi intención era salvar vidas... y, sí, eso incluía la mía propia. Si el Raen no hubiera tenido la intención de morir, todos los rebeldes habrían sido masacrados antes de que yo me convirtiera en su líder.

—O tal vez habríamos sobrevivido y vencido —señaló Baluka.

Tyen asintió.

—Al final llegué a pensar que lo venceríais. Lo deseaba, aunque también esperaba que la única persona capaz de ayudar a Vella no estuviera a punto de perecer.

Baluka meditó en silencio las palabras de Tyen. Al leerle el pensamiento, este advirtió que al rebelde lo inquietaba que su antiguo amigo no fingiera ser el mismo de siempre ni se hubiera transformado en una persona distinta cuando le había echado en cara la verdad. Tenía ante sí al hombre que había alcanzado a entrever la única vez que Tyen había abierto su mente.

Pero la ira de Baluka era profunda, y todavía no estaba dispuesto a perdonar a Tyen.

—¿Es por eso por lo que intentas resucitarlo? —preguntó Baluka—. ¿Para proporcionarle un cuerpo a Vella?

—No. Si consigo devolverle la vida a él, podré devolvérsela a ella también.

—Entonces ¿por qué quieres traerlo de vuelta?

«¿Cuánto puedo arriesgarme a revelarle? —se preguntó Tyen—. Lo que sea necesario para salvar el pellejo».

—No quiero. Es Dahli quien quiere. Cree que el Raen es el único que puede acabar con el caos y las guerras que asolan los mundos...

—¿El caos? ¿Las guerras? —Baluka dejó escapar un resoplido de incredulidad—. ¿Te refieres al caos y las guerras en las que tu invento causa los peores estragos?



—Estoy buscando la manera de remediarlo, Baluka. Hemos realizado avances extraordinarios. —Tyen esperaba que esta le pareciera una buena razón para dejarlo con vida—. Si yo no puedo acabar con ellos, ¿quién puede?

—¡Valhan no es la solución a todo! —exclamó Baluka. Respiró hondo y exhaló despacio—. Innumerables personas viven en los mundos. Si gozan de la libertad para aprender, enseñar y viajar, es muy probable que encuentren soluciones para muchos de los problemas de los mundos, si no para todos. Además, hoy hay más mundos en paz que en guerra, y su número aumenta ciclo tras ciclo. Era inevitable que se desatara el caos tras la muerte del Raen, pero no durará mucho. Siempre habrá guerras en alguna parte, pero se tratará solo de conflictos locales, más fáciles de resolver con la ayuda de los restauradores.

Tyen vio que Baluka así lo creía de verdad. Podía tomarse a la ligera su optimismo, pero no sus conocimientos sobre la situación de los mundos. No se basaba únicamente en la información que le facilitaban los hombres y mujeres que estaban bajo sus órdenes. Baluka se aventuraba a menudo a viajar para juzgar por sí mismo el estado de los mundos, a pesar del considerable riesgo que esto suponía para él.

«Y sin embargo yo he presenciado escenas de guerra y caos en los mundos —pensó Tyen. Mundos que Dahli le había enseñado, o por los que había pasado cuando iba en busca de voluntarios para las resurrecciones. Mundos como aquellos que habían sido envenenados por las máquinas que acababa de destruir. Como había penetrado en la mente de Dahli, sabía que este estaba tan convencido de que los mundos estaban cayendo en el desorden como Baluka de lo contrario—. Pero tal vez solo ve lo que le interesa ver».

Y quizá a Baluka le ocurría lo mismo.

—Las máquinas de guerra representan un problema pequeño en comparación con el coste en vidas que tendría la resurrección del Raen, Tyen. ¿Tan importante es para ti liberar a Vella? ¿Estás dispuesto a sacrificar innumerables vidas en aras de una sola?

—Rielle pensó lo mismo cuando salvó a Qall —observó Tyen.

—Pero me pidió que no te dejara resucitar al Raen. Tiene claro que él constituye el mayor peligro. —Baluka arrugó el entrecejo—. Según ella, sabías que el Raen planeaba matarla. ¿Quieres que Rielle muera?

—No, claro que no. Pero ella estaba lejos, y di por sentado que allí estaría a salvo, tanto de Valhan como de Dahli —respondió Tyen con expresión ceñuda—. ¿Por qué ha regresado?

—No me corresponde a mí explicarlo —repuso Baluka, aunque la verdad se evidenciaba en su mente; Rielle intentaba hacer llegar un mensaje a la familia adoptiva de Qall cuando se topó con Dahli y descubrió que Tyen intentaba resucitar al Raen. Después de referirle a Baluka lo que había averiguado, había regresado a su escondite.

Tyen titubeó. ¿Hasta qué punto podía confiarle sus planes a Baluka y a los numerosos hechiceros capaces de leerle la mente? ¿Acaso tenía elección?

—Dahli preferiría utilizar a Qall antes que a cualquier otro recipiente. Yo le estoy ofreciendo una alternativa. Mientras Rielle y Qall permanezcan ocultos, no correrán peligro. Es probable que me lleve un tiempo dilucidar la manera de resucitar a una persona, lo que sin duda le dará margen para alejarse todo lo posible.

Baluka abrió los labios, pero no dijo nada. «Así que, si elimino a Tyen, le proporcionaré a Dahli una motivación mayor para localizar a Rielle. ¿Está intentando darme a entender que lo hace para ayudarla? Según él, no quería resucitar al Raen. ¿Lo están obligando, o piensa fracasar a propósito? En vez de ello, ¿deberíamos los restauradores esforzarnos más por encontrar y eliminar a Dahli? Rielle me pidió que buscáramos la mano, no que matáramos a Tyen». Dejarlo en libertad lo haría parecer débil a ojos de los restauradores..., ¿o quizá no? Sus colaboradores más estrechos confiaban en su intuición, a veces incluso más que él.

Las esperanzas de Tyen se avivaron mientras Baluka se planteaba estas dudas. Este empezaba a comprender que, si Tyen decía la verdad, tenía que dejarlo marchar. Si, por el contrario, lo mataba, Dahli redoblaría sus esfuerzos por encontrar a Qall y Rielle. Si los encontraba, sería en parte por culpa de Baluka.

Tyen bajó la vista hacia el cadáver. Cuanto más tardara en adaptar su pauta a la del voluntario, más se reducirían sus posibilidades de reparar el deterioro. Si Baluka lo soltaba, sería una temeridad regresar directamente al taller. Tendría que seguir una ruta más larga de regreso, poniendo en práctica todos los métodos posibles para disimular su rastro.

—Tienes dos opciones —aseveró Tyen—. O me matas y expones a Rielle y Qall a un peligro más grande (y pierdes la oportunidad de librar a los mundos de las máquinas de guerra), o me dejas continuar con mis experimentos mientras ayudas a los mundos con los preparativos para un nuevo enfrentamiento con el Raen. —Alzó las cejas en un gesto retador—. ¿Cuán convencido estás de que los rebeldes lo habrían derrotado si no se hubiera suicidado, Baluka?

—Bastante convencido —murmuró Baluka, ahuyentando las dudas que amenazaban con socavar la certidumbre a la que se aferraba desde la batalla.

Tyen asintió.

—Yo también. —Consiguió esbozar una sonrisa lánguida—. No puedo decirte de cuánto tiempo dispones para prepararte. Matarme solo te dará más margen si Dahli no localiza a Qall. Dejarme con vida al menos tiene la ventaja añadida de desembarazar al mundo de las máquinas militares.

Las opciones y las consecuencias imaginadas se arremolinaban en la mente de Baluka. Sus instintos le decían que confiara en Tyen, pero ya se habían equivocado antes. ¿O quizá eran acertados desde el principio?

—Muy bien. —El viento ululante hendió de nuevo el aire cuando Baluka desactivó la barrera de insonorización—. Vete. «Pero si de verdad te importan Rielle,

Qall y los mundos —pensó para que Tyen lo oyera en su cabeza—, no resucites al Raen. Destruye la mano».

Tyen no esperó a que la sorpresa y la incredulidad en el rostro de los otros hechiceros se transformara en rabia y rebeldía. Dejando el cadáver donde estaba, se apartó del mundo y huyó.

«Destruye la mano».

Tyen caminaba de un lado a otro del taller. Había seguido un itinerario largo y tortuoso para regresar, tomando todas las precauciones posibles durante el viaje. Baluka lo había dejado en libertad con la intención de ordenar a los restauradores que lo dejaran en paz, pero siempre cabía la posibilidad de que cambiara de parecer, o sus seguidores desobedecieran la orden. Que Tyen supiera, nadie lo había rastreado hasta allí. Habían transcurrido varios días sin que apareciera una cuadrilla de hechiceros sedientos de venganza.

Tampoco se habían presentado Dahli o Zeke. Tyen no se atrevía a intentar encontrar otro cadáver. Incapaz de seguir adelante con los experimentos de resurrección y sin ideas nuevas sobre cómo solucionar la cuestión del almacenamiento de memoria en el humanoide, había dedicado su atención al problema de las máquinas de guerra, haciéndose cargo del trabajo de Zeke.

Pero le costaba concentrarse. No dejaban de venirle a la mente imágenes de los cuerpos sembrados entre las máquinas aplastadas en el campamento. «No los maté de forma deliberada ni directa, pero de no ser por mí seguirían con vida. Da igual que merecieran morir o no. Eran seres humanos, con sus vidas y sus seres queridos. Con madres y padres, tal vez también esposas e hijos. Hasta donde yo sé, podían ser sirvientes, o personas que no querían matar pero que se habían visto obligadas a ello por la guerra».

Esto le revolvía las tripas y reforzaba su determinación de no arrebatarse la vida a nadie más. Lo que aumentaba su nerviosismo por estar trabajando con Dahli. Este había llevado al límite la incomodidad y los escrúpulos de Tyen, forzándolo a ceder un poquito aquí y un poquito allá. Algún día le llevaría el cadáver de alguien a quien hubiera matado él mismo y alegraría que las circunstancias del asesinato lo hacían aceptable. Tal vez la víctima lo había atacado. O tal vez había atacado a otra persona. Quizá era alguien que había fabricado máquinas de guerra y las había utilizado contra personas inocentes e indefensas.

Esta perspectiva lo llenaba de horror y espanto, así que intentó centrarse en la petición de Baluka. Al fin y al cabo, destruir la mano de Valhan era, en efecto, la única manera segura de impedir el retorno del Raen. Siempre se podía encontrar otro recipiente —al menos eso creía Tyen—, pero si se perdía el depósito de recuerdos, se perdía a la persona.

No era que no se le hubiera ocurrido antes, pero Dahli no había escatimado esfuerzos para mantener la mano a buen recaudo. No la sacaría de allí hasta que Tyen

le demostrara que podía resucitar a alguien y tuviera un recipiente preparado para Valhan. Incluso entonces, Dahli no le confiaría la mano a Tyen sin antes asegurarse de que contaría con su colaboración. Lo más probable era que le exigiera algo que valoraba para amenazarlo con destruirlo si Tyen lo traicionaba.

«Seguramente Vella».

Un escalofrío le bajó por la espalda. No estaba dispuesto a sacrificar a Vella para apoderarse de la mano. Aunque incompleta, era una persona. Y aunque él siguiera intentando resucitar al Raen y lo consiguiera, existía la posibilidad de que no recuperara a Vella. Seguramente Valhan no aprobaría su intención de trabajar despacio para darle tiempo a Rielle de ponerse a salvo. Tyen estaba resuelto a enviar a Vella a algún lugar seguro antes de devolver la vida a Valhan, por si este decidía castigarlo. Al menos ella conseguiría alejarse del peligro.

«Tengo que darle a Dahli otra cosa que pueda retener como garantía de mi colaboración. Algo que parezca más valioso para mí. —Repasó mentalmente sus pertenencias—. ¿Bicho? —Sacudió la cabeza—. Dudo que Dahli creyera que lo valoro más que a Vella. Además, no me costaría mucho fabricar un insectoide idéntico para dejárselo en prenda... o para remplazar al Bicho original si Dahli lo destruyera».

Había otro obstáculo que se interponía en su camino: para hacerse con la mano de Valhan, Tyen tendría que obtener resultados en sus experimentos. En vez de seguir perdiendo el tiempo, tendría que redoblar sus esfuerzos. A una parte de él empezaba a preocuparle que Dahli estuviera en lo cierto respecto a que Valhan se hubiera asegurado, de alguna manera, de que solo Qall pudiera ser el recipiente de su memoria. De ser así, el recuerdo sobre ello habría quedado grabado en la mano. Por otro lado, Dahli sin duda lo habría averiguado analizando la mano y no habría reclutado a Tyen de saber que no había alternativa a la utilización de Qall.

¿Habría otra forma de persuadir a Dahli de que pusiera la mano a su alcance? «Tal vez convencerlo de que necesito más información». Esto aún requeriría que le entregara a Dahli algo valioso en garantía.

¿Qué otra cosa era importante para él? No poseía otros objetos de valor. De modo que solo quedaban personas.

«Tarren. Baluka. O Rielle».

Sintió una opresión en el pecho al recordar lo que había visto en la mente de Baluka. La furia de Rielle. Su creencia de que Tyen la había engañado. «No quiero que le hagan daño, ni mucho menos que muera. —Deseó poder explicarle por qué había elegido ayudar a Dahli—. Y advertirle que se mantenga alejada. —Suspiró—. ¿Cómo he llegado a querer que la mujer que deseo permanezca lo más lejos posible?».

Se había preguntado muchas veces cómo habrían podido desarrollarse los acontecimientos de forma distinta. Se le había ocurrido hacía unos días que, si Rielle no se hubiera marchado para proteger a Qall, tal vez se habrían juntado para lidiar

con el problema de Dahli. Sin embargo, no estaba muy seguro de qué habrían podido hacer después de descubrir que este había bloqueado su recuerdo sobre el paradero de la mano. Dudaba que matar a Dahli hubiera solucionado nada. El hombre era demasiado astuto como para no haber dejado instrucciones concretas con el fin de proteger la mano y asegurarse de que acabara en poder de personas que lo relevaran en su misión de resucitar al Raen.

Además, Tyen no creía que pudiera reunir el valor suficiente para matarlo. Tal vez Rielle sí. Ella tenía que proteger a Qall.

«El problema es que en esto no hay un lado correcto ni uno equivocado. No hay un bien incuestionable ni una maldad pura. El Raen ayudó a los mundos tanto como los perjudicó. Dahli cree que los mundos necesitan a Valhan. Quiere mantener la promesa que le hizo al hombre al que ama y profesa lealtad. Como es mayor que Baluka, es consciente de que ahora reina en los mundos más caos que nunca a lo largo de su vida. Rielle y Baluka comparten la misma creencia férrea de que las sociedades se apaciguarán si se les brinda la oportunidad (que ya se están apaciguando, de hecho) y que tienen derecho a vivir libres del control de un soberano todopoderoso. Cosa que Dahli no puede refutar, pues nunca ha visto los mundos sin estar dominados por...».

Alguien se aclaró la garganta detrás de él.

Tyen dio un respingo y se volvió con rapidez. Zeke se encontraba en medio de la habitación, con una ceja arqueada.

—Je —dijo—. Por una vez, he conseguido pillarte por sorpresa.

—Zeke —dijo Tyen—. ¿Dónde has estado? ¿Y Dahli...?

La respuesta apareció con claridad en la mente del joven, que sabía que Tyen le estaría leyendo el pensamiento, pero se explicó de todos modos.

—Qall se ha unido a nosotros. Por voluntad propia. Quiere reunirse contigo. He venido para llevarte hasta él.

Cuando Tyen se percató de que tenía la boca abierta de par en par, se apresuró a cerrarla. Con la cabeza dándole vueltas a la noticia, se levantó, se puso el gabán, se acercó al joven inventor y le tendió la mano.

En cuanto Tyen la agarró, la habitación empezó a desvanecerse. Viajaban con lentitud, pues tenían que parar en cada mundo para que Zeke respirara y absorbiera más magia, pero Tyen se abstuvo de ofrecerse a transportarlo. Necesitaba tiempo para asimilar lo que acababa de oír.

Qall se había unido a Dahli. Había ido a buscarlo, según Zeke. Si el muchacho era tan poderoso como Valhan, debía de haberle explorado la mente a Dahli y descubierto lo que este pretendía hacer con él. ¿Por qué había accedido a someterse a algo así?

La respuesta era evidente, sobre todo después de que Tyen viera el plan en la mente de Dahli y vislumbrara los esfuerzos que este había estado realizando para seguir la pista a la familia de viajeros que había protegido a Qall. Sin duda Dahli había amenazado a Qall con hacerles daño si él no le obedecía.

«Zeke no está al tanto de esto —supuso Tyen. El inventor no sabía por qué Qall quería entrevistarse con Tyen, y creía que Dahli tampoco—. Si está en lo cierto, es una prueba de que Qall es más fuerte que Dahli».

Zeke se detuvo antes de lo que Tyen esperaba.

—Casi hemos llegado. El próximo mundo está muerto. El siguiente es el que alberga la base. —Se quedó callado, preguntándose si Dahli contaba con que acompañara a Tyen desde allí o huyera.

Para sorpresa de Tyen, el joven inventor conocía el auténtico propósito de los experimentos de Tyen. Dahli se había avenido a proporcionarle las explicaciones que le exigía, después de advertirle que ya no podría vagar solo por los mundos, pues correría el riesgo de que alguien le leyera la mente. A Zeke no le horrorizaba ni le alegraba la perspectiva de que el Raen regresara, pero ante la entrada en escena de Qall había comprendido que Dahli había cambiado de planes, y sospechaba que los nuevos no le gustarían.

Cuando Qall le reveló lo que Dahli pensaba hacerle, Zeke se escandalizó. Había discutido con Dahli, y este le recordó su advertencia. «Sabía que no podía irme —se dijo Zeke—. No tenía intención alguna de irme. Así que, si a Dahli le preocupa que alguien descubra su plan en mi mente, ¿por qué me ha encomendado que fuera a buscar a Tyen? ¿Estaba dándome la oportunidad de marcharme?».

Zeke miró a Tyen y, consciente de que este le habría leído el pensamiento, expresó su duda en voz alta.

—¿Crees que está poniendo a prueba mi lealtad?

Tyen se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. —«Todavía».

El joven inventor le escudriñó el rostro, intentando interpretar su expresión. Se dijo que Tyen no tenía motivos para dejarlo tirado en uno de los mundos muertos que rodeaban el lugar donde se encontraba Dahli, ni para abandonarlo allí mismo en ese momento, pero no lograba desterrar por completo de su mente esa posibilidad.

—¿Cómo es el mundo de la base? —preguntó Tyen.

—Es un sitio rico en magia —respondió Zeke.

—Una fortificación —adivinó Tyen. Al igual que el palacio de Valhan, estaba rodeado de mundos muertos. En caso de ataque, Dahli y sus aliados podían despojar de energía el mundo de la base para que los invasores tuvieran que guardarse magia para poder retirarse a través de varios mundos muertos sin arriesgarse a quedar varados. Tampoco era probable que algún mago encontrara el escondrijo de Dahli por casualidad. Todos retrocederían al topar con los mundos muertos, sin atreverse a seguir adelante por temor a que el siguiente también lo estuviera, si no disponían de magia suficiente para regresar.

—Tenemos que materializarnos cerca de las lámparas —agregó Zeke, y la imagen de una sala afloró a su mente—. No sé por qué.

¿Se trataba de una trampa?

—Cuéntame cómo es el mundo muerto que se interpone entre nosotros y la base. Zeke se encogió de hombros.

—No es muy emocionante. Rural. Apacible.

Costaba creerlo, teniendo en cuenta los mundos extraños y peligrosos que rodeaban el palacio de Valhan, pero tal vez Dahli no había encontrado una disposición de mundos idónea para una fortificación escondida. Tyen interrogó a Zeke sobre el escondite de Dahli, pero el inventor no había visto gran cosa. Era un palacio abandonado, y el lugar de llegada se encontraba en la sala de las lámparas. Dahli le había ordenado a Qall que se quedara allí, y había dispuesto que equiparan la estancia con camas y otros muebles.

—Es todo cuanto puedo contarte —finalizó Zeke.

Tyen asintió.

—¿Quieres regresar?

El joven suspiró. A pesar de todo, aún quería estar con Dahli.

—Sí.

Tyen lo asió del brazo, se desplazó al espacio intermedio y enfiló el camino que encontró allí. Pasaron por el mundo benigno pero muerto que Zeke había descrito y siguieron adelante. La enorme sala cuadrada de mármol negro que Tyen había visto en la mente del inventor emergió de la palidez del espacio entre mundos. «Aquí no resultará fácil vislumbrar las sombras de hechiceros que se aproximen», pensó. Unas antorchas colocadas en soportes de hierro negros que le llegaban por debajo de la cadera rodeaban una plataforma cuadrada en el centro de la habitación, y Tyen se situó entre ellas. En el interior del cuadrado de antorchas había una cama baja y varias sillas doradas de asiento y respaldo acolchados. Dos estaban ocupadas.

El primer ocupante era Dahli, y Tyen sintió un hormigueo de expectación mientras se preparaba para explorarle los pensamientos, pero en cuanto vio al otro, se le paralizó la mente.

«¡El Raen! ¡Ha conseguido resucitar al Raen! —Cuando se materializó, el corazón le dio un vuelco y empezó a latir a toda prisa, incluso mientras se decía—: No. Debe de ser Qall».

Se puso a buscar diferencias de inmediato. Valhan presentaba un aspecto más avejentado, decidió, aunque no habría sabido precisar por qué. No detectó pensamiento alguno y cobró conciencia en el acto de que los suyos propios estaban al alcance de ese hombre, que se había puesto de pie y se le acercaba con una sonrisa que erradicaba toda semejanza con Valhan.

«¿Lo habré visto sonreír alguna vez? —se preguntó—. Tal vez, pero no así».

Dahli lo siguió a pocos pasos de distancia. Tyen lo miró a los ojos mientras le escrutaba la mente. Se percató de que Dahli observaba su reacción con detenimiento y había captado un destello de miedo en el rostro de Tyen. Estaba complacido por no haber percibido desagrado. Suponía que Tyen debía de estar un tanto desorientado, aunque dudaba que la similitud le afectara tanto como a él mismo. Cualquier signo de



que un joven inexperto vivía en aquel cuerpo que le resultaba tan familiar le producía incomodidad y angustia. Qall no era el hombre que Dahli deseaba, por lo que cada punzada de añoranza causada por su apariencia le infundía vergüenza y sentimiento de culpa.

Perturbado por el conflicto interior que había atisbado en Dahli, Tyen se fijó en Zeke. Al igual que Dahli, la fachada serena del inventor ocultaba una vorágine de emociones. Se debatía entre los celos, la ira, la admiración y la esperanza. Antes de que apareciera Qall, Zeke creía que sus posibilidades de captar toda la atención de Dahli aumentaban día a día. No detestaba a Qall por haber dado al traste con sus planes, pues estaba lo bastante enterado de la situación para saber que el joven no tenía ninguna culpa, pero lo descorazonó descubrir que Dahli aún suspiraba por un muerto... a quien pretendía resucitar. Aunque lo comprendía, no le parecía probable que fuera posible despertar a alguien de entre los muertos, así que suponía que sus perspectivas no eran malas si permanecía a su lado durante el tiempo suficiente.

«Su optimismo no deja de ser admirable», pensó Tyen, y se centró de nuevo en Qall.

Este tenía las comisuras de los labios ligeramente curvadas hacia arriba, pero cuando se detuvo y Dahli lo alcanzó, adoptó una expresión neutra.

—Tyen —dijo—. Me alegro de conocerte por fin. Lo estaba deseando.

—Y yo conocerte a ti, Qall —contestó Tyen—. ¿Cómo está Rielle?

—Sana y salva la última vez que la vi. —Qall arqueó las cejas—. Pero muy enfadada contigo.

Tyen torció el gesto.

—Lo imaginaba. ¿Dónde está?

—Tranquilo: no te molestará durante una temporada. —Un brillo irónico asomó a los ojos del joven.

Alarmado, Tyen se volvió hacia Dahli.

—No me mires así —dijo este alzando las manos—. Yo ni siquiera estaba allí.

Tampoco sabía dónde se encontraba Rielle. Según Qall, la había atrapado en un mundo al que había vaciado de magia sabiendo que a ella le quedaban muy pocas reservas para salir de él. Aunque la idea se le había ocurrido a Inekera, el joven lo había hecho por propia voluntad para impedir que Rielle lo siguiera.

—¿La abandonaste en un mundo sin magia? —siseó Tyen clavando la vista en Qall—. ¿No te das cuenta de lo que eso significa? —El joven parpadeó, se le endureció el rostro y de pronto volvió a parecerse a Valhan. A pesar de todo... un asomo de duda y preocupación en la mirada lo delataban y envalentonaron a Tyen a continuar—. Ya no será inmarcesible. Ni podrá protegerse.

—Enviaré a alguien a liberarla cuando llegue el momento oportuno —respondió Qall—. Mientras tanto, sabrá cuidar de sí misma.

—¿Con qué recursos? —quiso saber Tyen. Consciente de que Dahli estaba pendiente de sus palabras, moderó el tono para parecer más persuasivo que furioso—.

¿Con su fuerza? Sin magia, no es más que una joven indefensa y sin hogar, incapaz de leer mentes. Su aspecto atraerá una atención indeseada. Como procede de otro mundo, tal vez la culpen de la pérdida de la magia. Me sorprende que le hayas hecho eso, después de la bondad con la que te ha tratado.

Aunque Qall tenía el semblante rígido, abrió mucho los ojos.

—No... no pasará mucho tiempo allí, estoy seguro —titubeó.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Tyen. Dio un paso hacia Qall—. Dime dónde está y me aseguraré de que no corra peligro.

El joven hizo ademán de volverse hacia Dahli, pero se contuvo. Bajó las cejas y enderezó la espalda.

—No. —Respiró hondo—. La dejé en un lugar fértil, civilizado y tranquilo. —Hizo una pausa—. No caeré en la trampa de decirte dónde está para que puedas ir allí y matarla.

Tyen pestañeó, sorprendido, y de pronto entendió las palabras del muchacho. Ahora tanto su voz como su actitud rezumaban determinación, pero sus ojos lo miraban con expresión suplicante.

«Intenta evitar que me marche y revele que en realidad no estoy de parte de Dahli. Me necesita».

Aunque Tyen estaba ansioso por ir en busca de Rielle, tenía claro que sería una tarea imposible. Podía localizar los mundos recién despojados de magia, pero buscar a una persona en uno de ellos podía llevar muchos ciclos, y en la actualidad existían cientos de mundos muertos.

Inspiró a fondo. «¿Por qué estoy tan enfadado? —Más que ira, lo que sentía era alarma y preocupación—. Podía soportar que Rielle me odiara mientras supiera que estaba sana y salva. Ahora... es posible que no vuelva a verla. Tal vez nunca se me presente la oportunidad de explicarle mi plan...».

Su plan. Su brillante plan de distraer a Dahli para darle tiempo a Rielle de encontrar un lugar seguro donde esconderse y avisar a Baluka cuando pareciera que el Raen estaba a punto de regresar. «Todo se ha ido al garete. Primero Rielle se entera de lo que estoy haciendo y se lo comunica a Baluka; luego, Qall la deja varada y se une a Dahli».

Por eso estaba enfadado. Qall lo había echado todo a perder.

¿Por qué? ¿Por qué se había entregado cuando estaba a salvo en los confines de los mundos?

«Tal vez porque no estaba a salvo. Quizá Dahli los localizó». Tyen dirigió la vista hacia Dahli en busca de confirmación, pero el hombre estaba distraído. Zeke y él se habían retirado unos pasos y discutían por lo bajo. Tyen no alcanzó a distinguir lo que decían, aunque no estaban muy lejos.

—Es porque he creado un escudo que distorsiona el sonido, de manera que podemos oírlos y ellos a nosotros, pero los sonidos resultan ininteligibles —explicó Qall—. Sin embargo, no tardarán mucho en darse cuenta. —Le sostuvo la mirada a

Tyen—. Rielle creía que los viajeros no estarían en peligro mientras Dahli no lograra comunicarnos sus amenazas. Inekera me ha dicho que el siguiente paso de Dahli era matarlos, uno tras otro, y difundir la noticia de cada muerte en todas direcciones con la esperanza de que llegase hasta mis oídos. Permanecer alejados no los salvaría. —Crispó las facciones—. Tiene a personas apostadas allí, listas para matar en cuanto reciban una orden suya o se enteren de que él ha muerto. Y no solo amenaza con eliminar a mi familia, sino a todos los viajeros.

Tyen asintió en señal de comprensión.

—¿Qué piensas hacer?

—No... lo he decidido todavía. Por eso te he pedido que te reunieras con nosotros. Necesitaba saber cuál era tu posición. Ahora que lo sé, estoy más esperanzado.

—Pero mi plan se ha venido abajo.

—Lo sé, pero eres inteligente. Ya se te ocurrirá otro. —Qall esbozó una sonrisa—. Por otra parte, Dahli no es tan despiadado como yo creía. No quiere verse obligado a... —Se interrumpió, y Tyen reparó en que Dahli y Zeke habían dejado de hablar. Qall se volvió hacia Dahli cuando este se le acercó—. ¿Podemos sentarnos a charlar?

—Por supuesto —respondió Dahli. Señaló las sillas con un gesto y posó la vista en Tyen—. ¿Te parece?

Tyen asintió.

—Será un honor.

Los cuatro se dirigieron hacia las sillas con paso tranquilo, entre muestras de cortesía y sonrisas, como si uno de ellos no esperara que otro lo ayudara a destruir la mente de un tercero para remplazarla por los recuerdos de un gobernante de mil ciclos de edad.

## SEXTA PARTE

# Rielle

La mañana del quinto día no repartieron cestas entre los recolectores ni los enviaron a un campo de cultivo. En vez de eso, les entregaron unas monedas y los acompañaron hasta el camino.

Rielle bajó la vista hacia las cuatro piezas pequeñas y cuadradas de cobre deslustrado y luego la subió hacia los otros trabajadores. Ninguno protestó, aunque no se les veía muy contentos. Tampoco parecían sorprendidos. Solo resignados. Se dividieron en varios grupos pequeños y uno más numeroso que Rielle supuso que estaba integrado por parientes de grados diversos; luego se pusieron en marcha por el camino, en una u otra dirección.

Las tres mujeres con quienes Rielle había trabado una amistad más estrecha aún no se habían movido. Murmuraban algo, con el ceño fruncido y la mirada fija en sus monedas. Cuando una de ellas dijo algo, las demás posaron los ojos en Rielle. Al cabo de un momento, la que se llamaba Bel le hizo señas de que se acercara. Agradecida de que la incluyeran, Rielle se dirigió hacia ellas. No se apartaron para hacerle un hueco en su círculo, pero, tras otra breve discusión, le dedicaron sonrisas alentadoras y echaron a andar. Rielle acomodó su paso al de ellas.

De una edad parecida a la que tenía ella cuando había conocido a Baluka y los viajeros, saltaba a la vista que eran avezadas en la recolección. Al igual que todos los habitantes del lugar, eran nervudas, de baja estatura y sorprendentemente fuertes para su tamaño. Le habían enseñado a Rielle la mejor manera de atarse las enormes cestas que utilizaban los peones del campo, así como de evitar la pelusa repleta de espinas diminutas que crecía en los tallos de la extraña planta bulbosa que habían estado cosechando. Cuando Rielle, temblando de agotamiento, estuvo a punto de desplomarse durante los descansos excesivamente breves, ellas se mostraron comprensivas.

Ahora avanzaban con paso lento pero resuelto, dos delante y dos detrás. Charlaban en voz baja. Mai era la más parlanchina y le gustaba enseñarle a Rielle palabras en el idioma local. Ninguna de ellas hablaba la lengua de los viajeros. Solo el capataz de la finca la chapurreaba. Le había sorprendido que Rielle la conociera. Ella se inventó la historia de que la había aprendido de un viajero, y aunque él había arrugado el entrecejo con escepticismo, la contrató de todos modos. Como el propietario de la finca había decidido adelantar la cosecha, necesitaba más recolectores, pero no tenía dinero para pagarles, por lo que emplear a una forastera no solo le proporcionaba un par de manos más, sino que acallaba las protestas de los

peones por el recorte de su sueldo, pues les infundía el temor a que los reemplazara por otros extranjeros.

Por la misma razón, la mayoría de los recolectores la había mirado con recelo al principio, pero pronto concluyeron que, si todos los forasteros eran como ella, no constituirían una amenaza tan grave. Tenía una constitución demasiado delgada para realizar trabajos pesados, y no estaba acostumbrada a jornadas largas y agotadoras.

No era lo que habría elegido hacer, pero no le había quedado otro remedio. Por aquellos pagos nadie requería los servicios de una pintora, una tejedora o una diseñadora de mosaicos. La ciudad más cercana se hallaba aún a varios días de camino, ella estaba hambrienta y cansada, y el capataz le había advertido que la urbe era un sitio peligroso para una extranjera solitaria.

El sol había pasado ya por el cenit y descendía hacia las colinas lejanas cuando el camino desembocó en una carretera más grande. Un poco más adelante, un ruido leve a sus espaldas atrajo su atención hacia un carro de cuatro ruedas que se aproximaba, cargado con las mismas plantas que ellas habían estado cosechando. Tiraba de él una bestia achaparrada con el rabo mocho que daba grandes bandazos al andar. Mai le gritó algo al carretero y entablaron un largo diálogo que obligó a las chicas a apretar el paso para no rezagarse. Poco después, las tres mujeres se acercaron al hombre y cada una le dio una de las monedas que llevaba. Rielle las imitó y se le cayó el alma a los pies al ver desaparecer una tercera parte de su capital. Pensó con nostalgia en las gemas y especias que había dejado en manos de Timane antes de salir en pos de Qall.

«Por lo menos ella estará bien si no consigo escapar jamás de este mundo para ir a buscarla». Rielle echaba de menos a la joven, lo más parecido a una amiga que había tenido en más de cinco ciclos.

El cochero no redujo la velocidad mientras las chicas corrían hacia la parte de atrás y se encaramaban al vehículo. Todas mulleron la cosecha y la cubrieron con sus chalets para no pincharse con la pelusa. Rielle, que carecía de esta prenda, se sentó encima de modo que la menor superficie posible de su piel o su ropa estuviera en contacto con las espinas.

Aunque el carro avanzaba despacio, era un medio de transporte más rápido que ir a pie. A Rielle le dolía el cuerpo no solo por la recolección, sino también por la caminata. Se concentró en no perder el equilibrio, mientras la alegre cháchara de las chicas la reconfortaba.

El sol se ponía y la carreta estaba a punto de coronar una loma cuando Bel soltó una exclamación y señaló algo. Al seguir la dirección en la que apuntaba, Rielle divisó un enorme delta que se extendía más abajo. Los brazos del río, de colores distintos, se mezclaban formando un gris oleoso que se derramaba en un mar lejano. Al fijarse mejor advirtió que los líquidos de colores manaban de edificios arracimados en el terreno del delta. Recuerdos de la infancia de Rielle acudieron a su mente, llenos de tonos y matices brillantes. Eran tan vívidos que casi podía oler los tintes y mordentes.

De pronto, cayó en la cuenta de que el aire olía en realidad a tintes y mordentes. La brisa hizo ondear las cabelleras de las chicas, que arrugaron la nariz. Tras emitir exclamaciones de repugnancia, intercambiaron unas palabras y se rieron.

Tendiendo la mirada hacia el mar, Rielle se percató de que la mancha aceitosa se perdía en el horizonte. No alcanzaba a ver el final. La tintorería de sus padres vertía residuos en el río local, corriente abajo respecto a la ciudad. La gente se quejaba de vez en cuando, y habían tenido que tapar algunas bocas con sobornos.

«Mi madre decía que si querían que les tiñeran la ropa y los toldos, tenían que apechugar con las consecuencias. No tengo idea de adónde iban a parar los desechos desde Fogo». No divisaba embarcaciones, ni en el río ni más abajo, en el mar. Aun así, se propuso evitar llevarse a la boca cualquier cosa que pareciera haberse criado en el agua.

Era noche cerrada cuando el carro llegó ante las puertas de la ciudad, y Rielle tiritaba de frío. Las chicas, tras apearse de un salto, procedieron a sacudir con cuidado los chales y a quitarles la pelusa espinosa. Después de ayudar a Rielle a desprendérsela también de la ropa, Bel sacó un cordel con el que le recogió el cabello en un moño como el que llevaban ellas. Se examinaron los dedos unas a otras y se limpiaron las uñas. Esta minuciosidad con que cuidaban su apariencia personal hizo que Rielle cobrara más conciencia de que no se había bañado desde que Qall la había abandonado en ese mundo, y sin duda apestaba.

Una vez satisfechas con su aspecto, las chicas enderezaron la espalda y se encaminaron hacia las puertas con paso decidido.

Los guardias las interrogaron, lanzando miradas suspicaces a Rielle, pero gracias a la seguridad con que hablaban las locuaces mujeres, y a otra ronda de monedas, consiguieron que las dejaran pasar. Entonces ellas asumieron expresiones adustas y resueltas. Caminando muy juntas e indicándole por gestos a Rielle que hiciera lo mismo, esquivaron las alcantarillas rebosantes de excrementos y de basura, así como las impertinencias de la multitud de hombres que abarrotaban las angostas calles. Estos les gritaban y las acosaban de forma incesante, y en un momento determinado ellas tuvieron que arrancar a correr para huir de un pequeño grupo de ellos. En otro, tuvieron que liberar a Vil de uno que había salido de una callejuela y la había agarrado por el pelo. Sin embargo, los hombres se quedaban descolocados cuando veían a Rielle. Era evidente que les inspiraba desconfianza por forastera.

«Aquí siempre seré una extraña —pensó—. En mi ciudad natal, el único lugar donde no llamaría la atención, tampoco soy bienvenida. ¿Encontraré alguna vez un sitio que pueda considerar mi hogar? ¿Sobreviviré siquiera en este mundo en el que estoy atrapada?».

Por lo menos en la ciudad no hacía frío. Llegaron por fin a una zona más tranquila, después de que Mai sacrificara una moneda para que las dejaran atravesar una puerta. Hicieron un fondo común con el dinero que les quedaba para pagar una habitación con un lado expuesto a la calle y una cena frugal que consistía en algún

tipo de grano con una salsa grumosa. Comieron acurrucadas entre hombres y mujeres que estaban sentados con las piernas cruzadas, subiendo y bajando las manos con rapidez mientras cosían adornos en prendas de ropa.

Aún estaba oscuro cuando Bel sacudió a Rielle para despertarla. Salieron de la habitación y bajaron a la calle, que discurría junto a un afluente del río. El aire hedía a residuos humanos y cosas peores. En la ribera, había unas habitaciones sucias y endebles hechas con telas viejas y en las que solo cabía una persona. Frente a cada una de ellas había una cola de hombres y mujeres. Bel y Rielle se incorporaron a una, y esta no tardó en descubrir que aquellos toldos eran la versión local de un retrete. Dentro solo había un tramo de muro, pero a juzgar por la mugre que recubría la parte exterior, los usuarios se acuclillaban encima para hacer sus necesidades intentando no perder el equilibrio y acabar en el agua. Como mucha gente estaba más pendiente de no caerse que de tener buena puntería, la parte superior del muro estaba casi igual de sucia.

Cuando regresaron a la habitación, las otras dos chicas estaban despiertas y había salido el sol. Se turnaron para sujetar los chales a modo de cortina mientras una de ellas se lavaba con un trapo empapado en el agua turbia de un cubo, en el minúsculo espacio que quedaba entre otros grupos de hombres y mujeres que bordaban encorvados. Una vez acicaladas, se encaminaron de nuevo hacia la puerta.

Cansada, dolorida y sintiéndose sucia todavía, consciente de que no le quedaba dinero y de que aún estaría en el campo de no ser por la ayuda de aquellas muchachas, Rielle las seguía pasivamente. Cuando llegaron ante la puerta, no la atravesaron para salir a las calles amenazadoras. En vez de ello, entraron en un edificio grande que se alzaba a un lado, con la fachada estropeada por un intento fallido de reparar una grieta que llegaba hasta el tejado con algún tipo de argamasa que se desmoronaba.

En el interior, cientos de personas sentadas en el suelo con la espalda doblada cosían a toda prisa. Junto a ellos había montones de prendas de tallas y formas diversas. Nadie alzó la vista cuando entraron. Varios niños pequeños y con una actitud curiosamente sumisa estaban sentados al lado de las pilas, o durmiendo en el suelo. En un rincón, unos chiquillos mayores movían los dedos diminutos con una destreza y velocidad sorprendentes. Otros hombres y mujeres iban y venían por la habitación, supervisando con atención el trabajo de los costureros o agachándose sobre ellos de forma intimidatoria.

Mai las guio hasta una habitación pequeña. Detrás de una mesa —la primera que Rielle había visto en aquel mundo— estaba sentado un hombre de rostro severo. Las miró de una en una, y la arruga entre sus cejas se hizo más profunda cuando se fijó en Rielle. Ante una pregunta del hombre, Mai se acercó a ella, la agarró de las muñecas y le volvió las palmas de las manos hacia arriba. Él se las examinó un momento y no se mostró muy convencido. Tras decir algo que sonaba a una serie de instrucciones, garabateó algo en un trozo de tela y se lo tendió a Mai.



Regresaron a la habitación principal, donde Mai se dirigió a uno de los hombres que inspeccionaba la labor de los trabajadores. Este formuló algunas preguntas a las que las chicas dieron respuestas rápidas. Cuando le tocó el turno a Rielle, Mai respondió en su lugar. Una expresión ceñuda que empezaba a resultar demasiado familiar le arrugó la frente al hombre. Tras dar media vuelta, les indicó con un gesto que lo siguieran y comenzó a serpentear entre los tejedores sentados y las torres de ropa a un paso que a Rielle le costaba mantener. En cierto momento, se mareó un poco, perdió el equilibrio y tuvo que aferrarse a una pila de tela para no caer al suelo, lo que le valió una mirada furiosa por parte del trabajador que estaba al lado. Al percatarse de que se había rezagado, Rielle se apresuró a alcanzar al grupo.

Por fortuna, el supervisor se había parado a hablar con un hombre con trenzas en la barba. Por sus gestos, quedó claro que iban a unirse a ese hombre, pero cuando Rielle se disponía a seguirlos, él la agarró del brazo. Se la llevó a rastras hasta un rincón donde varios montones de tela se elevaban hasta el techo. Hacía mucho más calor allí; tanto que resultaba incómodo. El hombre llamó a una mujer de cabello grasiento y, adoptando un tono desdeñoso, se señaló la boca. La mujer dejó caer los hombros, pero asintió y le hizo una señal a Rielle. El hombre la empujó hacia ella y se alejó con grandes zancadas.

Frotándose el brazo, Rielle se acercó a la mujer, que la guio hasta uno de los montones. Al fijarse mejor, Rielle advirtió que no se trataba de telas sino de prendas terminadas. Unos trabajadores recogían grandes brazadas de ropa y se las llevaban. La mujer le indicó con un ademán que hiciera lo mismo. Rielle juntó todas las vestimentas que pudo y se tambaleó cuando la mujer añadió algunas más. Aunque le temblaban los brazos cansados y los hombros doloridos, no emitió la menor protesta.

«¿Quién iba a imaginar que la ropa pesaba tanto?», se preguntó mientras seguía a los otros trabajadores hasta una habitación mal iluminada. De inmediato, la envolvió una humedad insoportable y agobiante, acompañada de un olor dulzón y nauseabundo. Unos respiraderos a ras de suelo expulsaban aquel vapor acre. Había una fila ante una cesta enorme en la que los trabajadores dejaban caer uno tras otro sus montones de ropa antes de comenzar a colocar cada prenda en una de las perchas colgadas de los tendederos que ocupaban la parte derecha de la habitación. Otros trabajadores retiraban la ropa de las perchas del lado izquierdo y las plegaban con movimientos rápidos y precisos, fruto de la experiencia.

Todos los presentes en la habitación tosían, y Rielle no tardó en unirse a ellos. Uno de los plegadores se tapó la boca con un trozo de tela para toser y, antes de que se lo guardara en la manga, Rielle alcanzó a ver en él unos puntos rojos. Un supervisor que andaba cerca de la puerta le gritó al hombre, que aceleró el ritmo de trabajo.

El dolor en los brazos de Rielle se hizo más intenso. Abrazó con más fuerza su montón de ropa, pero esto no la alivió. Cuando al trabajador que tenía delante le llegó el turno de tirar en la cesta la ropa que portaba, una pieza se le cayó al suelo. Otro

supervisor surgió de entre la bruma y lo reprendió a voces mientras recogía la prenda sucia del suelo. Rielle intentó recolocarse la carga en los brazos otra vez, algo mareada por el vapor, y observó cómo el hombre que tenía delante disponía la vestimenta en los tendederos. Todas las prendas eran una especie de blusas largas de hombros bajos y un escote que hacía muy difícil que quedaran bien colgadas de las perchas.

«¿Cómo he acabado aquí?», se preguntó Rielle. Su pasado se le antojaba la vida de otra persona. Sospechaba que, si le contara su historia a alguien, este lo tomaría por un cuento fantástico inventado para entretener a los niños.

Tal vez no era más que un cuento. O un sueño. A lo mejor ella había despertado de un sueño extravagante sobre la magia a una realidad de pesadilla. Si esta no hubiera sido tan diferente de su infancia como el sueño, quizá se la habría creído.

De pronto, le tocó el turno de depositar la brazada de ropa en la cesta. Tuvo mucho cuidado de que no se le cayera nada y logró pescar una blusa justo antes de que tocara el suelo. A continuación, se concentró en colgar las prendas y se ganó varias reprimendas sonoras por parte del supervisor antes de que le saliera bien. Cuando terminó, la fila que tenía detrás se había hecho el triple de larga, y al regresar hacia los montones de ropa del exterior pasó junto a varios rostros irritados y preocupados.

Con cada viaje adquirió más soltura, aunque no llegó a desarrollar la habilidad que demostraban sus compañeros. El tiempo transcurría con gran lentitud, y ella ya había perdido la cuenta de las veces que había ido a la habitación del vapor cuando sonó una campana y todos dejaron de trabajar. Una oleada aturdidora de alivio la invadió. Casi todos los costureros dejaron a un lado su trabajo y se pusieron de pie, pero muchos recogieron más telas y se las llevaron consigo. Rielle supuso que necesitaban dinero extra o que quizá no habían cubierto el cupo del día.

Todos los colgadores de ropa miraron a la mujer que había dado indicaciones a Rielle y, en cuanto esta inclinó la cabeza, se alejaron a toda prisa. Cuando la mujer posó la vista en Rielle, apretó los labios y sacudió la cabeza, pero entonces se oyó una voz juvenil, y Mai salió de la multitud de trabajadores que iban de un lado a otro y se dirigió hacia Rielle. La mujer hizo un mohín y asintió de mala gana. Mai le sonrió a Rielle, la tomó de la mano y se la llevó de allí.

«Me ha salvado, aunque no sé muy bien de qué. Seguramente no he realizado todo el trabajo que debía, y Mai le ha prometido que lo compensaré mañana».

No estaba segura de que fuera capaz de compensarlo. Salió del edificio detrás de Mai, tosiendo sin parar. Al pensar en el hombre del cuarto de vapor que había escupido sangre, el pánico empezó a adueñarse de ella.

«No puedo seguir así. Moriré antes de que Qall regrese a liberarme. Desde luego, no resistiré hasta que este mundo recupere la magia suficiente para que pueda abandonarlo».

Tenía que encontrar otra manera de sobrevivir. Mientras Mai se reencontraba con Vil y Bel, un plan empezó a gestarse en la mente de Rielle. Cogería el dinero que había ganado allí ese día y se dirigiría a zonas menos sórdidas de la ciudad en busca de artesanos. Si tenía que gastar parte de la magia que le quedaba para llegar hasta allí a salvo, lo haría.

Pero a ninguno de los trabajadores les daban monedas al salir. Rielle intentó preguntarle a Mai por qué, trazándose con el dedo unos cuadrados en la palma de la mano y haciendo ademán de cambiarlos por comida. La chica, negando con la cabeza, imitó el gesto de coser, le mostró ocho dedos cuatro veces, y luego se dibujó un cuadrado en la mano y extendió cuatro dedos.

Cuatro monedas por treinta y dos días de trabajo. A Rielle le flaquearon las piernas. Al verla bambolearse, Mai la sujetó por los hombros y la ayudó a esquivar las alcantarillas sucias en el camino de regreso a su habitación. Vil y Bel se pusieron a trabajar de inmediato en los montones de prendas que habían llevado consigo. Mai se sacó una aguja de costura de la ropa, midió un trozo de hilo y comenzó a ayudarlas. Rielle extendió las manos para mostrarles su voluntad de colaborar, pero Mai sacudió la cabeza, señalando la aguja y luego a Rielle.

«No hay más agujas». Rielle esperó que no se le notara demasiado el alivio. Sin posibilidad de ayudar a aquellas mujeres generosas, se acurrucó en el suelo y se durmió. Solo se despertó durante un rato para tomar la cena frugal que le ofreció Mai.

Desde que se había quedado varada en aquel mundo, a Rielle solo se le habían ocurrido tres maneras de escapar de él.

La primera opción era hacer lo que había hecho Valhan para liberarse del mundo natal de Rielle: esperar a que se generara magia suficiente. Había permanecido atrapado más de veinte ciclos... y había tenido que viajar de un extremo a otro del mundo a fin reunir la energía suficiente para marcharse. El mundo en el que se encontraba ella era lo bastante pequeño para absorber toda la magia que contenía sin necesidad de desplazarse. No era fácil calcular cuánto tiempo tardaría la gente en producir la energía que requería. Dependía del tamaño de la población. Cuanto más numerosa fuese, mayor sería el porcentaje de personas implicadas en actividades creativas y más posibilidades habría de que existieran uno o más Creadores que generaran magia en mayores cantidades que la gente común. Sin embargo, por muchos Creadores o personas creativas que hubiera, era probable que aún hicieran falta muchos ciclos para que se produjera la energía que ella necesitaba para escapar.

La segunda opción consistía simplemente en esperar que Qall regresara a buscarla. Había renunciado a calcular qué probabilidades había de que esto ocurriera. Todo dependía de que él estuviera vivo, dispuesto a rescatarla y libre para hacerlo. Rielle se negaba a creer que él no abrigara la intención de volver jamás mientras le resultara posible, pero ¿conseguiría localizar de nuevo el mundo y encontrarla en él? Allí, rodeada de los innumerables habitantes de la ciudad, su mente era una entre miles. Habría resultado más fácil de encontrar en la finca, donde solo convivía con cientos de personas. Qall daría con ella más fácilmente si conseguía un empleo entre los artesanos, pues sería el primer grupo en el que la buscaría.

Su tercera opción era hallar un lugar de llegada, esperar que alguien visitara ese mundo aprovisionado con magia suficiente para partir... y convencerlo de que se la llevara consigo. Tendría que localizar uno pronto, antes de que en los mundos vecinos corriera la voz de que el lugar ya no contenía magia. Además, necesitaba idear un argumento infalible para convencer al visitante de que la ayudara. Era probable que otros forasteros estuvieran acudiendo a toda prisa a los lugares de llegada con el mismo propósito, y tal vez incluso hubiera hechiceros de otros mundos intentando aprovecharse de la situación y exigiendo una remuneración a aquellos a quienes transportaban.

No tenía nada de valor que ofrecerles, pero el hecho de ser quien era podía resultarle útil..., aunque también invitaba al desastre. Si la persona a la que pedía ayuda era un aliado de Dahli, este la dejaría atrapada hasta que él apareciera y la

matara mientras estuviera indefensa. Si era un aliado de los restauradores, estos la llevarían ante Baluka. Por otro lado, podía usar parte de la magia que le quedaba para leerles la mente antes de acudir a ellos.

Cuando una mano le tocó el hombro, ella abrió los ojos y se incorporó con dificultad, pues aún estaba dolorida. Esta vez Vil la acompañó a las letrinas. Rielle entró la primera y luego, mientras la joven estaba dentro, se alejó a paso veloz. Orientándose por las sombras que proyectaba el sol matinal, avanzó en una misma dirección, pero pronto tuvo que volver sobre sus pasos cuando se encontró con que todas las calles acababan en un muro o doblaban sobre sí mismas. Tras tomar la dirección contraria, descubrió que tampoco lograba encontrar una salida por ese lado.

Para entonces, las angostas calles ya no estaban tan concurridas. Unos niños pequeños la seguían, mirándola con fijeza y riéndose, hasta que unos un poco mayores les gritaron que regresaran con ellos. Ella hubiera llamado la atención aunque no hubiera sido más alta ni le faltara el chal que llevaban todas las mujeres del lugar, porque casi no había adultos alrededor.

Tras decidir que solo giraría a la izquierda, Rielle subió y bajó por varias calles, evitando solo las que conducían a la fábrica. Casi todas las viviendas eran edificios cuadrados, antiguos y destartados, de dos y tres plantas, que daban a la calle, desprovistos de fachada. Solo unas pocas casas cercanas a la fábrica tenían muro exterior y puertas, que estaban custodiadas.

En el interior de los edificios expuestos había apiñados niños y alguna que otra mujer en avanzado estado de gestación, que cosían toda clase de adornos a las prendas que Rielle había visto a los trabajadores confeccionar el día anterior. Las deficientes alcantarillas que discurrían a los lados de las calles estaban atascadas y en un estado deplorable. Las alimañas que merodeaban en las sombras salían corriendo a investigar cada vez que alguien vaciaba un cubo de inmundicias frescas. La mayoría de los chiquillos iban descalzos, por lo que tenían los pies negros de mugre.

Cuando Rielle volvió al punto de partida, ya había comprendido que no había forma de abandonar el barrio salvo a través de la puerta por donde había entrado, situada al final de la calle que conducía a la fábrica. No le quedaba otra alternativa que intentar salir por allí o trepar un muro y huir por los tejados. Al estudiar el estado de las techumbres, concluyó que gastaría menos magia fulminando a un guardia de la puerta que sanando sus huesos rotos.

Respiró hondo, enderezó la espalda y echó a andar hacia la fábrica.

Los guardias la observaban mientras se acercaba. Cuando se encontraba a veinte pasos, uno de ellos emitió un silbido. Al oír pasos apresurados que se aproximaban desde la puerta de la fábrica, Rielle se volvió a tiempo para ver al supervisor corriendo hacia ella. Tenía el rostro ensombrecido de ira. Rielle lo esquivó cuando el hombre intentó agarrarle el brazo, pero chocó con algo sólido: uno de los guardias. Este le asió las manos por detrás, lo que brindó al supervisor otra oportunidad para

intentar apresarla. Ella estuvo a punto de utilizar la magia, pero en el último momento cambió de idea.

¿Y si castigaban a las chicas por llevar a una hechicera a la fábrica? No quería causarles problemas después de lo amables que habían sido con ella.

«Si me niego a trabajar, me echarán», razonó.

El supervisor la arrastró hacia la fábrica. Un murmullo recorrió a los trabajadores, aunque la mayoría mantuvo la cabeza gacha. Entre los pocos que alzaron la vista estaba Mai, que se mostró aliviada. Le dedicó a Rielle una sonrisa comprensiva pero perpleja y sacudió la cabeza.

El supervisor tiró de Rielle hasta el cuarto de vapor, donde la dejó con la mujer que el día anterior vigilaba a quienes colgaban las prendas. Esta le gritó algo a Rielle, pero la furia en sus ojos cedió el paso enseguida a una expresión calculadora cuando la otra le sostuvo la mirada, impasible. No pareció sorprenderle que Rielle rehusara recoger ropa de un montón.

Le dijo unas palabras en tono de advertencia. Rielle esperó, resistiéndose a sucumbir al miedo que empezaba a adueñarse de ella. La mujer suavizó la voz unos instantes, pero la endureció de nuevo. Le gritó algo a un supervisor, que asintió y se alejó a toda prisa.

Al punto aparecieron tres hombres que recorrieron la fábrica con la vista y se detuvieron cuando la encargada del cuarto de vapor señaló a Rielle con un gesto. Se aproximaron y rodearon a la joven. Dos de ellos la sujetaron por los brazos y la forzaron a entrar en la habitación del vapor y acercarse a una puerta interior. Cuando el tercero la abrió, salió de ella una vaharada con un olor cien veces más intenso que el que se respiraba en la habitación. Los otros la hicieron entrar de un empujón. La imagen fugaz de un pequeño cuarto con las paredes cubiertas de estantes se le quedó grabada en la retina antes de que todo se sumiera en la oscuridad.

Rielle soltó una maldición y acto seguido se arrepintió de haber abierto la boca. Su siguiente error fue inspirar profundamente para suspirar. Tosiendo, echó mano de un poco de magia de sus valiosas reservas para crear una luz.

Los estantes estaban repletos de montoncitos brillantes de vegetación húmeda. Sobre ellos goteaba de unos caños que sobresalían de las paredes un agua humeante que se filtraba a través del amasijo hasta el suelo, que estaba recubierto de fango y sustancias viscosas. Había musgo por todas las paredes, y, en un rincón, lo que parecían las raíces de una planta se abrían en abanico desde una grieta ancha.

No se apreciaba una sola superficie limpia. No había otro lugar donde sentarse más que el suelo. Rielle tenía los ojos llorosos y los pulmones contraídos en un ataque de tos.

«Debería haber luchado para salir por la puerta del barrio cuando tuve la oportunidad. —Pero una vez más pensó en las chicas que la habían ayudado y en la posibilidad de que tomaran represalias contra ellas por meter a una hechicera en la fábrica—. No, puedo soportar esto. Me extraña que se empeñen en que trabaje para

ellos contra mi voluntad y sin que me hayan pagado nada, pero tendré que seguir negándome hasta que me suelten».

A menos que... La planta que crecía en la grieta parecía indicar que la pared del fondo daba a la calle. Por un momento se planteó abrir un boquete con magia, pero al recordar las grietas mal tapadas del resto del edificio concluyó que no podía estar segura de que solo pudiera derrumbarse ese rincón. Tal vez se vendría abajo todo ese lado de la estructura y moriría mucha gente.

Cerró los ojos, apagó la luz e intentó respirar de forma superficial para no toser. «Paciencia», se dijo.

Para distraerse del hedor, se concentró en los sonidos. Oía el goteo constante de los estantes, y de vez en cuando sonaba en un rincón el agudo chillido de algún animal, pero los otros ruidos procedían del exterior. Unas pocas voces resultaban audibles a través de las paredes, por lo general órdenes que gritaban los supervisores. No oyó hablar a los trabajadores en ningún momento. Brillaban por su ausencia la cháchara y los cantos que con tanto cariño recordaba de los años que había pasado entre los tejedores de tapices.

Las prendas que confeccionaban eran todas iguales, una actividad no precisamente agradable, pero al menos estarían produciendo magia mientras cosían. Centrándose en la magia del mundo, buscó señales de la energía nueva que se propagaba desde allí, y la desalentó comprobar que era muy escasa.

«¿Por qué no aumenta? —se preguntó—. ¿Está incapacitado este pueblo para generar magia? Tal vez no puede. Si existen los Creadores, que producen más energía de lo normal, es posible que también existan quienes no pueden generar casi nada. — Sintió una punzada de alarma—. ¡Jamás lograré escapar de este mundo!».

De pronto, se le ocurrió otra posibilidad. En realidad los costureros no estaban siendo creativos. Fabricaban lo mismo una y otra vez, sin participar en el diseño y sin apenas disfrutar con el proceso. No era de extrañar que generaran tan poca magia.

Captaron su atención las voces de un par de personas que se acercaban. Se detuvieron justo al otro lado de la puerta del cuarto de vapor y ella se volvió, lista para salir en cuanto se abriera.

Pero no se abrió.

—... empezó ayer. Una forastera. No habla nuestro idioma.

Rielle dio un respingo. Las voces eran masculinas y hablaban el idioma de los viajeros.

—¿Es posible que venga de otro mundo? El Delmegardi quiere que todos los visitantes de otros mundos sean detenidos e interrogados.

—No... Es alta, pero no parece de fuera de este mundo. No es más que una extranjera.

—Entonces ¿qué piensas hacer?

—Una paliza la hará entrar en razón. Además, es lo que esperan ellos. No podemos dispensarle un trato distinto a una trabajadora solo porque sea nueva. Y

menos ahora. Necesitamos toda la mano de obra posible.

El volumen de las voces bajó demasiado para que Rielle alcanzara a oírlos. Se dio la vuelta y aplicó la oreja a la puerta. Sintió un escalofrío al notar la superficie húmeda y pegajosa.

—... quiere que le entreguemos el pedido cinco días antes, y si no, no nos pagará. Podemos conseguirlo si todos trabajan las siguientes dos noches, y la mitad de ellos la tercera. No les hará ninguna gracia. Razón de más por la que ahora mismo no nos conviene que una forastera sea insolente.

—Échala a la calle.

—No, necesitamos sentar ejemplo. Demostrarles que no es por la magia por lo que los gellim estamos al mando.

—¿Ahora?

—No. Más tarde, después de cerrar las puertas para el turno de noche. Dejemos que se cueza un rato más, hasta que sienta que se le empiezan a pudrir los pulmones.

Las pisadas se reanudaron y se alejaron en dirección a la habitación de la encargada. Rielle se apartó de la puerta y se limpió la oreja con la manga. A menos que se arriesgase a que el edificio entero se hundiera cuando se abriera paso a través de la pared, no le quedaba otra opción que esperar a que la dejaran salir. Pero no pensaba permitir que le pegaran una paliza. Usar un poco de magia para evitarlo le parecía justificado. Por otro lado... si se escudaba con cuidado y reaccionaba tal como ellos esperaban, no resultaría evidente que estaba utilizando la magia, y las chicas no acabarían pagando las consecuencias.

El tiempo pasaba lentamente. El aburrimiento se apoderó de ella, y lamentó no tener nada que hacer que la distrajera de las preocupaciones. Como empezaban a dolerle los pies, se puso a caminar de un lado a otro del cuarto, con los brazos extendidos ante sí para no chocar con los estantes o las paredes.

Después de varias vueltas, se percató de que alcanzaba a distinguir algunos detalles. Se paró en seco, alarmada. ¿Estaba cambiando la pauta de forma inconsciente para adaptar la visión a la oscuridad, y gastando con ello lo poco que le quedaba de su preciosa magia?

Una luz apareció por encima de ella. Al alzar la vista, cayó en la cuenta de que la claridad del sol se colaba por la grieta de la pared, que era mucho más grande de lo que le había parecido durante su inspección rápida de la habitación. Resistió el impulso de exhalar un suspiro de alivio. Su cuerpo no estaba modificándose a sí mismo, sino que el sol estaba en el sitio justo para penetrar en el cuarto. Sin embargo, sus rayos no incidirían en esa parte de la pared durante mucho rato.

Al mirar alrededor reparó en unos objetos que no había visto la primera vez: un cubo y un palo largo. Se acercó y lo agarró. Era una fregona, con el mango empapado, pero no cubierto de una sustancia pegajosa o viscosa.

Tal vez podía limpiar una superficie lo bastante grande para sentarse. Pasó la fregona por el suelo, pero no consiguió más que formar espirales en el fango. No



obstante, el dibujo le pareció interesante. Rielle movió el palo adelante y atrás para trazar remolinos y círculos en la mugre, luego unas olas y nubes sencillas, de modo que un paisaje marino empezó a emerger de la suciedad. Esto la animó. Podría entretenerse durante parte de la larga espera y al mismo tiempo generar un poco de magia.

Y entonces se desprendió el mocho de la fregona.

Decaída, iba a dejar el palo a un lado pero se detuvo. Si dibujaba con él, podría trazar una única línea, lo que le permitiría añadir detalles más finos. Comenzó a garabatear sin ton ni son. Resultaba agradable dejar aquellas marcas. Hizo una pausa para tocar el colgante que llevaba oculto bajo su vestido de cuello alto. Al principio llamó la atención de las chicas, pero en cuanto vieron que la cápsula solo contenía un pincel, perdieron el interés. Contempló la posibilidad de pintar con él, pero la idea de ensuciarlo con aquel fango la repelía demasiado.

Mientras hacía un esbozo de las muchachas y la extraña bestia que tiraba del carro que las había llevado hasta allí, su mente intentaba ahuyentar un pensamiento incómodo. Rompió a toser y, de pronto, preocupada otra vez por su salud, se obligó a afrontar el problema. Quizá podía usar el colgante como soborno para salir de allí. La entristecería desprenderse del regalo de Ankari, pero no le cabía duda de que la mujer preferiría que ella viviera sin él a que muriera llevándolo encima.

Recuerdos de los viajeros acudieron a su memoria. Se preguntó si Baluka habría encontrado la mano de Valhan. La última vez que lo vio, había cambiado mucho. Él también la había notado distinta. Ya no era inmarcesible. No había experimentado ninguna transformación repentina que lo hiciera evidente. Solo había bloqueado de forma consciente la magia que guardaba en su interior para no gastarla de manera automática en el cambio de pautas.

Lo que significaba que volvía a envejecer. No percibía indicio alguno de que su organismo estuviera cambiando en consonancia con su edad auténtica, ni revirtiendo al estado en el que se encontraba antes de alcanzar la inmarcesibilidad. Simplemente había dejado de repararse solo. Esto quería decir que no había perdido la facultad de cambiar la pauta. Si llegaba a un mundo que contuviera magia, dejaría de envejecer de inmediato.

«¿Y si mi cuerpo recuperara su forma natural, después de todo? ¿Me convertiría de nuevo en Creadora?».

En ese caso, podría generar más magia y escapar antes de ese mundo. El corazón le dio un vuelco. En realidad, podía recobrar su pauta original de forma deliberada. El cambio de pautas no requería una gran cantidad de magia. Solo la parte inicial de acrecentar la capacidad de la mente para comprender el proceso la requería.

Sin embargo, tal vez no le quedaba energía suficiente para volver a ser una Creadora. Fracasar implicaría consumir toda su magia para nada. ¿Valía la pena correr ese riesgo por intentarlo?

Incluso si tenía éxito y recuperaba su condición de Creadora, tardaría mucho tiempo en generar la magia que necesitaba para abandonar ese mundo.

Por otro lado, como Creadora, quizá podía resultar útil a sus habitantes. Tal vez la protegerían.

«Son demasiados condicionales para mi gusto —se dijo—. Más vale que intente convencer a un hechicero de que me saque de este mundo. En cuanto consiga salir de aquí».

Había trazado líneas por todo el suelo. Hizo una pausa para concentrarse en la magia que la rodeaba. En lo que antes era casi un vacío, un brillo se extendía por la habitación.

«Interesante». Nunca antes había percibido la magia generada por ella misma. Entregarse del todo a una actividad creativa no le permitía dedicar atención a detectar energía. Seguramente ahora podía porque aquel mundo estaba despojado de ella casi por completo.

Cuando absorbió la magia, su entorno se oscureció de nuevo. No era mucha, pero cualquier cantidad, por pequeña que fuera, podía marcar la diferencia. Decidida a aprovechar al máximo el tiempo que tuviera que pasar en aquel cuarto, agarró el mocho, lo encajó en el palo y borró los trazos que había hecho. Tras desprender el mocho de una patada, se puso a dibujar, esta vez un árbol. Cada vez que terminaba una rama, se detenía para buscar y absorber la magia que producía. Un cosquilleo de emoción le erizaba la piel cada vez que sus reservas de energía aumentaban un poco. Si antes estaba desesperada por abandonar la humedad empalagosa de la habitación, ahora deseaba que tardaran mucho tiempo en sacarla de allí.

«Si es verdad que no se puede ser Creador e inmarcesible a la vez, perderé la facultad de cambiar de pauta. Así que solo tendré una oportunidad, porque si la pierdo antes de recuperar mis dotes de Creadora, no podré volver a intentarlo». Los riesgos que entrañaba intentarlo eran aún más grandes de lo que creía en un principio, y su determinación flaqueó.

Por otra parte, cuanto antes escapara, mayores serían sus posibilidades de salvar a Qall.

Un sonido leve llegó hasta sus oídos. Una campanada. Se le aceleró el pulso. Era la señal que indicaba el cambio de turno. Pronto irían a buscarla.

¿Y si consumía toda la magia que le quedaba protegiéndose de la paliza?

«No hace falta gastar energía para echar un vistazo al interior del cuerpo y averiguar qué hay que modificar». Cerró los ojos y se obligó a concentrarse. Recurrió a sus conocimientos sobre el cambio de pautas para examinar su propia mente. Como no estaba creando magia, no supo establecer con exactitud qué parte necesitaba devolver a su estado original. Abrió los ojos y comenzó a absorber energía de nuevo. Le resultaba difícil —casi imposible— concentrarse en ambas cosas, pero al alternar con rapidez entre una tarea y otra, empezó a delimitar la zona de su mente que producía la magia.

Cambiarla no requeriría mucha energía. No más que la que generaba allí al dibujar en el suelo. Probó una modificación sutil. Sus reservas apenas menguaron. Unos trazos más le proporcionaron otra porción de magia que le permitió determinar con mayor precisión qué parte de su mente estaba implicada.

«Lo conseguiré».

Resistiendo el impulso de respirar hondo, procedió a cambiar su pauta. Al principio, las alteraciones no la afectaron; de pronto, una de ellas redujo su producción de magia casi al mínimo. Alarmada, anuló el cambio... y se percató de que podía invertirlo aún más. Se puso a dibujar de nuevo en el suelo para probar el resultado, y una sensación estremecedora le recorrió la mente. Una sensación que conocía. Que echaba en falta pero que no había olvidado.

«¡Eso es!». Buscó magia y descubrió que se expandía con rapidez en todas direcciones. La absorbió, recreándose en aquel baño de energía. Aunque estuvo tentada de seguir dibujando para generar más magia, se concentró en la parte de su mente que había modificado. ¿Podría fortalecer aún más esa capacidad? Aplicó más magia para cambiar más la pauta.

La puerta se abrió. Rielle extendió la mano hacia ella e inmovilizó el aire en el vano. Sin hacer caso de los gruñidos y exclamaciones de sorpresa, mantuvo su atención fija en el suelo. El palo de la fregona pareció moverse solo cuando lo levantó con magia para dibujar más deprisa. Unas líneas aparecieron...

... y el mundo se volvió blanco.

En realidad no era blanco, claro está. Del mismo modo que la negrura que señalaba la ausencia de magia no era realmente negra. Cuando proyectó sus sentidos, captó una explosión de magia que lo inundaba todo hasta cubrir el complejo entero.

«Pero... ¡eso es más de lo que había creado nunca! ¡Mucho, mucho más!».

Dirigió de nuevo su atención hacia su interior. ¿Podría acrecentar aún más su capacidad? ¿Era posible excederse? Tal vez debía probar otro cambio minúsculo y ver qué sucedía.

Aunque... no sabía con exactitud qué pasos había seguido. Lo intentó de nuevo, con torpeza, sin orden ni concierto, y lo dejó enseguida por temor a hacerse daño. Perpleja, contempló su entorno con la mirada vacía intentando dilucidar el porqué.

«¿Cómo es que en un momento lo entendía, y al momento siguiente no? — Inspiró con brusquedad cuando cayó en la cuenta de lo que había hecho—. ¡Es verdad! ¡Antes de alcanzar la inmarcesibilidad no era capaz de comprender el cambio de pautas! Ahora vuelvo a ser incapaz».

La parte de su mente que se había modificado para entender cómo se cambiaban las pautas ahora generaba magia.

«La misma parte. Puedo hacer una cosa u otra, pero no las dos».

La pérdida de la inmarcesibilidad le provocó un acceso de miedo, pero no luchó contra él. Dejó que se apoderara de ella y no tardó en desaparecer. Tal vez algún día se convirtiera de nuevo en una hechicera inmarcesible, pero en aquel momento la

mortalidad era su salvoconducto a la libertad. Entretanto, volver a ser una Creadora la llenaba de alegría... y sorpresa.

Hasta entonces no le había importado perder sus dotes de Creadora. No le había impedido seguir creando —una vez superado su temor inicial a perder esa aptitud también—, y eso le importaba más que generar magia, ya fuera en cantidades minúsculas o enormes. A cambio, podía vivir tanto como quisiera, siempre y cuando no la matara alguien o algo. Además, podía sanar a otros y a sí misma, facultad que había llegado a valorar aún más.

Sin embargo, aquello la hacía sentirse bien. Como si le hubieran devuelto algo que le habían robado. Como si volviera a estar completa.

«Bueno, espero que valga la pena envejecer y morir por eso».

Pero no ese mismo día.

Aunque había generado mucha magia al dibujar durante los momentos anteriores, necesitaba más para escapar del mundo. Y cuanto antes, mejor. Tras devolver su atención a la habitación, fregó el moho y la mugre de una pared e inició un nuevo dibujo, esta vez grabando líneas con magia. No se molestó en parar para absorber la energía que había producido. Se concentró en dibujar.

Retrató a los obreros de la fábrica. No encorvados sobre su trabajo, sino de pie. No cargados con montones de ropa, sino vestidos de gala, rodeados de niños con zapatos, dándose un banquete y viviendo en casas que no estaban expuestas a la calle. Dibujó los brazos del delta con el agua limpia y repleta de barcas, pescadores y mujeres que recogían las redes.

Cuando terminó, proyectó su mente y sonrió al percibir la abundante magia que se dispersaba por el mundo. Intentó ver hasta dónde llegaba y, cuanto más lejos viajaba su mente, más crecía su asombro. Cuando por fin alcanzó el límite, una multitud de mentes le produjo un hormigueo en los sentidos. La ciudad entera. Estaban formándose agujeros allí donde otros hechiceros acumulaban toda la que podían. En el centro de cada vacío, encontró pensamientos de hombres y mujeres desconcertados por la reaparición de la magia, pero aliviados por saber que su control sobre los trabajadores no se les seguiría escurriendo entre los dedos hasta desembocar en una revolución.

A Rielle se le cayó el alma a los pies. Antes de que Qall expoliara el mundo, la magia ayudaba a mantener sometidos a los obreros, incluidos los costureros. Gracias a su nueva habilidad, ella podía escapar y también restituir toda la energía, pero ahora comprendía que eso solo apuntalaría la estructura social que oprimía a aquellos trabajadores, entre muchos muchos otros.

«¿Quién soy yo para juzgarlos? —pensó—. Valhan decía que uno nunca puede prever el resultado de su intromisión».

Pero tanto si reponía la magia de ese mundo como si no, estaría entrometiéndose. Qall, al despojarlo de energía, ya había alterado el equilibrio de poder. Incluso

aunque ella restituyera la magia, la idea de una revolución no se apagaría con facilidad.

«Además, tengo que rescatar a un hechicero joven e insensato. Otra vez».

Sin embargo, no podía marcharse sin antes hacer una cosa más. Se situó frente a la pared opuesta y dibujó a los capataces arrodillados en el suelo frente a los trabajadores, entregándoles monedas. A continuación, escribió: «Alzaos antes de que vuelva la magia».

Cuando terminó, absorbió toda la magia que había generado, respiró hondo y se impulsó para apartarse del mundo.

El viaje de Rielle a través de los mundos resultó más lento de lo que le habría gustado porque tenía que parar a recuperar el aliento. Por si fuera poco, sucumbía enseguida al hambre y el cansancio, que la obligaban a dedicar unas horas a dormir. Lo más difícil era encontrar algo que comer. Siguiendo los consejos de Tarren, se deslizaba hasta las cocinas de palacios y mansiones y hurtaba los alimentos de gente que claramente no pasaría hambre por ello, aunque intentaba no imaginar los castigos que sufrirían los sirvientes de cocina como consecuencia del robo.

Había pasado varios días atrapada en el mundo de la fábrica, tiempo suficiente desde que Inekera y Qall se habían alejado de allí para que su rastro se hubiera enfriado. Tardarían mucho más en llegar a donde estaba Dahli, y la frustración de Rielle aumentaba por saber que seguían viajando hacia él y que ella no podría alcanzarlos pese a haber salido ya en pos de ellos. Además, aunque hubiera podido, no sabía dónde estaba el mundo de Dahli. Cuando llegó a mundos que reconocía, tuvo que concluir que, a menos que algo hubiera retrasado el avance de Inekera y Qall, ya se habrían reunido con Dahli.

«¿Qué puedo hacer?». Si al menos hubiera sabido dónde se encontraba Qall, podría intentar rescatarlo. Aunque ya no era inmarcesible ni capaz de sanar las heridas que le infligieran, si acumulaba magia suficiente seguiría siendo una de las hechiceras más poderosas de los mundos; casi tan fuerte como Valhan, un hombre a quien solo un ejército podía derrotar. «Aunque casi no tengo experiencia en combate..., más allá de lo que aprendí en las clases de Tarren».

¿Dónde estaba escondido Dahli? ¿Quién podía saberlo?

«Tyen».

Pero dudaba que este le facilitara esa información, aun suponiendo que ella consiguiera dar con él. Tampoco era probable que se lo revelara a Tarren.

«¿Los viajeros?».

Tal vez Qall había convencido a Inekera de que le dejara visitar a su familia antes de llevarlo con Dahli, para que pudiera cerciorarse de que estaban sanos y salvos. Quizá había exigido que les proporcionaran un medio de ponerse en contacto con él, y a él de comunicarse con ellos. Como Rielle sostenía, el chantaje dependía de que la persona chantajeada pudiera comprobar que las amenazas se cumplían. Tal vez pudiese localizar a Dahli si seguía la ruta de un mensaje enviado por los viajeros a Qall.

Pero si alguien la avistaba cerca de ellos, quizá lo interpretasen como un intento de rescate. Su proximidad podría desencadenar el ataque que Dahli amenazaba con

llevar a cabo.

Si alguien había visto a Qall durante su viaje para reunirse con Dahli —y si no había hecho el menor esfuerzo por taparse el rostro cuando había dejado varada a Rielle—, la noticia de que el Raen había vuelto se propagaría más deprisa que un cotilleo. Otra posibilidad era que ella le siguiera la pista guiándose por estos avistamientos.

Pero dudaba que Dahli le hubiera permitido dejar un rastro tan evidente. Con toda seguridad había obligado a Qall a embozarse y lo mantenía oculto en algún lugar.

Sin duda esos rumores llegarían a oídos de Baluka, al igual que cualquier información sobre el paradero de Dahli. A lo mejor había encontrado la mano de Valhan o ya se había encargado de Dahli después de su último encuentro con ella. Y, aunque no lo hubiera hecho, habría estado recabando información y preparándose para una batalla contra el Raen.

Era la persona a quien más le convenía encontrar. «Eso es lo que haré».

Ponerse en contacto con él resultaría fácil. Para concertar su entrevista anterior, Rielle envió un mensaje desde uno de los numerosos mundos que apoyaban a los restauradores, pues quería verlo en privado. Esta vez no se le ocurría ningún motivo para reunirse con él en secreto —al menos ninguno que justificara el retraso que ello implicaría—, por lo que hablaría abiertamente con los restauradores.

No tardó mucho en encontrar un grupo de ellos. Le mandaron un mensaje a Baluka, y Rielle esperó entre ellos, informándose de las noticias locales sobre los mundos, hasta que llegó la respuesta. Después de formularle varias preguntas para confirmar su identidad, el mensajero la guio en el primer tramo de una intrincada ruta para reunirse con Baluka.

El tercer guía le dio instrucciones para llegar a una ciudad en la que bullían incontables personas. A pesar de todo, era un lugar limpio y ordenado. El sol resplandeciente arrancaba destellos a los edificios de piedra blanca e iluminaba los jardines cuidados con esmero. Al explorar la mente de la gente que la rodeaba percibió preocupaciones triviales y corrientes, como las de una persona que había olvidado un artículo de su lista de la compra u otra que temía que se le quemara el pan que tenía en el horno.

Según las indicaciones, debía entrar en el edificio más alto de la ciudad. Resultó ser una construcción voluminosa y cuadrada de tres plantas en el centro de la ciudad. A los habitantes del lugar les parecía insulso, y ella no pudo por menos que estar de acuerdo. Mientras caminaba por el sendero que conducía a la entrada, escrutó las numerosas mentes que había en el interior. En su mayor parte estaban ocupadas en tareas administrativas, pero se topó con un grupo que cavilaba sobre cómo lidiar con los mundos donde pervivían la guerra y la oposición a las leyes de los restauradores contra la tortura y la esclavitud. Sorprendida, se paró en seco. Aquella era la base de los restauradores. Había supuesto que Baluka se reuniría con ella en algún otro sitio, no que la haría acudir allí.

Localizar la mente de Baluka entre todas las demás le llevaría un tiempo del que no disponía, así que se encaminó hacia la puerta principal. Unos vigilantes la observaban desde posiciones discretas. Les habían indicado que estuvieran pendientes de la llegada de una mujer que respondiera a su descripción y que la dejaran pasar.

Un joven delgado la aguardaba dentro, en el vestíbulo.

—¿Rielle Lázuli?

—Sí —asintió ella.

—Sígame.

La guio por una puerta pequeña hasta una escalera central estrecha que descendía a las plantas inferiores. Solo tenía instrucciones de llevarla a un pasillo concreto donde la recibiría otro restaurador. Mientras lo seguía, Rielle rozó con los sentidos las mentes de quienes la rodeaban para formarse una idea del ambiente general del lugar. Baluka había encargado una valoración de sus recursos, fuerzas y alianzas. Muchos se preguntaban si se trataba de la reacción a una amenaza, lanzada o transmitida por el Espía.

El guía la llevó hasta una mujer, y Rielle la siguió mientras descendía por otro tramo de escaleras. Al leerle la mente descubrió que la estructura era en realidad casi el triple de alta de lo que parecía. Y algo más: debajo del suelo, lejos de la intensa luz del sol que bañaba el resto de la ciudad, era donde Baluka se pasaba gran parte de sus días. Los hechiceros que lo protegían, leales y mucho más poderosos que él, habían insistido en que no saliera para entrevistarse con Rielle. Si Rielle hubiera albergado intenciones asesinas —o si resultaba no ser quien afirmaba—, habrían podido formar un grupo numeroso e interponerse entre ella y Baluka para que este huyera, maniobra que ya habían llevado a cabo alguna vez.

Gracias a estas pistas consiguió localizar por fin la mente de Baluka. Caminaba de un lado a otro en sus aposentos, cavilando. Había reconocido el rostro de Rielle en la mente del mensajero, pero la memoria no era infalible. Aunque solo había informado a sus generales más fuertes y fieles, los que estaban al tanto de la traición de Tyen, no era imposible que alguien les hubiera leído el pensamiento y quisiera aprovecharse de su interés por ver a Rielle para llegar hasta él.

También le preocupaban los motivos de ella para volver y dirigirse a él abiertamente y no en secreto. «¿Habrás encontrado Dahli a Qall? —se preguntaba—. ¿Habrás conseguido resucitar ya a Valhan?».

Rielle supo entonces que él no había dado con la mano de Valhan ni se había enterado de que Qall estaba bajo el control de Dahli. Aminoró la marcha, planteándose si aún necesitaba hablar con él o si valía más que se las arreglara sola, pero apretó el paso de nuevo. La red de restauradores y partidarios con que contaba Baluka representaba su mejor oportunidad de encontrar y liberar a Qall.

Al fin, la guía se detuvo frente a una puerta. Después de llamar, se apartó y le hizo una inclinación de cabeza a Rielle.



La puerta se abrió. Baluka clavó la vista en ella unos instantes, antes de sonreír y hacerse a un lado.

—Rielle. No cabe duda de que eres tú. Adelante.

Cuando ella entró, él cerró la puerta. La acompañó a un juego de sillones grandes y acolchados que rodeaba una mesa baja cubierta de platos y cuencos con alimentos, así como botellas y jarras que contenían líquidos diversos.

—¿Tienes hambre? ¿Sed?

—Las dos cosas —reconoció ella—. No es fácil viajar entre mundos sin nada que intercambiar por comida. Al menos si tienes prisa. —Al acomodarse en uno de los sillones, notó que el nerviosismo de Baluka crecía. Esperó a que él se sentara para coger algo de la mesa—. No mucho después de que alcanzara a Qall —comenzó a explicar—, descubrí que uno de los rastreadores de Dahli había entrado en nuestra zona. Antes de que pudiera llevármelo, él desapareció. Lo seguí y logré acercarme lo suficiente para descubrir que estaba en compañía de una hechicera llamada Inekera, una vieja aliada de Valhan. Qall me pidió que dejara de seguirlo y logró alejarse.

Baluka frunció el ceño.

—¿Se marchó con ella por voluntad propia? —Sacudió la cabeza—. Ah, no... Ella le hizo chantaje, tal como temías.

—Seguramente. Les perdí el rastro y por eso he venido. Supuse que, si alguien hubiera avistado a un hombre de aspecto similar al de Valhan, te habrías enterado.

Él asintió.

—Seguramente, pero no sé nada. Sin embargo, mis observadores me han informado de que Dahli ha reunido un grupo nutrido de aliados poderosos y establecido una base en un lugar rodeado de mundos muertos. Nos preocupa que eso signifique que Tyen está a punto de conseguir su objetivo de resucitar al Raen.

—Así pues, ¿sabes dónde está?

—Sí. Un lugar rodeado de mundos muertos sirve para mantener a los hechiceros alejados, pero también cautivos —señaló.

Ella suspiró.

—Es un presidio. Qall está allí.

—Es posible que no...

—¿Le ha sucedido algo a tu familia?

Baluka exhaló y se masajeó las sienes.

—Dahli tiene hechiceros apostados, listos para atacar si Qall, tú o algún restaurador se acerca a ellos. —Ella percibió en él la frustración y el temor por la seguridad de su familia—. Como Dahli les ha permitido que sigan comerciando, recibo información de aquellos a quienes han visitado. Por el momento, nadie ha sufrido daños.

—¿Podrías hacerles llegar un mensaje?

—Si lo hiciera, los vigilantes de Dahli les leerían la mente y se enterarían.

—Hmm. Él no destruirá su único medio de persuadir a Qall solo porque te hayas puesto en contacto con ellos. Además, tal vez Ulma sea lo bastante fuerte para evitar que le lean el pensamiento.

—Es lo bastante fuerte para ser inmarcesible, pero no tanto como Dahli y sus aliados más poderosos.

Rielle tamborileó con los dedos sobre sus rodillas.

—Si consiguiera llevarme a Qall...

—Dahli tomaría represalias —la cortó Baluka—. Sabe que tú los quieres tanto como Qall.

—No puedo abandonarlo —alegó ella.

Baluka respiró hondo y asintió mientras soltaba el aire.

—Lo suponía. ¿Qué planeas hacer?

Ella apartó la vista.

—No he concebido ningún plan todavía.

Él cruzó los brazos.

—No irás sola a la base de Dahli. Para empezar, podría ser justo lo que él quiere. ¿Y si Qall no estuviera allí y se trata de una trampa ideada para dejarte allí varada?

Rielle abrió la boca para hablarle de su nueva capacidad de generar cantidades extraordinarias de magia, pero vaciló. Aún no había tenido tiempo de calibrar todas las consecuencias. Sería mejor que se guardara esa información, por el momento.

—Puedes enviar a alguien a rescatarme —contestó.

Baluka la contempló en silencio. Rielle observó cómo cambiaban sus pensamientos mientras sopesaba riesgos y posibles beneficios, así como las opciones de ella. Finalmente, respiró hondo y expresó esas ideas con palabras.

—Los restauradores están listos para plantar batalla. Hemos intentado encontrar la mano de Valhan, pero no nos sorprende no haberlo conseguido. Así que nos hemos centrado en la segunda mejor solución: matar a la única persona que sabe dónde está.

Rielle crispó el rostro.

—Dahli.

—No te opondrás a ello, ¿verdad?

Ella se removió en su asiento.

—No.

—¿Pero...?

Rielle suspiró.

—Dahli actúa impulsado por el dolor y la lealtad. Cree de verdad que los mundos necesitan a Valhan. Sería más fácil quitarlo de en medio si lo movieran la codicia y la sed de poder. He conocido a rebeldes mucho peores que él. —«Maté a uno mucho más perverso que Dahli, y aún me remuerde la conciencia», habría querido decir, pero cerró la boca y dejó la confesión en el aire.

Baluka suavizó la expresión y volvió a endurecerla enseguida.

—Aun así, ha hecho cosas terribles y está dispuesto a matar a personas que queremos.

—Lo sé. —Rielle torció el gesto—. No lo justifico. Si tengo que matarlo para protegerlos, lo haré.

—Pero no sin dudarlo. —Baluka se inclinó hacia delante—. Así que está claro que no puedes enfrentarte sola a él. Si detecta la menor indecisión, se aprovechará de ella. Deja que reúna un ejército y asaltemos la base juntos.

Ella agachó la cabeza.

—Te agradecería tu ayuda. Reconozco que la necesito.

—Tendrás que convertirte en uno de mis generales. —Ella se disponía a protestar, pero él prosiguió—: Eres una figura demasiado ambigua para esperar que los restauradores te ayuden sin condiciones. Saben que viviste una temporada con Valhan. También saben que me dejaste para ponerte a su servicio. No se habían enterado hasta hace poco de que salvaste a Qall para impedir que Valhan regresara. No saben muy bien qué pensar de ti, así que tienes que dejar clara tu postura. Debes contarles la historia de Qall, pues de lo contrario, cuando estemos luchando para intentar llegar hasta él, lo confundirán con Valhan y puede que lo maten.

Ella cerró los labios y movió afirmativamente la cabeza.

—De acuerdo.

—También tendrás que decidir qué hacer con Tyen.

A Rielle se le tensaron todos los músculos. Ni siquiera quería pensar en él.

—¿Es imprescindible? —Su voz sonó tan fría que parecía la de otra persona.

—Lo vi hace poco —aseveró Baluka—. De hecho, conseguimos tenderle una emboscada, y creo que habríamos podido eliminarlo de haberlo intentado.

A Rielle se le encogió el corazón solo de imaginar la muerte de Tyen. «No seas tonta —se dijo—. Él te traicionó».

—¿Y por qué no lo hicisteis?

Baluka esbozó una sonrisa.

—Lo confesó todo y luego dio a entender que lo había hecho por ti. Si Dahli encontrara otra manera de resucitar a Valhan, tal vez no dedicaría tanta energía y tiempo a buscarte.

—Pero... ¿y si lograra su propósito?

—Cree que los restauradores podríamos encargarnos de Valhan.

A Rielle se le escapó una risotada.

—¡Qué detalle! ¡Confía tanto en vosotros que está dispuesto a organizar una batalla para demostrarlo! ¿Cómo reaccionaste a eso?

Baluka se encogió de hombros.

—No sé si sentirme halagado por su fe en nosotros, o aterrado porque no le queda otro remedio que tenerla.

—¿O sea que le crees?

Tras titubear unos instantes, Baluka asintió.

—Reconozco que mi confianza es tan instintiva como racional. Sin embargo, eso fue antes de que Qall se uniera a Dahli, lo que sin duda ha vuelto innecesarios los esfuerzos de Tyen por buscar otra forma de devolver la vida a Valhan.

—Ya no le hace falta a Dahli —dijo Rielle. De pronto, se estremeció al caer en la cuenta de que se equivocaba—. Oh, sí que lo necesita. Para llevar a cabo la resurrección.

—¿Crees que lo hará?

—No... no lo sé —admitió Rielle. Si Tyen le hubiera mentado a Baluka acerca de sus motivos para unirse a Dahli, a ella no le cabía la menor duda de que lo haría. En caso contrario, tal vez se negase. A menos que Dahli encontrara un modo de extorsionarlo también—. Creo que debemos dar por sentado que sí. No podemos permitirnos el lujo de contar con que no lo hará.

—Estoy de acuerdo. —Después de una pausa, Baluka añadió—: Ya hablas como un general. ¿Me ayudarás a comandar el ejército?

Rielle asintió.

Baluka sonrió.

—Bienvenida a las filas de los restauradores, Rielle.

## SÉPTIMA PARTE

# Tyen

El reloj de la estancia marcaba la hora de los viajeros. Aunque era pequeño en comparación, a Tyen le recordaba el enorme mecanismo que dominaba el salón del palacio de Valhan. La iluminación nunca cambiaba en el interior de la sala de mármol negro, y los días allí eran más breves que en gran parte de los mundos, así que Dahli consultaba el reloj para decidir cuándo comer y cuándo dormir. Había dispuesto que llevaran otra cama para Tyen. Aparentemente, Dahli no dormía, aunque tal vez reposaba durante sus escasas ausencias. Zeke ocupaba una habitación del palacio.

Los criados les llevaban alimentos a intervalos regulares, reponían el aceite de las lámparas y vaciaban el armario portátil que les servía de retrete; un invento local que a Tyen se le antojaba tosco y ridículo, pero que no parecía molestar a Dahli o a Qall. Unos hechiceros montaban guardia junto a las puertas y en cada rincón de la estancia para vigilar a Qall.

Las llamas de las antorchas se reflejaban en las superficies brillantes del suelo y el techo bajo, y los reflejos se multiplicaban a su vez, lo que creaba la ilusión de que el espacio era más amplio. Aun así, a Tyen le resultaba claustrofóbico. Tal vez solo porque sabía que era una prisión.

Cada vez que Tyen leía mentes situadas fuera de la sala, percibía imágenes de un palacio extenso y descuidado bañado en el resplandor invariable de un cielo violáceo. Había descubierto que la civilización local era una sombra de otra que había florecido durante siglos. Ahora estaba en decadencia, como la claridad mortecina del cielo. Ya no se daban bien los cultivos. Los animales enfermaban con facilidad. El Decrecimiento había sido predicho cientos de años antes, cuando los estudiosos que se aventuraban a viajar al exterior se toparon con leyendas sobre su mundo que describían los largos e inexorables ciclos que lo habían llevado de la prosperidad a la pobreza. Algunos se habían marchado; otros esperaban que sus descendientes sobrevivieran al Decrecimiento, y otros más se habían quedado porque se negaban a creerlo.

Dahli había elegido ese mundo porque seguía siendo una fuente abundante de magia. En cuanto las fortunas de la gente empezaron a desmoronarse, los mercaderes de otros mundos dejaron de visitar el lugar. Y del mismo modo que la población en general empezó a administrar sus recursos de forma más prudente, los hechiceros locales se moderaron en el uso de la magia, pues preveían que esta también menguaría.

—He vuelto a crear un escudo que distorsiona los sonidos —anunció Qall con un suspiro—. Me siento aliviado cuando Dahli se marcha, porque nos da la oportunidad

de hablar, pero me preocupa lo que se trae entre manos.

Tyen asintió.

—Cuando no está aquí, desbloquea sus recuerdos para seguir adelante con sus planes.

Qall había aprovechado todas las ausencias de Dahli para conversar a las claras con Tyen. Durante su primer diálogo, le había asegurado que Dahli no lo amenazaría con enviar a Inekera a matar a Rielle.

—La dejé en el mismo mundo —había afirmado con un brillo de humor negro en los ojos—, pero en el otro extremo, para que no le causara problemas a Rielle.

Luego le había pedido a Tyen que le enseñara a combatir con magia. Tyen objetó que los guardias los denunciarían si los oían entrenar, por lo que solo podía explicarle a Qall lo que sabía.

En las primeras sesiones, le había descrito batallas que había presenciado y de las que había oído hablar. Qall lo escuchaba todo, absorto. Poco después, había empezado a formularle preguntas y ahora se pasaban casi todo el tiempo juntos hablando de estrategias militares.

—Rielle estaba enseñándome formas de luchar contra un grupo numeroso de magos más débiles —declaró Qall—, pero no creía que tuviera que aprender a lidiar con un solo hechicero más fuerte.

—Tiene sentido —comentó Tyen—. El conflicto en el que es más probable que te veas envuelto es una batalla contra muchos.

—Pero podría acabar luchando contra un único hechicero poderoso.

—Solo existimos dos con fuerzas equiparables a las tuyas. Dudo que Rielle quiera enfrentarse a ti, y yo no tengo ninguna intención de hacerlo.

—¿Y el Raen?

—Pero eso significaría que tú... Ah, ¿te refieres a si Dahli decidiera obligarme a retomar mis experimentos?

Qall asintió.

—Si el Raen reapareciera tal como era antes, te aconsejaría que te alejaras lo máximo posible. Tiene mil ciclos de experiencia y, a diferencia de Rielle y de mí, es capaz de matar sin vacilaciones ni remordimientos.

El joven meditó sobre ello un momento y ladeó un poco la cabeza.

—Qué extraña casualidad que Rielle y tú, que poseéis fuerzas equivalentes, os hayáis conocido.

Tyen se encogió de hombros.

—No es extraño que los hechiceros más fuertes coincidan cuando reina la agitación en los mundos... Además, es posible que nuestros poderes no sean idénticos, solo lo bastante similares para impedir que nos leamos la mente.

—Supongo que no es extraño que los hechiceros más fuertes coincidan cuando el dominio sobre los mundos está en peligro —convino Qall—. Por eso necesito saber cómo plantar cara a un solo hechicero poderoso. ¿Y si hubiera más?

Tyen hizo un gesto afirmativo.

—Es posible que haya más. El Raen, y quizá sus Predecesores, mataban a todo aquel que pudiera convertirse en una amenaza. Que nosotros sepamos, los hechiceros como Rielle y yo podríamos ser más habituales en circunstancias normales.

—Si los exterminaban antes de que pudieran suponer una amenaza, debían de enfrentarse muy rara vez a adversarios de su nivel. Tal vez solo los derrotaban porque se volvían perezosos o se les olvidaba cómo luchar con alguien que los igualara en fuerza.

Esta vez fue Tyen quien se sumió en un estado de muda contemplación. «¿Hasta qué punto es raro que Rielle y yo existamos al mismo tiempo? ¿Habrá más hechiceros tan poderosos como nosotros ahí fuera?».

—Me... —empezó a responder.

—Espera... —Qall se volvió hacia la puerta—. Viene un criado.

En efecto, una puerta se abrió y un sirviente entró en el salón. Se les acercó a paso veloz, resistiendo la tentación de pasear la vista por la estancia. Sabía que era un lugar peligroso, y le habían contado que en cierta ocasión su bisabuelo había tenido que ayudar a recoger los restos de cientos de cuerpos mutilados en la época en que su mundo era visto con envidia por los mundos vecinos. Todos habían dado por sentado que, ahora que el Decrecimiento había comenzado, la carencia de las riquezas codiciadas por los forasteros los protegía del peligro de invasión. Entonces habían llegado aquellos hombres de otro mundo con la intención de ocuparlo, junto con una parte del palacio. «Por lo menos mandan traer comida —pensó el hombre— y la comparten con generosidad».

A diez pasos de distancia, el criado se detuvo para ejecutar una reverencia antes de avanzar con rapidez para depositar la bandeja sobre la mesa. Esta contenía varios cuencos pequeños con diferentes tipos de alimentos y líquidos. Tras inclinarse de nuevo, el hombre aguardó por si querían ordenarle algo más. Como permanecieron callados, hizo una tercera reverencia y se retiró de la sala.

—¿Por qué es tan peligroso este salón? —preguntó Tyen.

—Solo Dahli lo sabe, pero ha bloqueado su recuerdo sobre ello. Si alguien nos atacara, accedería a ese recuerdo para activar la trampa.

—Conque otro recuerdo bloqueado, ¿eh? —Tyen sacudió la cabeza—. Debe de tener la cabeza repleta de ellos.

Qall eligió uno de los cuencos con líquido y tomó un sorbo.

—Esto está bueno. Dulce, aunque no demasiado —murmuró.

Tyen se acercó otro cuenco, pero como tenía más hambre que sed, se sirvió algo de comida.

—¿Qué crees que pasaría si yo accediera a los recuerdos impresos en la mano de Valhan? —inquirió Qall.

Sorprendido por la pregunta, Tyen tragó un poco antes de lo que pretendía. Tosiendo, cogió el cuenco y meditó sobre la respuesta mientras bebía para



desobstruirse la garganta.

—Nada, mientras te limites a leerlos.

—Eso me llevaría mucho tiempo, ¿no? Al fin y al cabo, vivió mil años. ¿Y qué supones que ocurriría si me los grabara en la mente?

—No lo sé —admitió Tyen.

Qall soltó un resoplido suave.

—No te he preguntado qué ocurriría, sino qué supones que ocurriría. ¿Qué te dicen tus experimentos?

Tyen se enjugó la boca, reflexionando. Una chispa en los ojos del joven le recordó a cuando Valhan le habló de sus intentos de devolverle a Vella una forma humana. Sin embargo, era una expresión de entusiasmo más frío que el que reflejaba la mirada de Qall.

Tyen infló los carrillos y soltó el aire.

—En mis experimentos intentaba trasplantar los recuerdos de alguien a la mente en blanco de un cadáver reanimado. Aunque estoy seguro de que borraba todos los recuerdos anteriores y de que implantaba los nuevos con el mayor cuidado posible, el sujeto siempre despertaba confundido y desorientado. En el mejor de los casos, se angustiaba; en el peor, sufría convulsiones. —Miró a Qall—. Nunca he intentado implantar los recuerdos en una mente que no estuviera casi del todo limpia.

—¿Qué crees que habría pasado si lo hubieras hecho?

—El conflicto interior habría sido peor —contestó Tyen.

—Pero ¿cabría la posibilidad de que la mente original mantuviera el control y los recuerdos se conservaran simplemente como un libro que el sujeto pudiese leer cuando quisiera?

—Es posible, pero no sé si muy probable.

Qall torció los labios y volvió a centrar su atención en la comida. A Tyen se le erizó la piel. «¿Por qué iba a querer correr ese riesgo? —La respuesta se le ocurrió al cabo de un momento—. Quiere saber quién era antes de que le bloquearan los recuerdos; quiénes eran sus padres y si tiene hermanos. Quizá la mano de Valhan no contiene toda esa información, pero podría revelarle a Qall de dónde viene».

Podría ser una manera de hacerse con la mano. Si Qall accedía a sacrificarse a cambio de saber quién había sido antes... «No, Dahli jamás mordería el anzuelo».

—Sería muy peligroso —le advirtió Tyen—. Podrías perder tu nueva identidad. Rielle no te salvó exponiéndose a un gran peligro solo para que se te volvieran a borrar los recuerdos.

—Rielle no salvó a nadie —replicó Qall. Alzó la vista y la clavó en los ojos de Tyen—. Mi yo original ya había desaparecido.

Tyen tuvo que apartar la mirada. «¿Habrás compartido esta reflexión con Rielle? ¿O habrá llegado ella sola a la misma conclusión?».

Qall bajó la vista hacia el pecho de Tyen.

—Lo mismo sucede con Vella.

Esta aseveración conmocionó a Tyen.

—¿Vella? Eso no es... A ella no le borraron los recuerdos —repuso—. Los retuvo y quedaron almacenados.

—Y, sin embargo, no está completa. —Qall se encogió de hombros—. La decisión de jugarme o no la vida me corresponde a mí, ¿no?

Tyen resistió el impulso de apretar entre sus dedos a Vella, que descansaba contra su pecho, mientras pensaba en lo que insinuaba Qall. «La decisión de dotarla de un cuerpo debería corresponderle a ella, pero como no es capaz de experimentar emociones, no puede sentir el deseo de ser transformada o no. No tengo manera de saber si estará contenta de volver a poseer un cuerpo hasta que se lo dé». ¿Y si le causaba infelicidad? ¿Y si empeoraba su situación? También suponía un riesgo para ella.

—Disponer de los recuerdos de Valhan me aportaría muchas ventajas —continuó Qall a la vez que cogía de nuevo el cuenco con el líquido—. Tal vez incluso podría aprender a reparar algunas de las injusticias cometidas por el Raen. O, por lo menos, poner fin al caos.

—Tal vez el caos no esté tan generalizado como Dahli quiere hacerte creer.

—Dahli no puede mentirme.

—No, pero puede bloquear en su mente todo aquello que desmienta lo que te dice. También puede estar equivocado. También hay quienes creen que los mundos empiezan a apaciguarse. Personas incapaces de bloquear sus recuerdos.

—Baluka.

—Sí. Dahli nunca había conocido una época en la que los mundos no estuvieran bajo el dominio del Raen. No es capaz de predecir cómo acabará todo.

—Puede juzgar basándose en los últimos cinco ciclos.

—No es suficiente para estar seguro sobre nada.

Qall arrugó el entrecejo.

—Supongo que me parece mucho tiempo porque es el que llevo de vida —dijo por lo bajo. Se llevó el cuenco a los labios.

Tyen lo observó mientras bebía.

—Ten cuidado, Qall. Tal vez Dahli sea más débil que tú y tenga la mente desprotegida, pero es astuto. Puede obligarte a convertirte en el recipiente de Valhan, pero si logra persuadirte de que lo hagas por voluntad propia, le facilitarás la tarea.

—Él no me ha propuesto que absorba los recuerdos de Valhan.

—¿No? Entonces, ¿cómo se te ha ocurrido?

Qall dejó el cuenco sobre la mesa.

—Estoy barajando todas las ideas. Si Dahli prefiere que me someta voluntariamente, tal vez pueda llegar a un acuerdo con él para que me deje investigar mi verdadera identidad en la mano antes de morir.

Tyen le sirvió más bebida.

—Él no nos entregará la mano sin una garantía de que no la destruiremos. No es tonto, Qall.

Permanecieron un rato sentados en silencio, hasta que el sonido de una puerta que se abría les llamó la atención. Zeke entró en la habitación y se acercó a la mesa con paso tranquilo.

—Pero qué callados estáis. —La mente de Zeke irradiaba satisfacción. Era porque había convencido a Dahli de algo, pero Tyen retiró un poco los sentidos de los pensamientos del joven inventor al percatarse de que los detalles eran más íntimos de lo que le habría gustado—. Tengo noticias para vosotros. —Zeke abrió la boca para añadir algo, pero se quedó inmóvil y soltó una leve exclamación de gusto—. ¡Ah! ¡Bayas de esas picantes! ¡Me encantan! —Se inclinó sobre la mesa para seleccionar algunos de aquellos pequeños frutos redondos que a Tyen le parecían demasiado salados. Se los llevó a la boca y cerró los ojos mientras masticaba, paladeando aquel sabor intenso que repelía a Tyen. Entonces posó la vista en él y cayó en la cuenta de que se había distraído de su misión—. ¡Ah! Dahli me ha pedido que me adelante para comunicároslo: Baluka está reuniendo un ejército. Rielle se ha unido a él.

—¿Rielle? —repitieron Qall y Tyen al unísono, enderezando la espalda en sus sillas.

—Alguien debe de haberla encontrado —murmuró Qall.

—Algo así. —Zeke se escupió unas pepitas en la palma de la mano—. Pretenden atacarnos.

—¿Aquí? —preguntó Qall.

Zeke asintió.

—Al menos eso cree Dahli. Yo no sé cómo han averiguado dónde está este sitio.

—Él sabía que lo averiguarían —afirmó Qall.

—¿Se lo leíste en la mente? —preguntó Tyen. Él no había visto esa expectativa en sus pensamientos.

Qall sacudió la cabeza.

—No hace falta tener cientos de años para saber que cuando un hechicero despoja de magia los mundos que rodean un lugar, llamará la atención de la gente. Era de suponer que los restauradores no tardarían en enterarse e investigar qué estaba ocurriendo.

Tyen frunció el ceño. ¿Por qué habría Dahli de permitir que los restauradores supieran dónde se ocultaba? ¿Tan seguro estaba de que conseguiría rechazar su ofensiva? ¿O esperaba que un enfrentamiento forzara a Qall a cometer alguna imprudencia? Qall lanzó una ojeada a Tyen, que bajó ligeramente la barbilla y la volvió a subir.

—¿Qué está haciendo Dahli ahora? —le preguntó Qall a Zeke.

—Reuniendo a sus seguidores. —Zeke hizo ademán de coger otra baya, vaciló unos instantes y, tras encogerse de hombros, agarró tres—. Dice que estáis a salvo aquí. Tardarán varios días en atacar. Tenemos tiempo de sobra. ¡Ah! Aquí llega.

La misma puerta se abrió, y Dahli entró en el salón. Se dirigió hacia las sillas a grandes zancadas y se sentó al lado de Qall.

—Ya conoces la noticia. ¿Hay algo que quieras que haga por ti? —le preguntó al joven.

Qall se volvió hacia Dahli, palideciendo, y se puso derecho poco a poco.

—Sí. Quiero que Tyen le lleve un mensaje a mi familia. A Givari, la sobrina del primo de Leyikh.

Tyen se puso tenso al reparar en la sonrisa de Dahli. Nunca antes había visto al joven intentar desafiar a Dahli.

—Eso puedo permitirlo —respondió este.

A Tyen le costó un gran esfuerzo no quedarse mirando a Dahli boquiabierto. Aun así, cuando los otros dos volvieron la vista hacia él, estaba tan sorprendido que se había quedado sin habla.

—¿Lo harás?

Tyen se asomó a la mente de Dahli, y solo descubrió que iba a dejar que él lo hiciera si Qall se lo pedía, pero no recordaba por qué. Lamentó, como en otras ocasiones, que la lectura mental no le permitiera ver los recuerdos de las personas, sino solo sus pensamientos, y deseó poder sortear de alguna manera los bloqueos de Dahli.

—Por supuesto —respondió Tyen—. ¿Dónde puedo encontrarlos?

Dahli se lo explicó. Después de repetir las instrucciones, Tyen se volvió hacia Qall para preguntarle qué mensaje quería que transmitiera.

—Solo dale esto. —El joven se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y, cuando la sacó, aferraba algo entre los dedos.

Una arruga apareció en el entrecejo de Dahli cuando Qall lo dejó caer en la mano de Tyen. Era un objeto ligero y suave, y a este no le costó mantenerlo oculto mientras se lo guardaba en el bolsillo.

—Ten cuidado —le advirtió Qall.

Dahli parecía estar deseando que le dejaran ver el objeto, pero se resistía a pedirlo. Tyen asintió en dirección a Qall, que echó la cabeza hacia atrás como diciendo: «¡Date prisa y márchate antes de que cambie de idea!». Tyen se puso de pie, absorbió magia de las zonas más remotas del mundo y se impulsó hacia el espacio intermedio.

Las indicaciones de Dahli para localizar a la familia adoptiva de Qall eran vagas, pues los viajeros siempre estaban trasladándose de un sitio a otro. Le había aconsejado a Tyen que buscara señales de su paso por mercados de los mundos que Dahli sabía que habían visitado y que les siguiera la pista desde allí. Consciente de que tal vez los restauradores seguían queriendo localizarlo, Tyen tomó una ruta enrevesada a través de mundos que no eran muy concurridos pero aún recibían un tráfico que garantizaba que no los habían despojado de magia hacía poco tiempo.

Mientras Tyen se desplazaba por el espacio intermedio, se llevó la mano al bulto familiar que notaba bajo la camisa. «¿Qué crees que Dahli se trae entre manos, Vella?».

El sonido de su voz en su mente lo animó de inmediato.

—La perspectiva de que otras personas mueran por él podría empujar a Qall a tomar una decisión precipitada. Pero es un riesgo al que se expone Dahli. Qall podría concluir que el retorno del Raen perjudicaría a más personas y volverse contra él. Los restauradores podrían vencer. Es posible que las prisas obedezcan también a otros motivos. Por ejemplo, sabes que a Dahli le preocupa que la mano se degrade.

«Podría estar mintiéndonos respecto al estado de la mano. De hecho, tal vez ni siquiera sea cierto que los restauradores planeen lanzar un ataque». Tyen sopesó otras posibles maneras de descubrir la verdad. Podría buscar a un restaurador y leerle la mente, pero correría el peligro de toparse con un grupo más grande que retrasara su regreso junto a Qall. La perturbadora sensación de que Dahli y Qall habían mantenido una comunicación no verbal lo inquietaba desde su partida. Qall se puso pálido cuando Dahli le preguntó si podía hacer algo por él, lo que parecía indicar que había algo más detrás de la pregunta. Como si se tratara de una clave o una señal. En aquel momento, lamentó no poder explorar la mente de Qall con la misma facilidad que la de Dahli.

Un mundo en penumbra comenzó a cobrar forma en torno a él. Percibió la extraña sensación de un aire denso y cambiante. Vaciló un momento antes de seguir adelante. Cuando se materializó, advirtió que el aire estaba cargado de partículas diminutas que descendían con suavidad. Al alzar la mirada, vio que caían de unos curiosos árboles que semejabán hongos. Como no le atraía la idea de aspirarlas, contuvo el aliento y se apartó del mundo de inmediato.

«¿Crees que el chantaje es la única razón por la que Qall dejó a Rielle para unirse a Dahli?», le preguntó a Vella mientras el mundo de los hongos se desvanecía.

—Sospechas que hay algo más —observó Vella.

«Me pregunto si no será Qall quien está impaciente. Tal vez no esté dispuesto a esperar a que otra persona se ocupe de Dahli o destruya la mano, y haya decidido hacerlo él mismo».

—Eso explicaría por qué te consultó acerca de los efectos de absorber los recuerdos de Valhan.

Unas colinas cubiertas de hierba empezaron a emerger, con el lugar de llegada situado en lo alto de una de ellas. Sin embargo, no era un paisaje sereno. Cada loma se abombaba hacia arriba de forma pronunciada, como si hubiera cientos de bolas peludas incrustadas en la tierra. Cuando Tyen se materializó, el suelo se hundió bajo su peso. Turbado, se apartó del mundo.

«A lo mejor solo espera convencer a Dahli de que le lleve la mano».

—Es posible que Dahli crea que si Qall absorbiera los recuerdos de Valhan se convertiría en él.

«Lo dudo. En sus notas, Valhan establece de forma explícita que primero hay que borrar los recuerdos del recipiente».

—Tal vez se equivocaba... y se lo comentó a Dahli, pero no lo mencionó en sus notas.

Tyen deliberó sobre ello mientras llegaba a otra ciudad en ruinas, que allí estaban cubiertas de una planta trepadora espinosa y morada. En cuanto posó el pie en el suelo, un zarcillo se retorció y empezó a moverse hacia él, así que Tyen se apresuró a apartarse.

«Supongo que si Dahli se aviene a cederle la mano a Qall, nos enteraremos».

—Quizá Dahli confía en que Qall no quiera destruir la mano cuando sepa más cosas acerca de Valhan... o incluso que lo ayude a resucitarlo utilizando otro recipiente.

Tyen se detuvo antes de llegar a un mundo para poder continuar hablando con ella.

«Si ese es el plan de Dahli, ¿qué papel desempeño yo en él? ¿Seguirá necesitándome si Qall es capaz de llevar a cabo una resurrección? Supongo que solo quiere tenerme cerca por si se da el caso de que la mano no contenga información suficiente».

—O de que Qall se niegue a colaborar si tú no estás.

«Qall no tiene mucho margen para negociar. Dahli amenazará con hacerle daño a su familia si le plantea demasiadas exigencias».

—Aún no tiene nada con lo que extorsionarte a ti.

«Tal vez cree que quiero que vuelva el Raen. —Tyen sacudió la cabeza—. No, es más probable que tenga miedo de que cambie de bando si obliga a Qall a convertirse en el recipiente de Valhan contra su voluntad».

—Si Qall accediera a sacrificarse, ¿intervendrías?

«No lo sé. Si lo decidiera libremente, y no movido por la coacción..., ¿qué derecho tendría yo a juzgar que es una decisión equivocada? Por otro lado, sería

como permitir a alguien que se suicidara».

Tras materializarse en el mundo, hizo una pausa para que su cuerpo se recuperara de la privación de aire antes de proseguir su camino. El lugar de llegada se encontraba encima de varias columnas de piedra anchas y planas que se erguían en medio de una masa de agua agitada. Parecían los pilotes de una especie de muelle gigantesco. En cuanto su cuerpo sanó, reanudó su viaje.

—Si Qall pudiera absorber los recuerdos de Valhan sin sufrir daño alguno, ¿se lo permitirías? —preguntó Vella.

«Si estuviera seguro de que es un proceso inocuo..., lo animaría a hacerlo. De ese modo descubriría quién era antes de que Valhan le despojara de su memoria. Además, podrían resultarle muy útiles los conocimientos que atesoraba el Raen sobre los mundos».

—También se enteraría de cosas que preferiría no saber.

«Sí. Es el precio que tendría que pagar por la información que necesita. Tal vez siempre hay un precio y uno debe decidir qué y cuánto está dispuesto a pagar por ello».

El mundo que comenzaba a emerger del espacio intermedio le resultaba familiar. Para cuando se tornó del todo nítido, Tyen ya recordaba dónde lo había visto antes. En cuanto se materializó, se apartó de nuevo y se deslizó por ese mundo hasta otro lugar de llegada antes de adentrarse de nuevo en el blancor. Al poco rato, circulaba por caminos transitados y a tal velocidad que los hechiceros que adelantaba apenas alcanzaban a vislumbrarlo al pasar.

Por fin se encontraba cerca del grupo de mundos donde los viajeros de Qall habían sido vistos por última vez. Siguiendo el consejo de Dahli, buscó mercados donde se reunieran comerciantes de otros mundos para vender su género. En el primero, hacía mucho tiempo que no veían a un viajero; al segundo acudía con regularidad una familia que no era la de Qall.

En el tercero, captó el pensamiento fugaz de una habitante local que lamentaba haberse perdido la visita de la nueva familia de viajeros que había pasado por el mercado, pues su prima les había comprado un chal bordado que era la envidia de todas las esposas de los mercaderes. Tyen localizó a uno de los organizadores del mercado, quien le informó de que, en efecto, una familia de viajeros encabezada por un hombre llamado Leyikh había estado allí hacía varios días.

Una vez sobre la pista, no le costó seguir el rastro de la familia. En cada mundo exploraba las mentes hasta que encontraba una confirmación de su paso por el lugar. También permanecía atento a la posible presencia de observadores de Dahli, pero no detectó a ninguno. Cuanto más se aproximaba a la familia, más le inquietaba esa falta de observadores. ¿Los había convocado Dahli para que lo ayudaran a defender su nueva base, o Tyen era simplemente incapaz de encontrarlos?

De pronto, entre un mundo y el siguiente, percibió una presencia tenue en la blancura. Manteniéndose a cierta distancia, siguió al desconocido de vuelta hasta el

mundo anterior, a una casa pequeña que se alquilaba. De pie, frente a la vivienda, Tyen espió al hombre mientras comunicaba a otros que la familia de Leyikh aún estaba en la Celebración.

La palabra le resultaba familiar. Los hombres sabían que designaba una reunión a la que los viajeros asistían una vez cada ciclo. Tyen recordó que Baluka le había contado que su pueblo se congregaba en lugares preacordados para bailar, cantar, actuar, concertar matrimonios e intercambiar noticias y detalles sobre negocios. Los observadores sabían que no podían luchar contra los cientos de viajeros allí reunidos, así que se turnaban para vigilarlos mientras los demás permanecían en el mundo vecino.

Discutían sobre a quién le tocaba a continuación. Tyen se impulsó de nuevo al espacio intermedio y se deslizó hasta el centro de la habitación. Ellos se levantaron, sobresaltados. Se tranquilizaron en cuanto él pronunció la contraseña que Dahli le había proporcionado.

—Tengo que entregar un mensaje —les dijo—. Cuando haya terminado, podéis continuar con vuestra vigilancia.

Se apartó del mundo y se desplazó hacia el siguiente. No quería alarmar a los viajeros, así que planeaba permanecer fuera de su vista y acercarse solo a la chica a quien iba dirigido el «mensaje». Por fortuna, era de noche y apenas alcanzaba a vislumbrar el barranco al que estaba llegando. Estuvo a punto de caer al vacío al materializarse sobre el terreno irregular. Una vez que recuperó el equilibrio, buscó mentes en las inmediaciones.

Había cientos de ellas reunidas no muy lejos. Tyen comenzó a subir por la colina con sigilo. De la distancia le llegaba el sonido de unos tambores, y no pudo evitar ajustar su paso al ritmo. Cuando llegó a la cima, divisó unas luces. Se le acostumbró la vista a la oscuridad mientras se esforzaba por distinguir los detalles. Bajo unos toldos se resguardaban centenares de personas, unas bailando al son de los tambores y otras quietas, sentadas o de pie.

Tyen se acomodó en el suelo con las piernas cruzadas y proyectó los sentidos.

Una multitud de pensamientos lo asaltó. Mentes concentradas en el baile y la diversión, así como en sincronizar sus movimientos con los de un hombre o mujer deseado. Mentes que juzgaban los emparejamientos con aprobación o desaprobación, que sopesaban los pros y los contras de las alianzas matrimoniales. Mentes abismadas en recuerdos de juventud. Mentes que añoraban a cónyuges ausentes debido a la muerte o al importante acuerdo comercial que muchos líderes de familias habían ido a negociar. Mentes analizando las noticias de los mundos intercambiadas unas horas atrás.

Las historias que las familias habían compartido hablaban de las mejoras en los mundos, de la disminución de los conflictos y el surgimiento de nuevas oportunidades. Cada vez eran menos los lugares en guerra que había que evitar, pero la cantidad de mundos muertos continuaba creciendo. Una anciana pensaba que los



aliados inmarcesibles que habían seguido al Raen hasta su muerte pronto se verían superados en número por los nuevos inmarcesibles. Los recién llegados habían matado mundos para burlar a la muerte, lo que parecía indicar que eran tan despiadados como los que habían perecido. Tyen crispó el rostro. Aunque había elegido mundos deshabitados para alcanzar la inmarcesibilidad, Dahli no había seguido el mismo criterio para seleccionar los lugares donde realizar los intentos de resurrección. Aquellos viajeros se horrorizarían si conocieran la auténtica razón por la que algunos mundos se habían quedado sin energía.

Un nombre captó su atención. «Givari». Lo buscó de nuevo hasta detectarlo en la mente de una mujer de mediana edad que contemplaba a su sobrina mientras le concedía un baile a un joven de otra familia. Al fijarse en la mente de la chica, Tyen percibió un entusiasmo vertiginoso. Givari había estado deseando que el muchacho la sacara a bailar. Y mucho más que eso.

Con la sensación de que estaba invadiendo su privacidad más de la cuenta, Tyen adoptó de nuevo la perspectiva de su tía. Estaba preocupada por lo que sucedía. Sabía que la madre de Givari no lo vería con buenos ojos. La muchacha era demasiado joven para casarse, y no era justo arrastrar a otra familia de viajeros a la situación peligrosa a la que se enfrentaba la familia de Leyikh. Los padres del chico, ajenos al peligro, estaban complacidos con el posible emparejamiento, pues no eran conscientes de los problemas que podía acarrear a su hijo.

Cuando finalizó el baile, el joven se adentró con Givari en el gentío, antes de que la tía de ella pudiera separarlos. Le susurró una pregunta al oído. «El carromato de Ulma», respondió ella. Acto seguido, se soltó del muchacho y regresó junto a su tía, interpretando el papel de sobrina recatada y obediente.

Tyen advirtió que se esforzaba en no pensar en la cita, por temor a que su tía, llevada por la preocupación, se saltara las convenciones y le leyera la mente. Se obligó a conceder dos bailes más a otros chicos, y cuando su tía decidió que era hora de retirarse a dormir, protestó tanto como se esperaba de ella.

Givari y su tía se unieron a otras mujeres de la familia de Leyikh para regresar al campamento en grupo. Las mayores escuchaban con risueño afecto la cháchara de las jóvenes mientras descendían hacia el fondo de un barranco. Todas se quedaron calladas mientras subían otra cuesta, resoplando. En cuanto llegaron a los carromatos, se dieron las buenas noches. La chica se dirigió hacia el vehículo que una de las matriarcas de la familia había dejado a su cargo.

En ese momento, Tyen descubrió que Ulma no era una viajera común y corriente, sino inmarcesible, además de sanadora. La chica pensó en la hija de Ulma, una anciana en sus recuerdos. Desde el fallecimiento de Oliti, Givari había cuidado de Ulma y dormía en su carromato cuando esta se ausentaba. En aquellos momentos, Ulma estaba ayudando a Leyikh y Ankari a establecer una nueva ruta comercial.

Tras subir al vehículo, la chica creó una llama mágica. Miró en torno a sí, preguntándose qué opinaría el muchacho sobre las muñecas. Todas se parecían a

Ulma en algún momento de su vida, que había sido muy muy larga. Se rumoreaba que había nacido antes que el Raen. Tal vez incluso antes que Roporien, su Predecesor.

Tyen dio un respingo al captar este nombre. «¿De verdad es posible que esta viajera inmarcesible tenga dos mil ciclos de edad?». El Raen había llegado a los mil ciclos, pese a que muchas personas habían querido matarlo. Tal vez había vivido más simplemente porque llevaba una existencia tranquila entre personas que tenían pocos enemigos. Resultaba reconfortante pensar que esto era posible. «A lo mejor el secreto de una vida larga y feliz no consiste en establecerse en un mundo y esperar que no acabe envuelto en una guerra, sino en viajar allí donde reine la paz. Tal vez cuando tu hogar son tus seres queridos y no un lugar, defiendes a personas, no territorios o posesiones».

Cuando la chica se sentó a los pies de la cama a esperar, Tyen sacó el objeto que Qall le había puesto en la mano y encendió una luz diminuta. Era una tira trenzada con hilos de muchos colores. Se debatió entre abordar a Givari ya o aguardar un poco más. Una búsqueda rápida de la zona que rodeaba el campamento le reveló que el joven subía con sigilo por la ladera, esquivando a las enormes bestias que pastaban alrededor. Así pues, Tyen tendría que esperar.

Pasó a escrutar las mentes de los otros miembros de la familia y detectó ansiedad en muchas de ellas. Se sentían más vulnerables debido a la ausencia de Leyikh y Ankari, pero estos les habían asegurado que, con tantas familias de viajeros cerca, estarían más seguros allí que de costumbre.

«Ni se imaginan que Dahli amenaza con exterminar a los viajeros si Qall se niega a obedecerlo».

A Tyen le había parecido una exageración, pero cuando pensó en lo que significaba, se estremeció. Si la familia de Leyikh hubiera sido la única en peligro, Baluka habría podido enviar a hechiceros poderosos para que derrotaran a los observadores de Dahli y se llevaran a sus parientes a un lugar seguro, lo que le habría dejado a Qall las manos libres para hacer frente a Dahli.

Si Baluka hubiera creído que esto era factible, ya lo habría hecho. Debía de saber que la amenaza de Dahli se cernía sobre todos los viajeros. Sin duda Dahli se había encargado de que se enterara. Baluka no podía salvar o proteger a todos los viajeros de los mundos.

«Yo tampoco. Y si lo intentara y fracasara, no podría regresar junto a Qall. Los observadores informarían a Dahli, que sabría que no puede confiar en mí. Qall ha dado a entender que me necesita allí..., y sin embargo aquí estoy, trayendo el “mensaje”..., con el beneplácito de Dahli».

Tal vez porque quería hablar a solas con Qall.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Había dado por sentado que enviar a Tyen en busca de los viajeros con un mensaje había sido idea de Qall, pero ¿y si en realidad

formaba parte del plan de Dahli? ¿Y si este le había indicado a Qall que su oferta de hacer algo por él sería la señal para mandar lejos a Tyen?

«Tengo que despachar este asunto cuanto antes, regresar a toda prisa y luego... ¿qué?».

¿Matar a Dahli? ¿Rescatar a Qall? Tanto en un caso como en el otro, los seguidores de Dahli procederían a masacrar a todos los viajeros. Tyen sería responsable de innumerables muertes.

Si le decía a Dahli que no lo ayudaría, no podría comunicarse con Qall. No podía ayudarlo si no estaba allí. Y quería ayudarlo. Pero ¿cómo?

Tal vez, si esgrimía argumentos lo bastante persuasivos podría convencer a Dahli de que reanudara los experimentos..., esta vez con la ayuda de Qall.

Lo intentaría cuando regresara. Por el momento, más valía que entregara el mensaje lo antes posible.

Exploró de nuevo la mente de la chica y advirtió que tenía compañía. Pero no por mucho tiempo, pues su tía, que había adivinado sus intenciones, había llamado a su puerta, con lo que había ahuyentado al joven. Frustrada y enfadada, la joven se quedó sentada a los pies de la cama absorta en sus pensamientos.

Cuando Tyen entró deslizándose en el carromato y apareció ante Givari, esta no se dio cuenta hasta que se había materializado casi por completo. Entonces pegó un brinco y soltó un chillido de sorpresa.

—No tengas miedo —le dijo él en tono tranquilizador—. Solo he venido a darte esto.

Le tendió la pulsera. Cuando ella la vio, se le cortó la respiración, y Tyen comprendió de inmediato su importancia. Ella se la había regalado a Qall en señal de compromiso. La invadió un sentimiento de culpa teñido de tristeza. Albergaba ciertas reservas cuando se la entregó. Aunque Qall le gustaba mucho, ella no lo habría elegido como esposo. En aquel entonces creyó que era la única manera de conseguir que él se quedara con la familia. Pero después descubrió la verdad. Qall habría tenido que marcharse tarde o temprano, pues de lo contrario los habría puesto a todos en peligro. Aunque, al parecer, los peores miedos de la familia se habían hecho realidad de todos modos.

Cogiendo la pulsera con cautela, alzó la vista hacia Tyen.

—¿Está vivo?

—Sí.

—¿Lo ha capturado Dahli?

Tyen titubeó unos instantes, pero vio que al hacerlo confirmaba sus temores.

—Sí —admitió—. ¿Hay algo que quieras que le diga?

Ella asintió, y una disculpa afloró a su mente, junto con la aseveración de que no estaba molesta por que él le hubiera devuelto la pulsera. Pero tal vez era mejor que Qall no supiera por qué Givari se la había dado.

—Dile que estoy... —empezó a responder, pero se interrumpió con un suspiro—. Dile que se cuide. Y que todos estamos sanos y salvos.

Tyen sonrió.

—Así lo haré.

—Gracias por traérmela.

Él asintió. Satisfecho por haber cumplido su misión, Tyen se apartó de aquel mundo y se encaminó de regreso hacia el de Dahli.

## OCTAVA PARTE

# Rielle

Los dos hechiceros se detuvieron ante la puerta.

—No quiero dejar vuestros mundos vulnerables ante un ataque —dijo Baluka.

—Hay que correr riesgos —replicó el otro—. Mejor eso que volver a los viejos tiempos. —Inclinó la cabeza y dio media vuelta para alejarse por el pasillo, con el bordado dorado de su largo manto relumbrando bajo la luz de las lámparas.

Rielle ya no se acordaba de qué mundo gobernaba. Se habían entrevistado con tantos líderes, tantos hechiceros... Todos le prometían apoyar a los restauradores cuando lanzaran la ofensiva contra Dahli. Todos estaban dispuestos a morir con tal de impedir que el Raen regresara.

Baluka cerró la puerta y sonrió a Rielle mientras se daba la vuelta y se sentaba de nuevo junto a ella.

—Por ahora, todo va bien —comentó.

—Sí —respondió ella—. Sin embargo, le preocupa que los mundos vecinos se aprovechen de la ausencia de sus tropas.

—Tendré que asegurarme de que alguien los mantenga vigilados... y de que los vecinos lo sepan.

—¿Bastará eso para disuadirlos?

Baluka asintió con un singular brillo de satisfacción en los ojos.

—Nos hemos ganado una gran reputación —aseveró. Hizo una mueca—. Lo que compensa los pocos errores que hemos cometido, al apoyar a la parte equivocada en una disputa o delegar en otros la administración de los castigos.

—Por lo menos reconocisteis que eran errores y los enmendasteis.

Sintió una punzada de irritación al advertir que ella le había leído la mente, pero le duró poco. «Después de todos estos años, sigo reaccionando como un viajero. Ya no lo soy. Si fuera lo bastante fuerte, les exploraría la mente a todos sin vacilar, incluso a los viajeros. Saber lo que piensa la gente nos facilita nuestra tarea. Sobre todo ahora que el destino de los mundos está en juego. Lo que daría yo por leerle el pensamiento a Dahli ahora mismo».

Rielle habría renunciado a una pequeña fortuna con tal de leérselo a Tyen. «¿De verdad está haciendo esto por mí? —Una parte de ella quería que así fuera, pero otra le lanzó una advertencia—. ¡No seas necia! —gritaba—. Tyen intentaba salvar el pellejo. Habría dicho cualquier cosa con tal de convencer a Baluka de que lo dejara marchar».

La disposición de Baluka a confiar en Tyen la sorprendió. Aunque quizá «confiar» no era la palabra más adecuada. «Cree que entiende las decisiones y los

motivos de Tyen del mismo modo que yo entiendo los de Dahli. Lo que no significa que los justifiquemos». Lo que le dijo Baluka había mitigado su rabia contra Tyen, pero eso la hizo sentirse más débil... y disgustada consigo misma por resistirse a aceptar la posibilidad de que Tyen no la hubiera traicionado solo porque su ira le confería una sensación de fuerza.

Sacudió la cabeza. «No pienses más en Tyen. Qall es más importante».

—¿Qué toca ahora? —preguntó.

Baluka se inclinó hacia delante para darle la vuelta a una hoja de papel y leer el programa escrito en ella.

—Deliberaciones estratégicas con nuestros generales.

—Reunidos todos por primera vez. Esto va a ser interesante.

Él se puso de pie, soltando una risita ante su tono irónico.

—Sí. Veamos quién ha llegado antes de la hora.

Ella se levantó y, caminando detrás de Baluka, salió de la habitación y subió a la planta siguiente. El sonido de dos voces enzarzadas en una acalorada discusión los guio hasta la sala donde iba a celebrarse la reunión. En cuanto Baluka entró, se impuso el silencio. Dentro había tres hombres y una mujer a quienes Rielle no había visto antes.

—Gracias por venir —dijo Baluka—. Os presento a Rielle Lázuli.

Los cuatro la inspeccionaron con las cejas arqueadas y miradas penetrantes. Sus pensamientos revelaron que sabían más sobre ella de lo que imaginaba, aunque habían restado credibilidad a algunas murmuraciones.

Sabían que había estado prometida a Baluka y lo había dejado para irse con Valhan a su palacio. Sabían también que había salvado al muchacho elegido para que se convirtiera en el nuevo cuerpo de Valhan. Habían oído especulaciones sobre que era casi tan poderosa como lo había sido el Raen, y que Tyen la había seducido.

«¡Seducida! ¿Como si fuera una joven ingenua sin voz ni voto en el asunto? Un momento... ¿de dónde han sacado la idea de que fuimos amantes?».

Por desgracia, ninguno de ellos estaba pensando en la fuente del rumor, y ella quería que la primera impresión que diese fuera la de una persona serena y resuelta, no distraída y ofendida por los cotilleos. No sin cierta frustración, dedicó una cortés inclinación de cabeza a cada uno a medida que Baluka se los presentaba.

—Hapre, Pather, Fornt y Scith —dijo él.

Le explicó que los cuatro eran restauradores y que dos de ellos habían participado en el ataque rebelde contra Valhan. Hapre, la mujer, había luchado como general en aquella batalla. En cuanto a los hombres, el más joven tenía la edad de Baluka, y el mayor habría podido ser abuelo de Rielle.

—Sentémonos —propuso Baluka señalando con un gesto las sillas grandes idénticas y dispuestas en círculo.

Él eligió la más apartada, desde donde podía ver con toda claridad la entrada principal de la sala. En los rincones del fondo había dos puertas más pequeñas

cerradas, y Rielle habría supuesto que eran entradas para el servicio de no ser porque, cuando reparó en ellas, el pensamiento de Baluka le reveló que ambas conducían a rutas de evacuación del edificio.

Rielle ocupó la silla situada a la izquierda de él; Hapre, la de la derecha. Los demás se sentaron junto a esta, razonando que convenía dejar libre el sitio contiguo al de Rielle por si se incorporaba a la reunión un aliado o amigo suyo. Por otro lado, reconocían para sus adentros que no querían sentarse junto a una persona que parecía tan tensa y era tan poderosa como lo había sido el Raen.

«Y yo que quería parecerles serena y resuelta», se dijo.

—Antes de entrar os he oído hablar —dijo Baluka—. ¿Sobre qué discutíais?

Se produjo un intercambio de miradas, y Hapre respiró hondo.

—Sobre las defensas de Dahli.

—Sobre cuántos hechiceros han sido identificados —precisó Scith, el hombre más joven—. Y lo que se sabe sobre la fuerza de cada uno. En especial la de Tyen.

A Rielle se le erizó el vello. Controló su expresión, aún más determinada a disimular sus reacciones ahora que había visto lo que habían averiguado sobre ella.

—El Espía —gruñó Pather, el anciano. Estaba pensando que Baluka era un necio; que habrían debido matar a Tyen cuando tuvieron la oportunidad. ¿Cuántos morirían a causa del momento de debilidad de Baluka?

—Tyen no representará una amenaza —les aseguró Baluka.

Ninguno de los cuatro se mostró muy convencido.

—¿Cómo puedes saberlo? —inquirió Hapre—. Es un maestro del engaño.

Fornt, el tercer hombre, asintió.

—Y el inventor de los insectoides, que...

—Tyen nunca abrigó la intención de convertirlos en máquinas de guerra. Aborrece la violencia —afirmó Baluka—. Cuando Rielle me contó la verdad acerca del papel que él había representado en la guerra de rebelión... —Hizo una pausa para inclinar la cabeza en dirección a ella—, recabé toda la información posible sobre él. Analicé todos sus actos durante la época que pasó entre los rebeldes. —Miró a Hapre, pero ninguna sonrisa le arrugó las comisuras de los ojos—. Me percaté de que se comportaba de un modo muy extraño para tratarse de alguien que en teoría era nuestro enemigo. Cuando acababa de unirse a la rebelión, en un momento en el que aún estaba desorganizada y vulnerable, impulsó cambios que no hicieron sino reforzar la seguridad de los miembros y sus familias. Cuando Yira asumió el liderazgo, él contuvo a los rebeldes, recomendándoles cautela y que dedicaran un tiempo a entrenar a los reclutas. Cuando él se convirtió en el líder, lo criticaron por mostrarse demasiado protector y por refrenarnos. Entonces me cedió el control a mí. Podría haber conseguido que acabaran con nosotros en muchas ocasiones, y sin embargo no lo hizo.

—Porque Valhan quería que nos fortaleciéramos lo suficiente para eliminar a los aliados de los que quería librarse —repuso Scith.



Baluka se volvió hacia él.

—No creo que Tyen estuviera al corriente de eso. De lo contrario, nos habría instado a enviar al mayor número de guerreros posible a la batalla, a fin de que murieran cuantos más mejor, en vez de dotar de fuerza a solo un centenar.

—¿Tú qué opinas, Rielle? —inquirió Hapre.

Rielle contempló a la mujer mientras meditaba su respuesta. No quería contradecir a Baluka, pero no se fiaba de Tyen y temía que representara un peligro para todos.

—No creo que debamos arriesgarnos a que Baluka esté en lo cierto —declaró—. Tyen es demasiado poderoso para subestimarle. Debemos hacer planes dando por supuesto que tomará partido por Dahli.

Los demás —incluido Baluka— asintieron. «Tiene razón, aunque ojalá se equivocara», pensó Baluka.

—Tyen es tan poderoso como Rielle —dijo Pather—. Cada uno neutraliza la amenaza que supone el otro.

—Que estén igualados en habilidad carece de importancia, pues lo determinante será la cantidad de magia que consigan acumular —le recordó Hapre—. En los mundos situados en torno a la base de Dahli la energía es limitada. Si rodeamos a los guerreros de Dahli, restringiremos su acceso a ella.

—Tyen podría atravesar nuestras defensas —advirtió Rielle—. En el espacio entre mundos, puede eludir los intentos de controlar sus movimientos y desplazarse tan deprisa que no tengáis tiempo de reunir fuerzas para interceptarlo.

—Entonces tú deberás perseguirlo —dijo Fornt—. Si lo mantienes ocupado, nosotros podremos encargarnos de Dahli y el resto de sus guerreros.

Rielle abrió la boca para protestar, pero la cerró enseguida. Era una perspectiva razonable. Tenía sentido. Pero la aterraba. «¿Y quién se asegurará de que Qall esté a salvo mientras mantengo ocupado a Tyen?».

La conversación se centró en los hechiceros que figuraban entre las fuerzas de Dahli. Cuando se disponían a ahondar en los datos conocidos y los rumores, un movimiento en la puerta atrajo la atención de Rielle. Entraron dos mujeres, una con un vestido largo acolchado de una tela sin teñir, la otra con una toga adornada con abundantes cuentas de colores. Antes de que Rielle leyera en sus mentes su identidad e intenciones, los cuatro generales se pusieron en pie como movidos por un resorte entre exclamaciones y quejas.

—¿Qué hacen ellas aquí? —espetó Scith.

—Las he invitado yo —respondió Baluka.

—No, Baluka. —Hapre se volvió hacia él sacudiendo la cabeza—. Corres el riesgo de perder más apoyos de los que ganas.

Haciendo caso omiso de ella, Baluka se volvió hacia Rielle.

—Son Ambaru y Tamtee, exaliadas de Valhan que ahora ansían impedir su retorno. —Cuando les presentó a Rielle, las dos enderezaron la espalda con visible

interés y le escudriñaron el rostro.

—¿Cómo puedes estar seguro de que no se volverán contra nosotros en el momento más inoportuno? —inquirió Scith.

Al fijarse en las mujeres, Rielle descubrió que a Ambaru, la del atuendo modesto, nunca le había gustado colaborar con Valhan, pero había tenido que hacerlo para salvar la vida. El sentimiento de culpa por las atrocidades que él la había obligado a cometer la atormentaba, y esperaba que ayudar a los restauradores le valiera el perdón de los dioses.

Tamtee, su acompañante, no podía llegar a tiempo a la batalla contra los rebeldes, así que envió a su hermano, que había muerto. Quería vengarse. En su opinión, frustrar los planes de Valhan de regresar era tan satisfactorio como matarlo; una oportunidad que había creído que jamás se le presentaría.

Ninguna de las dos quería que el Raen volviera. Cada una, a su manera, había descubierto que la vida era mejor sin él.

«Expiación y venganza —pensó Rielle—. Dos objetivos que las mantendrán leales a esta causa». Alzó la voz para hacerse oír por encima de las voces que discutían.

—Son de fiar.

Se hizo el silencio. Al desplazar la vista por los generales, le sorprendió y complació comprobar en sus mentes que la creían. Con hosquedad y de mala gana, pero sin dudar de su palabra. A pesar de lo que creían saber sobre ella —y precisamente por lo que sabían—, la respetaban. Eso era lo más inesperado.

Sin embargo, cuando Rielle devolvió su atención a las exaliadas, vio que no confiaban en ella. Ambas eran hechiceras poderosas e inmarcesibles. Podían leerles la mente a todos aquellos mortales jóvenes e inexpertos —con lo que captaban los rastros de nostálgica admiración que el líder de los restauradores, débil en magia, aún profesaba a Rielle—, pero no podían leérsela a ella. Esto por sí solo habría bastado para que desconfiaran de ella y la temieran. Recelaban de aquello que ignoraban.

Sabían que Rielle había sido la última hechicera que Valhan había tomado bajo su protección, y que Dahli la había entrenado. Los últimos seguidores captados por Valhan tendían a ser los más devotos.

No sabían que Rielle había suspendido la resurrección y salvado a Qall.

«Hay que darles tiempo —pensó Rielle—. Pronto se enterarán por medio de las mentes de los generales».

Unos pasos apresurados resonaron en el pasillo, detrás de ellos. Un joven irrumpió en la sala.

—Baluka —jadeó—. Tienes... visita. No quieren... esperar. Están... aquí. —Se volvió hacia la puerta y retrocedió cuando unas pisadas preludiaron la entrada de los recién llegados.

Rielle buscó sus mentes y se le escapó un grito ahogado de sorpresa y alegría. Al volverse hacia Baluka, advirtió que estaba rodeado por los cuatro generales.

—Tranquilos —les dijo ella—. Son de los nuestros. Han venido a unirse a nuestras filas.

—Es cierto —confirmó Baluka. Le había leído el pensamiento al mensajero. Los ojos le brillaban de contento.

Con una sonrisa de anticipación, Rielle dirigió la vista hacia la puerta cuando apareció la primera viajera.

—Me cuentan que necesitáis ayuda —dijo Ulma—. Un problemilla con un Predecesor que se resiste a seguir muerto.

La mujer paseó la mirada por la sala hasta posarla en Rielle. Sonriendo, abrió los brazos y se acercó a ella para estrecharla con fuerza.

—Ulma —saludó Rielle devolviéndole el abrazo—. Gracias por venir.

—Padre —dijo Baluka.

Apartando a Ulma con delicadeza, Rielle observó a Baluka, que fue al encuentro de los viajeros que entraban en fila. Leyikh parecía extenuado y envejecido, y tenía la frente más surcada que nunca por arrugas de preocupación.

—Hijo —contestó Leyikh—. Se dice que os preparáis para la guerra. Hemos pensado que tal vez necesitaríais algunos hechiceros más.

—¿Cómo habéis eludido a los observadores de Dahli?

Leyikh esbozó una sonrisa sombría pero matizada de satisfacción.

—Creen que estamos haciendo averiguaciones de cara a un acuerdo comercial. La mitad de los nuestros se quedó en la Celebración. Otra cuarta parte está negociando un trato de verdad, lo que nos ha permitido a los demás escabullirnos.

—Pero... vosotros no tomáis partido —dijo Baluka.

—Ahora sí —repuso Ankari, que rodeó a su esposo para abrazar a su hijo—. No podemos permitir que tus esfuerzos y sacrificios se vayan al traste.

—Los acuerdos que cerramos con el Raen desembocaron en su muerte. Queremos asegurarnos de que siga así. Y también ayudar a Qall, por supuesto —añadió Leyikh. Cuando se volvió hacia Rielle, a esta se le revolvió el estómago por el remordimiento—. Aunque tengo entendido que se ha unido a Dahli por voluntad propia.

Rielle asintió.

—Es verdad que me advertisteis que era testarudo.

Él la tomó de las manos.

—No lo habría hecho de no tener una buena razón.

Rielle desplazó la vista de Leyikh a Ankari y luego a Ulma. La viajera inmarcesible le clavó una mirada muy directa que parecía indicar que quería decirle algo, pero no allí ni en ese momento.

—Sin embargo, ahora que estáis aquí, Dahli no puede hacerle chantaje —señaló Tamtee.

Leyikh sacudió la cabeza.

—Otros viajeros están bajo vigilancia. Se han interceptado mensajes entre grupos, y a algunas familias les han impedido llegar a la Celebración. Creemos que Dahli ha

amenazado con exterminar a todos los viajeros si Qall no le obedece.

—Es cierto —dijo Baluka—. Os habría avisado... De hecho, lo intenté..., pero no me atreví a correr el riesgo de que los observadores de Dahli se enteraran de que me había comunicado con vosotros y mataran viajeros para impedir contactos posteriores.

—Ya no importa, pues lo que supieran o dejaran de saber no habría afectado de forma significativa al peligro que corríamos. —Leyikh miró alrededor—. No obstante, lo que estamos haciendo ahora sí que entraña un enorme riesgo. Si Dahli descubre que nos hemos unido al ejército de restauradores tomará represalias.

—Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados —agregó Ankari.

Varios viajeros más habían entrado en la sala, que estaba bastante atestada. Rielle reconoció a algunos de la Celebración a la que había asistido muchos ciclos atrás, pero la mayoría de ellos no le resultaba familiar.

Baluka procedió a presentarlos. Las dos exaliadas observaban a Ulma con fijeza y un brillo de curiosidad en la mirada, como si hubieran descubierto que era una viajera inmarcesible y muy vieja. El mensajero seguía de pie junto a la puerta, quieto salvo por los ojos, que recorrían la sala, hasta que poco a poco llegó a la conclusión de que todo estaba en orden y podía retirarse con discreción. Cuando llegó otro grupo de visitantes, se unió a su guía y se marchó con él.

Rielle alargó el brazo y le dio un tironcito de la manga a Hapre. La mujer se volvió hacia ella.

—¿A cuántos generales más esperabais?

Hapre se encogió de hombros.

—A menos de los que hay aquí... —Eché una ojeada por la habitación y reparó en los recién llegados—. Creo que han venido todos aquellos a quienes invitamos.

Rielle se encaminó hacia el pasillo y alcanzó al guía.

—¿Podría traer más sillas? —le pidió—. Lo antes posible, por favor.

Él asintió y se alejó a toda prisa en otra dirección.

Una vez resuelto ese asunto, Rielle agarró a Ulma del brazo y la condujo hasta las sillas que Baluka y ella habían desocupado. Paseó la vista alrededor, complacida de que al parecer nadie quisiera abordarla. Tras crear un muro de aire inmovilizado en torno a Ulma y ella para aislar el sonido de sus voces, se inclinó hacia la mujer.

—Dime una cosa —murmuró—. Antes de que todos empecemos a trazar planes de guerra, ¿qué crees que se trae entre manos Qall exactamente?

—El mundo de Dahli tiene cinco vecinos —les explicó Baluka a los generales y guerreros reunidos—. Todos desprovistos de magia. Es posible materializarse en todos ellos sin peligro, pero algunos son demasiado áridos para albergar poblaciones. Mis exploradores descubrieron seguidores de Dahli en cuatro de ellos. Suponemos que el quinto también está bien custodiado, pues los exploradores que fueron allí no volvieron, y no hay amenazas locales capaces de retener a dos hechiceros razonablemente poderosos. Los que sí volvieron, informaron de que varios seguidores de Dahli patrullan el espacio intermedio en torno a por lo menos dos de los mundos vecinos, aunque sospecho que los vigilan todos.

—Es probable que Dahli espere un ataque. —Baluka torció el gesto—. Cuando me enteré de que había establecido una base supe que tendríamos que actuar deprisa, y no es posible enviar una petición de refuerzos a través de los mundos en secreto y con tan poca antelación.

—Calculamos que Dahli tiene a más de cien hechiceros a su servicio. Nos basamos en el tráfico que nuestros observadores han visto dirigirse a la base en los últimos días. Algunos restauradores nos informan de que más de cuarenta magos que sospechábamos que trabajaban en secreto para Dahli han desaparecido de sus hogares. Al menos tenemos una idea aproximada de la fuerza que poseen. Sobre los demás disponemos de muy poca información.

—¿No les impedisteis que se unieran a Dahli? —terció Tamtee.

Baluka sacudió la cabeza.

—Recibimos la noticia de las desapariciones después de la del aumento del tráfico, más o menos cuando nos enteramos de que Qall se había ido con Dahli.

—¿Y si el tal Qall se ha unido voluntariamente al servidor más leal? —inquirió Ambaru—. ¿Y si quiere convertirse él mismo en el Raen?

—Dudo que quiera que le reemplacen la mente por la de otra persona —replicó Rielle.

Ambaru se encogió de hombros.

—Depende de su estado de ánimo. Para algunos, la muerte supone una liberación.

—Qall no tiene tendencias suicidas.

—A lo mejor quiere ser el Sucesor y lo ve como un atajo para conseguirlo, ¿no?

—Nunca mostró esa clase de ambición —aseveró Leyikh.

Rielle asintió en señal de conformidad.

—Si quisiera ser el Sucesor, no tendría por qué convertirse en el Raen. Ya es lo bastante poderoso.

—Pero le falta experiencia —añadió Tamtee—. Sabe que necesitará apoyo. Tal vez es lo que busca en Dahli.

—Entonces ¿por qué está Dahli amenazando con matar a los viajeros? —señaló Hapre—. ¿No sería mejor que buscara apoyo entre sus aliados naturales en vez de pedírselo al hombre que quiere sustituir su mente por la del Raen?

—Encontraría apoyo entre los restauradores —añadió Baluka.

—¡Dejad este tema! —gritó Ankari. Miró a su hijo—. Todos. No tiene por qué haber un Sucesor. No estéis tan ansiosos por cargar a nadie con esa responsabilidad. ¡Y menos a alguien tan joven!

Baluka bajó la vista.

—Yo no quiero, pero si Qall se uniera a nosotros y reclamara el título de Sucesor, nos resultaría más fácil instaurar la paz en los mundos.

Ankari se disponía a agregar algo, pero decidió callar. Aunque hervía de rabia por dentro, comprendía que a Baluka no le pareciera mal la idea de convertir a Qall en un líder, ya fuera independiente o de los restauradores. «Le permitiría renunciar a su cargo y sus responsabilidades. Aun así, eso no justifica endosárselos a un joven frágil como Qall».

Se impuso un breve silencio hasta que Ulma se aclaró la garganta.

—Volvamos al tema de las fuerzas que suma el ejército de Dahli.

Los hechiceros y los generales reunidos intercambiaron miradas, muchos asintieron y unos pocos sonrieron, compungidos.

Baluka respiró hondo.

—Yo estaba a punto de concluir diciendo que, aunque no sabemos con exactitud de qué contingentes dispone Dahli, sus decisiones sobre estrategia defensiva parecen hablar por sí solas. Sus fuerzas seguramente se enfrentarán a nosotros en los mundos muertos. Si les plantamos cara como un solo grupo, enviarán mensajes a los demás para que acudan en su ayuda. Si desplegamos nuestro ataque por los cinco mundos, se enfrentarán a nuestras fuerzas por separado y atajarán a quien intente llegar al mundo donde se encuentra la base. Si los vencemos, los supervivientes se replegarán al mundo de la base y unirán sus fuerzas. Para entonces quedará poca magia allí, así que debemos tener cuidado de acumular energía suficiente para transportarnos tanto si perdemos como si ganamos, pues de lo contrario corremos el riesgo de quedar varados.

Rielle abrió la boca para asegurarle que ella repondría la magia en el mundo de Dahli en caso necesario, pero cayó en la cuenta de que entonces todos los presentes deducirían que ya no era inmarcesible. Aunque sabía que las dos exaliadas de Valhan apoyaban sin reservas la lucha por evitar su retorno, prefería no revelar sus puntos débiles a menos que no tuviera elección. Ahora podía asfixiarse en el espacio intermedio y ya no era capaz de sanar sus heridas. Cerró la boca. Su amago había llamado la atención de Baluka, y cuando este arqueó las cejas, ella sacudió la cabeza.

«¿Cuándo debo revelar que vuelvo a ser una Creadora? —La motivación más obvia para hacerlo era impedir que los guerreros abandonaran el combate con el fin de reservar magia suficiente para escapar del mundo de la base. No quería perder a Qall solo por haberse resistido a desvelar su nueva capacidad de generar magia con rapidez—. Pero decirlo también entraña peligros. Podrían gastar toda la magia y luego quedarse atrapados si yo muero en la batalla».

Conforme la discusión se prolongaba y los guerreros con más experiencia debatían sobre las estrategias de ataque, ella decidió contárselo a Baluka..., pero en privado. Las exaliadas podrían enterarse al leerle la mente más tarde, pero valía la pena arriesgarse.

Volvió a prestar atención a la conversación cuando oyó un nombre que conocía bien.

—¿... usará insectoides?

—Lo dudo —respondió Baluka—. Las máquinas de guerra no resultan tan eficaces contra los hechiceros como contra las personas comunes, salvo para obligarlos a consumir más magia.

—Pero tal vez ha inventado una forma de hacerlas más letales —señaló Ambaru. Baluka sacudió la cabeza.

—A Tyen nunca le ha gustado que corrompieran su invento para utilizarlo en la guerra. La última vez que hablé con él, estaba buscando un modo de destruirlos a todos.

—No tienes más pruebas que su palabra —farfulló Hapre.

—Le creo —dijo Baluka, y se giró para sostenerle la mirada. Ella apretó los labios, que quedaron reducidos a una línea, pero asintió y apartó la vista—. En cualquier caso, no representan una amenaza para los hechiceros.

—Sería una lástima que todos quedaran destruidos —murmuró Tamtee—. También pueden resultar útiles. He visto gente que los usa como alarma contra intrusos o ladrones, o como protección. También para llevar mensajes. O simplemente como unos juguetes encantadores.

—¿Deberíamos usarlos nosotros, tal vez? —preguntó Pather.

Todos se volvieron hacia el anciano restaurador, algunos con el ceño fruncido, otros con las cejas alzadas en un gesto reflexivo.

—No —repuso Baluka—, por la misma razón que he expuesto antes: las máquinas de guerra son menos peligrosas para los hechiceros que para las personas normales. De todas formas, dudo que dispongamos de tiempo suficiente para construirlas. Pero si a alguien se le ocurre una manera de utilizarlas que nos proporcione ventaja, estoy dispuesto a considerarlo. —Desplazó la vista alrededor. Nadie habló, y muchos sacudieron la cabeza. Baluka asintió—. ¿Pasamos al siguiente punto?

Mientras procedían a discutir sobre cómo obtener más información acerca de la base de Dahli, Rielle se preguntó cómo se sentiría Tyen si supiera que habían

descartado su invento tan deprisa. «Sería un alivio para él —pensó. Arrugó el entrecejo ante lo segura que parecía estar de ello—. ¿Estará influyendo en mí la creencia de Baluka de que Tyen no es un hombre violento? Tal vez tenga razón, pero eso no significa que Tyen no sea un embustero o un espía. Sigue estando de parte de quienes quieren matarme y reemplazar la mente de Qall por la de Valhan».

Aunque la ira se removía en su interior, la reprimió y se esforzó por concentrarse de nuevo en la reunión. Cuando esta terminó, al cabo de largo rato, los generales se levantaron y se dividieron de inmediato en cuatro grupos: Tamtee y Ambaru se unieron a un puñado de exaliados, los restauradores y los viajeros se acercaron a los suyos, y los portavoces y los líderes de los mundos que habían acudido al llamamiento a las armas se juntaron entre sí. Rielle regresó al lado de Ulma y, cuando Baluka sugirió que ellas y sus padres se retiraran a sus aposentos privados y lo esperaran allí, accedió de buena gana.

Cuando los tres viajeros se acomodaron en los sillones que había en la habitación de Baluka, ya estaban enzarzados en un debate acalorado sobre la avalancha de problemas que le causaría a Qall que lo consideraran el Sucesor. Ankari, la más enfadada, alegaba que, a ese paso, el muchacho nunca tendría la oportunidad de llevar una vida normal, aunque sobreviviera a las intrigas de Dahli. No interrumpieron la discusión hasta que Baluka entró en la habitación un rato después. Entonces cambiaron cortésmente de tema.

—Tengo que daros otra vez las gracias por venir —dijo Baluka desplazando la vista de un rostro a otro—. Sé que es sobre todo por el bien de Qall... y de la familia..., pero...

—Más por el bien de la familia —le cortó Leyikh—. He dicho en serio lo de antes. Ahora que el Raen está muerto, los viajeros no tenemos prohibido intervenir en los asuntos de los mundos. Lo que no significa que vayamos a inmiscuirnos sin extremar la prudencia. En cuestiones como esta, que afectan a todos los mundos, estamos dispuestos a implicarnos de nuevo.

Baluka clavó los ojos en su padre.

—Sí que han cambiado las cosas desde que me separé de vosotros.

«Ya lo creo», pensó Rielle. Su creencia de que más valía no entrometerse en los asuntos de los mundos se basaba en parte en la filosofía de no intervención de los viajeros. La confesión de Valhan de que no siempre podía predecir los resultados de sus acciones había reforzado esa creencia. «Tyen y mi desastroso intento de negociar la paz entre Doum y Murai me convencieron de que era correcta. A lo mejor todo depende del mundo y del tipo de intervención. —Le vino a la memoria el mundo de los obreros. Les había dejado aquel dibujo con el propósito de animarlos a rebelarse—. Supongo que no puedo evitar interferir. Solo espero no haber empeorado su situación, y que el resultado final sea una sociedad más justa».

Los viajeros se habían quedado callados. Era un buen momento para revelarles su secreto a Baluka. Desplazó su peso hacia la orilla del asiento.



—Baluka... —empezó a decir, pero la asaltaron las dudas y no fue capaz de continuar.

Él la miró.

—Rielle, antes me ha parecido que querías decir algo.

—Sí. —Se mordió el labio antes de proseguir—. Hay otra cosa que ha cambiado. No tenéis que preocuparos de no disponer de magia suficiente para partir después de la batalla. Vuelvo... vuelvo a ser una Creadora.

Tres pares de cejas se elevaron, pero las de Ulma se juntaron en una expresión ceñuda.

Baluka asintió despacio.

—Aun así, tardarías un tiempo en...

—No —dijo ella—. Ahora puedo generar una gran cantidad de magia. Tal vez más de la que cualquier Creador haya generado nunca. Cuando estaba persiguiendo a Qall, lo alcancé. Absorbí toda la magia del mundo donde nos encontrábamos y me dejó varada allí. Unos días después, decidí usar la energía que me quedaba para cambiar mi pauta y recuperar mi condición de Creadora. Funcionó, y mejor de lo que esperaba. Fijaos...

Recorrió la habitación con la mirada y reparó en los papeles que Baluka había traído para anotar ideas y recordatorios con la tiza negra envuelta en bambú que utilizaba para escribir. Tras coger una hoja en blanco, se puso a dibujar.

Al principio, le resultó un poco violento. Era demasiado consciente de que los demás la observaban. Respirando hondo, ahuyentó todos los pensamientos sobre ellos y se concentró en pulir el contorno del carromato de los viajeros que había estado intentando dibujar de memoria. Una vez finalizado el boceto, se detuvo y dirigió su atención hacia la magia del mundo. En efecto, la energía abundaba alrededor.

Cuando alzó la vista, se encontró con cuatro personas que la contemplaban atónitas, y una horrorizada.

—Oh, no —susurró Ulma.

Baluka, Leyikh y Ankari se volvieron hacia ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó la última.

—Algunos lo llaman la Maldición del Creador, otros la Perdición del Creador —explicó la vetusta viajera—. Es una profecía mucho más antigua que la Ley del Milenio. Predice que si un Creador alcanza la inmarcesibilidad, una catástrofe se abatirá sobre los mundos. Según algunas versiones, todos los mundos quedarán destruidos. Cuando Rielle perdió las dotes de Creadora después de volverse inmarcesible, supuse que eso significaba que nadie podía ser ambas cosas.

—Pero los viajeros no creemos en las profecías —le recordó Leyikh.

—No..., pero siempre contienen un atisbo de verdad —dijo Ulma—. Una advertencia. —Levantó la mirada hacia Rielle—. Supongo que pronto sabremos cuál es.

Rielle sonrió.

—No, no lo sabréis. Ya no soy inmarcesible. Cuando recuperé mi condición de Creadora, cambió la parte de mi mente que comprendía el cambio de pautas.

Ulma arqueó las cejas y exhaló un largo suspiro. Esta vez fueron los otros quienes frunció el entrecejo.

—¿Podrías volver a tornarte inmarcesible? —preguntó Baluka.

—No veo por qué no. —Rielle se encogió de hombros—. Y al menos ahora puedo llenar un mundo con magia suficiente para hacerlo, en lugar de convertirlo en un mundo muerto.

—¿Tardarías lo mismo que la primera vez? —le preguntó Ulma en voz alta—. Ahora que sabes lo que hiciste... ¿El recuerdo de tu aprendizaje del cambio de pautas se borró también?

Rielle negó con un gesto. No se le había ocurrido que volverse inmarcesible de nuevo tal vez fuese un proceso más rápido la segunda vez.

—Pero, si lo hago, perderé la capacidad de generar magia. Si siguiera siendo Creadora podría reanimar todos los mundos muertos.

—Eso sería un sacrificio muy grande —observó Leyikh.

—Elegir entre sanarte a ti misma y sanar los mundos. —Ulma frunció los labios—. Entre la mortalidad y la magia. Aunque supongo que podrías esperar a vivir una vida completa y luego volverte inmarcesible de nuevo. ¿Podrías alternar entre una cosa y otra, según lo necesitaras?

—Supongo.

—¿Y encontrar la manera de conservar ambas facultades? —Baluka extendió las manos a los costados cuando Ulma le puso mala cara—. Las profecías son falsas, ¿no? ¿De verdad veis alguna razón para que ser inmarcesible y Creador a la vez ocasione la destrucción de los mundos?

Ulma sacudió la cabeza.

—Cuando yo era una muchacha, la gente se tomaba tan en serio esa posibilidad que en muchos mundos había leyes que prohibían a los Creadores que intentaran alcanzar la inmarcesibilidad. Nunca supe por qué, pero tal vez esa información se conserva aún en algún lugar.

—Si sobrevivimos a esta batalla, deberíamos investigarlo. Entretanto... —Baluka se volvió hacia Rielle y sonrió—. Tal como he descubierto, mientras tengas muchos amigos inmarcesibles dispuestos a sanarte, podrás vivir tanto tiempo como ellos.

Leyikh se volvió hacia Ulma entornando los párpados, pensativo. La viajera inmarcesible le sostuvo la mirada unos instantes y la desvió enseguida.

—Bien, ¿cuándo se reanuda la reunión? —preguntó.

Baluka enderezó la espalda.

—Debe de estar a punto.

Ulma se puso de pie.

—Vayamos, pues, antes de que nos quedemos enfrascados en esta conversación. Me gustaría conocer el plan para coordinar nuestros esfuerzos durante la batalla.



## NOVENA PARTE

# Tyen

El espacio entre mundos estaba repleto de sombras. Todas se mantenían a cierta distancia, pero su presencia constante puso nervioso a Tyen a medida que se aproximaba a la base de Dahli. Seguramente se trataba de los seguidores de Dahli, que vigilaban a los hechiceros que se acercaban, pero Tyen no podía desterrar de su mente el temor a que durante su ausencia los restauradores hubieran lanzado un ataque, hubieran vencido y estuvieran esperándolo cuando llegara.

Cuando por fin se hallaba cerca de uno de los mundos muertos que circundaban la base, percibió una sombra que lo seguía. Dio media vuelta de inmediato y se dirigió veloz a su encuentro. El rastreador se detuvo pero no huyó.

«¿Tyen?».

La voz le resultó conocida. Se acercó a la sombra, que cobró nitidez hasta convertirse en el joven inventor.

«¿Zeke? ¿Qué hacías siguiéndome?».

Aunque Zeke no despegó los labios, su voz mental sonó con tanta claridad en la cabeza de Tyen como si hablara. «Quería verte antes de que te reúnas con Dahli».

Tyen lo asió del brazo y tiró de él hasta el mundo anterior. Cuando llegaron, Zeke tomó una gran bocanada de aire y jadeó hasta que pudo recuperar el habla.

—Tú... —resolló—. Tú puedes... leerle la mente a Dahli... Quiero saber... por qué... está empeñado... en resucitar a Valhan. Parece... algo más que... lealtad.

A Tyen se le encogió un poco el corazón.

—Creía que lo sabías.

—Tenía sospechas. Suposiciones. —Zeke suspiró—. Estoy harto de sospechar y suponer. Quiero saberlo con certeza. ¿Eran...? ¿Ellos se...?

Tyen sopesó las posibles repercusiones de contarle la verdad y no se le ocurrió ninguna que pudiera cambiar mucho las cosas, al menos para Qall.

—No, pero no porque Dahli no quisiera. Lleva cientos de ciclos enamorado del Raen.

—¿Y el Raen?

—No correspondía a sus sentimientos. Al menos, doy por sentado que no sentía nada por él porque es lo que Dahli cree. Nada más allá del aprecio y el afecto que se profesan a un servidor eficiente y leal.

Zeke asintió.

—Ah. Dahli me parece una buena persona porque se preocupa por los mundos y tiene ideas firmes sobre lo que está bien y lo que está mal, pero cuando cuestiono cosas que hacía el Raen, se enfada. Reconoce que algunos de sus actos no fueron

correctos. Dice que él mismo cometió muchas barbaridades por él. Cosas que no quería hacer. —Zeke suspiró de nuevo—. Dahli no quiere compasión, pero entiendo por qué lo hacía. O por qué se quedó al lado de Valhan pese a que él no lo amaba.

—No tenía otro sitio a donde ir —explicó Tyen—. Durante el reinado del Raen, los hechiceros poderosos no tenían más opciones que esconderse, servir al Raen o morir.

—Entonces ¿por qué quiere devolverle la vida?

—¿Aparte de por amor y por tristeza? —Tyen exhaló—. Por lealtad. Le hizo una promesa.

La arruga entre las cejas del inventor se hizo más profunda. Tyen vio en su mente lo que no se atrevía a expresar en voz alta. «Si no consigue traer de vuelta al Raen, Dahli no podrá seguir rehuyendo la responsabilidad por las cosas terribles que ha hecho —pensó Zeke—. Esta determinación de resucitar al Raen es fruto tanto del miedo como del dolor. Pero prefiero ayudarlo a afrontarlo que perderlo del todo». Sacudió la cabeza.

—Qué desastre. O perdemos y morimos, o ganamos y Dahli se convierte otra vez en el amigo más leal del Raen y todos los demás morimos.

—¿Todos? —Tyen arqueó las cejas.

Zeke alzó los hombros.

—Bueno, supongo que tú y yo podríamos seguir respirando si Valhan nos considera útiles. Pero Qall no sobrevivirá, ¿verdad?

Tyen negó con la cabeza mientras observaba a Zeke con detenimiento. ¿Podrían los dos presionar a Dahli para que dejara a Qall con vida? El joven inventor se encorvó.

—Como si no fuera ya bastante difícil apreciar a Dahli con lo poco que sé sobre su pasado. Aunque dudo que siga apreciándolo si le hace daño a ese muchacho. —Le escudriñó el rostro a Tyen buscando alguna señal de que estuviera de acuerdo con él—. ¿Y tú?

—Apreciar a Dahli nunca ha sido necesario para mí —reconoció Tyen.

—Entonces ¿por qué colaboras con él?

—Hicimos... un trato. —Tyen no podía revelar sus intenciones de impedir que Dahli buscara a Rielle y a Qall, ni que ahora esperaba poder ayudar al chico de alguna manera—. Y, como bien dices, si Valhan regresa, será más prudente tenerlo como aliado que como enemigo.

—O sea, ¿que no te importa lo que le pase a Qall?

—Claro que me importa —le aseguró Tyen—. Intenté encontrar otra manera de traer de vuelta al Raen para que Qall no tuviera que sufrir ningún daño.

—Y entonces se presentó él. —Zeke hizo una mueca—. ¿Por qué permaneces a su lado en vez de unirme a los seguidores de Dahli que se están preparando para la batalla?

—Porque Dahli no me lo ha pedido. Qall quiere tenerme cerca, y Dahli cree que si soy amable con Qall, este estará más dispuesto a cooperar. ¿Por qué te quedas tú?

—Creía que podía ayudar a Dahli. —Zeke agachó la cabeza—. Empiezo a pensar que soy un idiota por haberlo creído. —Se encogió de hombros—. Aun así seguimos intentándolo, ¿no? Gracias por responder a mis preguntas, Tyen.

—No te rindas, Zeke. Tal vez entre los dos podamos persuadir a Dahli de que no le haga daño a Qall. Aunque dudo que logremos disuadirlo de resucitar al Raen.

Zeke sacudió la cabeza.

—No. No me atrevo a sugerirlo, pero intentaré convencerlo de que te deje retomar tus experimentos.

—Gracias. Puedo transportarte hasta la base, si quieres ahorrar energías.

—Te lo agradezco. Yo solo soy capaz de reunir magia suficiente para cubrir el trayecto hasta la base, lo que significa que si el mundo de Dahli se queda vacío de energía, jamás podré abandonarlo sin ayuda.

Tyen lo agarró del brazo otra vez y se apartó del mundo.

En el mundo muerto, el lugar de llegada estaba vigilado por los seguidores de Dahli. Reconocieron a Tyen y a Zeke, pero no los abordaron. Permanecieron allí el tiempo justo para que el inventor recuperara el aliento y siguieron adelante. El espacio entre el mundo muerto y la base de Dahli estaba surcado de caminos nuevos que conducían todos a la sala de mármol negro. Dahli y Qall estaban arrellanados en sus asientos. Dahli se inclinó hacia delante, apoyó los codos en los brazos del sillón y juntó las yemas de los dedos cuando Tyen y Zeke se materializaron.

—Bien, Tyen... —Tenía la intención de preguntarle dónde había estado, pero de pronto los pensamientos de Zeke captaron su atención. Al joven le invadía el sentimiento de culpa por haber interrogado a Tyen acerca de Dahli.

Mientras este estaba distraído, Tyen miró a Qall. «He localizado a tu familia —pensó—. Se encuentran bien».

Qall relajó un poco el semblante, pero cuando Tyen recordó a la chica y el modo en que había reaccionado al recibir la pulsera —además de su encaprichamiento con el joven de otra familia—, dejó caer los hombros y se quedó con la mirada perdida. Al cabo de un momento, se puso derecho y apretó los labios con firmeza.

Tyen apartó la vista. Supuso que Qall quiso que él le llevara la pulsera a la chica para liberarla de cualquier compromiso que hubiera contraído con él, pero tal vez el joven le profesaba sentimientos genuinos. Quizá solo se la había devuelto con la esperanza de que ella corriera menos peligro que siendo su prometida.

Zeke, nervioso por la fijeza con que lo miraba Dahli, se volvió hacia Tyen y se frotó las manos.

—Bueno, ¿ha ocurrido algo interesante desde que me marché?

—Depende de lo que consideres interesante —contestó Dahli. Posó los ojos en Tyen y luego en Qall—. He estado ocupado con los preparativos para rechazar el ataque de los restauradores. Qall ha estado estudiando.

Consciente de que Tyen estaría escrutándole el pensamiento, Dahli echó un vistazo al objeto que Qall tenía entre las manos. Era una caja como aquellas en las que se guardaban las botellas de licores caros. Cuando leyó en la mente de Dahli lo que contenía en realidad, a Tyen se le heló la sangre.

«La mano de Valhan».

Estaba allí, casi al alcance de sus dedos. Pensó en todas las personas que querían destruirla. Rielle. Baluka. Todos los restauradores. Los viajeros. Tal vez incluso Zeke, si conocía su importancia. «Y yo —añadió Tyen—. Pero no de inmediato». Si lograra tenerla en su poder durante solo un rato, tal vez descubriera todo cuanto Valhan sabía sobre la resurrección. Quizá incluso averiguara cómo restaurar a Vella.

Qall tendría que ocupar el primer lugar de la lista de quienes querían destruirla, y sin embargo allí estaba, con la caja sobre el regazo, como si de un regalo se tratara. Que Dahli le hubiera confiado la mano era extraordinario. Que el joven no la hubiera destruido, preocupante.

—¿Qall? —dijo Tyen.

El muchacho alzó la vista.

—Dahli y yo hemos llegado a un acuerdo: dejará que acceda a la información que contiene a cambio de que resucite a Valhan. —Qall sonrió—. Te agradecería que me ayudaras con esto último, por supuesto.

—Esto... sí —fue lo único que a Tyen se le ocurrió decir. Haciendo un gran esfuerzo, dejó a un lado su asombro e intentó poner en orden sus ideas. Miró a Dahli—. Así que ya no es necesario que amenaces a los viajeros.

La sonrisa de Dahli se tornó fría.

—Claro que lo es. Sigue habiendo un amplio margen para la traición. Si la mano sufre algún daño o yo muero, los viajeros perecerán. Pero si todo sale bien, no será necesario que nadie muera. Es una solución mucho más satisfactoria.

Tyen asintió. «Si Dahli quisiera librarse de mí, ahora podría hacerlo. Ya no soy imprescindible para él. ¿Habría adivinado que solo lo ayudaba por el bien de Rielle y Qall? Aunque tal vez espera que me quede porque aún está dispuesto a cumplir su parte del trato que cerramos».

—¿Me he ganado con el trabajo que he realizado la información que necesito para resucitar a Vella?

Una expresión fugaz de autosuficiencia asomó al rostro de Dahli cuando asintió.

—Si te quedas para ayudar a Qall a resucitar a Valhan, sí. ¿Lo harás?

Tyen miró a Qall y movió la cabeza afirmativamente.

—Aunque eso signifique el fin para la persona que se convierta en el recipiente.

—Dejaré esa decisión en manos de Qall.

El joven abrió mucho los ojos y asintió.

—Gracias —dijo, aunque no quedó muy claro por qué. Tal vez simplemente estaba agradeciendo que Tyen hubiera accedido a ayudarlo.

Dahli enderezó la espalda.



—Entretanto, acercaos los dos y sentaos con nosotros. Es hora de que conozcáis nuestra estrategia de defensa.

Tyen y Zeke obedecieron y dieron la vuelta a sus sillas para colocarse de cara a Dahli y Qall.

—Como ya sabéis, los seis mundos contiguos a este son ahora mundos muertos —comenzó Dahli—. La mayoría de mis seguidores aguarda en ellos, después de haber acumulado grandes cantidades de magia durante los últimos días. Los restauradores tendrán que pasar por al menos uno de esos mundos para llegar hasta aquí, y cuando lo hagan, los nuestros intentarán detenerlos.

—¿Nos enfrentaremos a ellos? —inquirió Qall.

—No —contestó Dahli con contundencia—. Nos quedaremos aquí. Si los restauradores consiguen penetrar las defensas y llegar aquí, despertaré mi recuerdo de la trampa que existe en esta sala. Lo único que sé es que puede ser muy eficaz y que estaremos a salvo mientras permanezcamos entre las lámparas. —Dahli miró en torno a sí, pero no le vino a la memoria el menor indicio sobre la ubicación o la naturaleza de la trampa. Se dirigió a Qall—. Cuando empiecen a llegar, tendrás que despojar este mundo de toda su magia.

Qall hizo un gesto afirmativo.

—Para que no puedan utilizarla contra nosotros.

—Así es.

—¿Y qué quieres que haga con ella?

—Defendernos, por supuesto. —Dahli se volvió hacia Tyen—. En cuanto a ti... Bueno, supongo que debo preguntarte qué estás dispuesto a hacer.

—Os protegeré con un escudo —respondió sosteniéndole la mirada—. Pero no pienso matar. —Clavó los ojos en Qall—. Ni siquiera por ti.

El joven enarcó ligeramente las cejas.

Dahli asintió, en absoluto sorprendido.

—Valhan respetaba tu determinación de no recurrir a la violencia, Tyen, y yo también. Ya habrás notado que he abrigado dudas sobre tu utilidad en este enfrentamiento. ¿Te comprometes también a transportarnos a otro sitio si nos vemos obligados a huir?

—Sí.

Qall había elevado aún más las cejas, pero las bajó cuando Dahli se volvió hacia él.

—Rielle estará con los restauradores, posiblemente como líder —le dijo Dahli—. Tendrás que decidir si estás dispuesto a dejar que muera.

A Tyen se le heló la garganta y se le desbocó el corazón. Al mismo tiempo, se sintió extrañamente reconfortado. Qall no mataría a Rielle. «¿O tal vez sí? Hace menos de un ciclo que la conoce».

Qall frunció el ceño y asintió, pero permaneció en silencio.

—No soy yo quien te obliga a elegir —le recordó Dahli bajando la voz—. Ellos no tienen que atacarnos.

—Lo sé —murmuró Qall.

—Intentaste protegerla al dejarla en un lugar seguro.

Qall apretó tanto los labios que estos palidieron.

—Tal vez me falte valor para... asestar el golpe final.

—Entonces transfiéreme la magia y lo haré yo.

Incapaz de respirar, Tyen pugnó por disimular el escalofrío que las palabras de Dahli le habían provocado. «Qall no permitirá que Dahli lo haga. Seguro que, en el último momento...».

—Te prometo que no lo haré salvo en caso estrictamente necesario —le aseguró Dahli al joven—. No olvides que fue mi alumna. La apreciaba. Todavía la respeto.

Cuando Dahli empezó a volverse de nuevo hacia él, Tyen obligó a sus músculos faciales a relajarse, enterrando en lo más profundo de su ser la rabia y el horror que se le asentaron en un hueco del estómago.

«Si Dahli supiera que Rielle me importa, ¿le salvaría eso la vida? —se preguntó—. Dudo que quisiera quedarse sin un medio para presionarme. —Pero Dahli ya no necesitaba presionar a Tyen ahora que Qall estaba dispuesto a resucitar al Raen—. No puedo ayudar a Rielle sin abandonar a Qall, y ella no me perdonaría si lo abandonara. Haga lo que haga, la perderé».

Dahli observaba a Tyen con mirada penetrante, buscando pistas sobre su estado de ánimo.

—¿Alguna pregunta?

—Yo tengo una —respondió Zeke.

Dahli dirigió la vista hacia el joven inventor, y su irritación inicial se aplacó al ver que Zeke sonreía.

—¿Sí?

—¿En qué puedo ayudar yo?

—Te quedarás aquí con nosotros —respondió Dahli. «Fuera de peligro —dijo para sus adentros—. Tal vez debería haber hecho lo que Qall hizo con Rielle y dejarlo en un mundo muerto por su propia seguridad, pero entonces ¿quién lo rescataría de allí si yo muriese?»—. Al principio habrá muchos mensajes entrando y saliendo —añadió, consciente de que si le asignaba una tarea al inventor este no se buscaría una ocupación más peligrosa—. Necesitaré ayuda para recibirlos y enviarlos.

—Encargado de los mensajes —dijo Zeke frunciendo los labios—. Eso puedo hacerlo. —Arrugó el entrecejo—. ¿Creéis que los restauradores traerán máquinas de guerra consigo?

Un ligero estremecimiento recorrió a Tyen, pero se le pasó cuando cayó en la cuenta de lo improbable que era.

—No. Serían un engorro, y en última instancia no representarían una amenaza —contestó Dahli, en consonancia con lo que pensaba Tyen—. Aun así, si se te ocurre

un modo eficaz de utilizarlos contra hechiceros, no dudes en decírmelo. Y busca un modo de contrarrestarlo.

Zeke movió la cabeza afirmativamente.

—Así lo haré.

—Tengo una pregunta —terció Tyen—. ¿Por qué no nos marchamos sin más? ¿Por qué tiene que haber una batalla?

—Dudo que llegáramos muy lejos —respondió Dahli—. Los restauradores nos vigilan. Seguramente te han dejado regresar aquí porque no están preparados para el combate, y su líder está convencido de que no constituyes una amenaza debido a tus ideales pacifistas. Si intentáramos irnos con el apoyo de nuestros seguidores, se enfrentarían a nosotros de todos modos. Si Qall, Zeke, tú y yo tratáramos de escabullirnos y ellos nos pillaran, nos veríamos en inferioridad numérica y nos derrotarían. —Dahli se encogió de hombros, pero con expresión sombría—. En cambio, si nos quedamos aquí y perdemos, reinará el caos entre las tropas enemigas cuando huyamos.

—¿Venceremos? —preguntó Zeke.

—Sí. —La sonrisa de Dahli destilaba seguridad—. Con dos de los hechiceros más poderosos de los mundos defendiéndonos, o incluso con uno solo, ¿cómo podemos perder?

# DÉCIMA PARTE

## Rielle

El momento de los planes y las discusiones había pasado, y por fin había llegado la hora de actuar. Aunque Rielle sabía que el ataque debía planearse con cuidado para que fuese posible rescatar a Qall, se había pasado los últimos días apretando los dientes para contener la impaciencia.

Incluso ahora, la espera le parecía insoportable. Se hallaban en la misma sala de reuniones que cuando los viajeros se habían unido a los preparativos. «Una sala reducida para un ejército —pensó—. Pero eso es lo que la magia permite. Miles de voluntarios reúnen magia para cien guerreros, a fin de que solo estos tengan que jugarse la vida».

Aunque Rielle había estado generando magia, era poca en comparación con la que se utilizaría en el combate. Le costaba concentrarse en dibujar cuando no conseguía sacarse de la cabeza la batalla inminente, las dudas sobre si Qall seguía siendo él mismo o si estaban a punto de enfrentarse a un Valhan redivivo.

«Si Valhan ha vuelto, descubrirá que los mundos han cambiado en aspectos que tal vez no había previsto. No le resultará tan fácil hacerse con el control. No seremos los únicos que lucharemos contra él».

Los voluntarios habían viajado a lugares remotos para absorber energía, a fin de que los mundos que rodeaban la base de los restauradores no quedaran desprovistos de ella. Los generales estaban preocupados también por el estado de la magia en los mundos. Mientras se preparaban para la contienda, todos habían observado el mismo fenómeno en los mundos en general. El número de mundos muertos estaba aumentando, y allí donde se habían librado guerras, mundos que antes eran ricos en magia se habían empobrecido tanto que tardarían cientos de ciclos en recuperarse. Los conflictos disminuían, no solo porque hubieran desembocado en la victoria de uno de los bandos, sino como consecuencia de la mengua de la magia; ya fuera porque dificultaba los combates o porque se había convertido en un incentivo para buscar la paz.

La disminución de la magia se debía a dos causas. Por un lado, en tiempos de guerra la gente creaba menos; por otro, cuando morían muchas personas, quedaban menos Creadores que pudieran generar magia. Si bien la fabricación de armas podía aumentar la energía, en las batallas se consumía mucha más.

Las máquinas mágicas, aunque solo representaban una amenaza menor para los hechiceros, también gastaban magia. Esto se veía agravado por el hecho de que, cuando un bando recurría a ellas, solía ser por desesperación, lo que a menudo coincidía con que las reservas de energía estaban a punto de agotarse, por lo que las

máquinas apenas influían ya en el desenlace. Baluka esperaba que a la larga dejaran de utilizarse por estas razones.

Rielle alzó la vista cuando entraron en la sala otros guerreros, esta vez un trío de hechiceros inmarcesibles que representaba a un conjunto de mundos aliados de los restauradores. Baluka los recibió con un torrente de palabras. Había estado repasando cada detalle con todos los que llegaban, a pesar de que ninguno de los planes de batalla había cambiado.

«Está nervioso —se dijo Rielle—. Lo canaliza asegurándose de que todo el mundo esté listo e informado, para dar la impresión de que está bien preparado y controla todos los detalles en vez de delegar las comunicaciones y las órdenes en los subalternos».

—Es un líder nato.

Sobresaltada, Rielle se volvió hacia quien había hablado. Leyikh se encontraba de pie junto a ella, contemplando a su hijo. Aunque mantenía una expresión seria, irradiaba orgullo. Sin embargo, ella percibió en su mente el pesar que acompañaba esta observación. Si bien a los mundos les había beneficiado que Baluka se pusiera al frente de los rebeldes, los viajeros habían salido perdiendo.

—Todos lo respetan, a pesar de que es un hechicero más débil que ellos —agregó Leyikh.

—Habría sido un buen jefe de familia —comentó ella.

Él negó con la cabeza.

—No, habría estado siempre inquieto e insatisfecho, como yo en mi juventud. Mi hijo heredó ese rasgo en una versión más acentuada.

Al mirar atrás, advirtió que Baluka se había vuelto para recibir a otros recién llegados.

—Se cansará de ser el líder de los restauradores —predijo—. No le falta mucho. Tal vez, cuando lo deje, fundará su propia familia de comerciantes.

—No. —Leyikh sacudió la cabeza—. Pasará a liderar una causa más pequeña, o bien sus enemigos lo obligarán a desaparecer del todo.

—A lo mejor, si ganamos, tendrá menos enemigos de los que ocultarse —dijo Ankari, que se había acercado y se situó junto a él.

—A lo mejor —repitió Leyikh, aunque no parecía muy convencido.

La sala se llenaba a ojos vistas. La mayor parte de los guerreros de los restauradores, si no todos, se hallaba presente. Integraban más de la mitad de las tropas. Otros treinta y siete habían acudido en representación de los aliados de los restauradores. Siete eran viajeros, incluidos Leyikh y Ankari, y los otros cinco eran los más poderosos de su pueblo. Casi la mitad de los combatientes eran inmarcesibles, la mayoría de los cuales había cambiado sus pautas hacía poco tiempo. Por tanto, formaban un ejército con poca experiencia en comparación con los quinientos ciclos de edad de Dahli. Entre los hechiceros que los restauradores sabían

que se habían unido a él, unos cuantos habían vivido el equivalente a varias vidas humanas.

Con el rabillo del ojo, Rielle vio que alguien se aproximaba por la derecha. Al volverse, vio que se trataba de Ulma. Desde que se había enterado de que Rielle se había convertido de nuevo en Creadora, la viajera inmarcesible parecía preocupada y había contagiado su intranquilidad a Rielle. En ese momento, la anciana le sonrió con una serenidad más propia de ella.

—Rielle —dijo—. He pensado mucho en tu situación y he tomado una decisión. Cuando estés libre, y si lo deseas, te ayudaré a buscar por los mundos información sobre la Maldición del Creador. Conozco varios archivos antiguos, algunos accesibles para los forasteros y otros en colecciones privadas que podemos visitar. Debe de haber otros de los que no tengo conocimiento, tal vez mantenidos en secreto por los aliados del Raen.

—Eso sería maravilloso —respondió Rielle. La había aliviado enterarse de que Ulma transportaría a los viajeros no combatientes de vuelta a la Celebración una vez que hubiera partido el ejército. Que pereciera la única hechicera inmarcesible con que contaban los viajeros no solo habría sido una tragedia para ellos, pues ella también la apreciaba. La perspectiva de explorar los mundos con Ulma la atraía en gran medida. Tal vez llegasen a ser amigas. Esto le recordó a la pobre Timane, a quien había dejado atrás—. Pero antes tengo que rescatar a una amiga del lugar donde nos escondíamos, en los confines de los mundos.

—Te acompañaré —se ofreció Ulma—. Tal vez encontremos fuentes de conocimientos antiguos en esos confines. —Sonrió—. Hace mucho tiempo que no gozo de la libertad de vagar sin más rumbo que el que fijen el capricho y la curiosidad. Ah, aquí llega Baluka.

Rielle pestañeó, sorprendida, al ver que este se les acercaba: se había abierto paso por el perímetro de la sala mientras ella hablaba con Leyikh y Ulma. Baluka les dedicó una sonrisa, con aspecto tranquilo y confiado a pesar del nerviosismo y el miedo que lo consumían por dentro.

—Seguimos sin tener noticia de los exploradores que enviamos a averiguar más detalles sobre la base de Dahli y el mundo en el que se encuentra —les dijo Baluka—. He decidido que no esperaremos a que regresen.

—Será arriesgado ir allí, entonces —señaló Leyikh.

—Sí —convino Baluka—. Al menos sabemos que el aire es respirable. Nos aproximaremos despacio y nos escudaremos en el momento de llegar. Vosotros tres, la general Hapre y yo avanzaremos en vanguardia del ejército, en el centro y a una altura ligeramente superior para abarcar más terreno con la vista. En cuanto tengamos clara la disposición de la base de Dahli, podremos recolocarnos para estar entre nuestros guerreros y el enemigo cuando nos materialicemos.

—Y a la vista de Qall —añadió Ulma—, para que vacile antes de atacar.

Al advertir que Ankari torcía el gesto, Rielle le dirigió una mirada comprensiva. Tampoco podía imaginar a Qall atacando a nadie, pero no había forma de saber qué actos le obligaría a cometer Dahli bajo la amenaza de hacer daño a su familia adoptiva. Aun así, no tenía sentido que lo forzara a matar a dos de las personas que estaba utilizando para extorsionarlo.

«¿Sería capaz Qall de arremeter contra mí?», se preguntó. Lo dudaba, aunque, por otro lado, él la había dejado varada en un mundo muerto. Ante la disyuntiva de protegerla a ella o a las personas que lo habían criado, seguramente él elegiría lo segundo. Aunque Rielle lo había salvado, él no la conocía tan bien.

Baluka se volvió hacia ella.

—Es poco probable que dispongas de tiempo para generar magia durante los combates —aseveró—. Si lo consigues de todos modos, asegúrate de que los hechiceros de nuestro lado estén listos para absorberla. No queremos proporcionarle más energía al enemigo.

Ella asintió, resistiendo el impulso de recordarle que ya habían hablado de ello.

—Al final, cuando nos enfrentemos a Dahli —prosiguió él—, guárdate la energía suficiente para sacarnos de allí. Pero si sabes que esas últimas gotas de magia servirán para derrotarlo, úsalas. Siempre podrás crear más después para que podamos abandonar ese mundo.

—Sí, Baluka —respondió ella con un deje de ironía en la voz que no consiguió disimular, pese a sus esfuerzos.

Él se quedó callado un momento y arqueó las cejas.

—Intento asegurarme de que todos tengáis las instrucciones lo más frescas posible en la memoria.

—Lo sé —contestó ella—, y también quieres confirmar que tienes claro lo que haremos cada uno de nosotros si todo sale según lo planeado.

—El problema es que las batallas casi nunca salen según lo planeado. —La sonrisa se le borró de los labios—. Con un poco de suerte, solo habrá que modificar algunos puntos del plan, no todos.

—No es tan rígido como para que no podamos adaptarlo a las circunstancias durante el combate.

—No. —Se le iluminó de nuevo la expresión.

La general Hapre se acercó con el semblante tenso y adusto.

—Ya han llegado todos y están preparados.

Baluka miró a su familia, a Ulma y a Rielle mientras pensaba en todo lo que le gustaría decir. Palabras de cariño y gratitud afloraron a su mente, junto con ruegos de que no hicieran ninguna tontería, pero un murmullo de expectación se había adueñado de la sala y todos requerían su atención.

—Es la hora —dijo antes de dar media vuelta y dirigirse hacia el centro con paso resuelto.



Las tropas bajaron el tono, y Baluka giró lentamente en redondo, como para agradecer a todos su presencia.

—Bienvenidos —dijo cuando la última voz se hubo apagado—. Y gracias. — Hizo una pausa, asintiendo en señal de aprobación y satisfacción, antes de erguirse—. Nos hemos reunido hoy aquí para impedir el retorno del Raen. Pero eso no es todo. Al hacerlo, salvaremos ambos mundos y a un joven inocente.

»Aunque ya os he explicado la situación, haré un resumen para asegurarme de que no haya malentendidos. —Se volvió hacia el retrato de Dahli que había pintado Rielle—. Este es nuestro enemigo, Dahli, antes conocido como “el Más Leal”. Pretende resucitar al Raen utilizando a este joven. —Baluka se acercó al cuadro de Rielle que representaba a Qall con atuendo de viajero—. Al contrario de lo que parece, no es el Raen, sino un muchacho inocente a quien raptaron, borraron la memoria y alteraron el cuerpo con el propósito de trasplantarle la mente del Raen. Rielle Lázuli lo rescató, y lo criaron los viajeros Leyikh y Ankari. Aunque nunca recuperó sus recuerdos, se ha convertido en una persona distinta. Una buena persona. Hace poco, Dahli consiguió bajo coacción que accediera a unirse a él, y nos tememos que también ha aceptado convertirse en el recipiente de la memoria del Raen. Lo convenció amenazándolo con aniquilar a todos los viajeros. —Baluka hizo otra pausa mientras recorría la sala con la mirada—. Debemos impedirlo. —Se impuso un silencio cargado de ansiedad. Baluka respiró hondo antes de continuar—. Este ejército es menos numeroso que el que encabecé hace cinco ciclos para luchar contra el Raen, pero está mejor preparado. Contamos con la general Rielle Lázuli, una hechicera con una fuerza casi equiparable a la del Raen. —La señaló con un gesto—. Contamos con el apoyo de los viajeros. —Inclinó la cabeza hacia Ulma y sus acompañantes—. Y con el de muchos muchos mundos, representados por todos los que han venido y por quienes han acumulado magia para la causa. —Su expresión y su tono se endurecieron—. Los seguidores de Dahli no son pocos, pero están dispersos por los mundos que circundan su base. Si atacamos con rapidez y por sorpresa, es posible que lleguemos hasta él antes de que los que están apostados en los mundos más alejados nos alcancen. Sin embargo, aunque lo consigamos, es probable que se unan a Dahli para hacernos frente en su base, aunque tal vez para entonces la situación se habrá resuelto en un sentido u otro.

»Si no los pillamos por sorpresa, seguramente tendremos que derrotar a todos los partidarios de Dahli antes de marchar sobre su base. También estamos preparados para esa eventualidad.

»Nuestros generales, cada uno de los cuales comanda un grupo de diez, os transportarán hasta allí. Cuando nos aproximemos al mundo de Dahli, mi grupo avanzará por el medio y un poco por encima de vosotros, a fin de que todos podáis observar nuestras señales y yo alcance a ver nuestro destino antes de llegar. Cuando estemos a punto de materializarnos, nos recolocaremos entre vosotros y el enemigo. Ya conocéis la señal para la retirada. —Alzó la mano con todos los dedos extendidos

menos el pulgar—. La general Rielle Lázuli nos transportará lejos del campo de batalla si se agotan nuestras fuerzas, tanto si salimos victoriosos como si tenemos que replegarnos. Debéis estar preparados para enlazaros con ella a la voz de “unidos”. — Dejó caer el brazo y respiró hondo—. ¿Alguna pregunta?

Se hizo un silencio extraño, y los guerreros intercambiaron miradas y desplazaron la vista por la sala. Rielle se concentró en sus pensamientos. Algunos se preguntaban si habían alcanzado la inmarcesibilidad solo para morir en la batalla poco después, pero su determinación se vio reforzada cuando imaginaron qué sucedería si el Raen regresaba. No le sorprendió comprobar que muchos consideraban el rescate de Qall algo secundario. Algunos incluso habían decidido que intentarían matar a Qall si en algún momento parecía que iban a perder la batalla. Esto le provocó un escalofrío a Rielle, que tomó nota de quiénes eran, e intentó tranquilizarse pensando que era más probable que Dahli cayera antes que Qall.

Por otro lado, en las batallas mágicas, la fuerza no siempre determinaba quién ganaba y quién perdía, quién moría y quién sobrevivía.

—En ese caso, procedamos —concluyó Baluka—. Seguidme.

Dio media vuelta y les indicó con un gesto a Rielle y a sus padres que se acercaran. Mientras pasaban al frente para unirse a él, la general Hapre se situó junto Baluka y los seis tomaron de la mano a quienes tenían al lado. Los guerreros formaron grupos apretados de diez, todos enlazados por las manos. Baluka aguardó a que todos estuvieran quietos y preparados, y entonces inclinó la cabeza en dirección a sus padres.

—Respirad —murmuró.

Así lo hicieron. Rielle se apresuró a seguir su ejemplo. Se olvidaba con facilidad de que ya no era capaz de sobrevivir entre mundos una vez que se le acabara el aire. La sala se fundió en la blancura, pero los guerreros continuaron resultando visibles y daba la impresión de que flotaban, sin un suelo evidente bajo los pies.

Baluka siguió una ruta indirecta, planeada para aproximarse al mundo de Dahli desde una dirección distinta que si hubieran ido directos desde la base de los restauradores. Debido a la necesidad de hacer una parada lo bastante larga en cada mundo para que todos recuperaran el aliento, parecían avanzar con lentitud. Los generales se habían planteado dividirse y reagruparse una vez que estuvieran cerca del mundo de Dahli, pero eso implicaría dejar a cada grupo en una posición más vulnerable y más expuesto a un ataque. No habían olvidado al general Volk ni a los centenares de hechiceros que habían perecido con él antes de que pudieran unirse a la última ofensiva rebelde contra el Raen. Cuantos más grupos hubiera, más probabilidades habría de que los espías de Dahli descubrieran alguno y adivinaran su propósito. Si viajaban juntos lo más deprisa posible, tal vez consiguiesen acercarse lo suficiente al mundo de Dahli antes de que alguien le pusiera sobre aviso.

Toparon con el primer indicio de que quizá esta última treta habría fracasado cuando llegaron a un mundo en el que antes abundaba la magia y ahora estaba casi

desprovisto de ella. Rielle percibía la distribución irregular de la energía que quedaba. Los hechiceros que se la habían llevado la habían absorbido en grandes esferas, dejando entre ellas zonas de magia. Baluka paró para encargar a un hechicero de cada grupo que protegiera a sus compañeros con un escudo siempre que llegaran a un mundo nuevo. Eligió a Rielle como la protectora de su grupo antes de ordenar al ejército que lo siguiera de nuevo al espacio intermedio.

Se encontraron con otros mundos recién despojados de magia que ralentizaron su viaje. En el quinto, el lugar de llegada estaba enclavado entre enormes plantas herbáceas que le dieron a Rielle la extraña impresión de que todos, incluida ella, habían encogido hasta el tamaño de unos juguetes infantiles. De entre las gigantescas hojas les llegó un ataque mágico; proyectiles invisibles de aire inmovilizado que rebotaron contra los escudos. En vez de ordenar un contraataque, Baluka le indicó a Rielle que prosiguiera el viaje, pero despacio al principio, para que él pudiera cerciorarse de que todos los grupos los seguían.

Ninguna sombra salió en pos de ellos, y el resto de las tropas se hallaba presente. Pasaron por varios mundos sin sufrir más percances. De pronto, sin la menor pista de por qué los intentos de frenar su avance se habían interrumpido, estos se reanudaron de nuevo. Cada vez que pisaban un mundo muerto, unos hechiceros los atacaban desde posiciones ocultas; en todos los casos, Baluka siguió adelante sin hacerles caso.

Esto los obligaba a pasar por menos mundos con magia disponible, por lo que estaban gastando sus reservas. Baluka le pidió a Rielle que se hiciera cargo del transporte de todos, y ella desplazó al ejército lo más rápidamente posible hacia el mundo de Dahli. Las emboscadas cesaron. En una escala, Baluka murmuró que los responsables debían de estar agrupándose para enfrentarse a ellos en los mundos situados alrededor de la base de Dahli.

—Tenemos muy pocas posibilidades de sorprenderlos —aseveró.

—¿Todavía quieres seguir adelante? —preguntó Leyikh.

Baluka asintió.

—Apenas hemos perdido ventaja. Nos hemos preparado para hacer frente a todas las tropas de Dahli, si fuese necesario.

Rielle notó que la decepción de Baluka reculaba ante la fuerza de su determinación, y cayó en la cuenta de que todos los guerreros estarían leyéndole la mente también y pendientes de si ella o los viajeros mostraban alguna señal de vacilación.

—Nos encontramos a tres mundos de distancia de los mundos muertos —le informó Rielle.

—Llévanos al primero, y viajaremos por separado desde allí. En marcha.

Inspiró a fondo, y los demás lo imitaron. Rielle se apartó del mundo y avanzó a gran velocidad. Creó un escudo en cuanto llegaron al mundo siguiente, pero no recibieron ningún ataque. Tampoco les tendieron una emboscada en el segundo. El tercero había sido vaciado de magia recientemente y más a conciencia que los otros.

Ella supuso que Dahli había ampliado sus defensas. A lo lejos se divisaba una ciudad. Rielle se preguntó cómo estaría reaccionando la gente de allí ante la repentina muerte mágica de su mundo.

«Puedo restituir esa energía robada, pero ¿tendré la oportunidad?».

Miró a Baluka.

—Bueno, ¿ponemos rumbo al último mundo?

Él asintió.

—Rumbo a la batalla.

Ella se impulsó para apartarlos del mundo. Tras echar una ojeada alrededor para asegurarse de que todos los grupos los siguieran, reanudó la marcha.

Dejaron atrás el punto intermedio, donde todo era blanco salvo los hechiceros.

Se internaron en las sombras cada vez más oscuras del campo de batalla elegido por Dahli.

Un terreno gris y negro repleto de humo y cenizas. Lo que hubiera antes alrededor del lugar de llegada, fuera lo que fuese, había quedado destruido por las llamas. En vez de ello, los rodeaban varios círculos de hombres y mujeres.

Estaban materializándose en medio del ejército de Dahli.

# Tyen

Habían desalojado todos los muebles de la sala menos cuatro sillas. Tyen y Qall ocupaban dos de ellas. Dahli y Zeke, de pie en un rincón del cuadrado delimitado por las lámparas, recibían y despachaban un flujo constante de mensajeros. Esto los mantenía distraídos en todo momento y fuera del alcance del oído de los otros dos.

«Ha llegado el momento», pensó Tyen. Volviéndose hacia Qall, abrió la boca para hablar, confiando en que el joven distorsionara el sonido de sus voces como había hecho en otras ocasiones.

—Sí, nos estoy escudando. No, no pienso destruir la mano —dijo el joven mirando a Tyen a los ojos.

—Pero si lo haces, Dahli ya no tendrá motivos para extorsionarte.

—Tendrá todos los motivos del mundo para cumplir su promesa de exterminar a los viajeros.

Tyen se mordisqueó el labio.

—Pues deja que la destruya yo.

—Dudo que él viera una gran diferencia entre que lo hiciera yo o que te permitiera hacerlo. —Tenía razón, por supuesto—. Además, destruirla implicaría perder conocimientos acumulados a lo largo de más de un milenio —prosiguió Qall—. Suponía que tú sabrías apreciar su valor.

Tyen frunció el ceño.

—¿Por Vella?

Qall bajó la vista al pecho de Tyen.

—Y porque eres un académico. Lamentarías la pérdida de saber tanto si lo necesitaras para ayudar a Vella como si no. Otra fuente de conocimiento, por cierto. ¿Qué sentirías si yo te pidiera que destruyeras a Vella?

—Eso es distinto. Vella es una persona.

—No una persona completa —señaló Qall.

Tyen no pudo evitar adoptar una expresión severa.

—Es una persona más completa que esa mano.

El joven alzó y bajó los hombros.

—En eso tienes razón. —Levantó la mirada de nuevo hacia Tyen—. ¿Podrías hacerle una pregunta de mi parte?

Sorprendido, Tyen se llevó la mano al pecho y palpó la firmeza de la bolsa.

—¿Ahora?

Qall asintió.

—Es relevante para nuestra situación actual.

Un vistazo a Dahli le bastó a Tyen para comprobar que seguía atareado dando instrucciones a los hombres y mujeres que no cesaban de aparecer y desaparecer ante él. Agarró la correa de la bolsa y la extrajo de debajo de su camisa. Tras sacar a Vella, se volvió en la silla de modo que esta estuviera fuera de la línea de visión de Dahli, pero no de la de Qall.

Tenía la cubierta tibia. La piel era suave y delicada, las hojas finas. Al abrirse el libro, aparecieron unas palabras escritas con letra elegante.

*—Hola, Qall. ¿Qué quieres saber?*

Tyen miró al joven buscando en su rostro alguna señal de que comprendía que aquello era algo más que un libro. Era una persona. Una mujer atrapada en contra de su voluntad. Y que los esfuerzos de Tyen por liberarla estaban justificados.

Qall contempló las palabras, fascinado.

—Si trasplanto los recuerdos de la mano de Valhan a mi mente, ¿se sobrepondrán a los míos? —preguntó el joven en voz baja.

*—No poseo información suficiente para responder a esa pregunta —contestó ella—. No obstante, puedo decirte que todo cuanto sabe una persona forma parte de lo que ella es. Absorber los recuerdos te cambiaría, tanto si reemplazaran a los tuyos como si no.*

Qall asintió.

—Pero todos cambiamos a medida que maduramos, aprendemos y adquirimos experiencia sobre el mundo.

*—Lo que ya somos determina cómo cambiamos. Filtramos lo que aprendemos y las experiencias que vivimos a través de la ética y los valores que hemos aprendido y a los que nos aferramos. Los recuerdos de otra persona estarán filtrados por quien ella era en ese momento y por cada ocasión en que los ha evocado y pensado en ellos. Pueden entrar en conflicto con tu ética y tus valores, lo que te provocaría angustia.*

—Pasa la página —murmuró Qall.

Tyen parpadeó, sorprendido; luego, al oír unos pasos que se acercaban, siguió su indicación. Al echar una ojeada por encima del hombro vio que Dahli se acercaba.

—No —susurró Qall cuando Tyen se disponía a cerrar a Vella—. Él ya sabe que la tienes. Quiero hacerle más preguntas.

De mala gana, Tyen dejó a Vella abierta.

—¿Cómo pudo Rielle escapar del mundo en el que la dejé? —inquirió Qall.

*—Tal vez alguien la rescató.*

—Pero nadie sabía dónde estaba.

—Quizá la ayudaron hechiceros que rescataban a otros forasteros varados allí —dijo Dahli desde detrás de la silla de Tyen.

—¿Es posible que ese mundo se recuperara en tan poco tiempo? —preguntó el joven.

—*Es improbable.*

—Improbable no es lo mismo que imposible —observó Qall—. ¿Cómo podría haber sucedido?

—*Si en ese mundo hubiera muchos Creadores y todos hubieran trabajado sin pausa más que para dormir y comer.*

—Rielle era una Creadora poderosa hasta que se volvió inmarcesible —aseveró Dahli—. Tal vez ha recuperado esa habilidad.

A Tyen se le erizó el vello cuando leyó la respuesta de Vella.

—*Sí, pero entonces ha dejado de ser inmarcesible. Aunque hay una profecía que advierte de esta eventualidad: asegura que si un Creador alcanzara la inmarcesibilidad, los mundos saltarían en pedazos.*

Dahli emitió un gruñido.

—¿Qué decía exactamente esa profecía?

—*No poseo esa información. La persona de quien la obtuve solo sabía lo que te he dicho.*

—Las profecías son propaganda sin pies ni cabeza. —Dahli sacudió la cabeza y se apartó.

Al alzar la vista hacia Qall, Tyen lo sorprendió mirando al hechicero mayor con el ceño fruncido.

—Está bloqueando su recuerdo sobre eso —declaró arqueando las cejas—. No quiere que influya en él.

Tyen miró a Dahli mientras se alejaba, pero ya había terminado y se puso a hablar con otro mensajero. Qall tamborileó con los dedos sobre la tapa de la caja, lo que le recordó una vez más a Tyen que el objeto que tanta gente quería destruir estaba dentro, y acto seguido se inclinó, fijando de nuevo la vista en el libro.

—Vella. ¿Quieres que te transfieran a un cuerpo vivo?

—*Ni quiero ni dejo de querer. Soy incapaz de sentir deseo u otras emociones.*

—Pero sabes que lo que te hicieron estuvo mal —le recordó Tyen.

—*En efecto.*

—Si volvieras a ser una persona de carne y hueso podrías experimentar emociones —señaló Qall—. Entonces quizá te arrepientas de haber recuperado tu forma humana, sobre todo si creyeras que se cometió alguna injusticia para devolvértela.

—*Es posible.*

—¿Está Tyen enamorado de ti?

El aludido tomó aire para protestar.

—No.

—¿Lo estuvo alguna vez?

—Sí, pero no en un sentido físico. No es un fenómeno singular entre mis propietarios.

—¿Y por qué dejó de estarlo?

—¡Qall! —objetó Tyen—. Eso es algo que no te...

—Conoció a Rielle.

A Tyen se le cortó la respiración. Se quedó mirando el nombre de Rielle, escrito con tanta elegancia en la página. «Es cierto —pensó—. Estoy enamorado de ella. Sabía que me importaba lo que le pasara, pero no estaba seguro de si la amaba de verdad. No me atrevía a plantearme esa pregunta a mí mismo. No quería que la respuesta fuera afirmativa. Después de todo, se marchó de mi lado y se fue muy lejos. Y ahora no se me ocurre ninguna solución para no perderla. O abandono a Qall para salvarla, con lo que me ganaría su odio, o posiblemente morirá».

—Puedes guardar ya a Vella —dijo Qall.

Tyen así lo hizo ante la mirada pensativa del joven.

—Me resulta fascinante ver cómo te comunicas con Vella —comentó—. Es como si hablaras contigo mismo.

Tyen arrugó el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—Ella utiliza tu mente para estar consciente. Sus respuestas, cuando no incluyen la información que ella tiene almacenada, son un producto de tu propia mente. Cuando hablas con ella es por lo general para meditar a fondo sobre algo, ¿no?

—Algunas veces —admitió Tyen, no muy seguro de por qué el rumbo que había tomado la conversación lo hacía sentirse incómodo.

—No estoy diciendo que ya no queden vestigios de la persona que fue —le aseguró Qall—. Lo que sobrevive de ella es tan permanente como los conocimientos que atesora. Sus recuerdos, su personalidad y su concepto de lo que está bien y lo que está mal son inmutables. —Torció los labios en una sonrisa irónica y breve—. En ese estado, sería imposible que quedara imbuida de la personalidad de Valhan al absorber sus recuerdos. Si transfirieras esas partes inmutables de ella a un cerebro o una mente mecánica lo bastante compleja, ella acabaría por cambiar a pesar de todo. Del mismo modo que ella cree que si yo absorbiera los recuerdos de Valhan dejaría de ser el mismo, su transformación la convertiría en una persona distinta incluso de aquella que era originalmente.

Tyen clavó los ojos en Qall.

—Entonces la advertencia que te ha hecho es válida para ella misma.

El joven asintió.



«¿Perdería a la Vella que conozco? —se preguntó Tyen—. ¿Vale la pena dotarla de un cuerpo si eso significa destruir a la persona que aprecio y admiro? Aunque, sin duda, es egoísta por mi parte querer que se quede como está por miedo a perderla, ¿no?».

Cuando bajó la vista hacia la cubierta, cayó en la cuenta de que lo que le había prometido tal vez obraría el efecto contrario al que pretendía. Liberaría los remanentes de la mujer para a continuación destruirlos.

«¿Era a esto a lo que se refería Valhan cuando dijo que el proceso de transferir a Vella a un cuerpo implicaría su fin?».

## Rielle

Al dirigir la mirada más allá de los guerreros, Rielle vislumbró una escena crepuscular. Alcanzó a distinguir una pared pálida y ondulante; una pendiente natural pero escarpada. A sus pies se extendía una superficie lisa sin una sola pisada. Estaban a punto de llegar al lecho de un pequeño lago seco.

El enemigo había formado una fila en torno a la parte superior de la pared, de modo que, a efectos prácticos, rodeaba al ejército de restauradores. Rielle calculó que contaban con la mitad de efectivos que Baluka. Una proporción favorable, salvo que en uno de los mundos muertos hubiera otros tantos seguidores de Dahli.

«Sospecho que el terreno no es estable», advirtió.

Baluka se volvió hacia ella. «Me encargaré de trasladarnos a otro sitio».

Ella asintió y, al cabo de un momento, notó que Baluka impulsaba al ejército entero, acercándolo más al mundo. Se deslizó hacia la orilla más alta del lago. Los guerreros de Dahli los siguieron. Una vez encima de la orilla, apareció un paisaje salpicado de hondonadas similares. Baluka se deslizó en dirección a una de las elevaciones que era lo bastante extensa para alojar las tropas de los restauradores.

Los guerreros de Dahli se arracimaron de inmediato en una masa compacta. Como en el espacio intermedio no se había oído una voz de mando, debía de tratarse de una reacción planeada, quizá incluso ensayada. El enemigo se desdibujó al salir disparado hacia delante cuando los restauradores se detuvieron. Quienquiera que estuviese controlando sus movimientos era más poderoso y, por tanto, más veloz que Baluka. Este podía poner rumbo a otro altozano, pero era imposible que lo alcanzara antes que los guerreros de Dahli; y no faltaba mucho para que él y el resto de las fuerzas de los restauradores empezaran a quedarse sin aire.

Al darse la vuelta, Rielle advirtió que él la miraba. Asintió con expresión sombría.

«Hazte cargo», dijo.

Un vistazo rápido le reveló a Rielle que cerca había otros lugares lo bastante amplios para las tropas. Eligió uno y se encaminó hacia él, deprisa, pero no al máximo de su velocidad. Tal como esperaba, el enemigo se abalanzó hacia allí en el acto. Ella aceleró y, en el último momento, viró con brusquedad hacia el otro lugar. El mundo se difuminó en rayas grises. Sin perder un instante, Rielle materializó a las tropas, bajó al grupo de Baluka hasta la altura del resto y acto seguido creó un escudo para protegerlos. El susurro del aire al entrar con brusquedad en los pulmones rompió el silencio cuando los no-inmarcesibles empezaron a recuperar el aliento.

Baluka le dirigió a Rielle una mirada fugaz con los ojos desorbitados antes de desviarla para observar al enemigo. Los guerreros de Dahli se vieron obligados a dividirse en tres grupos, acorralados entre los precipicios de los lechos hundidos de lagos. Los generales que comandaban todos los grupos del ejército de los restauradores se dirigieron hacia el centro para consultar a Baluka.

—¿Quieres que nos traslademos a una posición entre nuestras fuerzas y las tuyas? —preguntó Rielle.

—No. Haznos levitar un poco para que tengamos una visión más clara.

Ella endureció el aire y el suelo bajo los pies del grupo de Baluka y los generales, y los elevó a fin de que pudieran ver por encima de los otros guerreros. Los seguidores de Dahli permanecían inmóviles, observando, sin emitir sonido alguno.

—¿De verdad son poco seguros los lechos de los lagos, o era una táctica dilatoria? —preguntó la general Hapre.

—Seguramente una táctica dilatoria —contestó Baluka—. Están ganando tiempo para hacer llegar mensajes al resto de las tropas de Dahli. Preferiría no esperar a que estas llegaran.

—Yo también —convino Hapre.

Después de comprobar que todos los grupos hubieran levantado escudos, Rielle encogió el suyo de modo que solo cubriera a Baluka. Habría podido continuar protegiéndolos a todos, pero él quería deslizarse por el campo de batalla en cualquier momento, y si ella lo acompañaba, los otros grupos quedarían en posición vulnerable.

—¿Por qué no atacan? —preguntó Ankari.

—Nosotros somos los invasores —respondió Baluka—. Nos toca atacar primero.

Hapre soltó un leve bufido de disconformidad.

—Otra táctica dilatoria.

—En ese caso, más vale que empecemos de una vez —murmuró Baluka. Inspiró profundamente—. No les daremos más tiempo para que se preparen. ¡Al ataque! —bramó.

De inmediato, el ambiente se llenó de zumbidos y destellos. Aire inmovilizado y caliente chocaba con barreras invisibles que cubrían a las tres unidades enemigas. Los guerreros de Dahli no reaccionaron más que repeliendo el ataque, lo que convenció a Rielle de que, en efecto, estaban aguardando refuerzos.

—Los que no luchéis, estad pendientes de la llegada de más tropas —ordenó Baluka, y añadió en voz baja—: Tal vez podamos matar a unos cuantos antes de que se escuden.

Un escalofrío le bajó por la espalda a Rielle al oír la palabra «matar». Durante los preparativos, se había negado a pensar en lo que el rescate de Qall podría obligarla a hacer, pero en los pocos momentos en que había dormido, sus sueños habían estado infestados de recordatorios del precio que había pagado su conciencia por los dos asesinatos que había cometido.

«Ambos fueron en defensa propia, pero Sa-Gest no me atacó directamente, y yo habría podido encontrar otra manera de asegurarme de que Gabeme no volviera a acosar a los artesanos del palacio nuevo de Valhan. —No había estado preparada para ninguna de las dos situaciones. Ahora, en cambio, se proponía matar de forma deliberada a los seguidores de Dahli en cuanto se le presentara la ocasión. Aunque sabía que esto estaba justificado, no podía evitar ver la situación desde el punto de vista del enemigo—. Creen que los mundos necesitan a Valhan. Tal vez algunos tengan motivos egoístas, pero estos son lo bastante intensos para impulsarlos a jugarse la vida por la causa de Dahli».

En ese momento, a ella le daba igual si el Raen regresaba. Estaba casi segura de que no se habría unido al ejército si su única misión hubiera sido impedir la resurrección de Valhan. No era ni siquiera su promesa de proteger a Qall lo que la había llevado a dejar de lado su determinación de no volver a matar jamás. «Es Qall. A pesar de sus cambios de humor y sus ocasionales arranques de egoísmo, lo aprecio. Aunque no puedo leerle la mente, sé que tiene buen corazón. Merece la oportunidad de convertirse en una persona única, moldeada por la desastrosa vida que ha tenido. O a ser quien es a pesar de todo lo que le han hecho».

—¡Sombras! —advirtió Ankari.

Para no perder un segundo mirando en la dirección que señalaba la mujer, Rielle leyó la información en su mente. En efecto, varias figuras humanas estaban emergiendo en la penumbra cada vez más oscura del ocaso, unos pasos por detrás de una unidad enemiga. No había tiempo para determinar la rapidez con que estaban materializándose los recién llegados ni cuánto tardaría en alcanzarlos una descarga. Accediendo a su reserva de magia, Rielle endureció el aire del otro lado de su escudo para convertirlo en proyectiles y los impulsó hacia el grupo.

Durante unos latidos, permaneció paralizada, con el corazón desbocado. Lanzar una descarga antes de que un hechicero se materializara del todo era una táctica que le había enseñado Tarren. Sin aviso previo, la defensa era más rápida que el ataque. La creación de un escudo no requería más tiempo que el que necesitaba un hechicero para invocar magia, extender los sentidos e inmovilizar el aire. Los proyectiles de aire se formaban con la misma rapidez, pues para ello se seguía un procedimiento similar, pero impulsarlos hacia su objetivo requería unas fracciones de segundo más, aunque se hubieran creado cerca del blanco.

Sin embargo, cuando estaba prevenido por el avistamiento de un enemigo que empezaba a emerger del espacio intermedio, un hechicero podía crear y lanzar un proyectil antes de que el objetivo se materializara por completo. O calentar el aire hasta una temperatura muy alta en el lugar donde estuviera apareciendo. O bien retirar todo el aire, de modo que el hechicero se asfixiara, si no era inmarcesible.

Estas últimas opciones, aunque más brutales, también eran más eficaces porque no requerían una precisión absoluta, pero ella no se sentía con el valor suficiente para cometer un acto tan cruel. Por otro lado, una parte de ella prefería no saber si sus

descargas acertaban o erraban el blanco. Quería mirar para otro lado. Sin embargo, antes de que pudiera, los refuerzos llegaron...

... y seis o siete se desplomaron.

Se le hundió la moral, y no se sintió mejor cuando dos de los caídos se levantaron, pues solo habían sido derribados por una víctima que se encontraba delante de ellos. «No me alegra matar, pero tampoco que sobrevivan personas que comparten el objetivo de Dahli de acabar con Qall y con quienes se oponen al Raen».

—¡Bien hecho! —dijo Baluka dándole un apretón en el hombro. De pronto, soltó una maldición al percatarse de que dos restauradores habían caído. Los guerreros de Dahli habían lanzado un ataque contra los restauradores mientras los recién llegados distraían su atención. El zumbido en el aire causado por la energía y los impactos se hizo más intenso.

—Debían de estar esperándolos —dijo Hapre.

—No. ¡Aquí llega otro contingente! —gritó Leyikh—. ¡Ah! Demasiado tarde.

En efecto, un grupo de seguidores de Dahli había aparecido detrás de las otras unidades de combatientes. Se unió a ellas de inmediato. Al mismo tiempo, algunos hechiceros enemigos empezaron a retirarse del frente. Rielle vio que, tras reunirse en la retaguardia, cuatro se enlazaron y desaparecieron.

—Se les ha agotado la magia —aseveró después de leer esta información en las mentes de otros guerreros de Dahli.

—Marcharse en grupos pequeños es un desperdicio de magia —declaró Hapre—. Y lo saben. Dahli les ha ordenado que lo hagan así, pero no tienen ni idea de por qué. Los recién llegados solo saben que deben llevar ante Dahli a los combatientes que han agotado sus fuerzas. —Sacudió la cabeza—. No tiene sentido. Se gasta la misma energía al transportar a cuarenta que a cuatro. Sería mejor esperar a que se agotaran más antes de replegarse.

—¿Están acumulando más energía?

—Tal vez. Pero ¿de dónde? Varios de los mundos de los alrededores ya están desprovistos de magia.

—Quizá hayan dejado algunos intactos, no solo como fuente de energía sino también como ruta de escape.

—Eso sería arriesgado. —Hapre frunció el entrecejo—. ¿Y si los descubriéramos y los despojáramos por completo?

—¿Podemos enviar a alguien a investigar? —Rielle miró a Baluka.

Él arrugó la frente mientras meditaba sobre ello. Rielle advirtió que se sentía tentado a intentarlo. La ruta de escape, si existía, estaría vigilada. No podía enviar a explorar más que a los hechiceros más fuertes, y los necesitaba en el campo de batalla.

—No. También podría ser una trampa —dijo—. Yo en su lugar tendría guerreros apostados para que se encargaran de un posible explorador, aunque fuera tan poderoso como...

—¡Llegan más refuerzos! —exclamó Leyikh.

Al volverse, Rielle vio unas sombras que aparecían detrás del tercer grupo de combatientes de Dahli, y durante el momento siguiente se concentró en lanzar descargas para fulminarlos en el momento en que se materializaran. Esta vez consiguió eliminar a nueve.

«Eliminar —pensó, notando un sabor a bilis en la boca—. Ya empiezo a pensar como una asesina, a reducirlos a meras piezas en un tablero».

—¿Cómo vamos? —preguntó Leyikh.

Baluka echó un vistazo alrededor.

—No es fácil para mí saberlo...

—Hemos perdido a cinco, alcanzados por descargas enemigas, y hemos gastado la mitad de nuestra energía —le informó Hapre. Saltaba a la vista que era lo bastante fuerte para penetrar en la mente de la mayoría de los restauradores—. Las del enemigo son más difíciles de leer —agregó—. No combaten en grupos como nosotros, y carecen de líder. Su forma de luchar es menos eficiente.

—Pero no podemos leer la estrategia general en sus pensamientos, solo órdenes sueltas. —Baluka sacudió la cabeza.

Rielle se percató de que él estaba cuestionándose la estrategia de los restauradores. El hechicero encargado de proteger a cada grupo tenía que dejar huecos en el escudo a fin de que los combatientes pudieran disparar desde el interior, y señalarlos con marcas sutiles que solo alcanzaran a verse de cerca. Eso significaba que una descarga enemiga podía alcanzar un hueco por casualidad, penetrar en el escudo y matar a alguien de dentro. Los guerreros del interior podían escudarse a su vez para evitarlo, pero eso duplicaba el consumo de magia. Cada uno de los combatientes de Dahli se limitaba a escudarse a sí mismo.

—Hemos matado a más enemigos —observó Leyikh.

—Sí, pero solo cuando se materializaban.

«Solo los que he matado yo», pensó Rielle con un estremecimiento.

—La mayor parte de las muertes en las batallas de magia tiende a producirse al final —le explicó Hapre al viajero—. Cuando uno de los bandos queda demasiado debilitado para escudarse. —Apretó los labios—. Al menos, es lo que ocurre cuando los combatientes están bien entrenados y organizados. Una batalla campal puede resultar sangrienta hasta el final. ¡Ah! Llega otro contingente. Deben de haberse materializado en otra parte y han venido a pie.

Rielle se volvió en la dirección en que miraba Hapre con los ojos entornados. En efecto, un grupo de unos veinte magos marchaba hacia el escenario de la batalla. Al leerles la mente descubrió que, efectivamente, se habían materializado a cierta distancia para evitar la posición de vulnerabilidad de la que ella se había aprovechado.

—Creen que son el último grupo —le comunicó a Baluka—. Proceden del más alejado de los mundos vecinos al de Dahli.

—¿Así que ya no hay más?

—Eso piensan ellos.

—Ahora que están aquí, intentarán calibrar sus fuerzas —aseveró él—. Explórales la mente e infórmame de sus conclusiones.

Ella así lo hizo y, al cabo de un rato, se lo dijo.

—Más de la mitad de sus guerreros han agotado sus fuerzas.

—Seguramente entre los nuestros hay más en esa situación. —La arruga entre las cejas de Baluka se hizo más profunda—. La lucha estará muy igualada. —«Y nos quedará muy poca energía para enfrentarnos a Dahli, por no hablar de Tyen». Esperaba que las fuerzas de este y las de Rielle se anularan entre sí, aunque en realidad todo dependía de cuánta magia hubiera conseguido acumular cada uno antes de la batalla.

—¡Llegan más! —alertó Ankari.

—¿¿Qué?! —exclamó Hapre—. Dahli debe de haber ocultado este contingente a los demás.

Rielle giró sobre sus talones para hacer frente a la nueva amenaza, que estaba materializándose detrás de una de las unidades de Dahli. Proyectó la mente para buscar la de ellos. Cuando les leyó el pensamiento, se le escapó un grito ahogado de sorpresa.

—¡No! —dijo—. No son guerreros de Dahli. ¡Son de los nuestros!

—Pero... —titubeó Baluka, y se quedó mudo cuando dos grupos más se materializaron detrás de los otros combatientes enemigos—. ¿Qué está pasando?

—Son algunos de los voluntarios que donaron magia a nuestros guerreros —respondió Hapre tras leerles la mente a los recién llegados—. Entre ellos, la mayoría de los viajeros que acudieron en nuestra ayuda, encabezados por Ulma. Después de marcharse de nuestra base decidieron acumular más energía, y estos guerreros se han ofrecido a seguirnos y unirse a nosotros.

Baluka parecía abatido.

—Les dije que se fueran a casa. No hace falta que muramos todos si fracasamos. Tiene que quedar alguien para continuar la lucha si el Raen regresa.

—Le corresponde a mi pueblo decidir qué está dispuesto a arriesgar o sacrificar, y cuándo —declaró Leyikh.

Baluka miró a su padre, torció el gesto y asintió.

Hapre también hizo un gesto afirmativo.

—Como están haciendo esto sin haberte avisado, después de decidirlo en el último momento, los espías de Dahli no han podido enterarse a tiempo para comunicárselo.

Los refuerzos estaban entablando combate con las tropas de Dahli. Los ataques que lanzaban los tres grupos enemigos que formaban parte del ejército original de los restauradores de pronto menguaron. Al observar las mentes del enemigo, Rielle vio que las dudas aumentaban. Dahli les había indicado que se retiraran a su mundo base

si empezaban a verse superados. Algunos, que ya habían concluido que la batalla estaba perdida, esperaban a que otros se mostraran de la misma opinión. Sin embargo, nadie quería ser el primero en retirarse, pues sabían que esto constituiría una indignidad a ojos de su líder, un hombre con fama de valorar la lealtad por encima de todo.

De repente, una de las guerreras de Dahli se dobló en dos cuando le fallaron las fuerzas antes de que pudiera resguardarse detrás de los demás. Unos instantes después, otro se desplomó, y un tercero prorrumpió en alaridos al verse envuelto en llamas. Se oyeron varios gritos que se combinaron para expresar una decisión unánime. Varias manos se cerraron sobre otros tantos brazos. Hombres y mujeres se desvanecieron, dejando atrás a un par de guerreros que no se habían enlazado a tiempo. Cayeron fulminados antes de que se dieran cuenta de su error.

Siguió un silencio breve, tras el cual los refuerzos corrieron a reunirse con el ejército de restauradores y las preguntas inundaron el aire. Después de bajar a Baluka y los generales hasta el suelo, Rielle buscó a Ulma con la mirada. La viajera inmarcesible la abrazó y siguió a Baluka con la mirada mientras avanzaba entre los guerreros, realizando cálculos de fuerzas, sustituyendo a magos agotados por recién llegados en cada grupo. Pasó revista con rapidez, y pronto la multitud quedó dividida en dos.

—Partid —les ordenó Baluka a los hechiceros agotados, que desaparecieron transportados por un mago que aún estaba lo bastante fuerte para llevarlos más allá de los mundos muertos. Se dirigió a los demás—. No os separéis de vuestros grupos, donde uno de vosotros escudará mientras los otros luchan. Hapre, Rielle, Leyikh, Ankari y yo viajaremos en cabeza para ocupar la posición de vanguardia una vez que lleguemos. —Se encaminó hacia el centro y enlazó las manos con Rielle y Hapre—. En marcha hacia la base de Dahli.

El paisaje salpicado de lagos muertos se fundió en la blancura.



# Tyen

—¡AL CENTRO DE LA SALA!

El grito de Dahli sobresaltó tanto a Qall como a Tyen. Al mirar alrededor, este advirtió que empezaban a aparecer hombres y mujeres en la estancia, casi todos en el interior del cuadrado delimitado por las lámparas, pero algunos en la zona de peligro. Muchos dieron un respingo al ver a Qall y ejecutaron una reverencia breve antes de obedecer la orden de Dahli de volverse de cara al exterior.

El joven hizo caso omiso de las reacciones de los seguidores de Dahli. Se levantó despacio, con la caja bien sujeta entre las manos, y estiró el cuello para mirar por encima de las cabezas de los hechiceros. Tyen se puso de pie y echó un vistazo en torno a sí. Los rodeaba una multitud de más de cincuenta guerreros, y estaban llegando más.

La muchedumbre se abrió ligeramente para dejar paso a Dahli y Zeke. Sin mirar siquiera a Qall o a Tyen, Dahli se acercó con grandes zancadas a una silla desocupada y se encaramó al asiento, apartando el cojín de una patada. Zeke subió a otra de un salto.

—Escudadnos y permaneced atentos —les ordenó Dahli—. Dad una voz de alerta en cuanto los avistéis. —Bajó la vista hacia Qall—. ¿Recuerdas lo que te he dicho que debes hacer?

Qall asintió. La sala se oscureció de inmediato, pero Tyen aún veía con claridad. Sus sentidos se adaptaron, lo que le indicó que lo que había percibido era la repentina ausencia de magia. Al proyectar su mente, no encontró el menor asomo de ella en todo el mundo. Pensó en sus habitantes y se preguntó si habían adivinado quién era Dahli y qué consecuencias tendría para ellos que se librara una batalla mágica en su mundo.

A imitación de Dahli, Tyen tiró al suelo el cojín de su silla y subió al asiento. Bajó la mirada hacia Qall, suponiendo que este haría lo mismo. El joven estaba paralizado, con el rostro pálido, pero cuando los ojos de Tyen se posaron en él, se movió, sacudió la cabeza como para despejarse y se sentó.

«Puede presenciar la batalla a través de los ojos de todos —comprendió de pronto Tyen—. Yo también podría». Se quedó donde estaba. Le parecía un momento demasiado importante y peligroso como para fiarse por completo de las percepciones de otros.

El silencio se apoderó de la estancia. Los ojos de Dahli se desplazaban de un lado a otro, escrutadores, alerta. Al explorar algunas mentes que lo rodeaban, Tyen captó recuerdos fragmentarios de la batalla que aquellos hombres y mujeres habían

abandonado cuando llegaron los refuerzos de los restauradores. El enemigo estaba mejor organizado y había sufrido menos bajas, y cuando los guerreros de Dahli empezaron a caer en mayor número, se habían retirado.

Todos temían estar a punto de perder la batalla e incluso la vida..., hasta que habían visto a Valhan. Su presencia les había infundido esperanza, valor... y cierta confusión. ¿Por qué no había luchado el Raen a su lado, en vez de quedarse allí esperando? ¿Qué hacía allí sentado, ajeno a todo cuanto lo rodeaba?

Se oyó un grito, seguido por el sonido de muchas respiraciones entrecortadas. Dahli volvió la cabeza con brusquedad hacia el que había gritado, que señalaba algo que estaba más allá de las lámparas. Tyen siguió la dirección de su mirada.

Cinco figuras borrosas oscurecían la sala blanca. Conforme se tornaban más nítidas, muchas formas más tenues componían una sombra grande en torno a ellas.

—Esperad —ordenó Dahli, aunque nadie pensaba desperdiciar su magia atacando objetivos que aún no se habían materializado.

Tyen buscó la mente de Dahli y captó un recuerdo recién liberado que empezaba a cobrar relieve. Algo relacionado con una trampa. Algo que Dahli no sabía con certeza si funcionaría, pero que valía la pena intentar...

De repente, Tyen se distrajo porque las cinco primeras figuras empezaron a moverse al unísono, deslizándose desde los restauradores hacia los seguidores de Dahli. Cuando traspasaron el cuadrado demarcado por las lámparas, se detuvieron y se alinearon con las manos enlazadas. Las sombras más tenues se volvieron más definidas hasta adquirir la apariencia de personas. Estas formaron un arco, desplazándose adelante o atrás para evitar materializarse con alguna lámpara dentro del cuerpo.

Tyen empezó a distinguir las facciones de los primeros cinco. Se le cayó el alma a los pies al reconocer a Baluka en el centro. Aunque era evidente que él dirigía la ofensiva, esto no hacía que a Tyen le resultara más fácil luchar en el ejército contrario. Había dos viajeros mayores a la derecha de Baluka, y a su izquierda, dos mujeres. En cuanto se fijó en la que estaba más alejada, se le encogió el corazón. Hapre lo había visto, y sus cejas formaban una expresión ceñuda de desaprobación.

Cuando Tyen dirigió su atención hacia la otra mujer, se le paró el corazón.

«Rielle».

Ella también había reparado en él. También lo observaba con el entrecejo fruncido, pero era una mirada más escrutadora que de ira. Esto lo reanimó, pero solo un poco. «Tal vez todavía quede alguna posibilidad de...».

—Ah —dijo Dahli—. Así que eso es...

Un ruido ensordecedor le dejó la mente en blanco a Tyen por el aturdimiento. Oyó jadeos y exclamaciones de sorpresa en torno a sí. Con un grito leve, Qall se encaramó a su silla de un salto.

Y entonces estallaron los alaridos.

Baluka y sus compañeros giraron en redondo para contemplar la escena que tenían detrás. En una parte de la sala que estaba vacía salvo por las tropas de restauradores que empezaban a llegar, ahora llenaba el espacio entre el suelo y el techo una fila tras otra de barras. Ensartados en las varas o colgando de ellas había extremidades, torsos y cabezas, o trozos de ellas..., algunos de los cuales empezaban a soltarse y a caer al suelo.

El tiempo pareció ralentizarse mientras la mente de Tyen pugnaba por entender y asimilar lo ocurrido. Dos tercios del ejército de los restauradores se habían materializado fuera del cuadrado formado por las lámparas, dentro de la trampa. Las barras habían descendido un latido antes de que los guerreros llegaran. No habían tenido la menor oportunidad de desplazarse hasta un lugar seguro. Se habían materializado con ellas dentro.

Los más afortunados habían muerto al instante. Los demás seguían vivos, no solo atravesados por el metal sino fundidos con él, y la carne se desprendía poco a poco, de modo que continuamente se descolgaban partes de las víctimas con un chasquido nauseabundo seguido de una salpicadura de sangre.

Era una trampa brutal. Una trampa eficaz. Al alzar la vista, Tyen vio varias filas de círculos oscuros en el techo. Algunas barras que no habían bajado del todo pendían sobre aquella carnicería como estalactitas siniestras. No se trataba, pues, de una trampa infalible, pero había bastado para debilitar al ejército de los restauradores y volver las tornas a favor de Dahli.

De pronto, Tyen percibió algo más. La sala estaba inundándose de la magia que liberaban los soldados muertos y moribundos. Conforme manaba de ellos, se alejaba flotando rápidamente hacia el ejército de Dahli. Hacia el propio Dahli.

Iba acompañada de una ráfaga de aire desplazado por la trampa y sus víctimas, impregnado de olor a sangre, vómito y heces. Algunos seguidores de Dahli empezaron a atragantarse o a sufrir arcadas. Tyen veía horror en sus semblantes, pero también alivio o admiración. Echó un vistazo a sus mentes. Aunque muchos estaban asqueados, todos se alegraban de luchar del lado de Dahli.

Menos uno.

Zeke miraba a Dahli con fijeza. Su mente irradiaba espanto e incredulidad. El hechicero volvió la vista hacia él y endureció su expresión.

—Es la guerra, Zeke.

Este sacudió la cabeza.

—No puedo amar a alguien capaz de hacer algo así —dijo en voz tan baja que Tyen solo la oyó porque le leía el pensamiento—. No puedo consentírmelo.

Dahli se estremeció.

Zeke bajó de la silla y se dirigió a Qall.

—Lo siento, Qall. No puedo hacer nada para ayudarte. Ten por seguro que lo haría si dependiera de mí. Te deseo lo mejor.

—Zeke... —empezó a protestar Dahli.

Pero el joven inventor se enderezó y se desvaneció hasta desaparecer del todo.

Dahli extendió el brazo hacia la sombra del joven inventor, con su satisfacción por el éxito de la trampa empañada por la culpa, los remordimientos y la frustración. «Hago esto porque no me queda otro remedio —se dijo Dahli—. Tengo que ser despiadado». Aun así, comprendía el rechazo de Zeke. La trampa había sido terrible. Lo había convertido en un asesino en masa. De nuevo. La conciencia de ello le producía un dolor en el corazón con el que ya estaba familiarizado y le infundía una determinación desesperada por cumplir su propósito. Cuando Valhan retornara, aprobaría lo que Dahli había hecho. Opinaría que este había tomado una decisión difícil pero correcta. De hecho, de haber estado vivo, lo habría obligado a hacerlo.

A Tyen le dio un vuelco el estómago. Tragó saliva y notó el sabor a bilis. Por primera vez, el odio hacia Valhan empezó a adueñarse de él. «Se aprovechó no solo del amor de Dahli, sino también de su conciencia, para someterlo a su voluntad. Mientras Valhan cargara con las culpas, Dahli podía hacer cualquier cosa. —¿Qué sucedería si se eliminaba toda posibilidad de que el Raen regresara? Tyen siempre había dado por sentado que Dahli perecería..., después de luchar a muerte—. Pero si sobrevivía... ya no podría seguir responsabilizando a Valhan. ¿Se quitaría él mismo la vida?».

Tyen miró a Qall. El joven, pálido y con los ojos desorbitados, se tapaba la boca con la mano. Al advertir que Tyen lo observaba, bajó la mano y adoptó una expresión más severa. Bajó la vista hacia la caja que contenía la mano de Valhan.

—¿Qall...? —murmuró Tyen.

El muchacho levantó la mirada hacia él, con los ojos muy abiertos y asustados. Jamás se había parecido menos a Valhan.

—Estoy bien —dijo. Inclino la cabeza y se encorvó—. Fíjate en la batalla.

«De modo que puede seguirla a través de mis ojos», comprendió Tyen. Se puso derecho y, al dirigir la vista por encima de las cabezas de los guerreros, advirtió que se había iniciado una batalla de magia más tradicional.

El aire se llenó de zumbidos y destellos cuando los restauradores supervivientes arremetieron y los seguidores de Dahli contraatacaron. Los primeros combatían en grupos organizados en el que un miembro protegía con un escudo a los demás, que atacaban, y quienes agotaban sus energías se retiraban a la retaguardia. Los seguidores de Dahli se escudaban a sí mismos mientras luchaban.

Tyen exploraba las mentes de ambos bandos. Baluka estaba preocupado. Los restauradores iban ganando cuando las tropas de Dahli se habían replegado a ese mundo, pero ahora que solo quedaba una tercera parte —y que el enemigo se había apoderado de la magia liberada por las dos terceras partes que habían caído—, las perspectivas no eran buenas.

Baluka miró a Rielle. Tenía las facciones tensas en una expresión de firmeza, mordiéndose el labio inferior.

—¿Conservas energía suficiente para transportarnos fuera de aquí? —le preguntó Baluka.

Ella no respondió.

—¡Rielle!

—No me iré sin Qall.

—Morirás si perdemos y nos quedamos atrapados aquí. Moriremos todos.

—Qall no permitirá que nos maten. Insistirá en que Dahli nos abandone aquí en vez de eso. Yo generaré magia y tarde o temprano escaparemos.

—¿Puedes ver lo que está haciendo Qall? —inquirió Baluka.

—Solo está ahí sentado, contemplando una caja —contestó ella.

—Debe de haber oído que Leyikh y Ankari lo llamaban.

Ella sacudió la cabeza con una mueca.

—No está mirando. Tal vez ni siquiera esté escuchando. Dahli debe de haberle hecho algo.

—Si hemos de retirarnos, será mejor partir cuanto antes. Sin duda nos seguirán. Necesitaremos magia adicional para burlarlos.

Ella negó con la cabeza.

—Qall tendrá que prestarnos atención si nos quedamos hasta el final.

«Tiene razón —pensó Tyen—. Pero eso implica correr un riesgo terrible». Y también supondría imponerle una decisión no menos terrible al joven: o dejar que sus queridos padres adoptivos murieran, o cambiar de bando consciente de que los seguidores de Dahli matarían en venganza a todos los viajeros.

«¿Y yo...? —Un escalofrío le bajó por el espinazo—. Qall no es el único que tiene que elegir entre dos opciones terribles».

¿Sería capaz de presenciar el final de Rielle? Sus ojos la buscaron de nuevo y se negaron a apartarse. Si él cambiara de bando, tal vez les salvaría la vida a ella y a los restauradores, pero eso significaría abandonar a Qall. Si Dahli perdía, seguramente huiría con el joven y seguiría adelante en su empeño de resucitar al Raen. Al igual que los restauradores, había mantenido a algunos de sus seguidores al margen de la batalla, con instrucciones que debían ejecutar en caso de derrota..., entre ellas la de atacar a los viajeros. Qall seguiría estando en su poder.

Tyen se obligó a despegar la mirada de Rielle para posarla en el joven, que estaba sentado más abajo, aún concentrado en la caja. «Necesita consejo y orientación. Yo debería quedarme y ser la voz de la prudencia y la razón frente a las manipulaciones de Dahli».

Pero si Tyen permitía que los seres queridos de Qall murieran, ¿volvería a considerarle alguna vez una influencia positiva para él? ¿Lo consideraría Qall un hechicero tan cruel como Dahli? ¿Los tomaría a ambos como modelo?

Tyen alzó la vista hacia los restauradores. Estaban apiñados, protegidos por un único escudo generado por Rielle. Casi todos habían consumido por completo sus

reservas de magia. Muchos observaban a Rielle con un temor creciente. Sabían que habían perdido y que se suponía que ella debía estar transportándolos lejos de allí.

Las fuerzas de Dahli se aproximaban, cerrando poco a poco el cerco en torno a los restauradores. Dahli permanecía subido en la silla, aunque ahora se encontraba detrás de su ejército. Bajó la mirada hacia Qall, y una leve sonrisa de satisfacción le curvó los labios. Se giró hacia Tyen unos instantes con una mirada prudente y calculadora, antes de devolver su atención a la batalla.

Una sensación espeluznante le recorrió la piel a Tyen. «¿Qué se traerá ahora entre manos?». Bajó de su silla, se sentó y se inclinó hacia Qall. Este mantenía los ojos vidriosos clavados en la caja, sin pestañear.

—Qall —dijo Tyen en voz baja—. Voy a cambiar de bando. Será la única manera de salvar a Rielle y a tus padres. Ven conmigo. —La expresión de Qall no cambió—. Tu posición es mejor de lo que crees, Qall. No negaré que Dahli representa una amenaza para los viajeros, pero si destruyes la mano y te unes a los restauradores, te ayudarán a protegerlos.

El joven ladeó ligeramente la cabeza hacia la izquierda y luego la enderezó. Sus labios articularon una sola palabra: «Vete».

Tyen asintió, suspirando.

—Te entiendo. Te corresponde a ti decidir. Quiero que sepas que te deseo lo mejor. Eres más fuerte y listo de lo que crees, Qall. No dejes de luchar.

Tyen se puso de pie y se volvió hacia las tropas de Dahli. Una hilera de espaldas se interponía en su camino. Después de formar una cuña con aire inmovilizado, se abrió paso apartando a los hechiceros que habían agotado su energía. Oyó a su espalda chillidos de sorpresa que se transformaron en palabras de aliento cuando emergió al otro lado, y luego en gritos de rabia conforme seguía andando.

Todas las miradas se posaron en él. Los guerreros cesaron su ataque. El silencio se extendió por la sala.

Tyen se fijó en Baluka. Su expresión pasó de la suspicacia al miedo, luego a la esperanza y de nuevo a la suspicacia. Luego Tyen miró a Rielle. Tenía una postura defensiva y recelosa, pero los ojos muy abiertos.

Tyen topó con su barrera y, empujando con fuerza, la hizo retroceder hasta encontrarse a solo un paso de los dos. Acto seguido, se encaró con las tropas de Dahli e inmovilizó el aire que envolvía al ejército de los restauradores a fin de protegerlo de las renovadas andanadas del enemigo.

—¡ALTO! —ordenó Dahli.

Los impactos de las descargas cesaron. Tyen levantó la vista, suponiendo que vería la cabeza de Dahli sobresaliendo por encima de las de sus soldados, con ojos furiosos y acusadores, pero el hombre había desaparecido. Tyen buscó su mente, pero antes de que la encontrara se oyó una voz que bramaba órdenes. Los guerreros enemigos se separaron, revelando a Dahli y Qall, que se dirigían al frente. A Tyen se le encogió el estómago. El joven tenía una expresión fría y altiva. Mientras

inspeccionaba lo que quedaba del ejército de los restauradores, el rostro se le crispó en una mueca de satisfacción.

«Este es Valhan. —Tyen lo contemplaba, estupefacto—. ¿Qué ha pasado? Hace un momento Qall era él mismo».

A Tyen le vino a la memoria la imagen de Qall con la mirada vidriosa clavada en la caja. «No le hace falta tocar la mano para acceder a sus recuerdos. Basta con que proyecte su mente hacia ellos...». De pronto, cayó en la cuenta de lo que Qall había hecho delante de sus narices. A falta de una alternativa menos desesperada, había absorbido los recuerdos de Valhan. Se había convertido en él para salvar a su familia.

«Pero ¿cómo va a salvar eso a su familia? Es probable que Valhan tenga tantos deseos de matarlos como Dahli. A menos que pretendiera influir en él de alguna manera...».

—Ya es demasiado tarde —aseveró Dahli sonriendo a los restauradores y a Tyen—. Para todos vosotros. —Se detuvo y le dedicó una reverencia a Qall—. Bienvenido, soberano de los mundos.

—No —susurró Rielle.

Despacio, pero con paso elegante, Qall se acercó a los restauradores. Sujetaba la caja en una mano, sin apretarla entre los dedos como antes.

—El Raen —dijo alguien.

Tyen no alcanzó a distinguir si la voz había surgido de entre los restauradores o las tropas de Dahli, pero pronto otros repitieron estas palabras en susurros de devoción y terror.

—No —dijo Rielle de nuevo en un tono más alto. Dio un paso al frente, lo que obligó a Tyen a extender su escudo—. ¡Qall! —exclamó mirando en torno a sí—. Es Qall.

Pero la sonrisa de Dahli destilaba seguridad y autosuficiencia. Se volvió hacia Qall. O Valhan.

—¿Cuál es tu primer deseo, Raen?

Qall/Valhan posó la vista en él y frunció el entrecejo, hasta que pareció recordar algo. Sonrió en señal de aprobación. La pausa infundió esperanzas a Tyen. La sonrisa las mermó, y las palabras de Qall/Valhan las hicieron añicos.

—Desbloquea tus recuerdos, mi más leal amigo.

La voz de Qall había cedido el paso al timbre más profundo de Valhan.

Dahli asintió. Conforme eliminaba los bloqueos, los recuerdos brotaban como flores venenosas. Recordó entonces que él mismo había accedido a la memoria de Valhan y había descubierto que este se había planteado ordenarle que la absorbiera si la resurrección fracasaba. Como combinación de Dahli y Valhan, habría podido continuar los experimentos de Valhan y con el tiempo encontrar una manera de llevar a término una resurrección auténtica.

Dahli había caído en la cuenta de que si Qall se fundiera con Valhan el resultado sería igual de bueno, o incluso mejor. El nuevo Qall lo ayudaría por propia voluntad a

devolverle la vida a Valhan sin condiciones acerca del proceso, a diferencia de Tyen. Aun así, había mantenido cerca a Tyen por si se equivocaba.

Lo único que tenía que hacer era engañar a Qall para que absorbiera los recuerdos. Pero este era demasiado inteligente para morder el anzuelo fácilmente. Con el fin de asegurarse de que no tuviera tiempo para meditar las consecuencias, Dahli provocó el ataque de los restauradores, lo que había puesto al joven en una situación desesperada en la que el riesgo de albergar los recuerdos de Valhan le pareció que merecía la pena.

Qall/Valhan fijó la mirada en Rielle. Abandonó la inmovilidad y echó a andar en dirección a ella con paso decidido. Un solo pensamiento retumbó en la mente de Tyen.

«Pretende matarla».

—¡No! —jadeó.

Otra voz gritó la misma palabra, como un eco: la de Baluka. Tyen endureció su escudo, resuelto a protegerla.

Qall..., Valhan... de pronto se difuminó. Demasiado tarde, Tyen comprendió que se había apartado del mundo para atravesar su escudo deslizándose. Rielle alzó el brazo de forma instintiva a fin de repeler el ataque. Valhan la agarró.

Y entonces ambos desaparecieron.



# UNDÉCIMA PARTE

## Rielle

Los mundos pasaban como exhalaciones. Rielle apenas se fijaba en ellos. Estaba abismada en la contemplación del rostro de Qall, o de Valhan. Cada cambio en su semblante le levantaba la moral o se la hundía por los suelos. En ocasiones, su expresión fría y taciturna se suavizaba, como si la duda o el alivio se apoderaran de él por unos instantes. El alivio habría alimentado la esperanza de Rielle de que quedara algún vestigio de Qall, pero pensó que era una emoción esperable en alguien que había renacido y que estaba adaptándose a un cuerpo nuevo.

Una sensación distinta del miedo captó su atención y pasó de la intensidad de un susurro a la de un alarido. Ella desvió la mirada para intentar localizar el origen y, cuando se percató de que procedía de su interior, una nueva clase de terror se impuso tanto a la esperanza como al miedo.

Se asfixiaba. De forma instintiva, abrió la boca para intentar respirar, pero en el espacio intermedio era imposible. Su breve paso por cada mundo no le bastaba para llenarse los pulmones, por más que se esforzaba por succionar aire. Su conciencia empezó a desdibujarse, a fragmentarse...

Un muro de vértigo y dolor chocó contra ella. Notaba la presión del suelo —o de una superficie grande y plana— contra la espalda. Le ardían los pulmones, le palpitaba la cabeza. El aire la rodeaba pero no conseguía aspirarlo en cantidad suficiente.

El ataque cesó con la misma rapidez con que había empezado. Una sensación conocida se extendió por su cuerpo, aunque con más intensidad que nunca.

Estaba sanándose.

«Pero no es posible. A menos que... a menos que estuviera equivocada cuando le dije a Ulma que ya no era inmarcesible. Entonces... ¿qué significa eso? ¿Qué se acabarán los mundos?».

No consiguió reunir la energía suficiente para que le importara. La atenuación del dolor y el mareo era su única preocupación. Al notar una presión cálida en el brazo, cobró conciencia de la realidad. Era otra persona quien la estaba sanando. Alguien que conocía el cambio de pautas. «No era yo, después de todo». Una vez que se le aclaró la vista, vio a Qall de rodillas ante ella, con una ansiedad en el rostro que se transformó en alivio cuando la miró a los ojos.

Qall. Pero Qall no sabía cambiar las pautas. Tenía que tratarse de Valhan.

Sin embargo, su necio corazón se negaba a renunciar a la esperanza. Le decía que Valhan jamás habría mostrado ese grado de emoción. Valhan la quería muerta. Valhan la habría castigado por impedir aquella insurrección, en vez de salvarla de la asfixia.

«A menos que haya cambiado de idea. A menos que me haya perdonado. Pero... ¿por qué habría de hacerlo?».

—Rielle —dijo él—. Rielle, ¿te encuentras bien?

Era la voz de Qall. Aguda, poco profunda. Con el acento de la familia de Leyikh. Por otro lado, todo eso podía ser fingido. Rielle alzó la mirada hacia él, resistiéndose a hablar hasta que supiera a quién tenía delante.

—Tranquila —dijo él, torciendo la boca en un gesto de impaciencia muy característico—. Soy yo. Qall.

Rielle frunció el ceño, preguntándose si deseaba tanto que fuera Qall, que estaba demasiado predispuesta a confiar en él.

—Demuéstralo.

Él sonrió.

—Estás orgullosa de Timane y de lo que ha conseguido en Deeme, y te sientes culpable por no haber vuelto para ver cómo está la doncella con quien trabaste amistad en aquel palacio cristalino suspendido.

Ella arrugó el entrecejo. Ambas cosas habían sucedido después de la muerte de Valhan. No había pensado en ellas desde que llegó a la base de Dahli. ¿Cómo podía él saberlo?

«Porque conserva los recuerdos de Qall».

—No puedes ser Qall. Él no es inmarcesible.

Suspirando, él cogió una caja. La abrió y la inclinó de modo que ella pudiera ver lo que contenía. Una mano marchita y seca.

—He aprendido a cambiar las pautas gracias a esto.

La mano de Valhan. Qall había accedido a los recuerdos grabados en la mano de Valhan. ¿O era Valhan quien había accedido a los recuerdos de Qall para hacerse pasar por él?

—Pero eso lleva muchos días y requiere una gran cantidad de magia.

—Por lo general, sí. No he tenido que copiar nada en la magia, pues la pauta ya estaba allí. Me ha bastado con copiarla en mi mente. —Ladeó ligeramente la cabeza—. Si yo fuera Valhan, ¿no habría destruido esto justo después de resucitar? ¿No te habría matado y después habría vuelto al campo de batalla a dar órdenes a todo el mundo? —Cerró la caja y la dejó a un lado.

Todos sus instintos le decían que ese era Qall. Cuanto más hablaba y gesticulaba, más segura estaba de que no era Valhan quien se encontraba arrodillado junto a ella. «Si me equivoco, poco puedo hacer al respecto. No me queda otro remedio que seguirle el juego, sea el que sea. Así que no pierdo nada con fingir que creo que es Qall mientras espero a que suceda algo que me convenza de lo uno o de lo otro». Se apoyó en los brazos para incorporarse y aguardó a que se le pasara un breve mareo.

—Tómalo con calma —le advirtió él.

—Ya lo sé —respondió ella con una brusquedad no intencionada.

Él soltó una risita. Este sonido le provocó un escalofrío a Rielle. Era la risa de un hombre mayor. De un hombre más maduro y seguro de sí mismo que Qall. Por otra parte, Valhan jamás habría expresado ese afecto teñido de pesadumbre. «Es posible que Qall haya madurado un poco desde que me abandonó. Si realmente se trata de él». Se puso de pie lentamente.

—Te debo una disculpa —dijo él.

Ella se encogió de hombros.

—No podías saber que yo había dejado de ser inmarcesible.

—No... Bueno, sí, pero me refiero a haberte dejado en ese mundo.

—Ah. —Juntó las cejas—. ¿Y por qué lo hiciste?

—Los intentos de ocultarnos no estaban dando resultado. Llevábamos menos de un ciclo huyendo, y los rastreadores de Dahli ya nos habían localizado. En lo referente a la lucha, eras una profesora pésima. Sé que te esforzabas mucho, pero nunca habías participado en una batalla. Leí en tu mente todo lo que podía acerca de Dahli y Tyen, y decidí que prefería lidiar con Dahli a cruzarme de brazos y esperar que mi familia estuviera a salvo. Después de todo, yo era más fuerte que él y podía leerle el pensamiento, y él no iba a matarme y quedarse sin el recipiente de Valhan. Su única ventaja sobre mí era que me resultaría imposible llegar a tiempo para impedir que su gente matara a los viajeros si él daba la orden. No podía estar en más de un sitio a la vez. Sabía que te utilizaría contra mí si se le presentaba la oportunidad. Dejarte atrapada en un mundo muerto fue la única manera que se me ocurrió de evitar que te usara para presionarme. —Hizo una pausa—. ¿Cómo escapaste?

—Convirtiéndome de nuevo en Creadora. —De nada le habría servido callar la verdad cuando él podía explorarle la mente—. Por eso ya no soy inmarcesible. Las dos capacidades utilizan la misma parte de la mente.

—Te has convertido en algo más que en una Creadora común y corriente —dijo él, leyéndole el pensamiento—. Según Vella, hay una profecía que asegura que si un Creador se vuelve inmarcesible, los mundos saltarán en pedazos.

Al oír el nombre de Vella, ella notó un hormigueo en la piel, pero aún no estaba preparada para preguntarle por Tyen.

—Ulma me dijo lo mismo, pero añadió que era una profecía muy antigua, y seguramente no muy verosímil.

Él asintió.

—Valhan no creía en la Ley del Milenio, pero animó a otros a creer en ella para que los rebeldes acudieran a luchar contra él y lo librarán de los aliados. Todavía no sé si conocía esta profecía sobre los Creadores. Tampoco Dahli y Tyen creen que las profecías sirvan para predecir el futuro.

«¿Que aún no lo sabe?». Rielle no estaba muy segura de cómo interpretar eso.

—¿Así que Tyen te dejó leer su libro? —preguntó al recordar que Vella le leía el pensamiento a todo aquel que estaba en contacto con ella. Si él la tocara, ella sabría si

era Qall o Valhan...

—No, le pedí que le hiciera algunas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Ya te lo explicaré más tarde. Tenemos que reanudar la marcha. Es probable que Dahli nos siga. —Se agachó para recoger la caja y le tendió la mano.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás cuando lleguemos.

Ella reparó otra vez en la seguridad en sí mismo que mostraba. Haciendo caso omiso de las dudas que se agolpaban en su cabeza, le tomó la mano.

Qall —no podía evitar pensar en él como Qall— viajaba con rapidez, pero paraba con suficiente regularidad para que ella recuperara el aliento. Pasaron por mundos muertos, por paisajes exuberantes pero devastados por la guerra y por escenarios de prosperidad. Algunos le resultaban familiares; la mayor parte, no.

De pronto, Qall empezó a abrir un camino nuevo por el espacio intermedio. Se materializaron en unas cumbres de aspecto inhóspito en un mundo muerto. Después de que ella contuviera la respiración, él no partió de nuevo, sino que se deslizó por encima de las montañas y a través de un desierto, hasta descender a una duna extensa y baja en un desierto teñido de dorado por el sol saliente. A lo lejos, se divisaban las blancas murallas de una ciudad enclavada en el meandro de un río plateado. Rielle se quedó contemplándolo cuando se materializaron, preguntándose por qué le recordaba tanto a...

—¡Fogo!

—Sí —contestó Qall—. Lo vi en sus recuerdos.

Él la había llevado a su hogar. Al percatarse de esto, una gran preocupación se adueñó de Rielle. ¿Acaso creía que ella quería estar allí? Proyectó los sentidos para buscar magia y no la encontró.

—Sigue siendo un mundo muerto.

—No del todo. Se ha generado un poco de energía desde que Valhan la consumió por completo para marcharse.

—Pero es tan poca que apenas resulta detectable. ¿Por qué me has traído de vuelta?

—Para que alguien sepa dónde voy a vivir.

—¿Tú? —Se volvió para clavarle la vista—. ¿Aquí?

—Sí. Aquí me conocen. No como quien soy ni como Valhan, sino como alguien a quien la mayoría de la gente no quiere hacer daño. —Frunció el ceño, pero más en un gesto de concentración que de ansiedad o ira. Su cabello se volvió oscuro y brillante. La luz que se reflejaba en su lustrosa superficie tenía un tono azul oscuro que ella conocía bien. Su tez se aclaró hasta tornarse blanca. El Ángel había regresado al mundo de Rielle.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Por qué quieres vivir aquí?

—Porque necesito tiempo para aprender a distinguir sus recuerdos de los míos sin que influyan en mí personas que lo conocían. —Qall alzó la caja—. Porque quiero asegurarme de que, si la personalidad de Valhan acaba por imponerse sobre la mía, estará aquí atrapado, y con el tiempo envejecerá y morirá. Antes de absorber más recuerdos suyos, agotaré la magia que tengo. Seguramente la necesitaré para establecerme aquí. Reservaré un poco por si surge algún problema, pero no la suficiente para dejar el mundo.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo entiendo.

—Valhan descubrió que un recipiente cuya memoria no ha sido borrada contiene las dos identidades, que luchan entre sí por dominar a la persona. Creía que si superponía su mente a la de otro, se impondría a la larga, pues había vivido más tiempo y tenía más recuerdos. Como ya sabrás, se propuso desarrollar un sistema para vaciar primero la mente de un recipiente, y sus pruebas revelaron que era un método más eficaz. —Qall se encogió de hombros—. Lo averigüé al acceder a sus recuerdos. También vi que ese proceso llevaría demasiado tiempo. La batalla habría terminado antes de que yo descubriera todo lo que necesitaba saber. Así que me limité a buscar y absorber los recuerdos que creía que me serían útiles para imitar a Valhan y conseguir que Dahli pusiera fin al combate, así como para aprender a cambiar las pautas en caso de que tuviera que sanar a alguien o modificar mi apariencia del todo.

Un escalofrío recorrió a Rielle.

—Te has expuesto a un riesgo enorme.

—Sí, pero lo he reducido al máximo. Aun así, esos recuerdos... me han cambiado. —Bajó la vista hacia la caja, y una expresión de anhelo se dibujó en su rostro—. Quiero acceder de nuevo a sus recuerdos para averiguar quién era yo, pero no me atrevo a hacerlo antes de estar seguro de que tengo el control. ¿Y si él está esperando a que lo intente, preparado para someter mi identidad? Tengo que cerciorarme de que, si lo hace, se quedará varado en este mundo.

Rielle asintió despacio. La opresión que notaba en el pecho empezaba a mitigarse. Valhan querría recuperar el control sobre los mundos.

—Eres tú de verdad.

—En gran parte —contestó alzando la vista hacia ella. Un brillo de dolor le asomó a los ojos. Levantó la caja y sacó la mano—. Esta cosa es extraordinaria. Él la hizo antes de que los rebeldes se enfrentaran a él, por lo que anduvo por ahí con una mano muerta durante cerca de un día. La información está grabada cientos de veces, quizá miles, de modo que este dedo por sí solo... —Agarró el meñique y lo dobló hasta que se desgajó de la mano con un chasquido seco—... contiene muchas copias de los mismos datos que están impresionados en el resto.

Rielle no pudo evitar estremecerse al verlo arrancar el dedo con tal indiferencia. Él se lo guardó en un bolsillo interior.

—Dahli decidió no convertirme en Valhan —prosiguió Qall—. En parte gracias a la influencia de Tyen y Zeke. Ambos opinaban que, si había otra manera de resucitar a Valhan, Dahli debía probarla. Así que desbloqueó su recuerdo sobre la ubicación de la mano, consultó la memoria de Valhan y concibió la idea de convencerme de que absorbiera los recuerdos de Valhan. Creía que si yo comprendía mejor a Valhan, si una parte de mí se convertía en él, me decidiría a ayudarlo por sí mismo. El punto flaco de Dahli es que cree que, si todos conociéramos a Valhan como él, lo amaríamos en la misma medida. —Qall levantó los ojos hacia Rielle—. Por eso tu traición lo enfureció tanto. Tuviste la oportunidad de comprender a Valhan, tanto en persona como a través de sus recuerdos durante el intento de resurrección, de un modo en que pocos llegaron a comprenderlo, y aun así te negaste a devolverle la vida.

—Pretendía matarme.

—No era solo eso —le recordó él—. No podías permitir que matara a un muchacho inocente. Estoy en deuda contigo por eso.

—No me debes nada. Solo te pido que no... —Titubeó al caer en la cuenta del peso que tal vez estaba cargando sobre sus hombros.

—Que no me convierta en el monstruo que fue Valhan —finalizó la frase Qall—. No has cargado ese peso sobre mis hombros; lo he hecho yo. Lo único que puedo prometerte es que me esforzaré al máximo por evitar que ocurra. Por eso estoy aquí. Si quiero adquirir por lo menos una fracción de sus conocimientos, debo correr el riesgo de parecerme más a él.

Rielle arrugó el entrecejo.

—No te hace falta absorber sus recuerdos para averiguar quién eras.

Él asintió.

—Es verdad. Y también que no sobreviviré mucho tiempo en los mundos sin el saber que él poseía. Al fin y al cabo, soy su Sucesor.

—Las profecías no son...

—Da igual si se cumplen o no. La gente cree en ellas y actúa en consecuencia. Cuando regrese, si regreso, quiero ayudar a los mundos.

—No es tan fácil como piensas.

—No pienso que sea fácil —le aseguró él—. Estoy mentalizado para el fracaso. Y también para el éxito. Lo que no puedo hacer es no intentarlo. Y mis posibilidades de alcanzar mi objetivo serán más altas si sé lo que sabía Valhan.

—Siempre y cuando no te transformes en él. No corras ese riesgo. Sigue el camino más largo. Obtén esos conocimientos por ti mismo.

—Eso me llevaría mil ciclos. —Esbozó una sonrisa torcida que se le borró de los labios enseguida. Inspiró profundamente y exhaló despacio—. ¿Volverás una vez cada ciclo para comprobar mi evolución? Cuando esté preparado, si sigo siendo yo mismo, podrás sacarme de este mundo. ¿Lo harás?

—Sí, pero puedo hacer algo mejor: quedarme aquí y cuidar de ti.

—No.

—Necesitas a tu lado a alguien que te conozca. Alguien capaz de decirte quién eres en realidad.

—Y ese alguien no puedes ser tú —aseveró Qall con firmeza—. Conocías a Valhan. Tus expectativas respecto a él influirán en mí tanto como las de Qall.

Rielle abrió la boca para protestar, pero no podía negar lo evidente. Cada vez que posaba la mirada en él, veía a Valhan, aunque solo fuera por la minúscula fracción de un instante. Bastaba para provocarle un escalofrío de miedo y fascinación. Qall la observaba. «Tiene que haber otra manera», pensó ella.

—¿Y si no me leyeras nunca la mente? —propuso—. Podría...

Qall desvió la vista.

—Aquí llegan —dijo en voz baja antes de apretar los labios hasta que quedaron reducidos a una línea.

Al volverse, Rielle vislumbró dos sombras que adquirirían rápidamente forma humana y luego empezaron a cobrar detalle. Un hombre y una mujer.

—Tyen —dijo Rielle al reconocerlo—. Supongo que espera que lo perdone ahora que nos ha salvado.

—Siempre estuvo de tu parte. Dale la oportunidad de explicarse.

Ella miró a Qall. Parecía querer añadir algo, pero devolvió su atención a los recién llegados. La mujer era Ankari. Rielle se preguntó dónde estaban Baluka y Leyikh. Una vez que Tyen y Ankari se materializaron, Rielle leyó la respuesta en la mente de esta: se encontraban de vuelta en la base de Dahli. Ankari, al ver que Tyen se apartaba del mundo en persecución de Rielle, lo había seguido y le había agarrado el brazo.

Tyen empezó a avanzar con lentitud.

—Suéltala —dijo.

Qall sonrió.

—No es mi prisionera.

—Es Qall —explicó Rielle.

Tyen entornó los párpados.

—¿Estás segura de que no...?

—Tan segura como puedo...

—Dahli —interrumpió Qall en tono sombrío.

Los tres clavaron los ojos en Qall y se giraron con brusquedad en la dirección en la que miraba. Una nueva sombra estaba apareciendo. Aunque el servidor más leal del Raen mantenía el semblante inexpresivo, un destello de triunfo y ansia le iluminó los ojos cuando llegó. Tras lanzar una mirada a Tyen y a Ankari, dio un paso al frente.

—Raen —dijo con una reverencia.

—Dahli —respondió Qall—. He hecho lo que querías. He absorbido los recuerdos de Valhan. —Alzó el puño, en el que ocultaba el dedo que faltaba—. Misión cumplida.



Una llamarada color naranja brotó de la mano y se propagó con rapidez consumiendo la carne desecada y reduciéndola a cenizas que caían sobre la arena.

Dahli se quedó paralizado, desplazando los ojos del fuego a Qall y a la inversa, una y otra vez. Una vez que la mano entera quedó carbonizada, Qall dejó caer los últimos restos de entre sus dedos y Dahli fijó la vista en su rostro.

—No soy Valhan —declaró Qall.

Dahli endureció la expresión.

—No —convino—. No del todo. Y sin embargo ahora lo llevas dentro.

—Sí, algunos de sus recuerdos —admitió Qall—. Pero nada más. La mente no puede almacenar una cantidad ilimitada de información. Todos los momentos vividos a lo largo de mil ciclos son demasiados. Valhan eligió lo que retenía o desechaba durante ciclos antes de crear la mano, y para conservar lo que consideraba imprescindible sacrificó muchas cosas.

—Como la capacidad de amar —agregó Ankari.

Todos se volvieron hacia ella.

—Ulma me lo contó —explicó—. Fueron amantes hace centenares de ciclos. Según ella, incluso el amor pierde su valor cuando lo has experimentado muchas veces. La supervivencia se vuelve más importante. Eso le dijo Valhan. Creía que el poder era más esencial para sobrevivir que todo lo demás, y por eso renunció a los rasgos humanos más loables, para conservarlo.

—Renunció a algo más que eso —prosiguió Qall, y se volvió de nuevo hacia Dahli—. Pero conservó la capacidad de valorar el orden y la lealtad. Te profesaba un respeto, Dahli, que era lo más parecido al amor que no era capaz de sentir. No merecía tu amor, pues lo utilizó en tu contra para incitarte a hacer cosas que de otra manera tu conciencia jamás te habría permitido.

Dahli irguió la espalda con expresión pétrea.

—No te atrevas a creer que entiendes...

—Me atrevo —dijo Qall alzando la voz para cortar a Dahli—, porque tú también has utilizado el amor como excusa para hacer daño. Te aprovechaste de mi amor para extorsionarme. Tyen, Rielle y yo sabemos que no tenías otra opción que servir a Valhan. Sabemos que su muerte te provocó una aflicción terrible. Pero aunque habías quedado libre de él, continuabas cometiendo actos despiadados y sanguinarios en su nombre. Amenazaste con matar no solo a la familia que me crio, sino a una raza entera. Ocasionaste una batalla en la que murieron centenares, muchos de ellos en una trampa cruel y dolorosa. —Le tembló la voz e hizo una pausa para tragar saliva antes de clavarle de nuevo la mirada—. Dame una razón para que no te mate ahora.

—¡No! —jadeó Rielle—. Cuando matas una vez...

—Qall, no tienes por qué... —dijo Tyen al mismo tiempo, pero ambos se interrumpieron cuando Qall levantó una mano para acallarlos.

Curiosamente, ese gesto imperioso no le trajo a Rielle recuerdos de Valhan. «Este es Qall. Solo él puede resolver este conflicto con Dahli, porque dejar que otros lo

solucionen sería actuar como Valhan».

—Habla, Dahli.

El hechicero miró a Rielle y a Tyen. Al percatarse de que se encontraba en una situación vulnerable, pensó de inmediato en las personas que estaban preparadas para aniquilar a los viajeros si él moría o desaparecía durante más de un cuarto de ciclo. De pronto, cayó en la cuenta de que si Qall lo mataba, nadie se enteraría, y los restauradores tal vez evitasen la mayor parte de los ataques contra los viajeros un cuarto de ciclo después.

Y era justo esa clase de amenaza la que enfurecía a Qall.

Además, de nada serviría ahora. Ya no había la menor posibilidad de resucitar a Valhan. Solo pervivían unos fragmentos de él en Qall. No eran suficientes ni para recrear una sombra del Raen.

Abrió y cerró la boca sin emitir sonido alguno. Bajó la mirada al suelo, frente a los pies de Qall. Al explorarle el pensamiento a Dahli, Rielle percibió el miedo y el dolor en su interior. Aunque reconocía que Qall y los mundos tenían todo el derecho a querer acabar con él, se empeñaba en intentar justificar sus actos. «¡No tenía otra alternativa que servir al Raen, incluso después de su muerte! —Pero era mentira. Zeke se lo reprochó—. Debería haberle escuchado...».

—Zeke veía los atisbos de conciencia e integridad que quedaban en ti —dijo Tyen—. Te dio la oportunidad de que fueses la persona que habrías sido de no ser por Valhan. Dudo que muchas otras personas te la hubieran dado.

«Y yo lo aparté de mi lado —pensó Dahli. El sentimiento de culpa y el arrepentimiento pesaban sobre él—. Jamás me perdonará. Ni espero que lo haga. —Se puso derecho—. He perdido. Le he fallado a Valhan y he desperdiciado todas las oportunidades de liberarme de su influjo. Afrontaré las consecuencias con dignidad».

—¿Le contarás lo que ha sido de mí, Tyen? —preguntó con voz tensa.

—Por supuesto —contestó Tyen—. Cuando los viajeros estén a salvo. Si es capaz de perdonarme por el papel que he representado en esto, aún tendrá que ayudarme a resolver el problema con los insectoides.

—Estaba cerca de encontrar una solución —comentó Dahli, y esbozó una sonrisa—. Posee una mente extraordinaria.

—No lo mereces —aseveró Qall—. Pero tal vez algún día se avenga a perdonarte. —Respiró hondo—. ¿Te ha quedado claro que Valhan ya no puede resucitar?

Dahli bajó la mirada hacia las cenizas y asintió. Todos los planes y las maquinaciones con los que se había mantenido ocupado se desmoronaron. El gran vacío que tanto había temido se abrió paso en su interior, pero, para su sorpresa, no lo consumió. No tenía una profundidad infinita. Sintió... esperanza.

«¿Es eso lo que Zeke me ha ofrecido? —se preguntó—. Cuesta creer que alguien tan joven y con tan poco mundo me haya pillado con la guardia baja. —Pero había algo más. Algo que nunca antes se había planteado—. La libertad». Podía ser lo que

quisiera. Podía ser lo que Zeke quisiera. El tipo de persona que creía que nunca volvería a ser.

Sin embargo, ya no tendría ocasión de probarlo. Por lo que había hecho, no esperaba otra cosa que la ejecución.

Por otro lado, ¿por qué le había preguntado Qall si aceptaba que Valhan había desaparecido para siempre si no pensaba ofrecerle otra oportunidad? Qall no era la clase de persona que obligaba a un enemigo a admitir su derrota y su esperanza de redimirse, solo para matarlo cuando estuviera en su momento más vulnerable.

«A menos que se haya convertido en Valhan...».

—No —dijo Qall—. No me he convertido en él. Pero no te dejaré ir sin arrancarte antes una promesa.

Dahli asintió.

—¿Cuál será mi castigo?

—Oh, creo que tu conciencia ya se encargará de castigarte durante los siglos venideros. No, lo que quiero de ti es la promesa de que vagarás por los mundos reparando algunas de las injusticias que has cometido.

—Pero la gente podría reconocerme... Ah. Tendré que cambiar mi aspecto.

—Sí, y cuidarte de hechiceros más fuertes que puedan descubrir tu verdadera identidad leyéndote el pensamiento. Tus posibilidades de sobrevivir aumentarán si ven que en el fondo albergas la intención de cumplir tu promesa.

Dahli le escrutó el rostro a Qall y enderezó la espalda despacio.

—Juro que dedicaré lo que me queda de vida a enmendar, en la medida de lo posible, todo el daño que he hecho al servicio del Raen.

Rielle se estremeció. Advirtió que Dahli aspiraba de verdad a llevar a cabo su juramento. Vio también que algo se removía en su interior. Su capacidad de mostrar lealtad inquebrantable a un amo y de atribuirle a este todas las culpas y responsabilidades podía pasar a centrarse en Qall. Quien como mínimo se parecía a Valhan...

—No quiero que seas mi seguidor —espetó Qall—. Y ten presente que si te aprovechas de este juramento para traspasarme la culpa de tus actos, recurriré a todo lo que he aprendido de Valhan para encontrarte y asegurarme de que pagues por ello. —Suavizó el tono—. Sé responsable de tus propias decisiones, Dahli.

Este asintió de forma enérgica mientras su deseo de un nuevo amo se marchitaba y cedía el paso a un asombro y un alivio tardíos. Qall iba a dejarlo marchar.

—Entendido. Gracias, Qall. Y... Te pido perdón por todo lo que te hice.

Qall aceptó su disculpa con una inclinación de cabeza.

—Vete —dijo—. Y transmítele a Zeke mis mejores deseos cuando lo encuentres. No puede haber ido muy lejos, sobre todo habiendo tantos mundos despojados de magia alrededor de la base.

—Así lo haré. —Dahli frunció el ceño—. Creo... que sería mejor que no regresara a la base. ¿Te asegurarás de que no hayan quedado guerreros allí atrapados?

Sus fuerzas estaban a punto de agotarse.

Qall asintió.

—Si alguien sigue con vida, me encargaré de que quede libre.

Tras vacilar unos instantes, Dahli le dedicó otra reverencia a Qall.

—Adiós —murmuró—. Y gracias. —Su expresión se tornó melancólica cuando empezó a desvanecerse.

Qall, Rielle, Tyen y Ankari lo observaron hasta que desapareció por completo.

—Tyen —dijo Qall.

Tyen dio un respingo y se volvió hacia el joven.

—Qall —respondió. Entornó los párpados—. Sigues siendo Qall, ¿verdad?

El joven sonrió.

—Sí. Al menos la mayor parte de mí.

—Absorbiste los recuerdos de Valhan —adivinó Tyen.

—No todos. —Qall se encogió de hombros—. No disponía de tiempo. Solo absorbí los suficientes para aprender el cambio de pautas y unas pocas cosas más. Vella tenía razón: me ha cambiado. Por eso estoy aquí. Necesito pasar un tiempo a solas para asegurarme de que conservo el control. Pero me alegro de que hayáis venido. Quiero daros las gracias por vuestra ayuda.

—No sé si ha resultado muy útil —reconoció Tyen.

—Por supuesto que sí —contestó Qall. Se acercó a Tyen y le posó la mano en el hombro derecho—. Tus consejos, la visita que hiciste a los viajeros, toda la información que leí en tu mente, las preguntas que le formulaste a Vella por mí... —Sacudió la cabeza, sonriente—. Siempre piensas lo peor de ti mismo, Tyen. Estás dotado de un poder inmenso, pero dejas que otros te manipulen y te impulsen a hacer cosas que no te gustan. Si sigues así, acabarás como Dahli.

»Tenías buenas razones para obrar como lo has hecho, pero se las has ocultado a quienes estaban más inclinados a comprenderte y perdonarte. —Qall lanzó una mirada significativa a Rielle—. Te culpas de la aparición de las máquinas de guerra, pero no te atribuyes el mérito de todo el bien que la magia mecánica ha traído a los mundos. No puedes tener lo uno sin lo otro, más que nada porque la gente siempre intenta aprovechar las ideas nuevas en su beneficio, sobre todo en tiempos de guerra. —Apoyó la otra mano en el hombro izquierdo de Tyen y lo sacudió con delicadeza—. No es culpa tuya.

La expresión de Tyen reflejaba una mezcla de sorpresa y humildad. Despegó los labios, pero de ellos no emergió una sola palabra. Rielle no pudo reprimir una sonrisa irónica. Sin duda Tyen se había quedado maravillado ante aquel Qall tan franco y perspicaz. Ella desde luego lo estaba, especialmente cuando lo comparaba con el Qall hosco y reservado de antes.

«¿Hasta qué punto se debe esto a los recuerdos de Valhan que ha absorbido y hasta qué punto a la terrible experiencia que sufrió a manos de Dahli?».

El joven soltó a Tyen y se volvió hacia ella, de pronto con el semblante serio.

—Se debe a ambas cosas —aseguró—. Y a ti, a Tyen e incluso a Zeke y a Dahli. —Vaciló un momento antes de acercarse a ella y ponerle una mano en el hombro, como antes a Tyen—. Gracias por protegerme e instruirme, pero ahora debes aceptar que ya no soy el niño al que salvaste. Los mundos te necesitan más que yo. Eres una Creadora con un poder extraordinario. Puedes reabastecer los mundos que se vieron despojados de magia después de la muerte del Raen.

La fábrica en la que se había quedado varada acudió a la mente de Rielle.

—No sé... Tal vez haya mundos que estén mejor sin magia.

—No puedes decidir lo que la gente hace con la magia, del mismo modo que Tyen no puede controlar el uso que se da a sus insectoides —aseveró Qall—. Tengo la impresión de que, cuando algo puede resultar tan provechoso como perjudicial, hay que dar a la gente la oportunidad de que haga el bien con ello.

—¿Y qué me dices de este mundo? —inquirió ella—. ¿Quieres que salve otros, pero no le concedes ese beneficio al mío?

Él sacudió la cabeza.

—No, pero este es débil desde hace mucho tiempo. No contiene civilizaciones desarrolladas a partir de la abundancia de magia, condenadas a hundirse cuando esta falte. Por otro lado, una restitución inmediata no le serviría de mucho a este mundo. Necesita una sanación gradual. Por eso quiero que regreses de vez en cuando y me busques. Si todo va bien, tal vez pueda dejarlo en mejores condiciones. A diferencia del último ángel que lo visitó.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Te parece bien mentirle a mi pueblo como hizo Valhan?

—No. No es del todo justo, y no intentaré convencerte de lo contrario. Pero no creerán la verdad sobre la magia, los mundos y los ángeles a menos que se la explique uno de ellos.

—¡Si los sacerdotes descubren que les estás mintiendo, te matarán! —exclamó Rielle.

—Aún guardo un poco de magia —dijo él—. Y ellos no tienen nada. Estaré bien. Tú, por otro lado, eres una exiliada. No puedes volver. —Le quitó la mano del hombro y miró a Tyen—. Los tres somos exiliados e inmigrantes. Con independencia de dónde nos establezcamos, siempre se esperará de nosotros que ofrezcamos algo a cambio del derecho a asilo. Como he dicho antes, quiero intentar ayudar a los mundos. Si hay alguna posibilidad de que pueda darle un empujoncito a este para encaminarlo de vuelta hacia la prosperidad y la verdad, valdrá la pena intentarlo.

Ella le agarró el brazo.

—Deja que te acompañe.

—No, Rielle.

No era la voz de Qall, sino la de Ankari. Una mano le tocó la espalda a Rielle.

—Deja que se vaya, Rielle —dijo Ankari en voz baja—. Todas las madres deben aceptar que sus hijos sigan con su vida sin ellas.

—No es mi hijo —repuso Rielle, irritada por la intromisión de la mujer. Al darse cuenta de lo que había dicho, torció las facciones en un gesto de disculpa—. Pero sigue estando bajo mi responsabilidad.

—Tu responsabilidad ha terminado —afirmó Ankari—. Ya no necesita que lo protejas de Dahli.

—Pero aún corre peligro de convertirse en Valhan.

—No es verdad —replicó Ankari—. Solo corre el riesgo de volverse como él. Has cumplido con tu deber, Rielle. No puedes ocuparte del resto de su desarrollo. Tienes que dejarlo en sus manos.

—Otros te necesitan más —señaló Qall—. Baluka y el ejército de los restauradores necesitan que los saques del mundo de Dahli. Timane te necesita. Todos los mundos que se quedaron sin energía tras la muerte de Valhan te necesitan. Lo único que necesito yo es que vuelvas al cabo de un ciclo. Ya discutiremos de nuevo sobre esto entonces. Y ahora, márchate.

—Haz lo que te pide —le instó Ankari dándole un apretón en el brazo.

Rielle posó la vista en la viajera, luego en Qall, y movió la cabeza afirmativamente, de mala gana. Al oírle nombrar a Baluka, el corazón le había dado un vuelco de preocupación. ¿Seguirían vivos él y Leyikh? ¿Y Ulma? Percibía el ansia de Ankari por regresar.

Qall retrocedió un paso.

—Volveremos a vernos.

—Ten cuidado —le dijo ella.

Él asintió.

—Siempre lo tengo.

Ankari la agarró con más fuerza. El desierto, bañado ahora en la luz de la mañana, adquirió aún más claridad antes de desvanecerse. Poco después, Rielle no podía ver más que a la viajera, que sonrió cuando sus miradas se encontraron.

«Estará bien», le aseguró Ankari, con una voz mental que resonó en la cabeza de Rielle.

«¿Por qué estás tan segura?».

«Porque nosotros lo criamos. Tú, yo, los viajeros e incluso ese joven hechicero. Con la influencia de todos, ¿cómo no va a convertirse en un hombre inteligente y capaz de superar las adversidades?».

Rielle no pudo evitar sonreír. «Bueno, considerando que Leyikh y tú os encargasteis del grueso de su educación, ¿puedo echaros la culpa si todo esto sale mal?».

Los labios de Ankari se ensancharon y, un momento después, cuando el mundo siguiente las envolvió, el sonido de sus carcajadas atronó el aire.

## DUODÉCIMA PARTE

# Epílogo

# Tyen

—Has vuelto antes de lo que esperaba —comentó Tarren.

Con un suspiro, Tyen se quitó el abrigo y lo dejó caer sobre el respaldo de una silla. Bicho emitió un zumbido de protesta cuando se golpeó contra la madera.

—No quieren saber nada de mí. —Se sentó pesadamente en otra silla.

Tarren arqueó las cejas.

—Eso... eso no es lo que me habían dado a entender mis contactos en Liftre.

—Oh, han montado toda una pantomima fingiendo que se alegraban de verme, pero era evidente que la mitad de ellos seguía considerándome un traidor, y la otra mitad no veía ninguna ventaja en contratarme como profesor.

—¡Pero si tú inventaste la magia mecánica!

—No exactamente —lo corrigió Tyen—. La desarrollé para crear los insectoides. Traje conmigo los conocimientos que había adquirido en mi mundo y los compartí a cambio de un puesto en la escuela. —Se encogió de hombros—. De todos modos, no sé si me haría muy feliz dar clases allí. Liftre ha cambiado. Muchos de aquellos que utilizan la magia mecánica no tienen el menor escrúpulo respecto a sus aplicaciones.

—Y por eso yo esperaba que te reincorporaras. —Tarren se puso de pie—. Serías una buena influencia para ellos. Deberían respetarte por tener más experiencia en lo relativo a las consecuencias de usarla.

—Solo respetan mi fuerza —dijo Tyen—. Y eso no sirve de mucho en un lugar como Liftre. No servía antes, y sigue sin servir.

Tarren posó una mano en el respaldo de la silla en la que Tyen había dejado su abrigo y tamborileó suavemente con los dedos sobre la madera.

—¿Por qué no fundas tu propia escuela?

Tyen soltó una risotada sarcástica.

—Aunque la gente me perdonara el haber estado al servicio del Raen y de parte de Dahli, me parece que eso implicaría una gran cantidad de trabajo para el que no estoy cualificado.

—Oh, no es tan difícil. Cuando estábamos poniendo en marcha el proyecto de Liftre, la gente acudía a ofrecernos su ayuda. —Después de una pausa, agregó—: Te echaré una mano. Y tienes amigos poderosos que te apoyarán.

—¿Quiénes? ¿Baluka? Ni siquiera sé si me ha perdonado.

—Los restauradores dicen que los salvaste.

—Eso no significa que Baluka ya no me guarde rencor.

—En ese caso, debes hablar con él.



Tyen sacudió la cabeza. Al regresar al escenario de la batalla había descubierto que Rielle ya se había llevado a otra parte a los restauradores y los guerreros de Dahli que habían sobrevivido. Solo quedaban los cuerpos de los caídos. Ella había reaparecido para acometer la lúgubre tarea de transportar esos cuerpos a la base de los restauradores para que pudieran enviárselos a sus respectivas familias. Tyen tenía necesidad de explicárselo todo —por qué se había unido a Dahli y había ejercido de espía para el Raen—, pero saltaba a la vista que no era el momento más oportuno. De modo que le ofreció ayuda, y ella la aceptó de mala gana.

Y Tyen había estado presente cuando Rielle encontró los restos de una viajera que conocía. La única hechicera inmarcesible de los viajeros. Más vieja que el Raen. Él estaba convencido de que jamás olvidaría la expresión de sorpresa en el rostro de la anciana.

Le dijo a Rielle que lo sentía. Rielle se enfadó y le contestó que no necesitaba su ayuda y que él debía irse. Así que se marchó. Regresó al taller donde había trabajado con Zeke, pero tanto los insectoides como el humanoide habían desaparecido. De manera que, sin nada que hacer ni nadie con quien reunirse, Tyen había acudido a la única persona que sabía que aún lo recibiría con amabilidad: Tarren.

Puesto que la verdad había salido a la luz, se lo contó todo. El viejo escuchó con atención y luego se encogió de hombros.

—Hiciste todo aquello porque creías que era lo correcto, no para sacar provecho de ello. Por desgracia, hacer lo que consideramos correcto no garantiza que todo vaya a salir bien. —Luego le dio unas palmaditas en la mano—. Quédate aquí durante una temporada. Ayúdame con mis clases, si necesitas distraerte. Practica caligrafía. He descubierto que eso tranquiliza a la mayoría de mis alumnos.

Y Tyen así lo hizo. A medida que transcurría un cuarto de ciclo, y luego otro, el pasado se tornaba menos definido y el futuro empezaba a mostrar un atisbo de promesa. Le gustaba dar clases; cayó en la cuenta de que lo echaba en falta, así como participar en el intercambio de conocimientos. Echaba de menos la Academia y Liftre. Entonces Tarren lo animó a contemplar la posibilidad de regresar a la afamada escuela de magia para iniciar una nueva vida como profesor allí.

La idea no había tenido más recorrido.

Tarren se acercó a la puerta.

—Tengo una visita que a lo mejor también estaría interesada en ayudar. Sígueme.

Como al anciano le gustaba sorprender a la gente, Tyen resistió la tentación de leerle la mente. Tras ponerse de pie, salió de la habitación precedido por Tarren y ambos atravesaron la extensa mansión. Salieron del edificio y, al enfilarse por la escalera que conducía a la cueva circular, Tyen notó una opresión dolorosa en el pecho cuando lo asaltaron recuerdos de los ratos que había pasado allí con Rielle. Las planchas de vidrio que formaban un lado de la cueva reflejaban la cegadora luz del sol de un modo que impedía ver a través de ellos. Fue un alivio para Tyen entrar detrás de Tarren.

De inmediato, el interior se hizo visible, al igual que sus ocupantes. En los cojines esparcidos sobre el banco situado a lo largo de la pared del fondo estaban sentadas dos mujeres. La primera le resultaba familiar a Tyen, aunque no tenía muy claro por qué. Bonita y serena, le dedicó una mirada franca e inquisitiva, pero él la olvidó de inmediato en cuanto reconoció a la otra.

—¡Rielle!

Una vorágine de sentimientos se apoderó de él: alegría de verla, temor de que ella aún lo odiara, remordimientos.

—Tyen. —Ella se levantó y echó a andar hacia él. La tela de su sencillo vestido susurraba con cada paso. Tyen advirtió que era parecido al que llevaba cuando él la visitó por primera vez en Murai. El mismo colgante plateado en forma de rombo descansaba sobre la piel morena de debajo de su cuello. Estaba tan hermosa y elegante que contemplarla era casi doloroso, así que Tyen bajó la vista al suelo—. ¿Cómo te ha ido la entrevista en Liftre? —preguntó ella.

—No muy bien —respondió él—. ¿Y tú? ¿Dónde...? ¿Qué...?

—Vengo de rescatar a Timane del mundo en el que la dejé cuando Qall se escabulló para unirse a Dahli. —Volvió la mirada hacia la mujer bonita y le sonrió con afecto—. Aunque «rescate» no es la palabra más adecuada. Las cosas le iban bastante bien allí. Sin embargo, ahora quiere intentar establecer un teatro en Murai, su mundo natal. ¿Te acuerdas de ella?

Él negó con la cabeza.

—Lo siento —le dijo a Timane.

—No tienes por qué —repuso la joven—. He cambiado bastante. —Se puso de pie y se acercó a él—. Era la doncella de Rielle —explicó—. Es un placer volver a verte.

Él tomó la mano que ella le tendía.

—Es un honor para mí.

Ella le dio un apretón antes de soltarle la mano y sonreír a Rielle.

—Dejaré que los dos os pongáis al día de vuestras cosas. Estoy cansada de tanto viajar entre mundos. Tarren, ¿me acompañas de vuelta al palacio?

Tarren soltó una risita mientras ella enlazaba el brazo con el suyo.

—Ya te lo he dicho —le recordó él mientras se encaminaban hacia la puerta—. Esto no es un palacio. No soy un emperador.

Rielle le indicó a Tyen que la siguiera y regresó al banco corrido.

—¿Un poco de vino?

—Sí, por favor.

Ella se inclinó hacia delante para llenar una copa mientras él se sentaba.

—¿Has hablado con Baluka desde la batalla?

—No. Solo sé que sigue siendo el líder de los restauradores. ¿Has hablado con algún viajero?

—Con unos cuantos. Sé que Leyikh y Ankari han vuelto con su familia, al igual que los demás supervivientes de la batalla. —Hizo una pausa—. ¿Has tenido noticia de Dahli?

—No. No lo he visto, ni tampoco a Zeke, pero he oído rumores sobre un par de hechiceros que viajan a los mundos en conflicto, donde liberan insectoides diminutos que desarman todos los aparatos que funcionan con magia mecánica. Sus descripciones no cuadran con las de Dahli o Zeke, pero sin duda el primero se ha encargado de modificar la apariencia de los dos para que no los reconozcan.

Ella le alargó la copa de vino.

—Espero que se trate de él.

—¿Los buscarás?

Rielle bebió un sorbo de vino y se recostó contra los cojines, observándolo con expresión especulativa.

—¿Por qué? ¿Acaso crees que quiero vengarme?

Tyen se encogió de hombros.

—Tal vez.

Ella negó con un gesto.

—No tengo prisa por añadir una nueva muerte por venganza a las que ya pesan sobre mi conciencia. Solo espero que Qall no haya cometido un error al dejarlo marchar.

Tyen asintió.

—Yo también.

—Y que Qall siga siendo él mismo cuando yo regrese a ver cómo está.

—Yo creo que sí.

Ella lo miró.

—Pareces muy seguro. Ojalá yo tuviera tanta confianza en ello.

Él pestañeó, sorprendido. En aquel momento no se sentía precisamente seguro de nada.

—Bueno, ¿qué piensas hacer ahora? —inquirió Rielle.

Él inspiró profundamente y exhaló.

—Tarren cree que debería fundar una escuela de magia, pero no veo por qué alguien querría trabajar conmigo después de lo que he hecho.

—¿Te atrae la idea?

Él asintió.

—Pero es una tarea abrumadora. Se ha ofrecido a echarme una mano, pero creo que me haría falta más ayuda para que el proyecto saliera adelante. Me gustaría que el centro impartiera otras asignaturas aparte de las mágicas, como en la Academia de mi mundo de origen.

—¿Te readmitirían allí?

Tyen se estremeció.

—Lo dudo. Seguramente siguen creyendo que soy un ladrón.

—¿Un ladrón? ¿Acaso robaste algo?

—En cierto modo. Prefiero pensar que rescaté algo. —«O a alguien. O al menos una parte de alguien, como Qall describió a Vella».

Al mirar a Rielle, apreció recelo y curiosidad en su semblante. Las palabras de Qall resonaron en sus oídos. «Tenías buenas razones para obrar como lo has hecho, pero se las has ocultado a quienes estaban más inclinados a comprenderte y perdonarte».

Había decidido que, si alguna vez se reencontraba con Rielle, se lo relataría todo. Tal vez no se le presentase una ocasión más propicia para ello.

De modo que así lo hizo.

## Rielle

Él rellenó todas las lagunas, tanto las que ella sabía que tenía como otras cuya existencia ignoraba. Empezó por su descubrimiento de Vella y le explicó que había evitado contarle a nadie más de lo necesario acerca del libro, pero que ahora se sentía más libre para hacerlo. A continuación le narró la historia de un profesor corrupto y la caída de un gran castillo, y de cómo había aprendido a viajar entre mundos. Se saltó la parte sobre su vida en Liftre, que ya le había descrito antes, y pasó a referirle su encuentro con el Raen y el acuerdo al que había llegado con él. Se extendió en este punto, ofreciéndole todos los detalles sobre la temporada que pasó con los rebeldes, exponiendo sus motivos tanto altruistas como egoístas para espiar y manipular. Resultaba evidente que sentía culpa y pesadumbre por Yira, a quien había sustituido como líder, y admiración hacia Baluka, a quien le cedió el puesto.

Describió la muerte del Raen y cómo, al buscar a Rielle, se había topado con Dahli. Le aseguró que había intentado localizarla después de la resurrección fallida para asegurarse de que Qall pudiera escapar. Después se había convertido en un espía al servicio tanto de Dahli como de Baluka, más que nada para mantener vigilado al primero.

Acto seguido explicó que, después de que Rielle dejara a Qall, él había cerrado un trato con Dahli. Resucitaría al Raen solo si eso no implicaba destruir la vida de alguien, a cambio de los conocimientos necesarios para devolverle una forma humana a Vella. Esto habría debido darle a Dahli menos motivos para salir a la caza de Qall. Le dijo a Rielle que había albergado la esperanza de que, si conseguía resucitar al antiguo soberano, a este no le resultara fácil recuperar el control. Los restauradores tenían bastantes posibilidades de derrotarlo de nuevo. Mientras tanto, había estado trabajando con Zeke en una solución al problema de las máquinas de guerra, labor que el apoyo de Dahli facilitó mucho. El hecho de que Qall se uniera a Dahli echó por tierra sus planes, por supuesto, pero él se había quedado para ayudar al joven.

Cuando terminó, ella se quedó callada un momento, con expresión pensativa. Se volvió hacia él.

—¿Y Vella? ¿Has encontrado una solución para ella? ¿Y cuál era el propósito del cuerpo mecánico que destrocé?

Una mirada de aflicción asomó fugazmente a los ojos de Tyen. Sacudió la cabeza y, aunque abrió la boca, ningún sonido brotó de ella. A Rielle le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué ocurrió? ¿La perdiste? ¿Quedó destruida?

—No. He... he renunciado a intentar dotarla de un cuerpo.

—¿Por qué? —Frunció el ceño—. ¿Porque eso te obligaría a utilizar a una persona viva como recipiente?

—No... Pero, de haber sido ese el caso, no lo habría hecho. Para los experimentos que realizaba usaba cuerpos de personas recién fallecidas que no tenían allegados, e incluso esto me parecía inmoral. —Suspiró—. La razón es que ya no la tengo. La regalé.

Rielle se quedó contemplándolo, atónita.

—Pero si era... única. Valiosa. Conocía todos tus secretos. Si no me equivoco, era una amiga y una mentora para ti.

—En efecto —convino él—. Era todo eso para mí. La echo muchísimo de menos. Pero... Qall me vio hablar con ella en una ocasión, y lo que me dijo me llevó a comprender algo sobre ella.

—¿Qué te dijo?

—Que al observarme mientras me comunicaba con ella le daba la sensación de que estaba hablando conmigo mismo. Aunque la personalidad y los valores esenciales de Vella estaban arraigados y eran inmutables (cosa que no ocurre con los de las personas de verdad, de todos modos), el hecho de que ella utilizara mi mente para interactuar conmigo implicaba que gran parte de sus reacciones en realidad eran mías. —Sacudió la cabeza—. Aunque nunca habría renunciado a ella por eso. No veía nada de malo en hablar con ella. Pero Qall dijo también que, si yo trasplantaba lo que quedaba de ella a un cuerpo, dejaría de ser la Vella que conocía. Ella me lo confirmó. Comprendí que cuando Valhan afirmaba que el proceso de proporcionarle un cuerpo destruiría el libro, tal vez se refería a esto.

—Así que no querías destruir a la persona que conocías. Pero ¿qué quería ella? ¿Habría preferido escapar, aunque eso implicara convertirse en otra persona?

Tyen negó con la cabeza, soltando una carcajada amarga.

—Ese es el quid del problema: le da igual una cosa que otra. Aunque sabe que lo que le hicieron estuvo mal, carece de la capacidad de experimentar emociones, así que no es infeliz por ello.

—Ni tampoco puede ser feliz.

Él torció el gesto.

—No. Pero lo más difícil..., aquello que Qall me ayudó a comprender... fue que el libro no era ella. Vella murió hace más de mil ciclos. El libro no es más que una sombra de ella. Un fantasma. Una parte de ella conservada de manera muy convincente durante mucho tiempo después de su muerte. Estoy muy agradecido por haber tenido la oportunidad de hablar con ella, acceder a sus conocimientos y mantener a salvo ese último vestigio de ella, pero... —Extendió las manos a los costados.

—¿Pero...?

La miró a los ojos y apartó la vista.

—Había alguien que la necesitaba más.

Ella puso la espalda un poco más recta.

—¿Quién? ¿Baluka?

—No.

Rielle se encorvó.

—¿Tarren? —preguntó dubitativa.

Él sacudió la cabeza.

—No será Dahli, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Entonces ¿quién?

Tyen esbozó una sonrisa torcida.

—Desde donde yo estaba, alcancé a ver que faltaba un dedo.

Ella le escudriñó el rostro intentando dilucidar el significado de sus palabras. De pronto, al comprenderlo, inspiró con brusquedad.

—¡Qall! —jadeó—. ¡Se la diste a Qall!

—Sí. Después de que tú...

Sin pensarlo dos veces ni preocuparse por las consecuencias, Rielle se abalanzó sobre él y lo abrazó, apretándolo con tanta fuerza que oyó que el aire se le escapaba por la boca.

—¡Gracias! —repitió una y otra vez. Luego, cuando las manos de Tyen la tocaron a su vez, vacilantes, lo soltó y se apartó. «No quiero darle una impresión equivocada. Hará falta algo más que eso para que yo sienta que puedo fiarme de él por completo». Se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación—. ¡Es perfecto! Si él consigue transferirle a Vella los recuerdos de Valhan, podrá acceder a ellos de forma segura y luego destruir el dedo, con lo que eliminará el peligro de que alguien resucite a Valhan.

—Ella absorbe conocimientos por contacto —le recordó Tyen—. Basta con que Qall toque el libro con el dedo para que ella asimile todos los recuerdos.

—Es una solución preciosa. —Rielle le dedicó una amplia sonrisa—. Gracias, Tyen.

Él asintió de nuevo. Aunque su expresión era anhelante, su postura destilaba inseguridad. Como permanecía callado, Rielle se volvió hacia la mesa, cogió la jarra y llenó de nuevo sus copas. Tras aceptar la suya, Tyen bebió un sorbo, mirándola.

—Prácticamente solo hemos hablado de mí. ¿Qué piensas hacer tú a partir de ahora? —preguntó él.

Ella tomó un trago de vino, dejó la copa en la mesa y regresó al asiento.

—Restaurar mundos —respondió—. Me imagino que Baluka habrá elaborado una larga lista para mí. Me gustaría encargarme primero de los que fueron expoliados por los seguidores de Dahli. Luego está aquel que Qall vació de magia para dejarme varada en él. —Posó la vista en Tyen—. ¿Conoces alguno que necesite ayuda? —Alzó la mano para acallararlo cuando él se disponía a contestar—. Espera. ¿Qué me

dices de tu mundo? Me contaste que estaba tan débil que a duras penas conseguiste abandonarlo.

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Y ahora sin duda está aún más débil a causa de las máquinas que consumen tanta magia.

—¿Te gustaría que lo restaurara?

Él despegó los labios y los cerró de nuevo.

—No. Ellos no harían más que derrochar la energía. Mientras la Academia no admita que la creatividad genera magia, no tiene sentido.

—Si observan cómo la creo, no podrán negar la realidad.

Él sonrió.

—O proclamarán que las mujeres no pueden ser grandes hechiceras. —De pronto, se puso serio—. No puedo regresar. Soy un ladrón.

—Seguro que pasarán eso por alto si les llevas magia.

—Los directores no... —Tyen entornó los párpados—. Pero el emperador tal vez sí. —Sacudió la cabeza—. No. La difusión de un conocimiento de mi mundo, la magia mecánica, ha tenido consecuencias desastrosas. No quiero arriesgarme a divulgar alguna otra cosa que los mundos puedan utilizar para la guerra. Mi mundo está acostumbrado a disponer de poca energía. Debe de haber muchos otros más importantes y que merezcan que los salves antes.

—Y tú quieres fundar una escuela de magia —agregó ella.

Él asintió.

—Tal vez podría hacer como Dahli y cambiar de aspecto y de nombre.

—¿Por qué habrías de hacer eso? —Ella arrugó el entrecejo y sonrió cuando se le ocurrió la respuesta—. No lo sabes, ¿verdad? Baluka te ha proclamado un héroe. Le ha asegurado a todo el mundo que espiabas para él y que Dahli fue derrotado solo gracias a tu colaboración. La gente te cree tan listo que no dejaría pasar la oportunidad de trabajar contigo.

Él la contempló boquiabierto.

Rielle se rio.

—Deberías hablar con Baluka, de verdad —le dijo—. Seguramente intentará convencerte de que asumas el liderazgo de los restauradores, pero creo que se conformará con prestarte su ayuda para montar la escuela.

Él cerró la boca y tragó en seco.

—La... la necesitaré —titubeó—. Incluso con el apoyo de Tarren. Podría llevarme siglos reunir una biblioteca comparable a la de Liftre.

Rielle contrajo el rostro.

—Bueno, cuando lo consigas, si encuentras alguna referencia a la Maldición del Creador o la Perdición del Creador, toma nota de ella para mí. Ulma y yo íbamos a recorrer los mundos en busca de información sobre ello. Aún tengo la intención de hacerlo. Si existe una razón por la que ser inmarcesible y Creador al mismo tiempo



puede desencadenar el fin de los mundos, quiero saberlo. Y si no la hay, quiero averiguar cómo ser ambas cosas.

Tyen hizo un gesto afirmativo.

—Lo tendré en cuenta. Es lo menos que puedo hacer.

—Si necesitas magia adicional para tu escuela, dímelo y la generaré.

—Si necesitas que alguien te sane y te conceda más años de vida, te ayudaré.

Se quedaron callados, sonriéndose. Acababan de cerrar una especie de pacto. No la clase de pacto que le gustaba al Raen, sino una oferta sencilla y bienintencionada de ayuda mutua. Rielle levantó su copa.

—Por un futuro consagrado a la sanación de mundos y amistades.

Él le dirigió un saludo.

—Y al aprendizaje y la enseñanza... ¡sin volver a espiar a nadie!

Se llevaron las copas a los labios y bebieron.

## Agradecimientos

El proceso de escritura de *La promesa del Sucesor* fue inevitablemente lento, y la publicación se vio retrasada a causa de un problema de espalda muy doloroso, así que quiero dar las gracias antes que nada a mi agente, Fran Bryson, a mi editor y a todos mis lectores por su paciencia. Espero que os parezca que la espera ha valido la pena.

Quiero expresar un enorme agradecimiento adicional a Fran Bryson, Liz Kemp, Paul Ewins, Donna Hanson, Shireen Hanson-Pou y Kerri Valkova por leer el borrador y hacerme sugerencias que me han sido muy útiles. Y, una vez más, envío un abrazo muy fuerte a todos los lectores del mundo que han comprado, tomado prestados, leído y recomendado mis libros. Gracias a vuestro apoyo y entusiasmo he superado más que unos cuantos momentos de duda o dificultad.